

UAI

AUTÓNOMA DE NUEVO
GENERAL DE BIBLIOTECA

1000

LAMARZINE

1878-1879

CRISTOBAL
COLON

TOMO III

E111

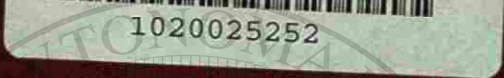
U3

v. 3

R. C.



1020025252



TOLEMA
MUSEUM

923

ELLL

©

L3

V.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TERCERA PARTE.

LAS ARMAS DE LA ENVIDIA

CAPITULO I.

La cueva de una gitana.



mediados de Enero del año 1494 cruzaba, caballero en una mula, el desierto camino que conducía desde el Guadarrama á Valladolid un hombre envuelto en un tabardo y acompañado por un guía, rudo campesino que conocía perfectamente los senderos y los atajos, que aceleraba la impaciente marcha del jinete.

Empezaba á oscurecer, y ya hacía largo rato que no veían el sol los caminantes.

Oscuros nubarrones, agrupándose sobre su cabeza, amenazaban con una de esas horribles tempestades poco comunes en el invierno, pero no por eso ménos horrosas.

De pronto comenzó á llover y el jinete dijo á su guía:

—Paréceme que va á cogernos la tormenta en despoblado, y ¡vive Dios! que no me agradaría gran cosa.

—Si vuesa merced quiere, dijo el guía, yo conozco á muy corta distancia del sitio donde estamos una cueva habitada generalmente por gitanos, donde podremos guarecernos.

—Mala compañía me parece.

099500

16011

ran-
que
las
mos
un

mi
los
or la
re-
olid,
ues -

gui-

um-
Pero
anos
era,

dis-

tali-

iar-
am-
evas

que-

—Vuesa merced va armado, y ademas yo soy hombre de puños. No podemos temer á esos malsines.

—No es que les tema; es que yo soy cristiano viejo y ellos peor que judíos.

—¿Teme vuesa merced contagiarse?

—No, Anton; pero quisiera llegar cuanto ántes á Valladolid, y me pesa tener que detenerme.

—Aún nos quedan tres leguas pesadas ántes de que lleguemos á la ciudad, y aunque la mula anda muy bien y resiste el trabajo, lo que es cinco horas de camino no hay quien nos las quite de encima.

El jinete demostró en su semblante cuánto sentía quedarse á tantas horas de Valladolid.

Tenia que presentarse á los reyes, y no sabia si llegaria demasiado tarde y tendria que volver piés atrás para dirigirse á Aragon, porque los Reyes Católicos, ocupados á la sazón en negociaciones políticas con el rey de Francia sobre los asuntos de Nápoles, no las tenia todas consigo y estaban muy á punto de abandonar las notas diplomáticas para oponer la fuerza á la fuerza en las fronteras que separan á las dos poderosas naciones de Francia y España.

Pero Anton el guía ignoraba los motivos que aguijoneaban al jinete; y como era jóven, gallardo y tenia impaciencia, atribuyó al amor lo que solo era en él ambicioso deseo.

—Arrécia el agua, dijo el jinete.

—Lo peor es, añadió el guía, que el camino no es bueno. Hay muchos baches, y aunque la mula es andadora, como es el primer viaje que hace por estos sitios, no conoce el terreno que pisa y pudiera muy bien tropezar.

—¡Poco anda, vive Dios!

—Y lo que es el agua no nos deja tan pronto. Ved en un instante qué oscuro se ha puesto el firmamento.

—Allí á lo léjos se ve luz.

—Es la de las cuevas de que os he hablado. Y no sé, francamente, por qué quereis que prosigamos el camino. Aunque sea grande el deseo que tengais de llegar, siempre serán las doce cuando entremos en Valladolid y á esa hora podremos darnos por muy satisfechos si nos abren la puerta de un meson.

—No vas descaminado.

—¡Oh! ¡no por cierto! soy perro viejo y si siguierais mi consejo nos guareceríamos del temporal en las cuevas de los gitanos, aguardariamos allí á que pasase el chubasco y por la mañana, al rayar el alba, la mula descansada y nosotros repuestos, en ménos de cuatro horas llegábamos á Valladolid, precisamente en los momentos oportunos para realizar vuestro afán.

—Tanto te empeñarás, dijo el jinete, que al fin conseguirás tu objeto.

—Por mi no lo hago, que yo soy fuerte y estoy acostumbrado al agua, al viento, y á toda clase de intemperies. Pero vos que llegais, segun habeis dicho, de esos países lejanos donde tanto calor hace, donde siempre reina la primavera, aunque sois jóven y fornido debeis sufrir más que yo.

—Es cierto y me convencen tus reflexiones. ¿A qué distancia estamos de las cuevas?

—A cuatro ó cinco tiros de Arcabuz.

—Pues toma el ramal de la mula y busquemos hospitalidad en la guarida de esos renegados.

Hizo, en efecto, Anton lo que le indicó el jinete, y guardando silencio, casi al mismo tiempo que resonaba el estampido del trueno llegaron á la abertura de una de las cuevas practicada en unas rocas.

—¿Quién va? dijo una voz femenil desde el fondo de aquella Madriguera.

—Somos dos caminantes y venimos á pedir hospitalidad hasta mañana, dijo el jinete.

—No te asustes Remedios, añadió el guía, no somos gente desconocida.

—Aunque lo fuerais, contestó la gitana saliendo con una tea en la mano hasta la puerta de la cueva, no sería yo quien os negase auxilio.

Anton conocía á la gitana, que era una vieja acartonada y casi negra.

—¿Estás sola? le preguntó.

—Sola, porque los cuadrilleros se han llevado á mis hijos esta mañana, y las muchachas andan en peregrinacion.

—Pero una mujer como tú debe ser precavida y tendrás provisiones para servirnos una buena cena.

—¿Qué quereis que tenga una pobre gitana?

—Te se pagará bien, dijo el jinete.

—Ya cuento yo con eso. Pase adelante su merced, que la mula puede quedarse bien trabada al lado de las rocas que la defenderán del viento y de la lluvia.

—Yo me encargo de hacer que no se mueva, dijo el guía.

El caballero penetró en la guarida de la gitana, que estaba iluminada por una tea de resina, y no tenía más muebles que algunos asientos hechos con ristras de ajos colocadas en círculo unas encima de otras.

En el centro de la habitacion, formado con tres ó cuatro grandes piedras, se veía una especie de hogar en el que ardian dos leños de encina.

Aquel espacio estaba lleno de humo.

El caballero se desembozó y la gitana pudo ver, á favor de la tea, que era un hombre como de treinta á treinta y cuatro años, alto, de aspecto varonil, de agraciado rostro y de gentil apostura.

—Ha hecho bien su merced, dijo Remedios, en guarecerse

aquí de la tormenta; los hidalgos como vos no pueden resistir la inclemencia del tiempo.

—Y mucho ménos mi amo, dijo el guía, que viene de un país en donde el clima es suave.

—¡Ah! ¿eres tú, Anton? exclamó la gitana reconociendo al guía.

—Pues qué, ¿no me habias reconocido hasta ahora?

—Como soy ya tan vieja, me voy quedando sin vista.

—Cuando un gitano está ciego ve más que un cristiano.

—Calla, perro judío, que tan cristiana ó más que tú soy yo.

—No entremos en cuestiones, porque hartos sabes que si los cuadrilleros te llevaran á la hoguera, bien merecido lo tenias.

—¡Calumniador!

—No te quieras hacer la santa delante de mi amo, porque yo le he de decir quién eres.

—Calla, Anton, dijo el caballero; cualquiera que sea la conducta de esta buena mujer, nos ha hospedado en su albergue y no debemos pagar con insultos su hospitalidad.

—Bendiga Dios ese pico de oro.

—Lo que has de hacer tú, es darnos una buena lonja de jamon y un jarro de lo añejo.

—¿Van sus mercedes á pasar aquí la noche?

—Si no te opones.

—Al contrario; tendré mucho gusto en que os quedeis aquí.

—Pero mañana muy temprano te dejamos.

—A lo que se ve, se dirige vuesa merced á Valladolid.

—Allí voy, en efecto.

—Yo tambien he de ir muy pronto á ver si obtengo el perdon de mis hijos, arrojándome á los piés de la reina para pedir su indulto.

—Pues si os portais bien conmigo aquí, díjole el caballero, allí encontrareis el premio de vuestros servicios.

—Voy á haceros la cena.

Sirvióles, en efecto, poco tiempo despues algunos manjares, y con permiso de su amo, Anton, que se caía de sueño, se tendió sobre una manta y se quedó profundamente dormido.

—¿Y vos no dormís? preguntó la gitana al caballero.

—Yo no; la impaciencia aleja el sueño de mis ojos.

—Sois jóven, y á vuestra edad la vehemencia de los deseos tiene siempre abiertos los ojos. A juzgar por vuestro porte sois hidalgo.

—Sí.

—¿Rico tal vez?

—No mucho.

—Lo sabia, pero por cortesía os he hecho esa pregunta.

—¿Lo sabias? preguntó el caballero con asombro.

—¡Oh! sí; yo leo en el porvenir.

—¿Dices la buenaventura como las de tu raza?

—Nosotras vivimos abandonadas de todo el mundo; arrojadas de la ciudad; execradas por los nobles y los plebeyos; pero en compensacion de este castigo que sufrimos nos ha otorgado la Providencia un don especial. Leemos en las rayas de la mano el porvenir de las criaturas; conocemos las plantas que curan las enfermedades más dañinas, y aunque solo nos llaman en los momentos críticos cuando la desesperacion se apodera del que desea ó del que sufre, somos generosas y rasgamos el velo del porvenir para los unos, y ofrecemos á otros el alivio que anhelan.

—¿Y tú serias capaz de adivinar mi porvenir?

—Nada más fácil.

—Mira que voy á cogerte la palabra.

—Deme vuesa merced la mano y verá cómo leo, sin equi-

vocarme, por las rayas de ellas, no solamente el pasado, sino hasta el porvenir que os reserva la suerte, y hasta os sorprenderá cuando os diga los deseos que abrigais en este instante.

—Está bien; el sueño huye de mí y una febril impaciencia me domina. Y puesto que tanto pretendes saber, dime por qué anhelo llegar al término de mi viaje; descifra este enigma y calma mi ansiedad.

—Como todos los signos indican que he de regalar vuestro oído, aun sin esperanza de dádiva alguna voy á complaceros.

—Habla.

—Vais á Valladolid, ¿no es cierto?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿En busca de la corte?

—No te equivocas.

—¿Deseais vivamente ser recibido por los reyes?

—Es cierto.

—Venís de lejanos países, tal vez habeis atravesado los mares para visitar esas tierras descubiertas no ha mucho por un extranjero.

—Hasta ahora no vas descaminada; he ido, en efecto, con ese extranjero.

—¿Y volveis para hablar de su parte á los monarcas?

—Sí, á eso vengo.

—Os protege sin duda el extranjero y el reflejo de la gloria que ha conquistado os hace desear el logro de una ambicion que se ha despertado en vuestro pecho.

El caballero llevó instintivamente la mano al corazón, porque temia que la gitana viese los sentimientos que en él se agitaban.

—Estas rayas, continuó la gitana, me indican que vais á poder conseguir todo cuanto queráis por medio del amor.

—Y, sin embargo, jamas me ha dominado esa pasión.

—Por lo mismo que habeis sido ingrato para con él desea que le rindáis homenaje, y en ese caso, agradecido, os proporcionará la realizacion de todas vuestras esperanzas.

—Segun eso....

—Id á Valladolid, buscad en la corte de los reyes á una jóven para quien de seguro os habrá dado alguna carta vuestro jefe.

—En efecto, me ha encargado que vea á una mujer que es la que está al cuidado de sus hijos.

—¿Inés Sampayo?

—Cierto.

—Pues bien; esa jóven, que es viuda y conserva la belleza que le ha valido en otro tiempo poder abandonar la humilde esfera donde habia nacido para heredar los bienes de una ilustre dama y mejorar de condicion, os hechizará de seguro, y por su mediacion conseguireis todos vuestros deseos.

—¿Tanta influencia tiene?

—¡Oh! no es ella directamente la que va á proporcionaros la felicidad. Os he dicho que al lado de ella la encontrareis.

—¿Sabes tú cuáles son los deseos que me animan?

—Teneis una gran ambicion; deseais riquezas, pero más que riquezas honores, importancia, dominio sobre los demas.

—Es cierto.

—Pues lo conseguireis.

—Si tal sucede, búscame cuando quieras y yo sabré recompensarte este augurio dichoso.

Remedios experimentó una inmensa alegría.

Una sonrisa diabólica asomó á sus labios.

Un resplandor siniestro brilló en sus ojos.

Acababa de dar un paso para realizar un proyecto fatal que abrigaba hacia tiempo.

El caballero se quedó meditando en las palabras de la gitana, y á poco se apoderó de él el sueño.

Al dia siguiente, al rayar el alba, le despertó su guía, y abandonando la cueva montó en la mula y seguido de Anton se encaminó á Valladolid.

Serian las nueve de la mañana cuando penetró en la ciudad, yendo á hospedarse á un meson de la calle del Caballo de Troya.

CAPITULO II.

Donde Aguado empieza á seguir al pié de la letra los consejos de la gitana.

Los temores del caminante habian sido infundados. La corte debia permanecer aún algunos dias en Valladolid.

Despues de acicalarse el viajero, se dirigió á palacio á pedir á los reyes una audiencia, con el objeto, segun anunció, de poner en manos de SS. MM. cartas del almirante Cristóbal Colon, del padre Boil y del doctor Chanca.

Inmediatamente fué transmitida la noticia á los reyes, y como aguardaban con impaciencia la llegada de emisarios de las Indias, se apresuraron á recibir al enviado de Colon, que se hizo anunciar con el nombre de Juan de Aguado.

En efecto; éste era el que con Gorbalan habia partido de la Isabela, conduciendo á bordo los documentos en que daba noticia el almirante de todo cuanto habia hecho, y enviando algunos indios y españoles que por efecto de sus enfermedades regresaban á España.

Gorbalan se habia quedado con los indios y con los viajeros en Sevilla.

Aguado se habia anticipado para poner en manos de los reyes las cartas de que era portador.

Tambien habia llegado á bordo de una de las carabelas Américo Vespucio, que, como recordará el lector, gracias á la condescendencia de Márcos Caña, patron de uno de los bu-

ques, pudo ponerse en camino, ocupando el puesto destinado á Isabel Monteagudo.

Américo Vespucio no se detuvo en Sevilla.

Desertando, por decirlo así, aprovechó el primer buque que salió con rumbo á Italia para dirigirse á Florencia y calmar la ansiedad que experimentaba su alma acerca de la suerte que los celos de D. Alfonso habian reservado á su afligida esposa doña Esperanza.

Ya sabremos cuál fué el resultado de su viaje más adelante.

Cúmplenos ahora acompañar á Aguado hasta la régia cámara, en donde ántes que todo presentó la carta de recomendacion que, acreditándole cerca de los reyes, le habia dado el almirante.

En esta carta decia Colon á SS. MM. que el dador de ella se habia hecho acreedor á toda clase de consideraciones por la actitud que habia desplegado, por la sumision de que habia hecho gala, por las cualidades que le adornaban; y eran tan vivos y tan vehementes los elogios que de él hacia, que los reyes no podian ménos de atenderle y honrarle con su real proteccion.

Felicitáronle por sus virtudes, por su comportamiento, y recibiendo de sus manos las cartas que llevaba, le mandaron volver para ver qué es lo que hacian en su obsequio, puesto que tan acreedor se habia hecho á sus mercedes.

Apénas salió de palacio preguntó cuál era la habitacion de Inés Sampayo, para quien Colon le habia dado una carta acreditándole cerca de ella y de sus hijos.

Fué á visitarla en ocasion en que los jóvenes pajes de don Juan estaban en palacio.

Inés le recibió con las mayores muestras de benevolencia, haciéndole repetidas preguntas acerca del estado de Cristóbal Colon.

Fueron tan grandes los elogios que hizo Aguado del almirante, que la antigua camarista de Beatriz, deseosa de que oyeran Diego y Fernando hablar de su padre con tanto entusiasmo, le rogó que volviese á verla, no ocultándole la satisfaccion con que le veia y escuchaba.

Aguado, que despues de lo que habia oido decir á la gitana, consideraba á aquella mujer como la llave de la realizacion de sus deseos, prometió complacerla, y al separarse de ella se fué prendado de su hermosura.

Inés aguardó con ansia la llegada de Fernando y de Diego para comunicarles las buenas noticias que habia recibido del almirante.

La inteliz sufría mucho porque todos cuantos esfuerzos hacia para destruir la melancolia que experimentaba Diego, eran inútiles.

El jóven no habia podido olvidar á María.

El recuerdo de su imagen le perseguia á todas partes, y no hacia más que cumplir estrictamente con sus deberes y volver á encerrarse en su habitacion, en la que pasaba horas y horas en medio de la soledad, sin que bastasen las caricias de aquella cariñosa jóven que hacia las veces de madre á su lado, el cariño que le profesaba su hermano Fernando y las infantiles gracias de Isabel, la hermosa niña hija de Beltrán é Inés, sin que bastasen, repito, á sacarle de su abatimiento, á alegrar un instante los horizontes de su vida.

Diego no tenia más que un deseo: el de abandonar la corte; el de correr al lado de su padre á compartir con él los peligros que le amenazaban; el de buscar el olvido en los azares de la guerra; el de alejar los tristes pensamientos que le atormentaban con el espectáculo de lo desconocido, que á cada instante se ofrecia grandioso á su imaginacion.

Así es que las noticias que tuvo de su padre le animaron

un poco, é Inés recibió con la mayor cordialidad á Aguado, porque estaba segura de que en cuantas ocasiones pudiera hablar con Diego, su conversacion le sacaria del desaliento en que estaba, distraeria su espíritu y mitigaria algun tanto sus penas.

Pero Aguado, que habia vuelto á ser recibido por los reyes, y oido de sus labios la promesa de que no olvidarian sus servicios, de que los premiarían de una manera espléndida en breve, para calmar la sed de ambicion que le devoraba y al mismo tiempo para satisfacer un liviano deseo que se habia apoderado de sus sentidos, en vez de ir á casa de Inés cuando estaba Diego, aprovechaba todas las ocasiones en que el cumplimiento de su deber llamaba al jóven á palacio, é iba á ver á la desventurada esposa cuando estaba sola.

El ferviente cariño que demostraba hácia Colon, la costumbre de verle, la actitud franca y sincera que con ella guardaba, aumentaron el afecto que se tenian y establecióse entre los dos una especie de intimidad respetuosa, de la que Aguado fué aprovechándose poco á poco para explorar el corazon de Inés.

La jóven esposa no habia olvidado al hombre que tanto amor le habia inspirado, y que por causa de su hermosura habia perecido de una manera tan trágica.

Aunque ya no existia servíale su recuerdo de eterno compañero, y por nada del mundo entregaria su voluntad á otro hombre, que mancharia la honra póstuma del que por tantos títulos se habia hecho acreedor á su cariño y á su gratitud.

En vano habia tratado el ambicioso pretendiente de demostrarle que serian olvidados por el tiempo los sacrificios que hacia en obsequio de los dos jóvenes que le habia confiado Colon.

En vano le habia pintado el abandono en que ella se veria

más tarde, cuando colmados de honores y riquezas aquellos descendientes de una familia oscura, renunciasen por no necesitarlos ya á sus servicios.

En vano le habia mostrado la necesidad que tenia de un nuevo esposo, que fuese al mismo tiempo padre para su hija.

A todas las observaciones habia contestado Inés encomiando los buenos sentimientos del almirante y de sus hijos, mostrándose bastante fuerte para poder por sí sola salvar á su hija de los peligros que corria, manifestándole terminantemente su resolucion de guardar eterna fe al hombre que habia muerto en sus brazos, legándole su honra por herencia.

Juan de Aguado no desmayó por esto.

Empleó todos los medios para ganar el ánimo de Inés, le insinuó los deseos que tenia de conseguir apartarla de sus pensamientos, de alcanzar su amor, y la jóven llegó á verse en una situacion apurada.

Era don Juan galante caballero.

No tenia motivo para despreciarle.

Por otra parte, á juzgar por sus palabras, profesaba á Cristóbal Colon un afecto, una veneracion, un entusiasmo sin límites, y como tantos favores le debia la triste esposa de Beltran, se hallaba en la dura alternativa de parecer ingrata, de condenar al sufrimiento á un hombre que tantos títulos tenia á su consideracion, ó de sacrificar á su gratitud el culto que rendia y la fe de su alma á la memoria del padre de su hija.

Diego estaba continuamente triste.

La herida que habia recibido su alma continuaba abierta y os esfuerzos que habia hecho Inés para consolarle habian sido estériles.

No por eso habia dejado el jóven de conocer el interes que despertaba en el corazon de aquella pobre viuda, y se habia prometido muchas veces corresponder á su leal afecto.

Por aquel tiempo, gracias á los desvelos de la Reina Católica, habia un medio de que Diego encontrase alivio á sus penas.

Aquella ilustre soberana, que habia pasado los primeros años de su vida en Arévalo, en la soledad, al lado de su tierna y cariñosa madre, obedeciendo á sus naturales inclinaciones habia procurado hallar en la ilustracion la luz que habia empezado á brillar en el reinado de don Juan, su padre, y que si no se habia extinguido se habia ocultado durante los trístimos dias de la dominacion de Enrique IV.

La poesia y la música habian ofrecido el espectáculo de la belleza á la reina Isabel, y como el culto de lo bello habia despertado en su alma sentimientos nobles y generosos, creia aquella excelsa reina que produciria el mismo efecto en las demas clases de la sociedad, y á este fin procuró, cuando alejados de España los árabes pudo echar los cimientos de la gran monarquía española, reunir á todos los hombres doctos de la época, tanto nacionales como extranjeros, honrarles con su consideracion y encomendarles no solo la enseñanza de sus hijos, sino la de los descendientes de las familias más distinguidas de la corte, amparando á aquellos jóvenes plebeyos que por su clara inteligencia y su constante aplicacion aspiraban á salir de su esfera y á formar parte de esa otra aristocracia del talento, cuyas semillas se arrojaron entonces y han venido fructificando hasta dar á nuestra época sus más preciados frutos.

La reina habia estudiado el idioma latino, que era el que entonces servia para escribir á los sabios, con el objeto de entenderse todos gracias á aquella lengua universal, y al mismo tiempo porque era el idioma diplomático, el idioma en que se entendian entre sí las naciones para llevar á cabo sus pactos y alianzas, para tratar toda clase de negocios.

El ejemplo de la reina habia animado á muchas damas, y ¡cosa extraña! las mujeres que más tarde, en el siglo XVIII, habian de volver á caer en el oscurantismo, habian de considerar como cosa supérflua y dañina los conocimientos de la lectura y de la escritura, impulsaron el vuelo de la inteligencia, llegando hasta el punto de aparecer en las universidades de Salamanca y de Alcalá mujeres ilustradas que explicaban los principios de las humanidades.

Una ilustre matrona, doña Beatriz de Galindo, conocida en la historia de las letras españolas con el nombre de la *Latina*, epíteto que ha llegado hasta nosotros y que se conserva en un establecimiento de Beneficencia que fundó en Madrid y que aún existe para honra suya, fué la que inició en los secretos del idioma del Lacio á la reina Isabel.

Los hombres doctos, como la mariposa á la luz, acuden siempre á las naciones en donde los soberanos dispensan proteccion á las letras y honran á los que las cultivan.

Llegaron, pues, á España invitados por la excelsa Isabel, entre otros humanistas, el famoso Pedro Mártir, italiano, á quien debió España sin duda alguna su importancia científica y literaria, no solo en el reinado de los Reyes Católicos, sino más tarde cuando la nacion española estaba al frente de todas las de Europa, y podia exclamar uno de sus reyes "que nunca se ponía el sol en sus Estados."

Esperanza no solo de los reyes, sino de la nacion entera, el infante don Juan, pusieronle bajo la direccion de Pedro Mártir, y dispuso la reina que algunos de los hijos de los nobles que más tarde debian ser adictos servidores de su hijo, fuesen sus compañeros de enseñanza.

Sus pajes, entre los que se hallaban, como recordará el lector, Diego y Fernando, obtuvieron la gracia de asistir á las lecciones que á su régio discípulo daba asiduamente Pe-

dro Mártir, y penetrando los misterios de la ciencia, deleitando su imaginacion con las bellezas de la literatura, podian los que hasta entónces habian considerado como única ocupacion digna de su alcurnia la carrera de las armas, convenirse de que las letras aumentaban su brillo, miéntras que Diego Colon, recordando las lecciones que en los primeros años de su vida habia recibido del venerable prior del convento de la Rábida, fray Juan Perez de Marchena, hallaba nuevos horizontes en los que recrear su vista y consuelos dulcísimos que le aliviaban de las amarguras que habia experimentado su corazon con el primer amor que habia sentido.

Los frutos de esta cultura empezaba á notarse en todas partes.

La literatura se generalizaba.

La imprenta, protegida por la reina, multiplicaba los ejemplares de las obras, que hasta entónces habian sido patrimonio exclusivo de los soberanos y de los grandes por lo costo so de las copias.

Todo anunciaba una nueva era.

Al imperio de las armas habia sucedido, para consolidarse, el de la ilustracion, y las universidades públicas comenzaban á poblarse de estudiantes; sus maestros eran objeto de contínuas distinciones por los reyes y los grandes de la corte, y si debia influir poderosamente aquel movimiento en la grandeza de la nacion, tambien debia calmar la angustia del paje del infante don Juan y despertar en su hermano Fernando, que comenzaba á comprender cuanto en torno suyo habia, la afición al estudio que debia proporcionarle más tarde la honra de ser historiador de su padre y dejar su nombre á la posteridad como el de uno de los escritores más doctos de su tiempo.

CAPITULO III.

Un desaire.

ERA distinto el aspecto de Diego, despues de haber salido de la cátedra en donde reunia Pedro Mártir al infante, á sus amigos y á sus pajes, que cuando despues de haber pasado la noche en el insomnio, se despedia de Inés para ir á palacio á cumplir sus deberes.

La jóven lo conocia, y se guardaba muy bien de hablarle en sus momentos de tristeza, porque su herida era de aquellas que no podian sondarse sin producir un inmenso dolor.

Pero al volver, cuando su frente estaba más serena, cuando sus ojos revelaban esa tranquila y apacible alegría del hombre que por medio del estudio ha avanzado un paso más en la comprension de su Creador, se aprovechaba de su actitud benévola, le distraia y le consolaba con la esperanza de que al fin y al cabo el tiempo cicatrizaria la herida, y las riquezas y los honores que por sí propio y por su padre adquiriese, le incitarian á disfrutar del porvenir brillante que le estaba reservado.

Ya estaba Diego acostumbrado á los consuelos de su jóven madre, como él la llamaba, y sin embargo, un dia, al volver de la leccion, notó que apenas le dirigió la palabra.

Estaba preocupada.

Al dia siguiente sucedió lo mismo.

Trascurrieron algunos dias, y la que ántes se mostraba tan

solicita para con él, la que ántes se desvivía por halagar su imaginacion, por recordarle los triunfos de su padre, permanecia silenciosa, preocupada, triste.

¿Qué sucedia?

¿Era él, por ventura, la causa de la tristeza de Inés?

¿Existia algun motivo que pudiera turbar el resignado dolor que llenaba su alma?

Diego á su vez se preocupó, y al fin y al cabo, deseando conocer la causa de aquella situacion incomprensible para él, habló á Inés.

—No es solo en mí deber de gratitud, sino deber de afecto preguntaros cuál es la causa que motiva vuestra tristeza.

—¿Mi tristeza? exclamó Inés viéndose sorprendida, yo no estoy triste.

—En vano queréis ocultármelo: os debo demasiado cariño, sois demasiado buena para nosotros, y aunque yo sufro por mis desdichas, todavía puede mi corazon sufrir las vuestras.

—No, Diego, no; os aseguro que no sufro.

Pero como á estas palabras acompañaron algunas lágrimas, que furtivamente asomaron á sus ojos:

—Decid al ménos á vuestro llanto que no brote, añadió Diego, y entónces os creeré.

Inés se serenó.

—Creedme, amigo mio, estoy tranquila.

—Cuando tanto ocultais vuestra pena, mi hermano ó yo la hemos causado.

—¿Oh! No, no lo creais; no habeis sido vosotros, exclamó Inés.

—¿Luego ha habido alguien?

—No intentéis descubrir este secreto.

—¿Teneis secretos para mí, para vuestro hijo, para vuestro hermano?

No era posible resistir aquella reconvencion.

Inés confió á Diego lo que le sucedia.

No tenia motivos para quejarse de Juan de Aguado que le trataba con la mayor consideracion, que solo aspiraba á labrar su dicha.

Pero habia amado con toda su alma á su esposo, adoraba su recuerdo y queria pasar el resto de su vida unida por aquel lazo espiritual al hombre que, estrechando su mano, habia recibido al mismo tiempo que ella la bendicion del sacerdote.

Diego, que sobre poco más ó menos se hallaba en el mismo caso, que habia perdido á la que habia considerado desde el momento en que su amor fué correspondido como la compañera de su vida, y no hallaba más consuelo que recordándola, comprendió aquel cariño de Inés y le pareció respetable y digno de admiracion.

Desde aquel momento no tuvo más deseo que librarla de las persecuciones amorosas de que era objeto.

—Tranquilizaos, mi buena Inés, le dijo, vuestra angustia cesará; yo os lo prometo.

Resolvió buscar á Aguado é invocar la generosidad de su alma para que abandonase sus pretensiones.

Al dia siguiente de dirigirse á palacio fué á la posada donde estaba hospedado el pretendiente.

Habia salido ya.

En efecto, habia acechado el momento en que Diego habia salido de su casa, y resuelto á vencer la obstinacion de Inés, habia ido á verla.

Las insinuaciones se convirtieron entónces en declaraciones formales.

Agnado confió á Inés el amor que le habia inspirado los vivos deseos que tenia de labrar su felicidad, y al escu-

char su negativa habia anunciado que se daría la muerte en su presencia.

Inés habia evocado para apartarle de aquel mal pensamiento las ideas religiosas.

Pero Aguado, ébrio de pasion, habia empezado á olvidar las conveniencias, y cayendo á los piés de la jóven, la aseguraba que sin la promesa de pagar su cariño no se apartaría de ella y moriría á su vista.

Diego llegó bastante á tiempo para sacar á Inés de aquella situacion afflictiva.

Al verle se levantó Aguado, y tomando una actitud arrogante pareció desafiar al hijo de su protector.

Diego, conteniéndose cuanto podia:

—Confio, caballero, le dijo, en que no volvereis nunca á esta casa.

—Nunca, dijo Aguado, yo os lo prometo, pero el desaire que he recibido tendrá venganza.

—Id en paz, y que Dios os perdone, dijo Diego.

Aguado, furioso, porque era vehemente y veia malograrse sus deseos, salió á la calle.

Comenzó á andar, sin reparar que una persona que le espiaba seguia sus pasos.

Dobló una esquina y oyó que le llamaban.

—¿Quereis vengaros de ella? le dijo una mujer entrada en años que se acercó al irritado caballero.

—¿Quién sois?

—¿No me reconocéis?

—¡Ah! sí; tu eres la gitana que me dió asilo hace algunas noches cuando vine á Valladolid.

—La misma:

—¿Y vienes á gozarte en tu falsa prediccion?

—Al contrario; vengo á ofreceros los medios de que os ven-

gueis de esa mujer altanera que os ha despreciado. Vengo además á indicaros el camino que se abre á la realizacion de vuestros ambiciosos deseos.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Venid conmigo.

—¿Dónde?

—A una calle inmediata. En una casa podremos hablar sin ser vistos, y además os pondré allí en relaciones con la persona que os ha de conducir al triunfo.

—Vamos.

—Me vengaré de esa insensata, dijo la vieja.

—Yo humillaré su altivez, yo castigaré la audacia del paje que ha presenciado mi derrota y me ha arrojado de su casa, exclamó Juan de Aguado.

Juan de Aguado y la madre Remedios penetraron en una casa de pobre aspecto, cuya puerta abrió la gitana con una llave que llevaba.

—¿Vives aquí? le preguntó Juan de Aguado.

—No por cierto; pero esta es casa de una amiga, que á estas horas estará sin duda en la iglesia entregada á sus devociones, y aquí podemos hablar sin que nadie nos oiga, mientras llega una persona que ha de seros muy útil.

Aguado no las tenia todas consigo; pero recordó que llevaba espada al cinto, y aguardó á ver el resultado que tenia aquella escena.

—Al hallaros ha poco, continuó la madre Remedios, he visto en vuestro rostro las señales de la más justa indignacion. Os ha despreciado Inés, ¿no es cierto?

—Sí, ha rechazado mi cariño.

—¿Como una gran señora sin duda?

—Como arrogante, incomprensible.

—Y sin embargo, de haber sabido lo que yo sé, podriais haber humillado su altanería.

—¿Qué decís?

—En primer lugar, que no debeis apesadumbraros por los desdenes de que sois objeto. Yo os anuncié que haciéndole la corte conseguiriais la realizacion de vuestros deseos; pero esto no quiere decir de ningun modo que necesiteis su amor para lograrlo. Y á fe que no me extraña el desden con que os ha tratado. Todo eso es natural en las personas que desde la más baja esfera saben elevarse á la más alta.

—¿Y esa mujer?

—Conozco perfectamente su historia.

—Refiéremela entónces.

—No os he llamado con otro objeto.

Esa mujer, prosiguió la gitana, nació en el seno de una familia pobre, en un puerto próximo á Huelva, que se llama Palos. Su padre era un tragnero, un infeliz, que vivia poco ménos que en la miseria.

—¿Y cómo ha llegado á la posicion que ocupa?

—Todo lo debe á unas gitanas, á unas hermanas mías que pasaron por la aldea, y compadeciéndose de su mísero estado le ofrecieron llevarla en su compañía, proporcionarla una casa donde vivir y mejorar su situacion.

—¿Y ella les escuchó?

—Con entusiasmo; halagada su imaginacion con las promesas que le hicieron, siguió á las gitanas, y tuvo bastante valor para abandonar á sus pobres padres, que lloraron amargamente su ausencia, en tanto que ella, con la esperanza de medrar, se apartaba de su lado sin verter una lágrima siquiera.

—¿Y dónde la llevaron las gitanas?

—A Córdoba; allí pensaban colocarla de criada en alguna casa de las más nobles de la ciudad, y confiaban en que, agradecida á los favores que la hacian, partiria con ellas su soldada; pero la vió un paje de una dama ilustre; aquel paje se

prendó de su hermosura; ella, á pesar de su inocencia, supo muy bien tenderle la red, le aprisionó en sus brazos, y cuando con él abandonó á las gitanas, logró entrar al servicio de la dama de quien era el paje su amante.

Entre los dos engañaron á la buena señora, y no fué este el único mal que la hicieron.

—¿Estás cierta de todo lo que me dices?

—Os lo puedo jurar. La taimada Inés servía en casa de doña Beatriz Enriquez de Córdoba cuando su padre llegó á Córdoba acompañando á la ciudad á Cristóbal Colon, que entonces era un pobre hombre, sin más recursos que los que la piedad del prior del convento de la Rábida le habia proporcionado.

—Pero ¿era un extranjero?

—Un extranjero, sí; un extranjero que habia engañado al venerable sacerdote, y que, habiendo encontrado en Inés y en su amante nuevos cómplices, hizo ver al padre de la jóven que su hija era una santa, y pidió á los sirvientes en cambio de este favor que le ayudaran á seducir á su ama, la cual cayó en el lazo, y por su culpa tuvo que abandonar la corte y murió víctima de su remordimiento despues de haber dado á luz á uno de los dos hijos de Colon, á quien habeis hallado en compañía de esa mujer.

—Todo lo comprando, dijo Aguado, creyendo en la calumnia.

—Doña Beatriz era muy rica; Colon tenia demasiada habilidad, y siguiendo de acuerdo con sus cómplices, hizo que su desventura la amante nombrase herederos de todos sus bienes á sus sirvientes ántes de morir; éstos partieron con su protector las riquezas, y esa es la clave del lazo que los une.

Hubierais podido muy bien, al despreciaros esa plebeya, que todo lo debe á su falsía, arrojarle en cara su pasado, humillarla, escarnecerla; hubierais podido decirle que la honra-

bais mucho pidiéndola para esposa, á la mujer á quien os sería fácil comprar para manceba.

—¿Y por qué no me has hablado ántes de ese modo? dijo Aguado mudando de expresion.

—Todavía es tiempo para vuestra venganza.

Hoy ya sabeis cuál es su origen, cuál el de ese hombre á quien habeis servido, y cuya gloria parece eclipsar la de los demas hombres.

La proteccion que le han dispensado los reyes la debe á doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

Su amante era una de esas damas predilectas de su majestad. Por ella conoció á algunos ilustres prelados que le han prestado en todo tiempo su proteccion.

Con sus malas artes ha engañado á los reyes, y no falta quien diga que no es el primero que ha descubierto esos países donde habeis estado.

—¿Tú sabes algo acerca de eso? preguntó Aguado.

—Cuentan los que lo saben todo, los que han estado en Portugal, que un viajero ántes que él descubrió aquellas tierras, que arrojado por la tempestad á un país donde se hallaba Colon, confió á éste su secreto ántes de morir, y que gracias á esto ha podido vender como un descubrimiento suyo lo que á otro hombre costó la vida.

Es, pues, lo que ha hecho una usurpacion; las riquezas que adquiere no le pertenecen, los títulos con que los soberanos le honran no son suyos; sus hijos, que hoy disfrutan la primanza al lado del infante, son indignos de esta honra.

Hay en España una persona que lo sabe todo, que desea de arrancar de los ojos de los reyes la venda que les oculta la verdadera significacion de ese hombre á quien veneran, quiere á toda costa presentarle á sus ojos tal cual es.

Esa persona á quien aludo tiene gran influencia en la corte, y un emisario suyo no tardará en venir para llevaros á su lado.

Puedo recomendaros á él para que le ayudeis á llevar á cabo su propósito, y no me extrañaria, si tal hicierais, que el premio de vuestros servicios fuese la realizacion de vuestra ambicion, de vuestras esperanzas.

—¿Pero quién eres tú, dijo Aguado, fijando una penetrante mirada en la vieja, quién eres tú que tanto sabes, que tienes medios de ponerme en contacto con los enemigos de Colon?

—Yo, contestó la anciana, soy la que, arrebatando de la miseria á esa mujer que os ha ultrajado, recibí en premio de mis sacrificios la más negra de las ingratitudes; yo que he espiado desde entónces todos sus actos, todos sus pensamientos, que la he visto perder á su amante la esperanza de alcanzar sus riquezas; yo sé que es mentira todo ese falso culto que tributa á la memoria del que llama su esposo; porque la verdad es que está ligada por un lazo indisoluble á Colon, porque ella fué quien hizo dar muerte á su esposo para estar libre; porque ella es la que, vendiendo un cariño maternal á los hijos del almirante, aspira á catequizarlos con el objeto de unirse á su padre y compartir con él los honores y las riquezas que adquiriera.

Esa ha sido la causa por la que ha despreciado vuestro afecto; ese es el motivo por el cual la persigo; porque no es justo que los que se cubren con la máscara de la hipocresía puedan engañar impunemente á las almas honradas.

—¡Oh! Yo te prometo que le arrancaré la máscara, exclamó Aguado.

—Su ruina y la del hombre que la ampara han de ser vuestro triunfo.

En esto llamaron á la puerta, y entró un hombre de mala catadura, á quien saludó la madre Remedios con las mayores muestras de consideracion.

—Pasad, pasad, le dijo; aquí teneis al caballero de quien tanto os he hablado. Confíadle con franqueza la mision que traeis.

El recién llegado se adelantó hácia don Juan, y haciendo una seña á la gitana, desapareció ésta.

—Caballero, le dijo, vos sois don Juan de Aguado, ¿no es cierto?

—Para serviros.

—¿Habeis llegado hace poco de la India con varios españoles, y habeis traído con Gorbalan una mision del almirante Cristóbal Colon para los reyes?

—Es cierto.

—Pues bien; vuestro compañero no piensa venir á la corte. Ha dicho la verdad de lo que pasa en la colonia que habeis fundado en aquellas tierras, y como se trata de la vida de muchos españoles y de arrancar la máscara á un falsario, si quereis uniros á él para decir la verdad, no solo ejecutareis una buena accion, sino que hallareis una gran recompensa.

—¿Quién os envía á mí?

—Una persona que tiene el sagrado deber de evitar que se engañe á los reyes de España.

—Pero es el caso, dijo Aguado, que he presentado mis credenciales á los reyes, y que he hecho en su presencia los mayores elogios de Colon.

—Tanto mejor; de esa manera vuestras palabras serán más autorizadas. Teneis vuestra fortuna en las manos. Es muy posible que, accediendo á los ruegos de la persona que me envía á hablaros, nombren los reyes un investigador de todo lo que pase allende el mar, con atribuciones bastantes para examinar los actos de Colon y suspender sus facultades.

El que logre tal honra ocupará una de las primeras posiciones del mundo, y bien pudiera ser que ese alto cargo recayera en vos.

—¿Qué necesito hacer para eso?

—Jurar primero guardar secreto sobre las proposiciones

que acabo de haceros, y seguirme despues adonde os esperan para comunicaros lo que debeis hacer.

Aguado vaciló por un momento.

—¿Qué resolvéis?

—Guiadme, dijo.

—Es necesario que nos pongamos en camino.

—¿A dónde hemos de ir?

—A Búrgos.

—¿No me podeis decir quién es la persona que nos espera?

—Jurad ántes sobre la cruz de vuestra espada guardar siempre el mayor secreto.

—Lo juro, dijo Aguado.

—Os advierto, añadió el desconocido, que yo no me separaré un solo instante de vos, y que si faltais al juramento que acabais de hacer morireis á mis manos.

—No necesito semejante amenaza. Soy caballero, soy cristiano, y acabo de invocar el testimonio de la cruz.

—Pues entónces en marcha.

—¿Quién nos espera?

—El obispo Fonseca.

Los dos salieron de la casa, fueron á la posoda en donde se hospedaba Aguado, éste se despidió, acompañó al emisario del obispo, que se llamaba Pedro Ibañez, fueron á otro meson en donde habia mulas preparadas, montaron en ellas y salieron de Valladolid con direccion á Búrgos.

Al cabo de dos jornadas llegaron á aquella ciudad, y Aguado encontró alojamiento en el palacio del obispo.

Al dia siguiente fué presentado á él por Pedro Ibañez. El emisario de Fonseca no le habia engañado.

Gorbalan estaba en Búrgos, y catequizado por los enemigos de Colon, no solo habia sido ingrato, sino que estaba resuelto para medrar á sacrificar al que tantas pruebas de deferencia le habia dado.

CAPITULO IV.

Aberraciones.



PARACE mentira que un hombre como Colon pudiera inspirar no ya al vulgo envidioso, no ya á los cortesanos émulos de su gloria, sino á los que ocupaban puestos muy distinguidos, y sobre todo tenian el deber, por ser ministros del Señor, no solo ministros, sino prelados, de ejercer á todas horas el sentimiento de la caridad, envidia de ningun género.

Y sin embargo, el obispo Fonseca, que en poco tiempo, gracias á su innegable talento, gracias á la predileccion que sentia hácia á las artes, que le debieron en aquella época gran parte de su apogeo, se habia captado el afecto de su soberana, que participaba de sus mismos gustos, y en breve tiempo habia llegado desde el humilde puesto de fraile al de obispo de Búrgos.

Más inverosímil parece aún que un hombre que poseia el sentimiento de lo bello no sintiese desaparecer de su alma las negras nubes de la envidia al contemplar la grandeza que con su talento habia adquirido Colon á fuerza de infortunios.

Porque si, como sucede siempre, las artes tienden á la civilizacion, duleificando les sentimientos de los hombres, hermanándolos con la admiracion y el entusiasmo, natural era que la figura de Colon, de aquel pobre marino, que despues de llegar á la corte de varias naciones, à implorar la caridad

que acabo de haceros, y seguirme despues adonde os esperan para comunicaros lo que debeis hacer.

Aguado vaciló por un momento.

—¿Qué resolvéis?

—Guiadme, dijo.

—Es necesario que nos pongamos en camino.

—¿A dónde hemos de ir?

—A Búrgos.

—¿No me podeis decir quién es la persona que nos espera?

—Jurad ántes sobre la cruz de vuestra espada guardar siempre el mayor secreto.

—Lo juro, dijo Aguado.

—Os advierto, añadió el desconocido, que yo no me separaré un solo instante de vos, y que si faltais al juramento que acabais de hacer morireis á mis manos.

—No necesito semejante amenaza. Soy caballero, soy cristiano, y acabo de invocar el testimonio de la cruz.

—Pues entónces en marcha.

—¿Quién nos espera?

—El obispo Fonseca.

Los dos salieron de la casa, fueron á la posoda en donde se hospedaba Aguado, éste se despidió, acompañó al emisario del obispo, que se llamaba Pedro Ibañez, fueron á otro meson en donde habia mulas preparadas, montaron en ellas y salieron de Valladolid con direccion á Búrgos.

Al cabo de dos jornadas llegaron á aquella ciudad, y Aguado encontró alojamiento en el palacio del obispo.

Al dia siguiente fué presentado á él por Pedro Ibañez. El emisario de Fonseca no le habia engañado.

Gorbalan estaba en Búrgos, y catequizado por los enemigos de Colon, no solo habia sido ingrato, sino que estaba resuelto para medrar á sacrificar al que tantas pruebas de deferencia le habia dado.

CAPITULO IV.

Aberraciones.



PARACE mentira que un hombre como Colon pudiera inspirar no ya al vulgo envidioso, no ya á los cortesanos émulos de su gloria, sino á los que ocupaban puestos muy distinguidos, y sobre todo tenian el deber, por ser ministros del Señor, no solo ministros, sino prelados, de ejercer á todas horas el sentimiento de la caridad, envidia de ningun género.

Y sin embargo, el obispo Fonseca, que en poco tiempo, gracias á su innegable talento, gracias á la predileccion que sentia hácia á las artes, que le debieron en aquella época gran parte de su apogeo, se habia captado el afecto de su soberana, que participaba de sus mismos gustos, y en breve tiempo habia llegado desde el humilde puesto de fraile al de obispo de Búrgos.

Más inverosímil parece aún que un hombre que poseia el sentimiento de lo bello no sintiese desaparecer de su alma las negras nubes de la envidia al contemplar la grandeza que con su talento habia adquirido Colon á fuerza de infortunios.

Porque si, como sucede siempre, las artes tienden á la civilizacion, duleificando les sentimientos de los hombres, hermanándolos con la admiracion y el entusiasmo, natural era que la figura de Colon, de aquel pobre marino, que despues de llegar á la corte de varias naciones, à implorar la caridad

de los reyes de España, había tenido necesidad de pedir una limosna á la puerta de un convento, y sufriendo desaires, y viéndose calificar de loco por los que no tenían capacidad suficiente para comprenderle, había llegado á fuerza de trabajos, de privaciones, de lágrimas, de dolores, á obtener una licencia de la reina, á conseguir que le ayudase en su empresa, era, y no podia ménos de ser, no ya para los que comprendieran las artes, no ya para los que apreciaran el sentimiento de lo bello, sino para los que tuvieran una noción siquiera de la humanidad, títulos suficientes de aprecio y consideración.

Pero desgraciadamente las pasiones son más vehementes en el hombre que los sentimientos.

Decid no ya al admirador sino al mismo artista; decid á Rafael que hay un defecto en su *Pasmo de Sicilia*, y le vereis palidecer, notareis la ira en sus ojos y vereis que aquel hombre, que si le hubierais enaltecido os hubiera estrechado en sus brazos, os desprecia y siente despertarse en su alma, ávida poco ántes de belleza, la más negra de las envidias, el más vehemente deseo de haceros daño.

Fonseca, que en los primeros años de su vida monástica había sido un ejemplo de constante virtud, que había aprendido al débil contra el fuerte, que había empleado su elocuente palabra para mitigar en el corazón del señor feudal la indignación que le había inspirado el delito ó la falta de su vasallo; Fonseca, que en varias ocasiones había contrarrestado la influencia de Torquemada, cuando aquel hombre Fanático llevaba á centenares á la hoguera á los que no profesaban la religion cristiana; aquel hombre, en fin, que había logrado despertar un vivo afecto en el corazón magnánimo de la reina, había sentido primero el torcedor de la envidia cuando al volver Colon, que había eclipsado, no solo su gloria, sino la de todos, y el vulgo y los nobles, y todas las clases de

la sociedad se habían olvidado por completo de la importancia de los grandes, de la veneración que debían á los preladados, para convertir aquellos sentimientos en una entusiasta admiración, que ofrecían á su paso por las aldeas y las ciudades al que, desafiando las olas del Océano y los furioses de la tempestad, en endeble carabela había atravesado las turbulentas aguas y había encontrado inmensos territorios que ofrecer, como una nueva joya que adornase la corona de San Fernando.

Instintivamente, sin darse cuenta todavía del sentimiento que le impulsaba, se valió de la influencia que tenía con los reyes, y buscó quien le ayudase para contrarrestar en cierto modo el ascendiente que tomaba Colon.

—Puesto que se han descubierto esas tierras que encierran en sus entrañas grandes riquezas, dijo al rey, puesto que en lo sucesivo será preciso enviar allí numerosos bajajes y españoles de todas clases para colonizar aquellas islas, sería muy oportuno que se crease una administración ó superintendencia para entender en todos los negocios de las Indias.

La idea fué aceptada con entusiasmo por el rey, y se creyó que una vez establecida aquella superintendencia, germen del Consejo de Indias, debía ser nombrado jefe de ella el entonces arcediano Fonseca.

Nuestros lectores recuerdan cómo fué desarrollándose en el corazón de aquel personaje la envidia que había experimentado al ver á Colon regresar triunfante.

Pero no era el ilustre marino el que estaba llamado á sufrir la influencia, á resistir la dominación de aquel jefe.

Con la serenidad del que obra bien logró vencer los obstáculos que le oponían, y Fonseca no olvidó nunca la humillación de que había sido objeto á sus propios ojos.

¡Ah, la envidia es un terrible enemigo!

La primera herida es leve: más parece una cariecia que una puñalada; y sin embargo, poco á poco va ensanchándose la herida; poco á poco va infiltrándose en ella el veneno de que está impregnado el acero; poco á poco toma cuerpo, se convierte en un odio profundo, y el que no hubiera sido capaz de cometer una mala acción, llega á consumir los más horribles crímenes.

No estaba todavía en aquel periodo el enemigo de Colon.

Pero allí, á sus solas, en esos momentos en que el hombre, sin dar cuenta á nadie de sus ideas, siente agitarse en su espíritu esos dos elementos de la vida que se llama el bien y el mal; en esas horas de soledad en que la imaginacion trae á nuestros ojos todos los recuerdos del pasado y recorre los velos del porvenir, figurábase el obispo Fonseca á Colon volviendo de las tierras que habia descubierto, no ya con un solo bajel desmantelado, sino con todas las embarcaciones cargadas de oro; y como entónces el oro, como siempre, era el objeto de la codicia de los hombres, figurábase que obtendria el almirante mayores triunfos aún, y dada la rivalidad que existia entre los dos, el apogeo, el esplendor, la grandeza del pobregenovés implicaba su decadencia, su desgracia, su ruina.

Y entónces sentia agitarse en su alma, con más fuerza que nunca, la pasion de la envidia, convertida ya en odio que sentia hácia aquel hombre; y entónces pedia á su génio medios para contrarestar la influencia del virtuoso marino; y entónces buscaba, como la cortesana, los medios de urdir una intriga, los medios de tender algun lazo á aquel gigante para que cayese á sus piés, y que su caída implicase su ruina.

En vano le colmaba de honores la munificencia de los reyes.

En vano su palabra arrastraba á los creyentes, porque su palabra era inspirada, porque en los momentos en que se desprendia de aquella pasion que le cegaba, era el hombre ins-

pirado por Dios, el hombre que comprendia y llenaba ampliamente su mision; en vano recibia á todas horas plácemes y felicitaciones y oia en torno suyo la prediccion de que muy en breve le mostraria el Sumo Pontífice su consideracion enviándole la púrpura cardenalicia.

La espina que tenia en el corazon no le dejaba disfrutar de aquellos legítimos triunfos.

A cada instante veia llegar á las playas de España las embarcaciones de Colon, y en todos los puertos habia dado el encargo de que apénas llegase algun buque de la India le enviasen correos para comunicarle la noticia.

Colon, como recordarán nuestros lectores, despachó para España algunas carabelas, y en ellas á Gorbalan, uno de los que habian explorado los alrededores de la colonia, y á Juan de Aguado.

A pesar suyo no habia podido reunir más que algunas pequeñas cantidades de oro, y aunque en las cartas que dirigia á los soberanos se lisonjeaba de poder en breve corresponder de una manera más espléndida á sus bondades, por entónces solo enviaba aquellas escasas muestras de oro y algunos de los caribes que habia apresado al visitar la Guadalupe.

Todos aquellos elementos podian muy bien convertirse en acusadores de Colon.

Supo Fonseca que de las dos personas á quien el almirante habia comisionado para informar á los reyes de la situacion en que se hallaban, una de ellas, Juan de Aguado, habia partido á Valladolid, y la otra, Gorbalan, se habia quedado en Sevilla con objeto de aclimatar, permaneciendo con ellos algunos dias, á los caribes, para poder presentarlos á los reyes y que dispusieran de su suerte.

Inmediatamente despachó un emisario para que se entendiera con Gorbalan.

La primera herida es leve: más parece una cariecia que una puñalada; y sin embargo, poco á poco va ensanchándose la herida; poco á poco va infiltrándose en ella el veneno de que está impregnado el acero; poco á poco toma cuerpo, se convierte en un odio profundo, y el que no hubiera sido capaz de cometer una mala acción, llega á consumir los más horribles crímenes.

No estaba todavía en aquel período el enemigo de Colon.

Pero allí, á sus solas, en esos momentos en que el hombre, sin dar cuenta á nadie de sus ideas, siente agitarse en su espíritu esos dos elementos de la vida que se llama el bien y el mal; en esas horas de soledad en que la imaginacion trae á nuestros ojos todos los recuerdos del pasado y recorre los velos del porvenir, figurábase el obispo Fonseca á Colon volviendo de las tierras que habia descubierto, no ya con un solo bajel desmantelado, sino con todas las embarcaciones cargadas de oro; y como entónces el oro, como siempre, era el objeto de la codicia de los hombres, figurábase que obtendria el almirante mayores triunfos aún, y dada la rivalidad que existia entre los dos, el apogeo, el esplendor, la grandeza del pobregenovés implicaba su decadencia, su desgracia, su ruina.

Y entónces sentia agitarse en su alma, con más fuerza que nunca, la pasion de la envidia, convertida ya en odio que sentia hácia aquel hombre; y entónces pedia á su génio medios para contrarestar la influencia del virtuoso marino; y entónces buscaba, como la cortesana, los medios de urdir una intriga, los medios de tender algun lazo á aquel gigante para que cayese á sus piés, y que su caída implicase su ruina.

En vano le colmaba de honores la munificencia de los reyes.

En vano su palabra arrastraba á los creyentes, porque su palabra era inspirada, porque en los momentos en que se desprendia de aquella pasion que le cegaba, era el hombre ins-

pirado por Dios, el hombre que comprendia y llenaba ampliamente su mision; en vano recibia á todas horas plácemes y felicitaciones y oia en torno suyo la prediccion de que muy en breve le mostraria el Sumo Pontífice su consideracion enviándole la púrpura cardenalicia.

La espina que tenia en el corazon no le dejaba disfrutar de aquellos legítimos triunfos.

A cada instante veia llegar á las playas de España las embarcaciones de Colon, y en todos los puertos habia dado el encargo de que apénas llegase algun buque de la India le enviasen correos para comunicarle la noticia.

Colon, como recordarán nuestros lectores, despachó para España algunas carabelas, y en ellas á Gorbalan, uno de los que habian explorado los alrededores de la colonia, y á Juan de Aguado.

A pesar suyo no habia podido reunir más que algunas pequeñas cantidades de oro, y aunque en las cartas que dirigia á los soberanos se lisonjeaba de poder en breve corresponder de una manera más espléndida á sus bondades, por entónces solo enviaba aquellas escasas muestras de oro y algunos de los caribes que habia apresado al visitar la Guadalupe.

Todos aquellos elementos podian muy bien convertirse en acusadores de Colon.

Supo Fonseca que de las dos personas á quien el almirante habia comisionado para informar á los reyes de la situacion en que se hallaban, una de ellas, Juan de Aguado, habia partido á Valladolid, y la otra, Gorbalan, se habia quedado en Sevilla con objeto de aclimatar, permaneciendo con ellos algunos dias, á los caribes, para poder presentarlos á los reyes y que dispusieran de su suerte.

Inmediatamente despachó un emisario para que se entendiera con Gorbalan.

Era éste jóven capitan ambicioso, y habia sufrido mucho al ver la predileccion que sobre él tenia Colon por Alonso de Ojeda.

El emisario le manifestó que el superintendente de los negocios de Indias deseaba verle, y confiando los caribes al cuidado de Soria, que estaba en Sevilla, miéntras que los viajeros buscaban el descanso en sus hogares, partió con el emisario de Fonseca á Búrgos.

Al pronto no quiso hacer traicion al almirante, y aunque manifestó que no todas las esperanzas se habian realizado, dijo á Fonseca que creia que las entrañas de los montes del Cibao encerraban mucho oro, y que desde el momento en que pudieran apoderarse los españoles de la comarca, enviarían á cada instante buques cargados con aquel precioso metal.

Pero Fonseca solo escuchó la triste pintura de las enfermedades que sufrían los colonos, los trabajos que habian pasado en la navegacion, la fatal influencia que ejercia la escasez de víveres, la ferocidad de los caribes, y sobre todo el desastre de la fortaleza de la Navidad, la matanza de los españoles que habia dejado allí indefensos Colon, la actitud hostil de Guacanajari, que era el amigo fiel con que contaba el almirante, y los deseos que abrigaban todos los caciques reunidos de acometer á los españoles para destruirlos.

Todas aquellas noticias, abultadas, exajeradas por el odio que sentia hácia Colon, eran muy suficientes para demostrar á los reyes que el célebre marino, burlando su credulidad, arrastraba á la corona de Castilla á aventuradas empresas, en las que era seguro que el producto no compensaría los sacrificios que ocasionaban.

Pero se habia adelantado Juan de Aguado: debia haber presentado ya á los reyes las cartas de Colon y del doctor Chanca, y si no contaba con aquel emisario, era muy fácil que no se diese crédito á las noticias de Gorbalan.



Nadie sabrá que he tenido la alta honra de ver á su ilustrisima y besar su anillo.

Necesitaba, pues, á toda costa captarse la voluntad de Juan de Aguado, y no tardó en saber que era un hombre ambicioso, y que la esperanza de importantes empleos le impulsaría á vender á su protector.

A Gorbalan le ofreció su influencia para realizar su más vivo deseo, que era partir á Italia y luchar al lado del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, porque no era su ánimo volver á aquellas ignotas tierras, donde tanto habia sufrido.

Si contaba con Aguado, nada más fácil que convencer á los reyes de lo desastroso de los descubrimientos de Colon.

La vista de los caribes podia dar una idea de la mayor parte de los habitantes de la isla, á los que seria necesario cazar.

Una ligera dádiva á los colonos que habian vuelto bastaría para que atestiguasen los trabajos que habian pasado y las pocas esperanzas que abrigaban sus compañeros de conseguir el objeto de su viaje.

Por otra parte, si Aguado manifestaba que las cartas de Colon eran falsas, que solo por un deber de gratitud se habia encargado de presentarlas, pero que antes que hombre agradecido era español y debia la verdad á sus reyes; si describia entónces la situacion de los españoles como la más aflictiva y desesperada, podia muy bien lograr que se enviasen inmediatamente algunos buques para mandar regresar á Colon, y en ese caso experimentaria el placer de ver llegar al que poco antes habian aclamado todos los españoles, con el sello de la desgracia y avanzando á confesar su engaño entre los silbidos de la plebe y el desprecio de los grandes señores.

Era, pues, indispensable á Fonseca la cooperacion de Juan de Aguado.

Al efecto, apenas estuvo en su presencia, tratándole con las mayores consideraciones, le pidió en nombre de los sagrados deberes que como español tenia que cumplir, que le revelase la verdad de lo que pasaba.

La verdad era triste.

Pero como Aguado estaba ya prevenido, y queria hacer valer su complicidad, manifestó que el contenido de las cartas era cierto, y que, aunque habian pasado grandes apuros, habia seguridad de que muy en breve el oro que podria en viarse desde aquellas tierras bastaria, no solo para sufragar los gastos, sino para ofrecer pingües ganancias á la corona de Castilla.

—Aunque así sea, dijo Fonseca, mis noticias son que el almirante, olvidando su origen y su carácter de extranjero, trata á los españoles como esclavos, impone á todo el mundo su voluntad, no hace caso de las observaciones de nadie, y ha tenido ya más de un conflicto con el reverendo padre Boil, el cual en una carta que me ha traído uno de los viajeros da cuenta detallada de todo lo que pasa en la colonia.

Así pues, aun cuando pueda prometerse España grandes riquezas en aquellos apartados países, no es justo que los que vayan allí á trabajar para adquirirlas se encuentren léjos de su patria bajo la ominosa dominacion de un hombre que se ha ensoberbecido con sus medros, y considera á todo el mundo inferior á él.

Conviene por de pronto, para castigar su soberbia, que venga á España con el sello de la desgracia, que luego despues no nos faltarán hombres inteligentes, sabios tanto como él, y más aún, en el arte de navegar y en la ciencia de gobernar.

Vos mismo, en quien me complace reconocer cualidades superiores, podreis, sirviendo en esta ocasion á vuestra patria, haceros acreedor á la proteccion de los que nos interesamos por su prosperidad, y no seria extraño que algun dia se os confiase el mando de alguna de las colonias creadas ó que se creasen en lo sucesivo.

—¿Y qué he de hacer para obtener tanto favor? preguntó Juan de Aguado.

—Contribuir conmigo y con los que deseamos ver libre á España de la influencia de ese extranjero, á presentarlo á los ojos de los reyes como un hombre inepto, como un elemento perjudicial á nuestra preponderancia en los países conquistados.

—Pero si he hablado ya á los reyes elogiándole, ¿cómo podrán creerme?

—El sentimiento de la gratitud es indispensable; pero ahora mismo se prepara una expedicion de tres carabelas, cuyo mando va á darse á un hermano del almirante, á quien los reyes han sacado poco ménos que de la miseria.

Todo esto origina gastos, todo esto despierta en muchos el deseo de abandonar su hogar para ir en pos de la fortuna.

Un hombre de corazon no puede ver con calma estos sacrificios; y sobre todo vuestro porvenir estriba en eso.

—Si vos supieras, dijo Aguado, los deseos que tengo de humillar á ese hombre....

—Tanto más en abono de mis consejos.

—¡Oh! Sí, contad conmigo para todo.

—Pero no conviene que nos apresuremos. Cuantos más elementos reunamos para poner en claro su iniquidad, será mejor. Sé que no sois rico: disponed de mi bolsa y de mi casa.

Gorbalan partió á poco á realizar su deseo.

Aguado quedó en Búrgos estrechando cada vez más y más los lazos que le ligaban al obispo Fonseca.

Este, como superintendente del Consejo de Indias, no tuvo más remedio que disponerlo todo para la expedicion que debia mandar el hermano del almirante.

Pero detuvo la marcha de los buques, á fin de que pudiera llegar á Sevilla una persona de toda su confianza, que debia formar parte en aquella expedicion.

Esta persona era Pedro Ibañez, el cual llevaba órdenes secretas para Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa y el padre Boil.

Margarite habia sido muy recomendado por Colon á los reyes.

En su carta decia á los soberanos que era uno de los más valientes capitanes, y que se hacia acreedor á que sus majestades velasen por la suerte de su esposa y sus hijos, que estaban en España.

Si un hombre que inspiraba á Colon tanto afecto se convertia en un testigo contra él, las probabilidades de éxito de los planes de Fonseca eran mayores.

La conjuracion adelantaba.

Pero aún necesitaba un elemento más.

Era preciso que no fueran solo españoles los que le acusasen.

Podria parecer aquello odiosidad de raza.

Aguado habia dicho á Fonseca que en su carabela habia regresado á España un marinero italiano, el cual podria tambien corroborar las acusaciones de los españoles, y en este caso el testimonio de un extranjero, de un compatriota del almirante, debia pesar mucho en el ánimo de los reyes.

Habia desembarcado en Sevilla, y envió el obispo Fonseca una comunicacion á Soria para que le buscase.

Cuantos pasos dió con este objeto fueron inútiles.

Lo único que pudo averiguar es que Américo se habia embarcado inmediatamente para Italia; y como él era florentino, enviaron un emisario á Florencia para que le buscase.

Tiempo es de que nosotros le sigamos tambien, para asistir al desenlace del drama á que su criminal pasion le habia conducido.

CAPITULO V.

La venganza de un marido.

SABEL de Monteagudo habia revelado la verdad á Américo Vespucio á bordo de la carabela que les conducia á América.

Don Alfonso habia condenado á vivir á Esperanza y aquel castigo era para ella mucho más cruel que si hubiera clavado un puñal en su pecho; porque sentir bullir en sus entrañas el fruto de su amor criminal era un tormento que no puede describirse, que hace erizar los cabellos solo al pensar en él.

La pobre esposa creyó que no podria sobrevivir á su desventura, y se resignó á sufrir la suerte que le deparase la Providencia.

Su marido renunció al alto empleo que desempeñaba en la factoría del duque de Médicis, y se dirigió á Florencia con su esposa, dispuesto á entregársela á sus padres, para aumentar de aquel modo el castigo que le preparaba.

No volvió á desplegar los labios el ofendido esposo hasta que le anunció su proyecto, hasta que desembarcaron en Italia y se dirigieron á Florencia.

Allí permanecieron en una hospedería, y don Alfonso le habló de esta manera:

—Voy á anunciar á vuestros padres mi resolucion de que volvais á su lado.

Esta persona era Pedro Ibañez, el cual llevaba órdenes secretas para Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa y el padre Boil.

Margarite habia sido muy recomendado por Colon á los reyes.

En su carta decia á los soberanos que era uno de los más valientes capitanes, y que se hacia acreedor á que sus majestades velasen por la suerte de su esposa y sus hijos, que estaban en España.

Si un hombre que inspiraba á Colon tanto afecto se convertia en un testigo contra él, las probabilidades de éxito de los planes de Fonseca eran mayores.

La conjuracion adelantaba.

Pero aún necesitaba un elemento más.

Era preciso que no fueran solo españoles los que le acusasen.

Podria parecer aquello odiosidad de raza.

Aguado habia dicho á Fonseca que en su carabela habia regresado á España un marinero italiano, el cual podria tambien corroborar las acusaciones de los españoles, y en este caso el testimonio de un extranjero, de un compatriota del almirante, debía pesar mucho en el ánimo de los reyes.

Habia desembarcado en Sevilla, y envió el obispo Fonseca una comunicacion á Soria para que le buscase.

Cuantos pasos dió con este objeto fueron inútiles.

Lo único que pudo averiguar es que Américo se habia embarcado inmediatamente para Italia; y como él era florentino, enviaron un emisario á Florencia para que le buscase.

Tiempo es de que nosotros le sigamos tambien, para asistir al desenlace del drama á que su criminal pasion le habia conducido.

CAPITULO V.

La venganza de un marido.

SABEL de Monteagudo habia revelado la verdad á Américo Vespucio á bordo de la carabela que les conducia á América.

Don Alfonso habia condenado á vivir á Esperanza y aquel castigo era para ella mucho más cruel que si hubiera clavado un puñal en su pecho; porque sentir bullir en sus entrañas el fruto de su amor criminal era un tormento que no puede describirse, que hace erizar los cabellos solo al pensar en él.

La pobre esposa creyó que no podria sobrevivir á su desventura, y se resignó á sufrir la suerte que le deparase la Providencia.

Su marido renunció al alto empleo que desempeñaba en la factoría del duque de Médicis, y se dirigió á Florencia con su esposa, dispuesto á entregársela á sus padres, para aumentar de aquel modo el castigo que le preparaba.

No volvió á desplegar los labios el ofendido esposo hasta que le anunció su proyecto, hasta que desembarcaron en Italia y se dirigieron á Florencia.

Allí permanecieron en una hospedería, y don Alfonso le habló de esta manera:

—Voy á anunciar á vuestros padres mi resolucion de que volvais á su lado.

La infeliz le oyó sin contestar una palabra.

Don Alfonso se dirigió á la aldea en donde en otro tiempo habia visto por la primera vez á su esposa radiante de alegría, con todos los encantos de la juventud y la belleza.

Cuando llegó el anciano, halló la familia de su esposa reducida á su padre.

Hacia muy pocos dias que habia bajado al sepulcro su pobre madre, y el viudo, agobiado bajo el peso de los años y del dolor, habia ocultado aquella desventura á su hija para no turbar la felicidad de que la suponía rodeada.

La llegada de don Alfonso le sorprendió.

Al verle se inundaron sus ojos de lágrimas.

—¿Vos aquí? exclamó. ¿Habeis sabido nuestra desgracia?

—No; pero vengo á comunicaros la mia.

—¿La vuestra! Pues qué, ¿acaso mi hija?... ¡Oh! ¡No faltaba más que eso despues de haber perdido á su madre!

—¿Ha muerto vuestra esposa?

—Hace muy pocos dias iba á comunicaros esta triste nueva, y no me atrevia por no turbar vuestra felicidad.

—¿Las desgracias no vienen solas!

—¡Ah! ¡Me dais miedo! ¿Vive mi hija?

—Vive; pero más le valiera haber muerto.

—¿Qué decís?

—Perdonad, pobre anciano, si aumento vuestra desventura con una confesion dolorosa.

—¿Hablad, hablad por Dios! dijo el pobre padre.

—Ya recordareis que, prendado de las virtudes de vuestra hija, le di el nombre de esposa, le ofrecí cuanto tenia, me desvelé por labrar su ventura.

—Es cierto.

—Pues bien; ella ha pagado tantos sacrificios con la más negra ingratitud.

—No es posible.

—Ha olvidado sus deberes, ha delinquido, y trae en sus entrañas el fruto de su crimen.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! exclamó el pobre anciano, deshaciéndose en lágrimas.

Hubo un momento de pausa.

El anciano, reponiéndose un tanto:

—¿Y no habeis clavado un puñal en su pecho? exclamó.

—No.

—¿Hija desventurada!

—El pobre sér que lleva en sus entrañas no tiene la culpa de que lo haya engendrado un crimen. Es necesario que viva; y creedme, ese será su mayor castigo. Pero como comprendéis, yo no puedo ni debo vivir á su lado, y he resuelto traerla á vuestra casa.

—¿Y yo he de verla? ¡Oh, no!

—Es necesario que la recibais, que viva á vuestro lado, que sufra al hallarse en vuestra presencia la expiacion de su delito. Quiero además que cuando nazca el desventurado sér que tiene en sus entrañas, le alimente con su propio seno. Despues, cuando no la necesite para nada, la separaré de su lado y consumiré mis planes.

El anciano no contestó.

Su corazon latia con tal violencia, que parecia próximo á saltarse de su pecho.

Don Alfonso se alejó.

Volvió á Florencia, y aquella mismo noche, para que no se apercibieran en la aldea de la llegada de su hija, alquiló una silla de mano para Esperanza, y escoltándola á caballo, se encaminaron á ella.

El padre no quiso ver á su hija.

Esperanza volvió á la habitacion en donde habia pasado su niñez.

Al entrar allí vertió abundoso llanto.

Don Alfonso permaneció á su lado mucho tiempo sin despegar los labios.

Cuando vió que los sollozos de su esposa no eran tan continuos, le habló.

—Aquí vais á quedaros bajo la vigilancia de vuestro padre, dijo. Yo tambien os vigilaré. Ahora cumplid los deberes de la naturaleza, y despues yo cumpliré los míos.

Y dirigiéndole una mirada aterradora, se alejó.

Al despedirse del anciano:

—Vos me respondeis de vuestra hija, le dijo.

Y partió.

Padre é hija deseaban y temian hallarse frente á frente.

En el primer momento, el anciano Andrés, que este era su nombre, habria castigado con mayor severidad á la esposa culpable que el marido ofendido.

Poco á poco fué el amor paternal ganando terreno en su corazon, y á la indignacion sucedió la piedad.

Trascurrieron dos dias, y Andrés se presentó en la habitacion de su hija.

—¡Desventura! dijo. ¿Qué has hecho? ¿Como has tenido valor de cometer tan negra ingratitud, de deshonorar las canas de tu anciano padre?

—Perdon, padre mio, perdon dijo la jóven, cayendo de rodillas á sus piés.

—No lo mereces; y sin embargo, todavía tengo piedad en mi alma para tí.

—¿Y mi madre? ¿Cómo no viene mi madre á consolarme?

—Dios ha hecho bien en llevársela del mundo.

—¿Ha muertó?

—Sí.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!

—No la llores. Alégrate, porque si hubiera sabido tu desdicha habria muerto, y tú hubieras sido su asesino.

—¡Madre mia! exclamó Esperanza deshaciéndose en lágrimas.

Padre é hija guardaron silencio.

Al cabo de algun tiempo pidió Andrés á Esperanza que le contase lo que habia sucedido.

Esperanza refirió la verdad al autor de sus dias.

—¿Y cómo no has pedido al Señor que te arrebatase la vida ántes de faltar á la fidelidad que juraste en el ara al que no solo fué tu esposo, sino tu protector y nuestro amparo?

—No quiero hallar disculpa á mi pecado. No diria á mi esposo, justamente ofendido, lo que voy á deciros; pero pensad un instante que al hacerme su esposa creisteis ofrecermé una felicidad que no podiais brindarme.

—La gratitud hubiera reemplazado en el corazon de una mujer honrada al amor.

—Es verdad; y yo sentia un inmenso agradecimiento hácia el hombre que, colmándome de bondades, me sacaba de la pobreza para elevarme hasta su altura. Yo sentia un vivo afecto hácia el que con generosa mano brindaba á mis pobres padres los medios necesarios para pasar una vejez desahogada; creia que este sentimiento bastaria á labrar mi felicidad; pero ¡ay! en vano pueden eludirse las leyes de la naturaleza. Pensad que alguna parte de mi culpa se debe al sacrificio que me impuso el deber filial.

El pobre Andrés lloró con su hija, y aun hizo más, porque era padre.

Le ofreció los consuelos de su cariño.

Esperanza solo deseaba la muerte, pero á un mismo tiempo comprendia que debia sacrificarse al fruto de su amor.

Trascurrió el tiempo, largo y tristísimo para aquella infe-

liz; se acercó la época en que debía dar á luz á aquel sér condenado de antemano á sufrir, y Andrés fué á ver á don Alfonso para pedirle que llevase á Florencia á su hija, á fin de que no pudieran enterarse en el pueblo de su deshonra.

—Al contrario, exclamó don Alfonso; es necesario que todo el mundo sepa allí que es madre; pero su mayor castigo no es la vergüenza de que se sepa que ha sido adúltera, sino que todo el mundo crea que ese hijo es legítimo, y se vea agobiada por las felicitaciones de los que vean en ella una mujer honrada.

Era mucha crueldad; pero Andrés no podía oponer resistencia á los deseos de don Alfonso.

Anunció que había llegado su hija para dar allí á luz el fruto de su amor, y Esperanza tuvo que ocultar, á las personas que acudieron á visitarla, el acerbo dolor que encerraba en su pecho.

El momento supremo se acercaba.

En tanto Américo, de regreso de su viaje, llegaba á Florencia é indagaba con el mayor interés el paradero de Esperanza y de don Alfonso.

Informado de que la jóven vivía con su padre, y de que su marido habitaba en una casa de campo de Florencia, procuró saber cuál era la situación de Esperanza.

Aun llegaba á tiempo.

Aun no había visto la luz del día el fruto de su amor.

CAPITULO VI.

Expiacion.



ANTO había sufrido el pobre Américo Vespucio que era difícil reconocer en él al apuesto caballero, al donoso galán que había encendido la llama del amor en el corazón de Esperanza.

Por una parte su pena, por otra los trabajos que había pasado y las enfermedades que había sufrido en la colonia, le habían desfigurado de tal modo, que solo era su sombra, una sombra tristísima, casi un cadáver.

Eran escasos sus recursos, iba á necesitar emplear algunos florines en sobornar á las personas que rodeasen á Esperanza, para verla, para saber al ménos su situación, y en tan apurado trance tomó una resolución extrema.

Dominando su natural temor, fué al palacio de los duques de Médicis, y preguntó por el que hasta hacía poco había sido su protector y el amparo de su familia.

Se hizo anunciar y no tardó en ser recibido.

Su llegada causó gran sorpresa al duque, porque había tenido noticia de su desaparición, é ignoraba los motivos que le habían impulsado á abandonar un puesto tan ventajoso para él.

Apénas estuvo en su presencia, cayendo á sus piés:

—Vengo á pedir os perdon, le dijo Américo, por la apariencia de ingratitud con que he pagado vuestros favores: Una

liz; se acercó la época en que debía dar á luz á aquel sér condenado de antemano á sufrir, y Andrés fué á ver á don Alfonso para pedirle que llevase á Florencia á su hija, á fin de que no pudieran enterarse en el pueblo de su deshonra.

—Al contrario, exclamó don Alfonso; es necesario que todo el mundo sepa allí que es madre; pero su mayor castigo no es la vergüenza de que se sepa que ha sido adúltera, sino que todo el mundo crea que ese hijo es legítimo, y se vea agobiada por las felicitaciones de los que vean en ella una mujer honrada.

Era mucha crueldad; pero Andrés no podía oponer resistencia á los deseos de don Alfonso.

Anunció que había llegado su hija para dar allí á luz el fruto de su amor, y Esperanza tuvo que ocultar, á las personas que acudieron á visitarla, el acerbo dolor que encerraba en su pecho.

El momento supremo se acercaba.

En tanto Américo, de regreso de su viaje, llegaba á Florencia é indagaba con el mayor interés el paradero de Esperanza y de don Alfonso.

Informado de que la jóven vivía con su padre, y de que su marido habitaba en una casa de campo de Florencia, procuró saber cuál era la situación de Esperanza.

Aun llegaba á tiempo.

Aun no había visto la luz del día el fruto de su amor.

CAPITULO VI.

Expiacion.



ANTO había sufrido el pobre Américo Vespucio que era difícil reconocer en él al apuesto caballero, al donoso galán que había encendido la llama del amor en el corazón de Esperanza.

Por una parte su pena, por otra los trabajos que había pasado y las enfermedades que había sufrido en la colonia, le habían desfigurado de tal modo, que solo era su sombra, una sombra tristísima, casi un cadáver.

Eran escasos sus recursos, iba á necesitar emplear algunos florines en sobornar á las personas que rodeasen á Esperanza, para verla, para saber al ménos su situación, y en tan apurado trance tomó una resolución extrema.

Dominando su natural temor, fué al palacio de los duques de Médicis, y preguntó por el que hasta hacía poco había sido su protector y el amparo de su familia.

Se hizo anunciar y no tardó en ser recibido.

Su llegada causó gran sorpresa al duque, porque había tenido noticia de su desaparición, é ignoraba los motivos que le habían impulsado á abandonar un puesto tan ventajoso para él.

Apénas estuvo en su presencia, cayendo á sus piés:

—Vengo á pedir os perdon, le dijo Américo, por la apariencia de ingratitud con que he pagado vuestros favores: Una

dolorosa revelacion que voy á hacer os me hará aparecer á vuestros ojos como un hombre culpable. Pero al mismo tiempo confio en hallar piedad en vuestra alma para mis desventuras.

Una mirada benévola del duque le animó.

Con el lenguaje del sentimiento refirió al duque sus amores con Esperanza, su arrepentimiento, su desaparicion para poner término al delito que cometian, su embarque para América, la noticia del estado de Esperanza cuando él se hallaba á bordo y no podia volver.

Toda esta relacion interesó vivamente al duque, y le predispuso en favor de Américo.

—Ahora comprendo, dijo al final Cosme de Médicis, la honda tristeza de mi buen servidor Alfonso Ornilí. Le conozco bastante para saber que su venganza será horrible.

—En este trance necesito vuestra proteccion.

—Me habeis servido bien, sois jóven, os estimo, estoy dispuesto á auxiliáros en cuanto pueda.

—Yo necesito á toda costa librar á Esperanza de la muerte afrentosa que le aguarda; yo necesito al ménos vivir cerca de ella, observarla, velar por su vida y cumplir los deberes de padre cuando llegue el momento.

—Contad conmigo para todo.

—Vos, señor, conoceis sin duda al doctor Caracciolo, que siendo una persona de toda confianza de don Alfonso, es seguro que asistirá á su esposa. Recomendadme á él como criado, si es preciso.

—¿Y si os ve don Alfonso? ¿Y si descubre vuestros proyectos?

—Vos, señor, no podeis permitir que una mujer honrada, que una mujer arrepentida, sufra el martirio de verse sepa-

rada del hijo de su amor, para expiar de una manera bárbara el olvido de un instante, la ceguedad de un momento.

—Sirviendo á ese doctor no lograriais nada. Vale más que podais vivir en libertad y con recursos para acercaros á la madre de vuestro hijo. Tomad esta bolsa, añadió, entregándole una muy repleta de florines.

—Yo os lo devolveré con creces, contestó Américo, separándose de su protector, penetrado de la más profunda gratitud.

Aunque estaba desconocido, no solo para don Alfonso, sino para Esperanza, se disfrazó aun más, se dirigió á la aldea y se hospedó en un convento de franciscanos que habia á poca distancia de las casas.

Á los pocos días notó desde su retiro gran movimiento en la casa donde estaba Esperanza.

El doctor Caracciolo habia llegado en una mula, se habia hospedado, y pasó una semana hajo aquel techo.

La noticia del alumbramiento de Esperanza circuló por la aldea, y no tardó Américo en saber que tenia una hija.

Los vecinos de la aldea acudieron á felicitar á su madre, y como habia mandado don Alfonso, se celebró el bautizo con gran pompa, mortificando á la infeliz, que al mismo tiempo que acercaba sus pechos al fruto de su amor, quemaba sus mejillas con las lágrimas que se desprendian de sus ojos.

Pasaron los festejos: el doctor Caracciolo volvió á Florencia, y la recién nacida quedó con su madre en la aldea.

Grandes esfuerzos tenia que hacer Américo sobre sí para no atropellar por todo, proporcionarse una entrevista con Esperanza, y partir con ella para disfrutar de su amor y de las caricias de su hija, sin que oscureciera el horizonte de su vida la negra sombra del remordimiento.

Al mes se presentó en la aldea don Alfonso.

Iba á empezar á cumplir su venganza.

Entrando en la habitacion en donde estaba su esposa ve-
lando el sueño de su inocente hija:

—Solo durante un año os necesita esa pobre criatura, le dijo:
al cabo de ese tiempo se separará de vos para siempre. Os
quedan once meses á su lado.

Esperanza no se atrevió á levantar los ojos delante de su
marido.

Este desapareció.

La pobre madre, cayendo de rodillas á los piés de la cuna
y besando á su hija:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Tened piedad de mí! exclamó.

Un día, al pasearse, llevando en brazos á su hija, por el
huerto que rodeaba su casa, cayó á sus piés un papel muy
doblado y atado con un hilo.

Le recogió instintivamente, le guardó en su seno, y poco
despues, al volver á su casa lo leyó.

«Valor, Esperanza, valor, habia escrito en aquel papel
Américo; lo sé todo, y velo por vuestra vida y la de nuestra
hija.

«No me presento á vos por no agravar la triste situacion
en que estais.

«Pero vivo cerca, observo á vuestros enemigos, contrares-
taré sus planes, y lo único que os suplico es que alguna vez
lleveis á vuestra hija hácia el convento de franciscanos para
que yo pueda verla sin que nadie lo observe.»

Esta carta sirvió de gran consuelo á la pobre madre y por
un momento llegó á olvidar la venganza de su esposo.

Pero al cumplirse el segundo mes, cuando ménos lo espe-
raba, se halló en presencia de don Alfonso.

—Faltan diez meses, dijo éste con acento terrible, para
que os separeis de vuestra hija.

Su acentó heló la sangre en las venas de Esperanza.

¿Seria capaz de separarla del fruto de su amor, de aquella
pobre criatura que consolaba todas sus aficciones, que ofre-
cia á su alma las dulzuras del amor maternal?

Pero Américo estaba á su lado, y no lo consentiria.

Sin embargo, Américo era pobre y don Alfonso rico.

Américo vivia oculto, no podia acercarse á él, no sabia
dónde estaba ni como hallarle, porque no habia vuelto á re-
cibir noticias de él, y aun cuando habia llevado á su hija há-
cia el convento de franciscanos, por más que habia mirado
á todas partes no habia visto á su amante.

Con su padre no podia contar.

Era tal la aficcion del pobre anciano, tal el odio que sentia
hácia el seductor de su hija, que era probable que al recono-
cer á Américo Vespucio, olvidándose de su amor, de su edad,
le provocara, aumentando el conflicto.

Trascurrieron algunos meses más, y al final de cada uno de
ellos, las terribles palabras de don Alfonso resonaban en el
oído de Esperanza, que veia acercarse con horror el término
fijado para su separacion de la niña.

Cada dia le era más doloroso aquel momento en que de-
bian arrebatarse el único consuelo de sus desventuras.

En este tiempo nada supo de Américo.

El infeliz no habia podido resistir la dolorosa situacion en
que estaba, y habia caido enfermo de mucha gravedad.

Durante cuarenta dias habia estado luchando entre la vida
y la muerte.

Al cabo de este tiempo se habia desmejorado de tal modo,
que los frailes franciscanos que le asistieron se le llevaron á
la fuerza á las montañas para que recobrase la salud.

Apénas se restableció volvió á la aldea, resuelto á jugar el
todo por el todo.

Una fatal coincidencia realizó entónces su más vivo deseo. Américo volvía á pié desde las montañas hasta el convento de franciscanos, y aún estaba en el camino cuando oyó el toque de ánimas en la iglesia del convento.

La noche estaba oscura, y el viento, desencadenado, producía un sordo rumor al agitar las ramas de los árboles.

Todo permanecía en silencio, y al llegar á un recodo del camino vió Américo de pronto un resplandor siniestro en la aldea donde vivía su amada.

Poseído de una ansiedad febril, apresuró el paso y al acercarse notó que el fuego era en la misma casa de Esperanza.

Pero nadie había reparado en él, porque todos los vecinos de la aldea estaban entregados al sueño.

Al acercarse Américo á la casa oyó terribles gritos.

Era la madre, que pugnaba por salvar á su hija, y se veía envuelta en llamas.

—Valor, valor, gritó Américo con todos sus pulmones para que le oyera Esperanza.

Inmediatamente corrió á pedir auxilio, y apoderándose de una piqueta, con otros varios aldeanos, no tardó en abrir camino para que salieran de la casa los habitantes de ella, siendo el primero que llegó hasta la habitacion donde estaba Esperanza.

—Valor, esposa mía, soy yo; Dios ha querido pueda salvarte y salvar á mi hija.

Cuando estuvieron en salvo, buscó Esperanza á su padre, y no le halló.

Américo entró, desafiando las llamas, hasta la habitacion del anciano, y le encontró sin sentido.

Pidió auxilio, y con ayuda de los aldeanos logró ponerle en salvo.

El infeliz Andrés, al volver en sí, despues de enterarse de

lo que habia ocurrido, manifestó su gratitud al desconocido que le dijo llamarse Gioto.

El incendio pudo apagarse sin gran detrimento de la casa.

Esperanza, con su hija, se alojó en la morada de un vecino.

Al volver á su casa, el primer cuidado de Andrés fué visitar á su salvador, que segun le dijo, habitaba en el convento de franciscanos.

Gracias á esto, pudo Américo, sin ser conocido, ir á casa de Andrés, ver á menudo á Esperanza, y sobre todo acariciar á su hija.

Solo faltaba un mes para que se cumpliera la sentencia dictada por el marido vengador.

Esperanza y Américo Vespucio lograron verse á solas.

CAPITULO VII.

Fin de un drama.



ERA la caída de la tarde.

El padre de Esperanza habia salido por la mañana, con ánimo de hacer algunas compras, à Florencia, y no debia volver hasta las ánimas.

Américo no quiso ir durante el día à la casa de su amada; pero aguardó à que anoheciera, y oculto por las sombras de la noche penetró en su morada.

Al verse á solas, la emocion ahogó las palabras en los labios de los desgraciados amantes.

Sus ojos derramaron abundoso llanto algun tiempo, y al fin y al cabo, viendo que apénas tenian una hora para hablar, sacó Esperanza fuerzas de flaqueza y dijo á Américo:

—Hemos sido culpables, y sufrimos el castigo de nuestra culpa. Pero mi mayor pena es que alcance á nuestra hija.

—No la alcanzará, exclamó Américo. Ella es el lazo que nos une; si la desgracia ha querido que no pueda santificarse nuestra union, un sagrado deber, el de velar por nuestra hija, nos obliga á vivir el uno para el otro.

—Eso no es posible.

—¡Oh! Esperanza, es necesario que hagas ese sacrificio. Soy pobre; pero tengo valor y fuerzas, y trabajaré. Cuento con medios suficientes para huir de tu esposo; huyamos, vivamos léjos de él, léjos de la morada de todo el mundo, para

cumplir el deber que nos ha impuesto Dios al darnos esa hija.

—Por ella no hay sacrificio que no arrostre. Pero ¿no conoces que llegará un día en el que podrá acusarnos? Por otra parte, yo no puedo, yo no debo reincidir. He dado gracias á Dios, porque te ha traído á mi lado, porque has podido ver á tu hija, porque cuando yo muera, que será pronto, podrás velar por su inocencia y prestarle el amparo que necesita.

—¿Así me hablas?

—No quiero engañarte. La herida de mi corazón es profunda, no se cicatrizará nunca, por eso la muerte que me amenaza es para mí la tranquilidad, el descanso, el perdón.

—¿Y qué será de esa niña sin tí?

—La Providencia se apiadará de ella; yo estoy resuelta á sufrir el castigo que merezco.

—¡Esperanza, por Dios!

—Mi resolución es irrevocable; aun cuando no lo fuera, pesa sobre mí una sentencia. Mi juez, mi verdadero juez, ha perdonado mi vida, porque no ha querido ser à un tiempo asesino de un sér inocente y una mujer culpable. Ha respetado á nuestra hija despues de nacer, y me ha dado de término un año para que la alimente à mis pechos. Al cumplirse este plazo separará de mí á mi hija, y entónces moriré, porque una madre no puede vivir sin corazón, y su corazón es su hijo.

—Yo no consentiré semejante infamia.

—La voluntad de don Alfonso es inviolable.

—Lucharé con él brazo á brazo.

—Si tú haces y perece à tus manos, el remordimiento no te abandonará nunca.

—¿Y crees que he de tener calma bastante para ver que te condene á una muerte horrible?

—He cometido un crimen y necesito expiarle.

—No, no, Esperanza; eso no puede ser. Dios no quiere

que una madre sacrifique á su hija. Ella te impone el deber de seguirme, de vivir para ella. Seremos, no ya amantes, sino hermanos; seré tu esclavo si lo quieres; pero oye mi consejo, accede á mis súplicas, conserva tu vida para ese ángel que te necesita; de lo contrario, clavarás un puñal en mi pecho, y entonces tendrá que vivir poco ménos que condenado á la orfandad ese inocente fruto de nuestro entrañable cariño.

La primera campanada de las ánimas resonó.

—Vete, mi padre va á volver y no debe sorprendernos.

—No me iré si no accedes á mis ruegos.

—Bien, vete ahora . . . Ya volveremos á vernos.

Américo no quiso agravar la situación de Esperanza y se alejó.

Al llegar al convento de franciscanos le llamó el prior.

—Se ha recibido un mensaje, le dijo, del duque de Médicis, con órden de que vayais á verle inmediatamente á Florencia.

Américo no podía desobedecer aquel mandato.

Se puso en camino, y al día siguiente se presentó al duque.

—Os he llamado, le dijo, porque ha llegado un emisario de España que quiere veros en nombre del obispo Fonseca. Tal vez se trate de vuestro porvenir, y he creído haceros un servicio al obligaros que abandonéis vuestro retiro.

Américo fué á ver al emisario del obispo.

Este, valiéndose de muchos rodeos, le preguntó qué tal le habia ido en la colonia, y temeroso Américo de que le obligase á volver á ella, lo cual le desagradaba, aunque le ofrecieran un alto empleo, manifestó los grandes trabajos que habia pasado en su viaje y la dolorosa existencia que habia arrastrado.

—Pues bien, le dijo el emisario, voy á hablaros con completa libertad. Todos los que han vuelto con vos de aquellos

lejanos países dicen lo mismo; todos se quejan amargamente de los grandes apuros que allí han pasado, de lo inútil de las tentativas que hace Colón para adquirir riquezas; y los leales servidores de los reyes, que ven con pena próximos á consumirse en estas estériles empresas grandes tesoros, y lo que es más la vida de multitud de hombres, desean á toda costa poner en evidencia la verdad y predisponer el ánimo de sus majestades á llamar á Colón, á renunciar á sus ruinosas conquistas y á evitar en lo sucesivo los gastos y las desgracias que están llamadas á ocasionar. El obispo Fonseca, mi señor, es quien con más vehemencia abriga este deseo.

—¿Y qué quereis de mí?

—Una cosa muy sencilla. El testimonio de los españoles puede considerarse como interesado, porque al fin y al cabo Colón es extranjero, y natural es que desagrade á los españoles que un hombre de otro país alcance la gloria que él y los provechos que se promete. Pero vos sois extranjero también, italiano, compatriota de Colón, y vuestro testimonio hacia gran falta, porque todo el mundo debe suponer en vos deseos de favorecer al almirante. Os proporcionaré una crecida suma para que vayais á España, y una vez allí, el obispo Fonseca asegurará vuestro porvenir.

En aquellas circunstancias era una fortuna para Américo Vespucio la proposición que acababa de hacerle el emisario de Fonseca.

Con aquella cantidad que le brindaba podía sufragar los gastos del viaje, llevar en su compañía á Esperanza, y una vez allí, bajo la protección de un personaje tan importante, librar del castigo á que habia sentenciado el esposo ofendido á la esposa culpable.

Desde luego accedió, y empeñando su palabra formal, firmó un documento, en el que se comprometia á atestiguar todo lo que de palabra habia dicho al enviado de Fonseca.

Recibió en cambio una crecida cantidad, y prometió estar en Búrgos ántes de que terminara el mes.

Apenas arregló este negocio fué á ver al duque de Médicis.

—Me buscaban, le dijo, para enviarme de nuevo á los países descubiertos en medio del Océano. Mi desventura es tanta, que estoy resuelto á aceptar esa oferta, y muy en breve partiré para España.

El duque, que profesaba mucha estimacion á don Alfonso, se alegró de esta determinacion de Américo.

Por su parte, estaba resuelto á influir cerca del esposo de Esperanza para que disminuyera la crueldad de su castigo.

Miéntas Américo volvió al convento de franciscanos, el duque de Médicis llamó á don Alfonso.

Cuando estuvo á su lado, imploró su perdon en favor de Esperanza.

El anciano, con lágrimas de una eterna amargura, se negó á acceder á sus deseos.

—No intercedais, por ella, le dijo; á pesar de su crimen, cada dia es más grande el amor que le profeso.

Yo no atentaré contra su vida.

Tambien os aseguro que el fruto de su amor criminal será considerado por mí. Ya he hecho mi testamento, y he asegurado el porvenir de esa pobre niña.

Pero es imposible que viva al lado de su madre: este ha de ser su castigo, su atroz castigo.

Dentro de breves dias terminará el plazo que le he dado para que la alimente con su sangre.

Dominando la emocion, sofocando el afecto, yo mismo iré á separarla, yo mismo arrebataré á la hija del seno de su madre.

Esperanza pasará el resto de sus dias en un convento.

Su hija hallará una familia, y con ella los cuidados, los desvelos que pierda faltando su madre.

Yo haré que sea tan feliz como desgraciado he sido yo.

Tales eran las intenciones de don Alfonso, al mismo tiempo que Américo Vespucio procuraba acercarse á Esperanza para revelarle las proposiciones que le habian hecho, y ofrecerle los medios de abandonar á Italia, y regresar á España á vivir consagrada al amor de su hija.

Una nueva entrevista de los amantes obligó á Esperanza á engañar á Américo.

Estaba resuelta á no huir, á sufrir el castigo; pero al ver la vehemencia del desgraciado padre, al convencerse de que estaba dispuesto á jugar el todo por el todo, le ofreció disponerse á partir con él en un dia dado.

Américo confió en su palabra.

Dos dias ántes se presentó don Alfonso en la casa de Andrés.

—Hoy cumple un año vuestra hija, dijo á Esperanza. Ha terminado el plazo que os concedí para que vivierais con ella; dadle el último beso.

Esperanza sintió que se agolpaban las lágrimas á sus ojos.

Pero había resuelto presentarse con entereza á su marido, é hizo que sus pupilas devorasen las lágrimas.

Permaneció impassible.

—Dad el último beso á vuestra hija, exclamó don Alfonso.

—Ya me he despedido de ella, exclamó Esperanza.

Don Alfonso cogió á la niña en brazos, y se detuvo en presencia de su esposa.

La niña lloraba porque queria volver al lado de su madre.

La llamaba y parecia comprender lo que pasaba, á juzgar por la tristeza de su llanto.

Aquello era el colmo del martirio.

Esperanza se ahogaba, pero aún resistia.

—¡Que Dios os perdone! dijo don Alfonso.

Y partió, llevándose á la niña.

Al verse sola quiso llorar Esperanza, quiso exhalar un gemido; pero era tarde.

Dió un paso y fué á caer en los brazos de su padre, que habia entrado en aquel momento á consolar á su hija.

Andrés la sostuvo y comenzó á dar voces.

Don Alfonso no podia oirla ya.

Habia partido.

Al poco rato llegaron algunos vecinos, y entre todos colocaron en el lecho á Esperanza.

Su padre tocó su frente.

Estaba helada.

Acercó el oido á su corazon y no latia.

Esperanza habia muerto.

Al dia siguiente las campanas del convento de franciscanos tocaban á muerto.

Américo fué instintivamente hácia la aldea.

Desde léjos vió que cuatro hombres llevaban un ataúd, y que detrás de ellos iba un anciano.

Era el padre de Esperanza.

Inmediatamente corrió á casa del anciano.

La casa estaba desierta.

Sobrecogido por un insólito temor, permaneci6 allí Américo, sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Poco despues volvi6 el anciano, y entr6 en la habitacion donde estaba el jóven, sin reparar en él.

—¿Y Esperanza? pregunt6 Américo.

El anciano fij6 en él una mirada horrible.

Levantándose de pronto y cogiéndole la mano, le dijo á media voz:

—¡Ha muerto, su esopo la ha asesinado!

Y acompañ6 la última palabra con una carejada histérica que hel6 la sangre en las venas del infortunado amante.

—¿Y su hija?

—¡Su hija! ¿Quién sabe dónde está?

Y enfureciéndose:

—Huye, huye de aquí, añadió, si no quieres morir á mis manos.

Américo comprendió todo lo que pasaba.

Saliendo inmediatamente de casa de Andrés:

—Se ha vuelto loco, dijo á los que encontró al paso.

Y corrió apresuradamente á Florencia.

Resuelto á averiguar el paradero de su hija, llegó á casa de don Alfonso.

Pregunt6 por él.

—Ha partido hace dos dias, le dijeron, y no ha vuelto.

Aguard6 á que volviese una semana, dos, y no volvi6.

Tenia recursos para poder comprar á los confidentes de don Alfonso, y los emple6 con este objeto.

Al fin de muchas pesquisas pudo saber que don Alfonso habia enviado la niña á un pueblo de la montaña de Luca.

Iba á salir á buscarla, cuando un hombre le detuvo en la calle.

Al verle se estremeci6.

Era el emisario del obispo Fonseca.

—Faltan ocho dias, le dijo, para que se cumpla el plazo.

Empeñasteis vuestra palabra de honor de que iriais á España á poner os á las órdenes del obispo. Os entregué una cantidad y firmasteis un documento. Si no partís, tendré que delataros como un estafador.

—Yo cumpliré mi palabra, dijo Américo.

—No teneis tiempo.

—Os juro que cumpliré mi palabra.

Y partió para Luca.

CAPITULO VIII.

El peregrino.

ERA don Alfonso una heredad en uno de los risueños prados que hay entre las montañas más próximas á Luca.

Un matrimonio joven cuidaba de su hacienda.

Al día siguiente de la muerte de Esperanza se presentó con la niña á sus colonos.

—Vengo á pedir os un favor, les dijo, en pago del cual labraré vuestra fortuna.

La joven, que se llamaba Teresina, dotada de una gran penetración, comprendió desde luego que un inmenso pesar laceraba el corazón de don Alfonso.

Al ver la niña que llevaba en sus brazos, sintió vivos deseos de acariciarla, porque era encantadora.

Pero se contuvo, y deseosa de saber lo que ocurría, se atrevió á dirigir la palabra á don Alfonso.

—Hablad, señor, le dijo, ya sabéis que somos vuestros servidores.

—Esta pobre criatura, dijo don Alfonso, ha perdido á su madre, que era mi esposa, y vengo á confiárosela para que cuideis de ella hasta que yo vuelva á reclamárosela.

—Con alma y vida la cuidaremos, dijo Teresina, y no dudeis, señor, que á nuestro lado vivirá muy dichosa.

También nosotros tenemos una hija, que debe llevarle muy poco tiempo.

Las dos crecerán juntas, y os aseguro que nuestra gratitud es tal, que ántes velaremos por esa niña que por la nuestra.

—Todos los meses recibireis una pensión, prosiguió el anciano, y desde luego os liberto de pagar el arrendamiento de la heredad.

—¡Cuán bueno sois!

—Pero habeis de cuidar de esta niña con el mayor esmero. Toda mi fortuna es para ella. Al asegurar su porvenir, aseguraré el de vuestra hija.

—Y vos, señor, ¿volved á España?

—No; yo permaneceré en Florencia. Todos los meses vendré á veros. Si Dios dispone de mí, dejaré á una persona encargada de continuar dándoos la pensión y de entregar á esta niña cuando llegue á los diez y seis años toda mi fortuna.

—¿Cuál es su nombre? preguntó Teresina.

Su nombre es Esperanza.

Don Alfonso entregó un bolsillo de dinero á la aldeana, depositó en sus brazos á la niña y partió.

Cuando llegó Mauricio, el esposo de Teresina, le comunicó ésta lo que habia pasado, y uno y otro consideraron como una suerte el que don Alfonso hubiera pensado en ellos para confiarles su hija.

Don Alfonso volvió á Florencia, y allí supo la muerte de su esposa.

La amaba de verdad.

Su dolor fué inmenso.

Hacia ya tiempo que no lloraba, y sin embargo, sus ojos se inundaron de lágrimas.

Una idea cruzó por su imaginación.

Cerca de Luca, cerca también de su heredad, habia un convento de camaldulenses.

Para encontrar alivio á sus penas, buscó los brazos cariñosos de la religion.

Su único afan, á partir de aquel momento, fué encontrar un asilo en aquel convento, desde el cual podia velar por el único recuerdo que le habia dejado su esposa, recuerdo que, aunque doloroso, era un consuelo para él.

La niña era el retrato de su madre.

Trascurrieron algunos dias, y Teresa y Mauricio cuidaban con el mayor esmero á aquella niña, que debia ser más tarde hermana y protectora de su hija.

Una noche, despues del toque de ánimas, oyeron golpes en la puerta de la heredad.

—¿Quién es? preguntó Mauricio asomándose á la ventana.

—Un pobre peregrino que va á Roma, dijo una voz; os agradecería me admitieseis en vuestra casa para pasar la noche. Estoy cansado, tengo necesidad, y os ruego que os apiadeis de mí.

—Esperad un poco, hermano, dijo Mauricio; voy á abrir la puerta.

Aún no se habian acostado.

Hicieron entrar al peregrino en su hogar, y condolidos de su desgracia le ofrecieron una abundante cena.

—Dispensadme, les dijo el peregrino, yo me dirigia hácia al convento que, segun me han indicado, está cerca de aquí. Pero la noche está muy oscura, he temido perderme; además, me faltaban fuerzas para andar, y por eso he implorado vuestra proteccion.

—Habeis hecho bien, contestó Teresina; en nuestra casa, aunque somos pobres, partimos cuanto tenemos con los necesitados.

—¡Dios os bendiga!

—Ya nos colma de bondades.

—¿Sois dueño de esta heredad?

—¡Oh! No; pero bien puede decirse que lo somos, porque aun cuando no es nuestra, nuestro amo es tan generoso que nos deja disfrutar de ella sin exigirnos remuneracion.

—Ese es un premio que os da el cielo por las virtudes que atesorais. Pero aún sois jóvenes, añadió el peregrino; ¿cómo podeis vivir tan apartados del mundo?

—Somos felices, y no necesitamos más bienestar que el que aquí tenemos.

—¿Eso quiere decir que sois marido y mujer?

—Para lo que gustéis mandar, hermano.

—¿Y no tenéis hijos?

—Sí, contestó Mauricio.

—Tenemos dos, se apresuró á decir Teresina.

—¿Dos ya?

—Sí, dos niñas gemelas.

El peregrino se sorprendió.

Despues de cenar:

—Estareis muy cansado, dijo Mauricio; voy á llevaros á vuestro aposento.

—En cualquier parte pasaré la noche.

—¡Pues no faltaba más! Tenemos cama para los huéspedes, y no os vendrá mal dejar caer vuestro cuerpo sobre un mullido lecho.

—Ese es demasiado lujo para los pobres peregrinos como yo.

—Todos los hombres somos hermanos. Justo es que los que tienen den á los que no tienen.

Mauricio llevó al peregrino á una habitacion aislada de la casa, en donde habia un cómodo lecho, y dejándole allí, se retiró á dormir.

—¿Qué es esto, Dios mio? se preguntó Américo, que como habrán comprendido nuestros lectores, este era el peregrino.

¡Dos hermanas gemelas!

Eso no puede ser; sin duda alguna tenían una hija, don Alfonso les ha encargado que oculten á todo el mundo el origen de la niña que les ha confiado, y han convenido en decir que son gemelas.

Pero si se obstinan en afirmarlo, y yo no encuentro medios de hacerles confesar la verdad, aun cuando logre realizar mi deseo, ¿no puedo equivocarme, no puedo apoderarme de su hija y dejar en el abandono la mia?

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, inspiradme en esta situacion!

El resto de la noche lo pasó en el insomnio.

Pidió á su imaginacion los medios de resolver aquel difícil problema, y aunque habia visto algunas veces á su hija, aunque procuraba componer en su memoria las facciones, los detalles más insignificantes de aquella hermosa niña, era tan difícil no equivocarse, que desesperado y cediendo al cansancio, más bien dominado por el sopor de la fiebre que por el sueño, quedó dormido.

Al día siguiente estaba el sol en medio de su carrera, y todavía no se habia presentado en el hogar el peregrino.

Dos ó tres veces habia entrado en su habitacion Mauricio, y le habia hallado en aquella especie de aletargamiento.

Temiendo que estuviera enfermo, se atrevió al fin á despertarle.

—¿Os encontráis mal? le preguntó.

—Sí, dijo Américo; no sé lo que siento, pero mi pulso arde.

—Quedaos en el lecho.

—No; necesito partir.

—De ningun modo. ¡Pues no faltaba más, que estando enfermo os pusierais en camino!

—¡Harto me habeis favorecido! Yo no debo abusar de vuestras bondades.

—No hay tal abuso. Quedaos aquí, os lo suplico. Por mi parte os aseguro que no os dejaré marchar hasta que esteis completamente restablecido.

—¿Cómo podré pagaros tanta generosidad?

—Accediendo á mis ruegos y dejándoos cuidar.

Poco despues entró Teresina, llevándole una taza de un rico caldo y un vaso de vino añejo, capaz de dar vigor á los más débiles.

Por la tarde estaba la aldeana en la puerta de su casa, bajo el emparrado, mirando una cuna, en la que estaban las dos niñas.

El peregrino la sorprendió.

Pero mucho ántes de que se apercibiere de su presencia, habia estado Américo desde la puerta contemplando á las dos niñas y experimentando las consecuencias de la lucha que la incertidumbre habia hecho estallar en su alma.

—¿Cómo es eso? dijo Teresina. ¿Os habeis levantado?

—Sí; me siento mejor y deseo partir.

—De ningun modo. Me ha encargado mi esposo que no os deje marchar hasta que esteis completamente bueno.

—En ese caso, obedeceré sus órdenes. Pero dejadme que contemple á vuestras hijas; ¡qué hermosas son!

Y al pronunciar esta frase se le ocurrió una idea.

—No pueden negar que son hermanas, añadió.

—¿No es verdad que no? dijo Teresina.

—Tienen todo el aire de familia; sin embargo, hay una cuyos ojos son más expresivos.

—¿Cuál, cuál de las dos? preguntó Teresina.

—Esta, repuso Américo, señalando á una de las dos y observando al mismo tiempo la impresion que producía en la aldeana.

—¡Ah! Sí; teneis razon, exclamó ébria de alegría. Efectivamente, no lo habia reparado; pero Marieta tiene los ojos más azules, más vivos.

—La otra es mi hija, pensó Américo, grabando en su alma las facciones de Esperanza.

Teresina cogió en brazos á Marieta y la acarició con entusiasmo.

No habia duda.

Aquella era su hija.

Si la madre no hubiera estado tan entusiasmada con su vástago, habria notado las lágrimas que la emocion hacia asomar á los ojos de Américo.

La suerte no tardó en favorecerle más aún.

—Mucho tarda Mauricio, dijo la aldeana.

—¿Le necesitais para algo?

—Para que se quede en casa cuidando de las niñas. Yo tengo que ir al pueblo á hacer algunas compras, y no quisiera volver de noche.

—Pues id sin miedo, dijo Américo; yo me quedaré aquí con ellas, y no les faltará nada.

—Casi estoy tentada de seguir vuestro consejo.

—Hacedlo, dijo Américo.

—Sí; voy en un momento, y si viene Mauricio podeis decirle que os he dejado al cuidado de las niñas; yo no tardo ni media hora.

Teresina dió un beso á su hija, otro á Esperanza en seguida, para que no notara el peregrino su predileccion, y luego volvió á dar otro beso á Marieta.

No bien habia bajado la cuesta que separaba la heredad del camino:

—Valor, se dijo Américo; no tengo tiempo que perder. Ha ido al pueblo, y yo puedo tomar por distinto camino.

He estudiado perfectamente los atajos que me pueden conducir inmediatamente á Luca. Mauricio puede venir Voy á pagar las bondades, la hospitalidad de estas pobres gentes cometiendo un crimen; pero el deber es ántes que todo; necesito salvar mi hija, llevarla á mi lado, consagrarle mi vida.

Y cogiendo precipitadamente á Esperanza, trazó en un papel estas líneas, que dejó sobre la cuna:

«No busqueis á la niña que os falta. Los esfuerzos que hagais para encontrarla serán inútiles.»

Mirando á todas partes, temeroso de que le sorprendieran, se alejó de la heredad, se refugió en un bosque hasta que fuera de noche, y aprovechándose de la oscuridad, avanzó, poseído de un inmenso temor, llegando poco ántes de amanecer á Luca.

Antes de entrar en la ciudad abandonó su traje de peregrino y pidió alojamiento en un meson.

CAPITULO IX.

La resolucion de un padre.



MAURICIO volvió á su casa ántes que su esposa, y extrañó mucho ver en la cuna á su hija, y no hallar á Teresina.

—Habrá ido al pueblo. Yo he tardado más de lo que pensaba, y habrá encargado al huésped que tenga cuidado de la niña. Pero ¿y la otra? ¡Bah! Se la habrá llevado. Y se encaminó á la habitacion del peregrino para ver cómo estaba.

Su sorpresa creció al ver que habia desaparecido.

Volvió á la cuna y halló un papel.

No sabia leer; pero extrañó mucho encontrar aquel objeto.

Poseido de la mas viva ansiedad, se alejó de su casa para salir al encuentro de su esposa.

La descubrió á lo léjos y vió que volvía sola.

Su ansiedad se aumentó.

¿Qué habria sido de la niña que faltaba?

Teresina volvía muy de prisa.

—¿Estabas con cuidado?

—Sí, con mucho cuidado, dijo Mauricio. ¿En dónde está Esperanza?

—¿Esperanza? La he dejado en la cuna al marcharme.

—¿En la cuna?

—Sí, con nuestra hija. El peregrino se ha quedado cuidándolas.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgracia tan grande pesa sobre nosotros! La niña ha desaparecido.

—¿Marieta?

—No, Esperanza.

—¿Y el peregrino?

—Tambien.

—No puede ser.

—Cuando yo he llegado estaba nuestra hija en la cuna.

—¿Sola?

—Sí, sola. Fuí á buscar al peregrino, y no le hallé. Volví á la cuna, y encontré en ella este papel. Es necesario correr inmediatamente al convento para que lo lea alguno de los frailes. Sí, sí; voy en seguida.

—Detente, dijo de pronto la aldeana. Si el peregrino nos ha robado á esa niña, no ha sido por cuenta suya, sino enviado por álguien; sin duda por algun enemigo de nuestro amo.

—Tienes razon.

—Habrá meditado muy bien su plan, y cuantas tentativas hagamos para encontrarla serán inútiles.

—Tal creo.

—Don Alfonso al saberlo se indignará, nos arrojará de la heredad, y quedaremos sumidos en la miseria.

—¿Y qué hacer?

—Una idea se me ha ocurrido.

—Habla, habla por Dios, que no sé lo que me pasa.

—Vé al convento en seguida, dijo Teresina, y allí. . . . Se trata del porvenir de nuestra hija, Mauricio, y es necesario que finjamos.

—No adivino cuál es tu plan.

—Oye; vas al convento, te muestras apesadumbrado, dices que nos han robado á nuestra hija y que han dejado este papel, cuyo contenido no sabes descifrar.

Apénas te lo lean, si explica, como creo, las causas que han movido al peregrino á arrebatarnos á esa niña, tú te lamentas del error que le ha inducido á apoderarse de nuestra hija en vez de la otra, y en seguida vamos á ver á don Alfonso, le contamos lo que ha pasado, le decimos que han querido robar á su hija, y que se han engañado, llevándose la nuestra.

Le pedimos por Dios que emplee todos los medios posibles para devolvernos á nuestra Marieta, y si no se halla, al fin creará que nuestra hija es la suya; y al ménos, aunque nuestra conciencia sufra, tendremos la satisfaccion de ver feliz á este ángel á quien hemos dado el sér.

—¿Pero tú crees que no la reconocerá?

—¡Oh! No, es imposible. Las dos tienen la misma edad, se parecen mucho; y no la reconocerá, porque le haremos creer en nuestra ficcion.

Mauricio siguió al pié de la letra el consejo de Teresina.

Llegó al convento de camaldulenses, preguntó por el prior, se presentó á sus ojos consternado, hizo que le leyese aquel papel, y despues de saber su contenido, se lamentó del error que le habia privado de su hija.

Inmediatamente volvió á su casa, y aquella misma noche se pusieron los dos en camino con Marieta, y llegaron á Luca ántes que Américo.

Tan bien desempeñaron su papel cerca de don Alfonso, que éste dió crédito á sus palabras, y deseoso de calmar su dolor, al mismo tiempo que de satisfacer su indignacion, al ver que habian querido robarle á su hija, puso en juego todos los medios para que se buscara al raptor de la niña.

Américo oyó á cosa de las nueve de la mañana gran ruido de tambores.

Se asomó á la ventana, y vió que la muchedumbre acudia á una plaza.

—¿Qué pasa? preguntó.

—Es el pregonero, le dijo un mozo de la posada.

—¿Y qué pregona?

—Segun parece, ha sido robada una niña en una de las heredades de la montaña, y el preboste ofrece diez florines en recompensa al que prenda al ladron.

No habia terminado el mozo de decir estas palabras, cuando cruzó una idea por su mente.

Recordó que Américo Vespucio habia llegado aquella mañana con una niña, y sin decirle nada se dirigió al palacio de la autoridad.

Américo se vió en un gran apuro.

Asomado á la ventana estaba cuando vió partir al criado.

No habia pasado un cuarto de hora cuando se presentaron en el meson algunos arcabuceros con el preboste, don Alfonso y Mauricio.

Preguntaron al mesonero si habia llegado á hospedarse allí aquella mañana un hombre con una niña de poco más de un año.

El mesonero contestó afirmativamente.

Le dieron las señas del peregrino, y él contestó que no era peregrino el que habia llegado á su casa con la niña.

—De todos modos es necesario verle.

—Suban vuestas mercedes, dijo.

—¿Está?

—Yo lo creo que está. Desde que ha llegado esta mañana no ha salido.

—En ese caso, entremos.

El preboste tomó las precauciones para que no pudiera escaparse.

Llamaron á la puerta y nadie respondió.

Estará durmiendo, dijo el mesonero.

—Llamad más fuerte.

Volvieron á llamar, y el mismo silencio.

—Echad la puerta abajo, dijo el preboste.

Los arcabuceros, con las culatas de sus arcabuces, no tardaron en obedecer aquella orden.

Al entrar vieron la habitacion desierta.

Sobre una mesa hallaron un papel.

Don Alfonso lo leyó inmediatamente.

Era de la misma letra del otro que habia encontrado en la cuna Mauricio.

«He robado á la niña, decia aquel documento, porque creia que era la hija de don Alfonso Orlini, y para obtener por ella una crecida cantidad.

«He sabido mi error, y cuando este papel caiga en manos de la justicia, habré vuelto à conducir á su casa á la niña, para poder librarme del castigo que me aguarda.»

—Corramos inmediatamente á la montaña, dijo don Alfonso.

Y montando á caballo con el preboste y algunos guardias, se dirigieron á su heredad.

Américo Vespucio habia logrado evadirse por la ventana que daba á un corralon, y se habia guarecido en una casa inmediata, pidiendo á una mujer que habitaba en ella que le ocultase.

Una vez en salvo, tomó sus medidas para poder evadirse y emprender cuanto ántes su viaje á España.

Antes de partir, la mujer que le habia ofrecido un asilo le dió una noticia que disminuyó la alegría que experimentaba por haber recogido á su hija.

Supo por ella la superchería de los aldeanos; supo tambien que don Alfonso, creyendo que era su hija la niña que habia quedado en poder de Mauricio y Teresa, habia resuelto darla toda su fortuna.

—¿Qué es lo que he hecho? pensó Américo. La he condenado á la pobreza, la he arrebatado las riquezas que como una compensacion por la pérdida de su madre pensaba ofrecerle su enemigo.

¡Oh! Ahora más que nunca necesito trabajar, sacrificarme, con el objeto de recuperar para ella lo que ha perdido.

Volvamos á España.

Allí me esperan para comprar mi testimonio; á todo estoy dispuesto: si es preciso mentir, mentiré; si es preciso sacrificar la vida y la honra para labrar el porvenir de mi hija, la sacrificaré.

Aquella noche partió de Luca á favor de la oscuridad, y se dirigió al puerto de mar más inmediato.

Allí tomó pasaje para Génova, desde Génova se dirigió á Barcelona, y llegó á Búrgos precisamente en los momentos en que más necesaria era su presencia.

Antes de pasar adelante, veamos qué causas habian motivado la llegada de Bartolomé Colon á la Isabela, y qué habia sido de este hermano predilecto del almirante durante el tiempo que habia permanecido ausente de él.

CAPITULO X.

Ardides femeniles.

DEJAMOS á Bartolomé Colon cuando en sus mocedades, creyéndose engañado por Estela, la aldeana de los alrededores de Génova, á quien amaba, deseoso de convencerse de la infidelidad de la jóven, fué por la noche, la vispera del dia en que tenia que embarcarse con su tío y su hermano, á casa de la jóven, y ella, empleando todas sus artes femeniles, logró que no partiera.

Cristóbal fué, como recordarán mis lectores, á ver á la jóven, que segun le habia dicho la buena mujer que le habia obligado á salir de Génova, se habia escapado con su amante, y la encontró tranquila en su morada.

Al preguntarle por su hermano, le aseguró que no le habia visto, y entónces fué cuando el futuro descubridor del Nuevo Mundo volvió á ponerse en camino con direccion á la ciudad, oyó el cañonazo de leva, que indicaba la partida del buque, encontró á Diego, le pidió explicaciones, las obtuvo, rió con él, y corriendo precipitadamente á una lancha, pudo alcanzar el buque que mandaba su tío.

Estela le habia engañado.

Bartolomé habia ido á su casa, le habia pedido explicaciones de su conducta, y Estela habia logrado tranquilizarle.

—Pero vas á partir mañana, añadió con sentimiento.

—Sí, no tengo más remedio; he empeñado mi palabra.

—¿Es ese el cariño que me profesas?

—Te quiero tanto, deseo tanto tu felicidad, que voy á patir sin más objeto que asegurar nuestro porvenir. En estas expediciones suelen los buques genoveses encontrar á los corsarios de Berbería, luchan con ellos, y si se apoderan de sus embarcaciones, el premio del botin compensa los peligros á que se exponen los audaces marineros que provocan sus iras.

—Si algo vale mi amor, te suplico que no partas, dijo la jóven.

Bartolomé pidió recursos á su imaginacion para vencerla, y viendo Estela lo inútil de sus ruegos, recurrió á la astucia.

—Si es ya cosa resuelta, vé, por más que yo quede muy afligida.

—Yo te aseguro que volveré.

—¡Dios sabe!

—Tu recuerdo me dará valor para luchar, y venceré.

—¿Y cuándo es la partida?

—Mañana al romper el alba.

—¿Esto más?

—No hay remedio; apénas amanezca tenemos que estar todos en el buque, porque el primer rayo del sol coincidirá con el cañonazo de leva.

—¿Y piensas separarte de mí pronto?

—Ahora mismo; tengo necesidad de prevenir aún muchas cosas.

Estela jugó el todo por el todo.

—Cenemos ántes, le dijo.

—Es que no puedo detenerme.

—¿Te pesa tanto robar una hora al sueño para mí?

—No, mujer; sea tu voluntad.

Estela puso la mesa y Bartolomé se sentó.

La jóven le sirvió un jarro de vino, y puso á su lado otro de agua.

Preparada de antemano, habia echado en el vino un narcótico; obligó á Bartolomé á que bebiera, y éste, al terminar la cena, se encontró mal.

—Me siento muy cansado dijo, tengo sueño.

—¿Por qué no descansas un momento?

—¡Oh! No, quiero partir. . . . ¡qué pesadez! Parece que me arden las sienes.

—Eso se pasará pronto: descansa un rato.

—Sí, creo que debo hacerlo. No sé lo que me pasa.

Maquinalmente se dirigió á un aposento inmediato, dejándose caer sobre un lecho.

—¡Ya es mio! exclamó Estela.

Y cerrando la puerta de la habitacion, se disponia á su vez á descansar, cuando llegó Cristóbal.

Respondió á sus preguntas con la mayor serenidad, y no tardó en convencerle de que no estaba allí su hermano.

Al dia siguiente, despues de diez ó doce horas de un sueño profundo, despertó Bartolomé.

Al despertar halló á su lado á Estela.

—Debe ser ya muy tarde, exclamó Bartolomé. Tal vez me esperan en el puerto, voy á partir.

—Es inútil que vayas; la embarcacion ha partido.

—¿Qué dices? exclamó Bartolomé incorporándose en el lecho.

—Has dormido mucho tiempo. He querido despertarte muchas veces; pero mis esfuerzos han sido inútiles.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho? . . .

Pero no puede ser.

Y levantándose:

—Voy á ver si aún es tiempo.

Y sin oir los ruegos de la jóven, partió á Génova.

Allí se convenció de que Estela no le habia engañado.

¿Cómo volver à presentarse á su tio?

¿Qué pensaria de él?

Estas consideraciones le entristecieron sobremanera, y notándolo Diego, su hermano, hizo lo que habia hecho con Cristóbal: le reveló la verdad.

Se habia puesto de acuerdo con Estela para impedir su marcha.

Al saber la verdad, se indignó contra la jóven y contra su hermano.

Aprovechando la salida de una de las carabelas que iba con rumbo á España, se embarcó sin decir nada á nadie, resuelto á realizar su propósito de hacer fortuna, para volver, y perdonando á la jóven, hacerla su esposa.

A los dos dias de navegacion fué la carabela apresada por un corsario berberisco y cautivados todos los que iban en ella.

Conducido à Argel, permaneció dos años en el cautiverio, sufriendo toda clase de penalidades, y sin atreverse á dar cuenta á su padre ni á su tio de la situacion en que se hallaba.

Al primero por no martirizarle poniéndole en la triste situacion de ver que no contaba con recursos para obtener su libertad, y al segundo porque, despues de la falta que habia cometido, le creia indignado contra él.

Al cabo de dos años los misioneros le libraron con otros cuantos, y volvió á Génova deseoso de ver á Estela, á quien no habia olvidado un solo instante, y á quien amaba con más vehemencia que nunca.

Sus esperanzas debian frustrarse.

Al llegar halló dos tumbas.

La de su padre.

La de Estela.

Su hermana Marieta se habia casado con un operario de la casa, y no encontró más que á Diego.

Los dos hermanos, al verse, olvidando antiguos rencores, se estrecharon, y Bartolomé, teniendo noticias de que su hermano Cristóbal estaba en Portugal, se dirigió á Lisboa con ánimo de verle.

Despues de buscarle durante algun tiempo, logró encontrarle en los momentos en que comenzaba á acariciar su idea de hallar un nuevo y directo camino á la India.

Inteligente marino, entre ambos estudiaron bajo todos los puntos de vista la cuestion, y Bartolomé no tardó en participar de las esperanzas de Cristóbal.

Como Cristóbal estaba pobre y vivia del escaso producto que le proporcionaban los mapas que hacia y los globos que fabricaba, Bartolomé, aguardando mejor ocasion, logró que le admitieran en un buque portugués é hizo algunos viajes hácia la costa de Africa.

A su vuelta aumentó las esperanzas de Cristóbal con los datos que le llevó.

Convencido de que podia realizar su propósito, necesitaba la proteccion de un soberano.

Bartolomé á quien no se ocultaban las dificultades que encontraria para alcanzar la proteccion del rey de Portugal, deseoso de facilitar á su hermano los medios que necesitaba, salió en un buque con direccion á Inglaterra, resuelto á implorar en favor de su empresa el auxilio del soberano de la Gran-Bretaña.

Tambien tuvo la desgracia en aquel viaje de encontrar un corsario, que trató de apoderarse de los tripulantes de su navío.

Se trabó una pelea encarnizada, y herido aunque levemente, cayó en poder del corsario.

Resuelto á morir ántes que volver al cautiverio, ideaba los medios de encontrar la muerte cuando en las costas de Berbería estalló una espantosa tempestad, y el huracan, agitando el buque corsario como si fuera una paja, le llevó á gran distancia, haciéndole encallar en una costa.

Todos los prisioneros fueron abandonados por los berberiscos.

Los cautivos visitaron la playa y vieron que era una isla completamente deshabitada.

El temor de que volvieran á buscarlos los sarracenos les hizo resolverse á morir ántes de consentir que pusieran á su cuello la cadena del esclavo.

Alimentáronse con las provisiones que les habian dejado, y á los pocos dias vieron á lo léjos una embarcacion.

—Son nuestros enemigos que vienen á buscarnos, exclamó uno de ellos.

—Ha llegado el momento de realizar nuestros designios.

—Sí, dijo Bartolomé, pero no debemos buscar la muerte en el suicidio, sino en la lucha. Peleemos con ellos brazo á brazo; si los vencemos, nos apoderaremos de su embarcacion y nos salvaremos. Si no, solo podrán sacar de aquí nuestros cadáveres.

El buque fué acercándose á la costa, y al estar próximo, vieron Bartolomé y sus compañeros con inmensa alegría que era una embarcacion portuguesa.

Pidieron auxilio, y media hora despues llegó á la orilla un bote con unos cuantos marineros.

Era un buque mercante portugués, que habia visto á lo léjos al corsario y habia buscado allí un asilo.

Tomó á bordo á los prisioneros, se dió de nuevo á la vela

pudo evitar la vigilancia del corsario, y diez dias despues llegaron los infelices, que no esperaban más salvacion que la muerte, á las aguas del Tajo.

Bartolomé buscó á su hermano.

Llegaba tarde.

Cristóbal, desahuciado por el rey de Portugal, y habiendo experimentado la terrible pérdida de su esposa Felipa, despues de haber permanecido en la capital algun tiempo, habia partido con su hijo Diego en direccion á España, implorando la caridad pública.

Bartolomé estaba tambien en la mayor miseria.

En esto supo que iba á partir una pequeña escuadra al mando de Bartolomé Diaz, ilustre marino portugués, con el objeto de hacer descubrimientos, y se incorporó á ella.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza.



BEDECIENDO Bartolomé Diaz al espíritu de la época, iba á buscar los medios de aumentar el tráfico entre la India y Portugal.

Impulsado por los vientos se dirigió hácia el extremo meridional del Africa, y al cabo de una porcion de dias de navegacion llegó á descubrir el vasto territorio, á que dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza.

Este cabo está situado sobre una superficie de cerca de cinco mil doscientos veinticinco miriámetros cuadrados, y le rodean los países de los namacuas, de los korannas, de los hentotes y de los cafres.

El mar de las Indias baña al Sur sus orillas, y al Oeste el Atlántico.

Eran sus habitantes completamente salvajes.

Formaban tribus errantes y sin civilizacion de ningun género, y no se unian más que cuando tenian que defenderse de algun enemigo, ó cuando se aprestaban á visitar alguna comarca vecina para saquearla.

De horrible aspecto, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de cabello corto y rizado, la expresion de rostro era siniestra, y en sus facciones se veia pintada la fiereza y el vicio.

Las mujeres eran aún más feroces que los hombres.

pudo evitar la vigilancia del corsario, y diez dias despues llegaron los infelices, que no esperaban más salvacion que la muerte, á las aguas del Tajo.

Bartolomé buscó á su hermano.

Llegaba tarde.

Cristóbal, desahuciado por el rey de Portugal, y habiendo experimentado la terrible pérdida de su esposa Felipa, despues de haber permanecido en la capital algun tiempo, habia, partido con su hijo Diego en direccion á España, implorando la caridad pública.

Bartolomé estaba tambien en la mayor miseria.

En esto supo que iba á partir una pequeña escuadra al mando de Bartolomé Diaz, ilustre marino portugués, con el objeto de hacer descubrimientos, y se incorporó á ella.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza.



BEDECIENDO Bartolomé Diaz al espíritu de la época, iba á buscar los medios de aumentar el tráfico entre la India y Portugal.

Impulsado por los vientos se dirigió hácia el extremo meridional del Africa, y al cabo de una porcion de dias de navegacion llegó á descubrir el vasto territorio, á que dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza.

Este cabo está situado sobre una superficie de cerca de cinco mil doscientos veinticinco miriámetros cuadrados, y le rodean los países de los namacuas, de los korannas, de los hentotes y de los cafres.

El mar de las Indias baña al Sur sus orillas, y al Oeste el Atlántico.

Eran sus habitantes completamente salvajes.

Formaban tribus errantes y sin civilizacion de ningun género, y no se unian más que cuando tenian que defenderse de algun enemigo, ó cuando se aprestaban á visitar alguna comarca vecina para saquearla.

De horrible aspecto, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de cabello corto y rizado, la expresion de rostro era siniestra, y en sus facciones se veia pintada la fiereza y el vicio.

Las mujeres eran aún más feroces que los hombres.

Unas y otros estaban dotados de una vista y de un oído muy finos.

Pero carecian de inteligencia.

Eran completamente fieras.

Como los falsos indios que habia descubierto Cristóbal Colón, usaban por armas flechas, vivian de la caza, y una de las cosas más notables que sorprendieron los portugueses en ellos, fué el modo que tenian de cazar los avestruces.

Por medio de contracciones lograban imitar la forma de este animal, y podian acercarse á él.

Al estar á corta distancia le tendian un lazo, le sujetaban, le mataban y comian su carne asada.

Su idioma, completamente desconocido para los europeos, se formaba de un gran número de digtóngos, y consistia en una mezcla de entonaciones guturales, nasales y palato-linguales.

Carecian de organizacion política.

Para librarse de la intemperie formaban chozas de paja; y entre otros de los rasgos característicos de sus costumbres, puede citarse el de que cuando una mujer moria dejando un hijo tan pequeño que no podia proporcionarse la subsistencia por sí solo, al quemar el cadáver de la madre quemaban el de la pobre criatura.

A pesar del gran número de habitantes, aunque de distinta raza, que poblaban aquel territorio, Bartolomé Diaz con los suyos tomó posesion de él en nombre del rey de Portugal, y le dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza porque se prometió que al saber su descubrimiento enviaria el rey numerosas embarcaciones y tropas á dominar aquel país, llamado á favorecer á las embarcaciones portuguesas que comerciaban con la China ó con el imperio del Gran Kan, como entónces se llamaba.

Volvieron despues de pasar algun tiempo en el Cabo de Buena Esperanza, los marinos portugueses, y con ellos Bartolomé Colón, ávido de aplausos y del premio que aguardaba hallar en Portugal.

Pero sus esperanzas quedaron defraudadas.

Aquel descubrimiento se consideró en la corte de Portugal como poco importante, y aunque más tarde otro portugués, Vasco de Gama, visitó el país conquistado y atestiguó lo que valia, fué tal el abandono en que le dejaron, que pudieron establecerse en él, en el siglo XVII, algunos individuos de la compañía holandesa de las islas orientales, y más tarde los ingleses, en cuyo poder se encuentra hoy.

El mal éxito de aquella expedición, la indiferencia de los portugueses para con Bartolomé Diaz, irritó á Bartolomé Colón, y resolvió, suponiendo á su hermano animado de los mismos deseos, emprender de nuevo su malogrado viaje á Inglaterra, para dar cuenta á Enrique VII de los proyectos que abrigaba Cristóbal y pedirle su apoyo para realizarlos.

Con gran trabajo, y con no escasas privaciones, llegó á Londres dos meses despues de su arribo á Lisboa.

Por aquel tiempo los ingleses, esa nacion que más tarde debia imperar en los mares, estaba, por decirlo así, dentro de su concha.

Pero habia en ellos grandes deseos de abandonar las playas para buscar remotos países.

La noticia del éxito que habian alcanzado las empresas atrevidas de los portugueses, excitaba al soberano de Inglaterra y á los magnates de la corte para intentar empresas parecidas.

Los portugueses, ó los que habian estado á su servicio en calidad de marinos, gozaban de gran consideracion entre los hijos de la Gran-Bretaña.

Sin relaciones de ningun género llegó Bartolomé á palacio, y con el escaso inglés que habia aprendido, pidió una audiencia al rey.

Apénas supo el soberano que llegaba de Portugal y que era marino, se apresuró á recibirle.

Al oír su nombre fué mayor la bondad con que le trató, porque por entónces Cristóbal Colon le habia enviado ya un pliego, confiándole sus proyectos y suplicándole su protección.

El rey habia contestado con una negativa; pero despues de haber tomado aquella determinacion, habia sentido mucho no entenderse con el marino genovés.

La llegada de su hermano podia subsanar aquella falta, y le colmó de las mayores atenciones.

Despues de obsequiarle en su mesa y de recibirle hasta con intimidad, habló con él de los viajes que habia hecho, y sobre todo del que habia emprendido con Bartolomé Diaz al Cabo de Buena Esperanza.

Refiere la historia que celebró un pacto con Bartolomé para que él y su hermano pudieran emprender el viaje que habian proyectado desde las costas de Inglaterra, con el fin de buscar el camino occidental de las Indias.

Como carecía Bartolomé de recursos, Enrique VII mandó á su tesorero que le facilitase fondos; y casi al mismo tiempo que Bartolomé, salió el emisario de quien ya se ha hablado à su tiempo, con el encargo (porque se supo lo mismo en Lisboa que en Lóndres el propósito de los reyes Católicos) de catequizar á Colon y de unir su gloria á la gloria de Inglaterra.

Una enfermedad grave detuvo en Calais á Bartolomé, precisamente en los momentos en que volvía triunfante à España, despues de su primer viaje, el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

Ignorando el éxito que habia alcanzado, pero con ánimo resuelto de buscarle en España, para comunicarle el pacto que habia hecho con el rey de Inglaterra, pasó á Francia, llegó á Paris, y el rey Carlos VIII, que ya sabia el triunfo que habia obtenido Cristóbal Colon, apénas supo su nombre y que era hermano del ilustre marino, le llamó á su palacio, le colmó de atenciones y le participó la triunfal vuelta de Colon á su patria adoptiva.

Ebrio de gozo Bartolomé quiso correr á España, para estrecharle en sus brazos y compartir con él el peligro y la gloria.

Con los recursos que le facilitó el rey de Francia se embarcó y llegó á Sevilla, precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje.

Allí le refirieron todos los pormenores de su estancia en España, y para cerciorarse más y más de que cuanto le decian era cierto, visitó á fray Juan Perez de Marchena en el Convento de la Rábida, y en Córdoba á fray Pedro Antunez.

Se dirigió á Madrid, donde à la sazón estaba el arzobispo de Toledo, que tanto habia protegido á su hermano; conversó con él, y deseoso de presentar sus respetos á los soberanos, llegó á Valladolid, en donde no tardó en realizar este vehemente deseo.

Apénas se supo su llegada, los mismos reyes manifestaron á Diego Colon deseos de que fuera su tío á visitarlos, y le dispensaron una benévola acogida.

Era Bartolomé en extremo simpático, de mayor estatura que su hermano, de atléticas formas, de rostro varonil y de mirada expresiva y generosa.

Los trabajos que habia pasado, las inclemencias que habia sufrido, habian tostado su rostro y le habian dado un com-

pleto aspecto militar, que imponía, á la vez que agradaba.

Su actividad, la vehemencia con que se expresaba, el entusiasmo que le inspiraba el triunfo de su hermano, su resolución, su valor, todas estas cualidades influyeron en el ánimo de los reyes.

Comprendiendo de cuánta utilidad sería para Cristóbal Colón tener un deudo cerca de sí, pensando que el refuerzo que á las órdenes de éste le enviasen serviría de gran consuelo al ilustre marino, dispusieron los reyes que se aprestasen tres carabelas con provisiones abundantes, dieron el mando de ellas á Bartolomé, y gracias á esto, cuando el almirante, despues de su viaje de exploracion hácia la costa de Cuba, volvió desengañado y con la muerte en el alma, pudo encontrar algun consuelo á su aflicción al ver cerca de sí á aquel hermano á quien tanto queria, y cuyas cualidades de carácter y de inteligencia podian servirle de mucho en la crítica situacion en que estaba.

CAPITULO XII.

Aclaraciones.

BARTOLOME llegó en ocasion en que su hermano Cristóbal estaba fuera, y se enteró por Diego de la aflictiva situacion en que estaban todos.

Su llegada fué saludada con entusiasmo por los colonos que ya tocaban el fin de sus provisiones, y se sorprendieron agradablemente al ver los ánimos que llevaba Bartolomé y el entusiasmo que habia comunicado á todos.

El padre Las Casas, de quien á su tiempo me ocuparé, ha trazado en breves líneas el retrato de Bartolomé Colón, y como aquel fué contemporáneo suyo, creo que nada puede dar una idea tan exacta del original como las breves pinceladas del historiador á que me refiero.

Era, dice, perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del almirante, á quien era igual en conocimientos científicos y le excedía en el manejo de la pluma.

Sabia el latin, si bien parece que, como su hermano, debia más bien sus conocimientos á su natural penetracion, asiduo estudio y propia experiencia que á una educacion esmerada.

Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, poco menos entusiasta y de imaginacion más fría, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendia mejor sus intereses, y poseia en más alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos de la vida.

pleto aspecto militar, que imponía, á la vez que agradaba.

Su actividad, la vehemencia con que se expresaba, el entusiasmo que le inspiraba el triunfo de su hermano, su resolución, su valor, todas estas cualidades influyeron en el ánimo de los reyes.

Comprendiendo de cuánta utilidad sería para Cristóbal Colón tener un deudo cerca de sí, pensando que el refuerzo que á las órdenes de éste le enviasen serviría de gran consuelo al ilustre marino, dispusieron los reyes que se aprestasen tres carabelas con provisiones abundantes, dieron el mando de ellas á Bartolomé, y gracias á esto, cuando el almirante, despues de su viaje de exploracion hácia la costa de Cuba, volvió desengañado y con la muerte en el alma, pudo encontrar algun consuelo á su afliccion al ver cerca de sí á aquel hermano á quien tanto queria, y cuyas cualidades de carácter y de inteligencia podian servirle de mucho en la crítica situacion en que estaba.

CAPITULO XII.

Aclaraciones.

BARTOLOME llegó en ocasion en que su hermano Cristóbal estaba fuera, y se enteró por Diego de la aflictiva situacion en que estaban todos.

Su llegada fué saludada con entusiasmo por los colonos que ya tocaban el fin de sus provisiones, y se sorprendieron agradablemente al ver los ánimos que llevaba Bartolomé y el entusiasmo que habia comunicado á todos.

El padre Las Casas, de quien á su tiempo me ocuparé, ha trazado en breves líneas el retrato de Bartolomé Colón, y como aquel fué contemporáneo suyo, creo que nada puede dar una idea tan exacta del original como las breves pinceladas del historiador á que me refiero.

Era, dice, perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del almirante, á quien era igual en conocimientos científicos y le excedía en el manejo de la pluma.

Sabia el latin, si bien parece que, como su hermano, debia más bien sus conocimientos á su natural penetracion, asiduo estudio y propia experiencia que á una educacion esmerada.

Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, poco menos entusiasta y de imaginacion más fría, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendia mejor sus intereses, y poseia en más alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos de la vida.

Conocedor Cristóbal de las cualidades de su hermano, viéndose agobiado por la enfermedad, y deseoso de emplear las fuerzas que le enviaban para acelerar el desempeño de su misión, considerándose autorizado por los artículos del pacto que había hecho con los soberanos, nombró á Bartolomé adelantado ó gobernador militar ó político de la colonia.

La energía, la severidad, la rudeza hasta cierto punto de Bartolomé, debían ser á su hermano de gran utilidad, puesto que su excesiva bondad había sido causa de que se relajara la disciplina, y sobre todo de que los colonos, desobedeciendo sus órdenes, durante su ausencia promoviesen discordias y alteraran el orden y la tranquilidad.

Con Bartolomé fué en una de las carabelas á la colonia un emisario de Fonseca.

Llevaba órdenes secretas para el padre Boil en contestación á las noticias que este eclesiástico había enviado al obispo Fonseca, y no tardaron en ponerse los dos de acuerdo.

Antes de conocer la intriga que dió por resultado la evasión de Margarite, del padre Boil y de otros varios colonos; ántes de conocer la dolorosa impresión que este suceso produjo en el ánimo del almirante y las medidas que tomó en su vista, vamos á ver qué uso habían hecho de los poderes que había recibido de Colon, Margarite y Ojeda, y la actitud en que estaban los indios.

Al confiar el mando de las tropas á Margarite, le había dicho Colon que su único deseo era que recorriese militarmente los departamentos de la isla, tratando á sus habitantes con la mayor benevolencia, con el doble objeto de hacer ostentación de los elementos que tenía para combatirlos y de la actitud benévola que hacía ellos observaba.

Ya he dicho en otra ocasión que la isla de Haití, ó como la llamó Colon, la Española, estaba dividida en cinco depar-

tamentos ó Estados, gobernados por caciques soberanos, cada uno de los cuales tenía como tributarios á uno ó más caciques, jefes de pueblos ó de familias.

Por más que Guacanajari fuese el rey de los reyes, el soberano absoluto de todos, el departamento más rico de la isla era aquel que ocupaba la deliciosa llanura que Colon había bautizado con el nombre de la Vega Real.

Guarionex era el cacique de la Vega.

Tenía por límites al Oriente las montañas del Cibao.

Era incalculable el número de habitantes que ocupaban la isla.

Pero á juzgar por lo que habían visto en el territorio de Guacanajari, por lo que habían hallado en los dominios de Guarionex, podía asegurarse que por cada español había doscientos ó trescientos indios.

La fuerza material, por más que no contasen con armas y desconociesen la táctica de la guerra, estaba de parte de los indígenas.

Pero las armas de fuego, y sobre todo los caballos, producían un terror tan grande en los indios, que media docena de jinetes y un disparo de los arcabuceros bastaba para poner en fuga al ejército más numeroso.

No quería sin embargo Colon romper las hostilidades con aquella gente.

Por desgracia, sus lugartenientes, no apadrinando su política, y queriendo discutir con él, en todo estaban resueltos á tratar á los indios, más que como conquistadores, como acérrimos enemigos.

Alonso de Ojeda llegó con las instrucciones de Colon al fuerte de Santo Domingo, se quedó en él, y Margarite comenzó su paseo militar al mando de la mayor parte de las fuerzas.

Pero en vez de explorar desde luego, como se le había mandado, las conocidas montañas del Cibao, bajó con sus soldados á la Vega, cuyo delicioso aspecto le encantaba.

Aquel acto bastó para destruir la disciplina del ejército.

Todos los soldados sabian que los deseos de Colon eran que reconociese el Cibao.

Al ver que su capitán desobedecía aquella orden, les pareció sin duda lógico desobedecer á su vez al capitán.

Cayendo sobre las chozas de los indios, apoderándose á viva fuerza de los víveres que tenian, ultrajando á sus esposas y á sus hijas, no tardaron en convertirse en una verdadera gavilla de libertinos.

Los pacíficos habitantes de la Vega, poseidos de admiración y de miedo, soportaron al principio todos estos ultrajes.

Pero al ver que en vez de aplacarse su furia se aumentaba, al sentir los efectos de su depravacion, fueron poco á poco desapareciendo de la Vega, aumentando el odio que sentian hacia aquellos hombres, que no podian ser hijos del cielo, puesto que de una manera tan infame los trataban.

La sed de ira les impulsó á cometer crímenes espantosos.

Las noticias de estos ultrajes llegaron á la colonia regentada por Diego Colon, mientras su hermano costeaba la isla de Cuba, y de acuerdo con los individuos que formaban el gobierno, envió un despacho á Margarite, reprendiendo su conducta y comisionándole á ejecutar la orden del almirante.

Tanto indignó al capitán de las tropas esta reconvencion, que olvidándose de la gratitud que debia al almirante como amigo, de la obediencia que le debia como jefe, contestó al consejo que era completamente dueño de obrar como obraba, y que no reconocia en él derecho para exigirle responsabilidad por su conducta.

En aquella contestacion, recordando que descendia de una

familia ilustre y de antiguo abolengo, pareció despreciar á los colonos, dándoles á entender que su nobleza era improvisada.

Al hablar de este modo, lo hacia envalentonado porque gran número de los hidalgos que le acompañaban, impulsados por el odio que había despertado en ellos el almirante al igualarlos á los operarios, exigiéndoles que trabajasen como ellos, se habian unido con Margarite, y estaban resueltos á sublevarse contra la autoridad, en cuanto en algo se opusiera á la satisfaccion de sus pasiones.

De todos modos, ninguno de ellos queria reconocer la autoridad de Diego Colon, y continuaron acuartelados en la Vega sin poner coto á sus excesos.

Esto unido á la ausencia del almirante, tenia al consejo en gran aprieto.

La Vega estaba ya casi desierta.

Sus habitantes habian buscado asilo en las otras regiones de la isla, donde se robustecia poco á poco el deseo de exterminar á los españoles.

El padre Boil, que estaba ya convencido de que el proyecto que habia abrigado de ser el verdadero jefe de la colonia no podria realizarle, y que por otra parte cuidaba mucho de que el éxito coronase la empresa que habia ido á acometer allí, deseaba por momentos una ocasion de volver á España para demostrar á los reyes lo estéril de los gastos que ocasionaban las expediciones, y para destruir la importancia que en tan breve tiempo habia adquirido Colon, satisfaciendo de este modo su amor propio, herido por las humillaciones que le habia hecho soportar el almirante.

Margarite, aprovechando su proximidad á la colonia, iba á menudo á ella, y cuando esto sucedia, ni se presentaba al consejo, ni acudia á sus llamamientos; y por el contrario, se

presentaba en actitud amenazadora á los que le formaban.

Diego Colon era muy débil.

Los demas que formaban con él el consejo, por deferencia á los lazos que le ligaban con el almirante, acataban en todo y por todo su voluntad.

Diego habia resuelto dejar obrar à Margarite hasta que regresase su hermano.

El capitán de las tropas acantonadas en la Vega Real celebraba de cuando en cuando conferencias con el padre Boil, y éste visitaba á menudo á Bernal Diaz de Pisa y Alonso Velez de Guzman.

Trascurrió el tiempo, y nada se sabia del almirante.

Diego llegó á pensar si habria perecido, y estuvo á punto de enviar en su busca una de las carabelas surtas en el puerto, cuando vieron á lo léjos algunas embarcaciones con rumbo hácia la isla.

Eran las tres embarcaciones que, cargadas de provisiones y con nuevos refuerzos, llevaba á la colonia Bartolomé Colon.

Grande fué la alegría de Diego al ver allí á su hermano.

Miéntas que en el consejo informaba del estado de los asuntos de la colonia, el emisario de Fonseca habló con el padre Boil, y éste envió á su vez una persona de toda su confianza á Pedro Margarite.

Aquella misma noche llegó de incógnito el capitán del ejército á la morada del padre Boil, dióle éste cuenta con mucha habilidad de los deseos del Obispo Fonseca, y añadió:

—La conducta que habeis observado indignará á Colon en cuanto llegue. Con el refuerzo que ha traído su hermano y con los soldados que le acompañan, podrá someteros á su obediencia por la fuerza, y ó tendreis que caer en su poder, yendo á España prisionero, ó daremos el triste espectáculo de luchar unos con otros, lo cual envalentonará á los indios

y nos destruirán por completo. Es necesario que escapeis del peligro que os amenaza. Pero entre volver prisionero á España ó volver libre y triunfante, y tener los medios de presentaros á los monarcas con el auxilio del obispo Fonseca para pintar la triste situacion de la colonia, va una gran diferencia, y por mi parte estoy resuelto à acompañaros en esta expedicion, seguro de que os seguirán todos los descontentos.

La idea agradó en extremo á Margarite.

A partir de aquel momento se estableció una especie de sociedad secreta entre el padre Boil, Margarite y algunos de los nobles que tambien temian el castigo de Colon, Bernal Diaz que deseaba á toda costa volver á España y Alonso Velez de Guzman, que hallaba una ocasion de escapar de las manos de su esposa y de medrar favorecido por los enemigos de Colon.

Convinieron entre todos apoderarse de los buques que habian llegado al mando de Bartolomé Colon y regresar á España.

La inesperada aparicion del almirante con sus carabelas les hizo acelerar este proyecto.

De acuerdo con los pilotos que debian servirles, aprovechando la confusion que se apoderó del ánimo de todos los colonos al ver al almirante enfermo de tanta gravedad, Margarite y los que estaban de acuerdo con él, abandonando el ejército, se reunieron con el padre Boil en la Isabela; á media noche se apoderaron de uno de los buques, y cuando al dia siguiente se apercibieron de su desaparicion, estaban en alta mar con rumbo á España, favorecidos por el viento que hinchaba las velas del navío.

Con la noticia de su fuga coincidió la de los excesos á que se habian entregado los soldados sin disciplina y sin jefe en la Vega Real.

Margarite y el padre Boil habian hecho correr el rumor de que Colon habia muerto y de que muchos de los jefes se habian apoderado de los buques y corrian á España.

Los soldados de la Vega, formando bandas, se diseminaron, y sin freno de ningun género se entregaron al robo y al libertinaje de una manera inaudita.

Los pocos indios que quedaban comenzaron á vengar los ultrajes que recibian, privándoles de toda clase de alimentos.

Al mismo tiempo aprovechaban todas las ocasiones en que hallaban á dos ó tres españoles aislados para matarlos.

Habiéndose encontrado perdido en lo más intrincado del bosque un sargento español, fué reconocido por un indio, á quien pocos dias ántes el sargento habia en su propia cabaña violado á su esposa, sin respetar la hospitalidad que el indio le habia dado.

El indio juró vengarse y encontró la ocasion propicia al ver perdido en el bosque al sargento.

Emboscóse detrás de un corpulento cedro con dos hermanos suyos, y cuando el sargento, rendido de cansancio y muerte de sed y de fatiga, por no encontrar el camino del campamento donde estaban sus compañeros, se arrojó al suelo, esperando que alguno viniera en su socorro, ó que algun indio, conocedor del terreno le sacara de aquel mal paso en que se encontraba.

La fatiga y el cansancio de que se hallaba poseído le rindieron, y al poco tiempo se quedó profundamente dormido.

La ocasion era propicia. El vengativo indio se arrojó sobre él, y ántes que pudiera el sargento hacer el menor movimiento en su defensa, un golpe dado con el hacha en la cabeza, lo dejó completamente sin sentido. El indio Entónes, enarbolando segunda vez el hacha, separó su cabeza del cuello, ébrio de entusiasmo por la venganza que acababa de ejecu-

tar, y cogiéndola de los cabellos, se la entregó á su hermano, diciéndole:

—Lleva esta cabeza á mi esposa; dila que está vengada y que la tribu, al ver este sangriento trofeo, comprenda que nuestros enemigos no son inmortales, que son hombres como nosotros, y que de hoy más no nos dejaremos avasallar por ellos, matándolos sin piedad y vengando nuestras injurias.

Este hecho debia dar lugar á horrosas y terribles represalias.

Acosados por el hambre y por los indios los individuos de aquel quebrantado ejército, fueron acercándose á la colonia, en tanto que los indios, animados por los triunfos que conseguian de los naturales, aumentaron sus hostilidades.

Uno de los caciques, jefe de una ciudad situada en las orillas del rio Yaqui, dió muerte á diez españoles que se alojaron en su poblacion, y con los suyos incendió una choza en que se habian guarecido cuarenta españoles enfermos.

Uno de los capitanes, Luis de Arriaga, que habia construido un fuerte, al que dió el nombre de Magdalena, acosado por los indios tuvo que encerrarse en la fortaleza, y ni aun allí se vió seguro.

Ojeda participó tambien al consejo, por medio de un emisario que envió á la colonia, que Caonabo amenazaba el fuerte de Santo Tomás.

Tal era la situacion de las cosas cuando Colon, despertando de su letargo, tuvo la inmensa alegría de estrechar en sus brazos á su hermano Bartolomé, alegría que duró poco, porque fueron á comunicarle la desercion de Margarite, del padre Boil y de algunos otros colonos, y la actitud hostil de los indios mandados por Caonabo.

CAPITULO XIII.

Sitio y defensa del fuerte de Santo Tomás.

ALONSO Velez de Guzman no habia engañado á Colon ni á los demas habitantes de la colonia, cuando les dijo que los indios, impulsados por Caonabo, se preparaban á combatir con ellos, resueltos à exterminarlos.

Dominando el ímpetu del cacique supremo de Maguana y de las minas del Cibao por consejo de los otros caciques, y especialmente de sus butios, acordó con ellos no romper las hostilidades hasta saber á punto fijo el número de los enemigos contra quienes iba combatir, el sistema que tenian de pelear y los datos más importantes para utilizar sus fuerzas y conseguir el triunfo por completo.

En actitud de expectativa vieron, no sin inmensa pena, la construccion del fuerte de Santo Tomás, en el centro mismo de los dominios de Caonabo.

Cuando se disponian á convertir en escombros aquel fuerte, como habian hecho con la fortaleza de la Navidad, se presentó Ojeda al mando del ejército, cuya direccion debia confiar á Margarite.

No podia imaginarse Caonabo que los españoles hubieran llevado tan crecido número de hombres armados, y mucho ménos ver los jinetes en aquellos mónstruos, que tanto pavor les infundian.

Para no malograr su empresa tuvieron que aguardar, y aunque el ejército al mando de Pedro Margarite invadió la Vega y se separó del fuerte, en el que quedó Ojeda con unos veinticinco hombres, temerosos de que no podria ocurrir á reforzarlos, aguardaron hasta el momento en que, por efecto de la desercion del capitan en jefe, se batieron los soldados en pequeñas bandas, comenzaron el exterminio, aprovechando todas las ocasiones en que podian acorralarlos y caer sobre ellos como fieras.

Divididas y quebrantadas estas fuerzas, creyó Caonabo que habia llegado el momento de atacar á la fortaleza de Santo Tomás.

Por medio de sus espías se enteró de que no habia en ella más que cincuenta hombres.

Efectuando un movimiento indirecto y rápido podia sorprenderlos, caer como una nube sobre los españoles y asesinarlos, como habia asesinado á los que de igual manera habia sorprendido en el fuerte de la Navidad.

Caonabo ignoraba que el capitan que mandaba aquel pequeño destacamento tenia elementos en sí propio para contrarrestar su empuje, bien recurriera à la maña ó emplease la fuerza.

En efecto, Alonso de Ojeda, á quien hemos visto desafiando el peligro en sus escaramuzas contra los moros, á quien por distraer á los reyes hemos encontrado ejecutando arriesgados ejercicios sobre la torre de la Giralda de Sevilla, tenia además del valor personal algo de fanatismo, que le hacia desafiarse el peligro en todas las ocasiones con un denuedo incomprendible.

Llevaba siempre consigo, considerándola como un talisman, una estampa de la Virgen María.

Todos los dias rezaba ante ella, no emprendia un solo acto

sin encomendarse á su piedad, y confiado en que le protegería, se lanzaba á los peligros con tal denuedo, que solo su vista infundia pavor á los que le esperaban para luchar con él.

Tanta era su devoción hacia la imágen, que cuando juraba por ella no consentía que dudasen de su palabra, y en más de una ocasion habia cruzado su acero con el de sus mismos compatriotas por no haber dado crédito á sus juramentos.

Esta especie de supersticion por una parte, y por otra el gran conocimiento que tenia de la táctica de los salvajes, y su experiencia por haber asistido á toda clase de encuentros militares, le daba una gran superioridad sobre sus adversarios, y hacia que los que militaban á sus órdenes, estimulados por su ejemplo, se convirtieran en otros tantos héroes.

Poco, pues, importaba á Alonso de Ojeda el crecido número de fuerzas que pudieran oponerle los caciques indios.

Estaba seguro de que saliendo á su encuentro con el puñado de valientes que tenia á sus órdenes rompería sus filas al primer empuje, sembraría la desolacion y el espanto entre las masas, y vencería, uniendo á este ascendiente moral la fuerza física de sus soldados y el temple de sus armas.

Pero como Caonabo ignoraba estas circunstancias, como solo veia cincuenta hombres en su fortaleza, y tenia ya á sus órdenes millares de indios perfectamente armados y dispuestos á librar á su patria del yugo de los extranjeros, se apresuraron á dar la batalla, pensando que aquel fácil triunfo le permitiría llegar hasta la colonia, destruir á su paso á los soldados dispersos de Colon, y caer sobre la ciudad recién erigida, que se convertiría para ellos en un cementerio espantoso.

Hizo, pues, un reconocimiento al frente de diez mil guerreros, armados todos con flechas, arcos y lanzas templadas al fuego.

Dando un punto de cita á los suyos para sorprender al

enemigo, dividió su ejército en muchas fracciones, y abriéndose camino por los bosques, llegó á los alrededores de la fortaleza, prometiéndose encontrar á los soldados entregados al sueño.

Un destacamento de indios que se acercó al fuerte le llevó la desconsoladora noticia de que todos los soldados, prevenidos y formados, parecían aguardarles.

Como la fortaleza estaba construida sobre una roca aislada, y tenia un ancho rio á sus piés que la defendía á manera de foso, aunque los indios se acercasen á la orilla del rio, no llegarían sus flechas á los soldados.

Estos, en cambio, podrian sembrar la muerte en las filas de sus enemigos con solo disparar sus arcabuces.

La irritacion de Caonabo al ver que no habia conseguido su objeto fué inmensa, y en un arranque de indignacion propuso á los caciques que le acompañaban acometer todos á un tiempo á la torre, seguro de que, aunque perecieran la mitad de los indios, la otra mitad podría hacer pagar muy caro á los españoles las víctimas que hubieran hecho.

No fueron de esta opinion sus consejeros.

Pensaron que sitiándolos por hambre podrian más fácilmente rendirlos, y no sin gran trabajo consiguieron que Caonabo admitiese esta opinion.

Empezaba á amanecer, y el cacique de Maguana distribuyó convenientemente sus tropas en los alrededores de la fortaleza, para que no pudieran recibir los soldados provisiones de ningun género.

Ojeda comprendió la intencion de los indios, y defendido como estaba por el rio, unió todas sus fuerzas en el lado que le unia á la tierra, y desde allí, aprovechando todas las ocasiones favorables, hizo salidas, en las cuales el fuego de sus arcabuces y los proyectiles que arrojaban las lombardas

desde la torre diezmaban á los enemigos, obligándoles á retirarse.

Pero con esto no conseguian nada.

Los paseos de exploracion que hacia á menudo le convenian de que estaba perfectamente sitiado, los víveres escaseaban y la desesperacion empezaba á apoderarse de su ánimo.

—Va á ser preciso, dijo á sus soldados, que abandonemos la fortaleza; pero si tal sucede, al abrirnos paso por entre sus filas es necesario que paguen caro el lazo que nos han tendido.

Como en veinte dias no habian podido pedir auxilio á la colonia ni al ejército de Margarite, sus provisiones se habian acabado, y tenian que alimentarse con los frutos que hallaban en los árboles más próximos.

No podian encontrar siquiera el recurso de la caza porque el continuo tiroteo que estaban obligados á sostener habia alejado á las aves que ántes vagaban por aquellos contornos.

Un indio jóven á quien cogieron prisionero, queriendo obtener la piedad de Ojeda, le llevó dos palomas.

Ojeda estaba en la torre cuando el indio llegó con aquel presente.

Era un gran regalo en aquella ocasion, en que el hambre empezaba á hacer efecto en los sitiados.

—Con esto, dijo Ojeda, cogiendo las palomas, apenas hay para un hombre solo.

—Para vos, para vos, dijeron los soldados.

—De ningun modo, contestó Ojeda; soy igual á vosotros, no quiero participar de beneficios que no os alcancen. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Y soltando las palomas las vieron volar, en tanto que admiraban aquel rasgo de su heróico caudillo.

El asedio crecia, y era necesario á toda costa concluir con él. Dejando á diez soldados en la fortaleza, salió con los res-

tantes, hizo una correría, y atacando vigorosamente los destacamentos de los indios, despues de disparar los arcabuces y ponerlos en fuga, corrian detrás de ellos, y á fuerza de mandobles y de lanzazos los tedian en tierra.

Desplegó tal valor y tuvo tanta suerte, que en ménos de ocho dias, saliendo ileso de las flechas y saetas que disparaban contra él los indios, tuvo Caonabo que abandonar el sitio, dejando en el campo á sus más intrépidos guerreros, que viéndose amenazados de la muerte que habian dado á sus hermanos los españoles, se dispersaban á centenares, refugiándose en los pliegues de las montañas.

Caonabo se retiró afligido, dispuesto á renovar la lucha cuando pudiera.

Pero en medio de su afliccion, las hazañas que le habia visto ejecutar á Alonso Ojeda le habian hecho sentir hácia este caudillo una inmensa admiracion.

Aquel sí que debia ser hijo del cielo, puesto que las flechas se rompian al chocar en su pecho, y no habia fuerzas humanas que pudieran dominarle.

Esta derrota, en vez de desanimar á Caonabo, le impulsó más y más á realizar su propósito.

Pero convencido de que necesitaba oponer una gran fuerza á los extranjeros, proyectando dejar el fuerte para lo último, pensó en apoderarse de la Isabela, donde sabia que habia muy poca tropa y que la mayor parte de los habitantes estaban enfermos; acariciando la idea, despues de destruirla, de luchar brazo á brazo con Ojeda, lucha que deseaba con pasion, porque medir sus fuerzas con las de aquel hombre era, aun siendo vencido, una inmarcesible gloria que deseaba para él y para su raza.

Se retiró, pues, á sus dominios, y convocó de nuevo á los caciques soberanos, y á los caciques de las tribus para manifestarles sus proyectos.

CAPITULO XIV.

Intrigas de Flor de Palma.

LA retirada de Caonabo produjo una gran impresion entre los indios.

Cuando él, el formidable guerrero, terror de los caribes, no habia podido someter á un puñado de españoles, difícil era que ellos lo lograsen, y en la dura alternativa de perecer ó de sufrir el dominio de los extranjeros, era muy grande el número de indios que obtaban por lo último.

Durante la ausencia de Caonabo habian ido al lado de su esposa Anacaona, Boechio y Guacanajari.

Guarionex y Gayacoa acompañaron á Caonabo.

Miéntas que estos guerreros sostenian el asedio del fuerte de Santo Tomás, Guacanajari experimentaba una viva ansiedad.

Si, como temia, eran vencidos los indios y llegaba Colon á apoderarse de él, ¿cómo justificaria á sus ojos la deslealtad que habia cometido?

En vano ocultaba á Anacaona y á Boechio la triste situacion de su espíritu.

Toda la historia de su pasado se apareció á su imaginacion como un fantasma amenazador.

Se consideraba esclavo de su pasion, y veia que, obedeciendo á su influjo, habia causado la muerte de Anacaona; que habia contribuido á la destruccion de la fortaleza de la Na-

vidad por robar la imágen de la Virgen; que más tarde, despues de haber obtenido el perdon del jefe de los extranjeros, seducido por Flor de Palma, habia faltado á su palabra, habia engañado á Colon, y de soberano de Haiti que era, habia tenido que abandonar sus Estados, viviendo bajo el amparo de otros caciques inferiores á él.

Todos estos delitos debian atraer sobre su isla la cólera del cielo, y no dudaba un solo instante de que Caonabo volveria derrotado.

Flor de Palma era el único sér que tenia alguna influencia sobre su abatido espíritu.

Ella le sorprendia en sus horas de desconsuelo.

Acercaba á sus labios la copa del placer y le embriagaba.

Pero al despertar de aquel letárgico sueño, volvía el fantasma á presentársele, y buscaba en la soledad y en el silencio alivio á sus pesares.

Flor de Palma, astuta y ambiciosa, llegó á comprender que sus esfuerzos serian inútiles para calmar el debilitado espíritu de Guacanajari.

El remordimiento roía su corazón como un gusano.

La sombra de la muerte se proyectaba sobre sus pálidas mejillas, sobre su abatida frente.

Si Guacanajari moría, tendría que renunciar á sus ensueños ambiciosos.

Flor de Palma empleó sus artes para despertar una pasion en Boechio.

Era imposible resistir á los encantos de Flor de Palma. La sangre europea que ardia en sus venas daba á todo su sér un atractivo poderoso para los indios.

Boechio cayó en el lazo que le tendió Flor de Palma.

Por consejo de ésta, viendo lo triste que estaba, volvió Guacanajari en su compañía á Marien.

Antes de partir dijo Flor de Palma á Boechio que fuera á verla.

Dos dias despues abandonó Boechio la residencia de su hermana Anacaona, y allí un amigo fiel le dirigió al palacio de Guacanajari.

Flor de Palma colocó cerca de la hamaca de su esposo unas yerbas que producian un sueño pesado, y habló con Boechio.

El cacique la pintó el inmenso amor que le habia hecho sentir.

Flor de Palma le dijo que era fiel, y que lo seria siempre.

—Solo en el caso de perder á mi esposo seré tuya, exclamó.

Los dos hablaban bajo los tamarindos próximos al palacio de Marien.

Casi al rayar el alba se separó Boechio de Flor de Palma.

La india, ébria de gozo, porque habia realizado su objeto, iba á entrar en el palacio, cuando una flecha envenenada traspasó su corazon.

Cayó lanzando un lastimero gemido.

Acudieron algunos indios de la servidumbre de Guacanajari á socorrerla.

El mismo rey, saliendo de su letargo por haber perdido la planta su virtud, asistió á un espectáculo doloroso.

¿Quién habia atravesado el pecho de Flor de Palma?

Era un misterio para todos los indios.

Boechio volvió tranquilamente sin saber lo que pasaba adonde estaba Anacaona

Su fiel amigo le acompañaba.

Desde que se separó de Flor de Palma habia estado á su lado.

Por la noche llegó la noticia de la muerte de la esposa de Guacanajari.

Imbila, la favorita de Boechio, oyó la nueva con brutal alegría.

—Como ella, dijo á Boechio, morirán todas las mujeres en quien pongas los ojos.

No habia duda.

En extremo celosa, habia comprendido los deseos de Flor de Palma, y al partir Boechio habia enviado un indio de toda su confianza con la orden expresa de matar á la seductora de su amante.

El indio habia obedecido sus órdenes.

Guacanajari vió un nuevo castigo en aquella muerte.

Su afliccion no encontraba consuelo.

Poco despues fueron á noticiarle la llegada de Caonabo, la derrota de su ejército y el triunfo de los defensores de la fortaleza de Santo Tomás.

Al mismo tiempo, en nombre de Caonabo, le llamaban á asistir á una junta de caciques para resolver lo que debian hacer en tan crítica situacion.

No tuvo más remedio que acudir.

Pero estaba resuelto á oponerse á cualquier acto agresivo de los indios contra los españoles.

Su arrepentimiento era sincero, y queria de aquel modo recuperar la amistad de Colon, que habia perdido inducido por Flor de Palma.

Todos los caciques acudieron al llamamiento de Caonabo.

Los más valientes guerreros acudieron tambien á aquel conciliábulo solemne, en el que Anacaona ocupaba el puesto de honor.

—Los extranjeros nos han vencido, dijo Caonabo. Sus armas han diezmado nuestras filas, los leales han perecido, los cobardes han buscado en la fuga su salvacion; pero aunque hemos sido derrotados, todavia podemos obtener el triunfo si unidas todas las fuerzas de que podemos disponer, resolvemos exterminarlos ó morir todos á sus manos.

Anacaona excitó á todos á luchar.

—Los extranjeros, dijo, saquean las chozas de nuestros hermanos, los asesinan cobardemente, ultrajan á sus esposas, se creen dueños de nuestra patria. Yo misma estoy dispuesta, si es preciso, á conducirlos á la pelea.

Los caciques soberanos hablaron por su turno.

Guarionex fué el primero que se manifestó dispuesto á combatir.

—Los hijos de mi reino, exclamó, son los que más vejaciones han sufrido. Todos guardan en su corazón un odio profundo hácia los extranjeros. Antes que resistir su ominoso dominio, moriré, si es preciso, luchando por la patria.

Gayacoa ofreció concurrir á la lid con todos los habitantes de las llanuras de Higüey.

Boechio ofreció el concurso de todos los habitantes de Xaragua.

De los cinco soberanos, cuatro estaban resueltos á morir ó á triunfar.

—¿Y tú, rey de los reyes, preguntaron á Guacanajari, te unirás con nosotros?

—Yo no, exclamó en medio de un asombro general el soberano de Marien.

—¿Nos abandonas?

—Sí, hartos he faltado á mis deberes siguiendo vuestros consejos. ¿Habeis olvidado que la llegada de los extranjeros es providencial? ¿No recordais que su venida fué profetizada hace tiempo, y que al considerarlos como enviados del cielo, y al llamarnos sus amigos, hicimos grata á Vagoniana nuestra conducta?

—¿Y tú olvidas, exclamó Caonabo fuera de sí, que esos miserables han sembrado la desolacion y el espanto en nuestro territorio?

—Porque tú has excitado su indignacion acometiendo á sus soldados, incendiando su fortaleza.

—Piensa bien lo que dices.

—Está pensado. En vano trataria de oponer mi fuerza á las vuestras. Sin mi concurso sois bastante fuertes para luchar.

Yo estoy seguro de que siempre sereis derrotados, porque al lado de los extranjeros lucha una fuerza superior, que en vano tratareis de quebrantar.

Yo vuelvo á mis dominios; os dejo en libertad de hacer lo que querais.

Si vuestra causa es santa, que Vagoniana os dé el triunfo y á mí el castigo.

Si, como creo, vais á desobedecer las leyes de quien puede más que todos nosotros juntos, cuando vosotros perezcais, yo imploraré el perdón de los extranjeros y viviré tranquilo, desempeñando mi mision al borde de vuestras tumbas malditas.

Al oír aquellas palabras Caonabo, enfurecido, quiso precipitarse sobre Guacanajari.

Todos los demas caciques le contuvieron.

—No, dejadle marchar, dijo Boechio.

Poco nos importa que nos abandone con su gente. Débiles y cobardes, huían ante el enemigo. Que nos abandone: despues del triunfo, en vez de ser nuestro rey será nuestro esclavo.

Guacanajari se dispuso á partir.

—¿Que la maldicion de Vagoniana te acompañe! exclamaron todos.

CAPITULO XV.

Donde Bartolomé comunica á su hermano la desercion de Margarite y de otros conjurados.

EL gran butio Ainaibac empleó toda su influencia con Guacanajari para hacerle desistir de su propósito, para estimularle á que combinara sus esfuerzos con los otros soberanos, para inculcar en su pecho el odio que sentian hácia la raza europea.

El rey le desoyó.

Creyendo que el castigo le amedrentaria:

—Pues bien, dijo Ainaibac, parte tú solo; yo me quedo con los que quieren libertar á la patria del yugo extranjero. Guacanajari volvió á Marien; pero muchos de sus vasallos se quedaron al lado de los otros caciques, temerosos de que la maldicion del cielo cayera sobre los impíos que siguieron á Guacanajari.

La desesperacion de Caonabo fué inmensa, porque hábil político al mismo tiempo que valiente guerrero, comprendió que, separándose de él y de los demas caciques, Guacanajari no tendria más remedio que ponerse al lado de los españoles, y aumentando sus fuerzas y proporcionándoles víveres, tendrian que ser más desesperados los esfuerzos que hicieran para destruirlos.

En vista de esto, lo primero que determinó fué catequizar á los súbditos de Guacanajari para que le abandonaran, y hacerle objeto de su persecucion.

Muerta Flor de Palma, sin consuelo de ningun género, el sensible corazon de Guacanajari ansió por momentos recuperar en la perdida amistad de Colon un alivio á sus desventuras.

Apénas llegó á Marien, dispuso que partiese una embajada suya á la colonia de la Isabela para enterarse del estado del almirante, anunciarle que deseaba celebrar una entrevista con él para mostrarle su arrepentimiento, implorar su perdon y establecer sobre sólidas bases la paz interrumpida entre los dos.

De todos estos sucesos estaban ignorantes los habitantes de la colonia, cuando se vieron sorprendidos por la llegada de los emisarios de Guacanajari.

Colon estaba todavía en el lecho.

Los medicamentos y los cuidados del doctor Chanca, la satisfaccion que experimentaba al ver cerca de sí á sus hermanos y sobre todo al saber que con su auxilio podia conseguir, gracias á su energía, que se cumpliesen exactamente sus órdenes, habia reanimado sus abatidas fuerzas, y continuaba en la convalecencia de una manera franca.

Llegó un momento en el que fué preciso revelarle la verdad de lo que habia pasado.

Ninguno se atrevia por el temor que auguraba su situacion. Bartolomé se encargó de ello.

Aprovechando un momento favorable entró en su habitacion, y mandando que le dejaran á solas con él, se resolvió á pintarle con vivos colores la situacion en que se hallaba.

Ya habian hablado en otras ocasiones de su familia y de los acontecimientos que habia llenado la vida de Bartolomé durante el tiempo de su ausencia.

El almirante habia sabido por él la benévola acogida que le habian dispensado los reyes, el buen efecto que habian pro-

ducido en el ánimo de sus majestades las cartas que les había remitido con Gorbalan y Juan de Aguado; pero no comprendía cómo, habiéndose aumentado las provisiones de la colonia, y reforzado el ejército con los soldados y marinos que habían acompañado á Bartolomé, era tan grande la tristeza que revelaban en su semblante todos los que le rodeaban.

—¿Cómo te encuentras hoy, Cristóbal? le dijo su hermano.

—Muy bien, Bartolomé: la Providencia se ha apiadado de mí; creo que muy en breve podré encargarme de la dirección de los negocios, y para entonces quisiera que, de acuerdo contigo, con nuestro hermano Diego, con los demás individuos del consejo, y sobre todo con Alfonso de Ojeda y Pedro Margarite, que debe conocer la actitud de los indios, combinemos el plan para dominarlos suavemente, para llegar hasta las minas, extender por todo el territorio nuestra conquista, y realizar el plan de esta segunda expedición.

—Precisamente sobre todo eso quiero hablarte, y celebro que hoy te encuentres mejor, porque si he aplazado las revelaciones que hoy voy á hacerte, ha sido por temor de agravar tu dolencia.

—¿Pues qué pasa?

—¿Qué ha de pasar? ¡Desastres!

—¿Hay noticias de Pedro Margarite?

—No muy gratas por cierto.

—Explicate.

—Tú le diste la orden de que, al frente del ejército que mandaba explorara el departamento del Cibao, diese un paseo militar por toda la isla, y al mismo tiempo que nuestro poderío, pusiese en evidencia nuestra bondad, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Pues bien; tus órdenes han sido completamente desobedidas.

—¿Es posible?

—Disgustado, sin duda, de recibir órdenes tuyas, alentado por algunos hidalgos descontentos, á quienes, según ellos, no les has tratado con toda la consideración que merecían, apenas te alejaste de la colonia para hacer un viaje de exploración, comenzaron á campar por su respeto, desobedecieron tus órdenes; en vez de escudriñar las montañas del Cibao bajaron á la Vega, se diseminaron en ella, saquearon las casas de sus moradores, ultrajaron á sus mujeres y á sus hijas, asesinaron cruelmente á los que se oponían á sus desafueros, y esta conducta, como es de suponer, ha indignado á los indios, exacerbando en ellos el odio que nos profesan.

Por más que quería escuchar Cristóbal Colon con calma aquel relato, sentía arder la sangre en sus venas, y no pudiendo contenerse:

—Es necesario que envíes una orden á Pedro Margarite para que se presente ante mí.

—Sería inútil ese paso.

—¿Por qué?

—Escucha con valor la noticia que voy á darte.

—¿Ha muerto por ventura?

—Más le valiera haber muerto.

—¿Pues qué ha pasado? Habla.

—Ha desertado.

—¿Qué es lo que dices?

—Sí, temeroso del castigo á que se hizo acreedor con su infame conducta, él y los nobles sus secuaces, con la cooperación del padre Boil, tramaron una conspiración, que desgraciadamente han podido llevar á cabo, mientras nosotros, velando con ansiedad á la cabecera de tu lecho, solo pensábamos en devolverte la vida.

—¡Por Dios, explicate! Estoy intranquilo.

—De acuerdo todos, compraron á uno de los pilotos de las carabelas que yo he traído, y á favor de la oscuridad de la noche fueron á ella, y acompañados de Bernal Diaz de Pisa, á quien tenias preso, y de Alonso Velez de Guzman, cuya historia he sabido y me hace comprender su conducta, se dieron á la vela, no pudiendo notarse su falta hasta el dia siguiente.

—¿Se escaparon?

—Sí, han ido sin duda á España con el objeto de hablar mal de nosotros, de desprestigiarnos á los ojos de los reyes; pero tranquilízate: aun cuando nos calumnien, llegará el dia de la justicia y sufrirán el castigo que merecen.

—¡Oh! En cualquiera hubiera creído semejante felonía ménos en Pedro Margarite, dijo Colon con amargura. ¡Yo, que le recomendaba á los reyes, que le he presentado como un modelo de subordinacion, de valor, que le he confiado el mando de las tropas, que le he distinguido con mi amistad!... El padre Boil tiene la culpa de todo; él le habrá catequizado.

—De cualquier modo, tranquilízate; no es de ellos de quien debemos ocuparnos, sino de nosotros mismos.

—¿Y el ejército?

—Sin jefe, sin disciplina, dividido en pequeñas bandas, ha continuado saqueando la poblacion de la Vega Real, encendiendo el odio de los indios hácia nosotros; y ellos, cansados ya de sufrir tantas vejaciones, han roto las hostilidades.

Guatiguana, uno de los caciques tributarios de Guarionex en la Vega Real, ha obligado á perecer en una casa india que incendió, á más de cuarenta españoles; otros muchos han muerto á manos de los indios al caer en los lazos que les han tendido.

Algunos se han refugiado en la fortaleza de Santo Tomas;

otros han llegado á la colonia, y ya puede decirse que todo el país está en conflagracion.

—Esas son las dolorosas consecuencias, exclamó el almirante, de la desobediencia. Yo no queria llegar á este extremo, porque al cabo sus fuerzas son superiores á las nuestras, y su causa, tratándose, no ya de hombres que vienen á traerles la civilizacion, sino de foragidos que siembran el luto en sus hogares, es santa y noble.

¡Ah! yo bien quisiera poder levantarme del lecho, reunir á los soldados que nos quedan, y enmendar las faltas que han cometido mis malos capitanes; pero no puedo.

Tú, Bartolomé, tú que comprendes los nobles sentimientos de mi alma; tú, á quien he conferido el cargo de adelantado mayor, reúne á los capitanes y los soldados, háblales en mi nombre, corre con ellos á tranquilizar á los indios, sé al mismo tiempo fuerte y benévolo, y recuperaremos lo perdido, porque si no esos infames que han ido á calumniarnos, hallarán en la suerte que nos está reservada los medios de justificar su infame calumnia.

—La situacion, añadió Bartolomé, es más difícil de lo que parece. Mi presencia no ha agradado á los que se prometian, con tu enfermedad, reemplazarte en el mando de la colonia.

Me considerarán como un intruso, y aunque me temen, porque conocen que carezco de la bondad que hay en tu pecho, no es recurriendo á la fuerza como mejor se conduce á una reunion de hombres.

Los indios, al mando de Caonabo, han tratado de apoderarse de la fortaleza de Santo Tomás.

Alonso de Ojeda, que aún nos es fiel, y que es un bizarro capitán, ha defendido el fuerte y ha logrado con sus cincuenta hombres diezmar las filas de los indios y ponerlos en fuga.

Esta primera victoria de nuestras armas los ha obligado á

retirarse á las entrañas del Cibao, y los caciques de la Vega Real, segun las últimas noticias de los soldados que van llegando á la colonia, han apaciguado su ira.

Tenemos tiempo para que te restablezeas, para que puedas por tí mismo dictar las medidas que han de devolver al ejército la disciplina, á la colonia la esperanza y á nuestros enemigos el miedo que has sabido inspirarles desde el primer momento.

Tenia razon Bartolomé, y el almirante hizo lo posible para que aquellas noticias no contuviesen su mejoría, porque necesitaba á toda costa recobrar la salud y tomar por sí mismo las medidas salvadoras.

Conversando estaban aún los dos hermanos, cuando llegaron á anunciarles la llegada de los embajadores de Guacanajari.

¿Era aquello una estratagema?

¿El soberano de Haíti acudia á implorar su perdon para tenderles un lazo, ó impulsado á la vez por el remordimiento y por el temor, en vista de la derrota que habian sufrido las huestes de Caonabo, queria reanudar su amistad con él para librarse del castigo?

De cualquier modo, Colon consideró el deseo que le manifestaba por medio de sus embajadores como de buen augurio, y recibiendoles inmediatamente:

—Volved á decir á vuestro rey, contestó á los embajadores, que le perdono, que acepto su amistad, que no demore su venida; deseo hablarle y le espero con los brazos abiertos.

Los emisarios corrieron á participar esta orden á Guacanajari.

CAPITULO XVI.

Reconciliacion.

LA llegada de los embajadores de Guacanajari preocupó á todos los colonos, que, ávidos de saber el objeto de su embajada, se reunieron en la puerta del palacio del almirante con el objeto de informarse.

Colon llamó á su hermano y á los individuos del Consejo, y les participó lo que los indios le habian dicho.

Diego salió á comunicar á los colonos los deseos de Guacanajari.

Quería la paz, y aquello podia considerarse como un gran triunfo.

Al mismo tiempo, por orden del almirante, anunció el pregonero que, habiéndose enterado de la desercion de algunos colonos, y especialmente de Pedro Margarite, sin perjuicio de castigarle y castigar á sus secuaces, concedía indulto á todos los soldados diseminados en la Vega que se presentasen en la colonia en el plazo de tres dias.

Al dia siguiente muy temprano, en ligeras canoas, para no tener que atravesar parte de la Vega Real, mandada por Guarionex, se presentó Guacanajari con su acompañamiento, y por medio de una guardia de honor que habia mandado formar el almirante con objeto de recibirle, llegó hasta su palacio, en donde los consejeros y el adelantado mayor salieron á su encuentro para conducirlo á la morada de Colon.

retirarse á las entrañas del Cibao, y los caciques de la Vega Real, segun las últimas noticias de los soldados que van llegando á la colonia, han apaciguado su ira.

Tenemos tiempo para que te restablezcas, para que puedas por tí mismo dictar las medidas que han de devolver al ejército la disciplina, á la colonia la esperanza y á nuestros enemigos el miedo que has sabido inspirarles desde el primer momento.

Tenia razon Bartolomé, y el almirante hizo lo posible para que aquellas noticias no contuviesen su mejoría, porque necesitaba á toda costa recobrar la salud y tomar por sí mismo las medidas salvadoras.

Conversando estaban aún los dos hermanos, cuando llegaron á anunciarles la llegada de los embajadores de Guacanajari.

¿Era aquello una estratagema?

¿El soberano de Haíti acudia á implorar su perdon para tenderles un lazo, ó impulsado á la vez por el remordimiento y por el temor, en vista de la derrota que habian sufrido las huestes de Caonabo, queria reanudar su amistad con él para librarse del castigo?

De cualquier modo, Colon consideró el deseo que le manifestaba por medio de sus embajadores como de buen augurio, y recibiendoles inmediatamente:

—Volved á decir á vuestro rey, contestó á los embajadores, que le perdono, que acepto su amistad, que no demore su venida; deseo hablarle y le espero con los brazos abiertos.

Los emisarios corrieron á participar esta orden á Guacanajari.

CAPITULO XVI.

Reconciliacion.

LA llegada de los embajadores de Guacanajari preocupó á todos los colonos, que, ávidos de saber el objeto de su embajada, se reunieron en la puerta del palacio del almirante con el objeto de informarse.

Colon llamó á su hermano y á los individuos del Consejo, y les participó lo que los indios le habian dicho.

Diego salió á comunicar á los colonos los deseos de Guacanajari.

Quería la paz, y aquello podia considerarse como un gran triunfo.

Al mismo tiempo, por orden del almirante, anunció el pregonero que, habiéndose enterado de la desercion de algunos colonos, y especialmente de Pedro Margarite, sin perjuicio de castigarle y castigar á sus secuaces, concedía indulto á todos los soldados diseminados en la Vega que se presentasen en la colonia en el plazo de tres dias.

Al dia siguiente muy temprano, en ligeras canoas, para no tener que atravesar parte de la Vega Real, mandada por Guarionex, se presentó Guacanajari con su acompañamiento, y por medio de una guardia de honor que habia mandado formar el almirante con objeto de recibirle, llegó hasta su palacio, en donde los consejeros y el adelantado mayor salieron á su encuentro para conducirlo á la morada de Colon.

Guacanajari estaba profundamente conmovido.

Al penetrar en la estancia en donde estaba el enfermo, bajando los ojos, acercándose á su lecho y cogiendo los piés, quiso hablar, pero no pudo, porque la emocion le ahogaba, Cubriendo de besos y de lágrimas las manos del almirante:

—Vengo, le dijo, á daros las gracias, porque me habeis concedido vuestro perdon.

—Siempre os he considerado coma adicto á los reyes de Castilla y afectó á mi persona.

—No os habeis engañado, pero las apariencias me condenan, y necesito sincerarme á vuestros ojos.

Entónces refirió Guacanajari á Colon los medios de que se habia valido Flor de Palma para seducirle y separarle de él.

—Lo habia sospechado, contestó el almirante, y todas las desgracias que han ocurrido, todas las calamidades que han caido sobre los indios, han sido por culpa vuestra. Por más que yo estaba seguro de vuestra lealtad, por más que aconsejaba á mis soldados la prudencia, ellos me respondian que habiais faltado á vuestros juramentos, que habiais ido á uniros con los demas caciques de la isla, sin más objeto que el de unir vuestras fuerzas á las suyas para destruirnos. Temerosos de que el gran número de indios fuese bastante á contrarrestar nuestras fuerzas, se entregaron á la venganza, y esa es la causa de los crímenes que se han cometido.

—Harto lo conozco, exclamó Guacanajari muy apesadumbrado; pero no he podido hacer más de lo que he hecho. Los otros soberanos de Haiti desean vuestro exterminio. Me han llamado para que coopere con ellos á vuestra destruccion; yo he resistido á sus consejos, á sus intimaciones; me he separado de ellos, he arrostrado su odio, he despertado la maldicion y la execracion de los butios, que me han asegurado que los tzimes dejarán de serme propicios.

Todo lo he sufrido por ser fiel á mis juramentos, y hoy, lo mismo que el primer dia, deploro los sucesos que tuvieron lugar en la fortaleza de la Navidad, deploro la sangre que se ha derramado por una y otra parte, y estoy resuelto á consagrar mi vida y la de mis vasallos á vuestra defensa.

Por eso he venido á avisaros que esteis alerta contra las maquinaciones de Caonabo, que es fuerte y hábil, y que está resuelto á pelear con vosotros, como yo lo estoy á ofreceros toda clase de provisiones, á brindaros mi morada y la de todos mis súbditos, á pelear á vuestro lado si es preciso, á renovar el pacto que en otro tiempo hicimos, y á parecer, si tal es la suerte que me está reservada, en aras del deber que he contraido, y por vosotros, á quienes considero siempre hijos del cielo.

—Yo acepto con gratitud y con cariño los ofrecimientos que habeis venido á hacerme, dijo Colon. No creo que necesitaremos luchar con vuestros hermanos.

La Providencia vendrá en nuestro socorro: restableceré la disciplina entre mis soldados, y volveremos á ser amigos en vez de ser opresores.

Volved á Marien; si los demas caciques os molestan, si intentan atacaros, correremos á vuestra defensa; pero decidles ántes que renuncien por su parte á emplear las armas, porque nuestro único deseo es labrar su ventura.

Partió Guacanajari muy satisfecho de la acogida que le habia dispensado Colon; distribuyó muchos regalos entre todas las personas que encontró en la cámara del enfermo, y volviendo á las canoas, regresó á Marien con la conciencia más tranquila, con la satisfaccion del que cree que ha cumplido un deber.

No era menor la que experimentaba el almirante.

Por de pronto se habia convencido una vez más del excelente carácter de Guacanajari.

CAPITULO XVII.

Un nuevo triunfo de Colon

Como siempre, exhortó Colon à Luis de Vives para que tratase con la mayor consideracion à los indios, y únicamente le encargó que se apoderara del cacique Guatiguana, procurando explicar à Guarionex los motivos que impulsaban al almirante à tomar aquella determinacion.

Partió, en efecto, el emisario de Colon, y los indios, escarmentados por la derrota que habian sufrido, huian temerosos al ver à los soldados de Vives avanzar por la Vega Real.

Diego el lucayo sabia cuál era la residencia del cacique soberano, y guió hasta ella à Luis de Vives.

La poblacion estaba desierta.

Pero vió el intérprete à lo léjos à un indio, y haciéndole señas para que se acercase, fué solo hasta su encuentro.

Al verle:

—No temas nada, le dijo; venimos à ver amistosamente à vuestro soberano Guarionex para que vaya à vernos.

—Guarionex está en el Cibao.

—Pues es preciso que vayas à avisarle. Dile que puede venir con todos los guerreros que quiera. No es el ánimo de Colon maltratarle, sino conferenciar con él para proponerle la paz. Ve en su busca, manifiéstaselo y dile que le esperamos en su residencia.

El indio que era un espía de Guarionex, por atajos llegó al Cibao muy pronto, y comunicó à su dueño y señor las noticias que le habia dado el lucayo.

Los caciques soberanos concertaban à la sazón los medios de salir al encuentro de los españoles.

La noticia que le comunicó el indio à Guarionex, y que éste trasmitió à sus amigos, los puso en la mayor perplejidad.

Todos creyeron que no debian acceder à los deseos de Colon.

—Y sin embargo, dijo Guarionex, en mi concepto, esta es una ocasion favorable à nuestros designios.

—¡Si fuera una emboscada!..... dijo Boechio.

—No será; pero si lo fuere, yo inmolaria gustoso mi vida en la seguridad de que, indignados todos los indios, harian pagar muy cara mi muerte à los españoles. Pero yo no creo que se atrevan à tenderme un lazo, y por el contrario veo una proporcion excelente de conocer à fondo los elementos que tienen los extranjeros, de contar à sus soldados, de adivinar sus deseos, y estoy resuelto à ello.

—Vé en buen hora, dijo Caonabo; comprendo el sentimiento que te incita à obrar de esa manera. Yo en tu lugar tambien arrostraria el peligro.

Pero aprovecha esta ocasion para demostrarle las fuerzas que tenemos: vé en son de paz, pero que te acompañen los mejores guerreros, y que se quede à alguna distancia de la colonia, en donde ha de recibirte el almirante, un numeroso ejército de indios.

De este modo podrán à su vez medir nuestras fuerzas y temblarán.

Umatex, jefe de los ciguayos, pidió que le dejasen dar la guardia de honor de Guarionex, y al dia siguiente, con gran pompa, se dirigió el cacique llamado por Colon, en compañía

de sus mujeres, de su hija predilecta Alfaiila, de sus butios, y escoltado por Umatex y los ciguayos, á la Vega Real, donde le esperaba Luis de Vives para comunicarle la embajada que cerca de su persona le habia confiado el almirante.

Luis de Vives formó sus tropas en columna de honor, y al llegar Guarionex se adelantó acompañado del lucayo para ofrecerle sus respetos.

—Mi señor, dijo Luis de Vives, el almirante de los Reyes Católicos de España, me envía á tí para pedirte en su nombre y para rogarte que vayas á la colonia de la Isabela á celebrar con él una entrevista, en la cual, convencido de los nobles sentimientos que le animan, podrás rechazar ó aceptar la amistad que desea ofrecerte.

—Dispuesto estoy á complacer al almirante, respondió Guarionex.

—En ese caso, nuestro intérprete te acompañará con diez soldados, que te darán la guardia de honor. Al mismo tiempo tengo que pedirte licencia para buscar á uno de tus caciques, Guatiguana, y llevarle prisionero á presencia del almirante.

—¿Es esa tu voluntad?

—Lo es, porque ha cometido un horroroso crimen.

—Búscale y llévale, dijo Guarionex.

Y dando sus órdenes, con toda su comitiva y diez soldados que destinó Luis de Vives para que le escoltaran, se dirigió á la colonia de la Isabela.

Por el camino conversó Guarionex con el intérprete.

Se informó acerca de las intenciones del almirante, y al comprender el importante papel que el jóven lucayo desempeñaba á sus órdenes, cruzó por su mente la idea de arrebatárle tan precioso servidor.

Alfaiila, que amaba á su padre, comprendió sus deseos y

comenzó á poner en juego sus gracias femeniles para llamar la atención del jóven lucayo.

Dos soldados se adelantaron para anunciar la llegada del cacique.

Colon lo habia dispuesto todo para deslumbrarlos con su magnificencia.

Apénas entró en la colonia echaron á vuelo la campana de la iglesia que habian fabricado los españoles.

Aquel sonido, aquel objeto que daba vueltas precipitadas, sorprendió en extremo al cacique, y tanto él como los demas indios que le acompañaban, permanecieron extáticos contemplando aquello que les parecia una maravilla.

Los soldados, los marineros y los eclesiásticos de la colonia estaban vestidos con sus mejores galas.

El sol iluminaba con sus rayos los acerados coseletes y los cascos de los guerreros, y se reflejaba sobre el oro y las piedras preciosas de los eclesiásticos, que salieron á la puerta de la iglesia á recibir al huésped.

Antes de llegar á los límites de la colonia, se detuvo el ejército indio.

Los que formaban la vanguardia iban armados con flechas.

Poco más adelante hicieron alto los ciguayos con su jefe Umatex, y Guarionex con su hija, sus mujeres, sus butios y su servidumbre, llegó hasta la puerta del palacio del almirante, donde le esperaba éste para recibirle.

Ofrecióle un asiento á su diestra, y le habló de este modo:

—Salud y paz, cacique de la Vega Real: te he enviado á llamar porque quiero ser tu amigo. Si algun motivo de queja tienes y tienen tus hermanos de nosotros, la culpa no es tuya ni de mis leales servidores.

Enviado por los reyes más poderosos del mundo á estos climas, he venido á traeros el bienestar, la prosperidad, el

apogeo; he venido à libraros de vuestros enemigos, los caribes, cuyas islas he sometido, y al establecerme aquí, al desplegar al viento la bandera de mi nacion, vuestra amistad, no vuestro odio, es lo que busco.

—¡Que Vagoniana te bendiga! exclamó Guarionex.

—Sé que tienes motivos, añadió Colon, para quejarte de mis soldados. Algunos de ellos, desobedeciendo mis órdenes, han invadido tu territorio, han saqueado las casas de tus vasallos y han cometido toda clase de excesos; pero ya sufren el castigo.

Han abusado de vuestra paciencia, de vuestra bondad, y es justo vuestro rencor; por eso te he llamado. Sé que eres bueno y generoso; sé que no abrigas el sentimiento del rencor en tu alma; que si deseas nuestra ruina es impulsado por la justa indignación que arde en tu pecho.

Yo no quiero la guerra. Podria muy bien con el rayo que tienen mis soldados destruir tus ciudades, incendiar tus florestas, sembrar la muerte entre los tuyos; pero mis armas solo han de volverse contra los desleales y los indómitos.

Deseo la paz y te la ofrezco. Si olvidas tu rencor, si borras el odio que nos profesan del corazon de todos tus hermanos, viviremos á vuestro lado velando por vuestra tranquilidad, y os ofreceremos las ricas semillas que hemos traído de España para aumentar la riqueza de vuestros campos y ofreceremos mayores goces que los que disfrutais.

La raza de nuestros caballos, que tanta admiracion os causa, se multiplicará; y tambien vosotros, con el tiempo, podreis dominar á esos briosos corceles que con las alas del viento llevan mis guerreros en breve espacio de uno á otro extremo de la isla.

En cambio del oro que hay en las entrañas del Cibao, y que no queremos arrebatáros por la fuerza, os ofreceremos

todos esos objetos que tanto os agradan, que tanto deseais poseer.

Guarionex, que no habia visto nunca de cerca á los españoles, estaba extasiado contemplando la magnificencia de sus vestiduras, la blancura de sus facciones y la expresion de su fisonomía.

Sin ser bondadoso como Guacanajari, era bastante impresionable, y, por otra parte, la idea de la paz con la posesion de los objetos que tanto admiraba, le pareció mucho más grata que la de la guerra.

—Quiero que permanezcas en mi compañía dos ó tres dias, dijo Colon al cacique. Visitarás las casas, mi palacio, el templo que hemos erigido á nuestro Dios; vendrás á ver mis embarcaciones, y despues responderás á la proposicion que te he hecho.

La primera disposicion que tomó Guarionex para dar á Colon una idea de la confianza que tenia en él, fué despedir á los ciguayos y á los indios, manifestándoles que se creia seguro, y dándoles órden de que dijeran á Cacnabo cuán amistoso habia sido el recibimiento que le habia dispensado el almirante.

Quedó, pues, indefenso en poder de Colon, y no faltó quien entónces aconsejara al almirante que se apoderara de él.

Pero Colon rechazó indignado esta proposicion.

—¿Qué idea formarian de nosotros si cometiese semejante infamia?

—Tienes razon, dijo Bartolomé, el enemigo que se entrega indefenso deja de ser enemigo. Si es preciso pelear, pelearemos en campo abierto. Aquí aun de sus mismos compatriotas debemos defenderle.

Todo estaba dispuesto para el banquete con que queria Colon obsequiar á su huésped, y entrando en el palacio, despues de enseñarle todas sus habitaciones, se sentaron á la mesa.

CAPITULO XVIII.

Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas.

GUARIONEX, al lado del almirante, estaba verdaderamente entusiasmado con todo lo que veía.

Mientras duró el banquete ejecutó algunas marchas la música militar, y empezaba ya á anochechar cuando se levantaron de la mesa.

La campana de la iglesia tocó las oraciones.

Asomados al balcón de palacio los huéspedes de Colon, vieron con sorpresa que todos los habitantes de la colonia, descubriéndose la cabeza, se dirigian al templo como llamados por la campana.

—¿Dónde van tus soldados? preguntó Guarionex á Colon.

—Van al templo á rezar. La campana les recuerda que deben dar gracias á Dios.

Guarionex creyó entonces que la campana hablaba, y la admiracion que su sonido habia producido en él se convirtió en veneracion hácia aquel objeto.

Tambien quiso ir al templo, y con toda su comitiva, acompañado de Cristóbal, su hermano y los jefes de la colonia, se dirigieron á la iglesia.

Como los españoles, se postró, y á cada instante prorumpia en estas exclamaciones:

—¡Turcy! ¡Turcy!

Con lo que daba á entender que todo aquello le parecia procedente del cielo.

Hospedados aquella noche el cacique y los suyos en el palacio del almirante, se entregaron tranquilamente al reposo.

Al día siguiente los llevó á ver los buques, les hizo navegar en una de las carabelas, y mandó disparar las lombardas, llenádoles de pavor.

Habian oido hablar de todo aquello, pero la realidad era muy superior á la idea que la imaginacion les habia ofrecido.

El almirante, despues de visitar las casas de los colonos, les enseñó las plantas y las semillas que habian sembrado, las aves y los demas animales que habian llevado á la colonia, que tenian para ellos el mismo atractivo que los del país para los españoles.

Guarionex habia pensado, durante el camino que conducia desde la Vega Real hasta la Isabela, valerse de las seducciones de su hija para que, dominando ésta á Diego el lucayo, lo separase de Colon.

Alfaiila habia hecho todo lo posible para inspirar una pasion á Diego.

Era una india bellísima.

Pero el intérprete habia visto á las españolas.

Cuantos esfuerzos hizo la jóven para enamorarle se estrellaron en su fria indiferencia.

Herida en su amor propio, no tardó en convertirse en verdadera pasion lo que habia sido cálculo.

Eran tales las demostraciones que hacia para manifestar su amor á Diego, que hasta el mismo Colon comprendió los deseos que abrigaba, y viendo una ocasion favorable de estrechar más y más los vínculos que empezaban á unirle con Guarionex, llamó á Diego.

—Me has dado muchas pruebas de fidelidad, le dijo, y voy á exigirte otra.

—Disponed de mí como gustéis, señor.

—Deseo á toda costa conservar la amistad de Guarionex. Contando con él y con Guacanajari, poco puede importarnos la hostilidad de Caonabo y de los otros caciques.

—Ya veis, señores, que está dispuesto á ser amigo nuestro.

—No es bastante.... ¿Has visto á su hija?

—Sí.

—El la ama con delirio.

—Es quien más influencia tiene sobre su corazón.

—Pues bien; voy á pedirle que te la dé por esposa.

Diego miró con asombro á Colon.

—¿Te desagrada este deseo?

—Soy vuestro esclavo.

—Mi objeto, al llevar á cabo esta union, es estrechar con él un lazo eterno.

—Hágase vuestra voluntad, exclamó Diego, no pudiendo ocultar la emocion dolorosa que experimentaba.

Aquel mismo dia pidió Colon á Guarionex la mano de su hija para el lucayo.

Guarionex, que habia cambiado por completo de opinion, que creia sinceramente en la amistad del almirante, que veia las ventajas que le reportaria esta amistad, accedió á los deseos del almirante sin cálculo ya, ó mejor dicho, sin otro estímulo que el de afianzar su amistad con él, porque sabia que amaba como á un padre al jóven indio.

Al dia siguiente dispuso Colon que todos los soldados maniobrasen delante de Guarionex y disparasen en un momento dado sus arcabuces.

Asomado con su comitiva á los balcones del palacio, vió con asombro aquellos bizaros soldados, y no pudo ménos de estremecerse al oír la detonacion que produjeron los arcabuces.

—Ha llegado el momento de que partais, dijo Colon; pero ántes hemos de hacer un pacto.

—Soy vuestro amigo, dijo Guarionex.

—Por la misma razon es necesario que me prometais, para sostener la disciplina, que castigue al cacique Guatiguana, que no ha luchado con los españoles brazo á brazo y en campo abierto, sino que ha recurrido á la traicion para exterminarlos. A estas horas debe un destacamento que he enviado en su persecucion haberle preso, y cuando caiga en su poder lo traerán á mi presencia para que le imponga el castigo.

—Sé que es culpable, castigale.

—Al mismo tiempo voy á enviar un destacamento al fuerte de la Magdalena, y quiero, para tu seguridad y la mia, establecer una fortaleza en medio de la Vega.

Guarionex no se atrevió á negarse á este deseo.

—Al mismo tiempo tú verás en mi nombre á los demas caciques, les manifestarás que estoy dispuesto á hacer las paces con ellos como las he hecho contigo; pero si no aceptan mis proposiciones, y son hostiles á mis proyectos, no tendré más remedio que luchar con ellos. Todos tus vasallos serán respetados; pero ¡ay de los rebeldes!

Guarionex partió muy satisfecho de la amistad del almirante, y la union del lucayo y de su hija quedó aplazada para celebrar la terminacion de la fortaleza que debia edificarse en medio de la Vega.

¡Infeliz Guarionex!

Llevaba al cuello el dogal del esclavo, y le parecia que era la alegría lo que llevaba en su corazón.

El triunfo que acababa de obtener Colon habia reanimado por completo sus fuerzas.

Contaba con la amistad de los dos soberanas cuyos dominios estaban más próximos á la colonia.

Defendido ó atacado por ellos, podria penetrar hasta las entrañas del Cibao, si como Guacanajari ó Guarionex, no

aceptaban sus ofrecimientos amistosos, y se oponían con él en abierta hostilidad.

Al llegar Guarionex à la Vega, supo con pena que Guatiguana, rodeando à los españoles, había disparado contra ellos sus flechas.

Se trabó la batalla entre los indios y los soldados de Luis de Vives, y en aquella contienda pereció Guatiguana, y quedaron con él en el campo gran número de los guerreros que le acompañaban.

Luis de Vives volvió con la cabeza del cacique para presentarla à Colon.

Apénas supo el almirante lo que había pasado, envió un emisario à Guarionex manifestándole lo que había sucedido, y prometiéndole que mientras no rompieran las hostilidades los indios, aquella sería la última sangre que se derramaria en su territorio.

Guarionex no tardó en volver al Cibao para confiar à los caciques el resultado de su entrevista con Colon.

Les ponderó el gran número de soldados que tenían y el poder de sus armas; les refirió detalladamente todo lo que había visto en poder suyo, y declaró que, en su concepto, más que luchar con él, les valía aceptar su protección y su amistad, porque lo único que deseaban era oro, y estaban resueltos à darles en cambio de aquel metal, que tan poca importancia tenía para ellos, otros objetos de más valor y de que carecían en su territorio.

Pero tanto él como los demas que le habían acompañado, ponderaron el asombro que había producido en ellos la campana, aquel objeto que se movía sin que nadie le agitara, que producía sonidos, ó mejor dicho, que hablaba un lenguaje solo comprensible para los europeos.

Como los llamaba al templo à orar, no dudaba un solo instante de que aquella campana tenía algo de celeste.

Comunicó su admiración à los demas caciques; pero no así los sentimientos pacíficos que Colon había despertado en su alma.

Caonabo no quería à ningun precio la paz.

Los españoles habían cometido toda clase de tropelías; merecían ser castigados, y estaba resuelto à castigarlos.

Los ruegos de Guarionex, sus observaciones, todo fué inútil.

Caonabo, Gayacoa y Boechio anunciaron que estaban resueltos à considerar siempre à los españoles como enemigos.

—Si poseen objetos preciosos, dijo Caonabo, tanto mejor. Exterminándolos seremos nosotros dueños de ellos. Si las casas que han fabricado son magníficas, en ellas estableceremos nuestra morada, y fabricaremos otras parecidas en nuestro territorio. Si es fácil que con el tiempo se propague esa raza de caballos que tanto nos asombran, nuestros serán; como ellos los dominaremos, y entónces no tendremos que temer. Sus armas caerán en nuestras manos, y no serán ellos solos dueños del rayo; tambien lo seremos nosotros. Así, pues, guerra, guerra à los extranjeros.

Guarionex había ofrecido su amistad à Colon.

Però ántes había jurado coligarse con los demas caciques.

—Sea lo que quereis, exclamó.

Y cayendo en una profunda melancolía, se dispuso, sin embargo, à ayudar à los indios en su obra de destrucción.

CAPITULO XIX.

La vanidad.

CAONABO no queria perder tiempo.

Pensando que despues de haber hecho el almirante la paz con Guacanajari y Guarionex estaria des-cuidado, quiso con algunos ciguayos, en los que tenia la mayor confianza, hacer un viaje misterioso á los alrededores de la Isabela para conocer el terreno y ver si podia caer sobre la colonia del mismo modo que habia caido algun tiempo ántes sobre la fortaleza de la Navidad.

Miéntas que llevaba á cabo este propósito, los soldados de Colon y muchos operarios levantaban en el territorio de Guarionex un fuerte, al que dieron el nombre de la Concepcion.

Tambien reforzaron el de la Magdalena.

Grande era la satisfaccion del almirante por los triunfos morales que habia obtenido.

Pero sabia de sobra que miéntas no tuviera á Caonabo en su poder, aquel feroz guerrero sofocaria todos los sentimientos de generosidad en el ánimo de los demas caciques y llevarian á cabo la guerra, porque aunque no le habia visto todavia frente á frente, habia comprendido que su único deseo era mostrar una gran superioridad sobre los demas caciques soberanos, captarse la admiracion y el amor de todos los indios, y convertir los cinco Estados en uno solo bajo su mando.

Era valiente y era ambicioso.

Estas dos circunstancias eran bastantes para animarle en aquella atrevida empresa.

Pero no habia medio de llegar hasta él.

La naturaleza habia colocado en torno de sus Estados sierras inaccesibles, verdaderas murallas y baluartes, que hacian imposible el paso de los españoles para llegar hasta sus dominios y darles en ellos la batalla decisiva.

Por otra parte, enviarle emisarios proponiéndole paz, era perder tiempo.

Dado el carácter impetuoso de Caonabo, enviarle embajadas era ofrecer víctimas á su odio.

Ya habia pedido Cristóbal Colon á su hermano y á los altos funcionarios que le acompañaban consejo acerca de la manera que deberia emplear para deshacerse de aquel temible caudillo, y ninguno acertaba á aconsejarle, porque todas las noticias que sabian por los indios acerca de él confirmaban á los españoles en la creencia de que el verdadero obstáculo que hallarian á sus designios, que el enemigo á quien difícilmente podrian dominar, era á Caonabo.

En esta duda estaba el almirante, cuando llegaron dos soldados de la fortaleza de Santo Tomás con un pliego de Ojeda dirigido á Colon.

En aquel documento le participaba el gran ascendiente que su última campaña le habia dado sobre los indios de los alrededores.

—Solo hay un medio, añadía, de apoderarnos por completo del país. Su llave es Caonabo. Una vez en nuestro poder este terrible guerrero, á quien los suyos creen invulnerable, sin necesidad de derramar una sola gota de sangre podremos hacernos dueños de la isla, penetrar en las montañas del Cibao, registrar sus minas, y apoderarnos del oro que encierren. Yo he concebido un plan. Para realizar este designio, solo

espero vuestra autorizacion y una persona que me reemplazase en la fortaleza; y con diez españoles que yo elija, y diez caballos vigorosos que no desalienten, me comprometo á entregaros á Caonabo en un breve plazo.

Esta proposicion aventurada resolvía el problema.

Pero, ¿no sería una temeridad?

¿Podría Alonso de Ojeda con diez jinetes penetrar en los Estados del caribe y apoderarse de él?

Concediéndole la licencia que solicitaba para llevar á cabo este propósito audaz, ¿no le entregaba á los enemigos? Y en este caso, ¿no sufriría muchísimo perdiendo á uno de sus más bizarros capitanes?

Vacilante estaba Colon cuando su hermano Bartolomé inclinó su ánimo á que concediera á Alonso de Ojeda la licencia que solicitaba.

Hízolo así en efecto, y enviando á Luis de Vives para que le sucediera en el mando de la fortaleza, le mandó llamar para que le comunicara su plan.

No se hizo esperar mucho Alonso de Ojeda.

Acompañado de diez hombres de toda su confianza y de un indio, de aquel indio que le habia llevado en los momentos de la escasez las dos palomas, y el cual, admirado de su valor, habia sido desde entónces uno de sus más adictos servidores, llegó dos días despues á la Isabela y se presentó al almirante.

—¿Estais seguro, le preguntó Colon, de que podreis realizar vuestro propósito con solo el concurso de diez hombres?

—Los diez que traigo me bastan. No hay uno de ellos que no se deje matar por mí, y el indio que me acompaña me servirá de guía, me conducirá por atajos hasta el paraje en donde pueda encontrar á Caonabo, y cuando le tenga en mi poder me ayudará á llegar cuanto ántes á vuestra presencia,

para poner bajo vuestra salvaguardia á vuestro más formidable enemigo.

—Mucho temo que os engañe la esperanza.

—Tal vez, pero lo único que puedo asegurar es que estoy resuelto á traerle ó á no volver jamas, porque de no apoderarme de Caonabo tendrán que matarme sus vasallos, y lo mismo sucederá á los que me acompañen.

—¿Y qué necesitáis?

—El viaje es largo; habrá que andar unas sesenta leguas para llegar hasta el punto en donde se encuentra á la sazón Caonabo con el grueso de su ejército, y lo ménos necesito ocho días.

Dadme víveres y municiones para quince días, y además unas esposas de acero para traerlos encadenado al cacique.

Colon dió las órdenes oportunas para complacer á Ojeda, y al día siguiente muy temprano oyeron misa él y sus diez compañeros en la iglesia; escogió despues unas esposas de acero bruñido, que aún no se habian usado, cargó una mula con los víveres, hizo jurar á sus diez camaradas que no volverian sin Caonabo, y despidiéndose del almirante y de los demás colonos, partió precedido del indio en busca del cacique.

Ojeda habia invocado la proteccion de su santa patrona la Virgen, y como en todas sus empresas, cerró los ojos, confiando en el amparo de la reina de los cielos.

Atravesando bosques, vadeando rios y pasando muchas noches al sereno, llegó por fin el sétimo día á una de las ciudades más populosas de los dominios de Maguana.

En este punto estaba Caonabo con todos sus guerreros aguardando á que llegara Gayacoa y Boechio para ponerse en marcha y dirigir su ataque á la Isabela, cuyos alrededores habia explorado algunos días ántes.

Apénas divisaron á lo léjos sus espías el destacamento que mandaba Ojeda, corrieron á avisarle su llegada.

Caonabo, por lo que pudiera suceder, preparó sus huestes al combate.

El indio que guiaba á Ojeda se adelantó por orden suya, y habló con el cacique.

—Señor, le dijo, Alonso de Ojeda, el defensor del fuerte de Santo Tomás, cuyo valor conoces, viene á verte en nombre del guaquimina ó jefe de los españoles para proponerte la paz.

Como algún tiempo antes habia despachado á Colon una embajada con el mismo objeto á Guarionex, pareció natural á Caonabo que á su vez le enviase nuevos embajadores.

Consideró además como un honor que, para tratar con él, hubiera nombrado á aquel guerrero, el más valiente de los españoles, y esto aplacó un tanto su ira, porque satisfizo su amor propio.

—Pide tu vénia para llegar á saludarte, añadió el indio.

—Dile que aquí le espero, contestó Caonabo, que deseaba ver de cerca á aquel héroe, que aunque le habia derrotado, habia despertado en su alma una profunda admiracion, porque en cierto modo le consideraba superior á él.

Caonabo era valiente, y aunque deseaba la destruccion de los extranjeros, no cruzó por su imaginacion la idea de aprovecharse de aquella circunstancia, en que solo diez hombres iban á verse en su poder, para decretar su muerte, ni siquiera su cautiverio.

Pero aquella era una ocasion favorable para que pudieran los españoles ver cuán numeroso era su ejército, y mandando á toda prisa emisarios á los otros caciques para que al día siguiente llegasen con sus tropas, formó un gran campamento con los demas de los alrededores de la poblacion, rodeó su rústico palacio de guardias con flechas y lanzas, y, para mayor pompa envió á Umatex para que conferenciara con

Alonso de Ojeda, y le anunciase que al día siguiente le recibiria para oír sus proposiciones.

Acampó Ojeda á corta distancia de la poblacion, y Caonabo, experimentando una extraña alegría al ver que iba á hallarse en presencia del español á quien más admiraba, aguardó el nuevo sol al lado de Anacaona su esposa y de Higuamota su hija.

—Ese guerrero, dijo ébrio de gozo, ese caudillo que tan humildemente ha venido á ofrecerme la paz, es el más poderoso de todos los extranjeros, el más digno de mí. Bien ha hecho su guaquimina en enviármele; hubiera desoido á todos los demas; acaso, acaso me hubiera aconsejado la ira devolverle sobre aceradas lanzas la cabeza de su enviado; pero á éste quiero verle, quiero oírle, y si consiente en abandonar á los suyos por venirse conmigo, si al brindarme paz y amistad en nombre de los extranjeros me asegura su comision, entonces depondré las armas y realizaré mi sueño, Anacaona, mi sueño, que es ser rey soberano de la isla.

—Temo que la ambicion te arrastre y te ciegue, exclamó la india, viendo con pena la alegría que brillaba en los ojos de Caonabo.

—¿Por qué temes?

—Vagoniana, que dispone las cosas, dividió á Haiti en cinco reinos, y dió el poder supremo á Guacanajari, mi buen padre; y mi hermano Boechio, Guarionex y Gayacoa, á pesar de ser grandes caciques para empuñar el cetro, han jurado obediencia á Guacanajari.

Tú naciste entre los caciques. Eres un pobre guerrero; los triunfos te elevaron, y más tarde obtuviste con mi amor el mando de la parte más rica de la isla. No contento, aspiras á destruir la obra de los siglos, y quieres ser único soberano; la ambicion te ciega. Aparta de tí ese pensamiento; arma tu bra-

zo, sí, pero para librar á tu patria del yugo de los extranjeros.

Yo estoy dispuesta á seguirte al combate; nuestra adorada hija nos seguirá también, y su inocencia y mi amor reanimarán las fuerzas de tu espíritu si desfallece. Pero no aspire á satisfacer tu ambición. Un terrible presentimiento me dice que si no desistes de tu ambicioso proyecto, causarás tu ruina y la de tus vasallos.

— Otro presentimiento me dice á mí, contestó Caonabo, que la única salvación de Haití es la realización de mi proyecto. La maldición de Vagoniana pesa sobre Guacanajari, Guarionex ha sido débil, y se ha dejado seducir por los extranjeros. Su inteligencia esta con nosotros; su corazón con ellos, Boechio morirá sin descendencia, Gayacoa es un valiente caudillo; pero no sabe gobernar. Yo los estimaré á todos, yo los consideraré á todos, yo los colocaré en los primeros puestos de mi imperio; pero el poder soberano será mío.

— La ambición es una víbora que muerde tu pecho y envenena tu sangre.

— Cálmate, Anacaona, confía en mí, mi tizmes protector es quien me aconseja; él no puede engañarse ni engañarnos.

La noche tendió su manto por el firmamento.

Higuanamota reclinó la cabeza sobre el regazo de Anacaona, y un dulce sueño cerró sus ojos.

La reina india no podía dormir.

Extrañas visiones turbaban su tranquilidad.

Su corazón estaba oprimido como si presentiera una gran desgracia.

Elevó al cielo los ojos para bañar su mirada en la melancólica luz de la luna, y el astro de la noche, ocultándose tras negras y espesas nubes, dió un aspecto siniestro al horizonte.

Umatex llamó á Caonabo.

El cacique salió, y fué al encuentro del jefe de los ciguayos

CAPITULO XX.

Un lazo.



CAONABO, dijo el feroz guerrero, la ocasión es propicia.

— ¿Qué me quieres decir?

— Los enemigos duermen á muy corta distancia de la población; yo me he acercado cautelosamente á ellos, y he podido convencerme; solo uno de ellos cuida de los caballos. ¿Qué mejor ocasión para atravesarlos con nuestras flechas?

— ¿Qué dices, Umatex? exclamó Caonabo, mirando con asombro al indómito indio.

— Son nuestros enemigos. Uno de ellos, su jefe, después de asesinar á nuestros hermanos, nos obligó á defendernos y nos venció en la lucha. La hora de la venganza ha sonado. Dame la orden, y ántes que luzca el nuevo día habrán expiado sus crímenes y seremos dueños de esos monstruos que traen, que tanto pavor infunden á los de nuestra raza.

— Solo el odio que sientes puede aconsejarte semejante infamia.

— ¿Acaso dudas?

— Sí, no es propio de valientes luchar con los débiles; ellos eran muy pocos cuando nos derrotaron, obligándonos á levantar el sitio de la fortaleza. Hoy han venido á ofrecermela paz. Su caudillo es objeto de toda mi admiración. ¡Ay de tí, ay del que intente hacerle el menor daño!

zo, sí, pero para librar á tu patria del yugo de los extranjeros.

Yo estoy dispuesta á seguirte al combate; nuestra adorada hija nos seguirá también, y su inocencia y mi amor reanimarán las fuerzas de tu espíritu si desfallece. Pero no aspire á satisfacer tu ambición. Un terrible presentimiento me dice que si no desistes de tu ambicioso proyecto, causarás tu ruina y la de tus vasallos.

— Otro presentimiento me dice á mí, contestó Caonabo, que la única salvación de Haití es la realización de mi proyecto. La maldición de Vagoniana pesa sobre Guacanajari, Guarionex ha sido débil, y se ha dejado seducir por los extranjeros. Su inteligencia esta con nosotros; su corazón con ellos, Boechio morirá sin descendencia, Gayacoa es un valiente caudillo; pero no sabe gobernar. Yo los estimaré á todos, yo los consideraré á todos, yo los colocaré en los primeros puestos de mi imperio; pero el poder soberano será mío.

— La ambición es una víbora que muerde tu pecho y envenena tu sangre.

— Cálmate, Anacaona, confía en mí, mi tizmes protector es quien me aconseja; él no puede engañarse ni engañarnos.

La noche tendió su manto por el firmamento.

Higuanamota reclinó la cabeza sobre el regazo de Anacaona, y un dulce sueño cerró sus ojos.

La reina india no podía dormir.

Extrañas visiones turbaban su tranquilidad.

Su corazón estaba oprimido como si presentiera una gran desgracia.

Elevó al cielo los ojos para bañar su mirada en la melancólica luz de la luna, y el astro de la noche, ocultándose tras negras y espesas nubes, dió un aspecto siniestro al horizonte.

Umatex llamó á Caonabo.

El cacique salió, y fué al encuentro del jefe de los ciguayos

CAPITULO XX.

Un lazo.



CAONABO, dijo el feroz guerrero, la ocasión es propicia.

— ¿Qué me quieres decir?

— Los enemigos duermen á muy corta distancia de la población; yo me he acercado cautelosamente á ellos, y he podido convencerme; solo uno de ellos cuida de los caballos. ¿Qué mejor ocasión para atravesarlos con nuestras flechas?

— ¿Qué dices, Umatex? exclamó Caonabo, mirando con asombro al indómito indio.

— Son nuestros enemigos. Uno de ellos, su jefe, después de asesinar á nuestros hermanos, nos obligó á defendernos y nos venció en la lucha. La hora de la venganza ha sonado. Dame la orden, y ántes que luzca el nuevo día habrán expiado sus crímenes y seremos dueños de esos monstruos que traen, que tanto pavor infunden á los de nuestra raza.

— Solo el odio que sientes puede aconsejarte semejante infamia.

— ¿Acaso dudas?

— Sí, no es propio de valientes luchar con los débiles; ellos eran muy pocos cuando nos derrotaron, obligándonos á levantar el sitio de la fortaleza. Hoy han venido á ofrecermela paz. Su caudillo es objeto de toda mi admiración. ¡Ay de tí, ay del que intente hacerle el menor daño!

--Si tú no destruyes á los extranjeros, te destruirán.
--¿Por ventura temes, con el crecido número de soldados de que podemos disponer, á un puñado de hombres?

--No temo su fuerza, temo su astucia.

--Basta; retírate y está pronto mañana á encontrarte á mi lado cuando los reciba. Quiero que goces como yo al mirar frente á frente á ese guerrero.

Al día siguiente formó en grupos sus tropas, se adornó con sus mejores galas, y precedido de una guardia de honor, compuesta de ciguayos, salió al pórtico de su rústico palacio para aguardar la llegada de los españoles.

Alonso de Ojeda, al frente de los diez jinetes, llegó hasta la presencia de Caonabo, y apeándose con ligereza, movimiento que imitaron los suyos, entregó las bridas de su caballo á uno de sus soldados y se adelantó con marcial continente hácia el cacique.

El indio, que ya conocía bastante el castellano, le sirvió de intérprete.

--Rey del Cibao, soberano del más rico y más próspero Estado de Haití, á tí me envía el almirante de los reyes de España para ofrecerte paz y amistad.

No quiero que la aceptes sin haberle visto ántes, sin que por tus propios ojos te convenzas de que no son deseos hostiles los que aquí le han traído, sino el de ofrecerte todos los tesoros del reino de Castilla, para que seais aquí tan felices como allí son los que viven bajo la tutela de tan bondadosos soberanos. Así, pues, como base preliminar de un pacto, te propongo un viaje á la colonia de la Isabela, dejándote en libertad de volver si no quieres ser nuestro amigo.

--Pláceme ver de cerca, dijo Caonabo, al guerrero que ha luchado conmigo, defendiendo la fortaleza que habia levantado en la montaña. No deseo la paz, no la quiero; sois mis

enemigos y estoy resuelto á combatir con vosotros hasta exterminaros. Pero de todos modos, quiero considerarte como un amigo. Tú vienes á ofrecerme en nombre de los reyes paz y amistad. Yo la rechazo; pero te estimo, y á mi vez te ofrezco mi amistad. Abandona á los tuyos, ven con nosotros: tú mandarás mis mejores tropas, tú serás mi favorito.

--Aceptaré tu pacto con una condicion.

--Habla.

--Ven ántes á la Isabela, visita nuestras casas, todos los objetos que hemos traído de lejanos países, y habla con el almirante. Si despues de escucharle no te convences, si persistes en luchar con nosotros, ofrezco no abandonarte; vendré contigo, y seré lo que quieras.

--Es inútil que vaya á vuestra colonia: la conozco, la he visitado cautelosamente, y no hay en toda ella más que una cosa que me admire.

Encima de la torre de esa gran casa, adonde vais á orar, hay un objeto que habla, un objeto que se mueve y produce sonidos penetrantes. Su voz debe ser una voz del cielo.

--Es la campana de la iglesia. ¿Quieres poseerla? dijo de pronto Ojeda.

--Sí, haria cualquier sacrificio porque fuera mia.

--Pues ven conmigo. Creeme, fiáte en mi palabra, habla á Colon, y él te dará ese objeto tan precioso.

Caonabo se animó.

--Partamos cuando quieras.

Caonabo dió sus órdenes, y dejando á los españoles, fué á ver á Anacaona.

La comunicó la resolucion que habia tomado.

--No partas, esposo mio, no partas, dijo Anacaona.

--He empeñado mi palabra.

--¿Qué vas á hacer?

—No temas: el español es valeroso, es noble: doy fe á sus promesas; él me defenderá de cualquier emboscada.

—Mi corazón me dice que no volveré á verte.

—Aparta de tí esa preocupacion; en breve volveré para guiar á mis soldados á la victoria.

Las súplicas de Anacaona fueron estériles.

Caonabo estaba resuelto á partir con Ojeda.

Al salir de la poblacion vió el valiente caudillo de los españoles el numeroso ejército de Caonabo dispuesto á seguirle.

—Un cacique como yo, respondió Caonabo, necesita llevar á todas partes una gran comitiva.

—Cualquiera pensaria, dijo Ojeda, que tienes miedo.

—¡Miedo! dijo Caonabo.

—De lo contrario ¿para qué te espía tanta gente?

—Yo te demostraré que no tengo miedo.

Y mandando á Umatex que pusiera á su servicio tantos ciguayos como soldados llevaba Ojeda:

—Ya ves que nada temo, añadió; partamos ahora.

—Antes, dijo Ojeda, quiero ofrecerte un precioso regalo que te traía.

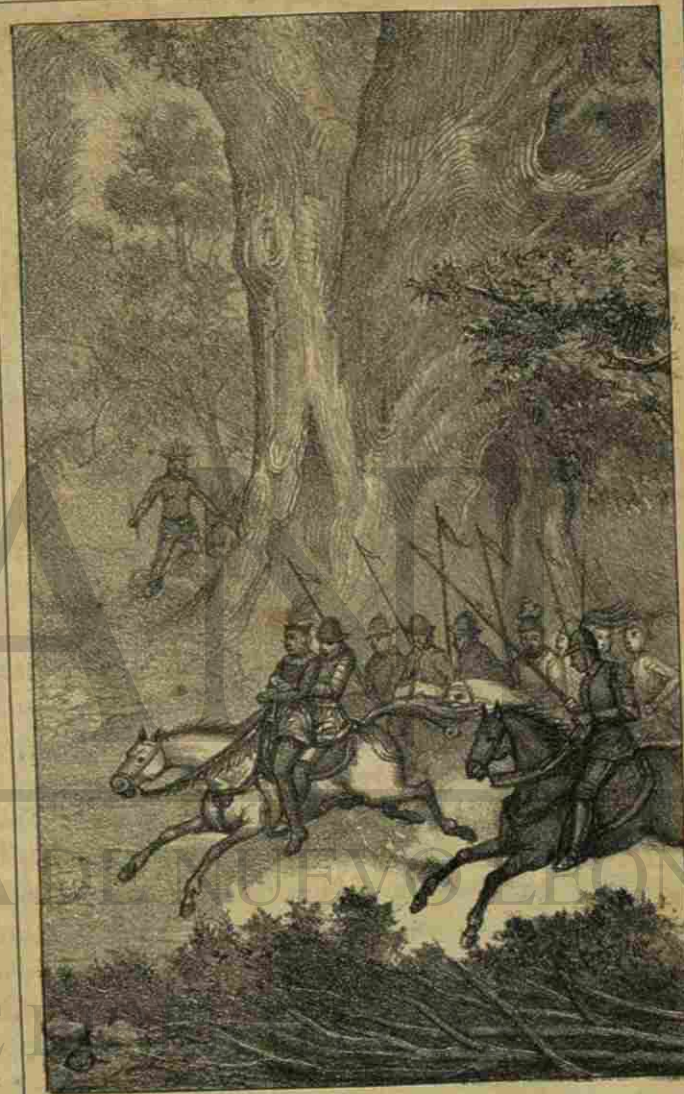
Y le enseñó las esposas de acero.

—¿Qué es esto? preguntó el cacique, admirando el brillo de aquel objeto, que hasta entónces no habia visto.

—Esta es la insignia de los reyes en mi país. El almirante, que quiere tratarte como á soberano, te la ofrece para que puedas presentarte á él con toda la magnificencia de un verdadero príncipe.

Continuaron el camino hácia el rio Gegna, y deteniéndose el astuto español:

—Si quieres que te adorne con esta joya, y para no cansarte en el viaje te lleve en mi caballo, lo cual es un honor que en mi país no se dispensa más que á los grandes héroes, estoy dispuesto á hacerte tan señalado favor.



Partieron los ginetes á galope dejando estupefactos á los indios.

—Sí, si quiero, dijo Caonabo, gozando ante la perspectiva de montar en uno de aquellos briosos corceles, que tanta admiración le causaban.

El leon del desierto se entregaba al tigre disfrazado con piel de oveja.

Ojeda, en medio de la sorpresa y la admiración de los ciguayos, colocó las esposas en las muñecas de Caonabo.

Cuando estuvo ya sujeto, hizo á un soldado que montase en la grupa de su caballo.

Caonabo estaba ébrio de gozo mirando su rudo semblante en el bruñido acero.

Mientras estaba extático en aquella contemplación, obedeciendo una orden de Ojeda, con fuertes correas sujetaron al indio al cuerpo de su capitán para que no pudiera escaparse.

Otro de los soldados, por orden del mismo Ojeda, montó en la grupa de su caballo al indio que le había servido de intérprete.

Los ciguayos observaban todo aquello con asombro y sin saber qué hacer.

Una vez terminado, partieron los jinetes á galope, dejando estupefactos á los indios.

Todos corrían como exhalaciones.

Los indios de las poblaciones que atravesaban huían desparvoridos al ver á Caonabo en alas de los monstruos que cortaban el viento.

Hallábase á más de cincuenta leguas de la colonia, y guiados por el indio, á través de desiertos bosques, amedrentando á los indios que hallaban al paso, y sin descansar un momento, sin entregarse al sueño ni al reposo, arrostrando inminentes peligros, llegaron por fin al cabo de cinco días á la colonia, en donde Ojeda hizo una entrada triunfal con su formidable prisionero.

El almirante, entusiasmado con aquel triunfo, dió gracias al Altísimo, porque creyó que una vez en su poder su más terrible adversario, y contando con la amistad de Guarionex y Guacanajari, podría al fin y al cabo establecer su política conciliadora, realizar sus designios y evitar toda efusión de sangre.

Caonabo comprendió desde el primer momento el lazo que le habian tendido.

Vió que le era imposible romper aquel fatídico adorno con que habian sujetado sus manos.

Comprendió que, aunque hubiera querido herir con sus dientes á Ojeda, le hubiera sido de todo punto imposible, porque el coselete y el casco le hubieran defendido.

En aquella terrible situacion no le quedaba que ejercer más que un valor: el valor de la dignidad.

Propúsose mostrar una gran arrogancia á sus opresores, y sin exhalar una sola queja, sin pronunciar una sola palabra, llegó hasta la colonia, y al pasar por medio de los españoles, que le contemplaban con admiracion, dirigió en torno suyo miradas de odio y de desprecio.

—No temas, le dijo el almirante cuando estuvo en su presencia; no ha sido nunca mi ánimo hacerte daño alguno; pero tú eres el enemigo más encarnizado que tenia, y he necesitado apoderarme de tí para evitar que me obligues á luchar con tus hermanos y á destruirlos.

Caonabo, mirando con altivez á Colon.

—No temo, contestó, pero tampoco quiero tu piedad; soy, en efecto, el más encarnizado enemigo de los de tu raza; yo he incendiado el fuerte de la Navidad y asesinado á sus moradores; yo he despertado en el corazón de todos los indios un odio inmenso á tí y á todos los tuyos; aunque estoy en tu poder, no lograrás tu deseo, porque no hay uno solo en toda la isla que no derrame gusto por mí hasta su última gota

de sangre. Al saber la traicion de que he sido víctima; armarán sus arcos, empuñarán sus lanzas y correrán como el torrente sobre vosotros para vengar el ultraje que me habeis hecho.

—Si tal sucede, encontrarán su merecido; pero no por eso castigaré en tí, prisionero é indefenso, los excesos que tus hermanos han cometido.

El almirante resolvió enviar á España á Caonabo, y como muy en breve debian salir algunas embarcaciones con el objeto de dar cuenta á las reyes de los asuntos de la colonia, y al mismo tiempo de desmentir las calumnias que formularian contra él los que se habian evadido, dispuso que Caonabo fuera trasladado á una de las habitaciones de su palacio, y estuviera encadenado hasta el momento de su partida á España.

Lo primero que hizo el indio al verse aprisionado, fué llamar á Ojeda.

—Yo te perdono, exclamó al verle, el lazo que me has tendido, y no guardo rencor alguno. Eres un valiente; al valor reunes la astucia; tu poderoso génio me admira; yo te perdono y soy tu amigo.

Caonabo hablaba con sinceridad.

Ojeda á sus ojos era un sér sobrenatural.

Dos días despues llegaron noticias á la colonia, y por ellas se supo que los indios, acaudillados por un hermano de Caonabo, se dirigian resueltos á buscar á los europeos para tomar venganza de la prision del cacique.

Por de pronto, lo que más amenazado estaba era el fuerte de Santo Tomás.

Ojeda acudió á defenderle con nuevos refuerzos, mientras el almirante llamaba en torno suyo á Guarionex y á Guacanajari para pedirles que le ayudasen á pacificar la isla, dándoles seguridades de que no peligraba la existencia de Caonabo.

CAPITULO XXI.

El valor de la desesperacion.



El presentimiento de Anacaona se habia realizado.

Al ver á los guerreros que regresaban:

—¿Y Caonabo? ¿Y mi esposo? preguntó á su caudillo.

—Nos ha mandado volver, porque confia en la lealtad de los españoles.

—No abandoneis las armas aún, exclamó Anacaona; mi corazon me dice que tendreis que esgrimir las bien pronto para vengar á vuestro rey.

Los indios estaban tristes.

Anacaona abandonó su rústico palacio, y al ver á los ciguayos que con Umatex se dirigian á la montaña:

—¿Y Tambien Umatex ha abandonado á su amigo y señor? preguntó.

—Caonabo le ha mandado retirarse, y á pesar suyo, corre á encerrarse con sus gentes en la montaña donde habita.

—¡Pobre esposo mio! pensó la india.

Y siguió avanzando.

Poco despues vió llegar á los indios que habian acompañado á Caonabo en precipitada fuga.

—¡Deteneos! ¿Dónde está Caonabo?

—Los extranjeros se lo llevan.

—¿Qué decís?

—Le han colocado en uno de sus mónstruos, y han partido con él con la velocidad de la flecha.

—¿Y le habeis abandonado á la negra traicion de sus enemigos?

Los indios no pronunciaron una sola palabra.

Estaban consternados.

Anacaona volvió precipitadamente á buscar á Manicaotex, hermano de Caonabo, y uno de los más bizarros guerreros.

—Manicaotex, le dijo, la maldicion de Vagoniana ha caido sobre nosotros. Los españoles, por medio de la astucia, se han apoderado de Caonabo; le llevan prisionero, y serán capaces de clavar en su pecho un dardo envenenado, y Anacaona llorará á su esposo, Higuamota á su padre.

—Calma tu pena, contestó Manicaotex; yo le salvaré de las garras de nuestros enemigos.

Y reuniendo á los indios:

—Seguidme todos á salvar á Caonabo, exclamó.

La ira ardia en las venas de aquellos soldados.

En sus ojos brillaba un resplandor siniestro.

Todos prorumpieron en gritos de guerra y de venganza.

Poco despues, armados y resueltos á morir ó á salvar á Caonabo, se dirigian á la Vega Real para apoderarse de todos los fuertes que habian construido los españoles, y llegar á la Isabela á darles la última y decisiva batalla.

Anacaona, entre tanto, mandó emisarios á todos los caciques para anunciarles su desdicha.

Todos los sentimientos de su corazon se habian confundido en uno solo: en el de la venganza.

Los caciques acudieron á su llamamiento, se coligaron contra los extranjeros, y ella misma estaba resuelta á guiarlos al combate.

Manicaotex, al frente de siete mil hombres, llegó secreta-

mente á las cercanías de Santo Tomás, deseando sorprender á sus defensores.

Era tarde.

Ojeda, con un gran refuerzo, habia llegado á defender el fuerte.

Uno de los principales deseos del caudillo indio era apoderarse de la mayor parte de los españoles que habia en el fuerte para cangearlos por sus hermanos; y si era tarde, si sus enemigos habian dado muerte á Caonabo, vengar en ellos su indignacion.

No tardó en convencerse de que tenia que renunciar á sorprenderlos.

Temeroso Ojeda de tener que sostener un sitio tan largo como el anterior, dejó en la fortaleza un puñado de valientes y con los demas resolvió salir al encuentro de los indios, para atacarlos en campo raso y darles allí la batalla y vencerlos.

Manicaotex, á pesar de su ignorancia en la táctica militar, habia ideado el mejor medio de utilizar sus tropas.

Formó con ellas como divisiones ó columnas, y las situó convenientemente para que una á otras pudieran prestarse auxilio, y para que á su vez dividieran las fuerzas.

Esto, que peleando con un caudillo ménos audaz que Ojeda hubiera dado grandes resultados á Manicaotex, le perjudicó en extremo.

Ojeda comprendió en seguida sus planes.

—Desbaratando una columna, dijo, las otras se pondrán en fuga.

Averiguó cuál era la que mandaba Manicaotex.

Dirigiendo hácia él sus pasos, le halló al pié de la Cuesta Rasa; como siempre, invocó el nombre de la Virgen su patrona, y mandando avanzar la caballería á través de la nube de flechas que caía sobre ellos, se ó rnoifuriosamente sobre Mani-

caotex y los demas, que no pudieron resistir á su empuje, arrojaron las flechas y se pusieron en precipitada fuga: muchos quedaron en el campo, otros huyeron, comunicando su terror á los que formaban las demas columnas, y no pocos quedaron prisioneros.

Manicaotex buscó á Ojeda.

Este, al verle, saltando del caballo y arrojando sus armas, trabó con él cuerpo á cuerpo una desesperada lucha.

El indio cayó á sus piés, y atándole Ojeda los brazos, le envió prisionero con otros muchos á la colonia, mientras que sus soldados reposaban en el fuerte, de las fatigas de la lucha y saboreaban aquel segundo triunfo.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XXII.

Un rayo de luz.

ANICOTEX llegó á la Isabela con el destacamento que para acompañarle despachó Ojeda, y Colon dispuso que inmediatamente fuese llevado á bordo, sin que pudiera comunicarse con sus hermanos.

En otras circunstancias, aquella nueva victoria hubiera servido de gran satisfaccion al almirante.

Pero entónces tenia el deber de resolver una gran dificultad.

Los víveres que le habia llevado Bartolomé se habian consumido; aquellas luchas parciales retardaban la exploracion del Cibao, que era uno de los mayores deseos de todos los colonos, y habian vuelto á caer en el abatimiento, sin que toda la energía de Colon y de su hermano Bartolomé bastase á calmar la ansiedad de sus compatriotas.

Por otra parte, no podia desechar Colon un solo instante de su imaginacion la idea del daño que podian hacerle los que, burlando su vigilancia, se habian dado á la vela para España en una de las embarcaciones de Bartolomé.

Era necesario de todo punto enviar á los reyes nuevos informes, nuevos testimonios de la importancia del descubrimiento, para contrarestar el mal efecto de las calumnias de Pedro Margarite y del padre Boil.

Este último, ligado íntimamente con Fonseca, gozaba de muy buena reputacion, y su carácter de eclesiástico era una garantía que podia pesar en contra de Colon de una manera desfavorable.

El almirante deseaba enviar á su hermano Diego.

¿Pero cómo?

¿Con qué víveres se entregaba á las olas para pasar cincuenta ó sesenta dias en medio del Océano?

Los frutos de la colonia no eran bastantes para sostener á los marinos, y Colon veia pasar los dias contemplando á sus enemigos, gozosos por acercarse á su patria, y más gozosos aún por desprestigiarle á los ojos de los soberanos.

En medio de esta zozobra, apiadada la Providencia de su situacion, le envió el remedio.

Una mañana muy temprano divisaron á lo léjos en alta mar los que cuidaban de las embarcaciones cuatro puntos negros, que á medida que avanzaban alegraban su corazon.

Eran cuatro buques españoles, que al medio dia llegaron al puerto y desplegaron la bandera.

Inmediatamente pasó el almirante á reconocerlos y con inmensa alegría supo que aquellas cuatro carabelas iban cargadas de provisiones al mando de Antonio de Torres, que llevaba ademas para él despacho de los reyes.

Al recibir aquellos pliegos tembló Colon.

Aún no habia tiempo de que hubieran llegado los conjurados; pero habiéndose fugado el padre Boil y Margarite, ¿no podian sus enemigos haber catequizado á Gorbalan y á Aguado para que hablasen en contra suya?

Miéntas los tripulantes de las embarcaciones recién llegadas abrazaban á sus hermanos y alegraban su corazon, dándoles noticia de su familia y de sus amigos; miéntas en medio de la alegría general se trasladaban á tierra las provi-

siones que habian llegado á bordo, Colon llevó á su palacio á Antonio de Torres, leyó las cartas que le enviaban los reyes, y reunió á los personajes más notables de la colonia para comunicárselas.

Nada más satisfactorio para él que aquellos despachos.

Sus majestades le enviaban cariñosos plácemes por los triunfos que habia obtenido; se manifestaban contentos del resultado de sus exploraciones, mucho más de las promesas que les habia hecho en su memoria de poder enviar grandes cantidades de oro en otra expedicion, y le daban al mismo tiempo una noticia muy satisfactoria.

Era tal el interes que tenían por saber á menudo lo que sucedia en la isla, que habian resuelto enviar todos los meses un buque á la colonia con provisiones, encargando á Colon que á su vez despachase otro en el mismo plazo con las noticias de los descubrimientos que hiciera.

No era ménos grata para el almirante la nueva que le comunicaban de haberse terminado amistosamente todas las diferencias que existian entre España y Portugal.

La línea divisoria que habia establecido el Papa le agradaba en extremo.

Los reyes, deseando que Colon presenciara el acto de establecer aquella línea, le mandaron regresar á España con este objeto, y le encargaban que, en el caso de no poder salir de la colonia, enviase á su hermano Bartolomé, ó á otra persona de su confianza, con los datos precisos para llevar á cabo tan importante empresa.

Otro de los documentos de que Antonio de Torres habia sido portador, era una carta de los reyes, dirigida á todos los habitantes de la colonia, encargándoles la mayor obediencia y acatamiento á Colon, en el que debian ver la imagen suya, conminando á los que faltasen en lo más mínimo á estos deberes á la multa de mil maravedís por cada ofensa.

Antonio de Torres añadió que los soberanos habian expedido órdenes para facilitar el pasaje hasta las tierras descubiertas, con el objeto de colonizarlas pronto y bien.

No era posible esperar de los reyes comunicaciones más lisonjeras que aquellas.

Era, pues, necesario enviar cuanto ántes noticias del estado de la colonia y grandes cantidades de oro que atestiguaran la verdad de los informes que dieron sus enviados.

De buena gana hubiera accedido á sus deseos, poniéndose en camino para asistir al trazado de las líneas divisorias entre España y Portugal.

Pero la necesidad de su presencia en la colonia le impidió realizar este deseo.

No queria desprenderse, por otra parte, de su hermano Bartolomé, cuya energía, ingenio y consideracion podian serle muy útil.

Resolvió, pues, enviar á Diego.

Reunió grandes cantidades de oro, recogió ademas varias muestras de otros metales, y con ellas algunos frutos, diversas plantas y las más preciosas aves, con lo cual llenó los buques que debian darse á la vela.

Al mismo tiempo dispuso que fueran á bordo quinientos prisioneros indios, para que se vendieran en Sevilla ó ingresase su producto en las arcas del tesoro. (A)

Aconsejéronle que enviase á Caonabo; pero Colon no quiso.

En su palacio se le trataba, á pesar de estar prisionero, con los mayores miramientos, y lo mismo para la paz que para la guerra, podia servirle de mucho.

Se proponia manifestar á los indios que si cesaban las hostilidades, al cabo de algun tiempo, cuando estuviera convencido de su amistad, dejaria libre á Caonabo.

Si esto no bastaba, y por casualidad alguno de los jefes de la colonia caía en poder de los indígenas, podia servirle para el rescate.

De cualquier modo, resolvió que se quedase allí.

A los pocos dias de la llegada de Torres estaba todo dispuesto para su regreso con Diego Colon.

El hermano del almirante debia acompañar á Isabel Montegudo, que desde la desaparición de Alonso Velez habia permanecido subyugada por el peso de su desdicha.

Debía tanto á Colon, que durante su enfermedad no quiso separarse un solo instante de su lado.

Alonso habia logrado convencerla de su arrepentimiento.

Su corazon se habia abierto de nuevo á la esperanza.

El desengaño que sufrió fué terrible.

Al pronto deseó la muerte.

Pero despues, más encarnizada que nunca, deseó la vida, resuelta ya á no volver á creer en sus falsos halagos, y á satisfacer la sed de venganza que la devoraba.

Era natural que muy pronto saliese alguna expedición con rumbo á España.

Si Colon la veía agitada, si adivinaba el rencor que ardía en su corazon, no la dejaría partir.

Aparentó una calma, una resignación que no tenia.

Cuando llegó el momento, suplicó al almirante que la concediese su promesa de volver á España.

Colon accedió á sus ruegos.

Le dió una carta para los reyes, pidiéndoles que la hiciesen justicia y que la consideraran.

Diego abrazó á sus hermanos.

Los colonos más enfermos fueron trasladados á bordo.

Sonó el cañonazo de leva, y las embarcaciones partieron.

Iban á llegar tarde.

Las víboras que habia alimentado Colon en su pecho habian arrojado ya el veneno que debia amargar los últimos años de la existencia del ilustre marino.

La actitud de los indios obligó á Colon á pensar seriamente en los medios de contenerlos.

En vez de apaciguarse al verse sin jefe, la ira ardía en su pecho, la sed de venganza les devoraba.

Vamos á ver qué es lo que habia hecho Anacaona.

CAPITULO XXIII.

Entereza de Caonabo.

EUMENTÓ la desesperacion de la esposa de Caonabo la derrota de Manicaotex.

Aquel nuevo golpe que habian sufrido sus guerreros les inhabilitaba por algun tiempo para esgrimir las armas contra sus enemigos, y la reina india, más enamorada que nunca de su esposo, necesitaba rescatarle.

¿Qué podia hacer para conseguirlo?

Resuelta á todo, sin decir nada á nadie, ni aun á su pobre hija, á quien confió al cuidado de una de sus más fieles servidoras, con seis indios abandonó precipitadamente su palacio de Xaragua, y á través de las espesas selvas se encaminó hasta la Fortaleza de Santo Tomás.

Al verla el soldado que estaba de centinela, dió parte de su llegada á Ojeda, y éste salió á su encuentro.

Anacaona habló al guerrero.

—Tú has sido, dijo reconociéndole, el que me has arrebatado la felicidad; pero no vengo á culparte, eres enemigo de Caonabo y le has vencido: la gloria es tuya; pero compadécete de mi dolor.

Yo no puedo vivir sin él.

La alegría se ha alejado de mi corazón, el sueño de mis ojos; mi pobre hija Higuanamota llora á su padre.

Compadécete de nuestra desventura; devuélveme á mi esposo, y yo te juro en nombre de Vagoniana aprisionarle en

mis brazos para que no vuelva á esgrimir su punzante lanza contra tí y tus hermanos.

La emocion ahogaba á Anacaona.

—Yo nada puedo hacer para calmar tu pena, dijo Ojeda; vé á ver al almirante, implora su piedad, y para que te escuche voy á hacer que te acompañe á su palacio uno de mis soldados.

Dispuso Ojeda que Hernando de Guevara, joven oficial que se habia distinguido por su bravura, y que estaba dotado de los más nobles sentimientos, acompañase á Anacaona y á su servidumbre hasta la Isabela para que pudiera presentarse á Colon.

Por el camino que habian trazado los españoles llegaron en breve Guevara y la esposa de Caonabo á la morada del almirante.

El infortunio de la pobre reina se habia hecho interesante á los ojos de su guía.

Habló á Colon y el almirante recibió á Anacaona.

La desventurada reina repitió sus súplicas.

Colon la trató con la mayor benevolencia.

Consoló su quebranto, y le manifestó que solo de una manera concederia la libertad á Caonabo.

—Yo te respondo de su vida, le dijo; no le faltará nada mientras esté bajo mi dominio; pero es preciso que yo esté convencido de su arrepentimiento, que yo esté seguro de que ni él, ni los demás caciques de su isla, usarán hostilidad contra mí, y entonces volverá á tu lado y enjugará tus lágrimas.

—¿Cómo puedo probarte, exclamó Anacaona, mi voluntad de acceder á esas condiciones?

—Dándome franca entrada en el Cibao, dejándome establecer en los puntos que yo designe de la isla fortalezas con destacamentos de soldados míos, y sometiéndolos todos á la fe

católica y al imperio de los reyes que aquí me han enviado.

—Déjame hablar con mi esposo, y te responderé despues.

Colon dió orden para que llevasen á Anacaona á la habitacion en donde estaba encadenado Caonabo.

La desconsolada esposa quiso arrojarse en sus brazos.

Los soldados de Colon se lo impidieron.

Caonabo oyó de los labios de su amada las proposiciones que habia hecho Colon.

—No quiero mi libertad á ese precio, exclamó. Prefiero morir mil veces por mi patria. Y tú, tú has hecho mal en venir á arrojarte á las plantas del extranjero para pedirle perdon: los de nuestra raza sucumben ántes.

Si algo me amas, si el amor de nuestra hija basta para que accedas á mis ruegos, para que cumplas mi voluntad, aléjate de aquí; corre á la montaña, llama á los caciques, busca á Biautex, el venerable butio, congégalos á todos, incítalos á la pelea, que caigan como rayos sobre los extranjeros, y si ha llegado para ellos la hora de la muerte, que arrastren en su destruccion á los que han venido á hollar nuestro vírgen suelo. La muerte es preferible á la deshonra.

Anacaona juró á Caonabo cumplir su voluntad.

Separándose de él, compareció de nuevo en la presencia de Colon.

—¿Accedes á mi pacto? le dijo el almirante.

—No; tú me has herido de muerte; quiero la guerra, y la habrá.

—Vuelve entónces á tu hogar, contestó el almirante, y ruega á Dios que te arrepientas pronto de esa resolucion, que envuelve tu desgracia y la de tus hermanos.

Anacaona se dispuso á partir.

Colon mandó á Guevara con cuatro soldados para que la acompañasen hasta su territorio, encargándole que explorase

de paso la verdadera actitud de los indios, y contase sus fuerzas.

Uno de los soldados que acompañaban á Guevara se llamaba Roldan, y prendado de la hermosura de Anacaona, en el primer alto que hicieron para llegar al Cibao, aprovechándose de que dormian Guevara y sus demas compañeros, entró en la choza donde descansaba la reina con ánimo resuelto de ultrajarla.

Anacaona se evadió de sus manos, y llamando á Guevara, se vió libre de sus persecuciones.

Guevara castigó á Roldan, mandándole arrestado al fuerte de Santo Tomás con los otros tres soldados que le acompañaban.

Anacaona agradeció en extremo al jóven español la proteccion que le habia dispensado.

—Desde este momento eres sagrado para mí y para los indios.

Y dándole el collar de guaninos que llevaba:

—Ponle á tu cuello, añadió, y no tengas cuidado; nadie se atreverá á disparar contra tí ninguna de sus flechas.

Guevara acompañó á Anacaona hasta Xaragua, y la afligida reina halló todavía en su alma generosidad para pagarle los favores que le habia dispensado.

Le hospedó en su palacio, y aunque ardia en su corazon un odio inmenso hácia los extranjeros, colmó á Guevara de atenciones.

Este bizarro soldado cayó enfermo.

Durante quince días con sus noches no se separó de la cabecera de su hamaca Higuamota, la hermosa hija de Caonabo y de Anacaona, y le acompañaban para cuidarle las demas servidoras de la reina.

Anacaona obedeció las órdenes de Caonabo.

Antes de partir á buscar á Biautex para coligarse con los demas caciques, se despidió de su hija.

Higuanamota, que en el lenguaje haitiano queria decir Flor de las Montañas, estaba en el albor de la juventud.

Era el vivo retrato de su madre.

Su belleza no tenia igual.

La pobre niña lloraba al saber que la tentativa de su madre habia sido inútil, que Caonabo no volveria, que gemia bajo el peso de las cadenas de los extranjeros.

—¡Pobre hija mia! exclamó Anacaona. Tus hermosos ojos, que han tomado su luz del sol, se inundan de lágrimas. Calma tu agitacion; confia en el poder del brazo de nuestros guerreros, en la santidad de la causa que defendemos. No llores más, porque tus lágrimas abrasan mi corazon.

—Salva á mi padre, exclamó la pobre niña, y mientras tú vas á buscar los guerreros, yo velaré por el extranjero que está en nuestro palacio. ¡Que tu piedad hácia él le inspire la piedad de los españoles hácia mi padre!

Era la media noche.

La luna derramaba un resplandor siniestro.

Parecia proyectar sobre Haití la sombra de la muerte.

Anacaona, con las conchas sagradas en el cuello, ligera como el coris (B), abandonó su palacio de Xaragua, en donde dejaba á su hermano Boechio, enfermo tambien como el español y poseido de una intensa calentura.

Avida de encender el sentimiento de la venganza en el corazon de todos sus vasallos, atravesó los bosques y las llanuras, subió con los cabellos flotando al viento, adornados con negras plumas, símbolo de su desesperacion; subió, repi to, las montañas con rapidez pasmosa.

Treinta flechas envenenadas con guao y jugo de las yerbas mortíferas del Yuna (C) llenaban su carcax.

Los caciques de las montañas salian á su encuentro asombrados.

Guaorocaya, sobrino de Anacaona y capitan de sus guerreros, oyó de sus labios las órdenes de Caonabo.

Inmediatamente puso en pié de guerra á todos sus soldados, y Umatex mismo, saliendo de su retiro y poniéndose al frente de los ciguayos, se dispuso á pelear.

Todos volaban al encuentro de Anacaona.

El cuadro era magnífico.

Anacaona, en medio de la montaña, con su cabeza adornada de plumas negras, el carcax sobre el hombro, con el arco y la flecha envenenada en la diestra, estaba rodeada de sus caciques, y á corta distancia millares de guerreros aguardaban sus órdenes.

La desesperacion se pintaba en el rostro de todos.

Mayabonex, jefe de los soldados de Guarionex, abandonando la entrada de una caverna, en donde se habia colocado para vigilar los movimientos del enemigo, se presentó á Anacaona.

—¿Qué pretendes hacer? la dijo. ¿A dónde guías tus pasos? ¿Qué sentimiento llena tu alma?

—Voy á la cumbre del Xaragua, en donde nace el rio Nisao.

Nadie se habia atrevido á llegar á aquella altura todavía.

Anacaona se puso en marcha, y los caciques la siguieron silenciosamente.

Atravesó la cuesta Rasa, siguiendo las orillas del Pani, hasta llegar á un paraje en donde aquel inmenso rio se quiebra y forma cuatro torrentes espantosos.

Al llegar allí, los caciques se detuvieron asombrados.

El formidable ruido que producian los torrentes al caer sobre el abismo bastaba á erizar sus cabellos.

Una estrecha vereda, suspendida como un puente colgado

sobre el abismo, abría paso á una caverna donde moraba el gran Butio Biautex.

Anacaona avanzó por aquella vereda, y los caciques la aguardaron.

Tenia que atravesar el río.

Quitándose del cuello las conchas sagradas, las dejó á las orillas del Pani.

Los caciques quedaron custodiándolas.

Anacaona se lanzó al agua, y cruzando las cristalinas ondas, llegó á la orilla opuesta.

A través la cuesta Rasa, subió de nuevo á las montañas, y con la ligereza del águila llegó á la cumbre del Xaragua, terrible roca suspendida sobre el Lago de la Muerte.

Biautex, el venerable butio, el respetado y temido cacique de las montañas, por medio de una calle que formaban las espesas guazumas (D) que abrian paso á su choza, salió á su encuentro.

CAPITULO XXIV.

Una triste profecía.



NA blanca cabellera coronaba su cabeza.

Una profunda cicatriz sombreaba su arrugada frente, y sus ojos, profundos y brillantes, parecían dos hogueras continuas en el fondo de un abismo.

Adornaban su cuello tres hicos, ó hilos de maguey, de los que pendían dientes de caribes que había muerto con su propia macana. (E)

Un hacha de piedra, dura como el acero, incrustada en una rama de majagua, y armada con dientes de caiman, ocupaba su diestra.

—Biautex, exclamó Anacaona al verle, oye mis penas, disponte á aconsejarme.

—Habla, Anacaona, habla, respondió el anciano.

—El extranjero se ha apoderado de mi esposo Caonabo, del invencible guerrero, del grande y generoso soberano:

Cuacanajari á abandonado cobardemente á sus hermanos.

Boechio, moribundo en la hamaca de los reyes, espera exhalar el último suspiro, y los butios se preparan á separar del cuerpo su cabeza.

Guarionex, que ha sido débil y ha ofrecido su amistad á los españoles, convencido de su perfidia y temeroso de su denuedo, ha abandonado con su tribu las risueñas orillas del Faquí, y se ha ocultado en las montañas.

sobre el abismo, abría paso á una caverna donde moraba el gran Butio Biautex.

Anacaona avanzó por aquella vereda, y los caciques la aguardaron.

Tenia que atravesar el río.

Quitándose del cuello las conchas sagradas, las dejó á las orillas del Pani.

Los caciques quedaron custodiándolas.

Anacaona se lanzó al agua, y cruzando las cristalinas ondas, llegó á la orilla opuesta.

A través la cuesta Rasa, subió de nuevo á las montañas, y con la ligereza del águila llegó á la cumbre del Xaragua, terrible roca suspendida sobre el Lago de la Muerte.

Biautex, el venerable butio, el respetado y temido cacique de las montañas, por medio de una calle que formaban las espesas guazumas (D) que abrian paso á su choza, salió á su encuentro.

CAPITULO XXIV.

Una triste profecía.



NA blanca cabellera coronaba su cabeza.

Una profunda cicatriz sombreaba su arrugada frente, y sus ojos, profundos y brillantes, parecían dos hogueras continuas en el fondo de un abismo.

Adornaban su cuello tres hicos, ó hilos de maguey, de los que pendían dientes de caribes que había muerto con su propia macana. (E)

Un hacha de piedra, dura como el acero, incrustada en una rama de majagua, y armada con dientes de caiman, ocupaba su diestra.

—Biautex, exclamó Anacaona al verle, oye mis penas, disponte á aconsejarme.

—Habla, Anacaona, habla, respondió el anciano.

—El extranjero se ha apoderado de mi esposo Caonabo, del invencible guerrero, del grande y generoso soberano:

Cuacanajari á abandonado cobardemente á sus hermanos.

Boechio, moribundo en la hamaca de los reyes, espera exhalar el último suspiro, y los butios se preparan á separar del cuerpo su cabeza.

Guarionex, que ha sido débil y ha ofrecido su amistad á los españoles, convencido de su perfidia y temeroso de su denuedo, ha abandonado con su tribu las risueñas orillas del Faquí, y se ha ocultado en las montañas.

Cayacoa ha bajado á las profundas cavernas de Amayana y de Cacibaxagua para consultar á los tzimes protectores. El enemigo es cada dia más cruel con ellos.

La patria está á punto de desaparecer.

En esta situación es necesario que abandones tu silenciosa morada y que acudas con tu consejo y tu poderoso brazo en nuestro socorro.

—Ven, desgraciada, ven, exclamó Biautex, cogiendo de la mano á Anacaona, y conduciéndola hasta su morada.

Al legar allí clavó su penetrante mirada en el tzimes, que con sus propias manos habia grabado sobre el pecho de Anacaona el dia en que nació.

Y despues de contemplarla un rato:

—¡Pobre reina! exclamó. Vagoniana ha querido que presencias los últimos dias de Haiti. Su maldicion ha caído sobre nosotros.

Todos cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles.

El extranjero destruirá nuestra raza y la esclavizará; nuestras ciudades serán arrasadas, y sobre sus escombros levantarán nuevos edificios nuestros enemigos.

Los quipos que contienen nuestra historia desaparecerán para siempre, y en lo sucesivo nada podrá saberse de nuestros antepasados ni de los héroes de nuestra raza. (F)

La raza de los blancos poblará las campiñas, despues de haber regado las verdes y risueñas colonias de Haiti con la sangre de sus tribus.

Más tarde perecerá tambien la raza blanca bajo la espada destructora de una raza completamente negra, que la conducirá con las cadenas de la esclavitud hasta las lejanas riberas en donde tuvo su principio la guerra.

Sus lágrimas no enternecerán la justicia del cielo.

La raza blanca perecerá.

La raza negra, libre de sus cadenas, engendrará de nuevo generaciones cobrizas como la nuestra.

La descendencia de Vagoniana abandonará la tumba, y la tierra de sus padres será poblada por los hijos de los hijos del sol y de la luna.

Tal es el destino que nos espera, y ahora solo te resta el saber morir como una reina.

Acércate á la laguna en cuyo seno duerme la muerte, baña tu frente en sus aguas cristalinas.

Anacaona se arrodilló en presencia del butio, en tanto que el anciano bañaba sus fatigados miembros con el jugo del hobo. (G)

Biautex dió á Anacaona para calmar la sed que la devoraba raíz de Aniguarmar. (H)

El butio la bendijo y se separó de ella.

Anacaona atravesó las ondas del rio, llegó á la opuesta orilla.

Todos los caciques corrieron á su encuentro.

En vano trataron de penetrar el misterio de la revelacion que le habia hecho el cacique.

Guaorocaya, que habia guardado las conchas sagradas, las colocó de nuevo en el cuello de Anacaona, y con los demas caciques la acompañó hasta su palacio.

Antes de despedirse de ellos la reina:

—Reunid vuestras tribus, dijo á los caciques; conducidlas á las orillas del Bonao: es necesario morir ó vencer.

Anacaona quiso conciliar el sueño y no pudo.

Para calmar su pena buscó consuelo en la oracion, y sentándose en el buho de los caciques, oró bastante tiempo. (I)

Cayendo en una profunda melancolía, viendo próximo el fin de su raza, exclamó en medio de sollozos:

—Adios, sombra querida de mis antepasados; adios, cielo

azul que nos cobijaste; adios, verdes colinas del Canta, del Xaragua y del Cibao; adios, fértil Ozama y trasparente Neira. (J)

Adios, Juna, coronada de flores, y tú, Cotuy, cuyas ondas arrastran polvo de oro; adios, Jánico, en cuyas agrestes y misteriosas orillas he oido la dulce voz de mi patria en las tranquilas noches de la primavera. Adios, palmeras coronadas de frutos deliciosos; adios, sarumas, xaguas, copeyes, majaguras, euaconaxes, macaguas y guayacanas que rodeais con vuestra sombra el palacio de los reyes. (K)

—Adios, exclamó inundada de lágrimas, ruiseñor melancólico, ligero tomegin, tímida tórtola, tocororo (L) de plumas de esmeralda.

Adios, carpintero de color de oro; adios, hermosas ramas de curia (LL,) yerbas y flores por las que amaba con ternura indecible todo cuanto tiene vida, color, movimiento, voz é inteligencia en el suelo adorado de Haiti. (M)

Diez dias permaneció Anacaona en oracion sin ver á nadie, ni aun á su propia hija.

Al cabo de este tiempo, el guerrero español que custodiaba en su palacio habia recuperado la salud.

Higuanamota, la Flor de las Montañas, la hermosa hija de Anacaona y Caonabo, corrió al encuentro de su madre.

—¿Cuánto sufres, madre mia! le dijo.

—Mi dolor es inmenso.

—¿No podré calmar tu pena con un rayo de la alegría de mi corazón?

—¿Tú eres feliz?

—Sí, madre mia, sí; mi alma se ha despertado al amor.

—¿Tú amas, bien mio? exclamó Anacaona, fijando con ansiedad sus ojos en los de la niña.

—Sí.

—¿A quién?

—Al extranjero.

Anacaona miró con asombro á su hija.

Un sentimiento de odio iba á fulminar en sus labios una maldicion, pero se detuvo.

El destino le habia anunciado su próxima muerte.

Si moria, ¿quién ampararía á su hija?

—Bendita seas, Higuanamota, bendita seas; no seré yo quien turbe la felicidad de tu alma.

—Ven, ven á verle, añadió Higuanamota; escucha de sus labios la promesa de amor que me hace y bendícele.

Anacaona se dejó conducir suavemente por su hija.

Hernando de Guevara, que verdaderamente amaba á la jóven india, respondió afirmativamente á las preguntas de Anacaona.

—Yo te juro, le dijo, labrar su felicidad. La enseñaré á bendecir á Dios; nada la faltará á mi lado, y contará las horas de su vida por las esperanzas y las ilusiones de su corazón. ¿Qué podia hacer la infeliz madre sino bendecir la union de los amantes?

Guevara pidió á la reina que aceptase la paz con que le brindaban los españoles.

—No, es imposible, exclamó. He jurado á Caonabo, y conmigo todos los caciques, destruir las cadenas que le sujetan, libertar á la patria ó morir.

La voluntad de Anacaona era inquebrantable.

Hernando de Guevara tenia que volver á la colonia.

Se despidió de Higuanamota, jurándole de nuevo que volveria por ella.

La pobre niña comprendió el deber del guerrero y tuvo valor para dejarle partir.

—Los guaninos que llevas la cuello, le dijo Higuanamota,

te preservarán de la muerte. No habrá un solo indio que al verlos se atreva á disparar contra tí una sola flecha.

Guevara partió.

Al llegar á la colonia fué arrestado.

Roldan, el soldado á quien habia mandado preso á la fortaleza de Santo Tomás, se habia puesto de acuerdo con los tres camaradas que le habian conducido, y habia asegurado á Colon que, confabulado Guevara con Anacaona, de cuya hija se habia prendado, habia partido con ella á ponerse al frente de los indios para dirigirlos en el combate.

Guevara no ocultó á Colon el amor que le habia inspirado Higuamota.

El almirante se preparaba á lidiar, y no estaba seguro de la fidelidad de aquel hombre, que se sentia poseido de una pasion tan vehemente hácia la hija de Caonabo.

No era posible evitar la lucha.

El almirante, con los suyos, se dispuso á salir al encuentro de los indios.

CAPITULO XXV.

La primera batalla en el Nuevo Mundo.



LEGÓ la hora del combate.

Anacaona cubrió su frente con la corona de los reyes, adornó su cuello con las cibas y las conchas sagradas, blandiendo en su diestra la flecha emponzoñada con la sangre de las serpientes de Guanica.

Los caciques la aguardaban en el batey. (N)

Un acontecimiento fatal aumentó la amargura de Anacaona.

Boechio su hermano habia espirado, y todos sus vasallos querian jurarle fidelidad como reina de Xaragua.

¿Qué era una gota más de sangre en el cáliz que la desgracia acercaba á sus labios?

Colocándose en medio de los caciques, los incitó al combate.

Allí estaban los feroces guerreros del Cibao, de Higüey, de Guahava, de Sabana, de Guacayaricua y de Hamigayana, tribus salvajes que vivian en cavernas subterráneas ó en las cimas de las montañas inaccesibles.

—Es necesario, dijo, sacudir el yugo del extranjero. Caonabo gime en la prision; su hermano Manicaotex está tambien cautivo.

Boechio ha muerto.

Guacanajari, seducido por nuestros enemigos, nos ha abandonado.

Ha llegado el momento de perecer ó de salvar á la patria, de nuestros antepasados.

Yo os guiaré al combate; yo lucharé á vuestro lado; los caiques, al frente cada cual de un numeroso ejército, se dirigirán á las llanuras del Bonao.

Empezaba á anoecer, y los guías encendieron las caobas, antorchas de resina que derramaban un resplandor siniestro.

Anacaona volvió á su palacio.

Confió su hija Higuamota á sus servidoras, y dejando en oracion á las indias, partió á ponerse al frente del ejército.

Mandaba Gayacoa en jefe, y á su lado caminaba Guarionex.

Sus tropas iban dirigidas por el feroz Mayabonex.

Los guerreros de Xaragua y los de las sierras del Nisao obedecian al anciano Biautex.

A su lado iba la tribu de los ciguayos, los más diestros lanzadores de flechas.

Umatex los dirigia.

Detrás marchaban las tribus del Cibao, ansiosas de librar de las cadenas á Caonabo.

Unos iban armados con flechas, otros con macanas, algunos llevaban hondas, fabricadas con cortezas de majagua, y no pocos lanzas con huesos de manati, espinas de pescados ó dientes de caiman.

Entre todos los guerreros formaban una falanje numerosa. Los espías habian dado la noticia del número de soldados con que contaban los extranjeros.

Para contar tenian necesidad de granos de maíz.

Colocaban en una mano por cada soldado que veian un grano de maíz, y al ver los indios las escasas fuerzas con que contaba Colon, no pudieron ménos de sonreirse.

¿Cómo tenia valor aquel puñado de hombres para luchar contra millares de guerreros?

—A las armas, gritaron todos.

Iban á continuar la marcha, cuando Biautex:

—Deteneos, exclamó.

Mandó colocar en tierra cuatro caobas, que no tardaron en formar una hoguera.

Todos permanecieron silenciosos

El butio arrojó sobre la hoguera las hojas del sacrificio, y despues de permanecer algun tiempo en oracion, cogió un cántaro lleno de una materia viscosa, y colocándolo en el sitio que ántes habia ocupado la hoguera formada con las teas de caoba, los guerreros formaron un círculo alrededor, vueltos unos de espaldas á la olla y otros de cara, y de esta manera se entregaron á un estrepitoso baile, al compás del canto de guerra.

Despues uno á uno fué impregnando sus flechas y azagayas en el licor viscoso, que no era otra cosa que el producto de jugos de plantas y venenos de reptiles, con lo que las armas quedaron emponzoñadas.

Terminada la operacion, exclamó:

—Vamos á buscar la muerte. Cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles; la raza de Vagoniana va á desaparecer de la tierra.

Los butios se adelantaron hácia donde estaba Biautex, y bebiendo en los güiros, (N) permanecieron tambien silenciosos algunos momentos, y confirmaron las palabras de Biautex.

—Si es preciso morir, moriremos, exclamó Anacaona.

El ejército avanzó.

Colon, con sus soldados, les aguardaba en las llanuras de la Vega Real.

No podia ya sostener por más tiempo la política conciliadora que habia querido emplear para con los naturales del país.

Su enfermedad, las privaciones que sufrían los colonos, la

ansiedad de los guerreros, todo le obligaba á resolver cuanto ántes la cuestion, y se dispuso á emplear la fuerza, ya que la bondad habia sido estéril hasta entónces.

Entre todos los colonos que estaban en disposicion de tomar las armas, no pudo reunir más que doscientos infantes y cincuenta jinetes.

Iban éstos armados con espadas, flechas, lanzas y arcabuces.

Protegiales ademas de las flechas de sus adversarios la cota de malla y la armadura, sin embargo de poder emplear en su auxilio contra los indios los formidables perros de presa que tenían.

Los perros infundian á los naturales del país un verdadero pánico.

Como estaban desnudos, apénas los azuzaban los españoles contra ellos, corrian á su encuentro, clavaban sus agudos dientes en sus piernas, se lanzaban á su cuello, les tiraban en tierra y los devoraban.

Colon supo á un mismo tiempo, por Hernando de Guevara y por emisarios de Guacanajari, la coalicion de todos los caciques, y su resolucion de llegar hasta la colonia y darles la batalla decisiva.

Fiel Guacanajari á su promesa, envió al almirante gran número de sus vasallos para que luchasen á su lado.

No quiso el almirante aguardar á los indios en la Isabela. Necesitaba para que maniobrasen sus guerreros ancho campo, y el 27 de Marzo del año de 1495 salió de la colonia al frente de un pequeño ejército con su hermano Bartolomé; dejó en la colonia á los enfermos y á los débiles para que la defendieran; envió órdenes á Ojeda para que en caso necesario le prestase auxilio, y atravesando el camino llamado de los Hidalgos, llegó á la altura desde donde un año ántes ha-

bia contemplado el precioso panorama que formaba la Vega Real.

La campaña en que iban á tomar parte los españoles era en extremo formidable.

Desde aquella altura pudieron ver las numerosas huestes de los indios, que llenaban todo el espacio con sus feroces gritos de guerra.

Los indios que le habia enviado Guacanajari formaban á lo léjos la retaguardia.

Bartolomé aconsejó á su hermano, como medio eficaz de destruir aquel formidable ejército, que dividiera sus tropas en muchos, aunque pequeños destacamentos, para acorralarlos, y al mismo tiempo, por distintas partes, caer sobre ellos con denodado empuje, sin darles tiempo para reponerse del primer ataque.

Pareció al almirante muy prudente esta táctica, y dividiendo la infanteria en veinte columnas, bajó con ellas á la Vega.

Los jinetes, divididos tambien en grupos, formaban la vanguardia. El ataque fué obra de un instante.

Cuando ménos lo esperaban los indios, llegó á su oido el estrépito de los tambores y trompetas.

Siguió instantáneamente á este rumor el de los disparos de los arcabuces.

Los jinetes desbarataron los grupos de indios.

Veinte perros de presa cayeron con furia sobre los infelices habitantes de Haití, y sobrecogidos todos al ver caer á centenares á sus hermanos, al sentir las heridas que producian las armas de los españoles en ellos, al ver los destrozos que causaban los perros, por más que los caciques quisieron contener á los indios, les fué de todo punto imposible.

Los que no caían heridos, corrían á refugiarse en las cavernas y en los pliegues de las montañas.

Al mismo tiempo se lanzó sobre ellos de improviso Alonso de Ojeda con los soldados del fuerte de Santo Tomás, y en ménos de una hora, aquel puñado de europeos derrotó por completo un ejército de más de veinte mil hombres.

Gayacoa y Guarionex, á pesar de su valor, tuvieron que huir amedrentados.

Mayabonex y Guaorocaya, cubiertos de heridas, cayeron en tierra.

Los caciques de las tribus de Guarionex, y más de dos mil indios, estaban en poder de los extranjeros.

Los indios de las sierras del Nisao salvaron á Biautex de la muerte.

Los vasallos de Anacaona, cogiéndola en sus hombros, corrieron con ella para librarla de los enemigos y la ocultaron en la caverna de Cacibaxagua.

Los prisioneros imploraban la piedad de los españoles.

La profecía se había cumplido.

Colon había colgado en su cuello el dogal de la esclavitud.

Los restos del ejército haitiano, ó gemían en la esclavitud, ó vivían ocultos en las espesuras de los bosques.

El verdadero señor de Haiti era Colon, el cual, después del triunfo, recorrió toda la isla, estableciendo fuertes en los puntos más estratégicos, para someter á su voluntad á todos los habitantes del país.

CAPITULO XXVI.

El tributo.



MIENTRAS Boechio estaba ausente, preso Caonabo y separado de su hermano Guacanajari, solo dos grandes caciques quedaron en la isla: Guarionex y Gayacoa.

El primero, débil de carácter, imploró la piedad de Colon; declaró que si había tomado parte en la contienda había sido obligado por los demás indios, y sometiéndose á su voluntad, le dió completa posesion de su territorio.

Gayacoa compartió con Anacaona el trono, convirtiendo en uno solo los tres Estados de Higüey, Xaragua y Maguana.

No habían llegado hasta ellos los españoles, y entre sus escarpadas sierras y espesos bosques se aglomeraron los indios de toda la isla, que huían amedrentados de sus enemigos ó se evadían de la esclavitud que les imponían.

En posesion el almirante de la Vega Real, quiso continuar su marcha conquistadora por la isla; pero al internarse en las montañas, encontró una tenaz resistencia por parte de los naturales, razón por la cual tuvo necesidad de enviar á Ojeda al frente de los jinetes para que abriera camino.

El valiente capitán aumentaba diariamente el número de las víctimas.

Los que se libertaban del choque de su lanza ó de las cu-

chilladas de su mandoble, no tenían más remedio que someterse ó aceptar el dogal de la esclavitud.

Gran número de caciques, sin el consentimiento de Gaya-coa, su único jefe entonces, pidieron paz á los extranjeros.

Los demas se refugiaron alrededor de una profunda bahía, y en el sitio llamado Cabo Tiburon.

Anacaona y su hija se guarecieron tambien allí.

Una gran parte de la empresa que habia llevado á Colon al Nuevo Mundo, estaba realizada.

Aquellas poblaciones inmensas se hallaban dominadas por un puñado de hombres, que habian ido hasta allí en nombre de la civilizacion y enviados por reyes poderosos.

El prestigio moral estaba del lado de los europeos, y resolvió á su favor todas las contiendas con los indios.

Pero una vez sometidos los naturales del país, necesitaba Colon aprovechar este triunfo para amontonar las riquezas que ambicionaba, enviarlas á España, demostrar la importancia de su viaje, y destruir las calumnias que contra él hubieran formulado sus enemigos.

Triste, tristísimo es el papel que estos deseos obligaron á desempeñar al gran marino en aquellos momentos.

Hombre de corazon, dotado de sentimientos generosos, tenía que ver con pena á aquellos numerosos habitantes de una nacion libre é independiente humillada á su voluntad despues de una lucha desastrosa, y convertidos de señores en siervos.

Creese que si sus enemigos, los que habian venido á España, no le hubieran calumniado, no hubieran atentado á su reputacion, hubiera sido para aquellos infelices indios un amigo, un padre.

Pero necesitaba à toda costa amontonar riquezas.

Sus soldados tenían que defender los fuertes que habia establecido ó estaba fabricando, y para recoger el oro y los pro-

ductos que debia enviar á España, no tenía más remedio que valerse de los mismos indios.

Doloroso era obligarles á fabricar su misma cadena.

Grande era la amargura de Colon al dictar las tiránicas leyes que promulgó en la isla.

Pero se figuraba á sus enemigos acercándose al trono y calumniándole.

Comprendia que las declaraciones de su hermano Diego no bastarian á contrarrestar las intrigas de sus adversarios, y pensaba que la mejor respuesta que debia dar à las acusaciones que fulminasen contra él, era enviar á las costas de España gran número de buques cargados de oro, argumento entonces, como siempre, poderoso, inquebrantable.

Y sofocando los sentimientos generosos, impuso á los naturales del país un tributo ominoso.

Mandó que todos los habitantes de la Vega, y especialmente los que habitaban en las regiones de las minas del Cibao, desde los catorce años en adelante tendrian que pagarle, de tres en tres meses, un tributo en polvo de oro.

Establecióse como medida un cascabel flamenco, que lleno debian entregarle en los plazos marcados; y los indios, que habian visto en aquel juguete un objeto de gran valor, que lo habian codiciado con tanto afan, no tuvieron más remedio que ver en él un continuo padron de su ignominia. ¡Sarcasmo horrible de la suerte!

Los caciques debian entregarle mayor cantidad de oro.

Su tributo consistia en media calabaza llena de aquel metal, cuyo importe ascendia á unos ciento cincuenta pesos.

En los departamentos que carecian de oro, se impuso á los naturales como tributo la entrega cada tres meses de una arroba de algodón hilado.

Pero si parecia en extremo duro á los indios este tributo,

más doloroso fué para ellos el sello de ignominia que se puso à su cuello.

En el momento en que pagaban el tributo recibian una especie de medalla de cobre, que debian llevar al cuello como una prueba de que habian pagado.

Los que se hallaban sin ella eran presos y castigados severamente.

Algunos dias àntes de acabarse el trimestre tenian que entregar à los capitanes de las fortalezas más próximas à los parajes en que habitaban, las infamantes medallas, que les eran devueltas cuando hacian efectivo el impuesto.

¡Con qué horror miraban aquellas medallas los indios!

Al llevarlas al cuello, no se atrevian à mirarse unos à otros.

La muerte era preferible à la deshonra que implicaba aquel dogal que oprimia su garganta.

Para que la isla continuase sometida à ellos, levantó las fortificaciones en puntos estratégicos, reforzó la de la Isabela, reparó la de Santo Tomás; en las montañas del Cibao, à muy corta distancia de donde se fundó despues la ciudad de Santiago, estableció la de la Magdalena; en la Vega Real, en los límites de los dominios de Guarionex, erigió la de Santa Catalina, y en las orillas de Yagua, en el Cibao, la de la Esperanza.

La más importante de todas era la de la Concepcion, y dió su mando à Pedro de Barahona.

Una inmensa consternacion se apoderó de todos los indios. Acostumbrados à la ociosidad, à la pereza, al bienestar, el trabajo que les imponian era durísimo.

En varias ocasiones manifestaban à Colon que les seria imposible de todo punto obedecer sus órdenes.

Las fértiles llanuras de algunos de ellos no producian oro, y aunque los rios arrastraban arena aurífera, carecian de medios para separar el oro de la arena.

Guarionex se acercó à Colon para pedirle que conmutase su impuesto por otro.

—Yo me ofrezco, le dijo, à cultivar en una extension que atraviesa de mar à mar, el trigo que necesiteis para proveer à vuestra nacion durante el período de diez años. (O) Pero no me exijas oro: me es imposible de todo punto dártelo.

No era trigo lo que habian ido à buscar allí los españoles.

Su proposicion fué desechada, y Guarionex no tuvo más remedio que someterse à la voluntad de sus dominadores.

Pero el almirante presenciaba continuamente los sacrificios que tenian que hacer para pagar el tributo, y su generosidad no pudo ménos de sobreponerse à su codicia.

Al fin y al cabo rebajó à una mitad el tributo que debia pagarle cada indio.

Pero de todos modos, nada habia más triste, más precario, más doloroso que la situacion de aquellos infelices.

Un célebre historiador pinta su situacion con tan vivos colores, que no hallo frases mejores que las suyas para describirlas.

«Una profunda desesperacion, dice, se apoderó de los habitantes del país.

«El trabajo les mortificaba.

«Indolentes por naturaleza, acostumbrados à vivir en la más completa ociosidad, disfrutando de su templado clima, preferian tal vez la muerte à la servidumbre que les imponian.

«Nada más lamentable que su abatimiento.

«Vivian sin esperanza de recobrar su libertad, aquel precioso bien que hasta entónces habian disfrutado, sin pensar que algun dia podian perderla para siempre.

«Nada les quedaba ya de su pasada existencia.

«Sí, les quedaban los recuerdos, los tristes recuerdos que

laceraban á todas horas su corazón, que representándoles el pasado, aumentaban su amargura presente y entristecían más y más su porvenir.

«¡Cuánto echaban de ménos el regalado sueño á la sombra de las palmeras, el embeleso de la siesta junto á los cristalinos arroyos ó las murmuradoras fuentes!

«¡Con qué melancolía recordaban sus danzas, sus juegos y el sonido del tamboril indio, que se habia extinguido para siempre de su alma!

«En vez de reposar y de gozar, tenían que pasar el día en los rios y en los arroyos para recoger el oro que se les habia impuesto como tributo; tenían que cultivar los campos, y las largas veladas las pasaban cerniendo las arenas para encontrar el oro que ocultaban.

«Ni los más expansivos buscaban un consuelo en sus breves horas de descanso, reproduciendo sus danzas ó cantando los areitos nacionales.

«La contemplacion del pasado les sumergia en un profundo abatimiento.

«La voz se extinguía en su garganta.

«Sus cántaros, convertidos en lágrimas, brotaban de sus ojos.

«Hablaban de la felicidad de sus tiempos pasados, de aquella época dichosa en que los europeos no habian hecho que se doblase su cuello bajo el yugo de la esclavitud y del trabajo, y hasta los mismos butios recordaban antiguas profesías, en las que anunciaban la llegada de los españoles, cubiertos de invulnerables armaduras, y de la servidumbre en que bajo su dominacion vivirían sujetos los naturales del país.

«Al pronto habian pensado que despues de llevarse el oro se alejarían para siempre.

«Pero al ver que construían casas y fortalezas, al ver que

se diseminaban por la ciudad, perdiendo por completo la esperanza, se entregaron á la más dolorosa desesperacion.

«Todos los días desaparecían centenares de indios ó de indias, que llevando en brazos sus hijos, corrían á refugiarse en los dominios de Gayacoa.»

Los soldados de Colon, envalentonados con el triunfo, continuaban aprovechándose brutalmente del temor que infundían á los indígenas, para agravar su situacion, satisfaciendo sus infames pasiones.

Ni el mismo Guarionex pudo librarse de esta conducta bárbara.

Su desventura iba á darle un papel importante en una terrible tragedia.

Asistamos á ella.

CAPITULO XXVII.

La esposa de Guarionex.

Golon había ofrecido al cacique de la Vega Real que mientras fuese fiel y pagase con puntualidad el tributo que le había impuesto, sería respetado y viviría tranquilo en sus dominios.

Para asegurarse de su fidelidad y contrarestar cualquiera tentativa que llevase á cabo, eligió el fuerte de la Concepcion, situándose de tal manera que en un momento dado podría destruir á todos los vasallos de Guarionex, ó por lo menos obligarles á desalojar el campo.

Dió el mando de esta fortaleza á Pedro Barahona, soldado veterano, que habia empleado toda su vida en las campañas de los moros.

Guarionex, deseando tener contento al que era verdaderamente dueño de su vida y de la de sus vasallos, le colmó de agasajos, le llevó á su morada, y mandó que las mujeres más hermosas de sus dominios bailaran una danza en su presencia.

Ebeilca, su esposa predilecta, asistió á este espectáculo.

Era Ebeilca una mujer de elevada estatura, de torneadas é incitantes formas; sus ojos brillaban como luceros, y parecía la estatua de la sensualidad.

Barahona se recreó en su belleza.

Al despedirse de Guarionex le suplicó que fuese al día siguiente á la fortaleza, porque queria pagarle el obsequio.

Barahona habia concebido un plan, y se proponia llevarle á cabo.

Guarionex, con sus caciques predilectos, fué al fuerte de la Concepcion.

—¿Cómo no te acompaña tu esposa? preguntó Barahona.

—No es entre nosotros costumbre llevarlas á las fiestas adonde nos convidan.

—Pues ¡vive Dios! que ha de venir, dijo Barahona, y yo voy á ir por ella.

Mandó á sus soldados que obsequiaran á Guarionex y á los suyos en tanto que volvía, y dirigiéndose al palacio del cacique, buscó á Ebeilca, y diciéndola que tenia en su poder á Guarionex, y amenzándola con su muerte si no accedia á sus deseos, logró convertirla en su esclava.

Barahona volvió á la fortaleza.

Dijo á Guarionex que su esposa se habia negado á aceptar el convite y le despidió.

Guarionex halló á Ebeilca dominada por una profunda tristeza.

Cuantas preguntas le hizo fueron inútiles.

Nada contestó.

Mientras que los soldados conquistaban el territorio, los misioneros errantes por la isla procuraban extender la fe de Cristo entre aquellas hordas salvajes é idólatras.

Uno de los misioneros habia logrado captarse la amistad de Guarionex, habia empezado á abrir su corazón á la nueva luz, habia inculcado en su alma la semilla del cristianismo, y todo le auguraba prontos y sazonados frutos.

Barahona, valiéndose de su prestigio, tendió varios lazos á Guarionex, aprovechando todas las circunstancias para volver al lado de su esposa.

Al volver una vez Guarionex, entró en su palacio, buscó á Ebeilca y no la halló.

sona de toda confianza para que fuera á la colonia, se encargase de su mando, si está Colon todavía ausente de ella, ó para examinar los actos del almirante y la verdadera situacion de los colonos, enviando su informe á fin de que vuestras majestades puedan resolver lo que crean oportuno.

—Me parece muy bien esa idea, dijo el rey. ¿A quién comisionaremos?

—En cuanto á eso, dijo Fonseca con fingida mansedumbre nadie mejor que vuestra majestad puede designar entre sus servidores el que reuna condiciones más á propósito para desempeñar tan importante cargo. Si yo la designara, como no falta quien me calumnie, pensando que no estimo á Colon en lo que vale, podrian creerse falsos los informes que diera.

—A mí me basta conocer vuestra lealtad para saber que me designareis la persona más á propósito para realizar mis deseos.

—En ese caso, dijo Fonseca, me atreveré á designar á vuestras majestades á don Diego Carrillo, comendador de la órden de Alcántara.

Fonseca sabia que don Diego renunciaria á aquel cargo por hallarse en asuntos personales que no le permitian salir de Valladolid.

El rey, tomando en cuenta su indicacion, mandó comunicar á don Diego Carrillo la órden de prepararse á partir á la Isabela.

Fonseca, que tenia un gran interes en que la persona designada fuese Juan de Aguado, empleó los medios de que podia disponer para que doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina, indicase á su soberana que, en el caso de enviar una persona que inspeccionase los actos de Colon, debia ser elegido Juan de Aguado, que era su leal defensor en aquellas circunstancias, y que tantas simpatías le inspira-

ba, puesto que eficazmente le habia recomendado á los reyes.

La reina accedió á esta indicacion.

Don Diego Carrillo confió un secreto al rey, y obtuvo lo que deseaba.

La reina aprovechó la ocasion para insinuar á su esposo el nombramiento de Juan de Aguado.

Consultado Fonseca, manifestó que no le parecia el candidato con la suficiente importancia para presentarse á Colon.

Pero fingió someterse á la voluntad de los soberanos, y recibió la órden, como superintendente de los negocios de Indias, de tener preparados los buques que deberia mandar Juan de Aguado, y las provisiones para los infelices colonos que habian de ir á bordo.

Detúvose la expedicion algun tiempo, durante el cual cumplió Fonseca su palabra, colmando de mercedes á los colonos que habian acusado á Colon, y especialmente á Américo Vesputio, á Bernal Diaz de Pisa y Alonso Velez.

Margarite recibió un alto empleo en pago de los servicios que habia prestado en la India, y unos y otros continuaban su obra demoleadora respecto de la reputacion del almirante.

Uno de los famosos pilotos de Palos, Vicente Yañez Pinzon, hermano de Martin Alonso, cuya desastrosa muerte recordarán mis lectores, llegó á inspirar gran amistad al obispo Fonseca, por la misma razon de que odiaba al almirante, que habia sido causa de las desventuras de su familia.

Vicente Yañez habia acompañado á Colon en el primer viaje al mando de la *Niña*.

Con este motivo habia tenido ocasion de convencerse de que en aquella parte del Océano habia numerosas islas, y presumia que algunas de ellas debian albergar en sus entrañas ricos manantiales y piedras de valor.

Deseaba hacia tiempo emprender una expedicion por su

cuenta y riesgo; pero no era posible, por ser aquellos viajes privilegio exclusivo del almirante y de las personas que á sus órdenes enviaran los reyes.

Volver á ponerse á las órdenes de Colon no le agradaba.

Deseaba obtener el permiso para mandar una expedicion, y en este sentido habia hablado á Fonseca, prometiéndole que con los datos que tenia y sin la obcecacion del almirante, lograria mejores resultados que él.

Convenció de tal modo al obispo, más que por la fuerza de sus argumentos por la esperanza de que si obtenia el premio eclipsaria la gloria de Colon, que aconsejó á los reyes que para averiguar cuanto ántes la verdad, y convencerse de que no eran estériles los sacrificios que se hacian en la conquista de aquellos lejanos países, convenia otorgar licencia á cuantos la pidieren para explorar las islas del Océano, imponiéndoles en cambio cierta contribucion, que redundaria en beneficio del tesoro.

Esta idea agradó mucho á don Fernando.

Tenian gran necesidad de recursos, y aunque se vió obligado á vencer la repugnancia de la reina, el 10 de Abril de 1495 se promulgó una pragmática concediendo á los vasallos españoles el derecho de establecerse en la colonia de la Española, y el de emprender por su propia cuenta viajes de tráfico y descubrimiento en las regiones del Nuevo Mundo.

Exigiase á los que se resolviesen á llevar á cabo estas empresas, que saliesen del puerto de Cádiz, bajo la inspeccion de interventores nombrados por el gobierno.

Los que se embarcasen con direccion á la Española sin soldados y á su costa, al llegar allí recibirian tierras y provisiones para un año, con el derecho de poseer las tierras y las casas que levantasen para habitarlas.

Permitíaseles conservar la tercera parte del oro que recogiesen.

Pero debian entregar las otras dos terceras partes á la corona.

De los demas artículos comerciales que produjese la isla darian al Estado la décima parte, debiendo hacer sus compras con anuencia de los oficiales de la Corona y entregar la contribucion real al funcionario ó administrador destinado á recibirla.

Los particulares que flotasen buques tenian obligacion de recibir á bordo, y conducirlos gratuitamente hasta la isla, á dos ó tres personas destinadas por el gobierno.

Asimismo debia quedar á disposicion de la Corona la décima parte del tonelaje del buque, debiendo entregar á su vuelta la décima parte de los productos que importasen de los países descubiertos.

Comprendian estas ordenanzas á las embarcaciones que llevasen víveres á la colonia.

Aun cuando estas medidas eran atentatorias al privilegio de que gozaba Colon, el rey no vaciló en dictarlas, porque eran un filon productivo y necesario para él en aquellos momentos.

Pero con el objeto de dar una satisfaccion al almirante, de atenuar en lo posible la violacion de los tratados que con él se habian hecho, se decretó que por cada buque particular que saliese, Colon se utilizaria de la octava parte de que gozaba, quedando autorizado para flotar otro por su propia cuenta.

Tales fueron las primeras consecuencias de la conjuracion llevada á cabo por el Padre Boil y Margarite.

La autoridad de Colon, que necesitaba ser omnimoda en el Nuevo Mundo, iba á verse restringida.

El privilegio que en premio de sus altos servicios habia recibido, quedaba vulnerado.

Este acto de injusticia fué el gérmen de todos los males que el descubrimiento trajo á España.

La codicia de los navegantes les hizo considerar el país como un país conquistado, y con tal de saciar su ambicion, no vacilaban en aumentar el odio de los naturales hácia sus opresores, ni en arrojar sobre aquella virgen y honrada tierra los gérmenes de las malas pasiones, que ya en la vieja Europa se agitaban.

Precisamente en los momentos en que se vulneraba de este modo la autoridad de Colon, en que sus enemigos trabajaban para desprestigiarle más y más, una inesperada noticia consternó á los que se habian unido al obispo Fonseca para coadyuvar á sus planes.

Desde Cádiz cundió instantáneamente por toda España la noticia de haber llegado al puerto cuatro buques al mando de Antonio de Torres, en uno de los cuales volvía Diego Colon, el hermano del almirante, á comunicar importantísimas noticias á los reyes.

Diego Colon, advertido por su hermano, salió precipitadamente de Cádiz, y á marchas dobles llegó adonde estaba la corte, casi al mismo tiempo que la noticia del arribo de los buques.

Sin descansar siquiera, pidió en nombre de su hermano una entrevista á la reina, y ésta le recibió con verdadero interés, porque lamentaba en el fondo de su alma los rumores que corrían en contra de su ilustre protegido.

CAPITULO XXXII.

Rehabilitacion.



A pesar del carácter pusilánime de Diego Colon, tuvo ocasion de enterarse durante su viaje por España de las acusaciones que se fulminaban contra su hermano, y unido esto á las instrucciones que habia recibido de Cristóbal, se sintió con bastante valor para esclarecer la verdad.

La primera pregunta que hizo la reina á Diego, fué la de si vivia su hermano.

—Sí, contestó Diego; vive para gloria de la nacion que le ha amparado para honra suya.

La reina manifestó una viva alegría

—He sabido, señora, dijo Diego que los enemigos de mi hermano han anunciado á vuestras majestades que no habian tenido noticia alguna de él desde su marcha de la Isabela para explorar las islas próximas. Han faltado cobardemente á la verdad, porque harto saben que en el momento en que abandonaron la isla estaba ya de vuelta.

—¿Luego le han calumniado? preguntó doña Isabel.

—Despues de un largo viaje de exploracion, el cansancio, las privaciones, la zozobra, le hirieron de muerte. Volvió á la Isabela en un estado tan lamentable, que parecia que se acercaba el último dia de su vida. Miétras todos le cuidábamos, sus enemigos, aprovechándose de las circunstancias,

se apoderaron de uno de los buques que habia enviado su hermano Bartolomé, y con su desercion, precedida de su desobediencia, dejaron la isla en un estado lastimoso. La Providencia quiso devolver la salud á Cristóbal, y gracias á su poderoso génio todo ha vuelto á su antiguo estado. No con palabras destruye las calumnias de que hemos sido objeto, sino con hechos. Vea vuestra majestad esta carta que mi hermano me ha encargado poner en las reales manos de vuestras majestades; pregunten á los encargados de recibir el cargamento de los buques si no es verdad lo que dice la carta.

Grande fué la alegría de la reina al convencerse de que no la habia engañado su corazon.

Inmediatamente mandó llamar á su augusto esposo, y los dos leyeron la carta.

En ella relataba el almirante todas las peripecias de su viaje por la costa de la isla de Cuba, el descubrimiento de la Jamáica, y las esperanzas que habia concebido del terreno que ganaba cada dia en el ánimo de los moradores de la Española, y anunciaba ademas el envío de crecidas cantidades de oro y de varios animales y curiosos vegetales que ofrecer á los reyes.

Diego refirió el verdadero móvil que habia impulsado al padre Boil, á Margarite y á sus secuaces á abandonar la isla.

Confirmado el contenido de la carta por las noticias que envió Soria al detallar el cargamento, se dispuso el castigo de los rebeldes.

El padre Boil fué condenado á dos años de reclusion en el Seminario penitencial de Zaragoza.

Margarite á dos años de encierro en un castillo.

Bernal Diaz de Pisa y Alonso Velez de Guzman fueron condenados á un año de galeras, y al mismo tiempo y condena se sentenció á los demas coionos que fueran habidos.

El obispo Fonseca ofreció en breve devolverles la libertad.

Américo Vesputio, condenado tambien, pudo escaparse á Portugal, teniendo que dejar á su hija en Valladolid al cuidado de Aldonza, la pobre mujer viuda que la cuidaba.

Grande fué la desesperacion de Fonseca al ver el resultado que habian tenido sus maquinaciones.

Pero los reyes, y sobre todo el rey, necesitaban dar satisfaccion al almirante y complacerle castigando á sus enemigos, para poder obligarle en cambio á que aceptase las medidas que habian dictado en provecho de los intereses del tesoro.

Aquello fué una rehabilitacion para el almirante.

Fonseca, sin embargo, á pesar de haber manifestado á los reyes su contento al ver desmentidas las calumnias que se habian fulminado contra el almirante, conducta que imitó Aguado, quiso mostrar gran celo en favor de los derechos de la Corona, y habiéndose enterado de que Diego Colon habia retenido una cantidad de oro, pidió, en calidad de superintendente de los negocios de Indias, que se le entregase, pretextando que todo lo que venia en los buques solo era para el tesoro.

Diego se presentó á los reyes, y éstos escribieron inmediatamente á Fonseca mandándole que entregase el oro á Colon, y le escribiese dándole todo género de satisfacciones, á fin de calmar el resentimiento que tuviera por su conducta.

En aquella carta le encargaban que consultase á los que acababan de llegar de la Española acerca del mejor modo de complacer al almirante, con el fin de que tomara las disposiciones oportunas para darle gusto en todo y por todo.

Aquello era una nueva humillacion, que exacerbó el odio que profesaba al ilustre marino.

Preparóse á obedecer estas órdenes, y se prometió que el

almirante le pagaria cara la humillacion de que era objeto.

De acuerdo con las indicaciones que hacia Colon, mandaron los reyes que se limitase á quinientas el número de las personas que debian quedar en la Española.

Dispusieron tambien que los víveres se repartiesen por quincenas, y que no se emplease como castigo la privacion de alimento, por ser fatal à la salud de los colonos.

Para reemplazar á Fernando de Cado nombraron á un hábil metalurgico, llamado Pablo Belvis, el cual debia llevar consigo las máquinas y artefactos necesarios para extraer, ensayar y purificar los metales.

Los reyes designaron tambien á algunos eclesiásticos para que reemplazasen al padre Boil y á algunos de los misioneros que estaban descontentos en la colonia y deseaban volver á la Península.

Todas estas medidas, que comunicaron en una carta los reyes á Colon, iban encaminadas á mejorar la situacion de sus vasallos, y la reina, que todo lo posponia á la gloria, encargaba muy particularmente que se tomase con empeño la enseñanza y la conversion á la fe de los indios.

Generosa y magnánima, dispuso que los que habia enviado Colon con el objeto de que fueran vendidos, regresaran á su patria colmados de regalos y atenciones, para que pudieran en ella dar una idea de la bondad de sus conquistadores, predisponiendo á sus compatriotas á la humildad y á la obediencia.

Desgraciadamente en los momentos en que se dictaban estas órdenes, se reñia la famosa batalla de que ya tienen noticia mis lectores; los indios caian á millares bajo los golpes de los españoles, los perros de presa se cebaban en ellos, y los que no se habian refugiado en las montañas eran esclavos y tenian que pagar el ominoso tributo que se les habia impuesto (Q).

Fonseca logró que se nombrase á Juan de Aguado, indicando á los reyes que ninguna persona podia ser más grata para Colon, toda vez que con tanto empeño le habia recomendado á sus majestades, y que tan grandes habian sido los elogios que habia hecho de él para contrarestar las calumnias de sus enemigos.

Diego Colon recibió órden de volver á la colonia, y á fin de Agosto del mismo año (1495) salieron de Cádiz cuatro carabelas bien provistas y con nuevos colonos, llevando á bordo á Juan de Aguado con el carácter de interventor de los asuntos de la colonia, y á Diego Colon, el hermano del almirante.

Los reyes le habian dado ámplios poderes.

Su credencial estaba concebida en estos términos:

«Caballeros, escuderos y otras personas que por nuestra órden estais en las Indias: Os enviamos á Juan de Aguado, nuestro caballero, que os hablará de parte nuestra.

«Os mandamos darle entera fe y crédito.»

Los reyes, que al otorgar este poder á Juan de Aguado habian creído proporcionarle un medio de manifestar su gratitud á Colon, pusieron en sus manos un arma poderosa que aquel hombre taimado debia esgrimir contra el ilustre marino, que aun desde el apogeo de la fortuna tenia que luchar con las pasiones de los hombres.

Pronto volveremos á hallar á Aguado interpretando de una manera censurable la voluntad de los soberanos.

Pero antes indiquemos la situacion en que se hallaban algunos de los personajes episódicos de esta historia.

CAPITULO XXXIII.

Astucia femenil.

ISABEL Monteagudo, sin abandonar su traje de escudero, habia llegado á Sevilla, y desde allí se habia trasladado acompañando á Diego á Valladolid.

Habia sabido que se hallaba en aquella ciudad Alonso Velez, y resuelta á desoir la piedad de su pecho y á vengarse de aquel malvado, que no solo habia faltado á su fe, sino que habia contribuido á calumniar á su protector, al hombre que tantos beneficios le habia dispensado, le buscaba con ánsia para satisfacer su venganza.

En la colonia pudo recoger y guardar algunas cantidades de oro que vendió á bajo precio á un mercader judaizante, y con la cantidad que habia recibido de sus manos, tenia lo suficiente par realizar sus planes sin necesidad de hacer uso todavía de la carta que para alcanzar la proteccion de los reyes le habia dado Colon, recomendándola á su munificencia.

El mismo dia en que llegó á Valladolid se presentó Diego Colon á los reyes.

Aquel mismo dia se dictaron las órdenes contra los que habian calumniado al almirante, y el padre Boil y Margarite, que fueron habidos, partieron á la mañana siguiente á cumplir la condena de que habian sido objeto.

Bernal Diaz trató de escaparse, pero fué preso en Medina del Campo.

Alonso Velez se libró de la persecucion ocultándose en una casa de los alrededores de Valladolid, en donde habia logrado enamorar á una molinera muy rica y viuda, que habia creido en sus protestas de amor y correspondia á su afecto.

Américo Vespucio, confiando la niña á Aldonza, se dispuso á partir.

En el momento en que huia oyó pronunciar su nombre. Instintivamente volvió el rostro y reconoció á Isabel.

—¿Vos aquí?

—Sí, he venido á vengarme.

—¿Cuánto siento encontraros!

—¿Por qué?

—Me veo obligado á partir.

—¿Os persiguen tal vez?

—Sí; se ha dictado una orden contra mí, y ántes de que me envíen á las galeras voy á buscar mi salvacion en Portugal.

—Os acompañaré para que me conteis vuestras cuitas.

Hízolo así, en efecto, y Américo Vespucio le refirió todo lo que le habia pasado desde su regreso de América, el nacimiento de su hija, la muerte de Esperanza, y por último le reveló el pesar con que dejaba á su hija en poder de una extraña, recomendándola que fuese á ver á Aldonza y cuidase de su hija.

Y dándola un anillo que llevaba en el dedo:

—Aldonza entregará la niña á la persona que presente este anillo. Guardadle, y solo en el momento en que sepais mi muerte sacadla de su poder. Miradla como si fuerais su madre.

Isabel, por su parte, le refirió los deseos que le habian obligado á regresar á España, y Américo, que habia tenido ocasion de conocer á Alonso Velez, el cual, por vanagloriar-

se delante de él y de algunos otros, habia referido sus amores con la molinera, le manifestó las noticias que tenia, estimulando en la pobre mujer el odio que sentia hácia su falso amante.

Américo iba disfrazado de arriero.

Se despidió de Isabel, y ésta volvió á Valladolid, prometiéndose no descansar hasta encontrar á Alonso y castigarle.

No le convenia que cayese en poder de la justicia, porque si le obligaban á cumplir la condena, tendria que aplazar todo el tiempo que durase el castigo su venganza.

Rondó al molino, acechó oculta á las personas que entraban y salian de él, y resuelta á jugar el todo por el todo, al ver un dia á la molinera tomar el camino de la ciudad, se acercó á ella.

—¿A dónde va la viuda Celestina? dijo, aproximándose á la molinera.

—No conozco á vuestra merced, le contestó.

—Falta sois entónces de memoria. Soy escudero del duque del Infantado.

—No lo dudo; pero francamente, creo que esta es la primera vez que nos vemos.

—Y yo quisiera que no fuera la última.

—Galanteador es el mañebo.

—No es culpa mia, sino de la molinera.

—¿Con requiebros se me viene?

—Quisiera tener algun lugar en vuestro corazon para poder confiaros un secreto.

—¿De amor sin duda?

—No; que ya sé que esos ojos, y esa cara, y ese donoso talle no se han hecho para mí, lo que no quita para que me interese por vuestro bien y para que esté en el deber de deciros que os hallais en un grave riesgo.

La molinera se detuvo y fijó una mirada escudriñadora en el falso escudero.

—¿Habeis dicho que yo estoy en peligro?

—En un peligro grave.

—¿Teneis gana de burla?

—Os hablo con sinceridad. La Inquisicion se está ocupando de vos estos dias.

Celestina se inmutó.

—¿Puedo saber la causa?

—Os la diré por el camino, si no teneis á mal que os acompañe.

—Mal está que un galan acompañe á una mujer.

—Sois viuda y libre, y ademas teneis curiosidad por saber lo que tengo que revelaros.

—Pues prosigamos, y hablad.

—Ved que si decís algo de lo que voy á referiros, puede hacerme mucho daño.

—¿Cuánto misterio!

—Mi calidad de escudero me ha permitido oír una conversacion en la que se pronunció muchas veces vuestro nombre. Si llega á saberse que os la he comunicado, y os librais de las persecuciones de que sois objeto, sospecharán en seguida que he sido yo quien os ha informado, y perderé mi empleo si es que no me mandan á remar por dos años á las galeras reales.

—Hablad, hablad por Dios. ¿Habeis despertado en mí una curiosidad tan grande!

—No es para ménos el caso.

—¿Qué es lo que yo he hecho para que el Santo Oficio se ocupe de mí?

—Inspirar una pasion amorosa.

—¿Yo?

—Vos, sí; no podeis ocultarlo.

—Pero aunque así fuera, ¿no soy yo libre, como habeis dicho, para amar ó dejar de amar?

—Libre sois, ¿quién lo duda? Pero no le pasa lo mismo al objeto de vuestro amor.

—¿Qué decís?

—Digo que la Inquisicion sabe que amais á Alonso Velez de Guzman, y que lo teneis oculto en vuestra casa para que la justicia no se apodere de él y le lleve, mal de su grado, á cumplir la condena que le ha sido impuesta por calumniador.

Celestina no pudo ocultar la dolorosa impresion que aquellas palabras habian producido en su alma.

Isabel la miraba fijamente, y leyó en sus ojos lo que pasaba en ella.

—Eso no es verdad, dijo.

—No os pongais encarnada para decirlo, yo no soy vuestro juez.

—Repito que esa es una falsedad.

—Lo será sin duda alguna, tanto mejor para vos; con eso cuando los familiares del Santo Oficio se presenten esta tarde, como piensan hacerlo, en vuestro molino á registrarle para ver si tropiezan con el prófugo, se convencerán de que sois inocente, y yo tendré una satisfaccion.

—¿Decís que esta tarde piensa el Santo Oficio ir á mi casa?

—Si no os dais mucha prisa en volver á la ciudad, es muy posible que halleis á la Inquisicion en vuestro molino al volver á él.

—¡Oh! Eso es horrible, exclamó Celestina.

Involuntariamente se dispuso á retroceder.

—Qué ¿no seguís adelante?

—No por cierto; ¿cómo quereis que deje entregada mi casa á la rapacidad de los inquisidores?

—¿Qué más os da, si no ocultais á nadie?

—Tengo algun dinero, y ya se sabe que donde ellos entran. . . . Voy, voy á volverme á casa para estar prevenida.

—¿Qué mal haceis en no confiar en mí!

—Yo no os conozco.

—Me parece que las noticias que os he dado son suficientes para confiar. Si no me interesara por vos, en vez de exponerme, como me expongo, haciéndoos esta revelacion, no habria acechado este momento para hablaros; los familiares habrian ido á vuestra casa esta tarde, y habrian hallado en ella á Alonso Velez, porque sé que allí está.

—Os juro que no está.

—Entónces, ¿por qué quereis volver?

—Para inspirar garantía á la justicia.

—Bien está; volved en hora buena, pero pensad que yo podria salvaros.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Cómo?

—Os hablaré con franqueza. Hace tiempo que os amo, dadme una esperanza, y yo os indicaré un paraje seguro para que podais librar á Alonso Velez de sus perseguidores.

Celestina, que se veia en un grave apuro, creyó que nada aventuraba haciendo concebir esperanzas al jóven para tenerle propicio, y cambió un tono.

—Pues bien, le dijo; figuraos que no por amor, sino por gratitud, hubiera yo ocultado en mi casa á ese hombre; ¿qué podriamos hacer para salvarle?

—Soy egoista; voy á arriesgarme mucho, y necesito la seguridad del premio.

—Indicadme vuestras condiciones.

—Una sola: vuestro amor.

—¿Cómo quereis que yo os lo ofrezca si esta es la prime-

ra vez que os veo, si no me habeis dejado tiempo para reflexionar?

—Oid el medio que hay para salvar à Alonso Velez. Volved à vuestra casa: yo iré solo à la ciudad, y como me han encargado que observe vuestro molino, diré que Alonso Velez ha salido esta tarde, y que hasta mañana no volverá. Mientras tanto haceis que lo prepare todo para su marcha, y yo os ofrezco esta noche, à las ànimas, hacer que una persona de toda mi confianza lleve un caballo à la puerta de vuestro molino, para que pueda escaparse en él vuestro protegido por senderos y atajos que el guía que irá à buscarle conoce perfectamente.

Una vez libre vendrán los familiares à buscarle, no le hallarán, y cuando ellos se marchen yo iré à verle.

Celestina aceptó el plan de Isabel, creyendo que la esperanza de su amor le haría cumplir al pié de la letra lo pactado.

Volvió inmediatamente al molino, refirió à Alonso Velez lo que pasaba, y consiguió de él que se dispusiera à partir.

CAPITULO XXXIV.

Al maestro cuchillada.

ISABEL, dispuesta à jugar el todo por el todo, compró un caballo, cambió su traje por el del mozo de mulas, y ocultó debajo de su capotillo una acerada daga.

Como el lector comprende, resolvió desempeñar las funciones de guía y de palafrenero de Alonso Velez.

Este hombre perverso estaba resuelto à partir de todos modos; pero temeroso de la pobreza que le aguardaba en su fuga, pensó, àntes de abandonar la casa en donde habia hallado un asilo, cometer un crimen.

Celestina tenia guardados en un arca todos sus ahorros, que representaban una cantidad respetable.

En un momento de expansion habia revelado à Alonso Velez que poseia aquel tesoro.

Desde aquel momento acarició la idea de que pereciese à sus manos, y este infame proyecto llegó à ser en él una resolucion formal desde el instante en que supo que se veia en peligro.

Celestina, que creia en sus falsos halagos, convino con él en que partiria aquella noche.

Ella saldría al dia siguiente con direccion à Santander, en donde le esperaria, y una vez léjos de sus perseguidores, podian vivir de su amor y de la fortuna que la molinera habia reunido.

Alonso aceptó el trato.

ra vez que os veo, si no me habeis dejado tiempo para reflexionar?

—Oid el medio que hay para salvar à Alonso Velez. Volved à vuestra casa: yo iré solo à la ciudad, y como me han encargado que observe vuestro molino, diré que Alonso Velez ha salido esta tarde, y que hasta mañana no volverá. Mientras tanto haceis que lo prepare todo para su marcha, y yo os ofrezco esta noche, á las ànimas, hacer que una persona de toda mi confianza lleve un caballo à la puerta de vuestro molino, para que pueda escaparse en él vuestro protegido por senderos y atajos que el guía que irá à buscarle conoce perfectamente.

Una vez libre vendrán los familiares à buscarle, no le hallarán, y cuando ellos se marchen yo iré à verle.

Celestina aceptó el plan de Isabel, creyendo que la esperanza de su amor le haría cumplir al pié de la letra lo pactado.

Volvió inmediatamente al molino, refirió à Alonso Velez lo que pasaba, y consiguió de él que se dispusiera à partir.

CAPITULO XXXIV.

Al maestro cuchillada.



SABEL, dispuesta à jugar el todo por el todo, compró un caballo, cambió su traje por el del mozo de mulas, y ocultó debajo de su capotillo una acerada daga.

Como el lector comprende, resolvió desempeñar las funciones de guía y de palafrenero de Alonso Velez.

Este hombre perverso estaba resuelto à partir de todos modos; pero temeroso de la pobreza que le aguardaba en su fuga, pensó, àntes de abandonar la casa en donde habia hallado un asilo, cometer un crimen.

Celestina tenia guardados en un arca todos sus ahorros, que representaban una cantidad respetable.

En un momento de expansion habia revelado à Alonso Velez que poseia aquel tesoro.

Desde aquel momento acarició la idea de que pereciese à sus manos, y este infame proyecto llegó à ser en él una resolucion formal desde el instante en que supo que se veia en peligro.

Celestina, que creia en sus falsos halagos, convino con él en que partiria aquella noche.

Ella saldría al dia siguiente con direccion à Santander, en donde le esperaria, y una vez léjos de sus perseguidores, podian vivir de su amor y de la fortuna que la molinera habia reunido.

Alonso aceptó el trato.

A cosa de las seis se sentaron á cenar, y Alonso procuró que se embriagase la molinera.

No pudo conseguirlo, y cuando se levantaron de la mesa faltaba poco para el toque de ánimas, razon por la cual se despidió Alonso de su amada.

— Quiero que llesves algo para el camino, le dijo ella; ven, ven y te dará algunas monedas.

Le llevó á su habitacion, abrió el arca, y con el espectáculo del oro se aumentó la codicia del infame.

Instantáneamente cayó sobre ella, y tapándola la boca con un pañuelo, la arrojó en la cama boca abajo, la ató al lecho con una cuerda de cáñamo, y puso sobre ella dos colchones que estaban de repuesto sobre el arca.

Recogió todo el dinero, apagó las luces, y bajó á la puerta á esperar la llegada de la mula.

Isabel no se hizo esperar.

Apénas sonó el toque de ánimas en la catedral, apresuró el paso y llegó al molino.

Dió un golpe en la puerta, é instantáneamente se abrió.

La noche estaba oscura y Alonso no pudo reconocerla.

— ¿Estáis ya? dijo Isabel ahuecando la voz.

— Sí, vamos cuando gustéis.

Y tomó las riendas de su mula.

— Hacedme un favor, añadió Alonso.

— ¿Qué queréis?

— No sabemos lo que puede pasarnos, y conviene ir armados. Temeroso de infundir sospechas, he dejado en el zaguan, detrás de la puerta, un par de pistolas; pero veo que es mejor que las llevemos con nosotros.

Entrad y cogedlas, miéntras yo monto.

Isabel, que no llevaba más que una daga, se alegró en extremo de aquella ocasion que le iba á proporcionar un arma más poderosa, más eficaz que la que llevaba consigo.

Cerró, y no bien había entrado, cuando Alonso Velez cerró la puerta con llave, dejó dentro á Isabel, y montando en su mula, se alejó precipitadamente del molino.

La jóven volvió á la puerta, y al hallarla cerrada comprendió la mala pasada que le había jugado Alonso Velez.

Forcejeó para ver si podía abrirla, pero sus esfuerzos eran inútiles.

En medio del silencio de la noche, oyó el precipitado ruido de la carrera de la mula, y comprendió que había perdido la ocasion de vengarse.

En aquellas circunstancias, no tenia más remedio que escaparse ántes de que la sorprendiera nadie.

Pero ¿cómo encontraba una salida, desconociendo, como desconocia, las habitaciones de la casa?

No tenia más remedio que llamar á Celestina y decirle, que no habiendo encontrado una persona de toda su confianza para poder acompañar á Alonso Velez hasta dejarle en salvo, había ido él mismo.

Optando por este medio, que era el único favorable, anduvo á tientas por la casa, llegó al hogar en donde aún había fuego, vió colgadas en la cocina unas teas de resina, encendió una, registró toda la planta baja de la casa, subió al piso principal y entró en la alcoba de la molinera.

El arca estaba abierta.

Se acercó al lecho y vió con espanto asomar por debajo de los colchones una mano crispada.

Inmediatamente quitó los colchones de la cama, y descubrió á la molinera con la mordaza en la boca y atada á la cama.

Al verla retrocedió espantada.

Su situacion era más crítica, más lastimosa de lo que pensaba.

Si no encontraba medio de salir de aquella casa, al día siguiente, cuando entrase la justicia á averiguar por qué razon estaba encerrada en esa casa, la hallarian en ella, y apareceria á los ojos de todo el mundo como el asesino de Celestina.

— Puede ser que aun no haya muerto, se dijo.

Y venciendo el miedo, tocó su mano.

Estaba helada.

Buscó su pulso.

No halló un solo latido.

No habia duda, aquello era un cadáver.

Abrió la ventana de la habitacion, midió la altura, y resolvió evadirse por allí.

Desató á Celestina, y sujetando la cuerda á la falleba de la ventana, se descogió por ella trabajosamente, y comenzó á correr, cuando lanzando de pronto un grito, cayó en tierra herida por una bala.

Poco despues se acercaron á ella dos hombres.

Uno anciano y otro que parecia su criado.

A pesar de la oscuridad de la noche, vió el anciano el anillo que llevaba en el dedo; el anillo que ántes de separarse de ella le habia dado Américo Vespucio.

Al verle se estremeció.

El criado que registraba la herida:

— Es una mujer, exclamó.

— Esperad aquí un instante, dijo el anciano.

Y dirigiéndose á una casa que habia á poca distancia, llamó, hizo bajar á la puerta al dueño de ella, que era un pobre tejedor, le habló, puso en sus manos una bolsa llena de oro, y volviéndose adonde estaba su criado con el herido, lo trasladaron á aquella casa, en donde le prodigaron toda clase de auxilios, porque aquella mujer disfrazada de hombre encerraba un enigma para el anciano, y necesitaba á toda costa descifrarle.

El habia sido quien habia disparado la pistola contra ella. Se dirigia hácia Valladolid y habia visto abrirse la ventana del molino y desprenderse por ella aquel bulto que le pareció un hombre.

Como corrió en seguida, pensó que era un ladron, y para detenerle y castigarle disparó su arma.

El anillo que habia hallado en sus manos le habia sorprendido en extremo.

El anciano era don Alfonso Ornili.

Aquel anillo era el anillo de boda que habia dado á Esperanza.

Esperanza, á su vez, habia regalado aquella prenda á Américo.

Américo la habia entregado á Isabel para que pudiese sacar á su hija de manos de Aldonza.

¿Cómo estaba en su poder aquella prenda que recordaba á un mismo tiempo al anciano su felicidad y su desgracia?

Necesitaba saberlo, porque precisamente el único deseo que le llevaba á España era encontrar á Américo Vespucio.

La herida de Isabel era bastante grave, y en muchos dias no pudo satisfacer la ansiedad del anciano.

CAPITULO XXXV.

Arcanos de la Providencia.



En los dos meses de la desaparición del peregrino con la niña que Mauricio y Teresina creían hija de don Alfonso, se vió Marieta acometida de una grave enfermedad.

Los aldeanos vieron en esto un castigo del cielo por haber engañado á don Alfonso.

El pobre anciano creía que aquella era su hija; cuando iba á verla la colmaba de caricias, y para consolar á los padres de la niña robada, les ofreció asegurar su porvenir.

Pero Marieta, á quien llamaba Esperanza entónces, cayó enferma, y la aficción de Mauricio y Teresina infundió serias sospechas á don Alfonso.

La niña murió, y sus padres, que unían al pesar de haber perdido á su hija el remordimiento de haber engañado á don Alfonso, le revelaron la verdad.

Entónces supo el pobre anciano el engaño de que había sido víctima, y sin cuidarse de castigar á los culpables, su único deseo fué encontrar á la niña.

Ofreció grandes sumas á quien pudiera indicarle el paradero de Américo Vespucio, y la pobre mujer que al escaparse del meson le había dado un asilo en su casa, fué á ver á don Alfonso, le contó lo que sabía, y hasta el mismo duque de Médicis, viendo cuán grande era su aficción, no pudo mé-

nos de revelarles que Américo Vespucio había sido enviado á España para desempeñar una misión importante.

Con estas noticias se puso don Alfonso en camino, resuelto á buscar al seductor de su esposa para arrebatársela aquella niña, cuya felicidad quería labrar, pero lejos de él, lejos del hombre criminal que la había engendrado.

Tomando lenguas en las ciudades de España que había recorrido, supo que Américo había sido condenado por las calumnias que había propalado en contra de Colon, y se dirigió precipitadamente á Valladolid, con el objeto de ver si había sido preso y de averiguar dónde estaba su hija.

Llegaba precisamente cuando vió á Isabel bajarse de la ventana del molino, y no pudo ménos de asombrarse al descubrir en su mano el anillo, que era un indicio grande, poderoso, para realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo que hallaba un indicio, por su propia mano había condenado acaso al silencio eterno á aquella persona que podía satisfacer su ansiedad.

La ansiedad de don Alfonso era grande.

A fuerza de oro pudo comprar el silencio de aquel mozo de mulas que le había acompañado, y no satisfecho aún con aquello, envió á Valladolid á buscar á un médico con el mayor sigilo para que asistiese al enfermo.

Por de pronto le arrebató el anillo que llevaba, porque aquella prenda no debía estar más que en su poder.

Reanudando sus ideas, recordó que Isabel había sido algún tiempo camarista de su esposa.

Cuando averiguó las relaciones criminales que existían entre Esperanza y Américo Vespucio, no la interrogó.

Su servidora podía muy bien haberse apoderado de aquella joya, ó haberla recibido en premio de algún servicio importante.

Necesitaba que Isabel viviera para interrogarla, porque no teniendo duda de que si habia estado Américo en Valladolid, como suponía, habria visto á Isabel, á ella podria interrogarle dónde se habia refugiado.

Quince dias trascurrieron, en los que la pobre mujer luchó con la muerte.

Al cabo de este tiempo entró en convalecencia, y don Alfonso se ocultó de su vista para no infundirle temor y evitar una recaída.

Oculto en casa del tejedor, aguardaba por momentos el completo restablecimiento de Isabel para interrogarla.

Llegó por fin el dia deseado.

Isabel preguntó á las personas que la asistian cómo se hallaba allí.

No recordaba más que el lazo que le habia tendido Alonso Velez; así es que sus palabras despertaron graves sospechas en el tejedor, porque se habia enterado del suceso que habia ocurrido en el molino, del que más tarde daré cuenta á mis lectores.

Temeroso entónces el dueño de la casa, en donde habia sido acogida Isabel, de que la justicia pudiera informarse de la proteccion que le habia dispensado, le interrogó para saber si tenia alguna parte en el crimen que se habia cometido.

Isabel contestó con sinceridad á todas las preguntas que le dirigieron.

—Pero ¿cómo estoy yo aquí? dijo á su vez la pobre convaleciente.

El tejedor le refirió lo que habia pasado.

— Cuando os arrojasteis de la ventana para poner os en salvo, llegaba á Valladolid un caballero, el cual al ver os huir de aquel modo, sospechó que erais un ladron, y os disparó el pistoletazo que ha sido causa de vuestra herida; pero al re-

conoceros tuvo una inmensa pena, y os trajo á esta casa, en donde ha costado todos los gastos de vuestra curacion, y en donde ha procurado ocultaros de todo el mundo para que no pudieran atribuir os parte en el asesinato cometido en el molino.

—¿Y quién es ese caballero? preguntó Isabel.

—Un antiguo conocido vuestro, que desea que vivais para poder os resarcir del daño que involuntariamente os ha causado.

—¿Está en Valladolid?

—No por cierto; habita en esta casa.

—¡Ah! Pues rogadle que venga á verme.

El tejedor avisó á don Alfonso, y éste se presentó á Isabel. La pobre mujer no tardó en reconocerle.

Instintivamente fijó los ojos en su mano buscando el anillo. No lo encontró, y la idea de haberle perdido y de estar á su lado don Alfonso, le hizo comprender quién le habia sustraído de sus manos.

—¿Me reconocéis? preguntó el esposo de Esperanza.

—Sí, os reconozco, dijo Isabel, bajando los ojos.

—¿Podeis explicarme por qué razon huiais la noche en que tuve la desgracia de heriros?

—Es una triste historia.

—Creo tener derecho á saberla.

—Y yo deseo confiárosela.

—Pues hablad.

Isabel refirió á don Alfonso los motivos que le habian impulsado á disfrazarse de aquel modo para ir al molino y vengarse de Alonso Velez.

—Desgraciadamente, dijo don Alfonso, os herí; pero acaso esto os ha salvado de una muerte afrentosa, porque si os hubieran sorprendido huyendo de aquel modo, hubieran creído

que erais el asesino de la pobre molinera y hubierais perecido en el cadalso.

—No hablemos de eso, dijo Isabel. Yo bendigo la mano que ha disparado contra mí el arma, porque quizás á ella debo los medios de poder realizar mi venganza, aunque más tarde de lo que pensaba.

—A mi vez necesito haceros una pregunta.

—Os debo tanto, que estoy dispuesta á obedeceros.

—Al hallaros herida encontré en vuestras manos un anillo, que os he quitado, porque es una prenda que en los días más felices de mi vida ofrecí á la que fué mi esposa. ¿Cómo se hallaba en vuestro poder esa joya?

—Me exigís que falte á una palabra que he empeñado.

—Si el sentimiento de la gratitud no os mueve á hablar, que os impulse al ménos mi ansiedad, el dolor del esposo que ha llorado las faltas y la muerte de la que fué compañera de su vida.

—Pues bien, sí, os diré todo lo que sé. Ese anillo me lo ha entregado Américo Vespucio.

—¿Cuándo?

—Unos días ántes de la noche en que me hallasteis.

—¿Luego estuvo en Valladolid?

—Sí, estuvo; ya sabeis que pudo robaros á su hija; pero despues de haberla sustraído del poder de las personas bajo cuya custodia la habiais dejado, supo vuestra voluntad respecto á la niña, y conociendo que habia arrebatado á su hija una fortuna, y dispuesto á resarcirla, vino á España llamado por un alto personaje para apoyar las acusaciones dirigidas contra Cristóbal Colón.

Desmentidas estas acusaciones hace poco, fueron condenados todos las que las habian sustentado, y Américo Vespucio, viéndose proximo á ser separado de su hija, se resolvió á par-

tir. Yo, que he llegado hace poco de las Indias en busca del infame que ha acibarado los días de mi existencia, pude hallarle en los momentos en que se escapaba, le acompañé, me confirió sus cuitas, y me entregó el anillo que me habeis arrebatado.

—¿Con qué objeto?

—Sé que sois bueno y generoso; sé que al descubrir los secretos de Américo voy á labrar de nuevo la felicidad de su hija: por eso os voy á hacer una revelacion. Me dió ese anillo para que yo pudiera sacar á esa hija del poder de la persona á quien la habia confiado.

La alegría brilló en los ojos de don Alfonso.

—No basta lo que me decís. Es necesario que yo sepa dónde está esa niña, quién la cuida, y yo os prometo entónces llevármela á mi lado, y devolverle el bien que su desventurado padre le ha arrebatado al robármela.

Isabel dió á don Alfonso las señas de Aldonza, y el anciano, en pago de aquel beneficio que le dispensaba, ofreció amparar á Isabel y no abandonarla hasta que estuviese completamente restablecida.

La convalecencia adelantó con rapidez.

Isabel se puso completamente buena, y don Alfonso la llevó á una aldea próxima á Valladolid, pagando su hospedaje para que viviera allí algunos meses, y entregándola una cantidad á fin de que no tuviera necesidad de buscar recursos en algun tiempo.

Inmediatamente despues fué á casa de Aldonza, y presentándole el anillo:

—Vengo á buscar á la niña de parte de su padre, que está en Portugal.

Aldonza vió el anillo, y aunque sintió separarse de aquella niña, no tuvo más remedio que entregársela.

Don Alfonso se dirigió á Florencia, y tomando un aya para Esperanza, empezó á cumplir la palabra que habia dado á Isabel.

Todos sus cuidados los reconcentró en la niña.

Aún no hacia un mes que estaba Isabel en la aldea, cuando un arriero anunció que habia sido preso el asesino de la molinera en los alrededores de Valladolid.

—¿Sabeis quién es? preguntó Isabel.

—He oído decir que es un hidalgo.

—¿Recordais su nombre?

—Vaya si lo recuerdo; Alonso Velez de Guzman.

Isabel se inmutó.

Dos dias despues abandonó la aldea y se encaminó á Valladolid.

CAPITULO XXXVI.

El fantasma.



ómo habia descubierto la justicia al verdadero criminal?

Para contestar á esta pregunta, necesito llevar á mis lectores, en el dia que siguió al asesinato de la molinera, á la misma casa en donde habia ocurrido la catástrofe.

Nadie oyó el tiro que habia disparado don Alfonso; pero por la mañana muy temprano las labradoras que salieron al campo vieron abierta una de las ventanas del molino, y en ella una cuerda, que sin duda habia servido á un criminal para entrar en su habitacion ó salir de ella.

El primero que llegó se detuvo á contemplar la cuerda, manifestó sus dudas á los que llegaron despues, unos y otros comentaron aquel indicio, y resolvieron volver á Valladolid á dar parte á la Santa Hermandad de aquel descubrimiento.

Inmediatamente se dirigió la justicia al molino.

Examinando bien el terreno, vieron las herraduras de una mula desde la puerta de la casa hasta la ciudad.

Las mismas huellas encontraron en el camino que conducia desde el molino á Torrelobaton.

Al pié de la ventana descubrieron muy marcada la forma de la suela de dos borceguies, y en direccion hácia el punto en donde cayó herida Isabel casi las mismas huellas, aunque imperceptibles.

Don Alfonso se dirigió á Florencia, y tomando un aya para Esperanza, empezó á cumplir la palabra que habia dado á Isabel.

Todos sus cuidados los reconcentró en la niña.

Aún no hacia un mes que estaba Isabel en la aldea, cuando un arriero anunció que habia sido preso el asesino de la molinera en los alrededores de Valladolid.

—¿Sabeis quién es? preguntó Isabel.

—He oído decir que es un hidalgo.

—¿Recordais su nombre?

—Vaya si lo recuerdo; Alonso Velez de Guzman.

Isabel se inmutó.

Dos dias despues abandonó la aldea y se encaminó á Valladolid.

CAPITULO XXXVI.

El fantasma.

Cómo habia descubierto la justicia al verdadero criminal?

Para contestar á esta pregunta, necesito llevar á mis lectores, en el dia que siguió al asesinato de la molinera, á la misma casa en donde habia ocurrido la catástrofe.

Nadie oyó el tiro que habia disparado don Alfonso; pero por la mañana muy temprano las labradoras que salieron al campo vieron abierta una de las ventanas del molino, y en ella una cuerda, que sin duda habia servido á un criminal para entrar en su habitacion ó salir de ella.

El primero que llegó se detuvo á contemplar la cuerda, manifestó sus dudas á los que llegaron despues, unos y otros comentaron aquel indicio, y resolvieron volver á Valladolid á dar parte á la Santa Hermandad de aquel descubrimiento.

Inmediatamente se dirigió la justicia al molino.

Examinando bien el terreno, vieron las herraduras de una mula desde la puerta de la casa hasta la ciudad.

Las mismas huellas encontraron en el camino que conducia desde el molino á Torrelobaton.

Al pié de la ventana descubrieron muy marcada la forma de la suela de dos borceguies, y en direccion hácia el punto en donde cayó herida Isabel casi las mismas huellas, aunque imperceptibles.

Todo aquello indicaba que se habia descolgado una persona desde la ventana.

¿Pero con qué objeto?

Llamaron á la puerta y nadie respondió.

Inmediatamente dispuso la autoridad que se buscase un herrero para que forzase la cerradura.

Llegó el herrero, y en medio de un concurso numeroso, que acudió al teatro de la catástrofe poseido de la más viva curiosidad, se abrió la puerta y penetró el alcalde con el escribano y los cuadrilleros.

Al llegar á la habitacion de la molinera comprendieron lo que habia pasado.

La pobre mujer estaba muerta encima de su lecho, del mismo modo que la habia dejado Alonso Velez.

Examinando el cadáver, comprendieron que su asesino la habia atado, porque en las muñecas se conservaba todavía la línea cárdena que habia formado la ligadura.

Confrontando la cuerda con la línea, vieron que la cuerda que habia servido al asesino para escaparse era la que habia utilizado para atarla.

Convencidos por estos indicios de que la molinera habia sucumbido violentamente, registraron la habitacion, y viendo que el arca estaba abierta, se convencieron de que la molinera habia sido asesinada por el ladrón; y que habia sido uno solo, lo demostraban las huellas iguales de sus borceguíes.

Instantáneamente se llamó á las personas más próximas al molino, y sufrieron un interrogatorio.

La autoridad supo por ellas que Celestina vivia sola, que era viuda, y que habia motivos para creer que guardaba bastante dinero.

Desde la muerte de su marido no habian entrado en su casa más que dos mozos para hacer las moliendas.

Pero hacia diez dias que habia despedido á los mozos.

No faltó, sin embargo, quien hubiera visto entrar en su casa un hidalgo, precisamente el mismo dia en que se decretó la prision de los que habian calumniado á Cristóbal Colon.

Este era un dato muy importante, que hacia suponer desde luego que el que habia entrado en el molino, y no habia vuelto á salir, era uno de los sentenciados, que habia buscado allí un asilo.

Margarite estaba en un castillo.

El padre Boil habia salido á sufrir su condena en el seminario penitencial de Zaragoza.

Se habian recibido noticias de Portugal anunciando la llegada de Américo Vespucio, y habia motivos para creer que Bernal diaz de Pisa habia traspasado la frontera de Francia.

En cambio no se sabia nada absolutamente del paradero de Alonso Velez.

Se pidieron las señas del desconocido á la persona que le habia visto entrar en el molino, y las señas que dió convenian con las de Alonso Velez.

Los antecedentes de este hombre aumentaron las probabilidades de que hubiera sido él el asesino, y no resultando responsabilidad contra ninguna otra persona, despues de disponer la autoridad que se diera sepultura al cadáver, se procedió á buscar al presunto reo.

La Santa Hermandad pasó aviso á los cuadrilleros de las poblaciones más próximas, dictando auto de prision contra Alonso Velez de Guzman en cuanto fuere habido.

El malvado se habia dirigido hácia Torrelobaton, y hallando en el camino á muy corta distancia á un pastor, le preguntó cuál era el pueblo más próximo.

El pastor le dijo que á cosa de tres leguas se hallaba el indicado pueblo.

—¿Y no hay algun atajo? preguntó Alonso Velez.

—Uno hay, pero nadie se atreve á pasar á estas horas por él.

—¿Por qué razon?

—Porque hay á unas diez varas del sendero un caseron deshabitado, que se incendió hace más de diez años, y abandonado por sus dueños fué escogido por las brujas para aquelarre.

—Guiadme á esa madriguera, dijo Alonso Velez.

—¿Dios me libre de semejante cosa!

—Te daré diez maravedís de plata.

—Aunque me diera vuesa merced ciento.

—Pues indicame al ménos por dónde debo ir.

—¿No tiene vuesa merced miedo á las brujas?

—Algo las temo; pero necesito llegar cuanto ántes al pueblo, y estoy dispuesto á arrostrarlo todo.

El pastor le indicó el sendero, y Alonso Velez se encaminó por él y llegó á media noche á descubrir las derruidas paredes de aquella casa de siniestro aspecto.

Se apeó de su mula, aguardó á que fuera de dia, y apenas amaneció se dirigió al pueblo; allí vendió la mula, compró provisiones, y se volvió al caseron, donde propuso ocultarse de todo el mundo para aguardar allí una ocasion favorable de dirigirse á la frontera.

El mejor medio de conseguir su objeto le pareció que era infundir pavor á los aldeanos.

Con la resina de algunos árboles próximos á la casa hizo unas teas, y á cosa de las ánimas salia de su escondrijo, y con una tea encendida daba grandes carreras circulares.

Los vecinos más próximos al caseron vieron en medio de la oscuridad de la noche aquella luz que se movia precipitadamente formando círculos, y no dudaron de que las brujas se entregaban en aquellos momentos á sus desenfrenados placeres.

La voz circuló, se confirmó el temor de los aldeanos, y no había nadie que se atreviera á pasar ni aun de dia por los alrededores del aquelarre.

Alonso consiguió su objeto.

Cuando se le acababan las provisiones iba como un pordiosero á las aldeas inmediatas; pedia limosna en unas, se proveía en otras de víveres, y al llegar la noche comenzaba de nuevo sus paseos nocturnos con la tea encendida, aumentando el pavor de los labradores de los contornos.

La noticia de las luminarias de las brujas llegó á conocimiento de la Santa Hermandad, la cual, no queriendo convencerse de las hablillas de los labradores, aunque á cierta distancia, acudió á presenciar los paseos nocturnos de las brujas.

No tardó en convencerse de que había verdad en las versiones de los habitantes de aquellas cercanías.

Un cuadrillero muy valiente:

—Sois unos cobardes, dijo á sus compañeros. Los brujos viven de miedo que tenemos los cristianos. Vamos á reunirnos unos cuantos, á ir por distintos lados hasta el aquelarre, y yo no dudo que al verse en nuestra presencia, ó se entregarán y podremos ver qué casta de pájaros son, ó huirán y no volverán jamas á estos sitios.

Todos calificaron de temeraria aquella empresa; pero el cuadrillero excitó su amor propio, y convocando á muchos vecinos de los pueblos inmediatos y á algunos otros cuadrilleros, se dispusieron á sorprender una noche á las brujas en sus desenfrenados paseos.

Se dividieron en cuatro grupos, perfectamente armados, y con linternas sordas, aunque la mayor parte de ellos tiritando de miedo, fueron acercándose al caseron.

A cosa de las ánimas salió Alonso Velez con su tea, y los más valientes retrocedieron.

Uno de ellos llevaba un arcabuz, y creyéndose en gran peligro, lo disparó.

Alonso Velez se estremeció al oír el disparo.

Arrojó la tea, puso el oído en el suelo, y apercibió el rumor de los pasos de los que se aprestaban á sorprenderle.

—¡Malo! se dijo. Voy á caer en la ratonera: es necesario amedrentarlos.

Y cogiendo de nuevo la tea, comenzó á hacer contorsiones y á dar saltos, con el objeto de asustar á los que le perseguían.

Pero el cuadrillero valiente:

—¡Animo, compañeros! dijo á los suyos. ¡Adelante, y trabucazo limpio!

Y gritó para que le oyeran los de las otras divisiones:

—¡A ellas! . . . ¡A ellas!

A un mismo tiempo se dispararon más de veinte arcabuces.

Alonso abandonó la tea, la apagó, y corrió á refugiarse en su madriguera.

Poco despues oyó cerca de la casa estas palabras:

—Ya son nuestras, dijo el cuadrillero; se han refugiado en la casa, y de aquí no saldrán más que presas ó muertas.

Con el objeto de amedrentarlos más, desde el fondo de la cueva del caseron comenzó Alonso Velez á dar alaridos.

Muchos retrocedieron.

Pero el cuadrillero valiente:

—Os declaro cobardes, dijo, ó teneis que seguirme hasta encontrar á esas taimadas.

Y se precipitó en la casa seguido de otros varios.

Alonso Velez se vió perdido.

—¡Piedad, piedad! exclamó.

—Sal aquí, ó mueres, dijo el cuadrillero.

El falso brujo no tuvo más remedio que entregarse.

Despues de amarrarle bien codo con codo, registraron todos los rincones de la casa hasta convencerse de que las brujas estaban reducidas á un solo hombre.

Lo llevaron atado á la aldea, eundió la voz de que las brujas se habian trasformado en un hombre, y las personas más timoratas opinaron que lo primero que debia hacerse era exorcitársele.

Practicó esta operacion el cura de la aldea, y la noticia no tardó en llegar á Valladolid.

Inmediatamente se envió órden para que fuera trasladado allí el preso.

Obedeciése este mandato, y la Providencia, que castiga á los culpables, quiso que en el tránsito por las calles de Valladolid hasta la Inquisicion le reconociesen algunas personas.

Por de pronto tenia la justicia en su poder á Alonso Velez, condenado en rebeldía á dos años de galeras.

Respecto á su culpabilidad en el asesinato de la molinera, fué interrogado por el Santo Tribunal.

Las monedas que se le habian encontrado le acusaban.

Algunas de ellas fueron reconocidas por labradores que se las habian entregado á Celestina en pago de las moliendas que habian hecho en su casa.

Alonso Velez, aunque conmovido al oír la reseña del asesinato de la molinera, negó su culpabilidad.

Entónces se dispuso que fueran confrontados sus borceguies con las huellas que se habian hallado al pié de la ventana.

Las pisadas habian sido cercadas por cuatro adobes para que nadie pudiera destruirlas.

Desgraciadamente habian hecho allí su madriguera unos conejos, y las huellas habian desaparecido.

Pero fué careado el reo con la mujer que le habia visto entrar en casa de la molinera, y la tal declaró que era él.

Como á pesar de esto no declaraba, se le llevó al potro. En la primera prueba confesó que en efecto habia sido el asesino de Celestina, pero declaró que no se habia arrojado por la ventana, sino que habia huido en una mula; y para demostrarlo invocó el testimonio de la persona á quien la habia vendido en Torrelobaton.

Sin perjuicio de averiguar más tarde quién era el que se habia escapado por la ventana, bastaba la confesion que habia hecho Alonso Velez para que se le impusiera el castigo merecido.

Fué condenado á muerte, y precisamente el dia en que le pusieron en capilla para llevarle desde allí al suplicio, llegó Isabel á Valladolid.

CAPITULO XXXVII.

Donde se ve cómo un malvado muere á manos de la honra.



SABEL iba resuelta á realizar un plan que habia concebido instantáneamente al saber la calumnia de que habia sido objeto Alonso Velez.

No teniendo donde alojarse, se dirigió á casa de Aldonza, y allí supo tambien que don Alfonso se habia llevado la hija de Américo Vespucio.

Ho-pedada en casa de la pobre mujer, cambió su traje de hombre por el de su verdadero sexo, mandó comprar tocas de luto, y ya con ese traje salió á la calle, dirigiéndose á casa de un espadero.

Allí compró una daga, que, segun dijo, la habian encargado, y ocultándola bajo sus tocas, se encaminó á la cárcel de la Inquisicion y preguntó por el Inquisidor general.

—No puede recíbiros, le dijo uno de los familiares.

—Tened la bondad de manifestarle, añadió, que necesito verle para hablarle del reo que está en capilla.

Estas últimas palabras le franquearon la puerta del lóbre-go despacho en donde á la sazón se hallaba el Inquisidor.

—Vengo á pedir os una gracia, dijo Isabel, cayendo de rodillas á los piés del ministro del Señor.

—¿Qué quereis?

—Soy esposa del reo que está en capilla. No imploro su perdon, porque estoy segura de que merece el castigo que el

Como á pesar de esto no declaraba, se le llevó al potro. En la primera prueba confesó que en efecto habia sido el asesino de Celestina, pero declaró que no se habia arrojado por la ventana, sino que habia huido en una mula; y para demostrarlo invocó el testimonio de la persona á quien la habia vendido en Torrelobaton.

Sin perjuicio de averiguar más tarde quién era el que se habia escapado por la ventana, bastaba la confesion que habia hecho Alonso Velez para que se le impusiera el castigo merecido.

Fué condenado á muerte, y precisamente el dia en que le pusieron en capilla para llevarle desde allí al suplicio, llegó Isabel á Valladolid.

CAPITULO XXXVII.

Donde se ve cómo un malvado muere á manos de la honra.



SABEL iba resuelta á realizar un plan que habia concebido instantáneamente al saber la calumnia de que habia sido objeto Alonso Velez.

No teniendo donde alojarse, se dirigió á casa de Aldonza, y allí supo tambien que don Alfonso se habia llevado la hija de Américo Vespucio.

Ho-pedada en casa de la pobre mujer, cambió su traje de hombre por el de su verdadero sexo, mandó comprar tocas de luto, y ya con ese traje salió á la calle, dirigiéndose á casa de un espadero.

Allí compró una daga, que, segun dijo, la habian encargado, y ocultándola bajo sus tocas, se encaminó á la cárcel de la Inquisicion y preguntó por el Inquisidor general.

—No puede recíbiros, le dijo uno de los familiares.

—Tened la bondad de manifestarle, añadió, que necesito verle para hablarle del reo que está en capilla.

Estas últimas palabras le franquearon la puerta del lóbre-go despacho en donde á la sazón se hallaba el Inquisidor.

—Vengo á pedir os una gracia, dijo Isabel, cayendo de rodillas á los piés del ministro del Señor.

—¿Qué quereis?

—Soy esposa del reo que está en capilla. No imploro su perdon, porque estoy segura de que merece el castigo que el

Santo Tribunal le ha impuesto; he sido su víctima durante toda la vida y solo quiero verle en sus últimos momentos para perdonarle, para aliviar su conciencia del peso de alguna de sus infamias.

Dadme permiso para que entre á verle un solo instante en la capilla.

—¿No me engañais? preguntó el Inquisidor.

—Juraré que soy su esposa, si lo quereis, sobre los Santos Evangelios.

—Jurad, dijo, presentándole el libro: y en ese caso volved esta noche, que os proporcionaré una orden para que entreis en la capilla: estareis con él breve tiempo y os despedireis para siempre.

—¡Dios os pague tanta bondad!

Quedó Isabel en volver á buscarle al anochecer para recibir la orden, y se volvió á su casa.

Allí se encerró y leyó la carta que Colon le habia dado, recomendándola á los reyes.

En aquella carta habia escrito el almirante en breves líneas la historia de las desventuras de Isabel, y suplicaba á los reyes que la protegieran y la hicieran justicia.

Dobló cuidadosamente el escrito, y lo guardó en su seno. Las horas le parecian siglos.

Deseaba con ansia hallarse frente á frente de Alonso Velez. Al fin anoheció.

—No me aguardéis esta noche, dijo á Aldonza

—¿Cómo es eso? ¿Pensais pasarla fuera de casa?

—Tal vez.

—Os veo agitada, trémula... ¿Qué teneis?

—Nada, nada, no hagais caso. Si no volvemos á vernos orad por mí.

Y sin darla tiempo á que formulara las preguntas que la

curiosidad le inspiraba, salió de su casa, y á favor de la oscuridad llegó á la cárcel de la Inquisicion sin ser vista de nadie.

Una vez allí, preguntó por el Inquisidor general.

—¿Sois vos la esposa del reo? preguntó un familiar.

—Para serviros.

—En ese caso tomad esta orden, por medio de la cual os dejarán entrar en la capilla.

—Gracias, dijo Isabel. Dádselas en mi nombre al señor Inquisidor. Tened la bondad de guiarme hasta la puerta de la capilla.

El familiar encargó á un cuadrillero que la condujese, y por un largo y angosto corredor llegó á una escalera muy estrecha; subió por ella, entró en un gran salon muy oscuro, en cuyo fondo se veía una puerta pequeña, y detrás de ella un altar negro con dos velas amarillas en la habitacion á que abria paso.

Unos cuantos arcabuceros custodiaban la puerta.

El cuadrillero llamó á un fraile agonizante que acompañaba al reo, el cual, despues de saber el objeto de aquella visita, acercándose á Isabel:

—Podeis entrar, la dijo; sé que es vuestro esposo, y os dejamos á solas con él.

Isabel dió algunos pasos y entró en la capilla.

La puerta se cerró.

Alonso Velez é Isabel se hallaron frente á frente. El aspecto que ofrecia la capilla aterró al pronto á Isabel.

Aquel estrecho recinto, cuyas paredes estaban colgadas de negro; aquel altar, en el que solo se veía iluminado por débiles é imperceptibles rayos de luz un crucifijo; el silencio que reinaba en la habitacion, interrumpido solo por la respiracion angustiada del reo, eran motivo suficiente para imponer á una mujer por yaronil que fuese.

Permaneció silenciosa algunos momentos.

Poco á poco fué acostumbrándose su vista á aquella débil luz, y el banquillo donde estaba el reo y su figura se destacaron más y más ante sus ojos.

Alonso estaba inmóvil.

Con la cabeza hundida en el pecho, parecía absorto en una profunda meditacion.

El sentimiento de venganza de que se hallaba poseida Isabel se apaciguó en presencia de aquel fúnebre espectáculo.

En un instante cruzaron por su imaginacion todos los recuerdos de su pasado.

¡Cómo habian cambiado las cosas!

Aquel hombre que tenia delante, aquel reo á quien solo el espacio de algunas horas separaba del patíbulo; aquel criminal, que iba á desaparecer del mundo, uniéndolo á su nombre un recuerdo ignominioso, en otro tiempo apuesto y galan, habia turbado la paz de su alma con frases dulcísimas, habia despertado en su corazon el primer latido de amor.

Confiada y amante, habia caído en sus brazos, y al despertar de aquel sueño habia cerrado los ojos avergonzada.

Desde entónces parecia haber pesado sobre ella una maldicion.

El enamorado galan, despues de seducirla, la habia abandonado, y desde entónces el amor se habia trocado en odio.

Dos veces habia hallado en su alma piedad la pobre mujer para perdonarle.

Dos veces habia fingido Alonso un arrepentimiento sincero, y otras tantas habia lacerado el corazon de su esposa con su desvío, con su ingratitud, con su abandono.

Estaba plenamente convencida de que ya era de todo punto imposible una reconciliacion.

No la deseaba: al contrario, iba dispuesta á poner término á

sus desdichas, arrebatando al culpable de las manos de la justicia, para castigarle por sí propia, para hundir en su pecho el acerado puñal que llevaba oculto bajo sus tocas, para realizar la sed de venganza que ardía en su pecho.

Y, sin embargo, al contemplarle en aquel estado, al borde del sepulcro que se abría á sus piés; al leer en la losa que iba á cubrir para siempre sus restos el epitafio ignominioso que como justo castigo iba á escribir sobre ella la inexorable mano de la justicia, no pudo ménos de recordar que aquel nombre estaba ligado al suyo, que habia recibido la bendicion nupcial estrechando su mano, y la piedad reemplazó al odio.

Adelantándose hácia el reo:

—Alonso, dijo; alza la frente, mírame.

Alonso Velez, herido por el timbre de aquella voz, salió de su meditacion, y levantando pausadamente la cabeza, fijó una mirada vaga é indecisa en aquella mujer, cuyo acento habia despertado un recuerdo en su alma.

—¿No me reconoces? añadió Isabel al ver que Alonso tardaba en responderla.

Alonso quiso hablar, pero estaba profundamente conmovido.

Solo acertó á decir:

—Perdóname, Isabel, perdóname.

—Sí, te perdono, exclamó la infeliz; eres digno de compasion, porque Dios ha querido que en los últimos momentos de tu vida comprendas la enormidad de tus crímenes, y veas como castigo de ellos no una de esas catástrofes secretas que la Providencia prepara para que expíen sus culpas los malvados, catástrofe que solo para ellos tiene intensidad y amargura, pero que pasa desapercibida á los ojos del mundo. Creyéndote más culpable, ha querido que expíes públicamente

tus delitos, que padezca tu amor propio, tu orgullo, tu vanidad, pereciendo en un cadalso.

—¡Ah! Calla, calla, exclamó horrorizado Alonso Velez.

—Es justa tu expiacion; vuelve los ojos al pasado, y contarás los días de tu vida por los crímenes. Piensa un instante en lo que has hecho para labrar mi desventura. Y como si esto no fuera bastante, despues de unirme con los enemigos de Colon, del hombre á quien tanto debias, viniste á calumniarle á España; y ya por esa senda, despues de engañar á una pobre mujer, la asesinaste para robarla. ¿Qué móvil te ha guiado á calumniar al hombre heróico que tantos sacrificios ha hecho por tí?

Alonso Velez refirió entónces á Isabel los planes del obispo Fonsesa, y los medios de que se habia valido para inducirle á calumniar al almirante.

Trató asimismo de disculparse á los ojos de su esposa, implorando su piedad en aquellos momentos.

—¡Ah! ¡Si el odio que he sentido hácia tí, exclamó Isabel, no se hubiera trocado, al verte en ese estado lastimoso, en compasion, cuánto gozaria ahora viéndote encadenado, asistiendo á la lenta agonía en que vivirás, contemplando mañana al verdugo, poniéndote la fatal hoga y conduciéndote á la plaza pública para colocarte en el cadalso! ¡Cuánto podria gozar viéndote morir en medio de la execracion general!

Alonso la oía con espanto.

—¡Perdon! ¡Perdon, Isabel! exclamó.

—Te perdono, sí; ¡al fin y al cabo soy tu esposa! ¿Ves este puñal? añadió, sacando el que llevaba oculto. Pues lo habia traído con el objeto de sepultarle en tu pecho, para vengarme de este modo de tus maldades; pero no, no es ya mi venganza lo que deseo. Tómale, y hundiéndole en tu corazon, librate del ludibrio, de la vergüenza, del escarnio que

te espera, exhalando el último aliento ántes de que el verdugo cumpla en tí los decretos de la justicia.

—¡Ah! Sí, sí, exclamó Alonso, tendiendo sus manos para coger el arma.

Isabel le entregó la daga, y Alonso Velez fué á clavarla en su pecho, pero le faltó valor.

—No, no, dijo arrojándola; esto seria aumentar mis pecados. Dios me ha dado la vida: que El me la quite. Si he sido culpable, si merezco la execracion general, cúmplanse los designios de la Providencia.

—¡Miserable! dijo Isabel. ¿Prefieres la deshonor, sin recordar que dejas en el mundo, á los que están ligados á tí, la vergüenza por herencia? Pero si tú no tienes valor, yo lo tengo.

Y cogiendo el arma del suelo, fuera de sí, frenética, delirante, hundió el puñal en el pecho de Alonso Velez, que lanzó un grito al sentir la acerada punta.

Al oír aquel gemido penetrante, acudieron los centinelas, y hallaron á Isabel con el puñal ensangrentado en la mano.

Entraron con luces, y despues de apoderarse de aquella mujer, corrieron á examinar al reo.

La muerte proyectaba su fatilica sombra sobre su rostro.

—¿Qué has hecho, desgraciada? dijo el Inquisidor general á Isabel, al saber lo que habia sucedido.

—Librar á mi esposo de la vergüenza, arrancarle de las gradas del patíbulo.

Inmediatamente se dispuso su prision, y la noticia no tardó en circular, llegando hasta palacio.

Al entrar Isabel en la capilla, llevaba la seguridad de que de allí saldria para el cadalso como Alonso Velez.

Poco le hubiera importado este castigo.

Peró despues de haber sabido los planes del obispo Fonse-

ca, despues de conocer á fondo la red que fabricaba poco á poco para coger en ella à su ilustre protector, comprendió que necesitaba vivir para velar por el hombre que tantos beneficios le habia dispensado.

Aún llevaba consigo algunas monedas, y llamando á su carcelero:

—Tomad, le dijo, dándole el dinero, y haced el favor de proporcionarme una entrevista con una persona á quien necesito ver.

Le dió las señas de Aldonza, y el carcelero logró que aquella pobre mujer entrase en el encierro de su amiga.

—Vais á presentaros á la reina, le dijo Isabel, para entregarla esta carta de mi parte. La direis que la persona á quien recomiendo en ella el almirante está presa y tal vez condenada á muerte por haber querido librar del patíbulo al que estaba unido á ella con vínculos eternos.

Aldonza cumplió inmediatamente la voluntad de Isabel.

En vez de ir a palacio fué á casa de Inés, y mostrándola la carta, la rogó que la diese á Diego para que él mismo la presentase á su majestad.

Enterado el hijo mayor del almirante del contenido de la epístola, se apresuró á entregarla á la reina.

Compadecida la soberana de aquella pobre mujer, y comprendiendo el sentimiento que le habia obligado á cometer aquel crimen, dió orden inmediatamente para que con el mayor misterio la condujesen á su presencia.

Las órdenes fueron cumplidas, é Isabel pudo llegar hasta la régia cámara.

Interrogada por su majestad, halló clemencia en su ánimo.

No podia sin embargo absolverla por completo.

Isabel fué desterrada de España.

Pero queriendo estar cerca para conocer á fondo las ma-

quizaiones de los enemigos de Colon, y al mismo tiempo para enterar á Américo Vespucio de lo que habia pasado, y adquirir por él nuevos datos, pidió que la permitiesen vivir en Portugal.

La reina dispuso que para los gastos del viaje y su subsistencia se le diera una crecida cantidad de sus fondos particulares.

Gracias à esta alta proteccion, pudo Isabel trasladarse á Lisboa, informar allí á Américo Vespucio de los medios de que se habia valido don Alfonso para robarle á su hija, é informarse más y más de los planes del obispo Fonseca.

—Yo destruiré las redes que tiende á Colon, pensó Isabel.

Y algun tiempo despues de su llegada á Portugal, con un nombre supuesto volvió á España, y procuró acercarse al obispo para vigilarle de cerca y desbaratar su plan.

Ya volveremos á encontrarla.

Vamos à ver ahora en qué disposicion salió de España Juan de Aguado con direccion á la colonia, para enterarse de lo que pasaba é inspeccionar los asuntos de las Indias.

CAPITULO XXXVIII.

Donde aparece el tigre bajo el cordero.



JUAN de Aguado habia desempeñado su papel cerca de los reyes á las mil maravillas.

No dudaban sus majestades de que Colon veria un acto de deferencia hácia él en el nombramiento de aquel hombre, que tantas pruebas de simpatías hácia su persona habia dado.

Pero ántes de partir habia conversado largamente con Fonseca, y en vista de que habia obtenido de los reyes ámplios poderes para disponer lo que creyera más oportuno, le encargó mucho el obispo que procurara ponerse bien con los enemigos de Colon á fin de aislarle, empleando al mismo tiempo para con él cierta arrogancia que le obligase á perder la paciencia y á tomar medidas severas, en las cuales podria fundar las acusaciones contra él.

Acompañó á Juan de Aguado en su viaje Diego Colon Pero no iban en la misma carabela.

Despues de un viaje próspero, llegaron las carabelas á la colonia á mediados de Octubre.

Colon habia salido, como he indicado ya en otra parte á restablecer la tranquilidad en el interior de la isla, alterada por el descontento de los indios, á quienes costaba mucho trabajo reunir el tributo y hacian todo lo posible para atacar

las fortalezas y deshacerse poco á poco de los españoles que solos ó en pequeñas partidas recorrian el territorio.

Gobernaba la colonia en ausencia de Cristóbal su hermano Bartolomé, y al desembarcar Juan de Aguado, olvidándose por completo de los beneficios que le habia dispensado el almirante, y de la intencion que habian tenido los reyes al enviarle allí, se mostró desde luego orgulloso y déspota, y entrando en la colonia como en país conquistado, sin hacer caso para nada de Bartolomé Colon, dispuso al desembarcar que en el término de breves horas le rindiesen cuenta los empleados administrativos.

Llevaba ademas una lista de las personas más adictas á Colon, y so pretexto de que habian incurrido en faltas censurables, dispuso que fueran presas y conducidas á bordo para ser escoltadas por las tropas que llevaba.

Asimismo anunció que recibiria en audiencia á todos los colonos para oír sus quejas y conocer á fondo su verdadera situacion.

Gran asombro causaba á Bartolomé que un hombre á quien, segun sus noticias, habia favorecido tanto su hermano, se atreviese á dar aquellas disposiciones sin contar con él, y con una autoridad que parecia superar á la del almirante.

A pesar de que su carácter le impulsó desde luego á pedir explicaciones á Aguado y á suspender sus órdenes, el temor de incurrir en el desagrado de su hermano, que no apelaba á la violencia sino como último recurso, le hizo buscar á Diego para preguntarle cuál era la actitud en que estaban los soberanos y qué clase de poderes llevaba Juan de Aguado para obrar de aquel modo.

Temeroso éste de que Diego perjudicase sus intentos, dispuso que todos los que iban en la carabela que le habia conducido á bordo permaneciesen sin desembarcar hasta recibir sus órdenes.

Bartolomé tuvo que ir á buscarle á la misma carabela.

No ménos asombro que habia causado á Bartolomé la arrogancia de Aguado causó á Diego.

—Estoy seguro, dijo, de que los reyes no le han dado poderes para tanto. Es verdad que á mi llegada á España se habian fulminado graves calumnias contra Cristóbal; pero fueron desmentidas y castigados los que se habian atrevido á mancillar su honra. La mision de Aguado no es otra que la de oír á Colon, enterarse por él de las necesidades de los colonos y de las esperanzas que tienen de conseguir la realizacion de sus planes, para comunicar estas noticias á los reyes. Por lo tanto, si ha dispuesto otra cosa se extralim ita y habrá que contenerle.

—Basta, dijo Bartolomé; ahora sé yo lo que me resta hacer.

Y desde luego dispuso que saltaran á tierra todos los que iban en la carabela.

Inmediatamente, en compañía de su hermano Diego, se dirigió á la residencia que habia ocupado Aguado.

—Mucho me extraña, dijo, que siendo yo, en ausencia del almirante, gobernador de la colonia, no hayais procurado verme, y sobre todo no me hayais consultado ántes de tomar las resoluciones que me acaban de comunicar.

—No os reconozco para nada, dijo Aguado.

—Y sin embargo, en esta colonia no hay más que un jefe.

Ese jefe tiene plenos poderes para delegar su autoridad en quien mejor le parezca. La ha delegado en mí; yo mando aquí, y por nada del mundo consentiré que se invadan mis atribuciones. Mostradme los poderes que teneis para venir aquí con esos fueros, con esa arrogancia, y si son de tal naturaleza que os den la razon, seré el primero en acatarla; pero de lo contrario, os participo desde ahora que ninguna de vues-

tras órdenes se cumplirá, y que podrá muy bien suceder que os arreste hasta que disponga el almirante qué ha de hacerse con vos.

—Hacedlo si quereis, pero temed las consecuencias de ese desacato.

—Os he pedido que me mostreis vuestros poderes. Para tomar una resolucion es necesario que yo sepa con quién hablo.

—Hablais con don Juan de Aguado, enviado de los reyes de España, y esto debe bastaros.

—No me basta.

—Pues sabed que no reconozco en vos facultad alguna para interrogarme. Al almirante le daré las explicaciones que crea convenientes; á vos ninguna.

—Bien está, dijo Bartolomé.

Y mandando llamar á un oficial, le dió orden para arrestar á Aguado.

El oficial le intimó á que se rindiera, y Aguado entónces, mostrándole la credencial de los reyes:

—Ved si podeis prenderme, le dijo.

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la orden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habian investido los reyes.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendían que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponían que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuían á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improperios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

Domina lo por la pasión, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas culumnias veía Aguado testimonios fehacientes de su mala fe y de la escasa inteligencia de Colon.

Soberbio con este fácil triunfo, aprovechó la circunstancia de la ausencia del almirante para asegurar á todos que si se habia alejado era con el objeto de no hallarse presente durante aquel interrogatorio, y se pavoneaba diciendo á todos:

—Me teme, huye de mí: es un verdadero culpable.

Creyendo que su presuncion era realidad, se aventuró á decir que en cuanto supiera el almirante su llegada, reuniría todas las fuerzas que tenia á su mando para darle una batalla, y ver si de este modo podia evitar que se supiera en España la verdad de su infame conducta.

Partiendo de este supuesto, resolvió formar un grupo con la caballería que tenia y alguna infantería, y salió en su busca para prenderlo si oponia resistencia y conducirlo á España con la sumaria, para que recibiera el castigo que merecia.

Todas estas disposiciones, la arrogancia con que hablaba Aguado, las promesas que hacia á todos los que se mostraban hostiles á Colon, les hizo creer que no tardarian en ver al almirante reemplazado por aquel hombre y se pusieron por completo de su parte.

No faltaban, sin embargo, algunos que, apreciando en su justo valor la autoridad de Colon, andaban rehacios y suponían que, dada la energía de su carácter, no consentiria que quedasen impunes los actos del investigador.

Cuando Colon supo por su hermano Bartolomé la llegada de Aguado y la actitud violenta que habia tomado desde el primer momento, apresuró su regreso á la Isabela, dispuesto á pedir cuenta á aquel hombre de la conducta que observaba.

Pero durante el camino reflexionó.

Habia sufrido demasiado en el mundo para que no pudiera contener sus pasiones.

A pesar de las excitaciones de Bartolomé, resolvió mos-

trarse cortés, seguro de que le dominaría más fácilmente con su bondad que imitando su propia conducta.

Aguado supo la determinación de Colon, y aunque temía su entrevista con él, escudado en la credencial de que iba investido esperaba justificar las medidas que había tomado, fundado en su celo por servir á los reyes.

Llegó Colon á la Isabela en medio de la ansiedad de los colonos.

Todos aguardaban una catástrofe.

Colon se hospedó en su palacio, y envió á decir á Aguado con su hermano Diego que al día siguiente le daría audiencia.

Aguado, por su parte, dispuso que volvieran á pregonar sus credenciales ántes de que llegase la hora de presentarse á Colon.

Oyó éste al pregonero, mandóle llamar, y reuniendo en torno suyo á las personas más importantes de la colonia:

—Pregonad aquí, le dijo.

El pregonero obedeció, y despues de terminado el pregon:

—Ahora yo os mando que continueis dando cuenta á todos los colonos de esa real orden.

Al día siguiente se presentó Aguado á él sin atreverse á alzar los ojos en su presencia.

Quiso el almirante que asistieran á aque la entrevista la mayor parte de los españoles que había en la colonia, y todos aguardaban con ansiedad aquel momento.

—Bien venido seáis, dijo Colon á Aguado. No os preguntaré ya cuáles son los motivos que os han traído, porque he oído pregonar la credencial que os han dado los reyes. Vasallo leal, estoy siempre dispuesto á cumplir la voluntad de mis soberanos. Siento en el alma, añadió en medio de la turbación de Aguado y de la sorpresa de todos, no haber estado

aquí cuando llegasteis, porque de lo contrario me hubiera apresurado á recibiros, y yo mismo habría dado las órdenes para facilitaros las noticias que deseais, evitándoos el inmenso disgusto que habreis experimentado seguramente al tener que residenciar y poneros en pugna con un hombre á quien tantas pruebas de afecto habeis dado en la corte, con un amigo á quien sin duda alguna debeis el gran favor que disfrutais cerca de los soberanos de España.

Aquellas palabras produjeron una reaccion favorable hácia Colon en su auditorio.

Aguado sintió todo el peso de su humillacion.

Había dictado aquella medida sin otro objeto que el de excitar la cólera del almirante, obligándole á cometer algun acto violento; pero aquella moderacion, aquella mansedumbre, aquella digna ironía con que le castigaba, le desarmaba por completo, le ponía en ridículo á los ojos de todo el concurso.

No tuvo más remedio que ahogar la ira que ardía en sus labios, mostrándose cortés y escudando sus actos con el deseo que tenia de llenar su mision cumplidamente.

—Yo mismo os autorizo, dijo Colon, para que hagais cuantas informaciones tengais por conveniente, y si es preciso, os ayudaré en esa empresa.

Aguado se retiró corrido.

No había logrado su objeto.

No podía luchar con el almirante con la arrogancia del leon, pero podía acecharle como el tigre y emplear la astucia para conseguir el objeto que le había llevado á la colonia.

CAPITULO XXXIX.

Dios y el hombre.

No pudiendo Aguado lograr con su altanería que, desesperado Colon, cometiese actos agresivos contra su persona, en cuyo caso, como representante de los reyes, hubiera podido acusarle de desacato, continuó en su compañía mortificándole, sí, pero aparentando corresponder á sus bondades, porque de lo contrario se hubieran vuelto contra él todas las acusaciones que deseaba atribuir á Colon.

Sin embargo, so pretexto de que habia recibido órdenes muy apremiantes para averiguar todo lo que pasaba en la colonia, puso á su servicio dos escribanos, que continuamente estaban consagrados á tomar acta, para dar fe en su día, de las declaraciones que uno por uno iban haciendo todos los colonos acerca de lo que habia pasado en la isla, del desacierto del almirante, de la opinion que habian formado de sus disposiciones, y de la esperanza que abrigaban acerca del éxito de la empresa que á tantas leguas de la madre patria habian ido á acometer.

Era creencia general la de que el almirante habia perdido la gracia de los reyes.

—Todas estas investigaciones que se hacen, pensaban, no tienen más objeto que minar la influencia de Colon. Aguado está llamado á reemplazarle: nos conviene, pues, captarnos su voluntad para medrar á su sombra.

Y partiendo de este supuesto, eran muy pocos los que justificaban la conducta del almirante, los que reconocian sus grandes dotes, y mucho ménos los que auguraban buenos resultados de la empresa que llevaba á cabo.

Todas estas actuaciones tenian lugar casi en presencia de Colon, el cual, en vez de ofenderse ostensiblemente, sufría con paciencia aquella persecucion, y pagaba con bondades la actitud, siempre arrogante, siempre provocativa, del emisario de los reyes.

A fuerza de mercedes y de bondades consiguió mortificarle, vengándose de aquella manera diplomática de las vejaciones de que era objeto.

Después de terminada la investigacion de los españoles, quiso Aguado consultar á los indios, y sin auencia de Colon envió emisarios á los principales caciques, manifestándoles que, habiendo sabido los reyes de España el mal trato de que habian sido objeto, y los grandes disturbios que habia ocasionado la conducta de Colon, habian dado las más terminantes órdenes para que fueran respetados, y no contentos aún, y queriendo desagrararlos, les exigian francas declaraciones acerca de los atropellos de que habian sido víctimas; para mejorar su condicion y demostrarles que no eran conquistadores, sino amigos, los que los soberanos de Castilla habian enviado á la isla.

Esperanzados los indios de que con la caida de Colon y el nombramiento de un nuevo jefe mejorarian su condicion, no tuvieron inconveniente en prestar declaraciones acusadoras.

Atribuian á la influencia del almirante todas las injurias y los desmanes de que habian sido víctimas contra su voluntad y por desobediencia de sus capitanes.

Todas estas investigaciones contribuyeron á formar una sumaria muy suficiente para desacreditar á Colon á los ojos

de los reyes, y ademas para hacerle acreedor á un castigo grande por haber abusado de los poderes que le habian conferido.

No ignoraba Colon esta red que se urdia en torno suyo para cogerle en ella.

Pero su conciencia estaba tranquila.

Habia hecho lo que habia podido para evitar la efusion de sangre, y con la entereza del acusado que sabe que es inocente, y confia, si no en la justicia de los hombres, en la justicia de la Providencia, veia impasible formar astuta y cautelosamente aquel lazo, en el que querian cogerle, seguro de que sus palabras bastarian á destruir aquella malla formada por la envidia y la ingratitud.

Tambien quiso Aguado entrar en relaciones con los indios rebeldes que al mando de Guaorocaya y de Anacaona se habian refugiado en las montañas más inaccesibles de la isla, pensando que al ofrecérseles la paz conseguiria dominarlos.

Si tal lograba podria, no solo presentar una acusacion contra el almirante, sino demostrar que su pericia habia bastado para avasallar toda la isla sin derramar una gota de sangre, y este era un triunfo que eclipsaria todos los que hasta entonces habia alcanzado el ilustre marino.

Tales eran sus sueños, y para realizarlos empleó todos los medios que estuvieron á su alcance.

Pero desgraciadamente para él, apenas supo Guaorocaya sus deseos, comprendió que podria ser favorable á su causa la disidencia que existia entre aquellos dos jefes, y concibió esperanzas de reconquistar el terreno perdido en cuanto las luchas intestinas entre los españoles les hiciesen desmayar en la empresa que parecian proponerse llevar á cabo.

Viendo lo inútil de sus tentativas, renunció Aguado, á su pesar, á aquel triunfo, que debia ser la base de su prestigio,

no solo entre los españoles que habia en la colonia, sino en la misma corte de España; y limitando su papel al de acusador del hombre á quien más favores debia, una vez terminada su injuriosa y profunda investigacion, se acercó al almirante.

—Siento mucho, le dijo, haber tenido que molestaros. Pero soy vasallo leal, y al óbrar de este modo no he hecho más que cumplir las órdenes que he recibido.

Desgraciadamente para vos, en vez de captaros la amistad de las personas que teneis á vuestro lado, habeis hecho de cada una un enemigo, y no son nada favorables á vuestra persona las declaraciones que han prestado. Yo no tengo más remedio que partir para dar cuenta á los monarcas de la mision que he venido á desempeñar.

—No me extraña, contestó Colon, que hayais encontrado enemigos míos en los que me rodean. Es condicion humana la ingratitud, y no me causa asombro. Pero como es costumbre oír á los acusados, me propongo acompañaros á España y destruir una por una todas las calumnias que han podido levantar contra mí mis adversarios.

—Yo no sé hasta qué punto podeis dejar abandonada la colonia.

—Supongo que sus majestades no os han dado orden para que me arresteis en ella.

—De ningun modo.

—Pues en ese caso, siendo dueño de mis acciones, quiero partir á España y destruir la obra que laboriosamente habeis fraguado aquí.

—Eso equivaldria á una desercion.

—De ninguna manera. Tengo poderes amplos para delegar mis facultades en la persona á quien tenga por conveniente conferir las, y mi hermano Bartolomé me reemplazará, sin que cause perjuicio al resultado de mi empresa la breve ausencia en que voy á vivir de la colonia.

—He querido evitaros un disgusto, y he guardado una comunicacion que para vos he recibido con el último buque que ha llegado. Pero puesto que estais resuelto á partir, voy á comunicárosla.

Y al decir esto le presentó un documento que por su conducto habia remitido el obispo Fonseca á Colon, manifestándole de parte de los reyes que habian visto sus majestades con desagrado el nombramiento que habia hecho por sí y ante sí de Adelantado mayor, dando á su hermano facultades para regir la colonia durante su ausencia.

Los reyes pretendian que era de su competencia, y solo de su competencia, conferir tan alto nombramiento, razon por la cual le encargaban que en lo sucesivo, sin consultar ántes con su real voluntad, se abstuviera de dar disposiciones de aquella índole.

—¿Y qué quereis decirme con esto? preguntó despues de leer el documento.

—Que no podeis delegar vuestro mando.

—Sus majestades mandan que en lo sucesivo me abstenga de conferir nombramientos de esta clase; pero como Bartolomé está nombrado ya Adelantado mayor, esta cláusula no reza con él, y sin incurrir en desacato puedo muy bien partir, porque no se me manda en esta cédula anular el nombramiento.

—Haced lo que gustéis; pero yo parto mañana mismo.

—Veo que tenéis gran empeño en que no vaya en vuestra compañía.

—Os engañais; me es indiferente que vengais conmigo ó nó. De todos modos, cumpliré mi mision.

—Partid enhorabuena cuando gustéis. Yo, por mi parte, llegaré á España, Dios mediante, al mismo tiempo que vos. Aguado dió las órdenes necesarias para que se aprestasen

los cuatro buques que habia llevado para regresar á España.

Con el objeto de anticiparse algunos dias, ó algunas horas siquiera, al almirante, cuya resolucion de regresar á la metrópoli era inquebrantable, quiso apresurar su marcha.

—Aguado parte mañana, dijeron á Colon.

El almirante miró al cielo, y con la mayor serenidad:

—Dios no quiere que parta, dijo.

Aguado, sin embargo, hizo todo lo posible por darse á la vela, y al dia siguiente mandó embarcar á los que debian acompañarle, y lo dispuso todo para salir al medio dia.

El mar estaba en calma.

Parecia una verdadera balsa de aceite.

Un calor sofocante dificultaba la respiracion de los colonos.

Negras nubes iban amontonándose en el cielo.

La luz del sol desapareció por completo.

Una fresca brisa comenzó á agitar las ramas de los árboles.

La brisa no tardó en tomar proporciones, y precisamente en el instante en que las carabelas se disponian á partir, se levantó un terrible huracan, que obligó á detenerse á los tripulantes.

Los españoles y los indios iban á presenciá un espectáculo grandioso é imponente á la vez.

—¡El furican!... ¡El furican! (R) gritaron.

No tardaron las tranquilas olas en enfurecerse y levantarse hasta los cielos, impulsadas por el récio vendaval que las azotaba.

Al mismo tiempo arreciaba las corrientes de aire que soplaban con ímpetu por opuesto lado.

Las apiñadas nubes se rasgaban para dar paso á las exhalaciones, y una lluvia de rayos y centellas cruzaban en todas direcciones el espacio, yendo á sepultarse en medio de los bosques y tronchando los copudos y seculares árboles.

Las embarcaciones, como endebles barquillas, subían y bajaban, corrían de un lado á otro impulsadas por el viento, y los navegantes no tenían más remedio que arrojar al agua y ganar la orilla para guarecerse en ella de la tempestad.

La lluvia caía á torrentes.

El estampido del trueno resonaba en el espacio, produciendo el espanto y el terror, no solo entre los españoles, sino entre los indios, que no recordaban un temporal tan deshecho en toda su vida.

Las corrientes de fuego que surcaban los aires incendiaban los bosques.

De distancia en distancia se descubrían grandes hogueras que, á impulso del viento, se agitaban con frenesí.

Densas nubes de humo aumentaban la negrura del cielo.

Las casas se llenaban de agua.

Cuando cesaba el estampido horrísono del trueno, los graznidos atronadores de las bandadas de aves, que cruzaban de un lado á otro el espacio buscando una guarida, aumentaban el horror de aquel cuadro.

Los gritos de los marineros se confundían con aquellos graznidos salvajes, y los más valientes se guarecían entre las rocas y en las casas, que se bamboleaban amenazando desplomarse.

La consternación fué general.

Los españoles y los indios estaban horrorizados.

El vendaval rompió los cables de los buques, y echó tres de ellos á pique con cuanto tenían á bordo.

Otros chocaron entre sí, convirtiéndose en mil pedazos, que las olas enfurecidas arrojaban á la playa, mientras que el huracán, desgarrando las ramas de los árboles, desbarataba la isla.

En aquellos momentos, Guaorocaya, seguido de sus butios,

y aprovechando la consternación de los españoles, reanimaba su abatido espíritu, diciéndose que aquello era un castigo con que Vagoniana iba á hacer expiar á sus enemigos los crímenes que había cometido en la isla.

Aguado había tenido que volver á tierra, y salvándose milagrosamente del temporal, se había refugiado en el palacio de Colon.

Su agitación contrastaba con la tranquilidad del gran hombre.

El remordimiento se retrataba en el rostro de Aguado, que veía destruidos todos sus planes.

Atribuía á castigo de la Providencia aquella espantosa tormenta, que haciéndole perder sus embarcaciones, le obligaba á permanecer en la isla; y hasta la serenidad con que Colon presenciaba aquel espectáculo aumentaba su consternación, porque veía en aquello una prueba de la grandeza de alma de su enemigo.

Tres horas duró el huracán, y los destrozos que causó fueron inmensos.

De todas las carabelas que había en el puerto solo pudo salvarse una, *La Niña*, y aun así quedó en muy mal estado.

Apaciguado el temporal, mientras acababan de consumirse las selvas incendiadas, mientras que los indios y los españoles contemplaban aterrados las ramas de los árboles esparcidas por el suelo, los troncos quebrados como si fueran frágiles cañas, Colon dispuso que todos los españoles fueran al templo á dar gracias á la Providencia por haberlos salvado del peligro.

Aguado no tuvo valor para ir.

La excitación nerviosa que había sufrido le había postrado por completo, y cayó enfermo.

Colon mandó asistirle, y él mismo acudió á la cabecera de su lecho para prestarle toda clase de auxilios.

Inmediatamente dispuso que con los restos de las carabelas que el temporal habia arrojado á la playa se fabricase una; dispuso asimismo que se repusiesen todas las averías de *La Niña*, y pensó desde luego ir con Aguado á España en una de las dos carabelas, dejando la otra á los españoles, que no podian quedarse en la colonia sin una embarcacion.

Dos meses trascurrieron, al cabo de los cuales se restableció Aguado, y pudo botarse al agua la carabela formada con los restos de las otras, á la que se bautizó con el nombre de *Santa Cruz*.

Colon se disponia á partir para España, cuando recibió una noticia que colmó sus esperanzas.

Esta noticia era el descubrimiento de una rica mina de oro. Veamos cómo se habia operado tal portento.

Pero ántes de contar estos detalles, penetremos en los dominios de Guaorocaya para saber cuál era la situacion de Anacaona y la de su amada hija Higuamamota, á quien dejamos enamorada del valiente soldado Hernando de Guevara.

CAPITULO XL.

La conversion de Higuamamota.

DESPUES de la derrota de los indios en las llanuras de Bonao, los que no estaban prisioneros y bajo la dominacion de los españoles se refugiaron en las cavernas de Cacibaxagua y Amayauna al mando del único cacique que habia quedado con vida y en libertad.

Anacaona compartió con él el trono.

Todos, en medio de la soledad y del misterio, juraron exterminar á los españoles por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Pero para conseguir este objeto necesitaban saber esperar.

La esperanza aliviaba el inmenso dolor que sentia Anacaona al saber que Caonabo estaba en poder de los españoles.

Pero Higuamamota sufría más que su madre.

No podia olvidar á su amante, al valiente y generoso Hernando de Guevara, que habia despertado en su alma el primer sentimiento de su amor.

Ignorando la suerte que habia tenido el jóven, y deseando á toda costa unirse con él, manifestó á su madre vivos deseos de pasar algun tiempo en compañía de Guarionex y de su hija, á los que accedió la reina, porque comprendió que lo que queria Higuamamota era vivir más cerca de su amante, y no tenia valor para negarle aquel consuelo que, en medio de sus desdichas, sonreía á su corazon.

Higuamamota fué enviada al palacio de Guarionex ántes

Inmediatamente dispuso que con los restos de las carabelas que el temporal habia arrojado á la playa se fabricase una; dispuso asimismo que se repusiesen todas las averías de *La Niña*, y pensó desde luego ir con Aguado á España en una de las dos carabelas, dejando la otra á los españoles, que no podian quedarse en la colonia sin una embarcacion.

Dos meses trascurrieron, al cabo de los cuales se restableció Aguado, y pudo botarse al agua la carabela formada con los restos de las otras, á la que se bautizó con el nombre de *Santa Cruz*.

Colon se disponia á partir para España, cuando recibió una noticia que colmó sus esperanzas.

Esta noticia era el descubrimiento de una rica mina de oro. Veamos cómo se habia operado tal portento.

Pero ántes de contar estos detalles, penetremos en los dominios de Guaorocaya para saber cuál era la situacion de Anacaona y la de su amada hija Higuamamota, á quien dejamos enamorada del valiente soldado Hernando de Guevara.

CAPITULO XL.

La conversion de Higuamamota.

DESPUES de la derrota de los indios en las llanuras de Bonao, los que no estaban prisioneros y bajo la dominacion de los españoles se refugiaron en las cavernas de Cacibaxagua y Amayauna al mando del único cacique que habia quedado con vida y en libertad.

Anacaona compartió con él el trono.

Todos, en medio de la soledad y del misterio, juraron exterminar á los españoles por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Pero para conseguir este objeto necesitaban saber esperar.

La esperanza aliviaba el inmenso dolor que sentia Anacaona al saber que Caonabo estaba en poder de los españoles.

Pero Higuamamota sufría más que su madre.

No podia olvidar á su amante, al valiente y generoso Hernando de Guevara, que habia despertado en su alma el primer sentimiento de su amor.

Ignorando la suerte que habia tenido el jóven, y deseando á toda costa unirse con él, manifestó á su madre vivos deseos de pasar algun tiempo en compañía de Guarionex y de su hija, á los que accedió la reina, porque comprendió que lo que queria Higuamamota era vivir más cerca de su amante, y no tenia valor para negarle aquel consuelo que, en medio de sus desdichas, sonreía á su corazon.

Higuamamota fué enviada al palacio de Guarionex ántes

de que ocurriera la catástrofe promovida por Barahona, catástrofe que dió por resultado la muerte del cacique de la Vega Real.

Dije á su tiempo que uno de los misioneros se habia encargado de inculcar los verdaderos principios de la religion á Guarionex.

Este misionero se llamaba Roman Pane, y era un venerable eclesiástico de cincuenta años, de sólida virtud y carácter bondadoso.

Deseoso de convertir á la fe á Higuamamota y á la hija del cacique, no tardó en comprender que la primera poseia cualidades extraordinarias y gran predisposicion á que fructificaran en su alma las saludables semillas que arrojaba en ella.

Higuamamota confió al padre Pane el amor que sentia hácia Hernando de Guevara, y su inquebrantable resolucion de ser su esposa, de amarle con delirio toda la vida.

—Para que consigas tu deseo, la dijo el venerable sacerdote, necesitas ante todo profesar su misma religion, abrigar sus creencias.

Higuamamota, convencida de que solo de este modo podria alcanzar la felicidad, oia con entusiasmo las lecciones del misionero, y sentia que su alma se despertaba á un nuevo mundo, lleno de ventura, que hasta entónces no habia podido adivinar.

Ocurrió la catástrofe acaecida por Barahona, y la esposa de Guarionex, prefiriendo la muerte á la deshonra, puso fin á sus dias arrojándose al rio.

Guarionex, queriendo destruir la fortaleza de la Concepcion, pereció con los que le ayudaron á llevar á cabo esta empresa; su hija quedó esclava, y el misionero, llevando á la Isabela á Higuamamota, pidió á Colon su proteccion para ella.

—La jóven india confió con su encantadora candidez á Colon el amor que profesaba á Hernando de Guevara.

El almirante la tomó bajo su proteccion; pero le manifestó que no podria permanecer en la Isabela, ni enlazarse, como deseaba, con su amante, sin la licencia de los reyes.

La jóven deseó con ansia recibir el bautismo, y accediendo Colon á los ruegos de los misioneros, y especialmente á los del padre Roman, fué bautizada misteriosamente en la iglesia, disponiendo que al dia siguiente partiese á reunirse con su madre.

El padre Roman habia hecho una promesa á Higuamamota, y la cumplió.

Quiso quedarse la jóven en el templo orando, y cuando todos los habitantes de la colonia dormian, penetraron en la casa de Dios el padre Roman y Hernando de Guevara.

Hernando amaba á Higuamamota.

La jóven le esperaba.

Enlazando sus manos, recibieron la bendicion nupcial, se juraron eterna fidelidad, y Hernando ofreció á su esposa obtener el permiso de los reyes para llevarla consigo á España.

No tenian más remedio que separarse, y Hernando partió, dando á Higuamamota un escapulario de la Virgen, que la jóven colocó en su cuello, considerándole como un talisman precioso.

El padre Roman salió con Hernando, é Higuamamota volvió á quedar sola en el templo.

Era feliz.

Su union estaba bendecida, y el lazo que ligaba su alma á la de Hernando era indisoluble.

Al dia siguiente, acompañada por el padre Roman, fué conducida la jóven india hasta un paraje en donde no podian penetrar los españoles, próximo á las cavernas de Cacibaxagua, desde el cual Higuamamota corrió en busca de su madre.

Anacaona creía haberla perdido para siempre.

Después de saber la desastrosa muerte de Guarionex, había buscado à su hija sin hallarla.

Higuanamota estrechó con efusión à su madre.

Su alegría contrastaba con la tristeza de la pobre reina.

—¡Madre mía! dijo la jóven. El agua del bautismo me ha purificado. El butio de los españoles me ha enseñado à rezar, y me ha indicado los medios de alcanzar la felicidad eterna en el cielo. El ha bendecido mi union con Hernando de Guevara; ya soy su esposa, y él ha ofrecido amarme siempre, llevarme à su país. Tú vendrás con nosotros, y mi felicidad consolará tus desventuras.

—¿Qué has hecho, desgraciada? exclamó Anacaona. ¿Has abandonado la fe de tus padres, te has unido para siempre con el extranjero, con el destructor de tus hermanos?

—El es bueno, madre mía.

—¡Oh! No, si hubiera sido bueno, hubiera venido à auxiliarnos, nos hubiera defendido de los suyos, y aun cuando le he buscado en el combate, no le he hallado.

—Estaba prisionero por habernos defendido; no dudes que me ama, no dudes que desea mi bien.

Alégrate, madre mía, alégrate, porque tu hija ha alcanzado la felicidad.

Anacaona sintió agolparse à sus ojos las lágrimas de la desesperacion.

Pero ¿tenía derecho para turbar la dicha de su hija?

No; respetó su ventura, y la dejó entregada à sus ilusiones, mientras ella fraguaba con Guaorocaya y los demas caciques el medio de libertar à su patria del yugo de los extranjeros.

CAPITULO XLI.

Donde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga.



Como se dijo anteriormente que un acontecimiento inesperado ofreció à Colon la realizacion de una gran parte de los sueños que había concebido.

Para dar cuenta de este fausto suceso, necesito poner al corriente à los lectores de una extraña circunstancia.

Uno de los oficiales que había llevado Colon en su compañía à la Isabela, se llamaba Miguel Diaz, y era un aragonés de pura raza.

En la batalla que había dado el almirante à los indios en las llanuras de Bonao destruyó su ejército, y dominando toda la parte llana de la isla, se había portado como un héroe.

Ojeda, deseando tenerle en su compañía, había obtenido de Colon que le destinase al fuerte de Santo Tomás.

Podría tener el aragonés unos veintiocho años.

Era alto, grueso, corpulento, de músculos de acero, y à estas cualidades de la fuerza reunía unos ojos negros, rasgados, vivos, una abundante cabellera negra, facciones correctas y expresivas, que le hacían pasar por un buen mozo en toda la extension de la palabra.

Era además valiente, noble, franco, generoso, y adoraba à su patria.

Entre los oficiales que había en el fuerte à las órdenes de

Anacaona creía haberla perdido para siempre.

Después de saber la desastrosa muerte de Guarionex, había buscado à su hija sin hallarla.

Higuanamota estrechó con efusión à su madre.

Su alegría contrastaba con la tristeza de la pobre reina.

—¡Madre mía! dijo la jóven. El agua del bautismo me ha purificado. El butio de los españoles me ha enseñado à rezar, y me ha indicado los medios de alcanzar la felicidad eterna en el cielo. El ha bendecido mi union con Hernando de Guevara; ya soy su esposa, y él ha ofrecido amarme siempre, llevarme à su país. Tú vendrás con nosotros, y mi felicidad consolará tus desventuras.

—¿Qué has hecho, desgraciada? exclamó Anacaona. ¿Has abandonado la fe de tus padres, te has unido para siempre con el extranjero, con el destructor de tus hermanos?

—El es bueno, madre mía.

—¡Oh! No, si hubiera sido bueno, hubiera venido à auxiliarnos, nos hubiera defendido de los suyos, y aun cuando le he buscado en el combate, no le he hallado.

—Estaba prisionero por habernos defendido; no dudes que me ama, no dudes que desea mi bien.

Alégrate, madre mía, alégrate, porque tu hija ha alcanzado la felicidad.

Anacaona sintió agolparse à sus ojos las lágrimas de la desesperacion.

Pero ¿tenía derecho para turbar la dicha de su hija?

No; respetó su ventura, y la dejó entregada à sus ilusiones, mientras ella fraguaba con Guaorocaya y los demas caciques el medio de libertar à su patria del yugo de los extranjeros.

CAPITULO XLI.

Donde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga.



Como se dijo anteriormente que un acontecimiento inesperado ofreció à Colon la realizacion de una gran parte de los sueños que había concebido.

Para dar cuenta de este fausto suceso, necesito poner al corriente à los lectores de una extraña circunstancia.

Uno de los oficiales que había llevado Colon en su compañía à la Isabela, se llamaba Miguel Diaz, y era un aragonés de pura raza.

En la batalla que había dado el almirante à los indios en las llanuras de Bonao destruyó su ejército, y dominando toda la parte llana de la isla, se había portado como un héroe.

Ojeda, deseando tenerle en su compañía, había obtenido de Colon que le destinase al fuerte de Santo Tomás.

Podría tener el aragonés unos veintiocho años.

Era alto, grueso, corpulento, de músculos de acero, y à estas cualidades de la fuerza reunía unos ojos negros, rasgados, vivos, una abundante cabellera negra, facciones correctas y expresivas, que le hacían pasar por un buen mozo en toda la extension de la palabra.

Era además valiente, noble, franco, generoso, y adoraba à su patria.

Entre los oficiales que había en el fuerte à las órdenes de

Ojeda, se hallaba un vizcaino, tambien valiente y generoso, pero de un carácter díscolo, intransigente y pendenciero.

Llamábase Timoteo Ubarburu.

Desde el primer momento inspiró Miguel Diaz á sus compañeros grandes simpatías, y esto bastó para que Ubarburu le mirase con malos ojos.

Una tarde estaban reunidos los dos con seis camaradas más al pié de la fortaleza, y entretenían sus ócios jugando á los dados.

Diaz ganaba á Ubarburu, y sus compañeros parecían entusiasmarse al ver que la suerte le favorecía.

Esco amostazaba un tanto al vizcaino.

Ubarburu empezó á maldecir, y sus juramentos eran recibidos con sonoras carcajadas.

—Decididamente no teneis suerte, le dijo uno.

—No os favorece, añadió otro, porque la suerte es una jóven muy bien criada, y al oír vuestras palabras se estremece y os abandona.

El vizcaino redoblaba sus juramentos.

—Cualquiera diría que erais avaro, exclamó Diaz.

—Lo que ménos me importa es el dinero. Lo que me duele es que me gane.

—Vamos, sed franco; no es cuestion de amor propio sino de maravedís.

—¡Voto á mil diablos! Os engañais.

—Sí, todos los vizcainos tienen fama de ser avaros.

—Poco á poco, exclamó Ubarburu, todo lo consiento ménos que habéis mal de mis compatriotas. No valen todos los aragoneses juntos lo que un solo vizcaino.

Una sonora carcajada acabó de irritar á Timoteo.

—No juego más, dijo éste levantándose amostazado.

—¿Temeis perder las últimas monedas?

—Temo no tener paciencia para soportar vuestras burlas, y como yo me enfade....

—¿Qué va à pasar? dijo Diaz adelantándose hácia él en actitud provocadora.

—Veó que quereis perder lo que llevais ganado.

—¿Cómo es posible eso?

—Muriendo à mis manos.

—Ni vos, ni todos los vizcainos juntos sois capaces de ponerlos delante de un aragonés.

Timoteo, que era naturalmente pendenciero, aceptó el reto de Miguel Diaz.

—Me hablais de esa manera porque sabeis que, ántes de que tuviéramos tiempo de cruzar las espadas, nos arrestarian.

—No lo creais; aquí teneis seis camaradas, y vendrán con nosotros hasta el bosque inmediato. Allí nos batiremos, y ellos nos servirán de padrinos.

—¿Luego me provocais?

—Estoy cansado de oír vuestras bravatas, y me teneis á vuestra disposicion.

—En marcha, dijo el vizcaino.

—Venid, amigos, venid, repuso Diaz.

Las cosas habian llegado á tal extremo, que era imposible retroceder.

Se trataba de una cuestion de honor, y aunque iban á arriesgarse mucho, no quisieron abandonar à los dos adversarios.

Se dirigieron hácia un bosque que empezaba en la márgen del rio, y allí, ocultos de las miradas de todo el mundo, escogieron el terreno á propósito para cruzar sus armas.

Los padrinos convinieron en las bases del desaffo.

No debia de ser á muerte, porque no habia motivo bastante entre ellos para que llegase la lucha à aquel extremo.

Se convino en que se pararian en el momento en que cualquiera de los dos fuera herido.

Midiendo las espadas las entregaron á los adversarios, y éstos se pusieron en guardia y comenzaron á luchar.

No era corto de brazo Timoteo.

Diestro en el manejo de las armas, marcaba cuchilladas y estocadas terribles á Miguel Díaz.

La lucha se prolongaba.

Diez minutos habian trascurrido, y todavía estaban en pié los combatientes sin ánimo de rendirse.

Timoteo se fué á fondo, y la punta de su espada estaba á una línea del pecho de Miguel.

Pero éste, huyendo el cuerpo, despues de defenderse de su estocada, cayó como un leon sobre su adversario y le atravesó el costado derecho.

Ubarburu cayó en tierra bañado en sangre.

Los padrinos le recogieron y le llevaron hasta la fortaleza, donde despues de prodigarle los auxilios convenientes, se presentaron á Ojeda para manifestarle lo que habia pasado y ponerse á sus órdenes.

Sintió el valiente capitan que soldados tan aguerridos como aquellos empleasen la fuerza y derramasen la sangre por cosas tan fútiles como la que habia dado lugar al desafío.

Indignado con ellos, pero fiado en su palabra, les mandó que inmediatamente se dirigieran á la Isabela para presentarse al almirante á recibir el castigo que les impusiese.

Partieron, en efecto, con Miguel Díaz los seis amigos que habian presenciado el lance, resueltos á obedecer á Ojeda.

Pero uno de ellos, parando á sus compañeros en medio del camino:

—Somos unos menguados, les dijo; vamos á entregarnos como unos corderos, y la penitencia va á ser mucho mayor que el pecado. Ya conoceis la severidad de Colon. O nos con-

dena á vivir en el agua cargados de cadenas, ó nos envia con la primera expedicion á España.

—Hágase su voluntad, dijo otro; hemos sido culpables, expiemos nuestro delito.

—Yo, por mi parte opino, añadió el primero, que debemos jugar el todo por el todo. Somos siete; estamos bien armados, los indios temen á los españoles. En vez de ir á buscar á Colon, vamos á trasladarnos á una ciudad muy apartada de la colonia.

—Sí, sí, exclamó Miguel Díaz; exploremos la parte de la isla en donde no han entrado nuestros hermanos, extendamos el dominio de nuestras armas, y de este modo nos libraremos por de pronto del castigo, y lo trocaremos en un premio si obtenemos buen resultado en nuestra expedicion.

—Es que pueden volverse las tornas, dijo otro. Si encontramos una partida de indios superior en número á nosotros, van á vengarse de las derrotas que han sufrido.

—¿Qué importa? Entre vivir encadenados ó morir peleando, prefiero lo último.

—Pues en marcha.

Y aceptando todos esta resolucion, comenzaron á caminar sin rumbo fijo, pero en direccion opuesta á la de la Isabela, no encontrando ningun obstáculo, porque los indios que hallaban al paso, ó huian despavoridos al verlos, ó amedrentados corrian á prestarles toda clase de auxilios, ofreciéndoles abundantes provisiones.

Llegaron, pues, al cabo de cuatro dias de camino, á una poblacion india en la costa del Sur, cerca de la desembocadura del rio Ozema, en donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

En aquella region de la isla reinaba una mujer, llamada Aimohila, que en el lenguaje del país queria decir *Pearla del Torrente*.

Apartados del teatro de la guerra, á unas cincuenta leguas de la colonia, tenian, sin embargo, los habitantes de aquella poblacion noticia del poderio de los españoles.

Pero como hasta entónces no habian sufrido las consecuencias de su dominacion, se mostraron afectuosos con los recién llegados y los hospedaron, colmándolos de atenciones.

Aimohila fijó sus ojos en Miguel Diaz.

La abrasadora mirada del aragonés encendió su pecho.

Desde aquel momento fué sagrado para sus vasallos.

Era Aimohila una de las indias más hermosas que habia visto Miguel Diaz desde que estaba en la Española.

Tenia ojos azules, cosa rara en las indias, y sus formas parecian modeladas por un escultor griego de la antigüedad.

Carecia del aspecto varonil que caracterizaba á Anacaona.

Su dulce mirada, su actitud humilde y bondadosa, le hacian avasallar, pero no por temor, sino por el afecto.

Con su natral candidez manifestó desde el primer momento á Miguel Diaz el amor que le habia inspirado, y mandando que fuera á su presencia, y rogándole que se sentara á sus piés, fijó en él su dulce mirada, acarició sus cabellos, besó sus manos, y ébria de gozo:

—Tú eres, le dijo, el esposo que yo he soñado; mi corazón late por tí; todo cuanto poseo es tuyo: abandona á tus hermanos, vive conmigo y serás rey en mis dominios. Los españoles que te acompañan, colmados de mercedes, no echarán de ménos su patria; mis vasallos trabajarán para tí; yo velaré tu sueño; yo haré que la alegría reine en tu corazón; el venerable butio que ha guiado mi infancia y los primeros días de mi juventud, bendecirá nuestra union.

Habia tanta sinceridad en las palabras de la india, revelaba sus sentimientos con una efusion tan grande, que Miguel Diaz no pudo ménos de participar de aquel amor y acceder á

los ruegos de la reina, prometiéndola verdaderamente ser su esposo.

Aimohila era el ídolo de sus vasallos.

Desde muy niña habia quedado huérfana; pero todos habian respetado como soberana á la hija de su cacique, y hasta el mismo Guacanajari habia dejado en completa libertad sus Estados.

Su territorio se llamaba *la mansion de la paz y del amor*.

Diaz manifestó á sus camañeros lo que pasaba, y aplaudieron su determinacion.

Buen cristiano el aragonés, habló á Aimohila de su religion, y ella le prometió abrazarla y hacerla profesar á todos los indios.

Las bodas de Miguel Diaz y de Aimohila se celebraron con gran pompa, y el amor que habian sentido en su corazón se aumentó en ella impulsada por su admiracion en él por la belleza de alma de la reina india.

Trascurrieron dos meses, en los cuales la felicidad que sonreia al bizarro aragonés le hizo olvidar su patria.

Pero sus camaradas no vivian tan contentos como él, aunque podia decirse que eran los verdaderos señores de aquella parte de la isla, y renovando en Miguel los recuerdos de España, los triunfos de la guerra, las esperanzas de la expedicion, le comunicaron su tristeza.

Aimohila hacia todo lo posible para destruirla.

Las vírgenes cantaban en su presencia melancólicos arcos, y bailaban, para alegrarle, las danzas del país.

Los mejores frutos constituian sus víveres.

Aimohila se desvivía por hacerle dichoso.

Pero su tristeza aumentaba.

Dotada la reina de gran penetracion, no tardó en comprender la causa de aquella melancolía.

—Echas de ménos á tus hermanos, le dijo. Quisieras volver à su lado, pero al mismo tiempo me amas, y esto causa tu tormento. Hay un medio para que se realice tu deseo y el mio.

Yo te amo más que á mi vida. Por tí estoy resuelta á hacer los mayores sacrificios.

Habeis venido á conquistar la isla, os habeis apoderado de los Estados de Guacanajari y de Guarionex. Llama á tus compatriotas, que vengan tambien á dominar los míos; yo les brindo con la paz, seré su esclava; pero que no me separen de tu lado, que respeten nuestro amor, y yo cambiaré gustosa por él mi corona de reina.

Miguel sabia que si los españoles llegaban allí, la convertirian en esclava, y no reconocerian el lazo que ligaba sus corazones.

La india repetia sus súplicas.

—Yo sé, le dijo al fin, que amais el oro. Lo habeis buscado en el Cibao, en el río Jánico y en el Inca; pero en ninguna parte de la isla hay un oro tan puro como el que yo poseo. Ven, ven conmigo, añadió. Vas á ver mi tesoro, y te lo ofrezco para que se lo brindes á tus hermanos. Cuando sepan que existe vendrán aquí, estarán á tu lado, te devolverán la alegría que has perdido, y yo al verte contento seré la más feliz de las mujeres.

¡Oh! Aimohila amaba de verdad á Miguel Diaz.

CAPITULO XLII.

Las minas de Hayna.



MIGUEL Diaz, gujado por Aimohila, salió de la ciudad por la orilla del Ozema, y la reina india le llevó hasta la falda de una montaña que separaba su territorio del que á la sazón ocupaban Guaorocaya y Anacaona.

Un anciano indio salió al encuentro de su reina, y despues de saber el objeto de su llegada, les guió hasta una gran abertura que habia en la roca.

—Aquí están mis ricas minas de oro, dijo Aimohila á Miguel Diaz.

Y por orden suya presentó el indio al jóven aragonés grandes fragmentos de aquel rico metal.

—Todo esto es tuyo, todo esto es de tus hermanos, dijo la enamorada reina á Miguel Diaz.

El aragonés estaba asombrado.

Era imposible una fortuna mayor que la que él habia alcanzado.

Podia decir que él era el que habia conseguido el objeto de la expedición.

Al volver á la ciudad comunicó á sus camaradas el descubrimiento que habia hecho, y todos disertaron acerca del partido que debian tomar.

—Eso basta, dijo uno de ellos, para alcanzar nuestro perdón.

—Echas de ménos á tus hermanos, le dijo. Quisieras volver à su lado, pero al mismo tiempo me amas, y esto causa tu tormento. Hay un medio para que se realice tu deseo y el mio.

Yo te amo más que á mi vida. Por tí estoy resuelta á hacer los mayores sacrificios.

Habéis venido á conquistar la isla, os habéis apoderado de los Estados de Guacanajari y de Guarionex. Llama á tus compatriotas, que vengan tambien á dominar los míos; yo les brindo con la paz, seré su esclava; pero que no me separen de tu lado, que respeten nuestro amor, y yo cambiaré gustosa por él mi corona de reina.

Miguel sabia que si los españoles llegaban allí, la convertirían en esclava, y no reconocerían el lazo que ligaba sus corazones.

La india repetía sus súplicas.

—Yo sé, le dijo al fin, que amais el oro. Lo habéis buscado en el Cibao, en el río Jánico y en el Inca; pero en ninguna parte de la isla hay un oro tan puro como el que yo poseo. Ven, ven conmigo, añadió. Vas á ver mi tesoro, y te lo ofrezco para que se lo brindes á tus hermanos. Cuando sepan que existe vendrán aquí, estarán á tu lado, te devolverán la alegría que has perdido, y yo al verte contento seré la más feliz de las mujeres.

¡Oh! Aimohila amaba de verdad á Miguel Diaz.

CAPITULO XLII.

Las minas de Hayna.



MIGUEL Diaz, gujado por Aimohila, salió de la ciudad por la orilla del Ozema, y la reina india le llevó hasta la falda de una montaña que separaba su territorio del que á la sazón ocupaban Guaorocaya y Anacaona.

Un anciano indio salió al encuentro de su reina, y despues de saber el objeto de su llegada, les guió hasta una gran abertura que habia en la roca.

—Aquí están mis ricas minas de oro, dijo Aimohila á Miguel Diaz.

Y por orden suya presentó el indio al jóven aragonés grandes fragmentos de aquel rico metal.

—Todo esto es tuyo, todo esto es de tus hermanos, dijo la enamorada reina á Miguel Diaz.

El aragonés estaba asombrado.

Era imposible una fortuna mayor que la que él habia alcanzado.

Podía decir que él era el que habia conseguido el objeto de la expedición.

Al volver á la ciudad comunicó á sus camaradas el descubrimiento que habia hecho, y todos disertaron acerca del partido que debían tomar.

—Eso basta, dijo uno de ellos, para alcanzar nuestro perdón.

—Desde luego, añadió otro; el principal objeto del almirante, al descubrir estos países, ha sido encontrar oro que enviar á España; pero todos los esfuerzos que se han hecho hasta ahora han sido inútiles.

—Estas riquezas, dijo un tercero, no nos sirven de nada á nosotros. Si no diéramos parte de que existen, tendríamos que contentarnos con mirarlas, y la verdad es que el oro no vale la pena de esa contemplación.

—En mi concepto, añadió Miguel Diaz, debemos dirigirnos inmediatamente á la colonia, ver al almirante, confesarle nuestro pecado, y manifestarle que, deseosos de contraer algun mérito para obtener perdon, nos dirigimos á este país con el objeto de explorarle. El éxito ha sido lisonjero. Hemos hallado minas de oro, y yo no tengo la menor duda de que, en gracia del triunfo que hemos conseguido, nos perdonará la desercion y nos colmará de mercedes.

Conformes todos en adoptar esta resolucion, habló Miguel Diaz á su esposa.

—Soy demasiado feliz á tu lado, le dijo, para renunciar á tu amor; pero por lo mismo que te amo quiero tu bien, y tu bien exige que me separe de tu lado por algun tiempo.

Aimohila se estremeció al oírle.

—¿Vas á separarte de mí?

—Por breves dias nada más. El objeto de nuestro viaje á estos dominios no ha sido avasallar á los indios, sino encontrar oro. Tú posees ese metal en gran abundancia, y me lo has ofrecido.

Yo á mi vez voy á ofrecérsele á mis hermanos; me premiarán por este descubrimiento, y si tú, como me has ofrecido, profesas la religion cristiana; si recibes el agua del bautismo y quieres acompañarme á mi nacion, allí disfrutaremos en dulce calma la ventura que nuestro cariño nos ofrece, y el galardón á que me harán sin duda acreedor tus bondades.

Aimohila comprendió la sinceridad de Miguel Diaz y aceptó el sacrificio.

Con la promesa de que no tardaría en volver acompañado de muchos españoles, que se establecerían en las fértiles orillas del Ozema, partió Miguel Diaz, no sin explorar ántes el país y observar su feracidad, su belleza y lo saludable del clima; se dirigió con sus camaradas á la Isabela, guiado por algunos indios, que por atajos los llevaron en breve tiempo al término de su viaje.

Los primeros colonos que los vieron los recibieron con las mayores muestras de alegría, porque, despues de haberlos buscado inútilmente, habían creído que los indios se habían vengado en ellos de las derrotas que habían sufrido.

Se aumentó la alegría de Miguel Diaz al saber que su adversario Timoteo Ubarburu se había restablecido de su herida, y con mayores ánimos llegó á presencia de Colon.

Realizando al pié de la letra su plan, manifestó al almirante los motivos que había tenido para desobedecer las órdenes de Ojeda, no pudiendo Colon ménos de asombrarse al oír que había descubierto ricas minas en los estados de Aimohila.

Aquello colmaba todas sus esperanzas.

No podía ménos de ver en aquel suceso la mano de la Providencia.

Estaba resuelto á partir al mismo tiempo que Aguado para contrarestar las calumnias que á todas horas se fraguaban contra él.

Pero no podía oponer á aquellas acusaciones más que palabras.

Desgraciadamente el tributo que pagaban los indios no bastaba ni con mucho á indemnizar á los reyes los gastos que ocasionaba la colonia.

Era casi seguro que, no teniendo paciencia para esperar los

resultados que auguraba, influyesen en el ánimo de los reyes las diatribas de sus adversarios y cayese en el desprestigio.

Pero con las noticias que acababa de darle Miguel Diaz todo cambiaba de aspecto.

Podía añadir á las palabras hechos, y hechos que justificaban sus predicciones.

Si era cierto, como el aragonés le indicaba, que había grandes pedazos de oro, que podían extraerse de las minas, á los argumentos de sus enemigos podía contestar con aquellos tesoros, y su triunfo era seguro.

Inmediatamente dispuso que volviera Miguel Diaz con Francisco de Garay y algunos soldados á tomar posesion de las minas, en tanto que él recorría el rio Ozema para estudiar las condiciones del terreno y trasladar á sus márgenes la colonia, si, como creía, era mucho más saludable que la Isabela.

Miguel cumplió su palabra, y Aimohila hizo entrega formal de las minas de Hayna, que así se llamaban, por nacer cerca de ellas el rio de este nombre.

Colón pasó de la Isabela á la Magdalena; atravesó la Vega Real, llegó al fuerte de la Concepcion, y volviendo hácia el Sur por el fértil llano de Bonao, llegó al rio Hayna, en cuyas aguas empezó á descubrir las grandes cantidades de oro que arrastraba.

Miguel Diaz no le habia engañado.

En la margen occidental de aquel rio, algunas leguas ántes de llegar á las verdaderas minas, halló partículas de oro mucho mayores que cuantas habia visto hasta entónces en la isla, y de mejor calidad aún que el que encerraba en sus entrañas el monte del Cibao.

El ensayador que habia venido en compañía de Aguado, y que en aquel viaje exploratorio acompañaba al almirante,

declaró que en aquellos terrenos podia cada trabajador reunir al dia tres granos de oro.

Al fin y al cabo llegó la comitiva á las minas, las visitó Colon, y no pudo ménos de sorprenderse al ver las excavaciones de remota antigüedad que presentaban.

De nuevo se reanimaron las ilusiones en su espíritu y llegó hasta á creer que la Española era el antiguo Ofir.

Aquellas minas tenían que ser por fuerza las que poseía el rey Salomon, las que habian dado el oro suficiente para la edificación del famoso templo de Jerusalem.

Partiendo de este error, suponía que las antiguas naos habian pasado por el golfo Pérsico para llegar allí, y de deducción en deducción volvió á afirmarse en las creencias que tantos desengaños le habian proporcionado.

Entónces no se trataba de Ofir.

Padecía un error, hijo del atraso en que se hallaban los estudios geográficos.

Pero lo cierto era que aquellas minas producian mucho oro, con el que podia destruir los malévolos argumentos de sus encarnizados enemigos.

Miguel Diaz y sus camaradas fueron perdonados, y lo que es más, obtuvieron el favor de Colon.

Tomando posesion de la ciudad, nombró gobernador de ella á Miguel Diaz; Aimohila abrazó la religion cristiana, fué bautizada con el nombre de Catalina, y uno de los misioneros bendijo su union con el afortunado aragonés.

Fué, pues, el primer gobernador que vivió maritalmente en aquellos países descubiertos por el génio del inmortal Colon.

Cargado de oro regresó el almirante á la colonia, procurando guardar el mayor secreto acerca del último descubrimiento, para que Aguado no pudiera renunciar á los planes que lle-

vaba, planes cuya realizacion convenia al almirante, porque cuanto mayores fueran las calumnias, mayor seria su triunfo al destruirlas.

Dijo al investigador que, aunque habia oro en el país que habia ido á visitar, era difícil extraerle de las minas; mandó cargar el precioso metal que habia reunido en la *Santa Cruz*, que ya estaba terminada, y lo dispuso todo para su partida á España.

CAPITULO XLIII.

Hambre á bordo.



ANTES de partir mandó llamar Colon á los capitanes de las fortalezas, y reuniéndolos en su palacio con los funcionarios más importantes de la colonia, les anunció su próximo viaje, participándoles que delegaba todas sus facultades en su hermano Bartolomé, á quien ya anteriormente habia nombrado Adelantado mayor, con orden de que le sucediese en el mando su hermano Diego si por casualidad el primero perecia durante su ausencia.

Hizo ofrecer á todos sumision y obediencia hácia Bartolomé, encargó á Miguel Diaz que explotase con actividad las minas de Hayna, designó las personas que debian acompañarle, las más perjudiciales en la colonia, y lo dispuso todo para darse á la vela el 10 de Marzo del año de 1496.

Hacia tiempo que habia concebido Colon un plan, y ninguna ocasion era más favorable que aquella para realizarle.

Tenia prisionero á Caonabo, y cuantos esfuerzos habia hecho para vencer su entereza habian sido inútiles hasta entonces.

Ni las amenazas le quebrantaban, ni los agasajos trocaban en gratitud el odio que sentia hácia los españoles.

Ni una sola palabra, ni una sola queja exhalaban sus labios.

En el fondo de su alma abrigata el indómito rey la creencia de que los suyos le vengarian, arrojando para siempre e

vaba, planes cuya realizacion convenia al almirante, porque cuanto mayores fueran las calumnias, mayor seria su triunfo al destruirlas.

Dijo al investigador que, aunque habia oro en el país que habia ido á visitar, era difícil extraerle de las minas; mandó cargar el precioso metal que habia reunido en la *Santa Cruz*, que ya estaba terminada, y lo dispuso todo para su partida á España.

CAPITULO XLIII.

Hambre á bordo.



ANTES de partir mandó llamar Colon á los capitanes de las fortalezas, y reuniéndolos en su palacio con los funcionarios más importantes de la colonia, les anunció su próximo viaje, participándoles que delegaba todas sus facultades en su hermano Bartolomé, á quien ya anteriormente habia nombrado Adelantado mayor, con orden de que le sucediese en el mando su hermano Diego si por casualidad el primero perecia durante su ausencia.

Hizo ofrecer á todos sumision y obediencia hácia Bartolomé, encargó á Miguel Diaz que explotase con actividad las minas de Hayna, designó las personas que debian acompañarle, las más perjudiciales en la colonia, y lo dispuso todo para darse á la vela el 10 de Marzo del año de 1496.

Hacia tiempo que habia concebido Colon un plan, y ninguna ocasion era más favorable que aquella para realizarle.

Tenia prisionero á Caonabo, y cuantos esfuerzos habia hecho para vencer su entereza habian sido inútiles hasta entonces.

Ni las amenazas le quebrantaban, ni los agasajos trocaban en gratitud el odio que sentia hácia los españoles.

Ni una sola palabra, ni una sola queja exhalaban sus labios.

En el fondo de su alma abrigata el indómito rey la creencia de que los suyos le vengarian, arrojando para siempre e

la isla á sus enemigos, y sostenido por ella veia trascurrir los dias, contándolos al compás de sus cadenas.

Estas prendas de su carácter le habian captado el aprecio de Colon, que deseaba á toda costa hacerle su amigo para devolverle la libertad.

Como hasta entónces habian sido inútiles cuantos recursos habia empleado, pensó que, llevándole á España, el espectáculo de las ciudades y de los campos, las magnificencias de la corte, todo el aparato de la civilizacion europea, distraerian su ánimo y le predispondrian á la paz que deseaba.

Estaba, pues, resuelto á llevarle á su lado en el primer viaje que emprendiera á España.

Cuando se decidió á partir tuvo una entrevista con él.

Caonabo, le dijo, he hecho cuanto he podido para endulzar las horas de tu cautiverio. La gran necesidad de la guerra me ha impedido romper las cadenas que te privan de la libertad; pero no es mi ánimo eternizar tu desgracia. Voy á partir á España, voy á llevarte en mi compañía para que veas á los reyes, para que al experimentar las consecuencias de su bondad, te convenzas de que la paz es mucho más ventajosa que la guerra para tus vasallos. Sé leal conmigo; si despues de haber recibido las mercedes de los reyes de España nos brindas tu amistad, volverás libre y colmado de obsequios á la isla, donde serás el unico soberano, porque Boechio, Guarionex y Guacanajari han sucumbido.

A estas palabras, dichas por el almirante con acento amistoso, respondió el indómito Caonabo con una mirada, en la que reconcentró todo el odio que profesaba á los españoles.

Despues, sin mirarle y con acento de desprecio:

— La suerte te há favorecido, y estoy en tu poder, dijo; dispon de mi vida, puesto que me has arrebatado la libertad. Haz de mí lo que quieras. Lo único que yo puedo asegurar-

te es que jamas seré tu amigo; es que jamas doblegaré mi frente ante tus soberanos; es que, si algun dia consigo la libertad que me ofreces, será para despertar el odio de los indios contra vosotros, para guiarlos de nuevo al combate, para procurar que todas sus flechas, impregnadas en guao, vayan certeramente dirigidas á vuestro corazon, porque mi única alegría, mi único triunfo, mi única esperanza, es destruiros.

Colon pensó que el viaje modificaria sus intenciones, y lo dispuso todo para que le embarcaran, bien sujeto, en la *Santa Cruz*.

Dispuso asimismo que fueran trasladados á bordo treinta indios más, y el dia señalado partió la embarcacion, ocupando en ella los puestos preferentes el almirante y Juan de Aguado.

Aquel viaje debia poner á prueba un vez más la energía y resignacion del ilustre marino.

El deseo de evitar los vientos constantes y las calmas que en su anterior viaje habia encontrado entre los trópicos, le hizo tomar el rumbo del Oriente, y el 6 de Abril, es decir, casi un mes despues de su salida de la *Isabela*, se hallaba todavía en las inmediaciones de las islas caribes, con escasos víveres, y teniendo que luchar, no solo con las inclemencias del mar, sino con el disgusto de los tripulantes, que deseaban llegar á tierra, y temian hallar la muerte más horrible que puede darse: la del hambre.

Tres dias despues, habiendo virado al Sur para buscar provisiones en alguna de aquellas islas, ancló en la *Marigalante*, y no habiendo podido realizar su deseo, prosiguió el viaje al dia siguiente, aunque contra toda su voluntad.

Buen cristiano ante todo, santificaba las fiestas, y nunca levaba ancla en domingo.

Pero los marineros murmuraban.

Creían que lo primero era buscar que comer, dejándose de escrúpulos de monja, y anticipándose Colon á los disgustos que su resistencia podia suscitar, se dió á la vela el domingo 10 de Abril con rumbo hácia la Guadalupe.

Aneló en el puerto de esta isla, y mandó á tierra el bote con gran número de soldados armados.

Antes de llegar á tierra tuvieron los enviados que detenerse, porque salieron de los bosques, ántes de que llegaran á la orilla, multitud de mujeres armadas, resueltas á oponerse al desembarque de los españoles.

Todas ellas llevaban arcos, flechas, estaban adornadas con plumas, y parecían decididas á ofrecer á los españoles por toda hospitalidad una tumba en la playa.

Detuviéronse los tripulantes del bote á bastante distancia de la orilla, y enviaron á nado á dos indios para que participaran á aquellas mujeres que no era su ánimo conquistar la isla, ni mucho ménos, sino pedirles provisiones á cambio de otros objetos de gran valor.

Las indias contestaron que no estaban autorizadas para celebrar aquel pacto, é indicaron á los dos emisarios que podían dirigirse con los botes hácia la parte Norte de la isla, donde se hallaban sus maridos, con los que podrian entenderse.

El bote se dirigió hácia allí, en efecto, y á su llegada á la costa vieron en ella multitud de indios feroces que, al mismo tiempo que lanzaban terribles alaridos, disparaban las flechas, aunque por fortuna no alcanzaban al bote.

A pesar de la actitud amenazadora de los indigenas, el oficial que mandaba la fuerza armada que iba en el bote resolvió llegar á tierra, porque entre morir de hambre á bordo ó perecer luchando, preferia lo último.

Avanzó, pues, la embarcacion, visto lo cual por los indios, se refugiaron en el bosque inmediato con ánimo de tenderles un lazo.

Apénas desembarcaron en tierra salieron por distintos lados dispuestos á caer sobre ellos y á despedazarlos.

Pero los españoles descargaron sus arcabuces, y aquella inmensa falange de indios huyó precipitadamente, refagiándose en las selvas y en las montañas, razon por la cual no encontraron los españoles obstáculo alguna á sus deseos.

Recorrieron las playas, se internaron en la isla, penetraron en las desiertas habitaciones de los indios, y aun cuando el almirante les habia encargado mucho se abstuvieran de cometer ningun género de tropelia, se entregaron á toda clase de excesos.

Al notar su tardanza saltó en tierra Colon con cuarenta hombres, y envió á explorar el interior de la isla, mientras los otros hacian provisiones de agua, leña y pan de cazabe.

Los enviados regresaron al dia siguiente, con diez mujeres y tres niños que habian aprisionado.

Entre aquellas mujeres se hallaba la esposa de un cacique, cuya captura habia causado la muerte de un español.

Al acercarse sus enemigos huyó con tal velocidad, que no tardó en dejar muy atrás á sus perseguidores.

Uno de los españoles, célebre por su extremada ligereza, corrió tras ella resuelto á aprisionarla.

Peró la esposa del cacique notó que solo tenia que haberse las con un enemigo, y deteniéndose de pronto, aguardó á su adversario, le asió con sus brazos, y era tal su fuerza que le arrojó al suelo, y cuando llegaron los españoles en socorro de su camarada lo habia ya estrangulado la india.

Fué conducida á bordo con los demas prisioneros, y allí tuvo ocasion de ver á Caonabo y de saber las causas de su cautiverio.

Cuando Colon reunió las provisiones suficientes para continuar el viaje, queriendo asegurarse la amistad de los habitantes de Guadalupe, por ser la más importante de las islas ca-

ribes, puso en libertad à la prisionera y la colmó de presentes.

La esposa del cacique no quiso volver à tierra.

La vista de Caonabo, el infortunio de aquel rey, la habian prendado de tal manera, que estaba verdaderamente enamorada del desgraciado esposo de Anacaona.

Manifestó à Colon que deseaba ir con él à su patria, y seguro el almirante de que esto podria favorecer sus intentos, no tuvo inconveniente en permitirle que continuase à bordo.

El 20 de Abril, diez dias despues de su llegada, partió la carabela à ser juguete de encontrados vientos, que retardaban su marcha, aumentaban la zozobra de Colon y desesperaban à los tripulantes.

Grandes horrores debian aumentar el interes dramático de aquel viaje.

Un mes despues de su salida de la Guadalupe estaban los pilotos desorientados.

Cada cual sostenia una opinion, y se formaron partidos, cuyas pasiones amenazaban estallar en medio de las soledades del Océano.

En tres meses de incierta y lenta travesía volvieron à escasear las provisiones.

Colon tuvo que reducir la racion de cada individuo à seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua al dia.

La sombra fatídica del hambre no tardó en extender sus descarnadas garras sobre el buque.

El primero de Junio los tripulantes habian dejado de ser hombres para convertirse en fieras.

Llegó un dia en el que todos los recursos se habian agotado.

No sabian dónde estaban.

No descubrian ningun punto que les indicase próxima tierra.

No veian, ni à gran distancia, una embarcacion siquiera que les prometiese la satisfaccion de sus necesidades.

—¡Esto es horrible! exclamaba.

—Peor estamos que en la colonia.

—Los pilotos no saben dirigirnos.

—El almirante mismo ha olvidado el rumbo, y nos espera una muerte desastrosa.

—Lo peor es el hambre.

—No, pues no hemos de quedarnos sin comer.

—¿Y qué hacer?

—Una cosa muy fácil. Vamos à matar à los indios prisioneros para comer su carne.

Aguado, que tampoco las tenia todas consigo, pero que en medio de todo se lisonjeaba pensando en el fin desastroso que reservaba la Providencia à Colon, les incitó à llevar à cabo su propósito.

Armados de cuchillos iban à precipitarse los más audaces en el sollado donde iban los prisioneros, cuando Colon saliendo à su encuentro y conteniéndoles:

—¿Qué vais à hacer, miserables? les dijo. ¿Olvidais que los indios son prójimos vuestros? Vais à cometer un crimen espantoso. Antes que acercaros à uno solo de ellos, tendreis que pasar por cima de mi cadáver.

Y les presentó el pecho.

Los tripulantes lanzaron un grito terrible, y fueron à ocultarse de aquella mirada amenazadora.

Colon les anunció que muy en breve llegarían à tierra, pues, segun su cálculo, estaban à muy poca distancia del cabo de San Vicente.

Poco despues de aquella escena se desencadenó una furiosa tempestad.

La embarcacion, à impulso del huracan, recorrió gran distancia sin más guía que el viento.

Una terrible escena vino à aumentar el horror de aquel imponente cuadro.

CAPITULO LXIV.

El valor de la desesperacion.

La india caribe, esposa del cacique que, aprisionada por los españoles, habia sido enviada á bordo, habia concebido, como he dicho en el capítulo anterior, una pasion vehemente hácia Caonabo.

Reunida con los indios, se acercó al prisionero y habló con él.

Un horrible proyecto cruzó por la imaginacion de la caribe.

—Caonabo, le dijo, un guerrero como tú no debe ser esclavo.

—Mi desdicha lo ha querido.

—¿Y cómo has podido soportar el peso de tus cadenas?

—Porque aún abrigo la esperanza de vengarme de mis opresores.

—Triste esperanza es esa. Oye, Caonabo. Yo te amo; en tus ojos he leído el fuego que hay en tu alma; yo he soñado un hombre como tú para convertirle en mi ídolo; voy á romper tus cadenas, voy á vengarte de tus enemigos.

—¿Qué pretendes?

—A nuestro lado hay treinta indios. Nuestros enemigos son algunos más, pero no importa: en un momento dado, miéntras duermen, los sorprenderemos, los mataremos y los arrojaremos al mar. Dueños de la embarcacion, volveremos á nuestra isla, y allá celebraremos el triunfo.

Esta idea, por lo que tenia de feroz y de astuta, entusiasmó á Caonabo.

—Sí, sí, dijo; destruyamos á nuestros enemigos, sobre todo á su jefe, y poco me importa la muerte.

La india habló á sus compatriotas.

—Nos llevan á la muerte, les dijo. Se han apoderado de nuestros tesoros, y todo lo que nos ofrecen es mentira. Vengaos de vuestros opresores, vengad el honor de vuestros reyes; estad atentos á mis órdenes, y rompiendo las cadenas de Caonabo, mataremos á nuestros enemigos, nos haremos dueños del buque y volveremos á nuestra patria.

Los indios, que temian á los españoles, no ocultaron su miedo.

La amante de Caonabo aguardó.

Antes que á los europeos, faltaron provisiones á los indios.

El hambre comenzó á exasperarlos.

—Faltos de víveres nuestros enemigos, lez dijo, van á matarnos para devorarnos. Destruyámoslos nosotros para satisfacer nuestras necesidades.

Entónces la oyeron con más interes, y resolvieron ayudarle en su empresa.

Llegó el momento en que los tripulantes iban á lanzarse sobre los indios para devorarlos.

Colon los detuvo.

La influencia del almirante les hizo caer en el abatimiento.

Vino la noche, estalló la tempestad.

—Ha llegado la hora de la venganza, exclamó la india.

En medio de la consternacion de los marineros, se dirigió con los indios á donde estaba Caonabo para romper sus cadenas.

Cuantos esfuerzos hacia eran inútiles.

El mismo Caonabo, sediento de libertad y de venganza,

hizo un supremo esfuerzo para sacar sus piés de las cadenas, y lo logró rompiéndose los huesos.

Pero al dar un paso cayó en tierra.

Desesperada su amante, guió á los indios sobre cubierta para sorprender y asesinar á los españoles.

Dieron éstos la voz de alarma, y se prepararon á la defensa.

Aguado fué el primero que cayó en poder de los indios.

Estaba á punto de perecer, cuando, presentándose Colon, le sacó de las garras de los indios y les obligó á huir amedrentados para evitar el castigo.

La amante de Caonabo se vió perdida.

Corrió á refugiarse en donde estaba el indio.

—Por piedad, mátame, le dijo, mátame.

La india le estranguló con sus nervudas manos, y volviendo sobre cubierta, se arrojó al agua al mismo tiempo que uno de los soldados, disparando su arcabuz sobre ella, le atravesó el pecho con una bala.

Los indios imploraron perdon.

Aguado estaba avergonzado porque debia la vida al almirante.

Hubiera querido morir ántes de recibir aquel nuevo beneficio del hombre ilustre á quien queria perder.

Colon supo la muerte de Caonabo, y la sintió en extremo.

Sus planes se habian frustrado por completo.

La tempestad se calmó.

Amaneció el dia siguiente, y á aquella escena de horror y de desolacion siguió otra de expansion y alegría.

Las primeras luces del alba mostraron á los tripulantes el cabo de San Vicente.

Colon les habia anunciado que llegarían allí muy en breve.

Pero dudando de su pericia, habian murmurado de él.

El remordimiento les inspiró nueva admiracion hácia aquel

hombre, que conocia tan á fondo los misterios del Océano.

El dia 11 de Junio ancló la *Santa Cruz* en la bahía de Cádiz, y Colon pisó de nuevo aquella tierra hospitalaria, en donde le esperaba la envidia con sus armas afiladas para clavarlas en su reputacion.

No duró mucho la alegría.

La mayor parte de los tripulantes que volvian de la colonia habian salido de la Península con el propósito de hacer fortuna, y despues de algunos años regresaban tan pobres como fueron, y trabajados por las enfermedades, los disgustos y las privaciones que habian sufrido.

Aguado, prometiéndoles su proteccion si coadyuvaban á sus intentos, si desprestigiaban al almirante, los convirtió en otros tantos enemigos de Colon.

Desde el primer momento se empezaron á divulgar entre los que salian á recibirlos noticias desfavorables para su jefe, noticias que corrieron con rapidez por toda la ciudad y trocaron en indiferencia el entusiasmo que en otro tiempo, al regresar por primera vez de las Indias, habia hallado Colon.

Para contrarestar estas versiones, que no tardaron en llegar á sus oídos, se tomó Colon el trabajo de hablar á todos los que se le acercaban de su descubrimiento, anunciando que habia encontrado las minas del antiguo Ofir, refiriéndose á las minas de Hayna.

Como siempre, el primer pensamiento de Colon fué descansar en la Rábida.

En el puerto de Cádiz encontró tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á darse á la vela, con provisiones para la colonia.

Leyó Colon las cartas y despachos de que era portador el capitán de aquellas embarcaciones, y enterándose de este modo de los deseos de los soberanos, escribió á su hermano Bar-

hizo un supremo esfuerzo para sacar sus piés de las cadenas, y lo logró rompiéndose los huesos.

Pero al dar un paso cayó en tierra.

Desesperada su amante, guió á los indios sobre cubierta para sorprender y asesinar á los españoles.

Dieron éstos la voz de alarma, y se prepararon á la defensa.

Aguado fué el primero que cayó en poder de los indios.

Estaba á punto de peracer, cuando, presentándose Colon, le sacó de las garras de los indios y les obligó á huir amedrentados para evitar el castigo.

La amante de Caonabo se vió perdida.

Corrió á refugiarse en donde estaba el indio.

—Por piedad, mátame, le dijo, matame.

La india le estranguló con sus nervudas manos, y volviendo sobre cubierta, se arrojó al agua al mismo tiempo que uno de los soldados, disparando su arcabuz sobre ella, le atravesó el pecho con una bala.

Los indios imploraron perdon.

Aguado estaba avergonzado porque debia la vida al almirante.

Hubiera querido morir ántes de recibir aquel nuevo beneficio del hombre ilustre á quien queria perder.

Colon supo la muerte de Caonabo, y la sintió en extremo. Sus planes se habian frustrado por completo.

La tempestad se calmó.

Amaneció el dia siguiente, y á aquella escena de horror y de desolacion siguió otra de expansion y alegría.

Las primeras luces del alba mostraron á los tripulantes el cabo de San Vicente.

Colon les habia anunciado que llegarían allí muy en breve. Pero dudando de su pericia, habian murmurado de él.

El remordimiento les inspiró nueva admiracion hácia aquel

hombre, que conocia tan á fondo los misterios del Océano.

El dia 11 de Junio ancló la *Santa Cruz* en la bahía de Cádiz, y Colon pisó de nuevo aquella tierra hospitalaria, en donde le esperaba la envidia con sus armas afiladas para clavarlas en su reputacion.

No duró mucho la alegría.

La mayor parte de los tripulantes que volvian de la colonia habian salido de la Península con el propósito de hacer fortuna, y despues de algunos años regresaban tan pobres como fueron, y trabajados por las enfermedades, los disgustos y las privaciones que habian sufrido.

Aguado, prometiéndoles su proteccion si coadyuvaban á sus intentos, si desprestigiaban al almirante, los convirtió en otros tantos enemigos de Colon.

Desde el primer momento se empezaron á divulgar entre los que salian á recibirlos noticias desfavorables para su jefe, noticias que corrieron con rapidez por toda la ciudad y trocaron en indiferencia el entusiasmo que en otro tiempo, al regresar por primera vez de las Indias, habia hallado Colon.

Para contrarrestar estas versiones, que no tardaron en llegar á sus oídos, se tomó Colon el trabajo de hablar á todos los que se le acercaban de su descubrimiento, anunciando que habia encontrado las minas del antiguo Ofir, refiriéndose á las minas de Hayna.

Como siempre, el primer pensamiento de Colon fué descansar en la Rábida.

En el puerto de Cádiz encontró tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á darse á la vela, con provisiones para la colonia.

Leyó Colon las cartas y despachos de que era portador el capitán de aquellas embarcaciones, y enterándose de este modo de los deseos de los soberanos, escribió á su hermano Bar-

tolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Diaz habia encontrado en las minas de Hayna, mando á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Seria; éste le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que habia llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no habia perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

CAPITULO XLV.

Consejos de un moribundo

No podia penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenia que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habian sido grandes, tambien era cierto que en los mayores conflictos le habian dado resignacion bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia, y encontrar en el fondo de su corazon fe y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel Santuario habia albergado su pobreza, habia sido el espacio donde habia respirado la atmósfera de la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, habia confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, habia escuchado sus consejos y su estímulo, y habia alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñia á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera habia entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que habia pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.

tolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Diaz habia encontrado en las minas de Hayna, mando á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Seria; éste le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que habia llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no habia perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

CAPITULO XLV.

Consejos de un moribundo

No podia penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenia que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habian sido grandes, tambien era cierto que en los mayores conflictos le habian dado resignacion bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia, y encontrar en el fondo de su corazon fe y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel Santuario habia albergado su pobreza, habia sido el espacio donde habia respirado la atmósfera de la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, habia confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, habia escuchado sus consejos y su estímulo, y habia alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñia á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera habia entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que habia pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.

tolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Díaz había encontrado en las minas de Hayna, mandó á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Scria; éste le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que había llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no había perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

CAPITULO XLV.

Consejos de un moribundo

No podía penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenía que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habían sido grandes, también era cierto que en los mayores conflictos le habían dado resignación bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia, y encontrar en el fondo de su corazón fe y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel Santuario había albergado su pobreza, había sido el espacio donde había respirado la atmósfera de la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, había confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, había escuchado sus consejos y su estímulo, y había alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñía á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera había entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que había pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.

La tercera el desengaño.

Difícil fué para los venerables frailes del monasterio reconocer al que algunos años ántes habia llegado allí en medio de las aclamaciones de todo el mundo, para prepararse á recibir el mayor homenaje que hasta entónces habian tributado los hombres á mortal alguno.

Los años, duplicados por los disgustos, habian marcado en su rostro las huellas de una prematura vejez.

Durante los tres meses de navegacion habia crecido su barba y se habia cubierto con cenicientas hebras, que acentuaban más y más su fisonomía.

Como si adivinase Colon el recibimiento que iban á dispensarle, habia renunciado á sus galas y vestia una humilde túnica, sujeta con una cuerda alrededor de la cintura.

Durante los momentos de peligro en el mar habia hecho voto de vestir aquel traje durante un año, y lo cumplió al saltar en tierra.

Iba á buscar en el santuario las fuerzas que le faltaban para luchar con sus enemigos.

Iba á pedir á fray Juan Perez de Marchena saludables consejos, y al saber que el infeliz anciano yacía en el lecho de la muerte, fué inmenso su dolor.

¿Era aquello señal de que el favor divino le abandonaba? Pero aún no habia muerto el venerable sacerdote.

Aún resonaba su débil voz en su humilde celda.

Aún podia acercarse á los piés de su lecho á recibir de sus débiles manos la bendicion.

Fray Juan Perez de Marchena moria como el justo.

Sus ojos apagados se reanimaron al escuchar la voz de Colon, al reconocerle, al sentir el ósculo que con veneracion y respeto imprimió en su mano.

—Padre mio, exclamó Colon, aún llevo á tiempo para pe-

diros que imploreis de la piedad divina las fuerzas que necesita mi abatido espíritu; aún llevo á tiempo para recibir vuestra bendicion.

—Sí, amigo mio, sí, murmuró débilmente el anciano; yo os bendigo con toda mi alma, yo imploraré del Altísimo la proteccion que necesitais. Todas esas contrariedades que se oponen á vuestras esperanzas son vehementes indicios de los altos fines para que os reserva la Providencia. Pero la inquebrantable fe de vuestra alma, la inmensa caridad que sentís en vuestro corazón, hace vuestro elogio y os alcanzará el premio divino. Escuchad, escuchad con fe la voz de la esperanza; no abandonéis la senda que os habeis trazado desde el primer instante de vuestra vida; sufrid con resignacion los golpes de la fortuna, y el día de la justicia llegará para vos, día sublime, en el que alcanzareis el premio, en el que no solo conseguireis la admiracion de los hombres, sino el respeto y la veneracion de los cristianos.

El esfuerzo que hizo el padre fray Juan Perez de Marchena para pronunciar estas palabras le debilitó en extremo y no pudo hablar más.

Aquella misma tarde, cuando las campanas del monasterio tocaban á las oraciones, el prior del convento exhalaba el último suspiro en medio de las lágrimas fervientes de los que habian admirado sus virtudes en vida, y no dudaban de que su espíritu subia al cielo á recoger el premio que le brindaba la Divinidad.

CAPITULO XLVI.

Donde Colon habla á los reyes y disipa sus dudas.



EL 12 de Julio de 1496 escribieron los reyes una carta á Colon dándole la enhorabuena por su feliz arribo, é invitándole á pasar á la corte, que estaba en Búrgos.

Esta epístola, concebida en los términos más halagüeños para el almirante, disipó en cierto modo su tristeza, porque habia notado desde luego, al desembarcar en tierra, que el entusiasmo que al regresar de su primer viaje habia producido se habia amenguado mucho.

Considerábase en desgracia con los soberanos, no dudando que Aguado habia influido en contra suya, y no podia prometerse frases tan lisonjeras como las que los reyes le prodigaron en su carta.

A pesar de todo, comprendió que tenia que luchar con sus adversarios, y resolvió partir á Búrgos, pasando ántes por Sevilla para recoger á los indios y presentarlos á los monarcas, al mismo tiempo que el oro y las preseas que habia adquirido en las Indias.

Conocedor del mundo, para reanimar el entusiasmo que en otro tiempo habia producido su llegada, quiso en su viaje hacer ostentacion de sus conquistas, y se detuvo en casi todas las ciudades que hallaba al paso, paseando por ellas á los indios con sus ricos y originales trajes, al mismo tiem-

po que ostentaba el oro y los demas productos del Nuevo Mundo.

Entre los indios iba Manicaotex, hermano de Caonabo y, un hijo suyo de diez años de edad.

Muerto el feroz cacique del Cibao, consideraba Colon á su hermano como su legítimo sucesor, y le ofreció llevarle en su compañía al volver á la isla, para dejarle en libertad y darle posesion de los Estados que le correspondian por legítima herencia.

Al entrar en las ciudades mandaba Colon poner á Manicaotex un collar de guaninos y una cadena de oro que, segun testimonio de un historiador fidedigno, pesaban seiscientos castellanos. (S)

La acogida que en todas partes dispensaban á Colon era más que de entusiasmo, de curiosidad.

No se hacia ilusiones, y veia su estrella próxima á eclipsarse.

Miéntas que él avanzaba hácia Búrgos, el obispo Fonseca movia los hilos de su intriga para desprestigiarle por completo.

Aguado llegó secretamenté á su palacio, le enteró de la conducta que habia observado, de la actitud humilde que habia tenido respecto de él el almirante; le dió á leer la detallada investigacion que habia hecho de todos sus actos, con el testimonio de infinitas personas, que en nada le favorecian.

Habia bastantes datos para minar la reputacion de Colon. Pero el mismo Fonseca, á pesar del odio que le profesaba, no podia ménos de reconocer su gran talento, y al ver lo resuelto que estaba á presentarse á los reyes, temia que emplease argumentos deslumbradores para destruir el efecto que pudieran causar en el ánimo de los reyes las acusaciones que se leian en aquel escrito.

—Yo estoy resuelto, dijo Aguado, á aprovechar el tiempo que emplee el almirante descansando en la Rábida, para presentarme á los reyes á darles cuenta de mis investigaciones.

—No sé hasta qué punto conviene dar ese paso; los reyes os nombraron investigador, creyendo que profesabais gran amistad al almirante. Querian noticias ciertas, pero adquiridas por un amigo. Lo que habeis hecho, no solo prueba celo, sino exagerado rencor hácia la persona del almirante; y como interesa á la patria, y conviene á los reyes saber la verdad para que desistan de esas locas empresas, cuyos resultados son tan exiguos, por no decir onerosos, yo creo que seria más oportuno, y sobre todo más eficaz, renunciar á presentar á sus majestades esa larga sumaria despues de la cual es necesario residencia y castigar á Colon (lo que no harán los reyes por ahora), y escribir otra más hábil, más intencionada, dando á entender que la conducta de Colon ha sido buena, que sus deseos y sus aspiraciones no han podido ser más laudables, pero que desgraciadamente el afecto que le inspiran aquellos territorios, á los que debe su gloria; la obcecacion que padece, creyendo conseguir la amistad de aquellos habitantes, que siempre serán hostiles á sus dominadrces, hacen de todo punto estériles los sacrificios que el establecimiento de la colonia y su conservacion imponen á la madre patria. Tiempo tendremos de recurrir á las acusaciones testimoniadas que traéis, cuando la ocasion llegue.

Aunque á pesar suyo accedió Aguado á este pérfido consejo: trazó una memoria de todo lo que habia visto en el sentido que le habia indicado el obispo Fonseca, y presentándose á sus majestades, les dió cuenta de su cometido.

Por más que no fueran satisfactorias las noticias, era para la reina Isabel tan competente, tan respetable, tan grandiosa la figura de Colon, experimentaba una satisfaccion tan viva

al ver la gloria que le debia su trono, porque todos los demas reyes la habian felicitado por sus conquistas en el Océano, que deseando oír al almirante ántes de tomar un acuerdo definitivo, le escribió cariñosamente, rogándole que se presentase en la corte, y calmó la ansiedad del rey, que, poco satisfecho de los resultados de la expedicion, estaba muy dispuesto á oír á los calumniadores del almirante para renunciar á aquella empresa que, no solo no aumentaba los recursos de la corona, sino que absorbía cantidades crecidas, que en aquella ocasion podia emplear en soldados y municiones para las guerras que sostenia en Italia contra los pretendidos derechos que defendia el rey de Francia, y el lujo y ostentacion con que queria vivir para enlazar á los infantes con los herederos de las dinastías más principales de Europa.

Aguado no quiso estar presente cuando se celebrara la entrevista de los soberanos con el almirante, y pidiéndoles licencia para descansar, se retiró á Valladolid.

Pocos dias despues de su partida llegó Colon á Búrgos con todo su séquito, y el obispo Fonseca, á pesar del odio que le profesaba para que no pudieran tildarle de animosidad, salió á recibirle y le colmó de atenciones.

No bien llegó llegó Colon á su alojamiento, Fonseca con toda sagacidad hizo comparecer ántes su presencia á uno de los jóvenes que acompañaban al ilustre marino, llamado Santiago Manrique, y que Aguado le habia indicado podia por el saber cuantas noticias quisiese del viaje.

Aguado de antemano habia aleccionado al joven; así es que su ilustrísima encontró conformes en un todo las contestaciones de Santiago Manrique con las noticias que ántes le habian suministrado.

—Jóven, le dijo, estoy satisfecho de vuestras contestaciones, pues concuerdan con las noticias que ya tenia. Retiraos

à vuestro alojamiento, y por vuestro bien os aconsejo à que no digais à nadie que me habeis visto ni me habeis hablado.

—Juro, ilustrísimo señor, que nadie sabrá que he tenido la alta honra de ver à su ilustrísima y besar su anillo, dijo el jóven inclinándose.

Fonseca dió à besar el anillo al jóven, y éste se retiró à la posada donde se alojaba Colon, no sin haber recibido àntes una bolsa llena de oro, como prueba de la munificencia del obispo.

Colon estaba rodeado de traidores. Albergaba en su pecho culebras que despues de haber vivificado con el calor de su seno debian clavarle sin piedad la ponzoña de la más negra ingratitud y perfidia.

Deseaban los reyes ver cuanto àntes al ilustre marino, y la amabilidad con que le saludaron le indemnizó de la indiferencia con que las demas clases de la poblacion acogieron su llegada.

—Sé, dijo Colon, que poderosos enemigos me han calumniado à los ojos de vuestras majestades.

—Olvidalos, dijo la reina. Si por un momento dimos crédito à sus calumnias, al saber que lo eran los castigamos, y hoy sufren su condena en el destierro ó en la prision.

—Si de algo valen mis servicios, dijo Colon, solo un favor pediria à vuestras majestades.

—¿Qué quieres?

—La libertad, el perdon de esos infelices.

—Propia es de un alma generosa esa súplica, dijo la reina, y ni mi augusto esposo ni yo queremos negaros esa gracia. Hoy mismo se darán las órdenes de su perdon.

En seguida refirió el almirante à los reyes todos los por menores de su viaje, les presentó à los indios, que contemplaban asombrados tanta magnificencia, y les mostró las gran-

des cantidades de oro que había adquirido, y multitud de collares, brazaletes, amuletos y diademas de oro que habia ocupado à algunos caciques.

—Estos son los argumentos que tengo que oponer, dijo Colon, à los que me calumnian.

—Sin embargo, dijo el rey, todos opinan que no son esas tierras tan ricas como suponeis.

—Siempre he creido que abrigaban en sus entrañas grandes cantidades de oro. Poco àntes de venir he descubierto las minas de Hayna, en donde ese metal se encuentra con una abundancia sorprendente. Fíense vuestras majestades de mi buena fe, otórguenme licencia y recursos para emprender una larga expedicion, y yo aseguro que muy en breve cesarán las calumnias, porque habré traído tanto oro que la riqueza se aumentará poderosamente y el bienestar que todos disfruten inspirará mayor benevolencia para mí.

—Sí, sí, dijo la reina, yo os ofrezco proporcionaros recursos para una nueva expedicion.

—Siempre que sus resultados no se dilaten, añadió el rey, porque hoy más que nunca necesito que estén desahogadas las arcas del tesoro.

—Por de pronto, añadió Colon, yo estimaria que vuestras majestades dispusiesen la partida de dos buques con provisiones para la colonia. Mi hermano Bartolomé está en ella, y vale más que yo. Seguro de poder explotar los triunfos que ya he conseguido, con seis carabelas más emprenderà nuevos descubrimientos y logrará probar al mundo entero que no son sueños sino realidades mis esperanzas.

Ofrecieron los reyes à Colon satisfacer sus deseos, dispusieron que se verificara el bautizo de los indios con gran solemnidad, los hospedaron en palacio, y quisieron dar allí tambien habitacion al almirante; pero éste prefirió aguardar à que

se preparasen las embarcaciones en donde debía partir al lado de sus queridos hijos.

Mucho tiempo tenia que esperar.

Muchos obstáculos tenia que vencer.

Pero aquella época de su vida, en medio de la zozobra y de la duda, fué un manantial inagotable de dulzura de su corazón, porque tenia el amor de sus hijos y la gratitud de Inés.

Diego se había granjeado el aprecio de los reyes con las nobles prendas que le adornaban.

Era el amigo, el compañero predilecto del infante don Juan.

El primer dolor que había experimentado en su vida, había anticipado en él la época de la reflexión, del juicio, y contrastaba la profundidad de sus pensamientos con la juventud que brillaba con toda su lozanía en su agraciado rostro.

Fernando era el retrato de Beatriz, de aquella angelical mujer que tanto le había amado, que tantos sacrificios había hecho por él.

Se había despertado á la vida en los momentos en que Colón, su padre, volvía por primera vez del Nuevo Mundo, en medio de las aclamaciones y de la admiración, enorgulleciéndose de tener tal padre.

Completaba la belleza de aquel cuadro doméstico la hermosa hija de Inés y de Beltran, la inocente Isabel, que quería como hermanos á Diego y á Fernando, y sentía hácia Colón afecto y gratitud.

De todo esto necesitaba para reponer su abatido espíritu y sufrir con resignación las intrigas que empleaban sus enemigos para oponer obstáculos á su tercer viaje.

CAPITULO XLVII.

Los juegos de la fortuna.



QUELLA situación era mala para España bajo el punto de vista financiero.

El rey don Fernando era ambicioso.

Con la esperanza de extender su poder, prodigaba las rentas del Estado en guerras, y mientras negociaba con el rey de Nápoles la posesión de la corona de aquel reino, proyectaba enlazar á sus hijos de una manera ventajosa, para que España llegase á ser lo que fué en el siglo XVI.

Al juzgar los actos de su época, podría asegurarse que ya soñaba aquel país que debía más tarde hacer exclamar á uno de sus sucesores: "que en sus dominios no se ponía nunca el sol."

Hacia, pues, lo posible para formar la célebre alianza de familias que constituyó á la nación en imperio, bajo el mando de su sucesor Carlos V.

Tenia en Italia un numeroso ejército mandado por Gonzalo de Córdoba.

Este ejército molestaba al rey de Francia, y Fernando temía una invasión de tropas francesas, que le atacaran, no solo por tierra, sino por mar.

Esto le obligaba á sostener un numeroso ejército en la frontera, y gran número de buques preparados para defender las costas.

se preparasen las embarcaciones en donde debía partir al lado de sus queridos hijos.

Mucho tiempo tenia que esperar.

Muchos obstáculos tenia que vencer.

Pero aquella época de su vida, en medio de la zozobra y de la duda, fué un manantial inagotable de dulzura de su corazón, porque tenia el amor de sus hijos y la gratitud de Inés.

Diego se había granjeado el aprecio de los reyes con las nobles prendas que le adornaban.

Era el amigo, el compañero predilecto del infante don Juan.

El primer dolor que había experimentado en su vida, había anticipado en él la época de la reflexión, del juicio, y contrastaba la profundidad de sus pensamientos con la juventud que brillaba con toda su lozanía en su agraciado rostro.

Fernando era el retrato de Beatriz, de aquella angelical mujer que tanto le había amado, que tantos sacrificios había hecho por él.

Se había despertado á la vida en los momentos en que Colón, su padre, volvía por primera vez del Nuevo Mundo, en medio de las aclamaciones y de la admiración, enorgulleciéndose de tener tal padre.

Completaba la belleza de aquel cuadro doméstico la hermosa hija de Inés y de Beltran, la inocente Isabel, que quería como hermanos á Diego y á Fernando, y sentía hácia Colón afecto y gratitud.

De todo esto necesitaba para reponer su abatido espíritu y sufrir con resignación las intrigas que empleaban sus enemigos para oponer obstáculos á su tercer viaje.

CAPITULO XLVII.

Los juegos de la fortuna.



QUELLA situación era mala para España bajo el punto de vista financiero.

El rey don Fernando era ambicioso.

Con la esperanza de extender su poder, prodigaba las rentas del Estado en guerras, y mientras negociaba con el rey de Nápoles la posesión de la corona de aquel reino, proyectaba enlazar á sus hijos de una manera ventajosa, para que España llegase á ser lo que fué en el siglo XVI.

Al juzgar los actos de su época, podría asegurarse que ya soñaba aquel país que debía más tarde hacer exclamar á uno de sus sucesores: "que en sus dominios no se ponía nunca el sol."

Hacia, pues, lo posible para formar la célebre alianza de familias que constituyó á la nación en imperio, bajo el mando de su sucesor Carlos V.

Tenia en Italia un numeroso ejército mandado por Gonzalo de Córdoba.

Este ejército molestaba al rey de Francia, y Fernando temía una invasión de tropas francesas, que le atacaran, no solo por tierra, sino por mar.

Esto le obligaba á sostener un numeroso ejército en la frontera, y gran número de buques preparados para defender las costas.

Al mismo tiempo, para hacer ostentacion de su poderío, deseaba que acompañase una flota de cien buques á su hija doña Juana, que debía enlazarse con el archiduque de Austria, al cual debía acompañar á su regreso su hermana doña Margarita, para unirse con el príncipe don Juan.

Estas combinaciones le preocupaban, con detrimento de los proyectos de Colon, y al mismo tiempo le hacian emplear crecidas sumas, con cuyo motivo las esperanzas del almirante estaban reducidas á una promesa.

¡Gran pena debía experimentar el ilustre marino al ver que destinaba el rey cien buques para escoltar á una princesa, y le negaba seis humildes carabelas para ensanchar sus descubrimientos y sus conquistas en el Nuevo Mundo.

Fonseca y sus secuaces animaban al rey á realizar sus planes, como más provechosos para el presente y el porvenir de la nacion, que las ofertas que hacia el almirante.

No faltaban á éste poderosos y leales amigos, entre los que se contaban el duque de Medinaceli, el arzobispo de Toledo, fray Diego de Deza, y el mismo Santangel, y unos y otros consiguieron que diese el rey la orden de adelantar á Colon seis millones de maravedís con destino á los preparativos de su tercera expedicion.

Aunque con gran pesar de Fonseca, no habia más remedio que cumplir aquella orden, y andaban sus amigos desesperados viendo los medios de entretenerle, cuando una circunstancia favorable á Colon vino á serle al mismo tiempo adversa.

Al llegar á Cádiz encontró á Pedro Alonso Niño, que partia con provisiones para la colonia.

A los pocos dias de comunicarse á Fonseca la orden para el adelanto de los seis millones de maravedís, se tuvo noticia del regreso de Alonso Niño.

Su familia residia en Huelva, y en vez de salir inmediata-

mente de Cádiz para la corte, fué á descansar á su casa, y desde ella escribió á Fonseca, rogándole que participase á los reyes que traia á bordo una crecida cantidad de oro.

Aquella era una mala noticia.

Inmediatamente envió Fonseca un emisario á Soria para pedirle informes detallados acerca de la cantidad á que ascendia el oro que habia traído Pedro Alonso Niño.

La respuesta no se hizo esperar.

Produjo gran alegría en Fonseca.

Inmediatamente fué á ver al rey.

—Tengo que comunicar excelentes nuevas á vuestra majestad, le dijo.

—Hablad.

—Voy á evitaros un sacrificio inmenso. Habeis dispuesto que se adelanten á Colon seis millones para los preparativos de su tercer viaje.

—Con harto pesar, dijo el rey.

—Pues bien; no va á ser necesario ese sacrificio.

—¿Por qué causa?

—Hace cuatro meses partió para las indias Pedro Alonso Niño con tres carabelas. Ha regresado, y en una carta me comunica que vuelve con su navío cargado de oro.

—¿Es posible?

—Vea vuestra majestad su epístola, dijo Fonseca.

—Sí, como creo, es cierto, puede desde luego destinar vuestra majestad los seis millones á gastos más perentorios, invirtiendo una parte del oro que ha venido en las atenciones que exija la tercera expedicion.

La idea agradó al rey.

Precisamente en aquellos dias habia recibido la noticia de que una fortaleza muy importante habia sido saqueada en el Rosellon por los franceses, y necesitaba los fondos para mandar repararla.

Sin pérdida de tiempo dictó una orden destinando à este servicio los seis millones, anunciando à Colon que del producto que había traído Pedro Alonso Niño se destinaria la cantidad necesaria para que dispusiese las carabelas que debían servirle en su próximo viaje.

Esta contra orden disgustó en extremo à Colon, tanto más cuanto que no tardó en saber que Pedro Alonso Niño había hablado en su carta figuradamente, puesto que no poseía oro, sino gran número de prisioneros indios, los cuales vendidos podían producir el metal que anunciaba.

Pero como la reina había dado orden para que volviesen los cautivos à su patria, sus esperanzas quedaron defraudadas, y una carta de su hermano que llegó à sus manos por el mismo conducto, le acabó de entristecer.

Anunciábale que la colonia se hallaba en una lamentable situación.

Pedíale inmediato socorro, y le decía que todo se perdería si continuaban de aquel modo mucho tiempo.

Para conseguir sus deseos mostró Colon à los reyes aquella epístola, y produjo en su ánimo un efecto contrario del que se prometía.

Veían à punto de perderse aquellas conquistas lejanas, y poco les faltaba para preferir su abandono à los nuevos y grandes sacrificios que tenían que hacer para sostenerlas.

Nueve meses horribles pasó Colon en España, sin que acabasen por completo de despreciarle; pero sin que le atendiesen con la bondad que había merecido en otro tiempo à los reyes y à los personajes más influyentes de la corte.

Al fin de la primavera del siguiente año, cuando volvió à Flandes la flota con la princesa Margarita, se realizaron las esperanzas de Colon.

Los esponsales de la joven princesa y el príncipe don Juan se celebraron en Búrgos con gran pompa.

La felicidad que experimentaba el corazón de la reina al canzó à su protegido.

Asegurado el porvenir de sus hijos, influyó en el ánimo del rey, no sin mucho trabajo, y algunas reales disposiciones que se dictaron dieron nuevo impulso à los propósitos del almirante.

Fueron confirmados à Colon los derechos y prerogativas que se le habían concedido en Santa Fé.

Ofrecieronle una heredad en la isla, Española de cincuenta leguas de longitud y veinte de latitud, con el propósito de fundar sobre ella un título de duque ó de marqués.

Pero Colon renunció estos honores, manifestando que solo servirían para encarnizar la envidia que sus triunfos despertaban, y lo único que hizo fué pedir à los reyes, en vista del mal estado en que se hallaban sus intereses, que le eximiesen de pagar la octava parte del coste en las expediciones anteriores.

En cambio se obligaba à no pedir la octava parte que le correspondía de los productos que hasta entonces habían llegado de las Indias.

Acordóse tambien que los tres años siguientes recibiese la octava parte de los productos totales y el diez de los productos líquidos.

Pasado este tiempo, debería volver à estar en toda su fuerza y vigor el pacto primitivo que había hecho con los reyes.

Deseosos los monarcas de re-animar su abatido espíritu, le concedieron el derecho de establecer un mayorazgo con todos sus títulos de nobleza, permitiendo al heredero usar sus armas, sellar con ellas y adoptar su rúbrica.

Aprovechando aquella época de favor, Colon, que se había ofendido por la licencia que habían concedido los reyes en Abril de 1495 à todos los vasallos españoles que por su cuen-

ta quisieran emprender descubrimientos en el Nuevo Mundo, licencia contraria en un todo á su prerogativa, hizo valer sus derechos, y consiguió la publicacion de un edicto, en el cual se modificaba la licencia, no permitiendo empresas de ningun género que pudieran ser perjudiciales á sus intereses ó á las concesiones que anteriormente le habia hecho la corona.

«Nunca fué nuestra intencion, decian los soberanos en su edicto, afectar de ningun modo los derechos del expresado don Cristóbal Colon, ni permitir que las concesiones, privilegios y favores que le hemos dispensado se invalidaren en lo más mínimo; ántes por el contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensábamos todavía conferirle nuevas gracias.»

Tales eran por entónces los ánimos de los reyes.

Peró los enemigos de Colon no se dormian, y por de pronto aplazaron las muestras de su munificencia.

Por indicacion del almirante se adoptaron tambien medidas en favor de los intereses de la colonia.

Se le otorgó permiso para llevar á la isla trescientas treinta personas retribuidas por el tesoro público.

Entre ellas debia haber cuarenta jinetes, cien peones, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos y treinta mujeres; concesion que hasta entónces no se habia hecho.

Despues se aumentó el número de colonos hasta quinientos, pero el excedente de los trescientos treinta no debia tener más retribucion que la de los productos de los terrenos que cultivasen en la colonia.

En el camino de las concesiones, se autorizó á Colon para que cediese tierras á los que quisieran cultivarlas, con la condicion de que habian de permanecer en la isla lo ménos cuatro años, y de que los metales preciosos y palo del Brasil que se encontrase en sus entrañas se reservase á la corona.

No se olvidó la reina de los indios.

Aun cuando no faltaban doctores que opinaran por la esclavitud, fundándola en el derecho divino, en vez de someterles al yugo quiso abrirles los anchos horizontes de la religion cristiana, y dispuso que acompañaran á Colon algunos misioneros más para que instruyeran en la religion á los indios.

Al mismo tiempo encargó que el tributo que se les habia impuesto se recaudase sin molestarles, no empleando castigos severos con los que verdaderamente no pudiesen pagar.

En la conferencia que celebraron con Colon, partiendo de las calumnias que habian dirigido contra él sus enemigos, le encargaron mucho que renunciase lo más pronto posible á las medidas de rigor, puesto que no querian aparecer como tiranos, sino como padres y protectores de aquellos infelices que vivian en la ignorancia sin conocer los consuelos de la fe.

Tales fueron las medidas y las instrucciones que adoptaron los reyes para su planteamiento en la tercera expedicion.

Peró aunque parecia próximo el viaje, aunque podian darse ya por vencidas todas las dificultades que se habian opuesto á él, y que durante tanto tiempo habian defraudado las esperanzas de Colon, todavía tenia que luchar con nuevos obstáculos.

La indiferencia y la perfidia de Fonseca debia proporcionarle sérios disgustos ántes de que pudiera darse á la vela. ®

CAPITULO XLVIII.

El arte de hacer fortuna.

No es nueva en los anales del mundo la historia que voy á referir en breves líneas.

La adulacion, arrastrándose por el suelo, ha logrado siempre llegar á los más altos puestos.

Treinta años antes de la época de la vida de Colon en que estamos, habia nacido en Valladolid un niño, á quien sus padres habian dado el nombre de Jimeno.

Humilde era su cuna.

Su padre era un tejedor bastante pobre, tenia ocho hijos, siete hembras, y el varon que van á conocer mis lectores era el último.

Bastante dado al juego y á la bebida, el tejedor no tardó en arruinarse, y á la ruina sobrevino su muerte, cuando apenas tendria nueve años de edad su hijo.

Un fraile de un convento adonde concurría mucho la esposa del tejedor, se condolió de su desgracia, y pudo, por su influencia, colocar al servicio de algunas familias acomodadas las cuatro hijas mayores, que con su salario ayudaban á su madre y á sus tres hermanos.

En cuanto al chico se le llevó al convento para educarle, y no tardó en desplegar una habilidad inmensa para captarse la voluntad de cuantos habia á su lado.

Era humilde, revelaba una clara inteligencia, y en poco

ménos de cinco años, es decir, cuando cumplió los catorce, sabia el latin y no habia ningun lego que hiciese los recados con más prontitud ni más acierto que él.

Durante su peregrinacion en busca de limosna habia recorrido algunas ciudades y habia adquirido esa gramática parda que se aprende en los viajes, tanto más cuanto mayor es la necesidad que tienen los que los emprenden de lograr, por medio de la habilidad, que pasen las monedas de los bolsillos de los que las tienen al suyo.

La Orden á que pertenecia su convento era de franciscanos.

Cansado de vivir con ellos, se escapó del convento, y fué andando hasta Búrgos.

A llegar allí comprendió el desacertado paso que habia dado, puesto que carecia absolutamente de recursos.

Pero tenia ingénio y desvergüenza, y presentándose al prior de un convento de dominicos:

—Padre y señor, le dijo; yo he cometido un gran pecado; pero mi vocacion es la que me ha inducido á cometerle.

—¿Qué te pasa, muchacho? dijo el prior interesándose al ver la serenidad con que le hablaba.

—Me quedé huérfano y sin recursos á los nueve años.

Un fraile franciscano me recogió, llevándome á su convento, y allí me ha educado. Nada me ha faltado en su compañía; pero una noche me desperté sobresaltado, y ví en la celda donde estaba la figura de un santo en medio de una aureola. Según pude colegir, era Santo Domingo.

«Debes profesar mi órden,» me dijo, y desapareció.

Desde entónces mi único afán ha sido ser dominico, y algunas veces he indicado mis deseos al prior del convento de franciscanos; pero vuestra eminencia sabe lo que son los franciscanos, y despues de quitármelo de la cabeza, me han prohibido cuantas veces lo he intentado abandonar el convento.

Aun á riesgo de cometer una ingratitud he abandonado mi celda sin decir nada á nadie, he venido á pié hasta aquí, y vengo á que vuestra eminencia me absuelva y me admita en su compañía, defendiéndome de las persecuciones de que seré objeto por parte de aquellos cuya Orden he abandonado.

Grata era para el prior la manera que tenia de llegar á su convento aquel jóven, y ofreció ampararle hospedándole desde luego en una celda.

Mediaron explicaciones entre uno y otro prior cuando se supo el paradero del jóven; pero los dominicos tenian gran influencia, y al fin y al cabo fué perdonado Jimeno y pasó en paz dos años en calidad de lego de la nueva comunidad que habia adoptado.

Continuamente visitaban los más altos personajes de la corte el nuevo monasterio, y á todos llamaba la atencion la amabilidad con que el lego los recibia, el interes con que contestaba á sus preguntas y la humildad con que trataba al prior y á los demas frailes.

Viendo las simpatías que gozaba el lego, los reverendos le habian dado la mision de ir por los pueblos recogiendo las limosnas que los fieles daban voluntariamente para el convento.

La gallarda presencia del lego, su carácter decididor y alegre hacia que las limosnas se multiplicaran sin cesar, y casi puede decirse que constituian una de las rentas del convento.

Con frecuencia era llamado el leguito á las casas más principales y tratado en ellas con todo agasajo y como vulgarmentese dice «á cuerpo de rey,» llevando á más de las provisiones que le daban siempre, alguna cantidad de dinero, ya para misas, ya para sufragios, ó para que se invirtieran en cirios que debian arder, hasta consumirse, ante el altar del santo patron.

Una tarde, al retirarse al convento, llevando su borrico



Si quereis, empezaremos un pernil y juntas podremos solazarnos.

LIT. DE GUZMAN Y VALLE

cargado de provisiones, lo mismo que su alforja, se vió acometido por tres facinerosos, armado el uno con una estaca, el otro de un pistolete y el tercero de un gran chuzo.

—¡Alto, hermano! dijo el del pistolete poniéndosele al lego en el pecho. Teneis fama de recaudar muchas limosnas y aquí teneis tres pobres diablos en quien poder ejercitar vuestra ardiente caridad. Así, pues, desatad los cordones de la bolsa y vaciadla entera en este capacete, si no quereis ir á gozar de la gloria eterna que vuestro santo patron, Santo Domingo, os tiene ofrecida.

—Holgárame mucho, señores, contestó el lego, que no habia perdido su serenidad á pesar de la brusca acometida, holgárame mucho en complacerlos, pero las beatas dan comestibles pero no monedas. Si quereis, empezaremos un pernil, y juntos podremos solazarnos y echar un trago bajo esta corpulenta encina.

Agradó á los tres bandidos la calma y serenidad del lego y cenaron opíparamente, sentados los cuatro como buenos amigos bajo la corpulenta encina, despidiéndose despues como buenos y antiguos amigos y dejando continuar tranquilamente su camino al lego, el cual, gracias á su serenidad y sangre fria, pudo entregar al prior cuatro doblas de oro, que con los bustos de los Reyes Católicos, le habia dado una noble y devota señora para ayuda de la fiesta principal del convento, así como algunos maravedises de plata, producto de la colecta de aquel dia.

Esta aventura acrecentó las simpatías del lego y se referia de mil maneras en los dias siguientes en todos los pueblos del contorno del convento.

El leguito era llamado con frecuencia á las casas más principales y tratado en ellas á cuerpo de rey.

Llegó la época de hacerle profesar, y Jimeno, á quien gustaba más las pompas mundanas que los ayunos y las privacio-

nes del convento, pretextando que aún no estaba bastante instruido y que no merecía todavía las sagradas órdenes, fué aplazando su profesion hasta que llegó á Búrgos en calidad de Obispo el reverendo padre Fonseca, y un dia, aspirando á realizar su sueño dorado, que era abandonar el claustro por el mundo y conseguir algun puesto importante donde pudiera hacer fortuna, resolvió conquistar la intimidad del obispo y hacerse su cómplice.

—Debo tantas mercedes à vuestra eminencia, le dijo al hallarse delante de él, que sería un ingrato indigno del aprecio en que me tiene si no le abriera mi corazón; tengo que hacer á vuestra eminencia una revelacion importante.

—Habla, hombre, habla, dijo el obispo.

—Perdone vuestra eminencia si con las palabras que voy á pronunciar le proporcione un desengaño. Sé que à un varon tan santo y tan venerable como vuestra eminencia le disgustará mucho mi modo de pensar; pero lo primero es ser útil á aquellos à quienes debemos todo cuanto somos.

—Me poneis en cuidado, dijo el obispo. ¿Qué revelacion es esa que vais á hacerme?

—Señor, aunque he vivido cerca de veinte años en el convento, me convenzo más y más de que no tengo vocacion para la vida monástica. Por eso he aplazado mi profesion; no tenia confianza en mí, y ántes que pronunciar votos con los labios y no con el corazón, he preferido aplazar ese momento supremo que debia influir eternamente en mi porvenir.

—Si no me lo dijeras, no lo creería.

—Desde el convento he observado mucho, he estudiado mucho á la humanidad. Por otra parte, agradecido à vuestras bondades desde el primer momento en que tuve la dicha de conoceros, he jurado serviros siempre, ser vuestro esclavo; juramento que renuevo en vuestra presencia con todas las formalidades; y tanto para serviros como para realizar

mis aspiraciones, necesito abandonar el claustro, y protegido por vuestra eminencia, ocupar algun puesto en el que pueda seros más útil que en el convento.

—Tal vez renunciás á un porvenir risueño.

—¡Oh! No lo crea vuestra eminencia. Voy á permitirme hablaros con entera libertad. Yo sé que hay un hombre en el mundo que os ha inferido graves ofensas, ofensas que no pueden perdonarse nunca, que toda la virtud humana no basta á hacer olvidar. Ese hombre es poderoso, y aunque vos lo sois más, por lo mismo no podeis luchar cara á cara con él. Necesitais ocasiones en que vuestra razon y vuestra justicia triunfen, y para proporcionaros esa ocasion necesitais el auxilio de hombres adictos, inteligentes y capaces de secundaros; hombres que podrán realizar vuestros designios sin comprometeros nunca, y que en un caso adverso sabrian morir primero en el cadalso que denunciar vuestra influencia en sus actos.

Fonseca miró con interes y con curiosidad á su interlocutor:

—¿Qué quieres decirme? exclamó.

—Quiero deciros que Cristóbal Colon, el marino que ha descubierto las Indias, os inspira un odio inextinguible, y por muchos auxilios que tengais para castigar su osadía, para destruir su prestigio, no hallareis uno más adicto, más á propósito que yo para oponer obstáculos á su empresa, para amenguar su gloria, para desvanecer sus ilusiones. En esta suposicion, voy á formular una súplica. Influid para que abandone el convento; proporcionadme un cargo en vuestra casa, y confiad à mi cuidado el castigo de ese extranjero, que en un momento de soberbia se ha atrevido á alzar los ojos delante del ilustre prelado que podria regir siquiera con la influencia que tiene en la conciencia de los reyes, la gloriosa nacion en que ha nacido.

Fonseca, que conocia las cualidades de Jimeno, comprendió que en efecto no podia encontrar un servidor más fiel, más inteligente que él para poder llevar à cabo su obra y le ofreció acceder á sus ruegos.

Jimeno habia logrado su objeto.

El obispo, como primer patriarca de las Indias y superintendente de los asuntos de aquellas remotas tierras, pudo desde luego conferir à Briviesca el empleo de tesorero de la superintendencia, empleo desde el cual le era muy fácil poner obstáculos al envío de provisiones á la colonia.

Faltando víveres aumentaria la desesperacion de los colonos; atribuirian esta falta á desaciertos del almirante, y si lograba al mismo tiempo desprestigiarle en España y en las Indias, conseguía su objeto.

Un año llevaba en este empleo cuando regresaron Colon y Aguado.

Adulador inteligente, habia conseguido apoderarse por completo de Fonseca, y no dudaba que en cuanto consiguiera destruir la influencia de Colon, mejoraria de suerte, y llegaría con la proteccion de Fonseca á desempeñar alguno de los más altos oficios de Palacio.

Hasta entónces habia hecho lo que habia podido para retrasar el envío de provisiones à la colonia; pero no habia tenido una ocasion de poner en juego su inteligencia como deseaba.

Esta ocasion llegó en el momento en que recibiendo los soberanos à Colon con benevolencia, le ofrecieron darle una nueva escuadra para continuar sus descubrimientos.

Dadas las órdenes de una manera terminante para que se proporcionase á Colon los ocho buques que necesitaba, comenzó Jimeno de Briviesca á suscitar obstáculos que retrasasen la marcha y desearasen al almirante.

CAPITULO XLIX.

Temores y dudas.

Quasi como al regresar Colon de su primer viaje se despertó un gran entusiasmo, no solo en los habitantes de las costas, sino en muchos soldados agueridos, de abandonar la madre patria y pasar el Océano para adquirir riquezas en aquellos países, de los que tantas maravillas se contaban, entónces, es decir, al regresar Colon por segunda vez de las Indias, la indiferente acogida que le habian dispensado, los rumores que acerca de su conducta tiránica habian difundido, y las maquinaciones de que se habian valido sus contrarios para desprestigiarle, habian calmado aquella sed de aventuras, aquel afan de dejar lo cierto por lo dudoso, aquella fiebre de ir á lejanos países en busca de oro, y uno de los primeros obstáculos que encontró Briviesca y comunicó á Fonseca para que lo participara à los reyes, fué el de no hallar personas que voluntariamente quisieran embarcarse.

El obispo, que para no descubrir su juego simulaba haber perdonado á Colon sus ofensas, y le trataba con la mayor consideracion, aun ántes de comunicar á los reyes las noticias que habia recibido de Briviesca se las participó á Colon.

Fué el almirante á ver á los soberanos, y al indicarles las dificultades que encontraba para hallar tripulantes, les sugirió una idea, que demostraba su desesperacion.

Fonseca, que conocia las cualidades de Jimeno, comprendió que en efecto no podia encontrar un servidor más fiel, más inteligente que él para poder llevar à cabo su obra y le ofreció acceder á sus ruegos.

Jimeno habia logrado su objeto.

El obispo, como primer patriarca de las Indias y superintendente de los asuntos de aquellas remotas tierras, pudo desde luego conferir à Briviesca el empleo de tesorero de la superintendencia, empleo desde el cual le era muy fácil poner obstáculos al envío de provisiones á la colonia.

Faltando víveres aumentaria la desesperacion de los colonos; atribuirian esta falta á desaciertos del almirante, y si lograba al mismo tiempo desprestigiarle en España y en las Indias, conseguía su objeto.

Un año llevaba en este empleo cuando regresaron Colon y Aguado.

Adulador inteligente, habia conseguido apoderarse por completo de Fonseca, y no dudaba que en cuanto consiguiera destruir la influencia de Colon, mejoraria de suerte, y llegaría con la proteccion de Fonseca á desempeñar alguno de los más altos oficios de Palacio.

Hasta entónces habia hecho lo que habia podido para retrasar el envío de provisiones à la colonia; pero no habia tenido una ocasion de poner en juego su inteligencia como deseaba.

Esta ocasion llegó en el momento en que recibiendo los soberanos à Colon con benevolencia, le ofrecieron darle una nueva escuadra para continuar sus descubrimientos.

Dadas las órdenes de una manera terminante para que se proporcionase á Colon los ocho buques que necesitaba, comenzó Jimeno de Briviesca á suscitar obstáculos que retrasasen la marcha y desesperasen al almirante.

CAPITULO XLIX.

Temores y dudas.

Quasi como al regresar Colon de su primer viaje se despertó un gran entusiasmo, no solo en los habitantes de las costas, sino en muchos soldados agueridos, de abandonar la madre patria y pasar el Océano para adquirir riquezas en aquellos países, de los que tantas maravillas se contaban, entónces, es decir, al regresar Colon por segunda vez de las Indias, la indiferente acogida que le habian dispensado, los rumores que acerca de su conducta tiránica habian difundido, y las maquinaciones de que se habian valido sus contrarios para desprestigiarle, habian calmado aquella sed de aventuras, aquel afán de dejar lo cierto por lo dudoso, aquella fiebre de ir á lejanos países en busca de oro, y uno de los primeros obstáculos que encontró Briviesca y comunicó á Fonseca para que lo participara à los reyes, fué el de no hallar personas que voluntariamente quisieran embarcarse.

El obispo, que para no descubrir su juego simulaba haber perdonado á Colon sus ofensas, y le trataba con la mayor consideracion, aun ántes de comunicar á los reyes las noticias que habia recibido de Briviesca se las participó á Colon.

Fué el almirante á ver á los soberanos, y al indicarles las dificultades que encontraba para hallar tripulantes, les sugirió una idea, que demostraba su desesperacion.

—Al emprender el primer viaje, dijo, no habia tampoco quien quisiera seguirme; pero entónces se tomó una resolucion que bien podia adoptarse ahora, y que sin duda alguna será más beneficiosa que entónces. Hay muchos criminales sentenciados à galeras ó minas, que considerarian como un beneficio la conmutacion de su pena en la obligacion de seguirme para trabajar sin recompensa ni salario alguno en los campos y en las minas de la colonia. Allí, con el trabajo y la esperanza del perdon, podriamos hacer á los criminales hombres de bien.

La idea fué acogida, y se publicó un perdon general, no solo para los que ya estaban condenados y sufrían sus condenas, sino para cuantos malhechores se presentasen al almirante resueltos á acompañarle en su tercer viaje.

Dispúsose también que los más criminales solo estarian dos años en las islas, mientras que se reduciría á ménos el tiempo de los que hubieran cometido faltas más leves.

La traicion, la herejía, el asesinato, el robo en cuadrilla, eran los únicos delitos cuyas condenas no podian conmutarse.

Bien conocia Colon que llevar aquellos hombres á la colonia era llevar la muerte en donde queria que brotase la vida.

Pero aún se hacia ilusiones de que su trato, benévolo y fuerte à la vez, convertiría á aquellos hombres en vasallos sumisos, y sobre todo necesitaba llevar á cabo sus proyectos, y con tal de conseguir el fin aceptaba todos los medios, cualesquiera que fuesen.

Desgraciadamente se ha seguido despues el mismo ejemplo por casi todas las naciones que han fundado colonias, razon por la cual puede decirse que los primeros pobladores europeos de la América han llevado á su vírgen tierra todos los vicios.

No se dió por vencido Jimeno de Briviesca.

Aconsejó al obispo su protector que se opusiera al reclutamiento de aquellos criminales, por considerar perjudiciales á los primeros colonos la compañía de aquellos hombres que, cuando ménos, los avergonzarian.

Era una magnífica ocasion para protestar, fundado en un sentimiento humanitario, y el Obispo Fonseca protestó con energía contra la idea de Colon, manifestando que no era una accion digna de la metrópoli arrojar sus crímenes y vicios á las colonias.

Pero la reina habia ofrecido al almirante proporcionarle colonos de aquel modo; comprendia, como Colon, que el trabajo produciria mejores frutos que el castigo en los malhechores, y se obstinó en mantener en vigor las órdenes que habia dado.

El obispo Fonseca, manifestando de nuevo sus escrúpulos anunció que, por su parte, renunciaba á la gestión de los negocios de Indias, y se confió su direccion á Antonio de Torres.

No era este el resultado que se prometia Fonseca; pero no desmayó, porque Briviesca conservaba el oficio de tesorero, y tenia bastantes elementos para apoderarse del nuevo superintendente.

No se engañó.

En las pocas entrevistas que celebró el tesorero con Antonio de Torres le inspiró predileccion tan grande, hinchó de tal manera su vanidad, que no tardó en ser relevado de su empleo, sustituyéndole de nuevo el obispo Fonseca.

Como la mayor parte de los documentos se habian redactado en nombre de Torres, fué necesario hacerlos de nuevo, y esto produjo nuevas dilaciones.

Vencidas las dificultades de los tripulantes, surgió una nueva complicacion.

No habia buques.

Nadie queria darlos para la empresa, y aunque los reyes estaban dispuestos á tomar una actitud enérgica para adquirir embarcaciones, una desgracia inmensa para ellos y para la nacion vino á apartar sus ojos de los negocios de Indias.

El príncipe don Juan, el heredero del trono de la monarquía española, la esperanza de la patria, próximo á dar su mano á la princesa Margarita, con la que ya habia celebrado esponsales, sucumbió inesperadamente, produciendo un inmenso dolor en el corazon de la reina.

En aquellos momentos comenzó á eclipsarse su estrella.

Hasta entónces le habia sonreído la felicidad.

Los días de su reinado habian sido días de triunfo y de gloria.

El imperio de la media luna habia desaparecido de España arrojado por sus victoriosas armas.

Un pobre marino genovés habia aumentado con ricas joyas las que adornaban su corona.

Habia unido á su hija con el archiduque de Austria, y todo hacia creer que sus sueños se habian realizado, cuando la muerte del príncipe don Juan vino á ser la primera piedra desprendida del edificio de su ventura.

El dolor de la reina se comunicó á toda la nacion.

No fué Colon quien ménos sintió la pérdida del infante, Diego, su hijo, lloraba la muerte de su señor y de su amigo.

Era la segunda desgracia que experimentaba en su vida, y apesadumbrado su corazon, quiso renunciar para siempre al mundo y sepultarse en el claustro.

Ignoraba que la gloria de su patria debia ofrecerle aún el más risueño porvenir.

Pasado algun tiempo, la pobre madre pensó en el marino que sufría con paciencia, respetando su pena.

Las noticias que se recibieron entre tanto de la colonia eran desconsoladoras.

El hambre empezaba á hacer estragos entre sus moradores.

Aun á riesgo de aumentar el dolor de la soberana, fué Colon á verla, y la pintó con vivos colores la situacion de la colonia.

Inmediatamente dispuso que partieran dos buques, y fué tan terminante su orden, que todas las argucias de Briviesca y los deseos de su protector fueron inútiles.

A principios del año 1498 partieron dos carabelas con víveres, al mando de Pedro Fernandez Coronel.

El obispo Fonseca habia manifestado que no habia fondos para facilitar aquellos buques.

—Yo los daré, dijo la reina.

Y los tomó del dote destinado á su hija doña Isabel, que debia casarse con el rey de Portugal.

Queriendo dar una nueva prueba de consideracion al almirante, hizo que sus dos hijos, Diego y Fernando, entrasen á su servicio en calidad de pajes, como ya lo habian sido del príncipe don Juan.

Colon partió á Sevilla para activar los preparativos de su marcha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO L.

Donde se acaba la paciencia del almirante.

LLEGÓ á Sevilla Jimeno de Briviesca, al mismo tiempo que Colon, é iba plenamente autorizado por el obispo para aplazar la marcha del almirante, para irritarle y obligarle á alguna resolucion desesperada que le desprestigiase por completo.

Su primera entrevista con el tesorero le hizo formar de él una idea muy distinta de lo que era su carácter en realidad.

—Inmensa es mi fortuna, dijo á Colon, porque puedo acercarme al gran hombre, al marino á quien la Europa entera aclama por sus triunfos, y de quien yo me complazco en ser humilde criado.

Estaba tan poco acostumbrado Colon á recibir homenajes de aquella especie, sobre todo de los empleados que se hallaban al servicio del obispo Fonseca, y por otra parte le inspiró tanta confianza la fisonomía abierta y humilde de Jimeno, que tendiéndole la mano con verdadero afecto:

—Acepto vuestros servicios, le dijo, con la condicion de que me ayudeis á evitar las muchas dificultades que se oponen á mi marcha, porque he sufrido mucho y ya me falta resignacion para soportar tantas dilaciones.

—Por mi parte, dijo Briviesca, os facilitaré los medios de partir. Desgraciadamente los recursos son escasos, y hay que luchar con grandes dificultades. Las que haya no procederán de mí.

Creyó Colon sus palabras de buena fe, y desde el dia siguiente comenzó á sufrir.

—Contamos con un buque, le dijo Briviesca. Cuesta muy caro pero es bueno.

Un dia despues le manifestó que el dueño de la embarcacion habia encontrado el apoyo de un alto personaje y se negaba á darlo.

Más de un mes trascurrió, durante el cual eran numerosas las dificultades que se oponian á los deseos de Colon.

Se presentaban algunos á reclamar el beneficio de la conmutacion de su pena, y á los dos ó tres dias optaban de nuevo por el castigo que sufrían, prefiriéndole á la aventurada empresa que iban á acometer.

Otras veces se volvian atrás los dueños de los buques, ó se noticiaba que las embarcaciones estaban en mal estado, y era necesario sustituirlas con otras.

Pero Briviesca se condolia de todas estas contrariedades delante de Colon, hasta el punto de tenerle engañado.

El tiempo pasaba, y no llegaba el dia de la partida.

Una noche llamó á las puertas de su vivienda una mujer, que manifestó grandes deseos de verle.

Dispuso el almirante que fuese conducida á su presencia, y no tardó en reconocerla.

Era Isabel Monteagudo; Isabel, que habia consagrado toda su vida á velar por el hombre á quien tantos sacrificios debia.

Despues de referirle todo lo que habia pasado:

—Solo he venido á Sevilla por veros, le dijo.

—Lo sé, por lo mismo he deseado esta entrevista. Estais siendo víctima del odio que os profesa el obispo Fonseca. No os ha perdonado las humillaciones que ha sufrido por causa vuestra; desea vuestra ruina, y los obstáculos que hallais á vuestros deseos son suscitados por él y sus agentes.

Isabel le refirió lo que había hecho para poder enterarse de los proyectos de Fonseca, y le participó que Jimeno de Briviesca, era uno de sus más activos secuaces.

Para convencerle le dijo:

—Hasta ahora han hecho lo posible por impacientaros, mostrándose humildes al mismo tiempo, á fin de poderse presentar como víctimas de vuestra irritacion. Pero lo estéril de sus esfuerzos ha obligado al obispo Fonseca á aconsejar á Briviesca que emplee una nueva táctica. En lo sucesivo, lo mismo el tesorero que los demas agentes, llegarán hasta á faltáros al respeto para ver si de este modo consiguen irritaros. Contened vuestra justa indignacion y confiad en mí. He logrado acercarme á uno de vuestros mayores enemigos, Juan de Aguado, y obtener su confianza. Con él he venido de incógnito á Sevilla para traer estas órdenes. No volveré á veros, pero fiad en mí.

Isabel partió y no tardó en confirmarse su anuncio.

Briviesca dejó de ver á Colon.

Le envió para tratar con él los empleados más inferiores, y éstos emplearon una conducta insolente y procaz con el gran hombre.

Colon mandó á Briviesca que se presentase á su vista.

Al tenerle delante le increpó por enviarle para darle noticias de lo que pasaba á personas tan soeces.

Jimeno se excusó, pero no cumplió las órdenes que le dió el almirante.

Por entónces se tuvo noticia en Sevilla de que había llegado á Cádiz un buque genovés, y Colon supo que á bordo de él se hallaba un hombre de su mismo apellido.

Dió orden para que fuese á verle, y reconoció en él á un primo de su padre, hombre de edad, pero fuerte todavía, y como todos los de su familia, diestro en las cosas de la vida marítima.

Llamábase Antonio Colon, y el almirante, que deseaba tener personas adictas á su lado, le confirió desde luego el mando de una de las carabelas en donde debía partir.

Sufriendo con paciencia todas las vejaciones de que era objeto, y haciendo un estudio especial para que su resignacion, digna y severa, contrastase con las groserías de los servidores de Fonseca, logró á principios de Mayo reunir en el puerto de Sanlúcar de Barrameda seis embarcaciones, el número de tripulantes que necesitaba, un médico, un cirujano, un boticario, varios marineros y algunos músicos, con el objeto de que animarau la colonia, y se dispuso por fin á llevar á cabo la tercera expedicion, esperando que el triunfo compensaria los disgustos que la envidia y la mala fe le habían proporcionado.

Bien había trabajado Jimeno de Briviesca para impedir este viaje.

Pero la voluntad decidida de la reina y la presencia de Colon habían superado aquellas dificultades, y al fin y al cabo llegó el momento de partir.

Todas las esperanzas de Briviesca quedaron defraudadas.

Sin embargo, aún le quedaba un medio de impedir el viaje del almirante.

Era un medio arriesgado, pero estaba seguro de que si salía bien, el obispo Fonseca haría un esfuerzo para realizar sus deseos ambiciosos.

La idea que concibió no era otra que la de provocar al almirante, á fin de que éste, irritado, le desafiase, y pudiera él atravesarle con su espada.

Arriesgada era la empresa, porque la mansedumbre de Colon no suponía en él falta de valor, sino sobra de prudencia, y sobre todo vivos deseos de no malograr sus planes.

A última hora se negó á concederle el pasaje de los mú-

sicos, pretextando que los servicios que iban á prestar eran superfluos y no compensaban los gastos.

A pesar de la grosería con que rebatió las razones del almirante, éste dispuso que los músicos se embarcaran, y Briviesca no tuvo más remedio que callar.

No por vanidad, sino por decoro, pidió Colon para su servicio cuatro pajes.

Briviesca calló, pero no cumplió sus órdenes.

Llegó por fin el día 30 de Mayo, señalado para la partida de los buques.

Colon, despues de escribir á los reyes y á sus queridos hijos, se dirigió á Sanlúcar de Barrameda, donde debia embarcarse y donde le esperaban los tripulantes.

Briviesca se habia anticipado para estar allí en el momento de la salida de las embarcaciones.

Colon visitó todos los buques, cinco de los cuales eran malas carabelas mercantes, y solo una, la que él debia ocupar, tenia cubierta.

La mayor parte de sus órdenes habian sido olvidadas ó desobedecidas.

En todo se veia la mala fe de los encargados de elegir sus embarcaciones.

La indignacion del almirante fué inmensa.

Faltábale resignacion para soportar vejaciones tan dignas de gente tan menguada.

Al embarcarse en su nave para dar la orden de partir, porque deseaba cuanto ántes alejarse de aquellos miserables que abusaban de su bondad, pasó revista á toda la gente que debia ir con él, y notó con sorpresa que no habia más que un paje á su servicio.

Ya no pudo resistir más.

Abandonando el buque llegó á la playa á tiempo que Ji-

meno de Briviesca con algunos otros empleados de la superintendencia iban á hacer el último esfuerzo para obedecer á su jefe.

—Iba á buscaros, dijo Colon al tesorero.

—Aquí me teneis, contestó éste con arrogancia.

—Habeis faltado por completo á mis órdenes. Los víveres son en su mayor parte de mala calidad; no están á bordo todas las personas alistadas para el viaje, y por último, dispuse que me proporcionais cuatro pajes, y habeis tenido por conveniente no darme más que uno.

—Basta y sobra, contestó Briviesca; y tened presente que demasiados sacrificios hace la nacion para que pidais golle-
rias.

—Sois un miserable, exclamó el almirante, no pudiendo contenerse y dirigiendo una mirada amenazadora al agente del obispo Fonseca.

—Ved lo que hablais, que soy un caballero y no puedo consentir ultrajes de quien no es más que yo.

—¡Vos caballero! Decid más bien que sois un miserable ejecutor de las infames órdenes de mis enemigos; decid que sois un hombre indigno de alternar con personas honradas, y huid pronto de mi vista, si no quereis que os pisotee como á miserable culebra que se arrastra por el suelo.

—¿Vos á mí? dijo Briviesca. Defendeos, añadió, des-
vainando la espada y aprovechando los momentos para rea-
lizar su infame designio.

Instantáneamente recobró Colon toda su energía, toda su fuerza, y sin dar tiempo á Briviesca para que se pusiese en guardia, cayó sobre él como un leon, le arrojó al suelo, le arrebató su espada, la arrojó lejos de sí y comenzó á pisotearle, miéntras todos los que acompañaban á Briviesca para ayudarle á asesinar á Colon, miraban atemorizados aquella esce-
na sin atreverse á intervenir en ella.

Pero no tardó la piedad en sobreponerse á la ira, y dejándole abandonado y medio muerto:

—No merece un villano como vos, dijo, que malogre una empresa tan grande como la que voy á acometer. Pero vosotros que habeis presenciado este desahogo de mi indignacion, decid al obispo Fonseca, decid á todos mis adversarios, que estoy resuelto á castigarles del mismo modo que á este miserable si por medios infames y rastreros tratan de desprestigiar mi nombre y de oponer obstáculos á mis proyectos.

Y volviendo á la embarcacion, mandó disparar el cañonazo de leva, y las seis embarcaciones entregaron sus velas al viento, que soplaba de un modo favorable.

Recogido Briviesca por sus amigos, fué conducido al lecho, donde no tardó en restablecerse.

No habia logrado sus designios, pero podia presentarle el arrebató de Colon, como una prueba de su conducta tiránica en la colonia; por otra parte, era un empleado público, un agente de los reyes, y pensó que haciendo ver á los monarcas que Colon les habia ofendido en su persona, conseguiria su objeto.

Fonseca fué el primero que refirió á los reyes aquel suceso, lamentándose de que un hombre de la edad de Colon y de su importancia se hubiera rebajado hasta el punto de luchar brazo á brazo con un empleado de la colonia.

Mucho sintió la reina aquel suceso, y en la primera carta que enviaron los monarcas á Colon se lo dieron á entender.

Pero lo de ménos era esto.

Fonseca y los suyos, aprovechando aquel justo desahogo del hombre que tanto habia sufrido, redoblaron las calumnias contra él, y comenzó á prepararse la hoguera en donde habian de fraguarse las cadenas con que poco despues debia volver á España el que tanta gloria habia alcanzado para su patria adoptiva.

CAPITULO LI.

Descubrimiento de la Trinidad.



UNDADO en los conocimientos que habia adquirido, renunció Colon en su tercer viaje á tomar el rumbo que habia seguido en el primero, y se encaminó hácia el cabo de las Islas Verdes con el objeto de investigar hácia el Sudeste, hácia la zona equinoccial, virando despues al Occidente, para llegar á la Española á favor de los vientos constantes que reinaban en aquella parte del Océano.

En sus anteriores viajes, y sobre todo al costear al Sur de Cuba, observó que se extendia más hácia el Sur, y de este dato, y de los informes que habia adquirido, dedujo que habia al Mediodía de los países descubiertos una gran extension de tierra firme.

Pensaba Colon con este motivo que cuanto más se acercase al Ecuador, la influencia abrasadora del sol le proporcionaria en los países que descubriese productos fecundizados por su vivificante luz y piedras preciosas, idea en que le confirmó una carta que de órden de la reina le habia escrito Jaime Ferrer, inteligente lapidario, que habia visitado, en busca de piedras y metales preciosos, el Levante, varios parajes del Oriente, y conversado con los mercaderes de Asia y Africa.

Este artífice aseguraba á Colon que el oro, las piedras preciosas y las especias se hallaban particularmente en las

Pero no tardó la piedad en sobreponerse á la ira, y dejándole abandonado y medio muerto:

—No merece un villano como vos, dijo, que malogre una empresa tan grande como la que voy á acometer. Pero vosotros que habeis presenciado este desahogo de mi indignacion, decid al obispo Fonseca, decid á todos mis adversarios, que estoy resuelto á castigarles del mismo modo que á este miserable si por medios infames y rastreros tratan de desprestigiar mi nombre y de oponer obstáculos á mis proyectos.

Y volviendo á la embarcacion, mandó disparar el cañonazo de leva, y las seis embarcaciones entregaron sus velas al viento, que soplaba de un modo favorable.

Recogido Briviesca por sus amigos, fué conducido al lecho, donde no tardó en restablecerse.

No habia logrado sus designios, pero podia presentarle el arrebatado de Colon, como una prueba de su conducta tiránica en la colonia; por otra parte, era un empleado público, un agente de los reyes, y pensó que haciendo ver á los monarcas que Colon les habia ofendido en su persona, conseguiria su objeto.

Fonseca fué el primero que refirió á los reyes aquel suceso, lamentándose de que un hombre de la edad de Colon y de su importancia se hubiera rebajado hasta el punto de luchar brazo á brazo con un empleado de la colonia.

Mucho sintió la reina aquel suceso, y en la primera carta que enviaron los monarcas á Colon se lo dieron á entender.

Pero lo de ménos era esto.

Fonseca y los suyos, aprovechando aquel justo desahogo del hombre que tanto habia sufrido, redoblaron las calumnias contra él, y comenzó á prepararse la hoguera en donde habian de fraguarse las cadenas con que poco despues debia volver á España el que tanta gloria habia alcanzado para su patria adoptiva.

CAPITULO LI.

Descubrimiento de la Trinidad.



UNDADO en los conocimientos que habia adquirido, renunció Colon en su tercer viaje á tomar el rumbo que habia seguido en el primero, y se encaminó hácia el cabo de las Islas Verdes con el objeto de investigar hácia el Sudeste, hácia la zona equinoccial, virando despues al Occidente, para llegar á la Española á favor de los vientos constantes que reinaban en aquella parte del Océano.

En sus anteriores viajes, y sobre todo al costear al Sur de Cuba, observó que se extendia más hácia el Sur, y de este dato, y de los informes que habia adquirido, dedujo que habia al Mediodía de los países descubiertos una gran extension de tierra firme.

Pensaba Colon con este motivo que cuanto más se acercase al Ecuador, la influencia abrasadora del sol le proporcionaria en los países que descubriese productos fecundizados por su vivificante luz y piedras preciosas, idea en que le confirmó una carta que de orden de la reina le habia escrito Jaime Ferrer, inteligente lapidario, que habia visitado, en busca de piedras y metales preciosos, el Levante, varios parajes del Oriente, y conversado con los mercaderes de Asia y Africa.

Este artifice aseguraba á Colon que el oro, las piedras preciosas y las especias se hallaban particularmente en las

regiones de la zona equinoccial, razón por la cual no las encontraría en abundancia hasta explorar aquellas latitudes.

Caminando hacia el Sur pensaba el almirante que realizaría su propósito.

A poco de abandonar el puerto supo que una escuadra francesa cruzaba á la sazón por el cabo de San Vicente.

Desde el punto en donde estaba se dirigió á las islas de Puerto Santo y Madera, donde tomó leña y agua en abundancia, y prosiguió su viaje á las Canarias.

El 19 de Junio llegó á la Gomera, y el 21, dividida su escuadra, envió tres buques directamente á la Española con provisiones y noticias suyas para sus hermanos.

El mando de uno de ellos lo confió á Alonso Sanchez de Carvajal, marino intrépido y honrado, natural de Baeza, que le habia sido muy recomendado por Inés, por haber sido uno de los mejores amigos de su esposo Beltran.

El mando del segundo buque lo confió á Pedro de Arana, pariente de su esposa doña Beatriz, y primo del Arana que pereció en la fortaleza de la Navidad sorprendido por Caonabo.

El mando del tercero lo dió á Antonio Colon, su pariente, y dispuso que mandasen alternativamente, por semanas, cada uno de ellos.

Se despidió de ellos, y con los otros tres bajeles que le quedaban prosiguió su viaje al cabo de las islas Verdes.

Al llegar á los trópicos la variación de clima produjo en el almirante un violento ataque de gota seguido de calentura.

No por esto dejó de hacer diarias observaciones y de dirigir el movimiento de la pequeña escuadra.

Permaneció algunos días á la vista de las islas Verdes, cuya esterilidad le aterró, y el 5 de Julio se puso en marcha hacia el Sudoeste, con ánimo de llegar hacia la zona equinoccial.

El aire no era favorable, y las embarcaciones estuvieron dos días á la vista de la isla de Fuego.

Prosiguiendo al Sudoeste, recorrió unas ciento veinte leguas, y el 13 de Julio se encontraba en el quinto grado de latitud Norte.

Penetró en la región conocida por los marinos con el nombre de latitudes calurosas.

Los vientos constantes del Sudoeste y del Noroeste producen allí una gran calma, y el mar parece una balsa de aceite, y mientras las nubes permanecen inmóviles, los que van á bordo sufren las consecuencias del calor que produce un sol que cae sobre ellos á plomo, sin que el más leve soplo de la brisa venga á facilitar su respiración.

Los marineros, lo mismo entonces que hoy, temen entrar en este espacio del Océano, porque á veces tienen que permanecer semanas enteras en aquella inmovilidad, que se asemeja á la muerte.

Ocho días tuvo que permanecer Colon allí.

No se respiraba aire, sino fuego.

La brea se ardía.

Las juntas de los buques se abrían.

La carne salada se estropeó.

El trigo se quemó.

Los barriles de agua y de vino reventaron unos y se vaciaron otros.

Natural era que se agravase la dolencia de Colon en aquel clima.

Por fortuna se levantó una ligera brisa.

Pero los buques estaban muy estropeados, las provisiones escaseaban, y tuvo Colon que renunciar á su propósito para tomar el rumbo del Occidente, á fin de hallar pronto tierra.

Sin embargo, trascurrieron muchos días sin que se realizasen sus esperanzas.

El estado de los tripulantes era tan lastimoso, que deseando Colon encontrarse en la longitud de las islas Caribes, viró al Norte para detenerse en alguna de ellas, reparar los buques y encaminarse en seguida á la Española.

Llegó el día 31 de Julio.

No se veía tierra ni síntomas de hallarla pronto.

Al amanecer no quedaba más que un barril de agua en cada buque.

La ansiedad de los marineros era horrible.

La situación de Colon sólo nuestros lectores, que la conocen ya, pueden comprenderla.

El agua estaba más defendida que el oro en las ciudades modernas.

A cosa de las doce de la mañana un marinero, llamado Alonso Perez, que se hallaba en las gavias, descubrió en el horizonte las cumbres de tres montañas.

—¡Tierra!.... ¡Tierra! gritó.

Al oírle, los tripulantes se animaron.

Las embarcaciones avanzaron, y Colon observó que las tres montañas se unían en su base.

Aquellas tres montañas, unidas en una, impresionaron á Colon.

Instantáneamente pensó en la Trinidad, y bautizó á aquella isla con el nombre que conserva en el día.

CAPITULO LII.

Impresiones de viaje.

Los achaques que padecía Colon y el deseo de llegar pronto á tierra, le hicieron dirigir la proa á la isla, y llegó á su extremo occidental, al que dió el nombre de puerto de la Galera, por tener una roca que desde léjos parecia un modelo de esta clase de embarcaciones.

Buscó desde luego un sitio seguro donde echar el ancla, y necesitó andar algunas leguas sin hallarle.

Al siguiente día, 1.^o de Agosto, continuó navegando por la costa en busca de agua.

El paisaje que se presentó á sus ojos le sorprendió y le deslumbró.

Creía, por hallarse cerca del Ecuador, que los rayos vivificantes del sol tendrian abandonadas aquellas campiñas.

Y sin embargo, se presentaron á su vista arboledas espléndidas, palmeras elevadas y lozanas, ricas selvas, cuyos últimos árboles parecían bañar sus ramas en el mar.

Aunque las costas eran bajas, en el interior se elevaba el terreno y se descubrian de trecho en trecho pintorescas aldeas, y sembrados que revelaban el trabajo del hombre.

Sin embargo, las playas estaban desiertas y no se veía un alma viviente en torno de las habitaciones campestres.

Era tan suave la temperatura de que allí se gozaba, tan risueños los horizontes que se descubrian, que parecia á los tri-

El estado de los tripulantes era tan lastimoso, que deseando Colon encontrarse en la longitud de las islas Caribes, viró al Norte para detenerse en alguna de ellas, reparar los buques y encaminarse en seguida á la Española.

Llegó el día 31 de Julio.

No se veía tierra ni síntomas de hallarla pronto.

Al amanecer no quedaba más que un barril de agua en cada buque.

La ansiedad de los marineros era horrible.

La situación de Colon sólo nuestros lectores, que la conocen ya, pueden comprenderla.

El agua estaba más defendida que el oro en las ciudades modernas.

A cosa de las doce de la mañana un marinero, llamado Alonso Perez, que se hallaba en las gavias, descubrió en el horizonte las cumbres de tres montañas.

—¡Tierra!.... ¡Tierra! gritó.

Al oírle, los tripulantes se animaron.

Las embarcaciones avanzaron, y Colon observó que las tres montañas se unían en su base.

Aquellas tres montañas, unidas en una, impresionaron á Colon.

Instantáneamente pensó en la Trinidad, y bautizó á aquella isla con el nombre que conserva en el día.

CAPITULO LII.

Impresiones de viaje.

Los achaques que padecía Colon y el deseo de llegar pronto á tierra, le hicieron dirigir la proa á la isla, y llegó á su extremo occidental, al que dió el nombre de puerto de la Galera, por tener una roca que desde léjos parecia un modelo de esta clase de embarcaciones.

Buscó desde luego un sitio seguro donde echar el ancla, y necesitó andar algunas leguas sin hallarle.

Al siguiente día, 1.^o de Agosto, continuó navegando por la costa en busca de agua.

El paisaje que se presentó á sus ojos le sorprendió y le deslumbró.

Creía, por hallarse cerca del Ecuador, que los rayos vivificantes del sol tendrian abandonadas aquellas campiñas.

Y sin embargo, se presentaron á su vista arboledas espléndidas, palmeras elevadas y lozanas, ricas selvas, cuyos últimos árboles parecian bañar sus ramas en el mar.

Aunque las costas eran bajas, en el interior se elevaba el terreno y se descubrian de trecho en trecho pintorescas aldeas, y sembrados que revelaban el trabajo del hombre.

Sin embargo, las playas estaban desiertas y no se veía un alma viviente en torno de las habitaciones campestres.

Era tan suave la temperatura de que allí se gozaba, tan risueños los horizontes que se descubrian, que parecia á los tri-

mulantes, segun cuenta un historiador de la época, hallarse en medio de la deliciosa vega de Valencia durante la estación de la primavera.

Creyendo haber hallado un paraje ménos peligroso que los demas para la seguridad de los navíos, envió los botes á tierra á fin de que los marineros se abasteciesen de agua, y éstos volvieron sumamente contentos despues de haber hallado un cristalino y abundante arroyo.

No tardó Colon en comprender que el paraje que habia elegido ofrecia poca seguridad para los buques, y quiso á toda costa hallar algunos naturales del país para tomar informes.

Las tentativas fueron inútiles.

Los naturales del país huían amedrentados al ver acercarse los buques.

Fué necesario partir, y no habia andado mucho trecho cuando descubrió Colon hácia el Sur una porcion de tierra que se extendia á una distancia de más de veinte leguas.

Suponiendo que era una isla, la dió el nombre de isla Santa.

A pesar de sus grandes conocimientos geográficos, el atraso en que estaba por entónces la ciencia le impidió comprender que aquella era la tierra firme que tanto habia ambicionado.

Pero los desengaños que habian sufrido sus anteriores creencias le obligaron á no ver más que sombras donde estaba la luz. (T)

Continuó el almirante la investigacion al Sudeste de la Trinidad, y dió á su cabo el nombre de Punta del Arenal.

A un extremo próximo, formado por una elevada roca que habia en el centro, dió el nombre de *Paso del gigante*, y cerca de él dispuso que se colocaran los buques.

Por la primera vez descubrió en aquellos mares una gran canoa, en la que navegaban veinticinco indios de diferente aspecto de los de las islas que hasta entónces habia descubierto.

Uno de los tripulantes de esta canoa, al llegar á cierta distancia del bajel de Colon, le saludó en un dialecto que no pudo comprender ninguno de los que iban á bordo, ni aun el mismo Diego, que nunca abandonaba á su amo.

Era necesario recurrir á ese idioma universal, á la mímica, que facilita á los viajeros que se encuentran en las comarcas desconocidas los medios de ponerse en comunicacion con las razas que hablan idiomas completamente desconocidos para ellos.

Se trataba de catequizar á los moradores de aquella isla, y Colon pensó desde luego que la oferta de regalos les haria comprender que no eran enemigos los que iban á visitarlos, los tranquilizarian y les impulsarian á acercarse al bajel; en cuyo caso nada mas fácil que entenderse con ellos por medio de signos.

Mandó que algunos marineros se acercasen á las galerías de las embarcaciones, enseñando á los indios vasijas de metal, espejuelos y cascabeles.

Los que ofrecian á su vista estos objetos se deshacian en gestos brindándoselos.

Pero los indios, á quienes no habia llevado más que la curiosidad, realizaban su deseo, y aunque á corta distancia del buque dieron la vuelta alrededor de él para observarle con silenciosa admiracion.

Al fin se detuvieron y permanecieron largo rato contemplando aquella maravilla desconocida para ellos.

Pero recelosos, no abandonaban los remos ó canaletes, y estaban prontos á ponerse en precipitada fuga en cuanto descubrieran la menor señal de hostilidad.

Aquellos indios eran jóvenes, de bellas formas y de un color mucho más claro que los que hasta entónces habian visto los españoles.

Negra y poblada cabellera coronaba su cabeza, sobre la que tenían una especie de banda ó redecilla de algodón.

Sobre los hombros, á manera de capa, llevaban telas de colores variados.

Todos ellos parecian guerreros, é iban armados con flechas y arcos.

Las flechas estaban adornadas con plumas, y formaban sus puntas afilados huesos.

Tambien, por la primera vez, vieron los españoles en poder de los indios una pieza muy parecida á la que usaban para completar su armadura: los escudos ó broqueles.

Deseando á toda costa enterarse por ellos del nombre del país en que habitaban y de las circunstancias especiales que le constituian, mandó Colon echar al agua un bote para que se acercaran algunos soldados.

Apénas notaron la maniobra se alejaron rápidamente, y para que no se fueran hubo necesidad de mandar suspender aquella operacion, con lo cual, tranquilizándose los indios, fueron acercándose al bajel, y continuaron en su silenciosa contemplacion.

¡A qué pequeñeces tienen que recurrir los grandes hombres para realizar su deseo!

El héroe inmortal, el génio que más tarde habia de recibir un verdadero culto de las generaciones futuras, llevó á cabo una idea pueril para ver si lograba seducir á los indios.

Sabia por experiencia cuán dados eran todos los habitantes de aquellos países á la danza y á la música.

Estos dos espectáculos ó diversiones constituian los principales rasgos de su religion, y pensó el almirante que ofreciéndoles una muestra más esplendorosa de aquel espectáculo, lograria que se acercasen más al buque, y hasta que subiesen á bordo.

Dispuso que los músicos que llevaba consigo subiesen sobre cubierta y ejecutasen algunas piezas de música, mientras que un marinero andaluz cantaba y algunos otros danzaban en torno suyo.

Apénas llegaron á oídos de los indios los acordes de la música, el acento del canto, vieron los movimientos y contorsiones que hacian los bailarines, tomando aquellos cantos y aquella danza por hostilidades, levantaron los escudos, empuñaron los arcos, y no tardó en caer, á poca distancia de la carabela, una lluvia de flechas.

El sainete estuvo á punto de convertirse en tragedia.

No convenia aparecer tímidos á los ojos de los indios, y dispuso Colon que dos ballesteros contestasen á las flechas con sus ballestas, y no tardaron en obligar á huir á los indios, los cuales, al llegar á la playa, corrieron á refugiarse en los bosques, dando fin de este modo á aquella escena completamente dramática.

CAPITULO LIII.

Descubrimiento del Golfo de Parias.

No había pasado media hora desde la escena que acabo de referir, cuando una nueva canoa, en la que solo iban cuatro ó cinco hombres de los que poco ántes habían huido, se acercó majestuosamente hasta una de las carabelas, y el que hacia de jefe habló con el piloto.

No pudieron entenderse; pero obedeciendo las órdenes que había dado Colon, les hizo el marino varios regalos, que les pusieron muy contentos, dando á entender con su fisonomía la gratitud que experimentaban por aquel agasajo.

El piloto quiso apoderarse á toda costa de aquellos indios para conducirlos á bordo del buque de Colon y realizar su deseo de interrogar á los habitantes de aquel país; y al efecto apenas fué invitado por los indios á saltar en tierra, manifestó acceder á sus deseos.

Pidió licencia al almirante para ir á tierra en el bote, y al ver los indios desde la playa que no iba en pequeñas embarcaciones el marino con quien habían hablado, y que aquel se dirigia á otro de los buques, recelaron una emboscada y corrieron á ocultarse en las selvas.

Todos estos eran indicios de civilizacion.

Su carácter receloso hizo entrar en deseos, no solo al almirante, sino á los que iban con él, de visitar el país y conocer á sus habitantes.

En Colon produjeron gran curiosidad.

Creia el navegante hallarse en el sétimo grado de latitud, y con este motivo no dudaba que los habitantes de aquellas comarcas serian muy semejantes á los de las posesiones de Africa conquistadas por los portugueses, ó lo que es lo mismo, achaparrados, negros y con cabello crespo y lanudo.

Pero se equivocaba.

No era el sétimo grado de la latitud, sino el décimo en el que se hallaban, y los habitantes que hasta entónces habia visto eran esbeltos, tenian cabello largo y el color de su cutis era mucho más blanco.

Asimismo se habia equivocado suponiendo que el clima sería en extremo caluroso.

Por el contrario, era apacible, y los marineros gozaban respirando aquel aire puro y embalsamado, y recreando sus ojos en aquellos paisajes pintorescos.

—¿Qué hacemos, almirante? dijeron los pilotos á su jefe.

—Buscar un buen anclaje en la punta del Arenal, y explorar el terreno.

Los marineros querian desembarcar y refrescarse un poco en los bosques cercanos.

—Que vayan enhorabuena, dijo Colon, dispuesto siempre á defenderse, pero nunca á atacar.

Con inmensa alegría supieron los tripulantes esta concecion de su jefe.

Desembarcando en tierra, buscaron con avidez agua, y no la hallaron.

Pero haciendo hoyos en la arena, no tardaron en hallar el agua suficiente para llenar las pipas.

Colon, que no perdía un solo instante de vista la seguridad de su navio, vió miéntras tanto que el punto que habia escogido para anclar era peligroso.

Desde Levante pasaba una corriente rápida por el estrecho que formaba la Trinidad y la tierra firme.

La corriente se estrechaba y hervía con estruendo entre la punta del Arenal y la que él creía tierra firme.

Por un momento creyó que aquella corriente hallaba en su camino bancos y rocas, y si así era, las embarcaciones estaban en peligro en cuanto el viento las empujase hacia aquellos escollos.

En su afán de dar nombre a todos los parajes que descubría, dió á aquel estrecho el nombre de Boca de la Sierpe.

Difícil era la situación en que se hallaban.

Las corrientes estorbaban su vuelta, le impedían el paso por un lado, en tanto que por el otro las rocas, que se rompían al ímpetu del agua, amenazaban destruir los cascos de las embarcaciones.

A ésta pesadumbre unía los dolores de su enfermedad.

En la noche del día en que había visto las dos canoas de que ya he hecho mención, se sintió fuertemente atacado de la gota, y no tuvo más remedio que confiar á un piloto la vigilancia que él tenía.

De pronto llegó á sus oídos hacia el lado del Sur un ruido aterrador.

Olvidándose de sus dolores, abandonó su camarote para salir á cubierta, y llegó á tiempo en que el mar, levantándose y formando una encrepada sierra, en la que la espuma reemplazaba á la lluvia, se precipitaba con un ímpetu, con una furia horrible, hacia su embarcación.

Hubo un instante en el que se creyó perdido el almirante.

Su misma carabela, oscilando violentamente por aquel inesperado empuje, se elevó á tal altura, que Colon y todos los marineros, cerrando los ojos y encomendándose á la Providencia, creyeron segura su muerte.

Tal vez les esperaban al caer las escarpadas rocas en donde el mar iba á labrar su tumba.

Comprendiendo Colon los inminentes peligros que le rodeaban, dispuso al día siguiente que partiesen los botes y sondeasen la Boca de la Sierpe, con el objeto de averiguar si podrían pasar fácilmente por ella las embarcaciones.

La respuesta de los marineros no se hizo esperar, y fué favorable.

Colon se hizo á la vela, pasó aquel estrecho y no tardó en hallarse en una mar tranquila.

A su izquierda se extendía el extenso golfo, conocido en la actualidad con el nombre de Golfo de Paria, nombre que le daban los indígenas.

La tranquilidad del agua le hizo creer que no pertenecía al mar, y se convenció de esto probándola.

Era agua dulce.

Hacia el Noroeste de la isla divisó una montaña, y navegó hacia ella.

Poco despues descubrió dos elevados promontorios: el primero en la isla de la Trinidad, y el otro en el Cabo de Paria.

Ignorando Colon que pertenecía á una misma isla le dió el nombre de isla de Gracia.

Un estrecho, mucho más peligroso que la Boca de la Sierpe por estar rodeado de rocas, en las que se rompía la corriente, apareció á su vista.

Púsole el nombre de Boca del Dragon, y para evitar los escollos viró al Norte, siendo su ánimo buscar por aquel camino la alta mar y llegar á la isla Española.

La costa que tenía á su izquierda ofrecía muchos y cómodos puertos.

La campiña era en extremo risueña, y de cuando en cuando veía árboles frutales y espléndidos bosques, regados por caudalosos rios.

Cuanto más adelantaba, más dulce y más clara era el agua. Pero por más que hacia para enterarse de las condiciones de aquel terreno por los naturales del país, ménos lograba descubrirlos.

El día 6 de Agosto mandó arrojar el ancla en un paraje en donde vió mayores muestras de cultivo que en los demas que habia recorrido, y una vez allí, envió las lanchas á la playa.

Pero aunque encontraron huella de séres humanos, no les fué posible descubrirlos, razon por la cual volvieron á las carabelas y continuaron el camino hácia Occidente, entrando en un pequeño espacio, en el que se detuvieron.

Allí les sorprendió la aproximacion de una canoa con cinco indios, y se acordó apoderarse de ellos tendiéndoles un lazo, á fin de que satisficieran la curiosidad del almirante.

Los indios se dirigieron á la carabela más próxima, poseídos de una viva curiosidad.

El capitán, simulando deseo de acompañarles hasta la playa saltó á la canoa con algunos marineros, y sorprendiéndolos, los aprisionó.

Inmediatamente fueron conducidos á la carabela del almirante.

Los pobres indígenas estaban asustados.

Creian que habia llegado su última hora, y todo indicaba en su semblante un profundo terror.

No tardó Colon en disipar este miedo.

Tratándoles con la mayor amabilidad, manifestó que, si se habia apoderado de ellos, era para quitarles el recelo que tenían y colmarlos de regalos.

Les dió cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y otros objetos, y los mandó en seguida á la playa, tranquilos y confiados ya, para que refiriesen á sus compañeros la benévola acogida que les habia dispensado, y fuesen éstos á darle los informes que deseaba.

CAPITULO LIV.

Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.



Los resultados correspondieron á sus deseos.

A poco de llegar á la playa los indios prisioneros volvieron con multitud de indígenas, y lanzando al mar sus ligeras canoas, no tardaron en rodear las carabelas.

Eran como los que hasta entónces habia visto en aquella costa: altos, esbeltos, bien formados, con cabellos negros, é iban armados con flechas y rodelas.

Al dirigirse á las carabelas, ofrecieron á los navegantes pan de maíz y una bebida de un sabor parecido al de la cerveza.

Desde luego llamó la atención de Colon la manera que tenían de apreciar los objetos.

El sentido que parecia en ellos más desarrollado, era el del olfato.

Todos los objetos eran apreciados por ellos, ántes que con los ojos, con las narices.

Los abalorios, espejuelos y demas chucherías, no despertaron en ellos gran curiosidad.

Pero los cascabeles les entusiasmaron.

Tambien el bronce fué agradable á su olfato, toda vez que despues de olerle exclamaron en su idioma que aquel metal procedia del cielo.

Cuanto más adelantaba, más dulce y más clara era el agua. Pero por más que hacia para enterarse de las condiciones de aquel terreno por los naturales del país, ménos lograba descubrirlos.

El día 6 de Agosto mandó arrojar el ancla en un paraje en donde vió mayores muestras de cultivo que en los demas que habia recorrido, y una vez allí, envió las lanchas á la playa.

Pero aunque encontraron huella de séres humanos, no les fué posible descubrirlos, razon por la cual volvieron á las carabelas y continuaron el camino hácia Occidente, entrando en un pequeño espacio, en el que se detuvieron.

Allí les sorprendió la aproximacion de una canoa con cinco indios, y se acordó apoderarse de ellos tendiéndoles un lazo, á fin de que satisficieran la curiosidad del almirante.

Los indios se dirigieron á la carabela más próxima, poseídos de una viva curiosidad.

El capitán, simulando deseo de acompañarles hasta la playa saltó á la canoa con algunos marineros, y sorprendiéndolos, los aprisionó.

Inmediatamente fueron conducidos á la carabela del almirante.

Los pobres indígenas estaban asustados.

Creian que habia llegado su última hora, y todo indicaba en su semblante un profundo terror.

No tardó Colon en disipar este miedo.

Tratándoles con la mayor amabilidad, manifestó que, si se habia apoderado de ellos, era para quitarles el recelo que tenían y colmarlos de regalos.

Les dió cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y otros objetos, y los mandó en seguida á la playa, tranquilos y confiaditos ya, para que refiriesen á sus compañeros la benévola acogida que les habia dispensado, y fuesen éstos á darle los informes que deseaba.

CAPITULO LIV.

Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.



Los resultados correspondieron á sus deseos.

A poco de llegar á la playa los indios prisioneros volvieron con multitud de indígenas, y lanzando al mar sus ligeras canoas, no tardaron en rodear las carabelas.

Eran como los que hasta entónces habia visto en aquella costa: altos, esbeltos, bien formados, con cabellos negros, é iban armados con flechas y rodelas.

Al dirigirse á las carabelas, ofrecieron á los navegantes pan de maíz y una bebida de un sabor parecido al de la cerveza.

Desde luego llamó la atención de Colon la manera que tenían de apreciar los objetos.

El sentido que parecia en ellos más desarrollado, era el del olfato.

Todos los objetos eran apreciados por ellos, ántes que con los ojos, con las narices.

Los abalorios, espejuelos y demas chucherías, no despertaron en ellos gran curiosidad.

Pero los cascabeles les entusiasmaron.

Tambien el bronce fué agradable á su olfato, toda vez que despues de olerle exclamaron en su idioma que aquel metal procedia del cielo.

Colon les preguntó cómo se llamaba aquel país, y entónces supo el nombre que le daban los naturales: *Paria*.

No pudiendo detenerse allí, rogó á algunos indios que le acompañasen en su viaje de exploracion, y con los que accedieron á esta súplica continuó navegando hácia el Oeste, hasta un paraje al que llamó la Aguja.

Cuando llegó á él era de noche.

Los primeros albores del crepúsculo matutino, iluminando el paisaje que tenía á su vista, despertaron en su alma, lo mismo que en la de los demas que le acompañaban, una profunda admiracion.

Los campos estaban perfectamente cultivados, y su vegetacion era espléndida.

Las chozas ó casas estaban defendidas por espesos bosques, cuyos árboles ostentaban preciosas y aromáticas flores.

Los pájaros de variados y brillantes matices que volaban de un lado á otro, y se paseaban por las ramas de los árboles, aumentaban la belleza del paisaje.

El clima era suavísimo.

La amenidad de aquel paisaje hizo á Colon que le bautizase con el nombre de Los Jardines.

Poco despues de su llegada se acercaron á los buques numerosas canoas, mucho mejor construidas que las que hasta entónces habian visto, y con un camarote, en el que iban su dueño y los principales individuos de su familia.

La mayor parte de los indios adornaban su cuello con collares y láminas bañadas en un oro de inferior calidad, al que llamaban guanin.

Colon les preguntó dónde encontraban aquellos adornos, y los indios señalaron al Occidente, indicando que el viaje hasta allí era muy peligroso, porque los habitantes de las costas próximas eran caribes.

Constituia otro de los principales adornos de los indios, sargas de perlas, que rodeaban sus brazos.

Al preguntarles dónde las cogian, manifestaron que al Norte de Paria, y le mostraron las conchas de nácar donde solian hallarlas.

No podia dejar pasar desapercibidos aquellos elementos de riqueza.

El almirante encargó á algunos indios que fuesen á pedir á su jefe ó cacique permiso para que algunos de los suyos llegasen á la playa y visitasen la isla.

Partieron gozosos los emisarios de esta súplica, y no tardaron en volver con el permiso.

Los botes y las carabelas recogieron á bordo algunos oficiales y marineros, y cuando éstos saltaron en tierra, vieron salir á su encuentro al gran cacique y á su hijo, los cuales les trataron con la mayor consideracion y los llevaron á una especie de palacio, en donde les sirvieron pan de cazabe y frutas exquisitas, al mismo tiempo que licores fabricados con el zumo de aquellas mismas frutas.

La estancia donde se les sirvió aquel banquete era espaciosa y estaba llena de indios de ambos sexos.

Los españoles notaron que los varones se colocaron á un lado y las hembras á otro.

En la etiqueta india era aquello una señal de gran deferencia.

Al terminarse el banquete, el hijo del cacique les llevó á su casa, y allí les ofreció nuevos manjares.

Al retirarse los españoles quisieron acompañarlos para examinar sus buques, y con este motivo tuvo ocasion el almirante de hacerles nuevas preguntas, que hasta cierto punto satisficieron su curiosidad.

Todos ostentaban adornos de oro inferior, y la mayor par.

de ellos les ofrecieron loros domesticados que estimaban en mucho.

Pero Colon y los suyos miraban con más cariño las ricas y abundantes sargas de perlas con que se adornaban los indios, y à la menor indicacion se apresuraron à ofrecérselas en cambio de los cascabeles, que constituian su delicia.

Por este medio pudo el almirante adquirir gran número de perlas, que se propuso enviar à España como una muestra de las que habia en la isla.

No era posible, en vista de aquel grato descubrimiento, dejar aquel país sin haber establecido ántes amistosas relaciones con sus caciques, para explotarlos en lo sucesivo.

Como el hallazgo de las perlas confirmaba la creencia del lapidario, Colon que habia dicho que cuanto más se acercasen al Ecuador hallarian mayor abundancia de piedras preciosas, dejó volar de nuevo su imaginacion con las alas que le habian dado los datos que habia adquirido en las obras de los geógrafos é historiadores de la antigüedad, y llegó à figurarse que con poco trabajo podrian cargar de perlas un buque, y sorprender con ellas agradablemente à los soberanos de España.

Varios eran los errores que padecia entónces, y el principal de ellos le obligó à continuar su camino.

En la persuasion de que la costa de Paria era una isla, ávido de llegar al paraje en donde los indios le habian indicado que se hallaban las perlas, abandonó Los Jardines, recorrió el golfo hácia el Occidente para buscar el Norte, y descubriendo algunos trechos de tierra firme, los tomó por islas, à las que dió el nombre de Isabel y Tramontana.

Pero à medida que avanzaba en su camino, disminuía la profundidad del agua y era más dulce.

Tuvo que detenerse, porque su buque necesitaba cuando

ménos tres brazas de agua, y era menor la distancia que separaba la superficie del fondo.

Detuvóse, pero envió una de las carabelas de menor calado para que descubriese una salida al Océano.

La carabela volvió, y su piloto:

—Solo hallo una abertura de dos leguas, dijo, en el extremo occidental. Esta abertura abre paso à un golfo interior circular, que tiene à su vez cuatro aberturas de pequeños golfos, que más parecen bocas de rio por la dulzura de sus aguas.

Una de aquellas bocas, en efecto, servia para el desagüe del rio Uparipari, que en la actualidad se llama el Paria.

La equivocada creencia que tenia Colon de que en aquel paraje abundaban las perlas, le hizo bautizar con este nombre al golfo.

El piloto que habia llevado estas noticias manifestó que las cuatro aberturas del golfo no interrumpian el continente.

Colon opinó de distinta manera.

En la imposibilidad de avanzar más hácia al Oeste, se encaminó à buscar salida al puerto de la Boca del Dragon.

El triste estado de su salud, la necesidad de llegar cuanto ántes à la colonia para abastecerla de provisiones y reanimar el abatido espíritu de sus compañeros; la afeccion que comenzó à padecer en la vista por efecto de las vigiliass y de los cuidados que habia tenido que emplear en aquel viaje, le estimularon à dejar para otra ocasion más favorable la exploracion completa de aquel país, y el 11 de Agosto se dió à la vela para la Boca del Dragon, deteniéndose dos dias despues en un buen puerto cerca de ella, al que dió el nombre de puerto de los Gatos, por hallar en las playas una especie de mono muy semejante al gato.

No sin grandes peligros, por los muchos escollos que amenazaban à las embarcaciones, logró penetrar con su bajel en

alta mar, vió al Noroeste, á bastante distancia, dos islas, á las que bautizó con los nombres de la Asuncion y la Concepcion.

El 15 del mismo mes descubrió las islas de Margarita y de Cubagua, célebres por sus pesquerías de perlas.

Viendo el almirante en la última muchos individuos pescadores de perlas, que al acercarse las carabelas huyeron, envió dos botes á la playa, los que volvieron con más de tres libras de esta preciosa piedra, ofreciéndoles algunas de un tamaño asombroso.

Ante la esperanza de que se realizarían sus sueños, sintió Colon vivos deseos de continuar sus provechosas exploraciones.

Pero su enfermedad y los temores que abrigaba por el estado de la colonia, le impedían obedecer este impulso de su carácter emprendedor.

Más que la gota, más que todo, le afligía la enfermedad de la vista.

Apénas podía ver, y tenía que valerse para sus observaciones de los pilotos y de los marineros.

El doctor que le acompañaba le anunció que solo el reposo y el cuidado podrían devolverle la vista.

De lo contrario, le amenazaba una horrible ceguera.

Fué necesario hacer por la salud un sacrificio, y resolviéndose á enviar á su hermano Bartolomé para que continuase las observaciones que había emprendido, navegó al Noroeste, llegando el 19 de Agosto á un punto de la isla Española, situado á unas cincuenta leguas al Occidente del río Ozema.

Sus cálculos habían salido fallidos.

Creía hallarse cerca de las minas de Hayna, y estaban á una distancia bastante grande de este punto.

Envió un bote á tierra con algunos marineros para que

buscasen un indio que llevase una carta suya á sus hermanos y no tardaron en volver con seis indígenas, uno de los cuales llevaba una ballesta española.

Llamóle la atención sobre ella Diego su intérprete el lucayo, y Colon desde luego se figuró que había ocurrido alguna catástrofe, cuando aquel arma estaba en poder de un indio.

Pero guardó silencio.

Envió un despacho á su hermano con los indios, y prosiguió el viaje hasta la embocadura del Ozema.

Esta navegacion fué larga y penosa.

Cuando más afligido estaba el almirante, notando que su vista se turbaba por momentos, que la gota le molestaba más que de ordinario; cuando pensaba en los desastres que podían haber acaecido en la colonia durante su larga ausencia, entró Diego á sacarle de su abatimiento.

—Señor, señor, le dijo, á lo lejos se descubre una embarcacion española.

—¿Viene en direccion nuestra?

—Sí por cierto; y si no me equivoco, es la que se separó de nosotros en las islas Verdes, al mando de vuestro pariente Antonio Colon.

El almirante subió á cubierta.

Quiso ver, pero la nube que cubría sus ojos se lo impidió.

Dos lágrimas abarcaron sus pupilas.

Las carabelas avanzaron hasta encontrarse, y Colon experimentó una inmensa alegría cuando le dijeron que el adelantado su hermano iba en la embarcacion.

Poco despues subió al navío donde estaba el almirante su hermano Bartolomé, y los dos se estrecharon afectuosamente.

No quiso Bartolomé referirle todo lo que habia sucedido.

El estado en que se hallaba su hermano, exigía de él cierta reserva para no empeorarle.

Dispusieron que los dos buques se encaminaran hácia el puerto en donde habia establecido Bartolomé la colonia que le habia encargado el almirante; colonia á la que habia dado el nombre de Santo Domingo, y una vez en él desembarcaron.

Las circunstancias le obligaron á no dar á su hermano más que un dia de reposo.

Al siguiente no tuvo más remedio que noticiarle todo lo que habia pasado.

Mucho valor necesitaba para soportar aquellas nuevas adversidades.

¡Cuántos desastres, cuántos horrores habian tenido lugar durante su ausencia!

Pero mejor que asistir á la conversacion de los dos hermanos, será reseñar con todos sus pormenores los acontecimientos que habian ocurrido en aquel país desde que Colon se dió á la vela con el arrogante Aguado, hasta que en los brazos de su hermano Bartolomé llegó á la nueva colonia que por su órden habia fundado en las márgenes del rio Ozema.

CAPITULO LV.

Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y va á Xaragua con ánimo de engañar á Anacaona.



OLON partió de la Española para España en Marzo de 1496.

Dejó el mando de la isla á su hermano Bartolomé.

Este á su vez confió el de la Isabela á don Diego, y partió con la mayor parte de las fuerzas que pudo reunir á las alturas de las minas de Hayna.

Cerca de ellas estableció una fortaleza, á la que dió el nombre de San Cristóbal.

Pero los que la fabricaron hallaron al remover los cimientos tantos fragmentos del rico metal que codiciaban, que aquella fortaleza se llamó en lo sucesivo Torre del Oro.

Más de tres meses duró la construccion del fuerte, y el adelantado permaneció dirigiendo las operaciones y haciendo los preparativos para explotar las minas y separar la escoria del metal.

La falta de víveres fué causa de tanto retraso.

Bartolomé necesitó separar de las obras á muchos operarios para enviarlos en busca de provisiones.

Las semillas que habian sembrado los europeos en el ánimo de los indios, comenzaban á darles amargos frutos.

Los indígenas hacian pagar muy caras á los españoles las malas provisiones que les daban, y como su deseo era ani-

quilarlos á toda costa, descuidaban los sembrados, y para encontrar comestibles necesitaban recorrer grandes distancias, no siendo siempre satisfactorio el resultado de sus expediciones.

En la imposibilidad de mantener mucha gente en la nueva fortaleza, dejó el adelantado diez hombres para que la custodiaran y un perro de presa.

En los alrededores habia utías y podian alimentarse con ellas, aunque su carne fuese poco sustanciosa.

El resto de su gente se dirigió con él al fuerte de la Concepcion á cobrar el tributo de los habitantes de la Vega.

El hambre empezaba á hacer estragos en la colonia.

Afortunadamente llegaron las carabelas que mandaba Pedro Alonso Niño, con provisiones y refuerzo de tropas.

Era ademá portador de cartas del almirante para su hermano, y partió á la Isabela á conferenciar con él.

Las provisiones se repartieron pronto, porque muchas de ellas se habian estropeado en el camino.

Esto produjo mucho disgusto entre los colonos, disgusto que explotaban los agentes que en todas las expediciones mandaba Fonseca para mantener encendida la tea de la discordia entre los jefes y los súbditos de aquella colonia desventurada.

El almirante ordenaba á su hermano que fundase una ciudad y estableciese un puerto de mar en la desembocadura del Ozema.

Al mismo tiempo le mandaba que llevase presos á España á los caciques y á los indios que hubiesen cometido algun crimen en la persona de algun español.

Dispuesto á obedecer en todo y por todo la voluntad de su hermano, acordó el regreso á la Península de Pedro Alonso Niño con algunos colonos enfermos y los indios, que al

volver á España habian impulsado al capitán de los buques á emplear la paradoja que tantos disgustos habia ocasionado á Colon, retardando la época de su tercer viaje.

Volvió Bartolomé á la fortaleza de San Cristóbal: desde allí se trasladó al Ozema para buscar el puerto que deseaba su hermano, y halló en la márgen Oriental del rio uno formado por la naturaleza.

Las orillas del Ozema eran muy fértiles y pintorescas.

Las frutas, segun cuenta un historiador de la época, podian cogerse de los árboles al mismo tiempo que caminaban las embarcaciones.

Las ramas, extendiéndose por encima del rio, formaban una especie de arco con su follaje, que preservaba al viajero de los abrasadores rayos del sol.

Todo aquel territorio constituia el dominio de Aimohila ó Catalina, como se llamaba ya, por haber recibido este nombre al bautizarse para ser esposa del capitán Miguel Diaz.

La soberana india habia ofrecido á su esposo tratar á sus compatriotas con la mayor generosidad.

No faltó á su palabra.

Bartolomé pudo elegir el paraje que creyó más conveniente para el establecimiento de la nueva colonia, y eligió el punto donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

Por de pronto se limitó á construir una fortaleza, en la que dejó veinte hombres al mando de Miguel Diaz, con las instrucciones oportunas para que se pusieran en explotacion las minas y se acumulasen contidades de oro que embarcar para España.

Su presencia no era allí necesaria.

Diaz era un hombre leal.

Amaba á Catalina, y era objeto de una profunda idolatría por parte de la soberana de aquellos Estados.

La guarnición no tenía, pues, qué temer.

Los mineros podrían trabajar sin que nadie turbase sus tareas, y como uno de los principales deseos de Bartolomé era haber extendido el dominio de los españoles en todo la isla para cuando regresase su hermano, resolvió visitar el departamento del Xaragua, que todavía no se había sometido á la dominación española, y que despues de la muerte de Boechio, su rey y cacique, había nombrado su soberana á Anacaona.

Llevó en su compañía á Hernando de Guevara, el cual, por los lazos que le unian con Higuanamota, pudo facilitar las negociaciones que pensaba emprender con la reina viuda.

Anacaona ignoraba aún su desgracia.

Sabia que los españoles habían embarcado á Caonabo con ánimo de presentarle á los reyes.

Pero le habían anunciado que no tardaría en volver cargado de presentes, y esta esperanza le había inspirado una tregua en su odio á los opresores.

Bartolomé tuvo noticia, por la carta que le dirigió su hermano con Pedro Alonso Niño, de la conspiración que había estallado á bordo y de la desastrosa muerte de Caonabo.

Pero no convenia á sus planes desanimar á Anacaona con aquella noticia, sino decirle que su esposo había llegado á España, y allí vivía, siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los reyes.

Nadie podía como Guevara ser portador de tan buena nueva para Anacaona.

Guardando el mayor secreto sobre la muerte del cacique, manifestó á Guevara que el almirante le participaba los muchos agasajos que se hacian á Caonabo en la corte.

Guevara creyó de buena fe aquella version, y se alegró en extremo poder ser portador de aquella buena noticia acerca de la suerte del padre de su amada.

Partió Guevara con el adelantado, y se alegró en extremo de abandonar la colonia.

Tenia en ella un enemigo contra el que nada había podido hacer, porque contaba con la protección del almirante.

Este enemigo era Francisco de Roldan.

Antes de proseguir, como este hombre debía contribuir poderosamente á los disturbios que estallaron en la colonia, voy en dos pinceladas á darle á conocer.

CAPITULO LVI.

Historia de un hombre malo.

FRANCISCO Roldan habia acompañado á Colon en su primer viaje.

Algunos dias ántes de partir al convento de la Rábida para dirigirse al puerto de Palos, anunció uno de los frailes del monasterio al prior que habia encontrado en medio del camino á un jóven completamente desfallecido por el cansancio y por el hambre, y le pidió permiso para salir con otros cuantos hermanos en su busca y conducirle al convento.

Parecia un cadáver.

Su pulso apenas latia.

Todo indicaba en él que la inanición habia empezado á producir los mayores estragos en su existencia.

Acostáronle en un cómodo lecho, prodigáronle los mayores auxilios, y poco á poco fueron reanimándose sus fuerzas.

El prior le habló, y deseando ampararle le preguntó la causa de su lastimoso estado.

Francisco, que así dijo llamarse, refirió que nunca habia conocido á sus padres, que desde niño habia estado en poder de unos gitanos, los cuales, en la creencia de que podian sacar algun dinero devolviéndole á su familia, le habian educado y mantenido.

Pero habiendo llegado á convencerse de que su familia le rechazaba, á los nueve años le dijeron:

—Tú te llamas Francisco Roldan; pero tus padres te han abandonado, y nosotros no podemos mantenerte; anda por el mundo á buscarte el sustento.

Le dejaron solo, y logró que un vecino del pueblo en donde se habia creado con los gitanos le nombrase pastor de ovejas.

Una noche habia entrado un lobo en el redil, y devorado unas cuantas.

Al dia siguiente, despues de haberle dado una paliza, le despidieron.

Un posadero le admitió de criado, y en su compañía, siendo más un esclavo que otra cosa, pasó seis ó siete años.

Una noche llegó un caminante á la posada.

Al parecer llevaba bastante dinero, y el posadero, aprovechando la circunstancia de no haber más huéspedes que él en el meson, resolvió matarle y robarle.

La primera providencia que tomó fué la de encerrar en el paraje al chico para que no pudiese delatarle nunca.

—Despues, añadió Francisco, refiriendo su historia, oí muchos gritos, á lo que se siguió un silencio sepulcral.

No sé por qué adiviné lo que habia pasado.

Temeroso de que la justicia me prendiera, con una cuerda me bajé al patio, escalé una tapia, y una vez libre comencé á correr.

Me parecia que iban á sorprender en mi rostro el crimen que habia cometido mi amo, y durante el dia me escondia en las cuevas, en los bosques, para caminar por la noche, y sin alimentarme más que con los frutos que podia recoger en el camino. . . .

Extenuado por esta vida, cayó enfermo, y entónces fué cuando los religiosos del convento de la Rábida le hallaron y le condujeron al monasterio.

Contó el prior la historia de aquel infeliz á Colon, y éste fué á verle hasta el lecho.

—Voy á emprender un largo viaje, le dijo; ¿quereis acompañarme?

La respuesta fué afirmativa.

Colon le hizo dispensero de su buque, y al volver de la Española, como mostraba el jóven mucha inteligencia, mucho agradecimiento y una gran lealtad, al mismo tiempo que una vehemente afición á la náutica, hizo que uno de los pilotos le enseñase por el camino las maniobras de la marinería.

En el segundo viaje manifestó á su protector que queria ser soldado, y Colon le vistió la armadura y puso en su mano el arcabuz.

Con refinada hipocresía satisfacía todas sus pasiones, que oprimidas mucho tiempo, se desbordaron cuando tuvo alguna libertad; pero siempre encontraba su claro ingénio modo de atribuir á otro sus culpas, ó de presentarlas como exceso de celo cuando se descubrian y no podia achacarlas á nadie.

El gran afecto que simulaba á Colon fué causa de que los enemigos del almirante no contasen con él para ninguna de sus conspiraciones.

Irritado al ver este desaire, los persiguió, dando á entender que era gratitud y lealtad lo que solo suponía en él vanidad y despecho.

Francisco Roldan fué el soldado que al acompañar á Ana- caona intentó seducirla.

Ya sabemos que al presentarse á Colon acusó á Guevara del pecado que él habia cometido.

Tantas muestras de consideracion inclinaron al almirante á protegerle, y le nombró alcalde ordinario de la ciudad.

Desempeñó con bastante acierto este cargo, y fueron tan

lisonjeras las esperanzas que acerca de su conducta y de su capacidad inspiró al almirante, que al regresar á España le confirió el elevado cargo de alcalde mayor de la isla.

Como las leyes que regian en la colonia no eran nada complicadas, más que conocimientos legislativos, necesitaba el que desempeñase aquel puesto tacto para resolver las complicaciones que pudieran surgir.

Tacto mostró, en efecto, los pocos dias que ejerció su cargo á vista de Colon.

Pero no habia echado en saco roto el objeto de la mision que habia llevado á la colonia al investigador Juan de Aguado; tenia conocimiento de su informacion contraria al almirante, que habia presenciado, y no dudó de que caería en desgracia.

Al verle partir, creyéndole destituido de todo favor, solo pensó en sostenerse en el puesto que desempeñaba, captándose el aprecio del que pudiera sucederle, haciendo alarde de gran enemistad hácia el almirante y sus hermanos; y no solo esta idea le impulsó á cambiar por completo de actitud, sino la creencia de medrar que su imaginacion le presentaba, halagándole hasta el punto de ofrecerle el primer puesto de la colonia.

Por su empleo podia considerarse como el segundo jefe de la isla.

Bartolomé no gozaba entre los colonos de gran popularidad.

Roldan procuró indisponerle más y más con ellos, á fin de apoderarse del mando y despues contribuir á una sublevacion contra el adelantado.

La energía de Bartolomé le contuvo en varias ocasiones.

No era el adelantado hombre capaz de permitir que invadiera sus derechos, y habló á Roldan con tanta severidad y le manifestó de tal manera lo resuelto que estaba á destituir-

le si no obedecía sus órdenes, que no tuvo más remedio que ceder, prometiéndose obtener por la astucia lo que por la fuerza no pudo conseguir.

La marcha de Bartolomé á las minas de Hyna para establecer la fortaleza de San Cristóbal, ofreció ancho campo á sus deseos.

Al partir Bartolomé dejó á su hermano Diego el mando de la isla.

Pero Diego era en extremo débil.

Sus hábitos pacíficos, su gran vocacion para la carrera eclesiástica, sus tendencias á la conciliacion, hacian imposible su mando en medio de aquella gente, que sufría mucho, que necesitaba desahogar su mal humor, y que solo ante el rigor doblegaba la frente.

Roldan se irritó en extremo al verse postergado á un hombre á quien se creia superior por su energía y su claro talento.

Por medio de concesiones que relajaban el orden de la colonia se hizo partido, formando al mando de los descontentos, y con no pocos de los que se aburrían, una falanje, sobre la que pensaba apoyarse para ejercer la influencia á que aspiraba.

Antes de que Colon le confiriera el cargo de alcalde ordinario, por ser un hombre de toda su confianza, le habia puesto al frente de muchas de las construcciones que se habían hecho en la colonia y por esto y por haber sido soldado, tenia relaciones íntimas con muchos militares y operarios de los que entónces estaban á sus órdenes.

Unos y otros le envidiaban.

—¡Vaya una fortuna que has hecho! le decían.

—Como has tenido el padre alcalde....

—Si sigues á ese paso, pronto te calzarás con el gobierno de la isla.

—Lo mismo que yo he conseguido podeis obtener vosotros, les contestaba.

—¿De qué manera?

—Siendo amigos míos, obedeциéndome en todo y por todo. De esta manera yo podré sostenerme, medrar, y claro es que he de preferir á los que son de mi misma condicion para los empleos y cargos de provecho y lucimiento, á los que por ser nobles ó haber venido con alta graduacion á la isla, no me miran sino con desprecio, porque no pueden verme, pero motejan mi crecimiento, y murmuran cuando no estoy delante.

—De buena gana te seguiríamos y te obedeceríamos en todo, si nos sacaras de la triste situacion en que estamos.

—Con efecto, esta vida no puede soportarse mucho tiempo.

—Siempre andamos á la cuarta pregunta.

—Los víveres son malos y escasos.

—¿Sabeis quién tiene la culpa de todo?

—Nuestra mala estrella.

—Eso por una parte; por otra el almirante y su hermano.

—¿Eso dices de tu protector?

—El cariño no me ciega. Yo por mí seria un ingrato si me quejase; pero se trata de vosotros, de vuestra salud, de vuestra vida, y la salud y la vida de muchos hombres, por oscuros y menguados que sean, vale siempre más que la de uno, por grande que sea.

—Tienes razon.

—Vaya si la tengo: si el almirante hubiera pensado en nosotros más que en él, en vez de tenernos en esta tierra, donde tanto sufrimos, nos habria llevado á otra parte.

—O cuando ménos procuraria emplear su influencia con los reyes para que nos enviasen víveres más á menudo.

—Ya habeis visto que no goza del favor que en otro tiem-

po. El investigador que vino hace poco lleva los peores informes acerca de su conducta; se enterarán los reyes de lo que pasa, y le destituirán.

—Me alegraría, porque nos ha tratado muy mal.

—Al fin y al cabo es un extranjero.

—Pues si le destituyen, para ponernos bien con el que venga es necesario que os mostreis desde luego hostiles á los dos hermanos de Colon que han quedado por acá.

—El uno es un déspota.

—Y el otro una mosquita muerta.

—Pero los dos hacen su negocio.

—Lo que á mí me extraña es que aún no nos hayan mandado azotar. ¿Cómo quereis que unos extranjeros consideren hermanos á los españoles?

—Si continuasen mandándonos seríamos tan esclavos como los indios.

—Ya lo somos. Pues qué, ¿no nos hacen trabajar como perros?

—Y luego no nos permiten guardar oro.

—Es claro; ellos lo acaparan todo.

—Y se quedan con las alhajas de los caciques.

—Si yo fuera vuestro jefe, añadió Roldan, no tendrais que hablar de ese modo

Estas conversaciones se repetian, y Roldan, granjeándose el aprecio de los descontentos, llegó a creer que con ellos podria realizar todas sus aspiraciones.

Dado el primer paso por la pendiente del crimen, es muy difícil detenerse.

Las conversaciones tomaron cuerpo.

Roldan buscó entre todos los que conversaban con él á los más inteligentes y arrojados, y despues de contar con su adhesion, no hablaron en la plaza pública en donde pudieran ser oidos.

Buscaron la soledad y el misterio para tramar una conspiracion.

El plan del infame protegido del almirante fué asesinar á Bartolomé y á su hermano para atribuir aquella fechoría á los indios, apoderarse del mando y protestar ante los reyes que en su calidad de alcalde mayor ó segundo jefe de la isla, habia tomado las riendas del gobierno de las moribundas manos de los que las tenian.

Castigando á unos cuantos indios como autores de aquellos horribles asesinatos, y colmando de favores á los que le ayudasen para comprar su silencio, el éxito era seguro.

Las circunstancias parecian propicias á este infame proyecto.

Vamos á conocerlas.

CAPITULO LVII.

Diplomacia sentimental.

DESPUES de construir el fuerte de Santo Domingo y de dejar en él una guarnicion, se encaminó Bartolomé con Hernando de Guevara al hermoso país de Xaragua con el objeto de visitar á Anacaona.

Aquella pintoresca provincia ocupaba la mayor parte de la costa oriental de la isla, cerca del cabo Tiburon, dilatándose por el Sur hasta la isla que más tarde se llamó de la Beata.

La invasion de los españoles no habia llegado hasta allí, y Bartolomé deseaba, por medio de su amistad, y si no era posible, por medio de la guerra, avasallar tambien aquel territorio.

Para la paz podia servirle grandemente la influencia que ejercia sobre Anacaona Hernando de Guevara.

Al efecto trató con la mayor consideracion al jóven oficial, y esta benevolencia para con él aumentó el odio que le profesaba Francisco Roldan, porque aún no habia olvidado que el amante de Higuamota habia defendido á Anacaona cuando trató de seducirla, y le habia llevado preso á la colonia. Mientras Roldan con los descontentos fraguaba la conspiracion, Bartolomé con su ejercito se dirigia á los dominios de Anacaona.

Para no infundir temor á los indios, que creyéndose próximos á sufrir la suerte de los habitantes de Marien y de la

Vega huian amedrentados, envió á Hernando para que transmitiese á Anacaona las supuestas noticias que el almirante habia enviado.

Púsose el jóven esposo de la india el collar de guaninos que debia salvarle de todo ataque por parte de los indígenas, y jinete en un brioso alazan, partió al encuentro de la reina.

La insignia que llevaba al cuello hacia que los indios, en vez de huir, al verle se acercasen y le ofreciesen toda clase de servicios.

Guevara conocia el camino, y se dirigió á la morada de Anacaona.

En aquellos momentos el sol, próximo á hundirse en el ocaso, reflejaba sus melancólicas tintas sobre la playa solitaria, en cuya blanca arena lanzaban las olas sus últimos suspiros.

Higuamota, sentada á los piés de su madre, y dejando á la pobre reina que jugase con sus cabellos, miraba con tristeza las luces del crepúsculo.

—¿Qué tienes, madre mia? le preguntó la jóven india.

—Pienso en tu pobre padre.

—¿Temes por él?

—¡Oh, sí!

—¿Olvidas que los españoles han prometido devolvérnosle pronto?

—¡Quién sabe si habrá podido sufrir el peso de sus cadenas!

—¿No has oido á mi amado Hernando las maravillas que cuenta de su patria? Allí hay poderosos reyes que viven en magníficos palacios, que tienen muchos servidores vestidos con ricos trajes y adornados con oro y piedras preciosas. Tal vez, habiendo llegado á su noticia el valor de mi padre, han deseado verle; tal vez en estos momentos se encuentre en su

presencia colmado de regalos y agasajos, y no lo dudes, madre mia, mi corazon me dice que volverá, que volverá muy contento para bendecir mi union con Hernando; y cuando él vuelva libre y dichoso, renacerá la paz en nuestras ciudades, las vírgenes cantarán los arcitos con alegría, y á estas horas en que tanta melancolía siente nuestra alma, distraerán con sus alegres danzas nuestros tristes pensamientos.

—Tu corazon te engaña; separar á Caonabo de sus queridas selvas, de sus valientes guerreros, del amor de su esposa, de las caricias de su hija, es condenarle à muerte. ¡Dios sabed á estas horas serás tú huérfana y yo viuda!

Esta conversacion fué interrumpida por un indio, que anunció á Anacaona la llegada de Guevara.

Al oír pronunciar aquel nombre, la alegría brilló en los ojos de Higuamota.

Levantándose con la ligereza de la gacela, sin escuchar si quiera las órdenes que daba su madre al indio, corrió al encuentro del bizarro caudillo, que ávido tambien de recrearse en sus ojos, le tendió sus brazos con efusion.

—¡Esposo mio! exclamó Higuamota.

—¿No me esperabas?

—No; pero pensaba en tí, como pienso siempre, porque te amo más que á mi vida.

—Yo tambien pensaba en tí, y mi felicidad ha sido inmensa al emprender este viaje, porque las nuevas que te traigo van á llenarte de alegría.

—¿Son nuevas de mi padre?

—Sí, del valiente Caonabo.

—¡Oh! Ven, ven, que nadie te escuche.

Y con la infantil ligereza condujo al guerrero hasta donde se hallaba Anacaona, poseida de una viva ansiedad, porque el temor y la esperanza combatian en su pecho.

—Madre, madre, exclamó la jóven, mi corazon no me engañaba: Hernando, mi buen Hernando, nos trae noticias de mi padre.

—Sí, dijo el jóven, han llegado algunos navíos de España, y en ellos cartas de nuestro jefe el almirante. Caonabo ha llegado con él despues de un viaje felicísimo, y ha sido recibido por los reyes con las mayores muestras de amistad.

—¿No me engañais? le preguntó Anacaona, dirigiéndole una profunda mirada.

Pero como Hernando á su vez habia sido engañado, y creia de buena fe lo que contaba, ni bajó los ojos, ni se estremeció al contacto magnético de aquella escrutadora mirada.

—¡Ah! No, no me engañais, exclamó la reina.

—Mis soberanos, continuó Hernando, le han tratado de igual á igual, de rey á rey. Está allí siendo objeto de los mayores agasajos, y muy en breve volverá libre á reinar á vuestro lado. Pero no sentirá el odio que hasta ahora ha sentido por mis compatriotas, sino un verdadero afecto, y entonces cesará la guerra, los beneficios de la paz nos alcanzarán á todos y nuestra felicidad será inmensa, añadió, dirigiendo una mirada à Higuamota.

—Sí; sí, bendito sea tu Dios, benditos sean tus reyes cuando tanto bien nos dispensan.

—No es mi única mision la de comunicarte estas nuevas, añadió, Hernando, dirigiéndose á Anacaona. Al partir el almirante dejó el gobierno de la isla á su hermano. El ha venido conmigo y con algunos soldados á visitarte. Se ha detenido en la frontera de tus dominios, y pide tu permiso para verte. Las noticias que te traigo te tranquilizarán. Yo, por mi parte, te aseguro que no es la guerra lo que quiere, sino tu aprecio.

—¿Para imponerme el tributo?

— No, para obtener tu amistad y pedirte toda clase de auxilios cuando los necesite. Esto no debe ofenderte, no debe disgustarte. Tú tienes un corazón generoso, y estoy seguro de que sin necesidad de pedirte amparo nos lo otorgarás cuando lo necesitemos.

— Tienes razón; las noticias que me has traído alejan el odio de mi alma. Mucho daño nos habeis hecho; desde que habeis llegado, la tea de la discordia es el único sol que nos alumbró; pero yo os lo perdono, porque habeis respetado á Caonabo, porque me ofreceis su libertad, porque reanimásteis en mi pecho la esperanza de volver á verle pronto, como en los felices días en que la paz y la prosperidad reinaban en nuestro suelo.

Anacaona era generosa.

Amaba á Caonabo con delirio.

Le habia considerado muerto, y le veia próximo á volver con nuevos títulos á la admiración y á la obediencia de sus vasallos.

Hernando de Guevara habia inspirado una pasión á su hija.

Su hija era su ídolo.

También amaba á Hernando, y no podia creer que aquel hombre la engañase.

En aquellos momentos hubiera sido capaz de comprometerse á pagar el ominoso tributo que pagaban los indios de la Vega y de los Estados de Guacanajari.

— Que venga en buen hora tu jefe á mis dominios, yo le recibiré como á un amigo de mi esposo.

Convinieron en que al día siguiente llegaría el adelantado con sus tropas hasta el palacio de Anacaona, y la reina envió inmediatamente un emisario para que llamase á Guaorocaya y fuesen á participarle las nuevas que habia recibido.

Guaorocaya vivía á muy corta distancia de Xaragua.

Apénas conversó con el emisario, partió en busca de Anacaona.

Cuando llegó, la reina velaba esperándole.

Higuanamota dormía tranquila.

Una dulce sonrisa se pintaba en sus labios.

Veía en sueños la felicidad, porque la felicidad en la juventud es el amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LVIII.

Alegrias tristes.

ANACAONA manifestó á Guaorocaya las noticias que había recibido de Caonabo, y la confianza y seguridad que tenia en ellas, por habérselas trasmitido Hernando de Guevara, unido á su hija por los más estrechos vínculos.

Guaorocaya era receloso.

Había sufrido demasiado, había visto las desventuras que habían caído sobre su patria desde la llegada de los españoles, y trató de sofocar en Anacaona los sentimientos generosos en que había trocado su rencor implacable hácia sus enemigos, manifestándola que su amistad con ellos era peligrosa.

—Guacanajari, añadió, fué el primero que salió á recibirlos á su llegada. Los colmó de agasajos, ha vendido á su patria por ellos, ha puesto sus vasallos al mando del cacique de los extranjeros para luchar con nosotros, y el infeliz ha muerto bajo el peso de la más negra ingratitude.

La Providencia le ha castigado; pero nosotros, que no hemos delinquido, que hemos luchado victoriosamente para romper el yugo que han colocado en nuestro cuello nuestros opresores, no podemos sufrir igual suerte.

—De todos modos, portándose los reyes de España con mi esposo Caonabo de una manera tan generosa, no debo yo ser ménos. Estoy resuelta á recibir al hermano de Colon y á sus

soldados. Tú, Guaorocaya, que gobiernas conmigo el vasto territorio dividido ántes de tus desdichas en cinco reinos, saldrás á recibir á los españoles y los conducirás hasta mi presencia, en donde quiero darles pruebas de mi buena amistad.

Guaorocaya obedeció con pesar la orden de Anacaona.

Bartolomé había practicado una marcha militar.

Formaba su vanguardia la caballería, y al entrar en las ciudades ó lugares indios mandaba desplegar las banderas, que paseaba majestuosamente por ellos á tambor batiente.

Habiendo hallado durante la travesía gran cantidad de palo del Brasil, dispuso su corte, y lo fué almacenando en las cabañas indias para recogerlo á su tiempo y enviarlo á España.

Guaorocaya dispuso que al amanecer del día siguiente estuvieran prontos sus mejores guerreros para acompañarle á recibir al adelantado.

No era solo por hacerle los honores por lo que queria llevar un numeroso séquito

Temia una emboscada, y en todo caso queria contar con medios para resistir el primer choque de sus adversarios.

Al amanecer se pusieron en marcha aquellos dos ejércitos.

No tardaron en avistarse, y Guaorocaya, mandando detenerse á sus soldados, y entregándoles sus armas, se acercó al lado de dos butios hasta el punto donde se hallaba Bartolomé.

—¿Quereis decirme, le preguntó el adelantado, por qué salís á recibirme con ese formidable ejército? Las noticias que tengo de Anacaona son pacíficas. Yo no he venido á combatir con vosotros, y me extraña la actitud amenazadora en que tú te presentas á mi vista.

—Si mis guerreros están armados, contestó Guaorocaya, no es para luchar con los tuyos. Vienen conmigo á hacerte los honores, y al mismo tiempo á contener á aquellos de mis

vasallos que por haber sufrido mucho desde que llegasteis á nuestra isla, os odian y desean vuestro exterminio.

—Yo te agradezco la intencion, aunque no necesito de tu amparo. Bastan mis armas para contrarestar la fuerza de los tuyos y para destruir los lazos que cautelosamente pudieras tenderme.

—Tal creo; pero puesto que no os animan intenciones hostiles, dime cuál es el objeto de tu venida.

—He oido hacer los mayores elogios de esta parte de la isla, y habiendo dominado las demas, justo es que como vecinos seamos amigos y hagamos lo posible por auxiliarnos.

—Bien venido seas entónces; á tus órdenes me tienes para acompañarte hasta el palacio de Anacaona.

La comitiva se puso en marcha, los indios formaron en dos columnas para abrir paso á los españoles, los escoltaron despues, y de todas las aldeas por donde pasaban salian los caciques á ofrecer á sus huéspedes pan de cazabe y otros muchos y raros productos de sus tierras.

Todos los paisajes que hasta entónces habian recreado la vista de los españoles parecian pálidos reflejos, torpes copias de aquellos que admiraban su vista y ensanchaban su ánimo.

Al acercarse á la ciudad en donde residia Anacaona, treinta mujeres de la familia de la reina salieron á su encuentro. En su diestra agitaban hojas de palma, y bailaban formando caprichosas figuras, al mismo tiempo que cantaban los alegres arcitos nacionales.

Gran número de indios de todos sexos y edades salieron á recibirle.

Las indias casadas llevaban una especie de cendal de algodón.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Casi todas eran bellas.

Su cútis era delicado y de un color moreno claro.

Al aparecerse á la vista de los españoles, salian de entre los árboles, y balanceándose en las orillas de los arroyuelos, parecian ninfas y driadas.

La comitiva se detuvo en una gran plaza.

En ella estaba el campestre palacio de la reina.

Las vírgenes que cantaban los arcitos llegaron adonde se hallaba Bartolomé, y doblando en tierra la rodilla, le ofrecieron los ramos de palmas que llevaban en su diestra.

Poco despues, conducida en una litera formada con ramas y flores, se presentó Anacaona, la que saludó graciosamente al adelantado, conduciéndole de la mano hasta su morada.

Allí estaba preparado un gran banquete para obsequiar á los españoles, y allí por la primera vez, segun cuenta la historia, se resolvieron los españoles á comer el guanaco, manjar favorito de los indios, que hasta entónces habian mirado con aversion, pareciéndoles tan sabroso que en lo sucesivo ocupó uno de los primeros puestos de su mesa (U).

Terminado el banquete, ofreció Anacaona á Bartolomé Colon y á Hernando de Guevara blandas hamacas de algodón para que descansaran.

Los demas españoles se hospedaron en las casas de los indios, donde recibieron igual ofrenda.

Por lo que pudiera suceder, habia dispuesto Colon que la mitad de sus soldados velasen miéntras la otra mitad dormian.

Anacaona preguntó á Bartolomé si eran ciertas las noticias que le habia dado Hernando de Guevara, y al verlas confirmadas experimentó una inmensa alegría.

Para festejar la venida de los extranjeros dispuso ofrecerles el espectáculo de un simulacro.

Dió á Guaorocaya las órdenes oportunas, y al dia siguiente,

en la gran plaza de su palacio, se presentaron á combatir dos cuadrillas de indios armados con arcos y flechas.

Se trataba de una escaramuza militar para distraer á los extranjeros; pero al combatir en su presencia se entusiasmaron tanto los indios, que abandonando poco á poco la ficcion por la realidad, llegaron á pelear como si fueran enemigos.

Cuatro quedaron muertos en el campo, hubo muchos fuera de combate, y no perecieron todos, porque el adelantado y muchos de los españoles que le acompañaban pidieron que cesase la pelea.

Aquel día, mientras los caciques obsequiaban particularmente en su casa á los soldados de Bartolomé, éste conversaba á solas con Guaorocaya y Anacaona.

Hernando aprovechó los momentos para hablar de su amor á Higuamotá.

La idea de que Caonabo estaba en España despertó una viva curiosidad, un interés vehemente en los monarcas indios, por saber qué nacion era aquella que enviaba á través de la inmensidad de los mares á remotos países barcos monstruosos con valientes guerreros, cubiertos de metales relucientes que les preservaba de la muerte, y Bartolomé aprovechó aquella curiosidad para hacer á los indios una pomposa descripción de la magnificencia de los soberanos que hasta allí les habian enviado.

Oíale embebecidos Guaorocaya y Anacaona.

Las descripciones de los palacios, de los templos, de las ciudades que poseían los monarcas de España, la reseña de las batallas que reunían sus ejércitos, de los encuentros en que tomaban parte sus más nobles guerreros, todo aquello les parecia tantástico y Anacaona se deleitaba, particularmente pensando el mágico efecto que la realidad produciría en el ánimo de su esposo Caonabo.

—¿Por qué, le preguntó, por qué siendo tan poderosos vuestros reyes han querido venir hasta nuestras humildes ciudades, para dominarnos é imponernos la guerra primero, el tributo despues?

—Porque vosotros poseéis con abundancia lo que allí falta, el oro; pero no quieren arrebatároslo. Vosotros no le dais aquí valor alguno; las entrañas de vuestras sierras atesoran ese rico metal, cuyas partículas arrastran vuestros ríos. Pero aun cuando no se os hace daño alguno despojándoos del oro, como nuestros reyes son generosos y magnánimos, desean daros por vuestro oro lo que no teneis: religion, fe, civilizacion. Si el temor de perder la libertad por vuestra parte, y los abusos cometidos por algunos de los nuestros no hubieran tenido lugar, ni una gota de sangre se habria derramado. Nosotros os hubiéramos protegido de vuestros enemigos los caribes, os hubiéramos brindado los beneficios que hoy ofrecen los reyes á Caonabo, y la felicidad reinaria en la isla. Para que no se turbe más el sosiego, para que no tengamos necesidad de emplear la fuerza con vosotros, he venido á pedir os amistad.

—¿Y á qué precio? preguntó Guaorocaya.

—Ya lo he dicho: pagad como vuestros hermanos á la Corona de Castilla el tributo, y en cambio yo os pongo desde ahora bajo la proteccion de mis reyes.

Una triste mirada dirigió Guaorocaya á Anacaona.

No pronunció una palabra.

Pero la reina pudo leer en él esta frase: «No me habia equivocado: á nuestros hermanos los han sometido á la fuerza; con nosotros han empleado la astucia.»

—De buen grado, repuso Anacaona, os daríamos oro; pero en nuestros dominios no existe ese metal. Nuestros campos son fértiles; riéganlos cristalinos arroyos, y es en ellos eterna la primavera; las plantas nos ofrecen el sustento que necesi-

tamos, las flores recrean nuestra vista, los pájaros con sus dulces melodías encantan nuestro oído, la brisa de la costa y el murmullo de los arroyos nos adormecen, críase lozano y abundante el algodón; esos árboles que con tanto afán buscáis, añadió aludiendo al palo del Brasil, llenan con sus ramas la mayor parte de la superficie de mis Estados. Pero en todos ellos no hallareis una sola partícula de oro.

— ¡Y habéis pensado, dijo Bartolomé, que es tanta la crueldad de los monarcas de Castilla que os exigirán oro cuando sepan que no lo poseéis? Den oro aquellos que lo tienen á la mano, aquellos que para nada lo necesitan. Vosotros recoged cañamo, algodón, pan de cazabe, pagad con eso vuestro tributo, y será á los ojos de los reyes tan meritorio como los que mayor cantidad de oro les proporcionen.

Esta declaración alejó de la frente de Anacaona la nube de tristeza que la creencia de tener que pagar el tributo en oro había formado.

— En ese caso, dijo, cuenta también con nuestro tributo. Asimismo daré orden á todos mis caciques para que al terminarse el plazo te ofrezcan el tributo que nos exigis amistosamente.

A partir de aquel momento, las negociaciones de Bartolomé habían terminado.

La política aconsejada por su hermano Cristóbal empezaba á dar frutos.

¡Ah! si todos sus agentes hubieran sido como Bartolomé, acaso no se hubiera derramado en las vírgenes llanuras del Nuevo Mundo la sangre de sus habitantes, y aquella sangre no habría regado las semillas de la venganza, que aún hoy fructifican.

Despidiéndose de Anacaona, resolvió volver con su ejército á la Isabela.

Hernando estrechó más y más los vínculos que le unían á Higuamota.

— Seré tuyo hasta la muerte, le dijo.

La jóven india estaba segura de su juramento.

— ¡Que Vagoniana bendiga á los españoles! exclamó Anacaona, viéndolos partir y olvidando los poderosos motivos que tenía para odiarlos.

— ¡Ay de nosotros! ¡Ay de nuestra raza! murmuró Guaorocaya, retirándose triste y abatido á su palacio, que ya le parecía una tumba.

CAPITULO LIX.

Mayabonex.

En la colonia encontró Bartolomé el reverso de la medalla.

Volvia muy satisfecho por el triunfo que acababa de obtener su diplomacia; pero al llegar á la Isabela, la escasez de víveres por una parte, y por otra las maquinaciones de sus adversarios, le hicieron olvidar su triunfo para entregarse á la desesperacion.

Pocos eran los que no se hallaban enfermos, y estos pocos se lamentaban de la escasez de víveres.

Los que yacian postrados en el lecho reclamaban á toda prisa medicinas.

Muchos de los colonos, ó por pereza ó por enfermedad, habian dejado de cultivar los campos, y la miseria, el hambre, el malestar, constituian la fisonomía de aquella agrupacion de europeos.

Gran parte de los indios que estaban al servicio de los colonos se habian escapado, refugiándose en las montañas.

Convencidos de que habia oro en la isla, todo su afan era adquirir aquel metal, sin pensar en que podian muy bien llegar á verse como el héroe de la célebre fábula, que obtuvo como gracia especial el que se le volviese oro todo lo que cogia.

Los españoles, como aquel, iban á ver, por no cultivar los

campos, convertido en oro el pan que necesitaban para vivir.

Como el almirante no volvia ni enviaba provisiones, como Diego Colon, débil de carácter, vivia retirado por evitar un choque con los descontentos, á quienes capitaneaba Roldan; como Bartolomé, por último, cumplia las órdenes de su hermano, estableciendo fortalezas, fundando la colonia de Santo Domingo, tratando con los caciques que aún no estaban sometidos, cobrando el tributo de los que lo estaban, creyéndose los colonos víctimas de la ambicion de los tres hermanos, Roldan y los agentes de Fonseca veian engrosar sus filas con los que no tenian bastante discernimiento para comprender quiénes eran sus verdaderos amigos y quiénes sus adversarios.

Una de las cosas que más afligian á los españoles era no tener buques.

Con ellos podrian partir algunos á reponerse, á buscar víveres, á dar cuenta de la situacion en que se hallaban; pero la ausencia de toda clase de embarcaciones los tenia desesperados.

Para calmar un tanto su ansiedad y alentar sus esperanzas, mandó Bartolomé construir dos carabelas.

Miéntas se fabricaban, internó en la isla á los colonos aptos para trabajar ó batirse, y al efecto estableció una cadena de fuertes militares entre el nuevo puerto de Santo Domingo y la colonia.

Estos fuertes constaban de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas.

Hállabase el primero á nueve leguas de la Isabela y tomó el nombre de la Esperanza.

Seis leguas despues se levantó el de Santa Catalina.

Cinco leguas de este el de Santiago, á igual distancia el de la Concepcion, que ya estaba construido al pié de las monta-

ñas del Cibao, y en la Vega Real, próximo á la residencia del desgraciado cacique Guarionex, al que habia reemplazado un hermano suyo, llamado Mayabonex.

No quedaron en la Isabela más que los enfermos, algunos cuantos soldados para defenderla en caso de un ataque, los calafates y operarios que construian los buques, Diego Colon algunos otros empleados, y el alcalde mayor Francisco Roldan.

El adelantado, con el grueso de su ejército y lo más florido de la colonia, se trasladó á Santo Domingo.

Allí procediendo á la explotacion de las minas de Hayna, pensó aguardar la vuelta de su hermano para dirigirse al departamento de Xaragua á cobrar el tributo.

De su propósito le distrajo una grave noticia que recibió algun tiempo despues.

Los indios de la Vega Real, no escarmentados aún con el castigo que habian sufrido los que á las órdenes de Guarionex habian querido apoderarse del fuerte de la Concepcion, intentaban apoderarse de nuevo de esta fortaleza.

El capitán del fuerte pedia auxilio, porque habian entrado en la conspiracion gran número de indios, y no contaba con suficientes elementos para contrarestar su empuje.

Vamos á ver lo que habia pasado.

Despues de la muerte de Guarionex, le habia sucedido en el mando Mayabonex, hermano menor de aquel, y de carácter más enérgico y valeroso que el desgraciado esposo de Imbila.

Los misioneros, entre los que se hallaba el padre Roman Pane y el fraile franciscano Juan Borgoñon, volvieron á la Vega despues de convertir al cristianismo á Higuana mota y á la hija de Guarionex, que estaba enamorada de Diego, el intérprete lucayo, y continuaron propagando la verdadera doctrina entre los indios.

Habian ya catequizado á una familia, cuyo jefe cambió su nombre por el de Juan Mateo.

Pero lo que más deseaban los frailes era convertir á Mayabonex, el cual, conociendo el poder de los españoles, aparentó prestarse á sus deseos.

Aprendió algunas oraciones, y dispensó una gran proteccion al indio convertido Juan Mateo.

Los indios estaban indignados.

Como sucede siempre en estos casos, los butios, guardadores y sacerdotes de la primitiva religion de los indios, veian con pena el entronizamiento del cristianismo en sus costumbres religiosas.

Cada uno de los indios que se dejaba catequizar era un súbdito ménos, porque la religion de los indios, como todas las religiones idólatras, convertian en verdaderos soberanos á los sacerdotes con solo atribuirles la inspiracion y el trato íntimo con los dioses ó tzimes.

No podian ver con calma los buenos resultados de la predicacion de los misioneros, y cuando se informaron de que Mayabonex, su soberano, rezaba con frecuencia las oraciones que le habian enseñado los misioneros, y estaba pronto á renunciar su religion para abrazar el cristianismo, se alarmaron profundamente, pusieron en juego los poderosos medios con que contaban para evitar que sus ídolos rodasen á los pies del tabernáculo y fuesen reemplazados por el sublime signo de la redencion.

Juzgaban mal á Mayabonex.

Tan astuto como valeroso, no creia haber llegado aún la hora de emplear la fuerza y empleaba la astucia.

Fingia oír con admiracion á los religiosos, y aprendia con facilidad las oraciones que le enseñaban, se instruia perfectamente en los misterios de la religion cristiana; pero no por

eso olvidaba un solo instante el culto que debía á sus ídolos, no dejaba de consultar á su tizmes protector para que le diese à conocer el rumbo que debería seguir y le marcarse la hora de abandonar la astucia por la fuerza, para caer sobre los opresores de su patria y libertarla del yugo.

Referi á su tiempo que Guarionex y los suyos, irritados por la alevosa conducta de Barahona, conducta que dió por resultado el suicidio de Imbila, presa de horrible indignacion, hicieron mil pedazos la sagrada imágen de la Virgen que el misionero Roman Pane les habia dado como un símbolo de las nuevas ideas religiosas que adoptaban.

Aquel sacrilego atentado recibió el condigno castigo; pero era necesario, para satisfacer á los misioneros, que los indios no ya venerasen una imágen sagrada en el secreto de su hogar, sino que tuviesen una capilla, donde concurriesen á cumplir sus deberes cristianos.

Destinaron al efecto una de las chozas más espaciosas, y en ella colocaron los frailes un altar con un Crucifijo y un busto de la inmaculada.

La familia de Juan Mateo se encargó de su cuidado, y con el consentimiento de Mayabonex comenzaron á recorrer las aldeas próximas para establecer en todas ellas nuevas capillas y extender el culto católico.

Juan Mateo les acompañaba, y aunque en el fondo de su alma sentia una profunda indignacion su soberano por su perfidia, aparentaba protegerle, sin perjuicio de castigarle cuando llegara el día de la venganza.

Pero temeroso de que la debilidad de algunos de los indios descubriese sus intenciones, se guardó de revelar sus íntimos pensamientos á sus vasallos, y continuó apareciendo á sus ojos como un apóstata, tan digno de recibir el castigo como Juan Mateo.

No era posible resistir por más tiempo aquel despotismo. Podian muy bien los que habian tenido la fortuna adversa en el momento de la lucha, someterse al dominio de los extranjeros y pagarles, aunque dolorosamente, el ominoso tributo que les habian impuesto.

Podian soportar el peso de sus duras penas siempre que tuvieran libertad de conciencia, siempre que pudieran en el fondo de su alma hallar un consuelo á sus desventuras en la adoracion de sus ídolos.

Pero desde el momento en que los españoles querian extender su influencia hasta en sus sentimientos; desde el instante en que querian hacerles olvidar su religion, la religion de sus padres, la que habian inculcado á sus hijos, para profesar otra nueva, lo cual era cometer una apostasia, sus cadenas les parecieron más duras, más ominosa su esclavitud, más insufrible el despotismo de sus enemigos, y habia llegado para ellos la hora de romper el yugo ó de morir como buenos, defendiendo sus creencias y su fe.

Los butios aprovecharon aquel movimiento, aquel impulso que debía dar fuerza á los débiles y convertir en héroes á los más timoratos.

—¡Guerra á muerte á los españoles que quieran imponer nos su religion! ¡Guerra á muerte á Mayabonex, nuestro rey, porque los escucha y los obedece! ¡Guerra á muerte á Juan Mateo, porque ha roto los lazos que le ligaban con nosotros!

Este fué el grito de guerra.

Esta fué la exclamacion unánime, la voz de alarma que sin pronunciarla los labios resonó en el corazon de todos.

Los caciques y los butios se reunieron en secreto para tramitar la conspiracion que debía dar por resultado el cumplimiento del deseo que habian escrito en su bandera de rebelion.

CAPITULO LX.

Profanacion.

DESPUES de celebrar algunas reuniones con el indicado objeto, acordaron negar toda clase de víveres á los españoles, aprovecharse de la ocasion para asesinar á los que fueran solos ó no pudieran defenderse por ir en menor número que sus adversarios, alejar á la familia de Juan Mateo, penetrar en su capilla, destruir las imágenes, enterrar los pedazos, acometer la fortaleza de la Concepcion, incendiarla y destruirla, matar á todos los españoles que habia en la Vega, y defenderla de la invasion de sus compatriotas cuando acudiesen á vengarlos.

El sentimiento religioso es el que más pronto arma el brazo de un pueblo.

Las páginas de la historia están ensangrentadas con las innumerables guerras que las creencias religiosas han suscitado en la humanidad.

No representa entónces cada soldado un número reunido á otro número para formar un guarismo considerable.

Cada soldado es allí una familia, un hogar.

No pelea el soldado por conquistar para su soberano un pedazo de tierra, por lavar la mancha que otra nacion ha arrojado en el honor nacional.

Tampoco le alienta la esperanza del botin.

Todos estos móviles son pequeños, mezquinos, delezna-

comparados con el que agita el brazo del guerrero, ora sea en los campos del Asia, cubierto con la blanca capa y la luz roja, ora en las ciudades de Alemania con la acerada cota de malla, ora en Francia durante la horrible noche de San Bartolomé, ora en España disputando paso á paso á la media luna sus conquistas de siete siglos.

En otras luchas, el guerrero que triunfa espera el premio en la corona de laurel que da el mundo.

En estas el soldado busca frenético la muerte, porque el premio que le aguarda es la gloria eterna.

Sabe que si muere, aunque deja una viuda, unos huérfanos, la Providencia será su amparo.

Sabe que su muerte será una ejecutoria para sus hijos y para su esposa.

¿Qué extraño es que la tímida oveja se convierta en egre-
gio leon?

Impulsados por estos sentimientos, se aprestaban los indios á realizar su plan.

Los víveres escaseaban ya.

Los pocos soldados que guarnecian la fortaleza de la Concepcion no se alejaban de ella.

La familia de Juan Mateo abandonó un dia la capilla para acudir á un falso llamamiento de su jefe.

Llegó la noche, y los caciques fueron penetrando en la choza sagrada para borrar las huellas que hubiesen dejado en ella los enemigos de su religion.

Todos fueron penetrando cautelosamente y colocándose en torno de las paredes formadas con yerba.

—¿Estamos todos? preguntó uno.

—No, falto yo, dijo una voz.

Y al mismo tiempo se presentó entre los caciques Mayabonex.

Todos le miraron horrorizados.

La palabra *traicion!* asomó á sus labios.

Pero no se atrevieron á pronunciarla.

Conocian lo bastante á Mayabonex para comprender que, habiendo sido descubiertos, les esperaba un tremendo castigo.

Todos enmudecieron.

—¿Temblais? ¿enmudeceis? preguntó Mayabonex, paseando su brillante mirada por el cónclave. ¿Pensais que soy vuestro enemigo, habeis dudado de mí porque para asegurar mi venganza he fingido acceder á los ruegos de los extranjeros? No debia perdonaros; debia castigar vuestra duda, porque con ella me ultrajais. Pero nuestros brazos son pocos todavía, y no solo os perdono, sino que vengo á asociarme á vosotros.

Aquellas palabras asombraron á los caciques.

—¿Tú, dijo uno, tú vienes á ayudarnos?

—¿Aún lo dudais? Ved cuáles son mis intenciones.

Y dirigiéndose al altar, arrojó al suelo las imágenes.

Todos le miraron con una ansiedad indescriptible.

Blandiendo su macana, hizo mil pedazos aquellas efigies.

—¿Dudais ahora de mí? exclamó.

—No, no, gritaron todos. Perdónanos por la ofensa que te hemos hecho; pero para mostrarte nuestra sagacidad, escucha nuestros planes y sé tú quien nos guíe á realizarlos.

—Es inútil; conozco vuestros intentos. Las efigies yacen convertidas en pedazos, y para que no los encuentren los misioneros, vamos ahora mismo à enterrarlos profundamente en los alrededores de la cabaña. De aquí saldremos à reunir nuestras tropas para atacar el fuerte, y en breves días, ó habremos muerto todos, ó habremos alejado para siempre á los extranjeros de nuestro suelo.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Los caciques recogieron los fragmentos de las imágenes y los sepultaron en la tierra.

Dispuestos á dar el golpe, acordaron por consejo de Mayabonex aguardar la época en que debian guardar el tributo, porque entónces podian reunir gran número de indios sin excitar sospechas de ningun género.

Los españoles de la fortaleza de la Concepcion comprendieron que se tramaba algo contra ellos, y por lo que pudiera suceder enviaron un emisario al adelantado.

CAPITULO LXI.

Historia de un cuento.



NA circunstancia que nada tiene de extraordinaria, había hecho creer á los indios que los papeles que usaban los españoles para comunicarse entre sí hablaban.

Aun á riesgo de repetir un cuento muy conocido, voy á manifestar á mis lectores el motivo en que los indios fundaban esta creencia.

Sabido es que los españoles tenían á su servicio algunos indios.

Un colono quiso obsequiar con media docena de plátanos á un su amigo, que se hallaba en una de las fortalezas.

Al efecto los colocó en una canastilla y le escribió una carta manifestándole que le enviaba seis plátanos.

Envió al indio, y éste por el camino se comió la mitad, no presentando más que tres á la persona que recibió el obsequio.

Entrególe los tres plátanos con la carta, y le observó atentamente.

—Este papel me dice, exclamó el obsequiado, que debes entregarme seis plátanos. ¿En qué consiste que solo me traes tres?

El indio, aterrorizado, confesó la verdad y pidió humildemente perdon.

A partir de aquel momento, no dudó de que el papel hablaba.

Contó lo que le había pasado á sus compatriotas, y se generalizó la creencia.

Hé aquí el motivo por el cual vigilaban los indios coligados para destruir á los que defendían la fortaleza de la Concepcion, y registraban á todos los españoles que salían de ella, temiendo que llevasen algun papel que enterase al adelantado de lo que pasaba.

Pero el jefe del fuerte, de acuerdo ya con Bartolomé Colon, escribió en un papel sus temores y guardó aquella carta, sin que nadie lo viese, en el hueco de una caña.

Poco despues llamó á un indio de los que estaban á su servicio.

—Ve á entregar esta caña á nuestro jefe de la Isabela, le dijo, y de paso le manifiestas que estamos muy tranquilos y que nada hay que temer de los indios de la Vega Real.

El indio partió con el recado.

En el camino se le acercaron sus compatriotas.

Antes de hacer ninguna pregunta, observaron á ver si llevaba escondido algun papel, y despues de convencerse de que no lo llevaba, le preguntaron el objeto de su viaje.

Mucho se alegraron al saber la equivocada creencia que tenia el jefe de la fortaleza acerca de sus propósitos y les pareció que el viaje del indio era mucho más ventajoso para ellos que para él.

Dejéronle en libertad, recomendáronle que cumpliera la órden que había recibido y se aprestaron al combate.

La conjuracion tomó cuerpo.

Mayabonex celebró algunas entrevistas con Guaorocaya, y de acuerdo con Umatex, el jefe de los Ciguayos, convinieron en que ántes de pagar el tributo, reunidos en gran número darian el golpe decisivo.

El indio no encontró en la Isabela á Colon, y fué inmediatamente á buscarle á Santo Domingo.

Al ver la caña comprendió que comunicaban alguna orden grave, y no tardó en saber los temores del jefe de la fortaleza de la Concepcion.

Desplegando su habitual energía, salió inmediatamente para la fortaleza con las tropas que pudo reunir, y á marchas forzadas llegó en el momento más oportuno.

Millares de indios ocupaban la llanura armados y dispuestos para empezar el combate.

Era necesario sorprenderlos, y sobre todo apoderarse de los caciques.

Después de llegar sin ser visto á la fortaleza Bartolomé Colon, y aprovechando la oscuridad de la noche, salió de pronto del fuerte, llegó á las aldeas cuando todos sus moradores estaban entregados al sueño y se disponían para emprender el ataque al día siguiente, se apoderó de los caciques, la voz de alarma cundió, los indios huyeron despavoridos, Guaorocaya, Umatex, y Mayabonex se dirigieron precipitadamente para ponerse en salvo al departamento de Higuey, y lograron los españoles destruir los planes de los indios sometiéndolos de nuevo y aprisionando á los caciques principales, motores de la conjuración.

Entonces supo el sacrilegio que habian cometido, y la admiración de los indigenas no tuvo límites cuando vieron que en el paraje en donde habian enterrado las efigies brotaron plantas, cuyos frutos crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces (V).

Averiguó Bartolomé quiénes eran los que habian concebido y ejecutado aquel crimen, y no pudiendo apoderarse de Mayabonex, condenó á muerte á los dos caciques que una parte más activa habian tomado en la conspiración y perdonó á los otros, después de oír sus promesas de sumisión y lealtad.

La Vega quedó pacificada, y el adelantado, que tenia que ir al departamento del Xaragua á recibir el tributo, aplazó para su vuelta la ejecución de los dos caciques condenados á muerte.

Mientras él con los suyos se dirigia á los dominios de Anacona, el infame Roldan, unido con los descontentos, fraguaba otra conspiración, cuyo resultado podia ser el asesinato de Bartolomé.

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXII.

Donde verá el lector indios buenos y españoles malos.

Si cariñosa y afable había sido la acogida que Anacaona y sus vasallos dispensaron á Bartolomé Colon cuando fué por la primera vez á los Estados de Xaragua, no ménos afable y sincera fué la que en el segundo viaje halló en la ilustre reina.

Treinta y dos caciques inferiores aguardaban al adelantado.

Cada uno de ellos debian entregarle la parte de tributo que correspondia á los indios de su respectiva tribu.

El algodón que iban á ofrecerle ocupaba cinco ó seis chozas de las más grandes.

Ademas le ofrecieron gratuitamente todo el pan de cazabe que desearon, lo cual era entónces mucho más apreciable para Bartolomé que el algodón y el oro, puesto que los víveres escaseaban en la colonia, y con aquel refuerzo pudo acallar la impaciencia de los extenuados españoles.

Envió Bartolomé un emisario á la Isabela con la noticia de lo que le habia pasado, y dió orden para que una de las carabelas que estaban ancladas fuese por mar hasta la costa de Xaragua, con el objeto de trasportar el algodón y los víveres, producto de los tributos impuestos á los indios de la Vega.

El tiempo que pasó miéntras el mensajero llevó la orden y llegó la carabela, fueron los europeos objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

No solo Anacaona, sino hasta los caciques inferiores quisieron obsequiarles, y continuamente asistian á banquetes, entreteniendo su aburrimiento con danzas y cantares.

Al fin llegó la carabela, que ancló á seis millas de la residencia de Anacaona y ésta dispuso que sus vasallos condujeran el algodón y los víveres hasta la playa.

Debía partir el adelantado con los españoles en la carabela, y Anacaona, para demostrarles su deferencia, quiso visitarlos.

Queriendo saludarla con los honores de reina, mandó Bartolomé disparar un cañonazo.

Era la primera vez que oia aquel estruendo la esposa de Caonabo.

A pesar de su entereza se impresionó tan vivamente que cayó desmayada en los brazos de Bartolomé.

Mandó éste entónces á los escasos músicos que iban á bordo que ejecutasen algunas marchas, y no tardó en trocarse el miedo de los indios en sorpresa y deleite.

Al despedirse de Anacaona le hizo Bartolomé muchos regalos, despachó á la carabela y fué por tierra con algunos soldados á la Isabela.

Aquel viaje de Bartolomé fué muy provechoso para los asuntos de España.

Formó alianzas con los más poderosos caciques, y logró de ellos la promesa de pagarle tributo y adquirir víveres bastantes para formar almacenes y atender con más puntualidad á las necesidades de la colonia.

Con la alegría del éxito que alcanzaban sus negociaciones llegó á olvidarse del atentado cometido por los indios de la Vega, y de que dos caciques aguardaban su llegada para pe-
recer en el cadalso.

Compasivo con los débiles, se habia calmado su indignacion, y llegó á la fortaleza en donde estaban los prisioneros muy dispuesto á perdonarles su enorme crimen.

Sin embargo, creían los descontentos capitaneados por Roldan que perecerían en la hoguera por haber profanado las imágenes divinas, y deseosos de llevar á cabo su plan, mientras Bartolomé recogía el tributo de los habitantes del departamento de Xaragua, Roldan habló á los suyos, se cercioró de que podía contar con ellos, y lo dispuso todo para tender una emboscada al adelantado en el momento en que asistiera á la ejecución de los caciques, matarle, hacer sufrir la misma suerte á su hermano Diego, levantar la bandera de la insurrección y fundar todos estos actos en su amor á la paz y prosperidad de la isla, en su deseo de salvar la honra y los intereses de los reyes de España.

La Providencia es justa.

Los conjurados convinieron en que cuando estuviese el pueblo reunido para presenciar la ejecución armasen un tumulto los descontentos, aprovechando la conmoción para acercarse á Bartolomé y clavar en su pecho un puñal.

Al efecto, sin el consentimiento de Diego, abandonaron los conjurados la colonia para acercarse á los alrededores del fuerte de la Concepción, en donde debería levantarse el caldoso.

Pero Bartolomé perdonó á los caciques, conmutándoles el suplicio por el pago de un crecido tributo, y la conjuración abortó.

Desesperados con aquella contrariedad los secuaces de Roldan, volvieron precipitadamente á la Isabela á participarle lo que pasaba.

No era Roldan hombre capaz de desistir por aquella, contrariedad, de su empeño.

Necesitaba un pretexto, y lo halló.

La carabela que por orden del adelantado había ido á la costa de Xaragua para trasladar á la Isabela el tributo de

los habitantes de aquellos Estados, llegó al puerto de la colonia, y Diego, con arreglo á las instrucciones que tenía, mandó que el cargamento se trasladase á tierra y que se quedase en la playa la carabela.

Esta resolución demostraba plenamente que tenían que renunciar los colonos á su esperanza.

Desesperados al ver que no tenían embarcaciones para trasladarse á España, habían acallado sus quejas desde el momento en que se empezaron á construir los dos buques por orden del adelantado.

Pero cuando vieron que el que estaba concluido carecía de la arboladura necesaria para emprender un largo viaje á través del Océano, cuando le vieron en la playa, su desesperación creció de punto.

Roldan fomentó aquel malestar por todos los medios que estuvieron á su alcance.

—¿Veis cómo se confirman mis sospechas? dijo á los descontentos. ¿Veis cómo he adivinado los planes de los hermanos de Colon? Mientras nosotros no escarmentemos, seremos sus esclavos. Hoy se oponen á que la carabela vaya á la corte de España á dar noticia á los reyes de nuestro mísero estado porque temen que lleve la nueva de su tiránica conducta, porque saben que cuando conozcan los soberanos nuestros padecimientos, nuestros apuros, les exigirán la responsabilidad, perderán todo su privilegio y quedarán completamente arruinados.

—Pues no tiene maldita la gracia que seamos sus víctimas.

—Eso es lo que yo digo.

—Algun medio habrá de obligarles á que satisfaga nuestros justos deseos.

—Dos hay, uno que debemos emplear, por más que parezca estéril: la súplica; otro que será sin duda alguna eficaz: la rebelión.

—Pues acudamos á una y á otro.

—En mi concepto, lo que procede es que vayais á ver á don Diego para pedirle que bote al agua la carabela, y que la envíe á España con los enfermos, pidiéndole los auxilios que necesitéis.

—No aceptará.

—Eso es lo que podemos desear. Entónces, como vemos mejor que ellos el peligro que nos amenaza, como tenemos la obligacion de salvar los intereses de nuestros reyes, yo seré el primero que levante la bandera de la rebelion, yo seré el primero que me oponga á sus desatentados proyectos; y si me seguís todos, como espero, si logramos imponerle nuestra voluntad, cesarán los desórdenes, cesarán los apuros, y cuando ellos caigan en el abismo que han abierto á sus piés con el orgullo que les domina, nosotros, habiendo salvado los intereses de España, podremos presentarnos ante los reyes á recibir el premio á que seremos merecedores.

—Sí, sí; eso debe hacerse.

—¿Podré contar con vosotros?

—Hasta la muerte.

—Pues en ese caso, id unos cuantos en comision á hablar á don Diego.

—Guíanos tú.

—Ya sabéis que existen entre los dos grandes enemistades.

—No importa, tú eres nuestro jefe, natural es que nos acompañes.

—Por mi parte no me niego.

—Pues en marcha.

—En marcha.

—Y Roldan seguido de los más atrevidos y descontentos colonos, se dirigió al almirantazgo y pidió una entrevista al que hacia allí las veces del almirante y del adelantado.

CAPITULO LXIII.

Los rebeldes.

RECIBIÓLES Diego Colon con su acostumbrada afabilidad

—Venimos á quejarnos, le dijeron, de la triste situacion á que nos tienen reducidas las órdenes que habeis dictado.

—¿Qué quereis? preguntó Diego.

—Despues de lo mucho que hemos sufrido, dijo Roldan, hemos trabajado con ansia para la conclusion de la carabela, creyendo que una vez terminada y botada al agua nos serviria para llevar á España á los enfermos, noticiar al gobierno nuestro triste estado, pedir recursos y mejorar de suerte. Pero no ha sido así. La carabela ha hecho un viaje satisfactorio, ha regresado con el tributo de Xaragua, y en vez de permanecer á flote, ha sido por orden vuestra conducida á la playa, lo que quiere decir que éstais resuelto á que la colonia sea un cementerio.

—Os engañais, Roldan, dijo Diego. Si á costa de mi vida pudiera mejorar vuestra condicion y la mía, la sacrificaría gustoso, porque sé que de este modo complaceria á mi hermano el almirante, y complacerle es mi único deseo. Yo seria el primero que dispondria la partida del buque para la metrópoli si tuviera las condiciones necesarias para emprender tan largo viaje. Pero carece de ellas, no tiene arboladura.

Autorizar el viaje equivaldria á sentenciar á sus tripulantes á perecer desastrosamente en el fondo del mar.

—Difícil es la costa que ha recorrido, y sin embargo ha salvado todas las dificultades.

—Pero no es lo mismo navegar por una costa que atravesar el Océano.

—De cualquier modo la responsabilidad no seria vuestra.

—¿Cómo quereis que yo condene á una catástrofe á los que considero como hermanos míos? Tened paciencia; soportad con resignacion los sacrificios que el deber os impone.

—Hace ya mucho tiempo que esperamos.

—Servís á vuestro rey, á vuestra patria, contestó Diego.

—Decid más bien, exclamó uno de los más audaces, que servimos al almirante, que os servimos á vos.

—Si la desesperacion no disculpara hasta cierto punto ese lenguaje, no mereceriais siquiera que os contestase.

—Lo cierto es que el almirante hace ya mucho tiempo que partió y no vuelve.

—No será por su causa.

—Desde que llegaron las embarcaciones al mando de Pedro Alonso Niño, no ha vuelto ninguna otra.

Carecemos de víveres, no tenemos buques, y si los informes del investigador Aguado han prevenido á los reyes en contra del almirante, y le han hecho caer en desgracia; si han llegado á convencerse de lo estériles que son los sacrificios que se hacen en este ingrato suelo, ¿no pueden muy bien abandonarnos por completo?

—No lo creais: si la calumnia hubiera triunfado, que no habrá podido triunfar, los reyes se hubieran apresurado á enviar embarcaciones para que regresáramos á España.

—¿Y si las han enviado y se han perdido?

—Se hubiera sabido el siniestro, y aun á costa de los ma-

yores sacrificios habrian enviado una nueva escuadra para sacarnos de aquí.

—La prudencia aconseja que enviéis una de las carabelas, al ménos, á dar cuenta en España de nuestro triste estado.

—Eso de ningun modo.

—Pues bien; en ese caso, dijo Roldan, resuelto á jugar el todo por el todo, permitidme que os hable con franqueza. En vano tratais de alucinarnos. Vos y vuestros hermanos aspirais seguramente á hacernos víctimas de vuestras intrigas.

—¿Qué decís?

—No me retracto; y si no dáis la orden de que parta la carabela, es porque temeis que los que en ella van os acusen. Los que no son culpables nada temen.

—Callad y retiraos.

—Es que....

—Dad gracias á que conozco y deploro lo angustioso de vuestra situacion, y que atribuyo, màs que á desobediencia, á hondo pesar la causa que os mueve á hablarme de esa manera desmedida. Podria castigaros, pero os perdono. Emplead esa fuerza, ese vigor en sufrir con resignacion los padecimientos de que todos participamos.

Todos se retiraron murmurando, y Diego, que comprendia por la actitud de Roldan su pensamiento, careciendo de la suficiente energia para asustarle y contenerle, en cuyo caso habria sofocado la rebelion, creyó que lo que debia hacer era separarle de sus amigos, y al efecto le mandó á llamar.

Era ya tarde.

Roldan despues de separarse de Diego, habia hablado á sus prosélitos.

—Al fin son extráñjeros los Colones, les dijo, rebelémonos contra su dominacion; arrebatemos de sus manos las riendas del gobierno, y si, como presumo, nos han dejado abandona-

dos, apoderándonos de la isla viviremos en ella algun tiempo en sabrosa paz, servidos por los indios, y atesorando el oro suficiente para poder enriquecernos y fabricar las carabelas necesarias para abandonar estas tierras y regresar á cualquier punto de Europa donde podamos disfrutar de nuestro tesoro.

Estas brillantes esperanzas sedujeron á los incautos y á los descontentos, y todos juraron obedecerle.

Por fortuna de la buena causa, no eran todos los habitantes de la colonia, y especialmente los que defendian los puertos militares, los que pensaban de esta manera.

Como hemos dicho, Diego llamó á Roldan.

—Tengo que comunicaros una orden importante, le dijo; se trata de salir á la Vega para atemorizar á algunos indios que se niegan á pagar el tributo, y esta mision no puede desempeñarla más que un hombre de toda mi confianza. Pero necesito que ántes me asegureis que las palabras que habeis pronunciado hoy mismo en mi presencia han sido dictadas por el despecho y que me jureis fidelidad.

Roldan vió en aquella proposicion una gran facilidad para la realizacion de sus planes.

Aquidiendo á su habitual hipocresía, manifestó al almirante que si le habia hablado de aquel modo habia sido instigado por sus amigos, pero que podia estar seguro de su lealtad.

—En ese caso voy á poner á vuestra orden cuarenta hombres, y esta misma tarde partireis á la Vega.

Roldan designó á los que debian acompañarle.

Fué, en efecto, á desempeñar la comision que le habia confiado Diego, y una vez en la Vega, en lugar de amedrentar á los indios procuró coligarse con los caciques, se puso de su parte, asegurándoles que tenian razon al no querer pagar el tributo, acusó de tiránica la dominacion del almirante y de su hermano, y les ofreció, para que le ayudasen en su empre-

sa, dulcificar su suerte, si, como esperaba, se ponía al frente de la colonia.

No tardó en adquirir la seguridad de que los soldados que le acompañaban, y los caciques con los vasallos de sus tribus le ayudarian en su empresa, y contando con estos elementos se encaminó de nuevo á la colonia seguro de que no tardaria en apoderarse de ella con la cooperacion de los muchos colonos partidarios suyos.

Al dirigirse á la Isabela supo que habia llegado el adelantado, pero sin mucha gente, porque la habia dejado en Santo Domingo.

Bartolomé era más temible para él que Diego.

Pero contaba con muchos recursos, y no temió en arrostrar su indignacion.

Le mandó una comunicacion suplicándole que fuera á celebrar con él una entrevista á las inmediaciones de la Isabela.

Acudió, en efecto, á la cita, porque tenia noticias de su actitud y queria con su energía cortar el vuelo que le habia hecho tomar la debilidad de su hermano.

Roldan le manifestó que habia hecho lo posible para obligar á los caciques á pagar el tributo, pero que éstos habian pedido próroga al negarse á satisfacerle.

Resuelto como estaba á obedecer las órdenes de Diego, procuró ver si sus soldados estaban dispuestos á obligar á los caciques á cumplir por fuerza con sus deberes.

Pero todos se mostraban rehacios y aseguraban que si no partía á España una de las carabelas desobedecerian por completo á todos sus jefes.

—Por el contrario, añadió, si consentís que la carabela zarpe, mis soldados se comprometen á botarla al agua.

Bartolomé contestó con una profunda negativa.

—Ni vuestros soldados saben las maniobras necesarias pa-

ra botar al agua el buque, ni yo puedo consentir que una carabela de sus condiciones haga un viaje tan largo. De consiguiente, aseguradles en mi nombre que la carabela permanecerá donde está, y que si no obedecen haré con ellos un ejemplar castigo.

—Por mi parte, dijo Roldan, emplearé toda mi influencia; pero la creo inútil.

—Pues empleadla, dijo Bartolomé, porque os conozco demasiado, sé los proyectos que abrigais, y el primero que sufrirá el castigo sereis vos.

Y sin decir mas se separó de Roldan.

Notando éste que habia traslucido sus designios, y comprendiendo que no eran bastante firmes sus amigos de la Isabela para resistir la influencia del adelantado, resolvió buscar otro paraje más seguro para dar principio á la insurreccion, fundándola en el despotismo del adelantado.

Contaba con sesenta hombres armados y aguerridos, confiaba en que se agruparian bajo su bandera otros sesenta más de todos los descontentos de la isla.

Su plan fué sorprender el fuerte de la Concepcion, apoderarse de él, captarse la amistad de los caciques de la Vega eximiéndoles de pagar el tributo, y no dudaba que en posesion de aquel punto estratégico, y ayudado por los naturales del país, podrian desafiar impunemente las iras del adelantado.

Como los españoles estaban diseminados en muchas de las aldeas indias, tanto para vigilarlas como para restablecerse de sus enfermedades, fué recorriendo todas à fin de hacer prosélitos.

Al mismo tiempo que á los españoles, catequizaba á los indios.

Engrosadas sus filas hizo un tratado de alianza con uno de los caciques más poderosos, que habiéndose convertido al

cristianismo habia tomado el nombre de Diego Marqués, en cuya poblacion estableció Roldan su cuartel general.

Era un gran punto, por estar muy próximo á la fortaleza de la Concepcion.

Mandaba las fuerzas de este punto el capitán Miguel Ballester, hombre experimentado y valeroso.

Apénas se acercó Roldan á la fortaleza, se encerró en ella dispuesto á defenderla á toda costa.

No se desanimó Roldan.

Dirigiéndose á la ciudad en donde habia tenido su palacio Guarionex, conferenció con el capitán García de Barrientes, que estaba en ella al frente de treinta soldados para guarnecerla.

Al acercarse imitó este militar á Miguel Ballester.

Se encerró en el palacio del cacique, no permitió á su tropa trato de ningun género con los descontentos, y desoyó las súplicas y las amenazas de Roldan.

Desesperado éste, le amenazó con incendiar la casa.

Los rebeldes se opusieron á ello, porque García de Barrientes era muy querido á causa de su valor y su noble carácter.

Roldan se apoderó de los víveres que habia en la ciudad y se encaminó al fuerte de la Concepcion, dispuesto a apoderarse de él.

CAPITULO LXIV.

Negociaciones de Bartolomé Colon con los rebeldes.



INSTANTANEAMENTE llegó á conocimiento del adelantado la noticia de la insurreccion capitaneada por Roldan. Su primer pensamiento fué perseguirlos, darles una batalla y castigarlos.

Pero desconfiaba de la lealtad de sus soldados, y por otra parte ignoraba si la conspiracion tenia ramificaciones en toda la isla.

No tardó en saber que Adrian de Mogica y Pedro de Valdivieso, personas de alto linaje, que desempeñaban cargos importantes, se habian coligado con Roldan.

Diego de Escobar, capitan del fuerte de la Magdalena, estaba tambien á su lado.

Bartolomé tuvo noticia de esto, y temió que el capitan de la fortaleza de la Concepcion estuviera de acuerdo con él.

Pero Miguel Ballester le envió un emisario de toda su confianza manifestándole que pereceria en la fortaleza antes que entregarla á los insurrectos.

Estas noticias alentaron á Bartolomé, y como comprendia que necesitaria pronto socorro, partió con un destacamento, y muy en breve llegó á la fortaleza ántes que los rebeldes.

Roldan habia acampado toda su gente á media legua de la Concepcion, y Bartolomé le envió un oficio acriminando su conducta, manifestándole los desastres á que iba á dar la

gar y comunicándole su formal resolución de combatir con él, aun á riesgo de dar un triste espectáculo á los indigenas y de tener el sentimiento de derramar sangre española en aquel país donde todos debian ser hermanos.

Como era posible que se pusieran de acuerdo, le ordenaba que se presentase ante la fortaleza, prometiéndole, bajo su palabra de honor, su seguridad personal.

Bartolomé, que no sabia el número de soldados que capitaneaba Roldan, empleó en su comunicacion formas corteses, y esto por una parte y por otra el convencimiento que tenia el jefe de la insurreccion de que el adelantado no faltaria á su palabra, le impulsó á ir con una escolta de seis hombres hasta el paraje que le habia indicado Bartolomé para conferenciar con él.

La entrevista tuvo lugar de una manera original.

El fuerte de la Concepcion se levantaba sobre una roca, y en sus estribos se colocó Roldan.

Bartolomé se asomó á una de las ventanas del fuerte, y desde allí, á las altas horas de la noche, en una noche en que la luna iluminaba perfectamente el campo, conferenciaron aquellos dos hombres.

De su conferencia debia brotar, ó la guerra civil, ó la paz.

—Os he llamado, le dijo Bartolomé, sacrificando mi carácter á la conveniencia, porque deseo evitar la efusion de sangre, y al empezar nuestra conferencia os pido que no atribuyais á debilidad lo que es sólo en mí el deseo de evitar la ruina de la colonia, porque si los indios vieran luchar á los que han vivido hasta ahora como hermanos, se aprovecharian de nuestras debilidades para destruirnos.

—No es la culpa mia, contestó Roldan.

—Decid por qué razon os habeis rebelado contra mi autoridad.

—Me he rebelado porque he venido aquí á servir á los reyes de España y no á vos, porque los españoles no podemos soportar la esclavitud á que vuestra tiranía nos condena, y me han nombrado á mí para que, siendo eco de sus reclamaciones, me acercase á vuestro hermano à pedirle que mejorara su situación.

No sólo á él, sino á vos, supliqué que se botase al agua la carabela para llevar á España noticias de la triste situación que atravesamos. Esto hubiera dado tregua á la desesperación de los españoles, y como no habeis querido concedernos este señalado favor, lo que ha venido á demostrar más y más que teneis miedo de que se sepa en la metrópoli la conducta cruel que observais con nosotros, yo he visto en ella la verdadera destrucción de la conquista que con tanto trabajo hemos logrado, y he creído que antes que obedecer á los agentes de los reyes cuando mi conciencia me dice que se equivocan, he debido oponer resistencia, defender la causa de los que se quejan con razón, y evitar la catástrofe que nos espera. Porque, no hay duda, el almirante no vuelve; ha perdido la gracia de los reyes, tal vez sufre en una prision el castigo á que le han hecho acreedor sus errores, y nosotros, inocentes, si no conseguimos enviar una carabela á España, pereceremos aquí abandonados; muerte desastrosa que no puede aceptarse sin emplear, antes los medios que aconseja la desesperación, por terribles que sean.

Gran trabajo costaba á Bartolomé dominar la ira que sentia al escuchar de los labios de aquel miserable acusaciones tan injustas.

—Ved lo que haceis, le dijo, porque me creo con fuerzas suficientes, no sólo para castigaros, sino para hacer frente á los indios que al ver nuestra lucha quisieran aprovecharse de ella para exterminarnos. Más os vale renunciar á vuestra lo-

ca empresa. Entregadme inmediatamente vuestro baston de alcalde mayor, acogeos al indulto que ahora os ofrezco, y no guieis al abismo á los ilusos que os siguen, porque mañana seria tarde, mañana saldrian las carabelas para España, pero saldrian conduciendo prisioneros á los que no hubiesen pagado aquí con su vida los atentados que han cometido.

—Siento no poder obedeceros. Nadie puede quitarme el empleo que ejerzo sin formación de causa. No reconozco en vos autoridad suficiente para residenciarme y dictar mi sentencia. Por otra parte, no puedo someterme á vos; es seguro que si tal hicierais, al caer en vuestras manos, sabiendo que cuento con elementos suficientes para poner en claro la tiranía que ejercéis con nosotros, atentariais á mi vida; y mi vida es necesaria para los españoles que padecen y necesitan romper los lazos que les ligan á la más ominosa de las esclavitudes.

—Ved lo que haceis, añadió de nuevo Bartolomé; no irriteis al leon, que todavía siente alguna lástima hácia vos y los vuestros. Pensad que seria estéril y desastrosa para todos una lucha. No querrian más los indios para llamar á sus hermanos de las montañas y caer sobre nosotros.

—No por miedo, sino por reflexion, comprendo, en efecto, que la guerra entre nosotros seria funesta para todos. Pero yo no puedo someterme ni someter á los míos à vuestra voluntad. Lo único que puedo hacer hasta el momento en que elevemos al trono nuestras mútuas quejas para que resuelva, es ir á residir con mi gente al palacio que me designeis; pero con la condicion de no vivir sujetos á vuestras órdenes, de ser completamente libres.

—Sea, dijo Bartolomé, cediendo á la presión de las circunstancias.

Y les designó un lugar en la Vega, donde podian ser útiles

estorbando la comunicacion entre los indios sometidos y los rebeldes

Roldan manifestó obedecer; pero convencido de que en aquel paraje no habia víveres bastantes para su gente, partió resuelto á buscar otro sitio más á propósito para vivir con la independencia que necesitaba en tanto que llegaba un nuevo gobernador, porque en vista de la tardanza del almirante no dudaba que habria sido relevado.

CAPITULO LXV.

Un hombre desalmado.

LA pintura que habian hecho del departamento de Xaragua los españoles que habian acompañado al adelantado para negociar el tributo primero, y despues para cobrarle, le inspiraron á Roldan el pensamiento de encaminarse con los suyos á aquella provincia, con el objeto de someterla y de establecer en ella una colonia en que hacerse fuerte contra el adelantado.

Otro motivo obligaba á aquel hombre á querer apoderarse de Xaragua.

Sabia que reinaba en aquella hermosa provincia la reina Anacaona.

Licencioso en extremo, habia querido, al acompañarla á las órdenes de Hernando de Guevara, seducirla; pero le habia sido imposible llevar á cabo su infame plan, y desde entónces no habia olvidado la hermosura de aquella mujer, agujoneándole, para llevar á cabo la empresa que propuso á sus compañeros, el deseo de saciar su menguado apetito.

—Vamos, vamos á esa provincia, dijo á los suyos, aún no está sometida á los españoles, y si nos pagan tributo, si amistosamente podemos subyugarla, ya habeis oido las delicias que allí nos esperan. Los campos son más fértiles que en ninguna otra parte. Cristalinos arroyos serpentean por las verdes praderas; cómodas chozas, á las que libran de los rayos del sol las espesas ramas de los árboles, nos ofrecen delicioso

descanso. Las indias son hermosas: obligaremos á los indios á que nos sirvan como esclavos, y ellas serán nuestras mancebas, Xaragua será nuestro paraíso, y una vez en poder de la provincia, podremos vivir en ella independientes y tratar de igual á igual con el mismo almirante si volviese.

Estas circunstancias no podían ménos de hacer mella en aquella gente licenciosa, y todos se manifestaron resueltos á seguir á Roldan en aquella empresa.

—Para ir á apoderarnos de ese departamento, dijo Roldan, necesitamos, ante todo, poseer siquiera una de las dos carabelas que hay en la playa de la Isabela; es necesario caer de pronto sobre la colonia, sorprender á don Diego Colon, lanzar al agua la carabela, trasladarnos en ella á la costa de Xaragua, y para llevar á cabo este plan, no hay tiempo que perder. ¿Estais resueltos á seguirme?

—Todos te seguiremos, exclamaron, entusiasmándose ante la idea de las soñadas felicidades que les esperaban al realizar su plan.

Sin detenerse, y aprovechándose de la ausencia del adelantado, llegó Roldan con los suyos á la Isabela, entró por sorpresa en la ciudad, llegó á la playa con los suyos, y sin consultar á nadie, y en medio del asombro de los colonos, que se apercibieron de su llegada y de sus designios, hicieron los mayores esfuerzos para arrojar el buque al agua.

El rumor del tumulto llegó á oídos de Diego Colon, el cual inmediatamente envió á los sublevados un emisario para que les intimara la rendición.

El emisario fué desoído, y entonces Diego Colon, con las personas más caracterizadas de la colonia y algunos misioneros, llegó hasta la playa con el objeto de contener á los sublevados.

Los ruegos, las amenazas fueron inútiles.

Ebrios con la esperanza de los goces que se prometían, tomaron una actitud amenazadora y no tuvo más remedio Diego Colon que retirarse con los suyos á la fortaleza de la Isabela para evitar una lucha que podía serles funesta.

La fortaleza era de difícil acceso.

Roldan celebró una conferencia con Diego Colon para ver si aquel le proporcionaba los prácticos necesarios para lanzar el buque al agua.

—Nuestras quejas, le dijo, se refieren únicamente á vuestro hermano. Dispuestos estamos á respetaros, y yo por mi parte muy decidido á entregaros el mando de la insurrección si os unís con nosotros y os oponéis á la tiránica conducta de don Bartolomé.

Escandalizado Diego al oír esta proposición, la rechazó con energía y le intimó de nuevo á que se rindiera.

Roldan, dispuesto á jugar el todo por el todo, volvió de nuevo á la playa, hizo los mayores esfuerzos para que zarpase el buque, y no pudiendo conseguirlo, trató de asaltar la fortaleza.

No lo logró tampoco, y ya desesperado:

—De todos modos, dijo á los suyos, necesitamos ir á Xaragua; pero no podemos salir de aquí sin víveres. La causa que defendemos es noble. Corramos á forzar la puerta de los almacenes reales, y proveámonos de armas, municiones, víveres y cuanto necesitemos para llevar á cabo nuestra empresa. ¡Viva el rey! gritó.

Todos respondieron á este grito.

—Seguidme, dijo.

Y precipitándose con los suyos á los almacenes, derribó la puerta, penetró en ellos, se apoderó de las provisiones, vestuario, etc.; llegó al cercado en donde se encerraban las reses, tomó gran número de ellas, permitió á los suyos que matasen

las suficientes para comer aquel día, y partió de la Isabela con dirección á la provincia de Xaragua.

Partió tan pronto, porque temia que de un momento á otro llegase el adelantado, y evitaba una lucha con él porque era un hombre valeroso que sabia comunicar su denuedo á los que le seguian á los combates.

Esta consideracion le detuvo.

Si se encaminaba á Xaragua y tenia que luchar con los indios para apoderarse de la provincia, y al mismo tiempo por retaguardia le hallaba el adelantado con las tropas leales, podian correr él y los suyos un gran peligro.

Animado por los fáciles triunfos que habia conseguido, expuso sus temores á sus compañeros y les dijo:

—Todo cuanto intentemos será inútil sin haber destruido ántes á Bartolomé Colon: en vez de encaminarnos á Xaragua, volvamos de nuevo á la Vega, sitiemos la fortaleza de la Concepcion, empleemos todos nuestros recursos en seducir á la guarnicion del fuerte, en apoderarnos del adelantado, y cuando esté en nuestro poder nada más fácil que conseguir nuestros deseos.

La soldadesca que le acompañaba creyó fácil aquel nuevo triunfo, y partió con Roldan á los alrededores de la Concepcion, dispuesto á dar allí su primera batalla y á convertirla en su primera victoria.

Bartolomé habia enviado detrás de los rebeldes á algunos de los soldados, en quienes tenia plena confianza, para que los explorasen y le comunicasen sus intenciones.

Sabia, pues, todo lo que habia pasado y conocia sus últimos planes.

No ignoraba que el principal deseo de los rebeldes era matarle.

Podia muy bien salir al campo á darles una batalla con las tropas que estaban á sus órdenes.

No tenia gran confianza en su fidelidad, y como no podia satisfacer sus necesidades, como vivian en la escasez, en tanto que los insurrectos, por haberse apoderado de los almacenes, se entregaban diariamente á opíparos festines, temia que para participar de los mismos beneficios le abandonasen en el momento de salir de la fortaleza, y se mantuvo en ella.

¡Triste condicion de los grandes capitanes!

De nada sirve su valor, su entereza, su energía, su pericia, su sagacidad, si á la unidad importante que representan no unen ese considerable número de ceros que necesitan para que alcance el triunfo sus relevantes cualidades.

En esos momentos el gigante tiene que convertirse en pigmeo.

El valeroso caudillo se veia obligado á doblegarse á los malos instintos de la menguada gente que le servia, y tenia que comprar con dádivas, no con promesas, una fidelidad que no sé por qué se le da este nombre, pero sí que es indispensable para conseguir su cooperacion.

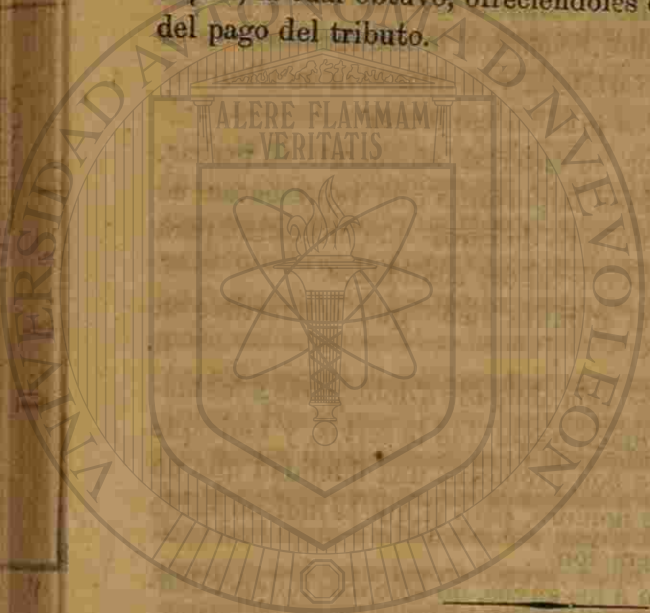
Ofreció el adelantado á los suyos, no solo más independencia, más libertad, sino grandes premios en el momento en que sometiesen á los rebeldes.

Estas esperanzas por un lado, y por otro la causa que defendian, que era la del gobierno, la de las leyes, les impulsaron á mantenerse fieles y á desoir las promesas que para seducirlos les hacian con insistencia los agentes de Roldan.

Tuvo que renunciar á apoderarse de la fortaleza y al concurso de los soldados que obedecian á Bartolomé.

Pero resuelto á toda costa á debilitar su influencia y á contrarrestar su poderío, se proclamó con el concurso de los suyos tan jefe de la isla como el adelantado; declaró solemnemente que se habia separado de él porque con su carácter vengativo y sus abusos de autoridad ponía en peligro la vida de

los españoles y los intereses de sus soberanos; se mostró indignado porque una familia de extranjeros subyugase de aquella manera á los españoles, y buscó la amistad de los caciques, la cual obtuvo, ofreciéndoles él en cambio relevarles del pago del tributo.



CAPITULO LXVI.

Donde se ve que es cierto que la Providencia aprieta,
pero no ahoga.



RISTE condicion la de la humanidad!

En vano el génio abarca la inmensidad de su pensamiento; en vano busca y encuentra las dificultades, y emplea toda su energía para vencerlas; en vano es poderosa la influencia que ejerce sobre los demas, é imprime en todos los que han de ayudarle á realizar su empresa ese sello de grandeza que en sí tienen.

Cuando despues de inmensas penalidades logra reunir los elementos necesarios para calmar su afan; cuando ante la esperanza de la realizacion de su pensamiento enjuga las lágrimas de sangre que han tenido que devorar sus ojos y sonrie á la esperanza, un sér mezquino, un obstáculo que no ha podido ver por su misma pequeñez, se levanta, crece á su sombra como la mala yerba al lado de la dorada espiga, y robándole su sávia, esteriliza la obra en que ha empleado tantos años, tantas lágrimas, tantas vigiliass, tanta vida.

¡Cuán ajeno estaba Cristóbal Colon en aquellos momentos en que, despues de haber vencido á sus calumniadores de la metrópoli, tenia todavía que soportar las dilaciones á que le condenaban las intrigas de sus enemigos!

¡Cuán ajeno estaba, repito, en aquellos momentos, en que hacia supremos esfuerzos para dar nueva vida al entusiasmo, de que un miserable á quien habia sacado de la nada, á quien

de humilde y desastrado pordiosero habia convertido en uno de sus más favorecidos servidores, de que un hombre, en fin, á quien á pesar de su humilde condicion, habia elevado á los mayores empleos, creyéndole en la desgracia, ó dominado por el demonio de la ambicion, pagaba sus beneficios con la más negra ingratitud, y destruia uno á uno los eslabones de la gran cadena con que queria unir su nombre á la inmortalidad el ilustre marino!

Y de tal manera obraba el infame Roldan, que la conquista que tanto habia costado á Colon, que tantos sacrificios pecuniarios habia obligado á hacer á la corona de Castilla, estaba al borde del abismo, de un abismo sin fin, de un abismo que en aquellos momentos podia influir muy poderosamente, no ya en el porvenir de la conquista, sino de la nacion entera!

¡Cuán fácil es el medro de los hombres que, como Roldan, explotan las malas pasiones de la muchedumbre para combatir á aquellos á quienes encumbra la gloria!

La humanidad no hace justicia, mientras viven, á los hombres que de la nada ó por sus merecimientos llegan á los primeros puestos de las naciones.

Atribuyen su preponderancia á sus malas artes, á su suerte, á todo ménos á la verdadera causa que los eleva; la envidia ciega sus ojos, se apodera de su corazon y devora sus buenos sentimientos, como los insectos devoran la sávia de los árboles.

Por eso es tan fácil á los pigmeos encontrar el concurso del vulgo para combatir á los gigantes.

Por eso Francisco Roldan encontró una falanje numerosa de gente descontenta que debia su desgracia á sus vicios, pero que la atribuia al almirante y á sus hermanos, cuya única falta, hasta entónces, no era otra que la de haber complacido demasiado á los que por sus inclinaciones solo merecian el despotismo.

No podia; en efecto, imaginar Colon la situacion precaria en que se hallaba el país que habia conquistado.

La rebelion no habia pasado desapercibida para los indios. Envalentonados al ver divididos á los españoles, comenzaban á negarse á pagar el tributo.

Estimulados por Roldan, se rebelaban tambien contra las órdenes del gobierno.

El jefe de la rebelion tenia á su lado á todos los caciques, que querian ayudarle á vencer á los leales primero, para caer despues sobre él y aniquilarle.

En esta triste situacion no tuvo más remedio el adelantado que perdonar á su vez el tributo á los indios de la Vega para tenerlos á su lado, y que en todo caso las fuerzas fueran iguales.

Los españoles que ocupaban los fuertes tenian que vivir encerrados en ellos, so pena de perecer á manos de los indios.

Los jefes se veian obligados á perdonar muchas faltas de insubordinacion y á consentir ciertas licencias que se permitian sus soldados, porque á la menor resistencia huian de los fuertes y corrian á confundirse con los rebeldes.

Si á esto se añade el hambre que empezaba á reinar, porque los insurrectos veian consumidas en un mes las provisiones de medio año, se comprenderá fácilmente hasta qué punto era lastimoso el estado de los primeros conquistadores del Nuevo Mundo.

Bartolomé se encerró en la Concepcion con el mayor número de soldados que pudo reunir; pero aun allí no se creia seguro, porque sabia que los insurrectos habian tomado las medidas necesarias para sitiar la fortaleza, para rodearla de llamas, para obligar á perecer á todos los que estaban en ella si de grado no se rendian.

La hora de la destruccion se acercaba.

No habia una sola esperanza; no se veia, en medio de tanta oscuridad, un solo rayo de luz.

Pero la Providencia debia inclinar su balanza en favor de la verdad y de la justicia.

Cuando más crítica era la situacion, cuando la desesperacion empezaba á apoderarse de todos los ánimos, llegó al puerto de Santo Domingo Pedro Hernandez Coronel con los dos buques que salieron ántes que Colon del puerto de Cádiz.

El adelantado tuvo noticia de su llegada, corrió á Santo Domingo, y su corazon se ensanchó al ver que en los buques llegaban víveres abundantes, municiones y un refuerzo de tropas suficientes para contrarrestar los planes de los insurrectos.

Al mismo tiempo recibió cartas de su hermano noticiándole la causa de sus dilaciones, su próxima llegada y la proteccion que le dispensaban los reyes.

Estas noticias se pregonaron en las dos colonias, se transmitieron á todos los fuertes, y la indecisa fidelidad de los soldados se afianzó.

Los insurrectos se desanimaron un tanto.

Pero no podian volverse atrás, y continuaron por la fatal pendiente á donde su ambicion les llevaba.

CAPITULO LXVII.

Pedro Coronel.



ABRÓ la situacion de la colonia, como hemos dicho ántes, la llegada de Pedro Hernandez Coronel.

Los reyes habian confirmado el nombramiento hecho por Colon en su hermano de adelantado mayor, y esto fué causa de que los españoles se apresuraran á obedecerle con mayor motivo que ántes, por desempeñar aquel puesto, no ya por voluntad de Colon, sino por la de los reyes.

Pedro Coronel refirió á todos el gran favor de que disfrutaba en la corte el almirante, y los preparativos que se hacian para proporcionarle una gran escuadra, con la que continuaria sus exploraciones, al mismo tiempo que reforzaba la guarnicion de la isla de Haiti y regularizaba la importacion de víveres.

Estas noticias llegaron tambien á oídos de Roldan, y su desesperacion fué inmensa, porque no dudaba que en cuanto los que le acompañaban se informósen de la próxima llegada de Colon con tropas y víveres, y lo que era más aún, con el favor de los soberanos, le abandonarían desde luego para obtener el perdon y disfrutar de las ventajas que les aguardaban.

Para evitar que esto sucediera proyectó desde luego cortar toda comunicacion entre las tropas leales y las suyas y activó las negociaciones que habia entablado con Mayabonex, para que aquel, despues de destruir la fortaleza de la Con-

Pero la Providencia debia inclinar su balanza en favor de la verdad y de la justicia.

Cuando más crítica era la situacion, cuando la desesperacion empezaba á apoderarse de todos los ánimos, llegó al puerto de Santo Domingo Pedro Hernandez Coronel con los dos buques que salieron ántes que Colon del puerto de Cádiz.

El adelantado tuvo noticia de su llegada, corrió á Santo Domingo, y su corazon se ensanchó al ver que en los buques llegaban víveres abundantes, municiones y un refuerzo de tropas suficientes para contrarestar los planes de los insurrectos.

Al mismo tiempo recibió cartas de su hermano noticiándole la causa de sus dilaciones, su próxima llegada y la proteccion que le dispensaban los reyes.

Estas noticias se pregonaron en las dos colonias, se transmitieron á todos los fuertes, y la indecisa fidelidad de los soldados se afianzó.

Los insurrectos se desanimaron un tanto.

Pero no podian volverse atrás, y continuaron por la fatal pendiente á donde su ambicion les llevaba.

CAPITULO LXVII.

Pedro Coronel.



ABRÓ la situacion de la colonia, como hemos dicho ántes, la llegada de Pedro Hernandez Coronel.

Los reyes habian confirmado el nombramiento hecho por Colon en su hermano de adelantado mayor, y esto fué causa de que los españoles se apresuraran á obedecerle con mayor motivo que ántes, por desempeñar aquel puesto, no ya por voluntad de Colon, sino por la de los reyes.

Pedro Coronel refirió á todos el gran favor de que disfrutaba en la corte el almirante, y los preparativos que se hacian para proporcionarle una gran escuadra, con la que continuaria sus exploraciones, al mismo tiempo que reforzaba la guarnicion de la isla de Haiti y regularizaba la importacion de víveres.

Estas noticias llegaron tambien á oídos de Roldan, y su desesperacion fué inmensa, porque no dudaba que en cuanto los que le acompañaban se informósen de la próxima llegada de Colon con tropas y víveres, y lo que era más aún, con el favor de los soberanos, le abandonarían desde luego para obtener el perdon y disfrutar de las ventajas que les aguardaban.

Para evitar que esto sucediera proyectó desde luego cortar toda comunicacion entre las tropas leales y las suyas y activó las negociaciones que habia entablado con Mayabonex, para que aquel, despues de destruir la fortaleza de la Con-

cepcion, recuperase el dominio que habia perdido sobre la Vega Real.

A pesar de conocer sus intenciones, y de saber que centaba con los indios, no tuvo inconveniente el adelantado en abandonar la fortaleza para trasladarse á Santo Domingo.

Pero destinó tropas á los desfiladeros para impedir que se acercase Roldan.

Comprendiendo asimismo cuán importante era para la prosperidad de la colonia, la pacificación completa, resolvió, al mismo tiempo que mandó proclamar la confirmacion de su nombramiento, conceder amnistia de todos los delitos, con la expresa condicion de que los rebeldes se presentaran inmediatamente á prestar juramento de fidelidad y sumision.

Hallábase por entónces Roldan con los suyos á más de cinco leguas de Santo Domingo, y Bartolomé envió á Pedro Hernandez Coronel, á quien el rey habia nombrado alguacil mayor de la isla, para que conferenciase con el jefe de los insurrectos, le anunciase sus intenciones de perdonarlos, y lograr por aquel medio contener la insurreccion, más formidable todavía, de los indios, que empezaba á marcarse demasiado para que no temiera Bartolomé sus consecuencias.

Nadie mejor que Pedro Coronel, que habia presenciado las buenas disposiciones de los reyes en favor de Colon, podia convencer á los rebeldes de lo inútil de sus esfuerzos.

Animado de los mejores deseos partió el emisario del adelantado, y Roldan supo su próxima llegada por uno de sus espías.

No le convenia de ningun modo que sus gentes oyesen á Pedro Coronel.

Escogió, pues, diez hombres de los más adictos á su persona, y con ellos fué al encuentro del emisario y le detuvo.

La historia ha conservado las palabras que pronunció entónces el jefe de los insurrectos.

—¡Alto, traidor! dijo. Si hubierais llegado ocho días despues, todos hubiéramos sido unos.

En efecto; no ocho días, dos que hubiera tardado, hubieran dado lugar al infame Roldan para conseguir sus intentos.

Pero Coronel, sin temor á la amenaza de los rebeldes, les comunicó las órdenes que llevaba y les ofreció el perdon.

—Vuestras promesas no me seducen, dijo Roldan; conozco lo bastante al adelantado para estar convencido de que apénas me encuentre en su poder me quitará la vida. No, no me someteré nunca á él. Si me he rebelado no ha sido contra los reyes, no ha sido contra el almirante, sino contra la tirania de su hermano. Cuando llegue nuestro verdadero jefe iremos todos á rendir nuestras armas ante él, y miéntras gobierné el adelantado, preferiremos perecer á entregarnos.

Volvióse Coronel á Santo Domingo, y participó la resolucion de los rebeldes.

Bartolomé no pudo hacer más de lo que habia hecho.

Los declaró solemnemente traidores y dispuso que fueran perseguidos.

Algunos de los insurrectos se acogieron á la amnistia.

Roldan, que vió mermar sus filas, reanimó en sus soldados la esperanza de conquistar el departamento del Xaragua, asegurándoles que aquel acto les alcanzaria el perdon del almirante, y para entretener á los que salian en su persecucion, incitó á los indios, y especialmente á Mayabonex, que habia abandonado su retiro para volver á la Vega á reconquistar sus Estados, á que se apoderasen de la fortaleza de la Concepcion, y peleasen con los españoles miéntras él avanzaba al departamento del Xaragua.

Los caciques, de acuerdo con Mayabonex, en la seguridad de que Guaorocaya, que no estaba conforme con la conducta que observaba Anacaona, les ofreceria asilo en sus monta-

ñas en caso de salir derrotados, se coligaron para tomar por sorpresa el fuerte de la Concepcion.

Conviniéron en atacar por distintos lados.

Para no infundir sospechas acordaron formar varias divisiones y permanecer separados unos de otros hasta el momento decisivo.

Mayabonex les dijo:

— La primera noche que alumbre la luna de lleno, caeremos todos sobre la fortaleza.

Dispuestos á llevar á cabo su plan, esperaron á que el astro de la noche se manifestase en toda su plenitud.

Pero uno de los caciques se adelantó, y creyendo que los demás atacarían la fortaleza al mismo tiempo que él, dió el golpe.

Los soldados de la fortaleza le rechazaron.

El cacique huyó con los suyos hasta donde se hallaba Mayabonex.

La desesperacion de este caudillo por ver malogrados sus planes fué tanta, que mandó dar la muerte al torpe guerrero que habia destruido sus esperanzas.

La noticia de aquel ataque llegó al adelantado, el cual, con fuerzas numerosas, salió á la Vega dispuesto á sofocar la insurreccion india.

Mayabonex vió malogrados sus esfuerzos y corrió á refugiarse con los suyos en las montañas del Ciguay, en donde no habian podido penetrar hasta entónces los españoles.

Bartolomé comprendió que para evitar en lo sucesivo insurrecciones de aquella especie necesitaba perseguir á los indios hasta en sus mismas madrigueras, y en tanto que Rodan avanzaba con los suyos hácia la provincia de Xaragua, el adelantado, al frente de sus tropas, se encaminó al Ciguay, dispuesto á sostener una campaña que asegurase á los españoles la completa dominacion de la isla y cortase de raíz los gérmenes de nuevas rebeliones.

CAPITULO LXVIII.

Heroismo.



UANDO se considera las condiciones de carácter que desplegaron los indios á vista de los europeos en aquellos momentos, en los que se atentaba á su independencia, no puede ménos de lamentarse que naciones gastadas llevaran al seno de aquella vírgen tierra el gérmen de los malos instintos, que por desgracia corroian como en un gusano su corazon.

Mayabonex, despues de su segunda tentativa para desalojar de la Vega á los españoles, se refugió de nuevo en el Ciguay, en donde á la sazón mandaba Guaorocaya.

— Arrojado de mis dominios, le dijo, vengo á implorar tu proteccion.

— Cuenta con ella, contestó el cacique. Yo te empeño mi palabra en defenderte con mis vasallos y con mi propio pecho; para llegar á tí tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

Aquel solemne juramento debia dar lugar á una encarnizada lucha que pusiese en evidencia la lealtad, la nobleza, la generosidad, en una palabra, las virtudes de Guaorocaya.

Coligado Mayabonex y los suyos con Guaorocaya, hizo el primero algunas excursiones á la llanura con el objeto de sorprender y destruir á los enemigos que en escaso número recorrían la Vega, ó iba de un fuerte á otro llevando noticias ó provisiones.

Cuando no conseguian matar á alguno, destruian los campos, inutilizaban las cosechas y combatian por todos los medios á los extranjeros.

Estas tropelias impulsaron á Bartolomé á poner coto á ellas.

Las contemplaciones eran inútiles.

Necesitaba tomar medidas enérgicas para escarmentar á aquellos indios aventureros, y en la primavera de 1488 formó una division de noventa hombres, veinte caballos y una gran parte de indios, á los que eximió del tributo cuando le sirvieran como soldados, y abandonó la Vega para penetrar en las escabrosas montañas del Ciguay y castigar á los indios rebeldes.

Atravesó un desfiladero, no sin trabajo, porque los innumerables árboles y las ásperas peñas impedian el paso á sus soldados, y despues de emplear en esta operacion algunos dias, bajó á un espeso y pintoresco valle, sumamente abrigado por las montañas que se adelantaban á perderse en el mar.

Numerosos espías indios observaban sus movimientos, ocultos detrás de los troncos de los árboles ó de las quebraduras del terreno.

Un caudaloso rio contuvo la marcha de los españoles.

Necesitaron vadearle, y al acercarse Bartolomé á un paraje para ver si por allí podian vencer la dificultad, se levantaron á corta distancia dos indios que estaban escondidos detrás de unos matorrales, y acto continuo dió Bartolomé la orden de aprisionarlos.

Uno de ellos se arrojó al agua y pudo salvarse á nado.

El otro cayó en poder de los españoles.

—¿Qué haciais ahí, miserables? le dijo Bartolomé cuando llegaron á su presencia.

—Perdon, señor, exclamó el indio, me habia escondido para

que pasarais sin verme, porque dicen que matais á los indios que hallais á vuestro paso.

—Mientes, exclamó Bartolomé; tú eres un espia, y vas á morir á mis manos si no confiesas la verdad.

—Perdon, perdon, exclamó el indio cayendo de hinojos.

—Si confiesas la verdad te perdono la vida y te llevaré á mi servicio; pero si me engañas perecerás á mis manos.

—Pues bien, yo os diré la verdad.

—Habla.

—En efecto; espiaaba aquí vuestra llegada.

—¿Por orden de quién?

—Por orden de mi amo.

—¿Quién es tu amo?

—El rey Guaorocaya; él es el que gobierna el departamento del Ciguay.

—Es un traidor, puesto que ha amparado y defendido á uno de mis mayores enemigos. Todos los indios de esta provincia perecerán. Solo tu vida será respetada si me dices dónde está el rey y los soldados que sin duda, enterados de nuestra venida, nos esperan para atacarnos.

—Es cierto. ¿Veis, añadió el indio, aquel bosque que empieza en la opuesta orilla del rio?

—Sí.

—Pues detrás de los árboles hay más de seis mil indios armados con arcos y flechas, que aguardan á que paseis el rio para salir á vuestro encuentro.

—¡Ay de ti si me engañas!

—Os lo juro por el nombre de Vagoniana.

—De todos modos, te quedas en mi poder hasta que me cerciore de la verdad. Si no me has engañado, el premio no te faltará. Pero si me tiendes un lazo, sufrirás la misma suerte que tus hermanos.

La alegría que se dibujó en el rostro del indio hizo creer á Bartolomé que no le engañaba.

—Ahora, le dijo, es necesario que nos indiqués cuál es el mejor paraje para vadear el río en breve tiempo.

El indio obedeció la orden del adelantado, y éste pudo vencer con su ejército aquel obstáculo que se oponía á su marcha.

Pero cuando estaba en medio del río con sus tropas, salieron millares de indios de la opuesta orilla y dispararon sus flechas sobre los españoles, volviendo á guarecerse detrás de los árboles al mismo tiempo que llenaban el aire con su infernal gritería.

A pesar de los escudos y petos, algunas flechas hirieron á los españoles.

Pero irritados por aquella emboscada avanzaron hacia la orilla, y en el momento en que iban á hacer su segunda salida los indios, dispararon sobre ellos sus arcabuces, y los caballos y los perros corrieron detrás de ellos con tal ímpetu, que más de una tercera parte de los contendientes quedó en el campo.

Todos ellos eran ciguayos y los mandaba Umatex, el célebre y taimado capitán de Caonabo, que después de la prisión de su jefe había jurado obediencia y fidelidad á Guaorocaya.

Todos ellos eran atléticos, aguerridos, y para imponer más al enemigo habían pintado su rostro y su cuerpo de tal manera, que parecían espectros; y á pesar de su superioridad hubieran huido de su vista los españoles amedrentados, á no tener noticia de que los indios al pelear, con el objeto de asustar al enemigo, se pintaban de aquel modo, guardando debajo de la pintura un corazón pusilánime que se doblegaba y sucumbía más todavía á la influencia moral que á la fuerza física de sus adversarios.

Los españoles tuvieron que renunciar á perseguirlos, ó por lo ménos á alcanzarlos, porque concedores del terreno, se diseminaron, ocultándose entre las selvas y las rocas.

Bartolomé quedó dueño del campo, y recordando entonces como siempre las instrucciones del almirante, quiso intentar un acto de conciliación.

Entre los prisioneros que quedaron en su poder, había uno al parecer más importante que los otros.

Era un cacique.

Acompañado de otros indios de los que formaban parte de su ejército, le envió á Guaorocaya con la misión de anunciarle que no había ido allí á combatir con él, sino á apoderarse de Mayabonex, su enemigo, razón por la cual, si él se entregaba, cesarian las hostilidades.

Advirtióle también que una tentativa por su parte sería suficiente motivo para que entrara á sangre y fuego en sus Estados.

Los dos negociadores cumplieron su misión, y Guaorocaya, que los recibió con la mayor solemnidad:

—Decid á los españoles, contestó, que sus maldades, su tiranía, su crueldad, no merecen consideración de ningún género. Han usurpado territorios que nos pertenecen, han derramado sangre inocente y yo no quiero su amistad. Mayabonex es un caudillo valeroso. Le he ofrecido amistad y protección, se ha refugiado en mis dominios, he jurado que antes de acercarse á él tendrán nuestros enemigos que pasar por mi cadáver, y por nada del mundo faltará á mi palabra.

Gran simpatía inspiró al adelantado aquella vigorosa respuesta del soberano del Ciguay.

Pero aun cuando admirase las relevantes pruebas de Guaorocaya, antes que su admiración estaba el deber, la imprescindible necesidad de dar un ejemplar castigo á los indios re-

beldes que habian destruido la obra del almirante, que no pagaban el tributo.

La creencia de que no adelantaria nada con amistosas negociaciones le resolvió à cumplir à su vez la amenaza que habia hecho el cacique, y avanzando con sus tropas hasta la ciudad en donde tenia su palacio, incendió à su paso las aldeas, destruyó de la misma manera los campestres edificios de la ciudad, que abandonaron los ciguayos al acercarse los españoles, y desde aquel monton de ruinas envió mensajeros à Guaorocaya para decirle que si inmediatamente no le entregaba à Mayabonex asolaria todo el territorio, incendiaria los bosques y concluiria con todos sus habitantes.

Tantas contrariedades doblegaron la entereza de los ciguayos y exigieron à Guaorocaya, con súplicas y con amenazas, que desistiese de su propósito y que salvase sus dominios entregando à su protegido.

—He jurado, añadió éste, que nadie se acercará à él, à no ser pasando por encima de mi cadáver. Si tan cobardes sois, si estais resueltos à cambiar por una muerte heroica una esclavitud vergonzosa, olvidando los juramentos de fidelidad que me habeis hecho, disparad vuestras flechas sobre mi pecho, atravesadle con ellas y entregad entónces à Mayabonex. Estas palabras engrandecieron al caudillo à los ojos de sus vasallos.

—Hágase tu voluntad, dijeron; sucumbamos si es preciso.

—Más quiero que se diga en el mundo que Mayabonex murió à manos de sus adversarios, que no que haya quien pueda motejarme por haber hecho traicion à mis amigos.

Mayabonex quiso à su vez evitar el conflicto entregándose à los españoles.

Su protector se lo impidió, y dejó sin respuesta las nuevas intimaciones del adelantado.

CAPITULO LXIX.

Desastres de la guerra.

GUAOROCAYA estaba resuelto à perecer àntes que cometer una felonía con su huésped.

Quiso, por lo tanto, cortar toda clase de relaciones con el adelantado, y para evitar que en lo sucesivo se acercasen à su persona emisarios de los españoles con nuevas proposiciones, apostó en los caminos partidas de ciguayos con órden expresa de dar muerte à cualquiera que se acercase à sus dominios, aun cuando fuese con el carácter de enviado de los extranjeros.

El cacique manifestaba una entereza, una energía, que contrastaba con la docilidad de Guacanajari.

Al mismo tiempo se distinguia de la ferocidad de Caonabo, porque no luchaban en él los malos instintos, sino el amor à la patria, el deseo de defender su independenciam, la esperanza de la aureola del martirio.

Sus órdenes no tardaron en ser obedecidas.

El adelantado, queriendo à toda costa poner término à aquella situacion difícil, envió al Ciguay prisionero à un indio de los aliados à hacer nuevas proposiciones à Guaorocaya.

Con el objeto de no perder tiempo, lo siguió con su tropa à cierta distancia, pero no pudo evitar su muerte.

Apénas llegaron à la selva y comenzaron à internarse en ella para encaminarse al cuartel general del cacique, salieron à su encuentro las avanzadas que tenia en el camino y l^{os} preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

—Vamos á ver á Guaorocaya, contestaron, en nombre del jefe de los españoles.

—Pues volveos atrás, porque ha dado orden terminante de que no se acerque nadie á él con mision alguna de los españoles.

—No tenemos más remedio que cumplir las órdenes que hemos recibido.

—En ese caso, cumpliremos nosotros las vuestras.

Y tomaron una actitud amenazadora para impedirles el paso.

Pero los emisarios, que sabian que á muy corta distancia iba el adelantado con las tropas, comprendieron que si huian no podrian librarse del castigo; y entre el castigo, que significaba una muerte afrentosa, y la lid, que significaba una muerte heróica, el cumplimiento del deber, optaron por lo último.

Los dos emisarios perecieron atravesados por las flechas de sus hermanos, y cuando Bartolomé los encontró en tierra, renunciando á la benevolencia que hasta entónces habia constituido la parte esencial de su política, acordó combatir sin cuartel á aquella raza terca é indomable, que atribuia á debilidad los buenos sentimientos que le animaban.

Exhortó á sus soldados á pelear con denuedo, y avanzando con ellos hasta el paraje en donde se hallaba Guaorocaya con el grueso del ejército, produjo la desercion de la mayor parte de los indios.

Guaorocaya se veia abandonado por sus filas, y para no morir de una manera ignominiosa á manos de los españoles, corrió á refugiarse con los que aún estaban á su lado en las montañas.

Desesperados los ciguayos al ver que Mayabonex era la única causa de las persecuciones que sufrían, porque hasta entónces los españoles habian respetado sus dominios y su li-

bertad, resolvieron buscarle y hacerle pagar con la muerte los desastres que habia producido, ó entregarle á los españoles para aplacar su ira.

Mayabonex habia huido, y vagaba solitario y con el corazón herido de muerte por las apartadas sierras que ofrecian á su defensa baluartes naturales.

El miedo es el enemigo más poderoso de los ejércitos.

Si no hubiera luchado al lado de los españoles, nada más fácil para los indios que vencer á aquel puñado de hombres, á quienes combatian las enfermedades, el hambre, los trabajos y el desaliento.

Pero al verlos avanzar en sus briosos corceles, cubierto el pecho con el brillante peto y la cabeza con el luciente casco, en donde, reflejándose los rayos del sol, hacian parecer a los jinetes y á los caballos como mónstruos de fuego; al ver detrás de los jinetes á los soldados con sus armas, que lanzaban el rayo y el exterminio, no pensaban que, siendo infinitamente superior en número, podian á poca costa destruirlos.

Incapaces los indios de comprender la fuerza de la colectividad, media cada cual sus ánimos con los de todos los guerreros, y era natural que el pánico se apoderase de su alma despues de aquella comparacion tan desventajosa para ellos.

Unos y otros se trasmitian el miedo y huian despavoridos, entregando sus hogares á los extranjeros, arrojando su independencia á los piés de sus caballos para que la destrozasen, y con sus gérmenes formasen el dogal de su esclavitud.

Y sin embargo, despues de vencer á los indios, despues de verlos correr despavoridos á refugiarse en sus madrigueras, quedábale al adelantado una nueva campaña que sostener, una nueva victoria que ganar.

El hambre aterrorizaba á los españoles.

Al huir los indios habian dejado sus hogares desiertos, sus

campos asolados, y no tenían los extranjeros para satisfacer sus necesidades más víveres que el pan de cazabe, las raíces y las yerbas que los indios aliados les proporcionaban, y las hutias que los perros de presa cogían para repartirlas con sus dueños.

Más de tres meses duró aquella campaña.

Toda la paciencia, todo el patriotismo, todo el sentimiento del deber, toda la lealtad debían agotarse en aquella prueba terrible y angustiosa.

Muchos de los que acompañaban al adelantado, establecidos en la Vega, habían formado granjas ó heredades, que cultivaban, y por acompañarle habían tenido que abandonar sus haciendas.

Casi todos suplicaron á Bartolomé que renunciase á la conquista del Ciguay, ó cuando ménos les permitiese volver á consagrarse á las faenas agrícolas, que al ménos les ofrecían frutos para satisfacer sus necesidades.

No era el adelantado hombre capaz de cejar en su empeño.

Había resuelto avasallar á los ciguayos, y no quería volver á Santo Domingo sin haber conseguido sus deseos.

Pero al mismo tiempo comprendía las razones que alegaban sus soldados, y concedió permiso á muchos de ellos para que regresasen á sus hogares.

Sólo treinta hombres quedaron á su lado.

Con ellos acordó registrar las cavernas y las montañas.

En este viaje de exploracion halló todas las ciudades y aldeas completamente desiertas.

Al cabo de algunos dias de inútiles investigaciones, unos cuantos soldados que cazaban hutias encontraron á dos indios que, segun les dijeron, iban á buscar pan de cazabe al departamento de Xaragua.

Aprisionáronlos y llevándoles á la presencia del adelantado,

con dádivas y con amenazas logró éste que le descubrieran el paraje en donde se habían refugiado Guaorocaya y Mayabonex.

Hasta encontrarlos y hacerlos prisioneros, estaban seguros los españoles de que no abandonaría el adelantado aquella comarca.

Para salir cuanto ántes de ella resolvieron doce de los más audaces apoderarse del cacique y de su huésped.

Uno de ellos, llamado Rodrigo de Alvareda, dijo al adelantado:

—Si me lo permitís, iré con unos cuantos camaradas á apoderarme de Guaorocaya y de Mayabonex.

—Arriesgada es la empresa; más vale que vayamos todos juntos.

—He concebido un plan, que me parece que debe darme buenos resultados. Dejadme en libertad de obrar, y yo os prometo volver en breve con los caciques.

—Id en buen hora, dijo el adelantado.

Rodrigo y sus doce camaradas se desprendieron de sus vestiduras, se pintaron el cuerpo como los indios, ocultaron sus espadas con hojas de palma, y obligaron á los indios á quienes habían sorprendido á que los llevaran hasta la guarida de su rey.

Aun cuando tenía espías Guaorocaya, no se alarmaron éstos al ver á los falsos indios.

Les dejaron llegar y el mismo rey salió á su encuentro para ver qué querían.

Pero los españoles arrojando la máscara, separando las hojas de palma de sus espadas, y blandiéndolas con energía, pusieron en precipitada fuga á los únicos defensores del cacique, se apoderaron de él, le maniataron, lo mismo que á sus mujeres y á sus hijos, y los llevaron al paraje donde les aguardaba el adelantado.

—En tu poder me tienes, exclamó Guaorocaya; pero no has podido vencerme en buena lid. Sólo la traicion te ha dado el triunfo; no eres digno de envidia; mientras yo levanto mi frente, tú tienes que bajarla: eres más astuto, pero no más valiente que yo.

Preso Guaorocaya, podia considerarse Bartolomé en posesion del Ciguay, y resolvió renunciar á prender á Mayabonex por entónces, para regresar al fuerte de la Concepcion.

En aquellas circunstancias tuvieron los españoles ocasion de admirar las grandes virtudes de una mujer india.

La hermana de Guaorocaya estaba unida con un cacique de las montañas, en donde todavía na habian podido penetrar los españoles.

Al saber el peligro que corria su hermano, dominada por el inmenso amor que le profesaba, corrió á su encuentro y abandonó la seguridad de los Estados de su esposo, para partir con él los peligros y los azares de la persecucion de que era objeto.

Cuando cayó en poder de sus enemigos solo la dominó una pena: la de que su hermano habia perdido la libertad.

Tanto por su hermosura como por su energía llamó la atencion del adelantado, y cuando el esposo de aquella mujer heroica fué hasta la concepcion á verle para implorar su libertad, ofreciéndole en cambio someterse al dominio de los españoles, Bartolomé aceptó aquel pacto y puso en libertad, no solo á la hermana de Guaorocaya, sino á todas las mujeres de éste y á sus hijos, conservando solo al soberano, si bien tratándole con todas las consideraciones que su infortunio y su grandeza merecian.

Este comportamiento convenció á los ciguayos de que les convenia ser aliados de los españoles, y se presentaron en el fuerte de la Concepcion cargados de regalos, y ofreciéndose

á pagar toda clase de tributos con tal de que dejase en libertad á Guaorocaya.

Bartolomé les ofreció tratarle con toda clase de consideraciones.

Pero no accedió á sus ruegos, porque entónces, que habia tenido ocasion Guaorocaya para conocer la insignificancia de sus fuerzas, podia envalentonarse y destruir la conquista, que tan trabajosamente habia hecho.

En tanto Mayabonex, considerándose como la única causa de la esclavitud del Ciguay, sufría horriblemente, viviendo aislado en medio de las asperezas de las montañas, y luchando noche y dia entre acabar con su vida, ó hacer un desesperado esfuerzo para libertad á Guaorocaya y devolverle el territorio que por su causa habia perdido.

Los ciguayos le consideraban como la única causa de su perdicion, y le dejaban abandonado en su retiro, bajando los ojos ó mirándole con desprecio cuando pasaban á su lado.

Deseosos de vengarse de él, indicaron á Bartolomé su retiro, y con este motivo dispuso el adelantado que un destacamento fuese á buscarle.

Los soldados á quienes encomendó esta mision se ocultaron entre las rocas que abrian paso á su guarida, y despues de dos dias de exploracion, le sorprendieron cuando salia de su madriguera para buscar alimentos con que satisfacer el hambre que le devoraba.

Cargaronle de cadenas y le enviaron á la Concepcion.

El infeliz creia caminar al suplicio.

Despues de todo lo que habia pasado, no tenía más esperanza que la muerte.

Pero le esperaba el magnánimo corazon de Bartolomé.

Apaciguada la Vega, conquistado el Ciguay, extendido el poderío de los españoles por casi todo el territorio de la isla,

y no dando cabida en su pecho al sentimiento de la venganza, natural era que no ensangrentase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida, le dijo; pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colón.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz. Únicamente podían preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldán habían llegado al departamento de Xaragua.

Pero antes de que tomase las medidas necesarias para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, después de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldán.

CAPITULO LXX.

Un hombre vil.



ROLDAN se encaminó con su gente al departamento de Xaragua, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna órden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

Roldán acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasión.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.

Hizo que uno de los indios que le acompañaban pidiese á Anacaona permiso para entrar en sus dominios y presentarse á ella.

La pobre reina no tardó en concedérsele.

Ignoraba que abria la puerta al áspid que aspiraba á devorar su seno.

Los rebeldes penetraron en la ciudad en donde se levantaba el palacio de Anacaona, y ésta dispuso que las indias más hermosas salieran á recibirlos al compás de música salvaje.

La presencia de aquellas mujeres, las más hermosas de toda la isla, entusiasmó á los secuaces de Roldán, que veían en ellas otras tantas víctimas de su desenfreno.

y no dando cabida en su pecho al sentimiento de la venganza, natural era que no ensangrentase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida, le dijo; pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colón.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz. Únicamente podían preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldán habían llegado al departamento de Xaragua.

Pero antes de que tomase las medidas necesarias para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, después de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldán.

CAPITULO LXX.

Un hombre vil.



ROLDAN se encaminó con su gente al departamento de Xaragua, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna órden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

Roldán acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasión.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.

Hizo que uno de los indios que le acompañaban pidiese á Anacaona permiso para entrar en sus dominios y presentarse á ella.

La pobre reina no tardó en concedérsele.

Ignoraba que abria la puerta al áspid que aspiraba á devorar su seno.

Los rebeldes penetraron en la ciudad en donde se levantaba el palacio de Anacaona, y ésta dispuso que las indias más hermosas salieran á recibirlos al compás de música salvaje.

La presencia de aquellas mujeres, las más hermosas de toda la isla, entusiasmó á los secuaces de Roldán, que veían en ellas otras tantas víctimas de su desenfreno.

La misma reina salió al encuentro de Roldan, y al verle se estremeció.

Reconoció en él al soldado insolente que habia aspirado á mancillar su honra y receló algun lazo de su parte.

Pero reponiéndose, con su natural energía:

—¿Qué venís á buscar aquí? le preguntó al caudillo.

—Vengo, dijo Roldan, por órden de mi jefe, vuestro aliado, á establecerme aquí con mis tropas. Conviene á su propósito tener soldados en toda la extension de la isla, y á mí me ha cabido la suerte de venir á vuestro territorio y de poder vivir á vuestro lado.

A estas palabras acompañó una mirada lúbrica, que hizo á la reina comprender sus infames designios.

—Cúmplase la voluntad de vuestro jefe, dijo.

Y se retiró.

No convenia á Roldan manifestar sus intenciones desde el primer momento.

Al contrario, su proyecto era mostrarse afable y respetuoso con los habitantes de Xaragua para no amedrentarlos, y sobre todo para evitar que los indios se refugiasen en las montañas y malograsen sus deseos.

Anacaona envió inmediatamente un emisario al adelantado para preguntarle si debia acatar á Roldan y para suplicarle que enviase otro capitan que le inspirase más confianza.

El emisario por atajos llegó al fuerte de la Concepcion; pero no pudo ver al adelantado, que habia salido á perseguir á Mayabonex.

Sin embargo, allí supo que Roldan se habia rebelado contra su jefe, y pudo pocos dias despues anunciar á Anacaona que los soldados españoles estaban allí sin consentimiento del adelantado.

Hasta entónces Roldan habia empleado todo el tiempo de que disponia en recorrer el departamento de Xaragua, para

establecer en todas sus poblaciones destacamentos pequeños y tener á los habitantes bajo su dominio.

Cuando volvió á ver á Anacaona, resuelto á seducirla, ya sabia la reina que no era más que el jefe de los rebeldes, y con gran entereza le manifestó que siendo aliada de Bartolomé Colon, tenia que ser su enemiga.

A partir de aquel momento arrojó Roldan la máscara.

—En vano tratarás de oponerte á mis deseos, le dijo; me he apoderado cautelosamente de este territorio, y tú y tus vasallos estais en mi poder.

—¿Yo ser tu esclava? dijo Anacaona. Nunca; prefiero la muerte.

Y se alejó de la vista de Roldan.

El jefe de los rebeldes, reuniendo á los suyos:

—Ha llegado el momento de que os cumpla mi palabra, les dijo. Hoy mismo es necesario poner al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, apoderándonos de sus hogares y de sus mujeres.

No deseaban otra cosa los rebeldes.

Los desgraciados habitantes de Xaragua tuvieron que añadir su maldicion á la de los demas indios, y el mismo dia, los que no huyeron, cayeron en poder de los secuaces de Roldan.

El caudillo fué á buscar á Anacaona.

Habia desaparecido.

Desesperado, envió gente en su persecucion.

La reina fué á refugiarse en la montaña donde habitaba el viejo cacique Biantex, para guarecerse allí con su hija Higuamota de las persecuciones de Roldan.

Desde allí imploró el auxilio de Guaorocaya.

Las noticias que recibió de aquel caudillo la consternaron.

Roldan, desesperado al ver que se le habia escapado su presa, desahogó su ira en los inocentes habitantes del país,

que morian á centenares á sus manos ó lloraban amargamente su perdida libertad.

Roldan aprovechaba la ocupacion del adelantado en su campaña del Ciguay para engrosar sus filas con los indios, y saciar sus brutales apetitos en aquella fértil comarca.

Aunque comprendian que sus excesos no hallarian gracia á los ojos del almirante, confiaba en que sus amigos de Santo Domingo le hablarian á su llegada en favor suyo, y confiaba más aún en que, pudiendo presentarse á él como conquistador del departamento de Xaragua, podria disculpar á sus ojos todos los abusos que habia cometido.

Un dia, cuando ménos lo esperaba, recibió aviso de que habian, llegado á la costa del país en que tantos estragos causaban, tres carabelas españolas.

Al pronto se figuró que podia haberlas enviado el almirante con suficientes tropas para que desembarcaran, lucharan con él y le sometiesen.

Pero los buques anclaron, y Roldan se presentó en la playa para averiguar cuál era el objeto de su llegada.

Aquellos tres buques eran los que Colon habia enviado desde las islas Canarias para que llevasen provisiones á la colonia, en tanto que él hacia nuevas exploraciones.

No tardó en saber esto Roldan, y exigiendo á los suyos que guardasen el mayor secreto acerca de las causas que le habian llevado allí, dijo á los capitanes que aquello era, en efecto, parte de la colonia; que él era su jefe, y que las provisiones y las armas llegaban con la mayor oportunidad.

Uno de los tres capitanes, Alonso Sanchez de Carvajal, fué el primero que descubrió los infames proyectos de Roldan.

Sus soldados, despues de desembarcar las provisiones y las armas, comenzaron á hacer prosélitos entre los tripulantes.

Como los lectores recuerdan, la mayor parte de ellos eran

criminales, á quienes se les habia conmutado la pena que sufrían en cambio de los servicios que debian prestar en la colonia.

Los emisarios de Roldan les pintaron con negros colores el porvenir que les aguardaba si iban á la colonia y se ponian á las órdenes del almirante.

En cambio, si se quedaban con ellos, era muy fácil que dominasen á los demas, y entónces, con provisiones, con elementos para satisfacer todos sus caprichos y apurar toda clase de goces, podrian hacerse allí fuertes, no carecer de nada, recoger mucho oro, y cuando ya estuviesen hartos de vivir allí, refugiarse en cualquier rincón de Europa para sacar partido de sus tesoros.

Estas explicaciones produjeron efecto en una gran parte de los nuevos tripulantes, y se unieron á los rebeldes.

Cuando Alonso Sanchez Carvajal comprendió lo que pasaba, era ya tarde.

Habló á los otros dos capitanes, entre los que se hallaba el pariente de Colon, y convencidos de que les era de todo punto imposible reconquistar las armas y los víveres, procuraron con maña disuadir de su intento al jefe de la rebelion.

—El almirante, le dijeron, habrá llegado al mismo tiempo que nosotros con más víveres que los que hemos traído, con mucha gente y armas. Al mismo tiempo los reyes le han confirmado en todos sus empleos, goza de gran favor en la corte, y si se apodera de vos, podrá sin formacion de causa pasaros por las armas.

—No deseo otra cosa, contestó Roldan, que someterme al almirante, porque yo no tengo queja de él, sino de su hermano Bartolomé, porque ha abusado del poder de una manera indigna. En su presencia misma le acusaré, y probaré á los reyes, si es preciso, que mi conducta es más digna de elogio que de vituperio.

Conocia Carvajal que, permaneciendo entre los rebeldes lograria atraerlos por buen camino, y de acuerdo con los otros capitanes resolvió quedarse allí.

El viento no era favorable para que las carabelas continuasen la marcha, y acordaron tambien que Antonio Colon fuese por tierra hasta Santo Domingo, mientras que el otro capitan aguardaba que los vientos cesasen para ir por mar con las carabelas.

Desembarcó Antonio Colon con algunos soldados y los artifices que debian emplearse en la explotacion de las minas; pero al saltar en tierra le abandonaron casi todos los soldados, que fueron á engrosar las filas de los rebeldes.

Los esfuerzos que hizo Antonio Colon para persuadirlos, yendo hácia ellos y exponiendo su propia vida, fueron inútiles.

Habló á Roldan, y éste se excusó, manifestándole que por su parte no podia obligar á los suyos á que le obedecieran.

Temerosos entónces los capitanes de los buques de que los tripulantes que aún estaban á bordo siguieran el mismo ejemplo, decidieron que Carvajal quedase con los rebeldes, mientras que Arana y Colon iban por mar á Santo Domingo con el resto de los tripulantes que se mantenian fieles.

Así lo hicieron, y no sin gran trabajo, porque encayó uno de los buques en un banco de arena ántes de llegar al puerto de Santo Domingo.

Las provisiones se habian averiado.

Carvajal llegó poco despues sin haber logrado que los rebeldes implorasen perdon.

Sin embargo, Roldan le habia ofrecido ir á los alrededores de Santo Domingo en el momento en que supiese la llegada del almirante, para entrar en negociaciones con él.

No bien llegó Cristóbal Colon á la colonia con su herma-

no, despues de aprobar todos sus actos, se dispuso á seguir en persecucion de los rebeldes.

Carvajal le detuvo.

Por más que sintiera tener que entrar en negociaciones con aquellos miserables, para no malgastar sus fuerzas en estériles luchas accedió á los deseos de Roldan, y le manifestó que estaba dispuesto á oirle.

CAPITULO LXXI.

Miguel Ballester.

CUANDO las esperanzas sonreían al almirante, cuando después del viaje de exploración que había hecho al Golfo de Paria, se habían reanimado sus ilusiones al ver las perlas que había hallado, y sobre todo al entrar en aquel rico país, el más bello de cuantos hasta entonces había visitado, tenía que separar su atención de las nuevas conquistas, de los nuevos elementos de prosperidad y riqueza que podía adquirir, para demostrar en la corte de España cuán infundadas, cuán parciales, cuán malévolas eran las versiones que para desprestigiarle á los ojos de los reyes levantaban sus enemigos; tenía que separar su atención de aquellos nuevos horizontes, tenía que aplazar el segundo viaje de exploración que proyectaba hacer al Golfo de Paria, para perder el tiempo en inútiles y acaso vejatorias negociaciones con los rebeldes.

Era un contratiempo que no podía menos de disgustar en extremo á un hombre que á costa de tantos sacrificios, y sobreponiéndose á sus enfermedades, procuraba pagar la deuda de gratitud que había contraído con los soberanos de España, y hacer que las conquistas que proyectaba en el Nuevo Mundo llenasen las arcas del Tesoro ó hiciesen envidiables para los demás reyes los triunfos que alcanzaban los que le habían tendido una mano protectora.

La fatalidad había querido que los elementos, hasta cierto

punto sanos, con que hubiera podido contar para pacificar la colonia, es decir, los soldados y los tres capitanes que llevaba á bordo de sus buques, aterrorizados por la pintura que los rebeldes les hicieron del porvenir que les aguardaba, y seducidos por las falsas promesas de goces que les hacían, abandonasen su deber y fuesen á engrosar las filas de los descontentos, para aumentar el conflicto y hacer más difícil todo arreglo en aquellas angustiosas circunstancias.

Disponiase, sin embargo, el almirante á salir con los pocos soldados leales que tenía á su lado en persecución de los rebeldes, y las noticias que le llevó Carvajal le sorprendieron en extremo.

Desgraciadamente no eran las intenciones de Roldan someterse á la autoridad del almirante con tanta facilidad como suponía.

El capitán de la carabela que había ido á Xaragua para tratar de convencerle, había llegado á Santo Domingo con noticias que auguraban su rendición y la pronta pacificación de la isla.

Necesitaba, pues, tomar prontas y enérgicas medidas para evitar el conflicto que su imaginación le pintaba, y haciendo un supremo esfuerzo, consiguió una vez más que el espíritu triunfase de la materia, que el deseo de desempeñar su noble y grandiosa misión amenguase los dolores que sus enfermedades le producían, para poder hacer el sacrificio de abandonar el lecho, de dejar los cuidados que necesitaba y dedicarse á poner pronto término á las disensiones que destruían su obra de tantos años en breve tiempo.

Corrió la voz en la colonia de que el almirante y su hermano abrigaban el propósito de no consentir que ninguno de los colonos partiese para España, porque no les convenía que se supiese allí la conducta tiránica que observaban en la isla,

y Roldan les decia que solo uniéndose á él, y venciendo al almirante y á su hermano, podrian apoderarse de las carabelas que habia en el puerto, y salir para España á formular sus quejas á los soberanos y solicitar de ellos la justicia que necesitaban.

Para contrarestar esta conversion, expidió el almirante una proclama en 12 de Setiembre, ofreciendo dar pasaje y víveres para la expedicion á todos los que quisieran volver á España en cinco buques que estaban prontos á partir.

No solo se proponia al anunciar esta resolucion desmentir las versiones de sus enemigos, sino debilitar sus fuerzas, porque la mayor parte de los seductores anhelaban volver á la metrópoli; irian en su compañía los enfermos y los holgazanes, y librándose de todos aquellos hombres, quedándose únicamente con los que le eran fieles y podian manejar las armas, ó contribuir á los trabajos indispensables para el fomento de la colonia; y de este modo, siendo útiles todos los que permaneciesen á su lado, podria adelantar más, porque no tendria que distraer sus fuerzas del objeto principal de sus deseos para destruir las intrigas y oponerse á las maquinaciones de los que alteraban la paz de los que con su conducta estaban á todas horas dispuestos á encender la tea de la discordia, y á procurar que su siniestra luz iluminase aquellos campos, en donde debia florecer el ramo de oliva.

Si eran ciertas las intenciones de Roldan, si como le habia anunciado Carvajal, estaba resuelto á someterse al almirante, porque el motivo de su rebelion no habia sido el propósito de desobedecer al que representaba allí la autoridad de los reyes, sino oponerse á medidas que suponía tiránicas y perturbadoras, nada más fácil que una reconciliacion, y por más que solo sintiese desprecio hácia aquel hombre que con tan negra ingratitud pagaba los favores que le habia dispensado,

preferió aquella humillacion moral, que podria aparecer como un nuevo acto de debilidad por su parte, á empeñar sus fuerzas en una lucha, cuyas consecuencias no estaba en el caso de poder apreciar, porque ignoraba quiénes eran los leales y quiénes los traidores, aun entre los mismos que bajo sus banderas simulaban obedecerle y acatarle.

De todos modos no podia desatender á Roldan, y no queriendo entrar en negociaciones directas con él se dirigió al capitán de las tropas que guarnecian el fuerte de la Concepcion, para que llevase á cabo las negociaciones con los rebeldes.

Desempeñaba todavía aquel cargo el honrado y valeroso Miguel Ballester, que tantas pruebas habia dado de enegía defendiendo el puesto cuya custodia se le habia confiado, como de lealtad y adhesion hácia la persona del almirante y de su hermano Bartolomé, en quienes reconocia verdadera autoridad.

Miguel Ballester era un veterano que habia nacido, habia crecido y habia visto poblarse su cabeza de plateadas hebras en medio de los azares del combate.

Entusiasta partidario desde el principio de su vida de los derechos de la reina Isabel, habia luchado con los enemigos de esta jóven princesa, y más tarde habia contribuido al esplendor de su corona, realizando las grandiosas empresas que habia acometido su soberana para acabar de arrojar de los dominios de España á los sarracenos, destruyendo por completo la Media Luna y plantando en todas las fortalezas que se habian conquistado en los siglos anteriores el signo de la redencion, que en aquella época animaba á los héroes á la guerra, ofreciéndoles, no solo la gloria efimera del mundo, sino la gloria eterna de los mártires del cristianismo.

Justo es presentar con todos sus colores la figura de aquel noble caudillo.

Miguel Ballester tenia á la sazón sesenta años.

Todavía no se habia encorvado su cuerpo bajo el peso de la edad.

Todavía su musculoso brazo podia blandir el pesado mandoble.

Todavía en los momentos de la lucha se inyectaban sus ojos de sangre, sus venas se abultaban, y el valor que ardía en su pecho reflejaba en su semblante, dando á entender que la juventud no habia abandonado su pecho, que no habia malgastado los años en la lucha de las pasiones, y que conservaba todo el vigor, todo el esfuerzo para ocupar su puesto con honra, y dar constantes pruebas de su lealtad y su energía.

Solo una vez se habia conmovido su corazón en presencia de una mujer.

Habia amado, y su sentimiento habia sido correspondido.

Las treguas de la guerra le hicieron entregarse á las delicias del hogar.

Pero su desgraciada suerte quiso que la que participaba de su amor y le adoraba sucumbiese al dar á luz un hijo, fruto de su entrañable afecto.

Habia soportado con resignacion aquel golpe de la desgracia, que no debia ser el único que le atormentase en su vida.

Quince años despues, en la flor de su edad, cuando empezaban á sonreírle las ilusiones, murió su hijo, y desde entonces no tuvo más que un afecto, el que profesaba á su reina Isabel.

—Acompaña á Colon, le dijo su soberana, obedécele, y sé su apoyo en todas las ocasiones que de tí necesite.

Esto bastó para que Miguel Ballester fuese el mejor capitán de cuantos llevó á la colonia el almirante.

Convencido de su fidelidad, ántes de partir para España le confió el peligroso puesto donde tantas pruebas habia dado de su nobleza, de su adhesión, de su hidalguía.

Aun aquellos mismos hombres desalmados que estaban á su lado y bajo sus órdenes; aun aquellos mismos criminales que habian preferido á las cadenas los trabajos de la conquista y la ocupacion de los territorios; aun aquellos mismos seres abyectos que habian perdido todos los sentimientos de honradez, no podian ménos de venerarle, porque era justo, porque era valeroso, porque causaba asombro en ellos el denuedo con que blandía la lanza, y el heroismo con que en los momentos difíciles se disponia á morir ántes que dejar ganar un palmo de terreno á sus adversarios.

Ajeno á todas las intrigas, sin más pensamiento que el de obedecer á sus superiores, logró en más de una ocasion contener á los que simpatizaban con los sediciosos, despertar en su pecho gastado la esperanza y la gloria, como un premio, como un galardón, como una felicidad; goces que no podria experimentar abandonando su puesto y yendo á confundirse con los rebeldes.

No podia elegir Colon un negociador más á propósito que Miguel Ballester para que llevase á buen fin sus deseos.

Envióle órdenes terminantes, anunciándole desde luego que Roldán con los suyos se acercaba á la Concepcion.

Le encargó que saliera á su encuentro, que celebrara una entrevista con él, que le ofreciese completo olvido de su conducta, y el perdón para él y los suyos con tal de que se sometiese al cumplimiento de sus deberes, y fuese á Santo Domingo, en la seguridad de que seria respetada su vida y la de sus compañeros.

Por si la palabra del anciano no bastaba, le autorizó para que escribiese esta promesa, y además le manifestó, que aunque parecieran debilidad de su parte y humillacion aquellas seguridades que daba á los rebeldes, estaba resuelto á formularlas por escrito y á autorizarlas con su firma.

Para que entrasen por buen camino prefirió oscurecer su gloria á manchar los campos de la virgen América con la sangre de los españoles, derramada por sus mismos hermanos.

Miguel Ballester aceptó con entusiasmo esta misión.

¿Qué mayor gloria podía esperar que el obtener toda la confianza del almirante, que el conseguir la pacificación de la isla, y reunir los esfuerzos de todos para evitar aquellas disensiones, cuyos resultados no podían dejar de ser funestos para todos los españoles?

A fin de no dar que sospechar á Roldan, después de dar sus órdenes, sin compañía alguna, sin armas, salió al encuentro de los rebeldes y los halló á poca distancia del fuerte, en medio de las llanuras del Bonao.

Uno de los rebeldes más importantes, don Pedro Riquelme, había adquirido en aquella parte de la isla grandes terrenos, que cultivaba con benéplacito del almirante.

Pero por la misma razón de que era poseedor de aquella parte del territorio, no se avenía á respetar la autoridad del almirante ni la de su hermano, y desde el principio había sido uno de los agentes más eficaces y más activos de la insurrección.

En una casa que había construido en medio de sus posesiones fijaron los rebeldes su cuartel general, y hasta allí llegó Ballester para tratar con él.

Poco antes que él, llegó uno de los rebeldes que capitaneaba á varios rufianes, y que se llamaba Andrés de Mogica.

Roldan había manifestado deseos á Carvajal de someterse á la autoridad del almirante.

Pero cuando se acercó á Riquelme, éste le desoyó, manifestándole que no debía dar crédito á las promesas del almirante, el cual, aunque tuviese buena intención, dominado por Bartolomé, haría un ejemplar castigo con ellos, y vengaría los ultrajes que había sufrido su hermano.

—Somos bastante numerosos, le dijo, para hacernos independientes.

Cuando llegó Mogica y manifestó á sus dos compañeros que no contaba Colón con todos los habitantes de Santo Domingo y de la Isabela, y que la mayor parte de ellos, al ver que habían llegado pocos víveres, y muchos de los soldados que se habían unido á los rebeldes estaban decididos á hacer causa común con ellos, se convenció Roldan de que no le convenía entregarse, y en esta actitud estaba cuando se presentó Miguel Ballester, y llamando á Roldan, le pidió una entrevista.

No quiso el jefe de los rebeldes ir solo á ella, porque el capitán de la fortaleza de la Concepción le inspiraba gran respeto, y temía que su influencia debilitase sus intenciones.

Rogó á Riquelme y á Mogica que le acompañasen, y los tres se presentaron á Ballester.

—Vengo, les dijo, en nombre del almirante á ofrecerles la paz. No es su debilidad, no es su falta de energía lo que le mueve á pactar con vosotros. Hombres tiene á su lado, y yo soy uno de ellos, dispuestos á derramar hasta su última gota de sangre en su defensa. Pero la idea de una lucha entre españoles en país extranjero le horroriza, y me ha encargado que venga á proponeros el completo perdón de vuestras culpas, el olvido de vuestros actos sediciosos si os sometéis como los demás españoles á su legítima autoridad, y en vez de quebrantar sus fuerzas para realizar los designios de los soberanos, contribuís á llevar á cabo su obra y desistís de vuestros propósitos.

—No ha podido enviar el almirante un emisario que más condiciones tenga para influir sobre nosotros que vos. No hay en toda la isla quien no reconozca vuestro valor, quien no respete en vuestras vidas, una vida honrada y sin mancha

alguna, y nosotros, que aunque parecemos rebeldes y poderosos, creemos ser representantes de la verdad y de la justicia, somos los primeros en reconocer y acatar. Bien sabeis, y sabrán los soberanos á su tiempo, que si hemos tomado esta actitud hostil, ha sido para poner un correctivo á los abusos de autoridad del adelantado. Si el almirante no hubiese partido de nuestro lado, si no hubiese permanecido ausente, no nos hubiéramos visto en la triste necesidad de rebelarnos. No es, pues, contra él contra quien esgrimiremos nuestras armas. Dispuesto estoy, dispuestos están mis compañeros, á acatar su voluntad; pero es preciso para ello que acceda á nuestras peticiones. En los momentos en que me sublevé, desempeñaba yo las funciones de alcalde mayor de la colonia. Autorizado con este cargo, ofrecí á algunos de los indios de la Vega perdonarles el tributo que pagaban en cambio de los servicios que nos prestaban; el adelantado se ha apoderado de ellos; yacen en gran número en las prisiones de Santo Domingo y de la Isabela, ó mueren sofocados en los buques, y sufren toda clase de enfermedades. No se quejan de don Bartolomé, se quejan de mí; creen que les he engañado, y cumple á mi decoro que se les dé una pronta satisfaccion, que se les conceda la libertad, que se les exima del pago del tributo, que no se les condene á la esclavitud; y cuando esto suceda, veré en estas satisfacciones el deseo de paz, y accederé á las proposiciones del almirante.

—No tengo yo instrucciones, contestó Ballester, para poderos ofrecer lo que pedís. Pero puesto que reconocéis rectitud y justicia en el almirante, acatad primero su autoridad, y no dudeis, que si vuestra peticion es justa, será satisfecha.

—No es bastante eso para que yo resuelva acceder á los deseos de Colon. Decidle que mientras no satisfaga mis justas reclamaciones permaneceré en rebeldía y advertirle, por-

que puede interesarle, que tengo en mis manos los medios de desacreditarle á los ojos de los reyes; que no se envalentone porque ha logrado reconquistar su favor en su último viaje; que piense que su resistencia es insegura, y que un soplo puede destruirla, obligándole á caer desde su altura en el abismo del olvido y del desprecio.

No quiso oír más Ballester.

Dispúsose á partir, y Riquelme, tomando la palabra, dijo

—Añadid á todo lo que habeis oido que no estamos dispuestos á negociar con otro agente más que con Carvajal. El ha estado con nosotros en Xaragua, él sabe nuestras intenciones, él nos ha demostrado una imparcialidad y una equidad que no reconocemos en ningun otro. Si el almirante quiere entrar en negociaciones formales, que le acredite cerca de nosotros para redactar las bases de nuestra reconciliacion.

Ballester, indignado, partió á dar cuenta al almirante del mal éxito de su negociacion.

CAPITULO LXXII.

De necesidad virtud.

CONTEMEROSO el venerable caudillo de que aprovecharan su ausencia los rebeldes, de que se acercasen al fuerte de la Concepcion y sobornasen á sus soldados, no quiso ir hasta Santo Domingo; se quedó en el fuerte, y envió un emisario para que noticiase á Colon el resultado de su viaje.

No esperaba ciertamente el almirante, despues de las promesas que Carvajal en nombre de Roldan le habia hecho, aquella contestacion arrogante é insidiosa.

Reunió á sus hermanos, y formó parte de aquel cónclave de familia Antonio Colon, que admiraba tanto á su sobrino, y que tan dispuesto estaba á sacrificar su vida por él.

—Yo creo, dijo Antonio, porque no conocia la verdadera situacion en que estaban, que en vez de negociar con ellos debiamos salir por distintos lados los cuatro á perseguirlos para acabar de una vez con ellos.

—Esa medida puede ser funesta, dijo Diego

—Si por mí fuera, dijo Bartolomé, yo solo saldria á combatirlos, seguro de vencerlos; pero la prudencia aconseja agotar todos los recursos ántes de emplear la fuerza.

—Tal es mi opinion, dijo el almirante; somos extranjeros y han tenido muy buen cuidado de decírnoslo. Aunque hemos conseguido triunfos que han dado gloria á nuestro nom-

bre, no quieren reconocer el mérito que con ellos hemos contraido, y solo ven en nosotros hijos de una nacion extraña, que han alcanzado la proteccion de los reyes.

Esto es bastante para que no haya uno solo de entre los que están á nuestras órdenes que no sea nuestro enemigo.

Obligados por mi rigidez á no cometer ninguna clase de desmanes, á no satisfacer sus brutales instintos, ven en la compañía de los rebeldes la satisfaccion de todos sus deseos: libertad, independenciam, el triunfo del vicio, el goce del botin.

Unidos todos, pueden más tarde probar que se han sublevado contra nosotros, y hacer que nuestros enemigos en España, premien sus actos como una noble y enérgica protesta contra nuestra autoridad.

Dios sabe lo que habrán hecho á estas fechas mis adversarios para sacar partido del castigo que di al miserable Briuesca en el momento de ir á darme á la vela; Dios sabe si aquel acto de justa indignacion habrá sido presentado á los reyes como una prueba de mi tiranía. Tacto, prudencia, humildad, si es preciso: esta debe ser nuestra bandera.

—Pero á su sombra, repuso Antonio, crecen las familias de los sediciosos, merma tu autoridad, y puede ser fatal esta conducta.

—Voy á convencerlos, dijo el almirante, de que no son leales todos los que están á mis órdenes. El mismo Ojeda, cuya espada es una de las mejores de mi ejército, desea volver á España, y esto prueba que no puede contener á los suyos. Pero no desconfio únicamente de las tropas que guarnecen la fortaleza; desconfio de los mismos soldados, de los mismos colonos de Santo Domingo y la Isabela.

Llamó á uno de sus capitanes.

—Convocad á todos los soldados, le dijo; llamad á los colonos que puedan sustentar las armas, y anunciadles que vamos á partir á perseguir á los rebeldes.

—¿Qué intentas? preguntó Bartolomé.

—Convencerme y convencernos de que con la fuerza no puede lograrse nada.

El capitán trasmitió las órdenes del almirante, y al día siguiente fué á decir á Colon que no podía contar más que con sesenta hombres.

—¿Y los demás? le preguntó.

—Los demás, señor, alegan mil excusas: unos pretenden que están enfermos; otros que tienen parientes en la facción y que no creen justo ir á luchar con ellos.

—¿Sesenta hombres nada más! exclamó con amargura.

—Y de estos tendreis que rebajar la mitad, porque si aun no han hallado pretexto para eximirse de prestar servicios, lo encontrarán más tarde.

—Bien está; id á esperar mis órdenes.

Y volviéndose á sus hermanos:

—Ya lo veis, les dijo; vivimos sobre un volcan; la traición nos rodea. Es necesario transigir.

Por lo pronto resolvió que partieran los buques, y fijó el día 18 de Octubre para que salieran del puerto.

Colon escribió á los soberanos una larga carta, que se conserva en los archivos, dándoles cuenta de la rebelion, del perdón que les habia ofrecido y de los atentados que temia.

Anunciábales asimismo que Roldan deseaba que apareciera su desobediencia más que como un desacato, como producto de una protesta contra él y el adelantado.

Colon no podía ser juez imparcial, y rogaba á los reyes que enviaran orden á Roldan para que fuese á España á ser juzgado por sus majestades despues de oír á Alonso Sanchez Carvajal como amigo de los rebeldes, y á Miguel Ballester como hombre bueno, por decirlo así, de la autoridad legítima.

Todos aquellos sucesos los atribuía á su larga permanencia

en España, y á fin de que no se repitieran en lo sucesivo, suplicaba á los reyes que miraran con atención los negocios de Indias, enviasen con regularidad buques cargados con provisiones, y demostrasen á los colonos que á pesar de la distancia no se les olvidaba.

Tenia que sincerarse del castigo que habia dado á Briviesca en los momentos de partir, y consagraba algunas líneas á referir la verdad, y á implorar de los reyes justicia, previniéndoles contra las asechanzas de sus enemigos.

Tanto para la conversion de los indios, como para contener á los colonos, necesitaba que se aumentara el número de los eclesiásticos, y pedía á los reyes enviaran nuevos misioneros á la colonia.

Asimismo les suplicaba que nombrasen un funcionario muy entendido en leyes, para que, con arreglo á las que regian en la metrópoli, pudiese juzgar á los que faltasen á ellas en la colonia.

Por el mismo correo en que partió la carta, comunicó á los reyes el viaje que acababa de hacer, y envió muestras preciosísimas del oro que habia adquirido y de las perlas que habia hallado en el Golfo de Parí.

Roldan supo por sus amigos de Santo Domingo la partida de los buques, y envió cartas á Fonseca justificando su rebelion, acusando al almirante y á sus hermanos de actos tiránicos é injustos, y manifestando que si delinquia estaba pronto á sufrir el castigo; pero que moriria tranquilo, porque al obrar como habia obrado, solo habia sido obedeciendo al sentimiento del deber, solo habia escuchado el grito de su conciencia, que le decia que no debia permitir los abusos que cometian los jefes de la colonia, con los que desacreditaban á España y hacian inútiles los sacrificios que habia costado la conquista de aquel territorio.

Las cartas de uno y otro partieron en los buques con casi todas las personas inútiles y perjudiciales que había en la colonia.

Cada viaje de estos llevaba á España nuevos haces de leña para la hoguera que los enemigos de Colón atizaban, sin más objeto que destruir en ella su gloria, manchar su reputación y fomentar la ingratitud, para pagar con ella los beneficios que había dispensado á España aquel grande hombre.

CAPITULO LXXIII.

Donde se ve cómo juega la maldad con la buena fe.



MIENTRAS que los rebeldes entregaban á los enemigos del almirante aquellas nuevas armas para que destruyesen el pedestal de su gloria, tenía que verse el ilustre Colón obligado á soportar, ya casi en el ocaso de su vida, sinsabores horribles, que hubieran acabado con una naturaleza ménos vigorosa que la suya.

Pero la fuerza de voluntad le ayudaba á sufrir aquellas contrariedades, y no es extraño que andando el tiempo haya pensado la Iglesia en canonizar á aquel hombre sublime.

Los tormentos que soportó con asombrosa resignación y energía, las humillaciones que tuvo que devorar al lado de ejemplar paciencia, de su bondad inalterable, bastan para justificar el honroso galardón que á su memoria quiere la Iglesia otorgarle en nuestra época.

Los rebeldes querían entenderse con Carvajal, y la mayor parte de los hidalgos y capitanes que rodeaban al almirante le aconsejaban que no le confiase aquella misión, porque negociaría más en favor de los sediciosos que en favor de la legitimidad.

Acusábanle de haber llegado con los buques á la costa de Xaragua, y de haber admitido á bordo durante dos días á Roldán y los suyos, dándoles provisiones de toda clase y armas.

Añadian á esta acusacion la de haber permanecido algun tiempo entre los rebeldes sin que éstos le hubieran maltratado.

Por el contrario, le habian colmado de atenciones y le habian acompañado hasta cerca de Santo Domingo.

Colon habia observado atentamente á Carvajal, y no tenia motivo alguno para dudar de su fidelidad.

Desoyendo los consejos de sus amigos resolvió confiarle la mision de negociar la paz con los rebeldes, y encargando al veterano Miguel Ballester que le acompañase, envió á Roldan una carta sumamente afectuosa, ofreciéndole completo olvido del pasado, y seguridad personal para él y sus secuaces.

Poco despues de haber salido los dos embajadores á desempeñar su encargo, llegó una carta, fechada tres dias ántes en Bonaó por los insurrectos Roldan, Mógica, Diego de Escobar y Pedro de Gomez.

Vindicábanse en ella de la acusacion de rebeldía de que eran objeto, y se presentaban como dignos de premio por haberse opuesto á la tiranía del adelantado, y al mismo tiempo por haber evitado que los que se habian ido con ellos hubieran asesinado á don Bartolomé, puesto que habian abrigado con tenacidad este propósito, del cual habian logrado disuadirlos.

No dudó el almirante, en vista de estas declaraciones, que la reconciliacion se verificaria en breve, cuando tuviesen noticia de la carta amistosa que les habia dirigido, participándoles los medios de llegar á una pronta y honrosa avenencia con ellos.

Pero contrastaba con el espíritu de la carta la arrogancia que manifestaron al leer la de Colon en presencia de Carvajal y Ballester.

Los buenos oficios de los dos leales servidores del almirante inclinaron á Roldan y á dos ó tres rebeldes á ponerse en camino para ir á ver al almirante.

Hicieron los preparativos necesarios para la expedicion que proyectaban, y ya iban á montar á caballo cuando los insurrectos, yendo á su encuentro, rodándole y oponiéndose con súplicas y con amenazas á su partida, inutilizaron los esfuerzos que habian hecho Carvajal y Ballester.

Pensaban los soldados que sus jefes alcanzarían el perdon, y lo que es más, serian premiados y favorecidos.

Pero desconfiaban de que se extendiese á ellos la munificencia del almirante, y aun cuando esto sucediese, comparaban la vida que entónces hacian independiente y libre, llena de goces y desenfrenos, con la que les impondría el almirante; vida que seria peor que la de los demas soldados y colonos, porque les vigilaría muy de cerca, temeroso de que volvieran á insurreccionarse.

Ante este temor preferian los azares de la lucha al perdon y al olvido.

Para aplacarlos Roldan, que deseaba á toda costa poner término á aquella vida anómala, y separarse de unos hombres que se habian envalentonado demasiado, y podian muy fácilmente convertirle en su primera víctima:

—Yo iré á ver á Colon, dijo á los emisarios delante de los rebeldes. Pero ántes de partir necesito que me envíe un salvoconducto firmado y sellado por él, prometiéndome mi seguridad personal y la de mis compañeros.

Ballester trasmitió esta proposicion al almirante, y se permitió aconsejarle que accediese á ella.

Colon siguió el consejo.

Poco despues recibió Roldan el salvoconducto que deseaba, y llegó á Santo Domingo, donde celebró con el almirante una

conferencia dolorosa para el ilustre hombre, que bajo la imperiosa ley de la necesidad tenia que humillarse, á pesar de ser tan grande, ante aquel hombre tan mezquino y repugnante, que sólo explotando las malas pasiones de sus pervertidos compañeros habia podido adquirir la influencia de que gozaba.

Colon siguió el consejo.

Cada día que pasaba sin lograr la rendicion de los rebeldes aumentaba el martirio de su corazon.

Perdia el tiempo en estériles negociaciones.

El temor de una lucha con sus propios hermanos le aterraba; pero al mismo tiempo deseaba volver al Golfo de Pária para proseguir los descubrimientos que con tan buen éxito habia empezado, descubrimientos que debian alcanzarle de nuevo la admiracion de Europa y facilitarle los medios de recuperar la influencia que habia perdido en el ánimo de los soberanos de España.

Por eso accedió á todas las condiciones que le imponia Roldan.

Pero no satisfecho aquel ingrato y fementido hombre, pretextando que queria consultar con los suyos su resolucion, volvió al seno de los rebeldes y se mostró desde entónces más arrogante que nunca.

Envió su contestacion desde el cuartel general, y fijó al almirante el plazo de ocho días para que contestase á sus condiciones.

Eran tan irritantes las que exigia, que Colon, en vez de darle la contestacion que pedia, mandó fijar una proclama en los puestos de la fortaleza de la Concepcion ofreciendo amnistía á Roldan y á sus compañeros con tal de que se sometieran á su autoridad en el término de un mes, en cuyo caso á los que tal hiciesen les facilitaría el pasaje para España y se les darian provisiones.

Los que no se presentaren en aquel plazo, serian perseguidos y caeria sobre ellos el rigor de la ley.

Carvajal se encargó de llevar una copia de esta orden á Roldan.

Al ir en su buque le encontró sitiando el fuerte de Santo Domingo.

Para apoderarse de él habia tomado todas las sendas por donde los defensores de la fortaleza iban á buscar agua, y se proponia condenarles á morir de sed, si no querian entregarle la fortaleza y formar parte de sus filas.

Carvajal le disuadió de su intento, y no tuvo que trabajar poco para lograr apaciguar á aquellos malvados.

Todos se mofaban de la proclama y decian únicamente:

—Antes de un mes tendrá Colon que pedirnos á nosotros que le perdonemos.

Consiguió, sin embargo, Carvajal que Roldan redactase las bases de una capitulacion.

En ellas exigia el permiso para embarcarse con sus compañeros en el puerto de Xaragua en dos buques que pondria el almirante á sus órdenes, bien provistos y armados.

Exigia ademas á Colon que diese á cada uno de sus secuaces un certificado de su buen comportamiento y una orden para que les abonasen las pagas que habian devengado, premiándoles sus buenos servicios, con el derecho de llevar uno ó más esclavos, ó en cambio á las mujeres indias á quienes habian seducido, y de las que tenian hijos ó estaban próximos á tenerlos.

Para que resolviese el almirante, le daba de término ocho días.

Colon pasó por aquella nueva humillacion.

Pero no era bastante.

Uno de los buques que envió á la costa de Xaragua para

que tomase á bordo á los rebeldes, sufrió grandes averías en el camino, y no llegó en los términos fijados.

Los rebeldes se arrepintieron de la promesa que habian hecho, pretextaron que los barcos estaban en mala disposicion para emprender el viaje, y se negaron por completo à partir.

Entónces fué cuando Roldan comprendió que le era ya imposible sujetar á aquellos hombres feroces, y aparentando acceder á sus deseos, cuando Carvajal dispuso que las carabelas volviessen á Santo Domingo, y se decidió á ir por tierra á la colonia, quiso acompañarle, y en medio del camino le obligó á detenerse.

Solos los dos, y á la sombra de un árbol, hablaron largamente.

—Si el almirante quiere enviarme un salvoconducto escrito de su puño y letra para mi seguridad personal y la de mis caudillos iré á verle, y os prometo que terminaré nuestras disidencias de una manera digna, porque esta vida me causa ya y deseo deshacerme de mis mismos amigos.

Convinieron en que Roldan esperaria á Carvajal para saber la resolucion del almirante, y no tardó en volver con el salvoconducto que pedia y una carta amistosa, exhortándole de nuevo á la reconciliacion.

Al mismo tiempo rogó à las personas más influyentes de la colonia para que escribiesen en igual sentido á Roldan.

Ya parecian próximas á arreglarse las diferencias; ya iba á tocar el fruto el ilustre marino de su conducta bondadosa; ya acariciaba la esperanza de poder consagrarse á sus nuevas exploraciones, cuando llegó un buque de España con comunicaciones de los reyes que le afligieron en extremo.

La carta estaba escrita de orden de los soberanos por el obispo Fonseca, y con glacial lenguaje le daban á entender que no se ignoraba en la corte el triste estado de la colonia,

y que habiendo motivos para pensar que le cansaban su conducta y la de sus hermanos, se hallaban los reyes resueltos á enterarse por sí propios de todo lo que ocurría, para poner pronto remedio á aquellos males é imponer el castigo á los que lo mereciesen.

Esta helada respüesta á las urgentes peticiones que habia dirigido en sus últimos mensajes, le demostraron que sus enemigos ganaban terreno, y cayó en un profundo abatimiento.

Mayores consecuencias debia tener esta contestacion, tan poco meditada, en las negociaciones que tenia pendientes.

CAPITULO LXXIV.

Que es, sobre poco más ó ménos, una continuacion del anterior.

EN vez de desmayar en presencia de aquel nuevo desengaño que recibió, resolvió, para desmentir las calumnias de sus enemigos, pacificar á toda costa la isla, aun cuando el conseguirlo le costase nuevas y dolorosas y humillaciones.

Embarcóse en seguida en compañía de algunas personas importantes, con el objeto de celebrar una entrevista en Azúa con el jefe de los rebeldes.

Sus pretensiones se aumentaron al ver que la primera autoridad de la isla se sometía á todos sus caprichos, y hasta abandonaba su residencia para ir á buscarlos.

Habian recibido noticias de la escasa influencia que gozaba en la corte el almirante; algunos agentes de Fonseca, que habian llegado con la última expedición, les animaban á continuar por la senda fatal que habian emprendido, y al hallarse en presencia de Colon no parecian ellos los culpables y el gran hombre su juez, sino por el contrario, Colon parecia el delincuente, y Roldan y los suyos los instrumentos de la justicia.

Trasladáronse á bordo de la carabela que ocupaba el almirante, y le pusieron por condicion para una avenencia, el que les permitiera enviar á España, en los buques que estaban en Santo Domingo, los rebeldes que quisieran abandonar la isla que se otorgaran tierras de cultivo en vez de sueldos á aqu

ellos de sus partidarios que desearan permanecer en la colonia; que se diera la más cumplida satisfaccion á Roldan, declarando solemnemente calumniosas todas las acusaciones que contra él se habian fulminado; y por último, que se le restableciera en el empleo de alcalde mayor.

Mis lectores, que á fuerza de seguir á Colon paso á paso en su larga y dolorosa peregrinacion, habrán formado una idea exacta de su carácter, comprenderán cuánta fué su amargura al escuchar aquellas proposiciones y cuán grande el sacrificio que tuvo que hacer para admitirlas.

Las admitió, en efecto, y Roldan se separó de él para comunicar á sus compañeros la resolucion del almirante.

A los pocos dias volvió Roldan, añadiendo una cláusula más horrible aún.

Esta cláusula era que si el almirante faltaba á aquel pacto, tendrian derecho los rebeldes para obligarle á cumplirle por la fuerza ó por los medios que juzgaren convenientes.

Se hubiera resistido á aceptar esta última condicion si por entónces no hubiera llegado á sus oídos la noticia de que muchos caciques del Ciguay habian reunido á los más valerosos guerreros de la isla y proyectaban atacar la fortaleza de Santo Domingo para librar del cautiverio á Guaorocaya, y si era posible, á Mayabonex.

Sin perjuicio de explicar algun día á los suyos lo que significaba su condescendencia, afirmó aquel pacto vergonzoso, y Roldan, el ingrato y traidor Roldan, volvió á pavonearse, desempeñando con inaudita arrogancia el cargo de alcalde mayor.

Rodeado de sus secuaces, apoyándose en ellos, trataba de igual á igual al almirante, contradecia sus órdenes, quitaba empleos y los daba, y los buenos y los leales tenian que sucumbir, como el mismo Colon, á la influencia de la chusma.

No satisfecho aún con las concesiones que había obtenido del almirante, pidió para sus antiguos partidarios grandes porciones de tierra en el departamento de Xaragua, y la completa autorización para que se establecieran en ellas.

El almirante se opuso á este deseo, y para que no estuvieran juntos, les concedió tierras en diversos parajes de la isla.

Unos se establecieron en Bonaó, otros en el camino de Santiago.

Las colonias que formaron dieron origen á las ciudades que más tarde se establecieron en aquellos mismos puntos.

Para que los indios volviesen á pagar los tributos, organizóse una especie de policía, compuesta de un capitán y algunos soldados, los cuales tenían la misión de recorrer la isla en todas direcciones.

Roldán, persistiendo en su táctica, reclamó la posesión de ciertos terrenos en las cercanías de la Isabela.

Además le otorgó tierras en Xaragua, y le dió gran cantidad de ganados pertenecientes al Patrimonio Real.

Pero todas estas dádivas eran interinas, porque el almirante reservaba á la Corona el derecho de confirmarlas ó anularlas.

Dueño de tantas tierras, el mísero pordiosero que había llegado al monasterio de Santa María de la Rábida, pidió autorización para habitar sus posesiones, y el almirante se la concedió de buen grado para alejarle.

Partió Roldán y se detuvo en Bonaó, en donde nombró á Pedro Riquelme, su antiguo camarada, alcalde de aquel departamento.

Con este nombramiento, y con otros actos, dió á entender á Colon que no había renunciado á sus designios hostiles, y se confirmó en esta creencia al saber que Pedro Riquelme, pretextando el establecimiento de una casa rural para sus ga-

nados, comenzó á levantar un fuerte edificio sobre una colina.

Aquel edificio podía convertirse en una verdadera fortaleza.

Después de haber sido Colon tantas veces débil, necesitaba entonces probar su energía.

Prohibió terminantemente que continuase la construcción del edificio, y no tuvieron más remedio que obedecer lo que al levantarle pensaban efectivamente facilitarse un sitio donde defenderse de las tropas de Colon en caso necesario.

Los desengaños y las enfermedades hacían desear á menudo al almirante un nuevo viaje á España para contradecir las calumnias de sus enemigos y pintar la verdadera situación de los países descubiertos á los soberanos.

Pero por una parte los rebeldes, y por otra los indios, que se aprestaban á rescatar á su rey Guaerocaya, obligaron á Colon á realizar su deseo.

A principios de Octubre envió dos carabelas á España con algunos rebeldes, y todos los colonos que quisieron regresar á la Península.

En aquella expedición se permitió á los españoles llevar algunos indios como esclavos ó á las mujeres que habían seducido.

Hernando de Guevara, de acuerdo con Anacaona, partió también con la hermosa Higuanamota, que aunque sentía abandonar á su madre, su amor y la esperanza de encontrar en España al autor de sus días amortiguaban su dolor.

No pudiendo partir el almirante, envió á Miguel Ballester con amplios poderes para que se presentase ante los reyes y explicase la verdad.

Asimismo escribió á los monarcas dándoles cuenta de todos los sinsabores que había sufrido, y de la conducta arrogante y malvada de Roldán y los suyos, y repetía sus anteriores peticiones como el único medio de salvar el conflicto en que se hallaba la colonia.

Una idea habia cruzado por la mente de Colon al encontrarse bajo el peso de la desgracia.

Al ver que su enfermedad le molestaba con mayor intensidad que nunca, al ver que todo se conjuraba contra él, porque la sombra de la muerte parecia proyectarse en el horizonte de su vida, pensó en su hijo, en Diego, para que continuase su obra en el Nuevo Mundo.

Era joven, habia recibido una esmerada educacion, se hallaba dotado de nobles sentimientos, habia deseado acompañar á su padre despues de la herida que habia sufrido su corazon al perder á María, y nadie como él podia comprender sus ideas, abrigar sus deseos y hallar el triunfo para su causa, que era la de la civilizacion, la de la humanidad, y cuyo triunfo era seguro, por más que las pasiones de sus contemporáneos quisieran borrar su nombre de la historia del mundo.

El almirante escribió á su hijo en este sentido, y suplicó á los reyes que le dieran permiso para que fuera á reunirse con él.

No bien habia obtenido un triunfo la autoridad de Colon sobre Roldan, Riquelme y Mogica, prohibiéndoles la continuacion de su comenzada fortaleza, cuando supo la llegada á la costa de cuatro embarcaciones, al mando de Alonso de Ojeda, que algunos meses ántes habia partido á España llamado secretamente por Fonseca, y fletado por un rico comerciante florentino que como simple marinero habia estado algunos años ántes en la colonia.

Aquellos buques eran libres, y por lo tanto no debian someterse á la autoridad de Colon.

Su mision en aquella parte del Océano era arrebatár al almirante sus más preciosas conquistas, era hollar sus legítimos derechos.

Colon pensó inmediatamente en Roldan para encargarle la

mision de explotar las intenciones del jefe de aquella expedicion clandestina.

La astucia de Roldan, el interes que tenia en no someterse á ninguna otra persona que pudiera privarle de las dádivas que habia obtenido del almirante, hicieron creer á éste que no hallaria un agente más á propósito que él para librarle de aquel nuevo conflicto.

Roldan aceptó el encargo con gusto, llegó al puerto de Jacquemel al frente de un pequeño ejército, y habiéndose informado de que Ojeda, con gran parte de los tripulantes, habia salido á buscar provisiones, quiso sorprenderle en mitad del camino.

Los indios del país habian reconocido á Ojeda, al que veneraban con el respeto y el aprecio que le habia manifestado Caonabo.

Al mismo tiempo odiaban á Roldan, porque habian sido víctimas de sus excesos, y se apresuraron á participar á Ojeda que habia llegado en su persecucion.

No se intimidó Ojeda.

Deseando conocer el peligro de cerca, fué al encuentro de Roldan solo con seis hombres de toda su confianza.

Roldan fingió gran asombro el verle.

—¡Qué agradable sorpresa! exclamó al hallarse en presencia de Ojeda. ¿Vos por aquí? Os hacia en España.

—¿Es posible que ignoreis mi llegada á la costa?

—Os aseguro que lo ignoraba.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que os trae aquí?

—Permitidme que participe de vuestra curiosidad, y os haga idéntica pregunta.

—Preguntar no es responder.

—Sois recién venido, y os debo toda clase de atenciones. No tengo inconveniente en manifestaros la causa de mi estan-

cia aquí. Soy alcalde mayor de la isla, los indios no son todo lo humildes que debieran, y de cuando en cuando es necesario que se aperciban de que estamos aquí para que no se insurreccionen. Tal es el motivo de mi presencia en este departamento.

—Pues yo, dijo Ojeda con el mismo desenfado, he salido de España hace dos meses con cuatro carabelas, decidido á descubrir tierras en medio del Océano; y si me he detenido en la isla, ha sido para reparar las averías de los buques y adquirir provisiones.

—¿Es decir que no venís á poner os á las órdenes del almirante?

—De ningún modo, contestó Ojeda con arrogancia.

—En ese caso, voy á verme precisado á desempeñar mis funciones de alcalde mayor.

—Desempeñadlas en buen hora.

—Soy vuestro amigo y lo siento; pero no tengo más remedio que exigiros la real cédula, en virtud de la cual cruzais los mares de la jurisdicción del almirante, tocáis en esta isla sin su permiso, y os proponéis partir á hacer descubrimientos.

—En primer lugar, debo deciros que siempre ha sido mi ánimo pasar á Santo Domingo á ofrecer mis respetos al almirante. No era esto en mí sólo un deber de cortesía, sino de amistad. Desde su salida han variado mucho las cosas en España, y las noticias que he de darle podrán serle muy útiles. Acá para entre los dos, está en desgracia, y los reyes dudan ya, si no de su honradez, de su pericia. La reina, que es su verdadera protectora, está muy enferma; los médicos no creen poder salvarla, y todo hace creer que cuando falte se eclipsará la estrella de Colon.

Roldan no echaba en saco roto estas noticias.

—Por lo demas, añadió Ojeda, no seré yo quien deje de

reconocer vuestra autoridad, y os invito á que vengais á visitar mis buques para poder mostraros los papeles que me acompañan y que me autorizan á continuar mi viaje.

Accedió Roldan á esta invitacion, y halló en las carabelas á muchas personas conocidas que habian estado en otro tiempo en la colonia, y que se hallaban muy animadas á proseguir los descubrimientos que habia inaugurado Colon en el Golfo de Pária, país mucho más rico que la Española.

Ojeda mostró á Roldan una licencia firmada por el obispo Fonseca como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para emprender un viaje de descubrimientos.

Las noticias que habia llevado Colon acerca de las perlas y de los ricos frutos que se hallaban en la costa que habia visitado ántes de regresar á Santo Domingo, habian caido en poder de Fonseca.

El almirante envió tambien mapas, y valiéndose de ellos fraguó una intriga el enemigo irreconciliable de Colon, y preparó el viaje de Alonso de Ojeda con el concurso de Américo Vespucio, que á la sazón se habia enriquecido, estableciéndose en Sevilla.

Juan de la Cosa, célebre piloto á quien habia enseñado el almirante, se encargó de dirigir los buques al país que debian conquistar.

Los cuatro buques salieron de España á mediados del 499; visitaron las costas del continente del Sur, desde doscientas leguas del Oriente del Orinoco hasta el Golfo de Pária, descubriendo el Golfo de Venezuela; se acercaron á las islas caribes, en donde hicieron algunos prisioneros entre sus habitantes, y llegaron á la Española, con el objeto que indicó Ojeda á Roldan.

Con todas estas noticias partió Roldan á Santo Domingo, las confió á Colon, y puede asegurarse que hasta entónces

ningun pesar habia producido tanta mella como aquel en su corazon.

Representaba á sus ojos la más negra de las ingraticudes, no ya por la parte de sus enemigos, sino por la de los monarcas de España, que tanto le debian, y no queriendo dar crédito todavía á lo que Roldan le habia contado, aguardó con ansiedad á que Ojeda cumpliese su promesa de ir á Santo Domingo para apurar en aquella entrevista hasta la última gota de hiel del cáliz de amargura que la adversa fortuna le brindaba en el ocaso de su vida.

Pero ántes de pasar adelante, querrán sin duda alguna mis lectores saber de qué manera habia logrado enriquecerse Américo Vespucio, y los verdaderos móviles que habian impulsado á Fonseca á facilitar la expedición de Ojeda, y voy á complacerles.

CAPITULO LXXV.

Una historia dentro de otra.



UANDO se dió la órden en la corte de España de perseguir y castigar á los que habian calumniado á Colon, Américo Vespucio pudo, como recordarán mis lectores, escaparse á Portugal, y fué resuelto á sacrificarlo todo á la fortuna que deseaba proporcionar á su hija.

Por de pronto logró ponerse en salvo, y aunque modestamente, vivió algun tiempo en Lisboa, ayudado con el producto de su trabajo y los auxilios que, para tenerle siempre propicio, le enviaba Fonseca.

Sin más idea que la de enriquecerse á cualquier precio para resarcir á su hija de la fortuna que la habia arrebatado, su génio activo y emprendedor le inspiraba infinitos proyectos, que se estrellaban en las escasas relaciones que tenia en Lisboa, y en su carácter de desterrado.

Aun cuando era en la corte lucitana una buena recomendación la de ser enemigo de Cristóbal Colon, cuando supieron que Américo era italiano, y por lo tanto compatriota del almirante, dudaron de su sinceridad y atribuyeron á despecho lo que ellos hubieran querido que fuese odio.

Viendo que eran inútiles cuantos esfuerzos hacia para encontrar los medios de ocupar una oposicion, ó de dedicarse á una industria que pudiera facilitarle la realizacion de sus deseos, escribió al obispo Fonseca pidiéndole siquiera alguna

carta de recomendacion para que el clero de Lisboa le amparase y le apoyase en sus propósitos.

En aquella carta revelaba al prelado los poderosos motivos que tenia para desear enriquecerse, y conociendo Fonseca que aquel estímulo, apoyado por él entónces, podria más tarde, cuando necesitara á Américo, darle los mejores resultados, proporcionó al desterrado una eficaz recomendacion para el prior de un convento, persona muy querida y respetada entre los miembros de la nobleza portuguesa.

Fray Bartolomé Pozzos, que así se llamaba, recibió á Américo y oyó sus pretensiones.

—Soy un pobre italiano, le dijo, á quien la desgracia le ha conducido aquí. Despues de haber servido En España al duque de Médicis, acompañé á Colon en su segundo viaje al Nuevo Mundo. Pero aquellos países no son tan bellos ni tan buenos como los pintan. Las provisiones escasean, y las privaciones y los trabajos me acarrearon una penosa enfermedad. Regresé á España, fui llamado á declarar acerca de la verdadera situacion de los españoles en las Indias, y dije la verdad; pero llegó hace poco el almirante, influyó en el ánimo de los reyes y se fulminó una sentencia contra todos los que habíamos descrito con sus tristes colores el presente y el porvenir de los países descubiertos. Para no ser sepultado en un calabozo, tuve necesidad de pasar la frontera y refugiarme en esta hospitalaria nacion; pero me faltan recursos, soy jóven, quiero trabajar, necesito proteccion y amparo, y vengo á suplicaros que seais mi providencia.

Atendiendo á la recomendacion que llevaba y simpatizando con Américo, le ofreció fray Bartolomé buscarle algun empleo.

—Volved á verme dentro de algunos dias, le dijo, y entre tanto no carezcai de nada. Si no podeis pagar un hospedaje,

venid al convento; en él tendreis una celda. Si os faltan recursos para atender á vuestras necesidades, nosotros tenemos el deber de ser caritativos, y con vos, ademas del deber, tendremos la satisfaccion de auxiliáros.

Un momento despues se separó de él, besando humildemente su mano.

Fray Bartolomé resolvió, en efecto, prestarle auxilio.

Repasó en su imaginacion los elementos con que contaba, y no tardó en encontrar una magnífica proporcion de ocuparle.

Vivia en Lisboa una ilustre dama, célebre tanto por sus riquezas como por la historia de su vida, que era en extremo dramática.

Hija de un noble portugués, de la familia de los Vasconcellos, perdió á su madre siendo aún muy niña, y su padre, que en aquella época de descubrimientos se habia consagrado con amor á la marina, la dejaba durante sus expediciones al cuidado de una hermana suya.

Desempeñaba cerca de la reina un alto empleo, que hacia sufrir mucho á la jóven, porque tenia hijas, á las que preferia, como era natural, dando ocasion á Blanca, que así se llamaba la hija del marino, para echar de ménos las caricias de su madre.

Llegó la jóven á los diez y ocho años, y aunque no le faltaba nada de lo necesario para su cuerpo en casa de su tia, le faltaba todo para su alma.

Solo gozaba cuando volvía su padre de algun viaje y permanecia á su lado algun tiempo.

Renació en su alma la alegría al saber que su padre, por consagrarse á su cuidado, renunciaba á sus expediciones marítimas.

Su rostro se animó.

Las lágrimas que siempre nublaban sus ojos desaparecieron por completo.

La alegría, que es otra nueva juventud, aumentó sus encantos, y las miradas de los más apuestos galanes se fijaron en ella.

Blanca amaba á su padre con delirio porque desde muy niña había sentido la necesidad de amar, y encontrándose sola, al volver al lado del autor de sus días, reconcentró en él todo el afecto que hubiera tenido para los dos seres á quienes debía la vida.

Trascurrió algun tiempo feliz para el padre y para la hija, cuando aquel recibió la orden de salir en una carabela á perseguir á un corsario africano que tenía atemorizados á todos los capitanes de los buques mercantes que hacian el tránsito entre Portugal y Guinea.

No podia eximirse de cumplir aquella orden y participó á su hija su resolución, anunciándola que mientras él estuviera ausente viviria con su tia.

—No, padre mio, no, dijo Blanca; he prometido no abandonaros, y no os abandonaré.

—En ese caso me obligas á faltar á mis deberes.

—De ningún modo; servís al rey, y debéis cumplir su voluntad pero yo puedo acompañaros.

—¿Qué es lo que dices?

—Os suplico que me lleveis en vuestra compañía.

—¿En una expedicion tan arriesgada como la que voy á emprender, cuando es posible que el corsario se resista á nuestras amenazas y necesitemos luchar con él!

—¿Qué importa? con eso estando á vuestro lado os daré ánimo.

—No, no es posible; desiste de tu empeño, la dijo su padre.

—En ese caso, despediros de mí para siempre, porque cuando volvais me habré muerto de pena.

Tanto insistió la jóven, que resolvió su padre darla gusto, y se embarcó con ella.

El corsario era un árabe jóven, vigoroso, denodado.

Hacia muy poco tiempo que surcaba los mares, y ya era conocido entre todos los navegantes por su arrojo, por la serenidad con que desafiaba el peligro, por la generosidad con que trataba á los que caian en su poder.

El nombre de Almanzor y sus proezas habian despertado en Blanca un interes novelesco.

Temia que llegase el momento de encontrarle, y al mismo tiempo lo deseaba.

No tardó mucho en realizar su deseo.

La carabela que mandaba su padre divisó al corsario, y poniendo la proa hacia el sitio en donde se hallaba, fué resuelto á intimarle la rendicion.

—Nos ha visto, y sin embargo no se aleja, dijo el vigía del buque.

El jefe de la embarcacion mandó izar la bandera de guerra, y sin embargo, la galera del corsario permanecia tranquila, esperando al buque como un objeto inofensivo.

Al hallarse á una regular distancia, todavía habló el padre de Blanca con la bocina al pirata africano, diciéndole que se entregara á él si no queria arrostrar los efectos del combate.

El corsario contestó á aquella amenaza dirigiendo su buque al portugués y mostrando sobre cubierta á sus compañeros armados con afilados yataganes y dispuesto á pelear.

La aficcion de Vasconcellos fué inmensa.

Desde aquel momento no pensó más que en su hija.

Necesitaba hacer un supremo esfuerzo para vencer á los caribes ántes de que pudiesen penetrar en su buque y cautivar á su hija.

Preparó sus soldados para la lid, ocultó á su hija en el camarote, y cuando la galera se acercó á tiro de cañon, disparó contra ella.

Pero los piratas avanzaron resistiendo los disparos de los arcabuces, y las dos embarcaciones llegaron á juntarse.

Lanzáronse los árabes como tigres á las galerías de la carabela, y tomándola al abordaje, sostuvieron una lucha encarnizada con los portugueses.

Almanzor se encontró frente á frente de Vasconcellos, é iba á descargar sobre él su alfanje, cuando se apareció á su vista Blanca, y cayendo á sus piés:

—No mateis á mi padre, exclamó.

El supremo esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras, la quitó las fuerzas y cayó desmayada.

En aquellos momentos iba á atravesar Vasconcellos con su espada á Almanzor, cuando una bala de arcabuz, disparada por uno de los piratas que le habia arrebatado de las manos de un portugués que quiso defender á su jefe, le atravesó el pecho, dejándole sin vida.

Cuando Blanca volvió en sí se encontró en una habitación completamente desconocida para ella, sobre muelles almohadones de damasco, y al fijar sus asombrados ojos en torno suyo, no pudo ménos de sorprenderla la magnificencia de los mosaicos que adornaban las paredes y el perfume de los arranques que embalsamaban la estancia, penetrando á través de las celosías de una ventana ojival que se abría á un jardín delicioso.

Poco despues se presentó á su vista Almanzor.

Hablaba perfectamente el portugués, y le refirió con lágrimas en los ojos las tristes escenas á que habia dado lugar el combate.

Pero al mismo tiempo la confesó con vehemencia el amor que le habia inspirado, y su resolución de hacerla la más feliz de las mujeres.

Almanzor poseía inmensos tesoros.

Ademas, su fama era justa.

Audaz y valeroso en el combate, poseia en la paz los sentimientos más nobles y más generosos.

Para abreviar: el tiempo y las atenciones del pirata despertaron en el corazon de Blanca un afecto tan raro, tan desconocido, tan vehemente como el suyo, y fué su esposa.

En medio de los goces que hallaba en torno suyo, no podia ménos de acordarse de su padre, de sus costumbres, de su religion, y Almanzor no sabia qué hacer para desterrar la tristeza que leia en sus ojos.

De su amor nació un hijo, y horrorizada Blanca ante la idea de que fuera musulman, desde muy niño comenzó á sembrar en su corazon las semillas de la fe cristiana.

Trascurrieron veinte años, en los cuales aumentó sus riquezas Almanzor y llegó á ser esclavo de su esposa.

La amaba tanto, que con tal de que correspondiera á su cariño la prometió entregarse á sus preceptos religiosos, cultivó en el corazon de su hijo la fe que ella profesaba, y aun hizo más.

Para aliviar la tristeza de su esposa, la prometió enviarla á Portugal, ó permitirle al ménos que hiciera un viaje, con la única condicion de que le dejase á su hijo, prenda segura de que volveria.

Deseaba tan vehementemente Blanca volver á ver á su patria, encontrar allí un templo católico y postrarse ante la imagen de Dios y de la Virgen, que olvidando la gratitud que debia á Almanzor, concibió el plan de separarse de él para siempre, y hacer que su hijo, aun cuando se quedase en compañía de su padre, fuese á reunirse con ella.

Almanzor preparó una expedicion para realizar el deseo de Blanca.

Llenó gran número de arcaas con el oro y las joyas que te-

nia en su palacio, objetos todos que representaba una fortuna inmensa, y quedándose con su hijo, envió á Blanca á realizar su dorado sueño.

Puso en libertad á varios cautivos para que la acompañaran, y algun tiempo despues corrió en Lisboa la noticia de que la hija del célebre marino Vasconcellos habia llegado con un rico tesoro.

Se dijo que su padre y ella habian sido cautivados, que más tarde habian podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en Africa, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus dias.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y solo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido antes de partir que iría á reunirse con ella. Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca. La proposición fué aceptada.

CAPITULO LXXVI.

Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.



AMÉRICO Vespucio entró al servicio de Blanca y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseia su ama; pero de todos modos se prometia encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que habia hecho á su hija.

Aún no hacia un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor, cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparición de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en su compañía don Alfonso, habiendo descubierto la verdad, claro era que la dispensaria la proteccion que desde el principio se habia propuesto ofrecerla y la dejaria todos sus bienes al morir.

Pero le indignaba que su hija debiese el bienestar á aquel hombre; le indignaba más aún que hubiera podido arrebatársela, y en vez de desistir de su empeño, se propuso adquirir lo más pronto posible los medios eficaces para sacar á su hija del poder de don Alfonso, y llevar á cabo sus anteriores proyectos.

nia en su palacio, objetos todos que representaba una fortuna inmensa, y quedándose con su hijo, envió á Blanca á realizar su dorado sueño.

Puso en libertad á varios cautivos para que la acompañaran, y algun tiempo despues corrió en Lisboa la noticia de que la hija del célebre marino Vasconcellos habia llegado con un rico tesoro.

Se dijo que su padre y ella habian sido cautivados, que más tarde habian podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en Africa, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus dias.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y solo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido antes de partir que iría á reunirse con ella. Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca. La proposición fué aceptada.

CAPITULO LXXVI.

Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.



AMÉRICO Vespucio entró al servicio de Blanca y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseia su ama; pero de todos modos se prometia encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que habia hecho á su hija.

Aún no hacia un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor, cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparición de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en su compañía don Alfonso, habiendo descubierto la verdad, claro era que la dispensaria la proteccion que desde el principio se habia propuesto ofrecerla y la dejaria todos sus bienes al morir.

Pero le indignaba que su hija debiese el bienestar á aquel hombre; le indignaba más aún que hubiera podido arrebatársela, y en vez de desistir de su empeño, se propuso adquirir lo más pronto posible los medios eficaces para sacar á su hija del poder de don Alfonso, y llevar á cabo sus anteriores proyectos.

Isabel regresó á España, como saben mis lectores, apénas supo por Américo Vespucio los proyectos de Fonseca y de los enemigos de Colon, y poco despues, habiéndole confiado Blanca, por estar ya segura de su completa fidelidad, que esperaba á su hijo, y que estando resuelta á no volver al lado de su esposo queria vender las ricas joyas que tenia para emplear en tierras ó en otros bienes el importe de aquellas inútiles alhajas, le encomendó que partiese con ellas á venderlas á Italia, Francia ó España.

Bajo la seguridad de su buena fe, no tuvo inconveniente en entregarle joyas por valor de muchos ducados.

El viaje debia durar dos meses á lo sumo.

— Si en este tiempo muero, le dijo en presencia de fray Bartolomé, entregad el importe de las joyas á este venerable sacerdote, porque él sabrá dónde está mi hijo y hará llegar á sus manos la herencia de su madre.

Un mal pensamiento se apoderó de Américo Vespucio.

Al contemplar las joyas que debia ir á vender al extranjero, la fiebre se apoderó de él.

Con el producto de aquellas alhajas podia realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo iba á cometer una felonía, y jamas habia cruzado por su imaginacion la idea de ser criminal de aquel modo.

Sin embargo, creyó poder dominarse y aceptó el encargo.

Partió en un buque con el carácter de mercader y fué directamente á Génova.

Pensaba realizar en Italia aquellas ricas joyas, vendiéndolas á los más principales señores.

Vendió, en efecto, muchas en las grandes poblaciones que recorrió; pasó á Francia, pero su viaje tuvo que prolongarse mucho más de lo que habia proyectado.

Las comunicaciones eran muy tardías, y anunciaba en todas sus cartas la dificultad que encontraba para vender joyas de tanto precio, y su resolucion de no volver hasta haberlas realizado todas, á no ser que le diesen órdenes contrarias.

Aunque anunció al llegar á Francia el punto donde podria dirigirse su ama las órdenes que creyera oportunas, permaneció muchos meses sin saber nada de él ni del magnífico tesoro que le habia confiado.

La calentura no le abandonaba.

Desde el momento en que salió de Lisboa vivia en una continua lucha.

—¿Si habrá muerto mi ama? se decia. ¿Si tambien habrá sucumbido su hijo? Pero en este caso, fray Bartolomé, que era su confidente, me habria escrito comunicándome su última voluntad.

Permaneció perplejo algun tiempo más, y al cabo de él recibió una carta de fray Bartolomé, cuyo contenido voy á trasladar.

Deciale el venerable prior que doña Blanca habia tenido que partir precipitadamente á la costa de Berbería, y que le habia encargado que al regreso de Américo recogiese el producto de la venta de las alhajas y lo guardase hasta su vuelta.

Aquel precipitado viaje de Blanca habia sido motivado por la llegada de un cautivo, á quien Almanzor habia puesto en libertad, el cual se habia comprometido á buscar á Blanca para entregarla una carta de su hijo.

En esta carta le decia el jóven que su padre se moria, y ántes de espirar deseaba ver á su esposa para despedirse de ella.

El jóven no podia escaparse del autor de sus dias en aquella situacion sin cometer una infamia.

Blanca partió, pues, á dar el último adios á su esposo, y

confiando siempre en la honradez de Américo Vespucio, se prometió volver con su hijo á disfrutar en su compañía del producto de aquellas ricas joyas.

No tardó Blanca en realizar su proyecto.

Almanzor espiró en sus brazos, y con nuevas alhajas y monedas partió Blanca en compañía de su hijo, encaminándose á Lisboa.

Al mes de su llegada recibió una carta de Américo, en la que le avisaba que se ponía en camino para Lisboa.

Lo que habia luchado Américo en aquel tiempo, no puede describirse.

Al temor de que en los viajes pudieran salir á su encuentro los salteadores y desbalijarle, unia el deseo de utilizar aquella fortuna en su beneficio, con ánimo de emplearla en empresas lucrativas que pudieran facilitarle los medios de devolverla, dejándole, cuando ménos, lo suficiente para alcanzar con nuevas negociaciones la realizacion de sus deseos, y otras, jugando el todo por el todo, decidiéndole á cometer un robo.

Pero siempre triunfaba su gratitud, su rectitud, su honradez, y al llegar á Lisboa para entregar á Blanca una cantidad superior á la en que ántes de su salida se habian valuado las joyas, preferia el triunfo de su virtud al bastardo logro de sus fines.

Este comportamiento le hacia acreedor á un premio, y Blanca le otorgó el galardón que merecía.

—Me habeis dado la mayor prueba de lealtad y de honradez que puede esperarse de un hombre, le dijo, y quiero á mi vez demostraros que no soy ingrata. Decidme cuáles son vuestras aspiraciones, porque segun me ha indicado fray Bartolomé, teneis que cumplir en el mundo una misión importante, y si pudiera facilitaros los medios de cumplirla, experimentaríais una verdadera satisfaccion.

Américo reveló su secreto á Blanca.

Por entónces llegó á sus manos una carta de uno de los agentes de Fonseca, en la que le decia que podia volver á España, porque se habia levantado el destierro á los demas y era allí necesaria su presencia.

Américo Vespucio era, ademas de un hombre de corazon, un hombre de inteligencia y actividad.

El comercio, la navegacion le entusiasmaban, y se habia dicho muchas veces:

—Si yo encontrara medios de fletar un buque para hacer descubrimientos, sacaria más partido que Colon de mi suerte.

En aquellos momentos ignoraba que más tarde, cuando realizase sus proyectos, habia de tomar su nombre aquella rica y vírgen parte del mundo, en donde el primer europeo que habia colocado su planta habia sido Colon.

—Confíadme, señora, dijo á Blanca, en calidad de préstamo ocho ó diez mil escudos; con ellos llevaré á cabo una empresa que he proyectado, y yo os ofrezco devolveros esa cantidad ántes de diez años, quedando siempre en mi alma la más profunda gratitud por tan señalado beneficio.

Blanca accedió á sus deseos, y le entregó la consabida cantidad, relevándole del pago de ella si sus empresas salian mal.

Partió entónces Américo de Lisboa, y se dirigió á Sevilla.

La factoría del duque de Médicis estaba poco ménos que abandonada.

Conocia los negocios, y aun en pequeña escala, su actividad y su talento le hicieron duplicar su fortuna en breve tiempo.

Pudo adquirir un navío mercante, le envió á las Indias, y los productos de aquel viaje le enriquecieron de tal modo, que pudo ántes de un año devolver á Blanca los diez mil escudos que le habia prestado y aparecer en Sevilla como uno de los mercaderes más afortunados.

Gozaba en sus medros el obispo Fonseca, porque sabia cuáles eran sus aspiraciones, y estaba muy resuelto á apoyarlas, en la seguridad de que con ellas mermaria la reputacion del almirante.

— Es un andaz marino, se habia dicho Fonseca; intenta, imitando á Colon, emprender un viaje de descubrimientos, y si le favorece la suerte, pronto se eclipsará la estrella del conquistador de la Española. El mundo es así, el astro que aparece eclipsa el brillo del que lucia ántes que él en el espacio.

La llegada de Ojeda á España le animó más y más en este proyecto.

Ojeda era un capitán valiente, arrojado, ambicioso de gloria.

Por alcanzar triunfos más insignificantes que el que obtendria siendo émulo de Colon, habia expuesto su vida muchas veces.

Apénas llegó á España, celebró con él una entrevista, despertó su amor propio, y como ya de antemano habia obtenido de los reyes una cédula permitiendo á todos los que fletasen por su cuenta buques, con ciertas condiciones útiles para el tesoro, emprender viajes de exploracion, puso de acuerdo á Ojeda y á Américo Vespucio, les facilitó las últimas noticias que habia enviado Colon, los descubrimientos del Golfo de Pária, y las perlas que tambien habia enviado el almirante, mandó sacar copia de los mapas, se los entregó, y con estos elementos no vaciló Américo Vespucio en arriesgar toda su fortuna y su crédito en aquella obra.

Firmó, pues, un acto con Ojeda, comprometiéndose á tener dispuestos cuatro buques á principios de Mayo de 1499 para emprender un viaje de descubrimientos, estipulando las bases de aquella empresa.

Ebrio de gozo Américo porque se realizaban sus designios,

porque veia próximo el dia en que podria presentarse á reclamar á su hija y ofrecerla una fortuna superior á la que abandonaba, emprendió la expedicion con verdadero entusiasmo, olvidándose de que iba á hollar los derechos del almirante, y de que siendo su compatriota y habiendo sido su protector, iba á llenar de amargura los últimos dias de la vida de aquel gran hombre.

Los buques se pusieron en camino, siguieron el Golfo de Pária, como he indicado ya, con bastante buen éxito, y tocaron en la costa de la Española para reponerse y adquirir provisiones.

Veamos ahora cuál fué la determinacion que tomó Roldan al saber el objeto del viaje de Ojeda y Américo Vespucio, y el poco prestigio que tenia ya en la corte el almirante.

CAPITULO LXXVII.

Intrigas.

QUORANDO en secreto su amargura, aguardó Colon á que Ojeda cumpliera su promesa para saber á qué atenerse de un manera clara y terminante.

Pero su promesa habia sido un pretexto para evitar las complicaciones que hubiera podido suscitar el carácter intrigante y audaz de Francisco Roldan, y en vez de encaminarse á Santo Domingo cuando tuvo provisiones y mejoró el estado de sus buques, se encaminó á la costa de Xaragua, en donde desembarcó, siendo recibido con entusiasmo por los españoles.

Entre los que guarnecian aquel departamento se hallaban muchos de los rebeldes que estaban descontentos de Roldan porque les habia abandonado y que al saber el viaje de Ojeda descubrieron en él un nuevo caudillo con más elementos que los anteriores para conducirlos al triunfo, y le aclamaron, asegurándole que le obedecerian en todo y por todo, siempre que tomase á su cargo su defensa, los librase de la tiranía del almirante, se apoderase del mando y escribiese á los reyes anunciándoles que habia tenido necesidad de adoptar aquellas medidas extremas para salvar el conflicto que amenazaba á la colonia.

Protegido Ojeda por Fonseca, que influia poderosamente en el ánimo del rey; enferma de gravedad la reina, que era

la única protectora leal y desinteresada de Colon; menguado en gran manera el prestigio que éste habia disfrutado en el ánimo de los reyes y en la opinion pública de España, creyó que aquel era el momento de arrebatarse de las manos de Colon las riendas del gobierno y de erigirse en jefe y árbitro de la colonia; y acogiendo la proposicion de los colonos de Xaragua, les ofreció ponerse al frente de ellos y encaminarse á Santo Domingo para que el almirante les hiciese justicia y les pagase sus salarios al punto, so pena de arrojarle de la isla y llevarle á España para que se defendiese de los cargos que todos formularian contra él.

Esta resolucion no produjo el mismo efecto en todos los que la oyeron.

Los unos aclamaron á Ojeda, asegurando que era su salvador.

Los otros se opusieron á concederle tan amplias facultades.

Disputaron unos y otros; de las palabras se fueron á las manos, y hubo una lucha violenta, que dió lugar á la muerte de algunos, y en la que no pocos quedaron fuera de combate.

Pero transigieron los rebeldes, y se adoptó el proyecto de ir con Ojeda á Santo Domingo á pedir cuentas de su conducta al almirante.

En aquellos momentos llegó Roldan á las cercanías del sitio donde tenia lugar la conferencia de Ojeda con algunos hombres resueltos, á quienes habia enviado el almirante á sus órdenes para que observasen á Ojeda.

Roldan, de acuerdo con su camarada Diego de Escobar, llegó á Xaragua.

Ocurrió un incidente que merece referirse, porque es una prueba del porvenir que tienen siempre los traidores.

Los partidarios de Colon, que más tarde se rebelaron contra él, convencidos de que Roldan prestaba un sincero apoyo

al almirante y de que no podrian contar con él para que intentase una nueva insurreccion, resolvieron tenderle un lazo y obligarle á que de grado ó fuerza secundase sus intenciones.

No faltó quien anunciara á Ojeda la proximidad de Roldan y Escobar, y por evitar una lucha que podria comprometerle, cediendo á los consejos de Américo Vespucio, se retiró á las carabelas.

Roldan escribió una carta á Ojeda, reprobando su conducta y pidiéndole en nombre del almirante que desembarcase para entrar con él en negociaciones que pusieran término á las diferencias que existian en la isla con motivo de su llegada.

Ojeda no contestó siquiera á esta proposicion, y ántes al contrario, sorprendiendo dos veces los destacamentos que para recorrer la costa enviaba Roldan, se apoderó de dos de sus soldados más valientes.

A partir de aquel momento, comenzó una lucha entre Roldan y Ojeda más de astucia que de otro género.

Ojeda avanzó doce leguas hácia el Norte en sus buques, y Roldan le siguió por tierra con sus tropas.

No hallando medio de conferenciar con Ojeda, envió á su amigo Escobar en una canoa hasta el buque para que le dijese que toda vez que no queria bajar á tierra, Roldan iria á verle á bordo siempre que le enviase el bote.

Accedió á sus deseos, y le envió una lancha para que Roldan se trasladase en ella á su carabela.

—¿Cuánta gente puede acompañarme? preguntó Roldan.

Nos han dado orden, dijeron los marineros, de no dejar entrar en la lancha más que á cinco ó seis hombres.

El bote estaba á alguna distancia de la orilla, y Diego Escobar con cuatro hombres, llegó á tierra con el agua á la cintura.

Los marineros no quisieron permitirle la entrada de más hombres en la lancha.

Pero Roldan dispuso, para no mojarse, que le condujesen en hombros sus soldados, y de este modo logró elevar el número de su fuerza á ocho hombres.

Apénas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen en dirección de la orilla.

Negáronse á cumplir esta orden, y los compañeros de Roldan, que estaban prevenidos, desenvainando las espadas, hicieron á muchos, haciéndoles á todos prisioneros.

Roldan habia logrado su objeto.

La carabela de Ojeda necesitaba el bote, y estaba seguro de que su capitán haria algun sacrificio por recuperarlo.

En este caso, podia entrar en negociaciones.

En efecto: Ojeda, deseoso de recuperar el bote, con cuatro marineros y un soldado llegó á tierra y celebró una entrevista con Roldan.

Después de conferenciar, aunque á larga distancia uno de otro, establecieron las bases de una capitulacion; obtuvo Roldan la libertad de los prisioneros, y Ojeda se alejó, no sin anunciar ántes que volveria pronto con nuevas fuerzas á castigar la estratagema de que habia sido víctima.

No las tenia Roldan todas consigo.

Dudaba de que hubiera partido Ojeda, puesto que le atribuía intenciones de apoderarse de la jefatura de la isla, y le confirmó en sus sospechas la noticia que recibió de que habia desembarcado en la costa, aunque á bastante distancia.

Despachó Roldan gentes en su persecucion; pero llegaron tarde, y tuvo que renunciar á perseguirle.

De cualquier modo, aquella insignificante campaña entusiasmaba á Roldan.

Podia decir muy alto que habia prestado un gran servicio,

no sólo al almirante, sino á los reyes de Castilla, evitando un conflicto, toda vez que si Alonso de Ojeda habia ido á aquellas costas habia sido con intencion de dominarlas y subyugarlas para siempre.

Pidió permiso al almirante para regresar á Santo Domingo, Colon, que deseaba contemporizar con él, le escribió, dándole gracias por el celo que habia desplegado en la defensa de sus derechos; pero al mismo tiempo le decia que permaneciese en Xaragua, porque era fácil que Ojeda estuviese acechando su marcha para volver de nuevo á la costa y apoderarse de la isla.

A pesar de que esta orden le contrariaba, se resolvió á obedecerla, porque entónces le convenia ganar terreno en el ánimo de Colon, á fin de que le perdonase su pasado.

Pero no tardó en estallar una nueva insurreccion entre los colonos.

Adrian de Mogica, uno de los jefes de los rebeldes, prendado tambien de la hermosura de Anacaona, se habia valido de la astucia para hacerla salir de la caverna donde se habia refugiado cerca de Biautex.

Para conseguirlo le habia hablado de este modo:

—Higuanamota, tu hija, ha partido á España con Hernando de Guevara; su alegría va á ser inmensa al encontrar allí á Caonabo, colmado de honores por los reyes; pero el valeroso cacique sentirá en extremo no ver allí á su esposa. Yo he admirado siempre la energía de tu carácter, el amor que profesas á Caonabo, é interesado por tí, vengo á hacerte una proposicion.

Anacaona le escuchó atentamente.

—Aquí estás sola, añadió Mogica; los seres más queridos de tu corazon han ido á España: yo debo salir muy en breve en un buque, y puedo llevarte en mi compañía.

—¿Y he de dejar á mi patria, y he de abandonar á mis va-

sallos, cuando todos sus grandes caciques gimen bajo el peso de las cadenas?

—Y qué, ¿no te perdonarán y te agradecerán esta desercion cuando vuelvas con tu esposo Caonabo á ser soberana por orden de los reyes de España?

Ademas, tu hija y tu esposo te llaman allí; no pierdas esta ocasion; y si aceptas, guarda el mayor secreto, porque el almirante no quiere que abandones la isla.

Anacaona parecia decidida á aceptar la proposicion.

Este queria tenderla un lazo.

—Tengo orden, le dijo, de encaminarme á la costa de Xaragua para embarcarme allí en una carabela que enviará el almirante. Vuelve á tu palacio: allí combinarás los medios de partir, y no tengas miedo; Roldan, tu perseguidor, está muy léjos, y yo no me apartaré de tu lado.

Anacaona cayó en la red y volvió á Xaragua.

El taimado Mogica continuó viéndola á menudo, sin manifestarla los verdaderos deseos que le inspiraba su hermosura.

Ocultaba su presa á las miradas de todo el mundo, para poder alcanzar su triunfo con más seguridad.

No faltó sin embargo, quien anunció á Roldan los medios de que se habia valido Mogica para subyugar á Anacaona.

Roldan, que no habia olvidado la pasion que habia despertado en él la reina de Xaragua, se preparó á combatir con su camarada para arrebatársela de sus manos y satisfacer su pasion.

Este deseo estaba llamado á producir nuevos conflictos en la colonia.

CAPITULO LXXVIII.

Ardides de Mogica.

No tardó Mogica en saber que acechaba sus pasos Rodan, y como le conocia lo bastante para saber que lograria con maña destruir sus proyectos, apresuró el momento de realizarlos.

Anacaona no era ni su sombra.

Habia sufrido demasiado desde que los españoles habian llegado por primera vez á su hermoso país, y las desgracias, más que el tiempo, habian impreso sus tristes huellas en su rostro.

Fijándose un instante en las situaciones por que habia pasado la pobre reina, no podia ménos de sentir el alma compasion hácia su infortunio.

Hija de uno de los más poderosos caciques, envidiada por su belleza, festejada por todo el mundo, habia logrado inspirar amor á un hombre valeroso, que al llegar á sus Estados desde el país de los caribes, habia logrado poner freno á los enemigos de los alrededores y habia sembrado el ramo de oliva en aquella deliciosa comarca.

Todo les sonreia.

Los cuatro reyes que gobernaban el territorio consideraban como su jefe á Anacaona y se miraban en sus ojos, que eran espejo de su felicidad.

De pronto aquellos risueños horizontes que la rodeaban

habian desaparecido, y negras y pobladas nubes, que concentraban en su seno la tempestad, cambiaron por completo el estado de su ánimo.

La Providencia habia querido que presenciase el horrible espectáculo de la ruina de su raza.

Veia á sus piés el cetro hecho pedazos.

Tres tumbas encerraban los restos de tres reyes.

Caonabo, su esposo, en poder del extranjero, estaba á gran distancia, y Guaorocaya yacía aprisionado en las mazmorras de los españoles.

Destrozado su ejército en una y otra lid, asolados sus campos, destruida la paz de las familias, seducidas las vírgenes, ultrajadas las esposas, mancillados los hombres, aquel encantador país, que parecia á los españoles el Paraíso, se habia trocado en un infierno, y sus abrasadoras llamas mortificaban incesantemente á aquella gran mujer.

¿Qué era sino una pobre esclava?

En medio de su desventura, veia á su hija feliz, creia de buena fe las palabras de Hernando de Guevara y de Bartolomé Colon, y suponía á su esposo en la corte de España siendo objeto de los mayores agasajos.

Este era su único consuelo.

Pobre y triste consuelo para aquella mujer, que hubiera dado por la libertad de su esposo, por la compañía de Higuamota, no su cetro, sino todos los cetros de la tierra, si hubieran estado en sus manos.

Sentia abandonar á su patria; pero habia algo en su corazon que la incitaba á partir, porque se veia completamente sola, y necesitaba volver á hallar su amor y su alegría en Caonabo y en su hija.

Dando fe á las palabras de Mogica, esperaba de un momento á otro en su palacio de Xaragua la hora de su partida.

El jefe de los rebeldes, teniendo noticia por sus espías de que se acercaba Roldan, apresuró la realizacion de sus deseos.

Llegó con sus soldados à la morada de Anacaóna, los situó diestramente para que pudieran anunciarle con tiempo la llegada de su perseguidor y para que, en caso necesario, pudieran defenderle, y seguro de la impunidad, se acercó á la infortunada reina.

—¿Estais resuelta á partir? le dijo.

—Sí lo estoy.

—Y yo á cumplir mi palabra, aun cuando necesitemos vencer muchas dificultades, porque se nos vigila, y ha dado el almirante la órden de que no se te deje salir de la isla. Tal vez sea necesario que nos alejemos de Xaragua para librarnos de Roldan, á quien el almirante, ignorando la venganza que desea tomar de tí, ha dado el encargo de vigilarte y de impedir que te lleve á mi lado.

—¡Ese hombre infame me persigue!

—Sí, ha jurado tu exterminio; pero no temas, yo te defenderé.

—¿Qué sentimiento, preguntó Anacaona, te impulsa á hacer ese sacrificio por mí?

—Déjame que lo oculte, dijo Mogica.

—No, es necesario que yo lo sepa. Tú veniste con Roldan pretextando que vuestro jefe os enviaba penetrar en mis dominios, y como él, destruiste la paz que aquí reinaba. ¿Por qué ese cambio?

—Si te empeñas en descubrir el móvil que me guía, yo te confiaré los secretos de mi corazón.

—Habla, habla: es preciso, yo lo quiero, yo lo pido.

—Pues bien, dijo Mogica, resuelto á jugar el todo por el todo. Voy á descórrer á tus ojos la verdad de tu situacion, la verdad de la mia.

Anacaona, poseida de un doloroso presentimiento, le escuchaba con temor y ansiedad.

—Te han engañado, dijo Mogica. ¿Tú crees que los españoles te estiman?

—Sí.

—¿Crees que han llevado á tu esposo á España, y que allí es el objeto del aprecio de los reyes, de la admiracion de los españoles?

—Sí, sí; me lo han asegurado.

—¡Desgraciada!

—Pues qué, ¿no es cierto?

—No.

—¿Qué dices? Habla, exclamó Anacaona, cogiendo maquinalmente la mano de Mogica y alentándole á que le confiara la verdad.

—Repito que te han engañado villanamente.

—No es posible: Hernando de Guevara, el esposo de mi hija, no ha podido engañarme.

—El es cómplice de los españoles.

—No, no puede ser. Si así fuera, no habria inspirado á mi hija el amor que ha sentido por él.

—Tu hija será su víctima.

—¡Calla!... ¡Calla! No despedaces de esa manera mi corazón.

—Tú me has pedido la verdad, y la verdad te digo. Armate de valor y escucha.

Caonabo salió con el almirante para España: en medio del camino se acabaron los víveres á los españoles, y en aquella angustiosa situacion resolvieron matar á los indios para satisfacer sus necesidades.

Los indios lo supieron, y una mujer, una reina caribe que habia sido aprisionada por los españoles, y que al hallar à

bordo á Caonabo se prendó de él, incitó á todos los indios á la rebelion. En medio del silencio de la noche, cuando rugia en el espacio la tempestad, rompió las cadenas que sujetaban á Caonabo, guió á los indios, los lanzó sobre sus enemigos; pero sus tentativas fueron inútiles, y Caonabo y sus hermanos murieron en la lid. La reina caribe quiso huir, precipitándose en las olas; uno de los soldados disparó su arcabuz, atravesó su pecho, y tiñó con su sangre el agua del mar.

—¡Oh, qué horror! exclamó Anacaona, poseida de un inmenso dolor. Pero no puede ser. ¿Por qué te complaces en engañarme? y si es cierto, ¿qué móvil te guía á matar la ilusión en mi pecho? Sí, en medio de mis desventuras, yo era feliz, porque pensaba en la fortuna que Caonabo habia alcanzado en España; porque gozaba en la felicidad de mi hija; porque soñaba verla algun dia, estrecharla en mis brazos, inundando así de alegría mi corazón. . . . ¿Pero quién me asegura que son ciertas las noticias que acabas de darme?

—Oye, Anacaona, oye: perdóname que turbe tu dolor con una confesion. Te hablo así porque te compadezco, porque me interesa tu desgracia, porque desde el momento en que te ví he sentido en mi alma una pasión vehemente, un amor sin límites que hoy es ya tu única salvacion.

—¿Qué dices?

—Digo que te amo, que por tí olvido el amor á mi patria, olvido mis deberes, lo olvido todo. Tengo soldados; tengo fuerzas para luchar al lado tuyo contra tus enemigos, que son los míos, para ayudarte á realizar la mas atroz venganza que ha visto el mundo. ¿Quieres que perezcan todos? Quieres que con su sangre paguen los infortunios que han caido sobre tí? Una palabra tuya bastará; dime que me amas, que correspondes á esta pasión que siente mi alma, y yo uniré mis tropas á las tuyas; yo, inspirado por tu amor, destruiré

las fortalezas, asolaré los campos, clavaré un puñal en el mismo corazón del almirante y con mi cariño te haré olvidar las penas.

Y al decir esto quiso estrechar entre sus brazos á la india.

—¡Huye, miserable, huye! exclamó Anacaona, dando un salto hacia atrás, como la pantera que se ve presa y toma tierra para caer sobre sus enemigos.

—Anacaona. . . .

—Eres un malvado y ahora comprendo tus designios; pero si te acercas á mí, ó tendrás que matarme, ó morirás á mis manos.

—¿Estás loca?

—No lo estoy; pero me has engañado, no creo nada de lo que me has dicho. Caonabo vive, mi hija es dichosa. . . . Voy, voy á ver al almirante; él me dirá la verdad, porque es bueno.

Y al decir esto salió precipitadamente, y Mogica desesperado corrió tras ella.

—Capitan, capitan, gritaron al mismo tiempo algunos de los soldados.

—¿Qué ocurre?

—Roldan se acerca.

—¡Maldición!

—Ha sabido que estás aquí, y ha presumido la causa. Trae fuerzas considerables

—Huyamos entónces; yo le juro que pagaré muy cara la traicion que me ha hecho.

Y partiendo precipitadamente con los suyos, mientras Roldan llegaba al palacio de Anacaona y registraba todos sus alrededores, se encaminó á Bonao para pedir auxilio á Pedro Riquelme, á quien, como recordará el lector, habia nombrado alcalde el mismo Roldan.

—Nuestro antiguo jefe, le dijo, se ha vendido al gobierno;

es un instrumento ciego de la voluntad de Colon; por su culpa hemos perdido la ocasion de tener en Ojeda un jefe valeroso y esforzado. Resuelto á que los reyes ratifiquen las concesiones que le ha hecho el almirante, hace todo lo posible por aparecer leal á sus ojos; y como conoce á nuestros compañeros, como sabe sus madrigueras, nos persigue de muerte, y es necesario que nos unamos contra él.

— Sí, sí, dijo Riquelme; cuenta con mi ayuda.

Los antiguos rencores se despertaron.

Los rebeldes volvieron á reunirse con más furia que nunca, porque entónces al deseo de independenciam, unian el de venganza.

Mogica se encargó de salir al encuentro de Roldan, de luchar brazo á brazo con él y con los suyos, y de no detenerse, si vencia, hasta llegar á Santo Domingo para apoderarse del almirante.

Miéntas esta conjuración se tramaba, se hallaba Colon en el fuerte de la Concepcion con muy pocos soldados.

Pero no tardó en saber la mina que se formaba á sus pies. Habia sufrido demasiado para que no se agotase su paciencia.

Todos habian tomado la bondad de su carácter por pusilanimidad.

En la corte le perseguian sus enemigos.

Los mismos reyes rasgaban los tratados que habian hecho con él, y ultrajaban su nombre y eclipsaban su gloria.

En la colonia se habian rebelado contra su autoridad aquellos que más beneficios habian recibido de él.

No era posible resistir más tiempo aquella tiranía de las masas.

En el colmo de su desesperacion, alentado por Bartolomé que veía con pena el acrecentamiento de la insurrección, re-

solvió castigar ejemplarmente á aquellos miserables, y olvidando toda clase de consideraciones, se decidió á pacificar para siempre la isla con vigorosas y enérgicas medidas.

Sabia que Roldan avanzaba hasta el paraje en donde se ocultaban los rebeldes para vengarse de Mogica, y con siete criados de su confianza y tres escuderos, todos bien armados, abandonó de noche el fuerte de la Concepcion y se encaminó cautelosamente á la residencia de los rebeldes, que, confiados en el secreto de su plan y en la debilidad que suponian en el almirante, no habian tomado precaucion alguna.

Colon los sorprendió.

En medio de su turbacion se apoderó de Mogica y de algunos otros de sus cómplices, y ántes de que pudieran aperibirse de lo que pasaba á sus secuaces, los llevó prisioneros al fuerte de la Concepcion.

Si tarda un dia más en adoptar aquella actitud enérgica, nada más cierto que su ruina.

Riquelme pudo escaparse, y poniéndose al frente de los sediciosos, acordó libertar á los prisioneros y descaradamente apoderarse del mando de la isla.

En vano habló la piedad al alma de Colon.

Mogica habia sido un traidor, y necesitaba ser castigado.

No bien llegó á Santo Domingo para aprestar lo necesario á fin de sofocar la nueva insurrección, cuando tuvo noticia de la llegada de Anacaona, que iba á quejarse á él de Mogica y á preguntarle si eran ciertas las noticias que éste le habia dado.

Colon no quiso arrebatár la esperanza á la pobre mujer, y las desmintió.

Para convencerla más y más, al mismo tiempo que para castigar al culpable y escarmentar á sus cómplices, mandó que fuese Mogica colgado del asta bandera del fuerte de la Concepcion.

Ni aun el mismo reo creia que se llevaria à cabo aquella sentencia.

La idea que todos tenian del almirante hacia suponer que no tendria bastante energia para consumir aquel castigo.

Pero ya no podia retroceder.

Sofocando la piedad, mandó terminantemente que se cumpliera la sentencia.

Roldan, en tanto, combatia con los rebeldes y procuraba apoderarse de ellos, no sin dificultad, porque la mayor parte de sus soldados le abandonaban.

No habia sonado, sin embargo, para él la hora de la expiacion.

CAPITULO LXXIX.

Indignacion y severidad

EL almirante, viendo el esfuerzo que hacian los rebeldes, que en tumulto habian penetrado en su morada mandó à la guardia que cargara sobre ellos y que à viva fuerza se apoderaran de Mogica.

Durante largo rato Mogica y sus cómplices se defendieron, empero el jefe de la guardia se lanzó sobre él y cogiéndole la espada con la mano derecha, le empujó fuertemente con la izquierda, enseñándole la órden de Colon para que procediera à su prision.

Pocos momentos despues Mogica fué encerrado en un calabozo, el cual quedó convertido en capilla, y al ver el peligro que le amenazaba, confiando en el poder de sus secuaces, que le habian abandonado:

—Yo no quiero morir como un perro, dijo; si está decretada mi muerte, lo cual es una iniquidad, de la que dará el almirante cuenta à Dios y à los reyes, al menos que me conceda el derecho de confesar mis culpas y de recibir la absolucion de un ministro de Dios.

—Los traidores no pueden ser cristianos, dijo Colon; pero no importa que se confiese.

Y le envió un misionero à la capilla.

Cuando le vió llegar decayó su ánimo por completo.

Aquel hombre que habia tenido bastante valor para rebe-

larse contra la autoridad, para aclamar á una porcion de foragidos y llevar con ellos la desolacion y el luto á todas las comarcas de la isla; aquel hombre que más tarde habia aspirado, en un momento de soberbia, á concitar á todos los rebeldes contra Colon para matarle, si era preciso, se mostró amedrentado, abatido, y durante su confesion, mostró el miedo que tenia á la muerte, prolongando su relato, empezándole varias veces de nuevo, haciendo tiempo, en una palabra, para ver si los suyos llegaban á salvarle.

Pasadas algunas horas en inútiles esperanzas, viendo que su muerte se acercaba, fué miserable hasta el último momento.

En vez de confesar sus culpas, quiso que alcanzara su pena, no sólo á sus secuaces, sino á las mismas personas que habian sido fieles, y acusándolos á todos, esperó que le acompañarian al suplicio.

No era posible soportar aquella indignidad.

—Basta de consideraciones, dijo el almirante. Subidle á la muralla de la fortaleza, y arrojadle desde ella para que muera como un villano.

La orden fué obedecida, y el malvado Mogica expió de aquel modo su horrible crimen.

Todos los colonos se atemorizaron.

Hasta los mismos rebeldes, al descubrir aquella energía, que no esperaban de Colon, se acobardaron, y esto fué causa de que cayeran en poder de las tropas leales muchos de ellos, y de que se decretara su muerte sin formacion de causa. Pedro Riquelme, y muchos de sus compañeros fueron apasionados en Bonao y conducidos á Santo Domingo.

Los que quedaron libres corrieron á refugiarse en Xaragua, y no tardaron en ser arrojados de allí, porque el adelantado por un lado y Roldan por otro, los perseguian con la mayor actividad, y hasta la historia cuenta que cada uno de ellos

llevaba un misionero, para que apénas cayera uno en su poder, lo confesasen inmediatamente para ser pasado por las armas.

No con todos se empleó esta severidad.

En gran número fueron conducidos á los calabazos de Santo Domingo, y á casi todos se les formó causa.

Este cambio que se habia operado en la política del almirante influyó poderosamente en la realizacion de sus planes.

Los que luchaban entre echarse en los brazos de la rebelion ó permanecer á su lado, optaron por lo último; muchos de los rebeldes se entregaron, y los mismos indios, cuya obediencia estaba relajada, se apresuraron á pagar el tributo.

Colon pudo restablecer la paz y el orden respecto á los que le obedecian, y castigó á los que, confiando en que aún podrían arrebatarse de sus manos á Guaorocaya y á Mayabonex, se mostraban rebacios en el cumplimiento de sus deberes.

Sin embargo, unos y otros se decian en silencio, que la conducta de Colon era abominable, que habia ensañamiento en sus sentencias, que la actitud que habia tomado era peor que la que ántes tenia, y aunque todos le obedecian, aunque todos le respetaban, aunque habia adquirido gran prestigio sobre aquella masa de hombres insubordinados, no habia uno solo de ellos que no deseara volver á España, ó al ménos que enviásen los reyes otro gobernador.

Pero los resultados que obtuvo el almirante no pudieron ser más satisfactorios.

Los indios, no solo obedecian, sino que se apresuraban á convertirse al cristianismo y adoptaban los trajes de los europeos.

Los españoles cultivaban las tierras, y todo hacia creer que muy en breve volveria la prosperidad á la isla, que podría Colon consagrarse de nuevo con tranquilidad de espíritu á los descubrimientos que proyectaba.

Esta trasformacion fué atribuida por el almirante, que no olvidaba nunca sus sentimientos religiosos, á la voluntad de la Providencia.

Algun tiempo ántes, cuando se veía amenazado por la desobediencia de los indios, por la situacion de los rebeldes; cuando creía haber perdido el favor que disfrutaba en la corte, cayó en un profundo abatimiento.

En una de sus cartas refiere este gran hombre que durante una noche, en la que no pudo cerrar los ojos, oyó una voz que le dijo estas palabras:

«Hombre de poca fe, nada temas ni te apures; yo te protegeré.»

El espíritu habia cumplido su palabra.

Por un instante dejó de atormentarle su enfermedad.

La esperanza le sonrió de nuevo.

Hallábase, pues, muy satisfecho de su triunfo en el fuerte de la Concepcion.

Bartolomé perseguía con Roldan á los rebeldes en Xaragua.

Su hermano Diego desempeñaba las funciones de gobernador en Santo Domingo.

Los restos de la sedicion desaparecian.

El aura de la libertad se respiraba en la isla.

Todos aseguraban un porvenir risueño, cuando la mañana del 23 de Agosto del año 1500 descubrieron los habitantes del puerto de Santo Domingo dos carabelas, que aguardaban un viento favorable para calar.

Diego corrió á las embarcaciones, creyó que conducirían víveres, y hasta se figuró que hallaría á bordo á su sobrino Diego, á quien tambien esperaba con ánsia el almirante.

Mandó inmediatamente una canoa para que se acercase á los buques, y el emisario á quien confió este encargo no tardó en volver con noticias que alarmaron á todos.

En aquellos buques iba un comisionado de los reyes de España con el objeto de hacer una investigacion acerca de los últimos sucesos que habian tenido lugar en la colonia, y con la autoridad suficiente para imponer castigos á los culpables.

La actitud del comisario régio no podía ser más enérgica.

Aquel suceso debia tener gran trascendencia en el porvenir de la isla y en la suerte del almirante y sus hermanos.

Vamos á ver ahora quién era este personaje que llegaba con tan ilimitados poderes, cuáles eran los móviles que le guiaban, y por efecto de qué circunstancias iba á destruir la obra que tan supremo esfuerzo habia costado al almirante.

CAPITULO LXXX.

Bobadilla.

GRANDE era la habilidad que desplegaba el obispo Fonseca para satisfacer el odio que habia despertado en él el almirante.

En primer lugar, habia proporcionado á Briviesca una entrevista con los reyes.

En ella, aquel hombre taimado é intrigante, presentándose con humildad á los monarcas, se habia quejado amargamente del desacato que en su persona habia hecho á los reyes el almirante.

—Yo era allí, dijo, un ínfimo empleado; pero al fin y al cabo representaba al gobierno de sus majestades. Sin embargo, me ultrajó, y pasando á vías de hecho, me arrojó al suelo y estuvo á punto de matarme.

Yo hubiera podido oponerme á sus ataques, pero miraba en él á un protegido de mis reyes, y le respeté.

Para indemnizarle de aquella desventura, por indicacion de Fonseca obtuvo un empleo lucrativo y honroso.

No contento aún con esto, logró por medios hábiles que Margarite y Bernal Díaz de Pisa fueran indemnizados de los perjuicios que habian sufrido con posiciones ventajosas, que les proporcionaran los medios de continuar en su empresa.

Ademas cada uno de los buques que llegaban á España traian cartas para Fonseca, en las que le pintaban con horri-

bles colores la situacion de la isla y el despotismo de sus jefes.

Estas cartas contrastaban, bajo el punto de vista de las esperanzas, con las que escribia el almirante.

Pero coincidian con ellas en la descripcion del angustioso estado en que se hallaban los españoles y los negocios de la colonia.

Fonseca, pretextando que no queria ocultar nada á los reyes, les leía las cartas de sus agentes, y despues de leerlas disculpaba á Colon.

—Natural es que esto suceda, decia; es débil de carácter por un lado, por otro se ha hecho muchas ilusiones, y al ver que no las realiza natural es que pague con los que están á sus inmediatas órdenes.

Este trabajo de zapa iba destruyendo poco á poco en el ánimo de los monarcas el afecto que tenian á Colon, sobre todos en el rey, que empeñado en otra clase de luchas, deseaba que el Nuevo Mundo le facilitase recursos para triunfar en ellas, y veia que, por el contrario, necesitaba consagrar á todas horas el escaso tesoro de la nacion para enviar recursos á los que, segun sus promesas, debian inundar de oro á España.

Fonseca procuraba ver á todos los españoles que regresaban, so pretexto de enterarse de su situacion, y como todos se quejaban, se apresuraba á darles limosnas ostensiblemente, y hacia que se presentasen á los reyes para pedir que se les abonasen las pagas que no habian recibido é implorar su caridad.

Tuvo la corte que trasladarse á Granada para sofocar la rebelion de los moros de las Alpujarras, y este suceso coincidió con la llegada de los rebeldes.

Muchos de ellos, aleccionados por los agentes de Fonseca

se dirigieron á la residencia de la corte, y vestidos de harapos, manifestando una miseria que en realidad no experimentaban, cuando salian los reyes en litera ó á caballo corrian á su encuentro, imploraban su caridad y alegaban que habian estado en el Nuevo Mundo, que habian perdido su fortuna, que habian vivido en la miseria, y que no habian podido allí permanecer por la tiranía de Colon y su hermano.

Aquello era un continuo semillero de disgustos, que aumentaba la desesperacion de los reyes y les ponía á punto de retirar toda su proteccion al almirante.

Fonseca aprovechó una circunstancia para influir contra Colon en el ánimo de la reina, que era la que más le estimaba.

—Cuál debe ser la situacion de la colonia, dijo á la reina, cuando Colon, que es tan humanitario, se ha visto precisado á permitir á muchos de los españoles que han vuelto, traer indios esclavos.

Esta noticia indignó á la reina.

—¿Esclavos?

—Sí, señora; y no es eso lo peor, sino que algunos de ellos han traído esclavas víctimas de su seducción, no pocas en cinta, y algunas con hijos de los españoles.

—Eso es una iniquidad; no puede ser, Fonseca.

—Y sin embargo, ved las cartas que recibo de Sevilla.

La reina leyó aquellos documentos, é irritada contra Colon:

—¿Quién ha dado derecho al almirante, exclamó, para regalar mis vasallos?

La misma reina habló á su esposo.

Los dos llamaron á Fonseca, y convinieron en que regresasen los indios en libertad á su patria, y en que se manifestase á Colon el desagrado con que habian visto los reyes aquel abuso que habia hecho de su autoridad.

Fonseca, que no queria revelar el odio que profesaba al

almirante, invocó los grandes servicios que habia prestado á la corona y propuso otros medios más templados, más suaves, para averiguar la verdad, y ver hasta qué punto habia aconsejado la necesidad á Colon aquellos actos, que tanto debian repugnar á su carácter.

Las últimas cartas que recibieron de Colon proporcionaron á Fonseca el medio de realizar sus designios.

Pedia el almirante una persona de probidad y de talento; un hombre sabio en leyes, que pudiera desempeñar las funciones de juez.

Asimismo rogaba que se nombrase un árbitro imparcial para que dirimiese sus cuestiones con Roldan.

—Nada más fácil que satisfacer sus deseos, dijo Fonseca; pero como no merece grandes sacrificios la isla, para evitar gastos, conviene que una misma persona desempeñe dos cargos.

El rey aprobó la idea, la reina accedió á aquellas medidas, al parecer templadas y decorosas, y como siempre, se encargó á Fonseca la eleccion de aquel funcionario.

—La persona que designe, se decia Fonseca, tiene que reunir grandes condiciones. Debe ser ambicioso, y poseer en grande dosis la vanidad.

El obispo Fonseca necesitaba que aquel funcionario realizase sus designios, pero sin aparecer cómplice suyo.

Desde luego fijó sus ojos en don Francisco de Bobadilla.

Desde la más ínfima clase de la sociedad habia llegado este hombre á desempeñar el empleo de oficial de la casa real, y era además comendador de una de las órdenes militares.

Era orgulloso, vano, impaciente, tenia sed de riquezas y la esperanza de desempeñar el puesto de Colon, de alcanzar los títulos y los honores que él habia alcanzado, eran muy suficientes para que llevase á la isla, envuelto en su deseo, todo el odio que hacía el almirante sentia el obispo Fonseca.

Le designó á los reyes y éstos se apresuraron á otorgarle sus poderes, si bien se aplazó varias veces el viaje por efecto de las complicaciones de la política interior del reino.

En los poderes que le confirieron, decían, refiriéndose á la queja dada por el almirante contra un alcalde y otras personas que se habían rebelado:

«Asimismo le mandamos informarse de lo antedicho, averiguar quién y cuáles personas fueron las que se levantaron contra el dicho almirante y nuestro investigador, y por qué causa; y qué robo y otras injurias han cometido, y además extender su investigación á todas las otras materias relativas á las premisas, y después de averiguar quién es el culpable, cualquiera que sea su categoría, secuestrar sus bienes, procediendo después civil y criminalmente, imponiéndoles las multas y castigos á que se hallan hecho acreedores.»

Posteriormente se dieron otras cartas, dirigidas, sin nombrar á Colón, á los consejeros, justicias, caballeros, escuderos, oficiales y propietarios de las islas y tierra firme, dándoles cuenta del nombramiento de Bobadilla, ó informándoles de los amplios poderes de que iba revestido.

Entre las facultades que se le concedían, es notable, por más de un concepto, la siguiente:

«Es nuestra voluntad, decía, que si el dicho comendador Francisco Bobadilla creyese necesario, para nuestro servicio y los fines de la justicia, que cualesquiera caballeros ú otras personas que están al presente en aquellas islas, ó que lleguen en adelante, las abandonen y no vuelvan á residir en ellas, y que vengaa y se presenten ante Nos, se lo puede mandar hacer así en nuestro nombre, y obligarles á partir; y á quien quiera que así se lo mandare, por la presente ordenamos que inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas ó recibir de Nos otra carta ú orden, y sin interponer ape-

lacion ni súplica, obedezca aquello que él diga y mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro, etc., etc.»

Con fecha también 21 de Mayo se mandaba á Colón y á sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados y demás propiedades al gobernador don Francisco Bobadilla, amenazándoles con las penas en que incurren los que se niegan á obedecer á sus soberanos cuando los mandan entregar fortalezas y otros puestos de confianza.

Al comunicar á Colón estas órdenes, solo le daban los soberanos el título de *Almirante del Océano*.

Finalmente, otra carta, fechada en 26 de Mayo, dirigida al descubridor del Nuevo Mundo con el único título de *Almirante*, solo era una credencial para que acatara y reconociera como enviado por los reyes de España á Bobadilla.

En honor de la verdad, es lo cierto que las cartas segunda y tercera solo tenían el carácter de provisionales, no debiendo hacerse uso de ellas sino en el caso extremo en que Cristóbal Colón y sus hermanos merecieran ser relevados de los cargos que desempeñaban en el Nuevo Mundo.

CAPITULO LXXXI.

Un juez apasionado.

CLARAMENTE se ve, despues de conocer los documentos que he mencionado en el capítulo anterior, que los enemigos del almirante ganaban terreno en el ánimo de los reyes, y que éstos, impulsados por distintos móviles, puesto que el rey lo que queria era poner el gobierno de los países conquistados en manos que le rindiesen más beneficios, y la reina estaba ofendida con Colon por haber puesto al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, olvidando ya los servicios que habia prestado Colon, aspiraban á desautorizarle.

No faltaban, sin embargo, al ilustre marino algunos defensores.

Fray Diego de Deza, que ocupaba á la sazón un alto cargo, Pedro Mártir, Santangel, y el mismo fray Pedro Antúñez de Córdoba, sin olvidar al duque de Medinaceli y al Arzobispo de Toledo, defendian á su antiguo protegido, y aunque sus adversarios les decian que Colon habia incurrido en graves errores, la consideracion que debian á sus merecimientos les animaban á influir cerca de los soberanos para que no empleasen duras medidas con aquel hombre, que habia logrado en un momento que la Europa entera envidiase la gloria de España.

Las órdenes y los poderes habian sido entregados á Bob

dilla, el cual esperaba con ánsia el momento de su partida, siempre aplazada por efecto de los escrúpulos que tenian los reyes de residenciar á Colon.

Pero no por esto desmayaba Fonseca, no por esto dejaba de mover los hilos de su intriga.

Pasaba el tiempo, y cada dia eran más tristes las noticias que llegaban de la colonia.

El permiso concedido á Alonso de Ojeda y á Américo Vespuccio, se otorgó más tarde á Vicente Yañez Pinzon.

Estos golpes á los derechos adquiridos por el almirante, eran un principio de hostilidad que debia irritarle, obligándole á tomar medidas dictadas por el despecho; y si esto sucedia como era de esperar, Bobadilla se pondria en camino inmediatamente, justificando su presencia y su mision los actos desesperados del gobernador de la colonia.

Diego Colon, el hijo predilecto del almirante, veia formarse poco á poco la tempestad que iba á estallar sobre la cabeza del ilustre marino á quien debia el sér, y ansiaba por momentos satisfacer sus deseos, ir á su lado para compartir con él al ménos los sinsabores de la desgracia.

Pero la reina, que aunque estaba indignada por el abuso que atribuian á Colon, no podia borrar de su pecho el afecto que aquel hombre le habia inspirado siempre, parecia querer indemnizar á los hijos con sus bondades de las desdichas que preparaba al padre; y al verse objeto de las mayores atenciones por parte de la reina, que se opuso á su marcha, pretextando que no podia privarse de sus servicios, confiaba Diego en que la justicia por una parte, su influencia con la reina por otra, bastarian para asegurar el triunfo de su padre.

Aunque su corazon estaba herido de muerte por el hondo pesar que sus desgraciados amores habian dejado en él, todavia le sonreian las ilusiones.

¿Qué hay más hermoso que la juventud?

Las grandes instancias con que Colón pedía que le enviasen un representante de la ley, resolvió la cuestión.

A mediados de Julio del año 1500 recibió Bobadilla la orden de ir á encargarse del mando de dos carabelas, que le aguardaban en el puerto de Cádiz.

Antes de partir celebraron con él una entrevista los reyes, en el cual le encargaron que tratase al almirante con las mayores consideraciones, y solo hiciese uso gradualmente de los poderes que había recibido de sus manos.

Desde que obtuvo el nombramiento, Bobadilla procuró aparecer como un apasionado admirador de Colón, demostrando que sentía sus errores; pero diciendo al mismo tiempo que no amenguaba en nada su gloria.

Hizo al mismo tiempo ostentación de sabiduría, de rectitud, de equidad, de benevolencia, y todas estas cualidades hicieron que los reyes, y sobre todo la reina, le considerasen como el más á propósito para desempeñar la delicada misión que le confiaban.

—Examinad, le dijeron, con rectitud é imparcialidad la conducta de Cristóbal Colón, y solo en el caso de que la situación de la isla sea tan lamentable que necesite medidas prontas y enérgicas para asegurar el orden y la prosperidad, tomareis á vuestro cargo su gobierno; pero tratando con consideración al almirante.

Para que hallase cooperación eficaz en algunos de los hidalgos que había en la colonia, le hicieron la merced de darle cartas con su firma en blanco, á fin de que las utilizase cuerda y favorablemente, según los deseos que abrigaban los reyes.

La vanidad de tan fácil triunfo cegó á Bobadilla.

Con un corazón seco, incapaz de gustar las delicias del cañío, vivía enteramente solo.

Ningún lazo le detenía en España.

En el Nuevo Mundo inspiraba á su orgullo la sed de las satisfacciones.

Triunfar de Colón, tener derecho para examinar su conducta, para juzgarle, y como él se decía, para condenarle, si era preciso, era llegar de un salto á uno de los primeros puestos de la nación, era levantar el pedestal de su fortuna sobre aquella columna gigante que la opinión pública había erigido al descubridor del Nuevo Mundo.

Hasta el mismo Fonseca, á quien debía sus medros, le pareció pequeño, y en la última entrevista que celebró con él cuando el prelado quiso darle instrucciones:

—Dejadlo todo á mi cuidado, dijo; vuestros deseos son los míos; no me marqueis la línea que debo seguir: lo único que yo os prometo es que humillaré la soberbia del extranjero, que la Europa entera le verá tan abatido que el recuerdo de mis hechos oscurecerá las páginas que pueda consagrarle la historia.

No dudó Fonseca después de oírle que estaba llamado, no á mejorar la condición de la colonia, no á ensanchar las conquistas de la corona de España en aquellas comarcas, no á sacar partido de aquellos descubrimientos, sino á destruir todo cuanto tocasen sus manos.

¿Pero qué le importaba, si en la ruina de la colonia iba envuelta la ruina de Colón?

Puso á sus órdenes veinticinco hombres, que formaban su guardia de honor, y entre los demás tripulantes iban seis misioneros.

Casi en los momentos de partir dieron los reyes á Bobadilla un arma, acaso la más poderosa que podía esgrimir en el Nuevo Mundo.

Mandábanle tomar nota de los atrasos que se debían á los

servidores del rey, pagarles en el acto y obligar á Colon á que por su parte satisficiera sus deudas, «á fin, decia la orden, de que aquella gente recibiese lo que era suyo, y no se oyera más quejas.

Una infernal sonrisa jugueteaba en los labios de Bobadilla cuando las carabelas, abandonando las costas, se lanzaban á las inmensidades del Océano.

Caminaba al mayor de los triunfos que habia podido soñar en su vida, y el viento favorable que empujaba las velas, al murmurar en sus oídos, parecia decirle:

—Corre, corre, allí está tu gloria; vas á triunfar del hombre más grande de tu siglo.

Diestros pilotos guiaban las embarcaciones, y la travesía fué rápida y feliz.

Al fin llegaron los dos buques á Santo Domingo, y desde el primer momento Bobadilla, que no podia contener la ansiedad de usurpacion que le devoraba, anunció claramente que llegaba con plenos poderes de los soberanos para residenciar al almirante, para arrebatár de sus manos las riendas del gobierno, para hacer justicia á todo el mundo.

Llegó precisamente cuando, resuelto el almirante á castigar con severidad toda rebeldía, habia mandado levantar en Santo Domingo, á un lado de los fuertes, horcas en las que expiasen sus culpas los que por sus maldades se habian hecho acreedores á tan atroz castigo.

Desde la carabela vió Bobadilla agitarse, á impulsos del viento, los inanimados cuerpos de dos reos que acababan de perecer en el patíbulo, y aún estaban colgados de la horca.

Por el emisario que envió don Diego Colon para reconocer las carabelas, supo que siete de los rebeldes, entre los que se hallaba Pedro Riquelme, estaban en el fuerte de Santo Domingo en capilla ya, esperando de un momento á otro sufrir

la misma suerte que aquellos dos que habian expiado sus culpas.

Estas noticias y aquel espectáculo convencieron á Bobadilla de que cuantas noticias habian circulado en España los enemigos de Colon eran ciertas, de que su tiranía era abominable, de que mandaba allí como un señor feudal de horca y cuchillo, y dijo á Juan de Espinosa, alguacil mayor, que le acompañaba:

—Ya veis que no eran calumnias las acusaciones dirigidas contra el almirante. ¿Para qué necesitamos inspeccionar su conducta? ¿No basta esto? ¿Cómo han de obedecer los indios á un hombre que trata de este modo á sus mismos hermanos!..... Además, los reyes no le han confiado el poder ejecutivo. Si esos hombres que acaban de espirar en el patíbulo habian cometido algun crimen, su deber era enviarlos á España con la sumaria correspondiente, para que allí fuesen juzgados y castigados. No perdamos el tiempo en inútiles investigaciones; basta y sobra lo que hemos visto para no andarnos con rodeos, para comprender que la situacion de la colonia es muy crítica, y para tomar resoluciones enérgicas y adoptar medidas instantáneamente, que pongan coto en tamaños desmanes.

Se decidió, pues, á entrar como en país conquistado en la colonia, que no tenia más defensor entonces que la debilidad del hermano menor del ilustre marino.

CAPITULO LXXXII.

La popularidad.

DESDE muy antiguo hacen los hombres leña del árbol caído y rinden culto al nuevo astro que aparece en el horizonte, calumniando, si es preciso, al que ha sido antes objeto de su idolatría y de su adulación interesada.

Estaban todos los españoles atemorizados, porque sentían el peso de su conciencia; sabían que todos habían contribuido más ó ménos á la situación angustiosa que había obligado al almirante á imponer aquel atroz castigo, y aguardaban de un momento á otro que les llegara la vez de expiar sus faltas.

Apénas supieron la misión que los reyes habían confiado á Bobadilla, los altos poderes de que estaba investido para inspeccionar lo que allí pasaba y dictar las medidas más convenientes á la terminación de las luchas intestinas que devoraban la colonia, ensanchando el ánimo mostraron una alegría inmensa, y corrieron en botes y canoas á saludar á aquel redentor, seguros de que, embriagándole con el incienso de su adulación, conseguirían ponerle de su parte, aunque para alcanzarlo tuvieran que pagar con la más negra ingratitud al que hasta entónces tantas pruebas de interés y de afecto les había dado.

Bobadilla quiso, ántes de saltar en tierra, oír á aquellas personas que francamente iban á ponerse á sus órdenes, y el

resultado de aquella entrevista fué confirmarle, no en su creencia, sino en su opinión, de que lo mejor que podía hacer era considerar al almirante como un enemigo de su persona, usar y hasta abusar de sus poderes, y apresurar su triunfo.

Los que volvían de las carabelas hacían en público los mayores elogios de Bobadilla.

—¡Gran confianza deben tener los reyes en él, cuando le han encargado misión tan delicada! decían unos.

—¡Y qué afable, qué recto, qué justiciero parece! exclamaban otros.

—¡Con qué atención nos ha escuchado!

—¡A todos nos ha tendido la mano con la mayor afabilidad!

—No hay duda, abriga los mejores deseos en nuestro favor.

—Gracias á él, podremos dar por terminados nuestros trabajos.

—El destruye las horcas.

—Así nos evitará ese espectáculo horroroso.

Y algunos, por lo bajo, añadían:

—Lo que es el almirante y sus hermanos, han concluido ya.

No podía Bobadilla llegar más á tiempo para destruir la obra que tan supremos esfuerzos había costado á Cristóbal Colón.

Al día siguiente de su llegada á Santo Domingo, con toda su comitiva de gala desembarcó, y sin pedir permiso al gobernador de la colonia, se dirigió á la iglesia para oír misa.

Hallábanse en el templo Diego Colón, Rodrigo Pérez, lugarteniente del almirante, y casi todas las personas más notables de la colonia.

Oyeron todos la misa, y al acabarse, sin cumplir siquiera las fórmulas de la cortesía, sin contar para nada con Diego Colón, salió Bobadilla acompañado de los suyos, se colocó en

la puerta de la iglesia, en donde no tardaron en reunirse todos los habitantes de Santo Domingo, y dió orden al pregonero para que leyese las reales cédulas que le autorizaban para investigar las causas de rebelion, juzgar á los verdaderos motores de ella, secuestrar las propiedades de los delinquentes, y proceder contra ellos con todo el rigor de la ley, mandando al almirante y á las demas autoridades que le ayudasen en tan difícil tarea.

Asistió á esta lectura Diego Colon, y no sabia qué partido tomar, cuando acercándose á él Bobadilla, le dijo:

Ya lo habeis oido, tengo que cumplir una mision, y los reyes os mandan apoyarme. Es necesario que inmediatamente me entregueis á los reos que están en el fuerte de Santo Domingo esperando el momento de subir al cadalso. Deseo tambien que los que han acusado se presenten á mí para formular de nuevo sus acusaciones.

A pesar de la debilidad de carácter del hermano menor de Colon, sintió humillado el derecho del almirante, y contestó con alguna entereza á aquellas peticiones.

—Las personas que quereis que os entregue, le dijo, han sido encarceladas y juzgadas por el almirante, cuya autoridad en estas tierras es superior á la que podais tener. Miéntras él no me mande que os las entregue, por más que lo sienta mucho, me veo obligado á responder á vuestras órdenes con una negativa.

—Ved lo que haceis, exclamó Bobadilla.

—Hubiera debido pedirlos, ántes de consentiros penetrar en la colonia, la autorizacion que os da derecho á entrar aquí sin el permiso del almirante; pero os perdono esa fórmula, y ya que habeis dado cuenta á todos los habitantes de ese documento que os acredita aquí, os pido copia de él para enviarle al almirante, á fin de que resuelva lo que crea oportuno.

—Si no teneis autoridad bastante para obedecer mis órdenes, es inútil que os entregue la copia que me pedís, y siento mucho que no deis crédito á mis palabras, que no accedais á mis deseos, porque me poneis en el caso de mandar dar lectura á otra cédula real, por la cual os convencereis de que mi mando no es sólo superior al vuestro, sino al del almirante, porque sus majestades me han nombrado gobernador de toda la isla.

Los circunstantes escucharon con asombro aquella determinacion.

Pero confiando en que don Diego le obedeceria, aplazó hasta el dia siguiente la lectura de aquel documento.

Todos los habitantes de la colonia hicieron los mayores comentarios acerca de la influencia de Bobadilla.

No sólo habia recibido el encargo de examinar la conducta de Colon, sino el de despojarle del mando y reemplazarle en él.

No habia duda; la estrella de Colon se habia eclipsado, y empezaron á reconocer en Bobadilla á su nuevo jefe.

Al dia siguiente en la misma puerta del templo mandó leer Bobadilla la real cédula por la que le nombraban gobernador de la isla y tierra firme, y despues de dar cuenta de la real voluntad, exigió el nombramiento acostumbrado á los habitantes de la colonia, mandando, en virtud de aquella autoridad de que estaba investido, que le entregasen inmediatamente los presos.

Muchos de los colonos se apresuraron á jurar obediencia.

Pero Diego Colon y Rodrigo Perez:

—Gran fuerza tienen para nosotros, exclamaron, las órdenes de sus majestades; pero los soberanos han concedido poderes más supremos al almirante, y miéntras no le despojen de ellos, nuestro deber es acatarlos; no podemos prestaros juramento.

—Tened en cuenta el desacato que cometeis.

—Dispensadnos que no demos entero crédito al documento que acabais de mandar leer. No es posible que soberanos tan excelsos como los que rigen los destinos de España hayan podido olvidar ni un momento las consideraciones que deben al gran conquistador de estas tierras; y mientras no le destituyan, lo cual sería atropellar los derechos que legítimamente ha adquirido, nos negamos á obedecer.

Esta respuesta irritó profundamente á Bobadilla.

Mirando en torno suyo, observó que la mayor parte de los circunstantes parecían dudar de la autenticidad de los documentos que habia mandado leer, y necesitando adquirir pronto el prestigio entre aquella gente:

—Conste, dijo, que he querido tratar al almirante con las mayores consideraciones, que vuestra falta de obediencia me obliga á hacer uso de todos los poderes que he recibido, y para que veais que me debéis completa sumision, oid otra real cédula, que no os dejará duda.

Y mandó al pregonero que leyese en seguida el documento en que los reyes ordenaban á Colon y á sus hermanos que entregasen á Bobadilla todas las fortalezas, buques y demas efectos de la propiedad de la corona.

El momento era decisivo, y Bobadilla quiso tener á su lado á toda la poblacion.

—Como complemento de esta disposicion de los reyes, dije anuncio á todos que vengo autorizado para pagar inmediatamente los atrasos á los servidores del rey, y para obligar asimismo al almirante á que pague á su servidumbre las cantidades que le adeude.

Una salva de aplausos acogió este anuncio.

La balanza se habia inclinado en favor del agente de los enemigos de Colon.

Ante la idea del lucro, callaron todas las consideraciones

Bobadilla empezaba á ser popular.

Animado con este triunfo, exigió de nuevo que le entregasen los prisioneros, y aseguró que si no se obedecian entonces sus órdenes, se apoderaria de ellos por la fuerza.

—Haced lo que gustéis, dijo Diego Colon; pero nos resistiremos siempre, porque no podemos creer en la autenticidad de esos documentos que acreditarian la más horrible de las ingratitudes.

—Bien está, dijo Bobadilla; yo os haré ver si tengo ó no derechos para ser obedecido.

Y dejando en la mayor angustia á Diego Colon, y en la mayor perplejidad á los que todavía no se habian decidido á unirse al nuevo jefe, partió con sus soldados y con no pocos de los que hasta entonces habian servido á Colon, con ánimo resuelto de apoderarse de los prisioneros que estaban custodiados en la fortaleza de Santo Domingo.

CAPITULO LXXXIII.

Leales y traidores.

MIGUEL Diaz, el esposo de la reina de Hayna, el descubridor de aquellas ricas minas, á quien en cierto modo se debia la fundacion del fuerte de Santo Domingo, desempeñaba las funciones de alcaide de la fortaleza.

Feliz con el amor de Catalina, y agradecido à las mercedes que le habia otorgado Colon, era uno de sus más fieles servidores.

Habia tenido noticia de la llegada de Bobadilla, y tanto para defender la fortaleza, como para evitar á sus soldados enterarse del objeto de la llegada de aquel hombre, mandó cerrar las puertas y se negó á abrirlas cuando llamó á ellas el nuevo gobernador de la isla y le intimó la rendicion.

Miguel Diaz apareció en las almenas.

—No os reconozco para nada, contestó á las intimaciones de Bobadilla.

Este dispuso entónces que se leyesen las reales cédulas, y una vez terminada la lectura, pidió la entrega de los presos.

—Tened la bondad de darme copia de esos despachos, dijo Miguel Diaz, y obraré entónces con arreglo à mi deber.

—La situacion es crítica, contestó el emisario de los reyes, no hay tiempo que perder; los presos están sentenciados á muerte, podeis muy bien apresurar su castigo, yo no se aún si son inocentes ó culpables, y necesito á toda costa que me los entregéis inmediatamente.

—Siento infinito no poder complaceros; pero sólo en vista de una orden del almirante puedo obedeceros.

—¿Eso quiere decir que deseais que emplee la fuerza?

—Lo sentiria en extremo, contestó tranquilamente Miguel Diaz.

—Pues la emplearé si no acatais mis órdenes, y vos sereis responsable de lo que suceda, replicó Bobadilla.

—Dadme una copia de los despachos: yo soy alcaide de la fortaleza en nombre del rey, por orden del almirante, que ha ganado estas islas y territorios, y sólo á él debo obediencia.

—¿Con que os negais?

—Me niego.

—Bien está; pero si se derrama sangre la culpa será vuestra.

Partió con los suyos, y á muy corta distancia les preguntó si contaba con su apoyo para desalojar la fortaleza.

No hubo uno que no le prometiese su concurso.

—Como conviene evitar la efusion de sangre, añadió Bobadilla, sólo en caso de que se resistan haremos uso de las armas.

Esta última medida acabó de captarle las simpatías de todos.

Como si se tratara de tomar una gran fortaleza, llegó armado de escalas al pié de aquel insignificante fuerte, que no tenia más objeto que resistir el empuje de los indios, gente desnuda, sin pericia, sin armas.

La puerta, cerrada con débiles cerrojos, cayó en seguida á los golpes de los parciales del nuevo gobernador.

—Pero no por eso dejaron de lucirse los que llevaban escalas. Arrojàndolas á las almenas, subieron por ellas y penetraron por distintos lados y á un mismo tiempo en la fortaleza.

Ninguna resistencia opusieron Miguel Diaz y Don Diego de Alvarado, únicos que se presentaron á los agresores.

Llevaban la espada desnuda; pero no hacian uso de ella. Bobadilla dispuso su arresto, y penetrando en el calabozo donde estaban los prisioneros, los entregó al cuidado del alguacil Juan de Espinosa.

Este fué el primer acto del pacífico investigador que habian enviado los reyes à la Española para que calmase las pasiones, restableciese la justicia y enmendase los involuntarios errores del almirante, tratando à éste y à los que estaban à sus órdenes con las mayores consideraciones.

No podia haber abusado más de lo que lo hizo de la confianza que habian depositado en él los soberanos.

Arrojada la máscara, no podia ser más de lo que fué.

La tea de la discordia encendió de nuevo las mezquinas pasiones en los otros parciales que la energía de Colon acababa de sofocar.

Pero no fué esto solo.

Dejó el papel de investigador por el de desfacedor de agravios.

Se apoderó de la morada del almirante, secuestró sus armas, sus joyas, sus libros, sus caballos, sus escritos, hasta lo más secreto; pagó con esta confiscacion à los acreedores del almirante, y hollando todos los derechos, y deseando que rodease à aquellos crímenes el aura popular, al dia siguiente de su fácil triunfo en el fuerte de Santo Domingo, anunció que concedia licencia à todos los colonos para que buscasen oro y lo aprovecharan durante veinte años, sin dar al gobierno más que la undécima parte en vez de la tercera que hasta entónces les habia exigido el almirante.

En cuanto à Colon:

—Pronto, muy pronto, dijo à los que le seguian, le vereis volver à España cargado de cadenas, y yo os prometo que ni él, ni algun otro de su estirpe, podrá jamas gobernar la isla.

El almirante ha cometido grandes errores, grandes faltas y ha llegado por fin para él la hora de la expiacion.

La Providencia tiene secretos inescrutables.

¿Cómo era posible que acabase de aquel modo el hombre glorioso, à quien sólo su amor à la ciencia y à la humanidad habian impulsado à arrancar al Océano sus más peligrosos secretos?

CAPITULO LXXXIV.

Donde se ve cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazón.



MIENTRAS que los sucesos que acabamos de referir ocurrían en la isla de Santo Domingo, Roldan por una parte, y el adelantado por otra, perseguían á los rebeldes en el departamento de Xaragua, en tanto que Colon permanecía en la pequeña colonia que en Bonaio habian fundado los españoles, á quienes se les habian repartido tierras en aquella comarca.

Era al anochecer.

Los últimos rayos del sol, que caminaba á sepultarse en las aguas del Occidente, imprimían al horizonte un aspecto melancólico.

Volvían los trabajadores del campo, en donde durante el día habian cultivado la tierra.

A lo léjos se escuchaban los plañideros sonidos de los arcos que cantaban los indios para olvidar su esclavitud.

Todo era triste, todo era sombrío.

Parecía que en todas partes se reflejaba la amargura que experimentaba el corazón de aquel hombre, de aquel genio, que presentía el porvenir, y era que Colon se hallaba en uno de esos instantes de la vida en que cae el alma en el desaliento, en los que lo ve todo negro, en los que parece que se abre á sus piés la fosa que ha de guardar para siempre sus ilusiones y sus esperanzas.

¡Con qué intensidad pensaba en sus hijos!

¡Con qué afán traía á su memoria los recuerdos de los dos ángeles que habian endulzado las horas de su vida: Felipa y Beatriz!

¡Cómo veía en su imaginación la figura de fray Pedro Antunez, que tan bueno habia sido para él!

¡Cómo recordaba las palabras de Diego de Deza para impulsarle en su empresa, haciéndole ver la gloria que le reservaba el porvenir!

Pero por más que quería borrar los tristes colores del horizonte, recordando los alegres matices que le habian sonreído en los momentos de su apogeo, la pesadumbre de su alma se interponía entre su deseo, y puede decirse que en aquellos momentos no habia en su corazón más que melancolía.

Ojeda, uno de sus más valientes capitanes, habia aspirado á usurparle su gloria; y habia conseguido licencia de los reyes para hacer exploraciones atentatorias á sus derechos, porque habian otorgado á Colon el privilegio exclusivo de descubrir tierras.

Después de haberse alejado de la costa, otras carabelas habian tocado en ella, y habia sabido, con profundo pesar, que uno de los Pinzones, hermano de aquel que murió bajo el peso del remordimiento, de aquel que habia sido su primer enemigo en el Nuevo Mundo, se lanzaba á empresas como las suyas.

Pero ¿qué eran estos pesares, que podían herir su amor propio, no su codicia, porque no deseaba más que la gloria?

¿Qué era aquella imposibilidad que veía de realizar sus propósitos, los propósitos que le habian inspirado en el campamento de Granada los frailes que habian llegado allí desde Jerusalén para pedir la protección de los reyes, para arrancar de las manos de los idólatras el Santo Sepulcro?

Nuevos disgustos iban á poner á prueba su asombrosa resignacion, su imponderable heroismo.

Un inesperado suceso fué á sacarle de su meditacion.

Uno de sus escuderos, que habia ido á Santo Domingo al servicio de su hermano don Diego, llegó al sitio donde estaba Cristóbal Colón acompañado de un paje que acababa de llegar á la colonia á las órdenes de Bobadilla.

La llegada de estas dos personas le sorprendieron.

El escudero se adelantó y le entregó una carta de su hermano.

«Ocurren grandes desgracias, le decia Diego. El paje que acompaña al escudero te enterará.

«Espero inmediatamente tus órdenes.»

Colón miró al paje y se sorprendió.

No era la primera vez que veia aquel rostro.

Alarmado Colón, entró seguido del paje en una habitacion de la casa donde se hospedaba, y los dos quedaron solos.

—¿No me habeis reconocido? exclamó el paje. No me extraña. ¡He sufrido tanto desde que no nos vemos!...

Colón fijó una penetrante mirada en su interlocutor.

—¿Vos aquí, Isabel? exclamó, reconociendo en el paje á Isabel Monteagudo.

—Sí; yo que he venido espiando á vuestro enemigo, porque no soy ingrata, porque no he olvidado los beneficios que os debo, porque al quedarme sola en el mundo, sin más esperanza ni más deseo que la muerte, juré consagrar toda mi vida á velar por vos, y he venido á cumplir mi palabra.

—Hablad, hablad; no sé qué triste presentimiento me dice que son inmensas las desgracias que me amenazan. ¿Habeis hablado con mi hermano?

—Sí, le he descubierto quién soy, y he venido con vuestro escudero á daros cuenta de lo que pasa.

—No demoreis un instante vuestra explicacion. ¡Hablad, hablad por Dios!

—Vuestros enemigos de España, dijo Isabel, han realizado sus deseos. Ya recordareis que yo estaba al servicio de ellos para poder saber los planes que meditaban contra vos. El obispo Fonseca, explotando los sentimientos de los reyes, ha fraguado la intriga que ha dado por resultado la llegada á la colonia de don Francisco Bobadilla, el cual ha venido á arrojaros de ella, á apoderarse del gobierno, y á presentaros en la corte como la causa de todos los desastres que han ocurrido en la isla.

—¿Es posible eso?

—Sí; el rey, empeñado en luchas que absorben crecidas cantidades, tiene vivos deseos de que estas tierras produzcan lo bastante para cubrir sus atenciones. Sabe que hay oro, mucho oro en ellas, y vuestros enemigos le han hecho creer que vuestra codicia y vuestros desaciertos son la única causa de los exiguos resultados que da la posesion de estos países, al mismo tiempo que han presentado á los ojos de la reina, como una indignidad de vuestra parte, el permiso que habeis concedido á muchos de los colonos que han vuelto para llevarse indios en calidad de esclavos; y de comun acuerdo los monarcas, por instigacion de Fonseca, han nombrado á don Diego Bobadilla para que inspeccione vuestra conducta, para que examine la situacion de la colonia, para que juzgue las causas de la rebelion, para que condene á los culpables, y en todo caso, para que os destituya y tome á su cargo la gobernacion de la isla.

—Mentira me parece que hayan podido dar los reyes semejantes órdenes.

—Hace unos cuatro dias que hemos llegado. Yo he conseguido, gracias á mi disfraz, volver en calidad de paje de vues-

tro enemigo, y he venido á anunciaros lo que pasa, para que os dispongais á contrarestar la influencia de ese hombre.

—¿Y cómo, si tan autorizado viene por los reyes?

—Es cierto: trae los más amplios poderes, y ya ha abusado de ellos. En vano ha tratado de negarse don Diego vuestro hermano á respetar sus órdenes; en vano ha protestado contra todos sus actos. Lo primero que ha hecho ha sido mandar leer en público las reales cédulas que le autorizan á intervenir en todos los negocios de la gobernacion de la isla. Ha pedido que le entreguen los presos. Al ver que se oponian á su mandato, ha forzado las puertas de la fortaleza de Santo Domingo, ha penetrado en ella, ha arrestado á sus jefes, y ha puesto á su disposicion á los reos. No satisfecho, y autorizada por otra real cédula para pagar inmediatamente á los colonos y obligaros á que saldais las cuentas con vuestros servidores, ha secuestrado vuestros bienes, ha entrado en vuestra casa y se ha apoderado del oro, joyas, escritos, de cuanto poseeis, y contando con el concurso de todos aquellos á quienes ha favorecido, de los mismos rebeldes á quienes ha ofrecido proteccion, seguro de que los tendrá á su lado contra vos, puede decirse que á estas horas no teneis ni un solo amigo.

Colón escuchó estas noticias con profundo abatimiento.

—¿Es posible, exclamó, que un hombre como yo, que ha pagado tan caros los beneficios de la suerte, se vea en el ocaso de su vida preso en las redes de viles cortesanos, y herido de muerte con la envenenada espada de la calumnia?

Yo os agradezco las pruebas de lealtad que me habeis dado; pero creedme, Isabel, más me valia haber ignorado todo esto hasta el momento mismo en que ese infame se apoderase de mi persona para ofrecerme el triste espectáculo del castigo que me prepara.

—¡Oh! No, no desmayeis de esa manera. Es infame, y por

lo mismo cobarde. Aunque la envidia ha formado en torno vuestro gran número de enemigos, la envidia reconoce el mérito, y aún podreis encontrar entre los españoles, entre los indios, elementos bastantes para destruir la obra que por sorpresa ha logrado llevar á cabo Bobadilla. Sí, yo creo que aún podeis reunir un ejército bastante para sofocar esta nueva rebelion, para hacer pasar á los ojos de todo el mundo á Bobadilla como un usurpador de atribuciones, como un aventurero; y en todo caso, enviarle á España en una carabela colgado de un palo, para que vean los reyes cómo tratáis á los que quieren humillaros, á los que vienen á romper los sagrados convenios que habeis firmado con los monarcas de España.

—No, no es ese el camino que me traza el deber. La razon está de mi parte, la razon no es la fuerza, no es la venganza. Gracias, Isabel, gracias por los buenos deseos que os inspira mi suerte. Pero yo confio en la Providencia. Yo sé que pone á prueba á sus hijos predilectos; yo sé que cuando acerca el cáliz de amargura á los labios de un hombre, es para abrirle los brazos y ofrecerle su gracia despues. Volved al lado de vuestro nuevo amo; que no descubra vuestro secreto, porque podria castigaros. Yo sé lo que debo hacer: estoy tranquilo, quizás una nueva desgracia va á acabar de purificar mis pecados, va á consolidar la gloria que se ha servido Dios concederme.

—Ved lo que haceis, dijo Isabel, que admiraba á Colón y estaba dispuesta á sacrificarse por él; si Bobadilla perece, todas las cosas volverán á su estado, y yo, que he roto ya los lazos que me ligan á la tierra; yo que moriria contenta por vuestro bien, puedo libraros de su presencia.

—Callad, callad, y renunciad á ese fatal propósito. Si quereis servirme, si quereis que sea grato á mi corazón vuestro recuerdo, respetadle y obedecedle: ahora partid, pudiera ave-

riguarse que habeis venido á verme, y no os lo perdonarian nuestros enemigos.

Isabel partió.

Conociendo las intenciones de Bobadilla, creyó que aún necesitaba vivir para ser útil á su protector.

Colon halló todavía en su alma resignacion, valor, energia, para soportar aquel nuevo infortunio.

—No es la fuerza la que debe oponerse á la fuerza, dijo; luchar con las fieras es ser fiera tambien.

La Providencia es quien debe juzgarme.

A pesar de los actos de Bobadilla, no podia creer que estuviese autorizado por los reyes para relevarle.

Aquel cambio tan repentino en la conducta de los soberanos era inconcebible.

La gran reina Isabel no podia haber enviado á la isla un verdugo para que le juzgase.

Aguardó, pues, á saber de una manera oficial la llegada de Bobadilla, para resolver el difícil problema de su situacion.

CAPITULO LXXXV.

El colmo de la infamia.



UANTO más meditaba Colon sobre los últimos sucesos de que habia sido teatro Santo Domingo, más se convencía de que los reyes no habian podido autorizar á cometer aquellas agresiones á su gente.

Pensaba que á lo sumo le habrian autorizado á ejercer las funciones de primer justicia, accediendo á los deseos que les habia manifestado varias veces, pidiéndoles que enviasen á la isla una persona autorizada para aplicar la ley en los casos necesarios.

Los abusos que habia cometido Aguado le hacian suponer que Bobadilla se habia extralimitado, y bajo este supuesto quiso obrar con mesura para que contrastase su conducta con la de aquel hombre, que de ninguna manera podria tener una autoridad igual á la suya.

No tardó Bobadilla en enviarle un emisario para noticiarle su llegada, y leer en su presencia las reales cédulas en virtud de las cuales obraba.

Al mismo tiempo, por orden suya habian salido otros á recorrer toda la isla con el objeto de que en todas partes fuese acatado Bobadilla.

El almirante, simulando que ignoraba todo lo que habia ocurrido, se limitó á escribir á Bobadilla dándole el parabien por su llegada á la isla, y aconsejándole que no dictase providencias violentas, sobre todo en lo relativo á los derechos

concedidos á los colonos para acopiar oro; esto en vista de la medida que habia dictado, concediendo permiso por veinte años á los españoles residentes en la isla, para buscar aquel metal, sin más contribucion que la undécima parte de lo que cogiesen.

Por lo demas, le manifestaba que se alegraba de su venida, puesto que él tenia grandes deseos de volver á España, y entónces aprovecharia la ocasion de realizarlo, toda vez que quedaba en la isla una persona de tanta confianza para los reyes.

Celebró la llegada de los misioneros, y les dirigió cartas sumamente afectuosas.

Ninguno respondió á ellas, y Bobadilla, en vez de contestar, aprovechó las firmas en blanco que le habian dado los reyes para dirigirlas á los más encarnizados enemigos de Colon; y entre ellos á Roldan, ofreciéndole en cambio de su apoyo toda clase de proteccion.

Esto acabó de destruir la influencia del almirante.

Viéndose éste completamente abandonado, publicó un edicto, manifestando que los poderes de Bobadilla no podian ser válidos ni legales, toda vez que los reyes le habian concedido á perpetuidad facultades amplias para gobernar aquellos países.

Poca fuerza tuvo este documento.

Los emisarios de Bobadilla recorrian la isla, y los mismos jefes de las fortalezas se agrupaban en ellas, formando el vacío en torno de Colon y de sus hermanos.

Grande era la resignacion del almirante.

Pero en honor de la verdad, hay que convenir en que hacia un inmenso sacrificio.

Habia llamado á sus hermanos para conferenciar con ellos y resolver de comun acuerdo el partido que deberian tomar.

Antes de que llegaran, se presentaron en Bonao el fraile franciscano Juan de Trassierra y Francisco Velazquez, tesorero de la expedicion de Bobadilla, y le entregaron en nombre de éste la real cédula firmada por los reyes en 26 de Mayo de 1499, mandando á todas las autoridades dar fe y prestar obediencia á Bobadilla.

—No seré yo, dijo Colon, quien desobedezca órdenes tan terminantes.

—Ved ademas, dijo Velazquez, la órden que en virtud de sus atribuciones os envía el nuevo gobernador.

En términos severos, mandaba Bobadilla al almirante que se presentase inmediatamente en Santo Domingo.

Aquella carta le hirió más que el desengaño que sufría de los reyes, y llamando á uno de sus criados:

—Mi caballo, exclamó.

Y antes de que pudieran llegar los portadores de aquella órden, se presentó á Bobadilla.

¡Qué amargura debió experimentar al ver á su enemigo rodeado del prestigio, de las atenciones, de la adulacion, en fin de todos los que ántes le habian obedecido y venerado!

Los colonos, acusando é injuriando al ilustre marino, ganaban terreno en el ánimo de Bobadilla.

Las conversaciones que con él tenian eran todas calumniosas para el almirante.

Al recibir aviso de que Colon se acercaba, como si tratara de dar una batalla á aquel hombre que iba solo, hizo grandes preparativos, llamó á sus tropas y decretó instantáneamente la prision de don Diego, para que no pudiera prestar ayuda á su hermano.

Don Diego se dejó conducir con grillos á bordo de una carabela sin exhalar una sola queja.

No pensaba Bobadilla que se presentaria Colon tan pronto y sin gente alguna.

El almirante llegó á Santo Domingo, y todos aquellos antiguos servidores suyos que encontró al paso bajaron la vista atemorizados más aún que si volviera con un numeroso ejército.

Y es que Colon tenia un soldado en la conciencia de cada uno de aquellos hombres.

Bobadilla supo instantáneamente su llegada, y no tuvo valor para presentarse á su vista.

El almirante llegó á la puerta de su antigua morada, ocupada entónces por el nuevo gobernador.

Con dignidad pero con acento tranquilo, pidió á uno de los criados que le anunciase su llegada.

La curiosidad llevó á casi todos los colonos á los alrededores de la morada de Bobadilla.

Colon esperaba á la puerta la voluntad de aquel usurpador.

Cada vez que dirigia sus ojos en torno suyo y los fijaba en alguno de los colonos, los veia humillados, avergonzados, soportando un dolor mucha más grande que el que él sufría.

Al cabo de algun tiempo se presentó un capitán de los que habian llegado con Bobadilla, y le dijo:

—Mi señor no puede recibiros; pero en vista de los cargos que resultan contra vos en las investigaciones que ha hecho, me manda que os arreste y que os conduzca á la fortaleza de Santo Domingo.

Nadie esperaba aquel acto.

Un sordo rumor se escapó de la concurrencia, rumor que parecia una protesta.

—Cumplid las órdenes que habeis recibido, Dijo Colon con mansedumbre, entregando su espada al capitán.

El capitán, que habia recibido las instrucciones necesarias para llevar á cabo aquel infame atentado, dió una orden, y no



Le remachó los hierros en medio de la consternación general.

tardó en presentarse con grilletes uno de los soldados de Bobadilla.

Los grilletes horrorizaron á todos los circunstantes.

Ninguno de los soldados se atrevió á ponérselos.

—Acercaos á mí, no temais, decia tranquilamente Colon; cumplid las órdenes que os han dado; la obediencia es lo primero.

Pero movidos unos por compasion, y acosados otros por los remordimientos, se negaron abiertamente á cumplir aquella órden.

En esto estaban cuando, presentándose á la puerta de la casa Roldan, que acababa de conferenciar con Bobadilla, y que se habia entregado á él por completo:

—Por inmenso que sea nuestro pesar, dijo, no tenemos más remedio que acatar las órdenes de los reyes. Don Francisco de Bobadilla es su representante; él nos ha mandado apresar y encadenar al almirante. ¿No os atreveis á obedecerle? Yo le obedeceré.

Aquel infame hombre, que tantos beneficios habia recibido de Colon, que últimamente habia obtenido su perdon y parecia ser uno de sus más leales servidores, sin atreverse á alzar los ojos, porque el almirante le miraba con una serenidad que helaba la sangre en sus venas, le remachó los hierros en medio de la consternación general.

—Decid á Bobadilla, dijo Colon al capitán, que proponga á los reyes para un gran premio á Roldan por el servicio que acaba de prestarles.

Con los grillos puestos, sin desmayar un solo instante, sin que una lágrima nublaste sus ojos, sin que una sombra apareciese en su frente, avanzó en medio de la muchedumbre, que bajaba las ojos aterrorizada, hasta la fortaleza de Santo Domingo, con la cabeza descubierta y ostentando las plateadas

cans que en el servicio de los que le trataban de aquel modo habia adquirido prematuramente.

Ya tenia en su poder Bobadilla al almirante y á su hermano Diego.

Pero Bartolomé era temible, y contaba con tropas que se hallaban á su servicio en el departamento de Xaragua.

Una sola indicacion bastó para que el almirante escribiese á su hermano, mandándole someterse á Bobadilla.

Bartolomé obedeció.

Abandonando su ejército se presentó en Santo Domingo, y tambien fué cargado de cadenas y conducido á bordo de otra carabela.

Los tres hermanos estaban separados, y no les permitian comunicarse unos con otros.

En vano quisieron ver á Bobadilla.

Aquel hombre infame no se atrevió á comparecer en su presencia, ni permitió que nadie les visitase.

A las preguntas que hacia Colon acerca de las causas que habian motivado su prision, respondian siempre con el silencio.

—No hay duda, pensó el ilustre marino, héroe de esta historia, este hombre infame va á acabar con mi vida. ¡Tal vez levantan en este instante el cadalso en donde va á sacrificarme! Cúmplase la voluntad de Dios, si ha resuelto que concluya mis dias de este modo.

Las armas de la envidia no habian podido herirle con más ensañamiento.

Al cabo de algun tiempo, oyó ruido en la puerta de su prision.

Uno de los misioneros entró en su calabozo.

—Se acerca mi última hora, pensó.

Y con angelical resignacion, llena el alma de fe!

—¡No, no, dijo; la Providencia vela por la virtud!

¿Se habia levantado, en efecto, el patíbulo para él en aquellas tierras que habia descubierto y que tanta gloria habian dado à su nombre.

¿Era posible que la Providencia permitiese semejante horror?

Era imposible.

FIN DEL TERCER TOMO.

NOTAS DEL TERCER TOMO

(A) "Sensible es, dice Washington Irving, que empañase Colon su brillante nombre con accion tan fea: es triste ver la cara gloria de sus empresas oscurecida con violacion tan fragante de los derechos de la humanidad.

"Las costumbres de aquellos tiempos son su única excusa.

"Los españoles y los portugueses habian sentado desde mucho tiempo este procedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las más ricas fuentes de sus ganancias.

"En efecto: la más alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad de la Iglesia misma; pues los más doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras ó infieles que cierran sus oídos á las verdades de la cristiandad, son objeto de guerra y de rapiña, de cautiverio y de esclavitud.

"Si hubiese Colon necesitado ejemplos y demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, quien en las últimas guerras contra los moros de Granada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendia obrar solo por la gloria y progreso de la fe.

"En aquella guerra santa, como solian llamarla, era práctica comun hacer entradas por tierra de moros y llevarse *cabalgadas*, no solo de ganados, sino de hombres, y no precisamente de los que se habian hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños y desvalidas mujeres, quienes iban al mercado de Sevilla, ó de la ciudad grande, y se vendian como esclavos.

"Suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, despues de la cual, para castigo de una obstinada defensa, que deberia haber causado admiracion en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos y de todas condiciones y edades, muchas de

ellas de la más fina educación, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á la esclavitud aun despues de haber pagado ya la mitad de su rescate."

Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colon. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servia.

Las Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovechaba todas las ocasiones para clamar vehementemente contra la esclavitud, habla de Colon sobre este punto con la mayor indulgencia.

"Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes tomaron los reyes por guías é instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el almirante la ignorase tambien?"

(B) Cuadrúpedo pequeño como el gazapo, con el hocico agudo y las orejas tan pequeñas y tan unidas á la cabeza, que parece que no las tiene. Carece de cola. Sus patas son muy delicadas, blancas como el armiño, ó negras como el ébano. Es muy manso, muy bello, y tiene la ligereza de la gacela.

(C) Este era un arroyo de los más importantes de la isla. Pasando por la ciudad de Bonao, camina á perderse en el mar por el Norte. Despues de la conquista se cubrieron sus orillas de palacios, porque era uno de los sitios más pintorescos de la isla.

(D) Arbol que produce un fruto semejante á las moras, con el que fabrican una bebida, cuya principal propiedad es hacer engordar á los que la toman.

(E) Especie de lanza hecha de palmera, de corbana ó de hicana, de tres dedos de ancho y dos varas y media de alto, que blandian los indios con las dos manos.

(F) *Legendas americanas* de Güell y Renté.

(G) Arbol muy grande, cuyo fruto es amarillo como la ciruela. Los indios hacian una infusion con su corteza y se bañaban con ella para reanimar las fuerzas de sus miembros. Tambien dormian á su sombra para curarse de las enfermedades nerviosas. Este árbol no tiene hojas más que en la primavera. Cuando carecian de agua los indios, cogian sus raíces y apagaban su sed chupándolas.

(H) La más delicada y la más dulce de las raíces, de la clase de la,

patatas y de la familia de las cebollas, que se compone de atibianex, guaracas, guacaraicas, y guanenagas. Los indios las comian cocidas ó asadas.

(I) Banco que hacia entre ellos las veces de reclinatorio. El él se sentaban los caciques para entregarse á sus oraciones.

(J) El Ozama y el Neira son dos arroyos. El Ozama se pierde en el mar del Sur, atraviesa la ciudad de Santo Domingo, procedente del Norte, en donde tiene su origen, y recibe á cosa de una legua ántes de la ciudad el gran rio Isabela, que viene desde el Nordeste. Su profundidad es de cuatro brazas.

El Neira atraviesa la ciudad de Maguana, y en sus aguas es donde se pesca el manatí.

(K) El jaruma es un gran árbol de muchas y espesas hojas, mucho más grandes que las de la higuera. Su fruta es muy dulce; los indios la comian, y curaban sus heridas con el jugo. Sus hojas son por un lado de un color verde claro y por el otro casi blancas.

El xagua es un árbol muy alto y muy recto. Con sus ramas formaban sus lanzas los indios. Su fruto es el del volúmen de la adormidera. Se saca de él un agua trasparente, con la que los naturales se untaban las piernas y el cuerpo cuando estaban cansados. Esta agua tiene la propiedad de apretar las carnes y de teñirlas de un negro que dura muchos dias. Los indios se teñian con ella cuando iban á pelear, y lograban dar á su cutis el color y el brillo del azabache.

El copeye es un árbol muy grande y muy duro, en cuyas hojas grababan los indios ciertos signos, con los que, por decirlo así, escribian sus memorias. En los primeros tiempos de la conquista, las emplearon los españoles en reemplazo del papel.

El majagua es un árbol gigantesco, de hojas verdes, frescas y anchas. Su fruto tiene la forma de la aceituna y el sabor de la cereza.

El guacnax es un árbol de las dimensiones del peral. Su hoja es muy parecida á la del granado, su tronco está lleno de savia, y con sus ramas se hacen teas muy buenas. Cocidas en agua, producen una especie de aceite, que contiene la sangre y cura las heridas de arma blanca. Tambien cura los tumores frios.

El macagua, por último, es un árbol cuya hoja se parece mucho á la del madroño, aunque es más pequeña y menos verde. Produce una

fruta pequeña, de un color semejante al ànbar. La infusion de sus hojas cura toda clase de granos, los accesos y las llagas.

(L) El tocororo, es un pájaro precioso, de color verde tornasolado, con cabeza y collar escarlata, ó azul oscuro y blanco.

(LL) Hierba olorosa y fresca, que apénas sale de la superficie de la tierra. Produce flores grises muy pequeñas y bonitas, que son símbolo de amor.

(M) Reproducimos casi al pié de la letra, traduciéndolas del frances, estas palabras que atribuye el Sr. Güell y Renté en sus bellísimas *Legendas americanas* à Anacaona, porque no encontramos otras más expresivas, nada que dé mejor à conocer el carácter y el espíritu de aquella desgraciada reina, que ha encontrado un intérprete digno en el inspirado poeta. Al mismo tiempo que en su libro, hallamos en la historia de los indios y en algunas otras obras la descripción de los árboles, aves y objetos que poseían los indios, con el fin de completar el cuadro que estamos trazando con tan bellos detalles.

(N) Plaza destinada à los juegos de pelota, à que eran muy aficionados los indios. Las pelotas las hacían con resina al fuego, y eran más elásticas que las que se emplean en Europa. En estas mismas plazas se cantaban los areibas y arcitos, especie de canciones destinadas à narrar los acontecimientos de la historia que los ancianos enseñaban à las vírgenes y trasmitian de generacion en generacion.

(Ñ) Especie de vaso hecho con el fruto del higuero, el que llenaban de magüey, bebida que los sacerdotes indios tomaban para recibir la inspiracion de los tzimes.

(O) El Padre las Casas en su *Historia de las Indias*.

(P) Pan blanco que extraian los indios de una raíz llamada ipatex. La molian con dos piedras, la pasaban por un tamiz, y solo conservaban la sustancia farinácea. Despues de amasarla, colocaban la masa entre dos piedras, bajo las cuales encendian una hoguera. De este modo fabricaban unas tortas muy buenas, à las que daban el nombre de cazalis.

(Q) Una real órden mandò que se vendiesen como esclavos en los mercados de Andalucía, segun era costumbre de hacerlo con los negros de la costa de Africa y los prisioneros hechos en la guerra de Granada.

Pero à Isabel le habian interesado profundamente las descripciones del carácter hospitalario y bondadoso de aquellos isleños.

Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creía patrona especial de los pueblos del Nuevo Mundo, y anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas à los senderos de la luz.

Se resistía su ánimo compasivo à tratarlos como esclavos, à pesar de las costumbres de aquel tiempo.

Cinco dias despues de la real órden para la venta, escribieron los soberanos al obispo Fonseca suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa por qué habian sido los indios hechos prisioneros, y se consultase à los teólogos si seria su venta lícita à los ojos de Dios. Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto, y la reina se decidió definitivamente, segun el dictàmen de su ilustrada conciencia y caritativo corazon.

(R) Así llamaban los indios al huracan, y esta palabra, más ò ménos modificada, ha servido desde entónces à todos los idiomas para expresar esos horribles temporales que por primera vez descubrieron los europeos en aquella region del mundo.

(S) Esta suma equivale à 3,195 pesos fuertes.

(T) Aquel terreno bajo de la costa era el que se halla interceptado por los numerosos brazos ó ramales del rio Orinoco.

(U) El guanaco es una especie de lagarto, de la familia del cocodrilo, aunque más pequeño. Su deformidad y asquerosa vista habia causado repugnancia desde el principio à los españoles; pero el adelantado Bartolomé Colon, invitado à comerle por Anacaona, no quiso despreciarla, y gustò el guanaco. Tan bien le supo que repitió dos ó tres veces. Sus compañeros le imitaron, y muchos de ellos, al volver à España, aseguraban que su carne era mucho más agradable que la del faisán y la perdiz. (*Pedro Mártir*).

(V) Esta version se encuentra en un escrito de fray Roman Pane, uno de los misioneros que predicaban el Evangelio en aquella época entre los indios.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TERCER TOMO.

PARTE TERCERA

LAS ARMAS DE LA ENVIDIA.

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
I La cueva de una gitana.....	3
II Donde Aguado empieza a seguir al pié de la letra los consejos de la gitana.....	12 20
III Un desaire.....	31
IV Aberraciones.....	41
V La venganza de un marido.....	47
VI Expiacion.....	54
VII Fin de un drama.....	62
VIII El peregrino.....	70
IX La resolucio de un padre.....	76
X Ardid es femeniles.....	83
XI Donde se cuenta como asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del cabo de Buena Esperanza.....	89 98
XII Aclaraciones.....	104
XIII Sitio y defensa del fuerte de Santo Tomás.....	110
XIV Intrigas de Flor de Palma.....	117
XV Donde Bartolomé Colon comunica a su hermano la desercion de Margarite y de otros conjurados.....	122
XVI Reconciliacion.....	128
XVII Un nuevo triunfo de Colon.....	134
XVIII Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas.....	128
XIX La vanidad.....	134

CAPILLA AUTÓNOMA
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulos.	Páginas.
XX Un lazo.....	141
XXI El valor de la desesperacion.....	148
XXII Un rayo de luz.....	152
XXIII Entereza de Caonabo.....	158
XXIV Una triste profecía.....	165
XXV La primera batalla en el Nuevo Mundo.....	171
XXVI El tributo.....	177
XXVII La esposa de Guarionex.....	184
XXVIII Muerte de Guacanajari.....	190
XXIX La Maledicencia.....	195
XXX Los calumniadores.....	200
• XXXI Perfidia.....	209
XXXII Rehabilitacion.....	215
XXXIII Astucia femenil.....	220
XXXIV Al maestro cuchillada.....	227
XXXV Arcanos de la Providencia.....	232
XXXVI El fantasma.....	239
XXXVII Donde se ve cómo un malvado muere á manos de la honra.....	247
XXXVIII Donde aparece el tigre bajo el cordero.....	256
XXXIX Dios y el hombre.....	264
XL La conversion de Higuamota.....	273
XLI Donde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga.....	277
XLII Las minas de Hayna.....	285
XLIII Hambre á bordo.....	291
XLIV El valor de la desesperacion.....	298
XLV Consejos de un moribundo.....	303
XLVI Donde Colon habla á los reyes y disipa sus dudas.....	306
XLVII Los juegos de la fortuna.....	313
XLVIII El arte de hacer fortuna.....	320
XLIX Temores y dudas.....	327
L Donde se acaba la paciencia del almirante.....	332
LI Descubrimiento de la Trinidad.....	339
LII Impresiones de viaje.....	343

Capítulos.	Páginas.
LIII Descubrimiento del Golfo de Pária.....	348
LIV Donde se forma idea de los indios de Pária, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.....	353
LV Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y va á Xaragua con ánimo de engañar á Anacaona.....	361
LVI Historia de un hombre malo.....	366
LVII Diplomacia sentimental.....	374
LVIII Alegrías tristes.....	380
LIX Mayabonex.....	388
LX Profanacion.....	394
LXI Historia de un cuento.....	398
LXII Donde verá el lector indios buenos y españoles malos.....	402
LXIII Los rebeldes.....	407
LXIV Negociaciones de Bartolomé Colon con los rebeldes.....	414
LXV Un hombre desalmado.....	419
LXVI Donde se ve que es cierto que la Providencia aprieta pero no ahoga.....	425
LXVII Pedro Coronel.....	429
LXVIII Heroismo.....	433
LXIX Desastres de la guerra.....	439
LXX Un hombre vil.....	447
LXXI Miguel Ballester.....	454
LXXII De necesidad virtud.....	464
LXXIII Donde se ve cómo juega la maldad con la buena fe.....	469
LXXIV Que es poco más ó ménos una continuacion del anterior.....	476
LXXV Una historia dentro de otra.....	486
LXXVI Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.....	493
LXXVII Intrigas.....	500

Capítulos.	Páginas.
LXXVIII Ardides de Mógica.....	506
LXXIX Indignacion y severidad.....	515
LXXX Bobadilla.....	520
LXXXI Un Juez apasionado.....	526
LXXXII La popularidad.....	532
LXXXIII Leales y traidores.....	538
LXXXIV Donde se ve cómo sufren las adversidades los hom- bres de gran corazon.....	542
LXXXV El colmo de la infamia.....	549

FIN DEL INDICE DEL TERCER TOMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD

DAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE BIB

